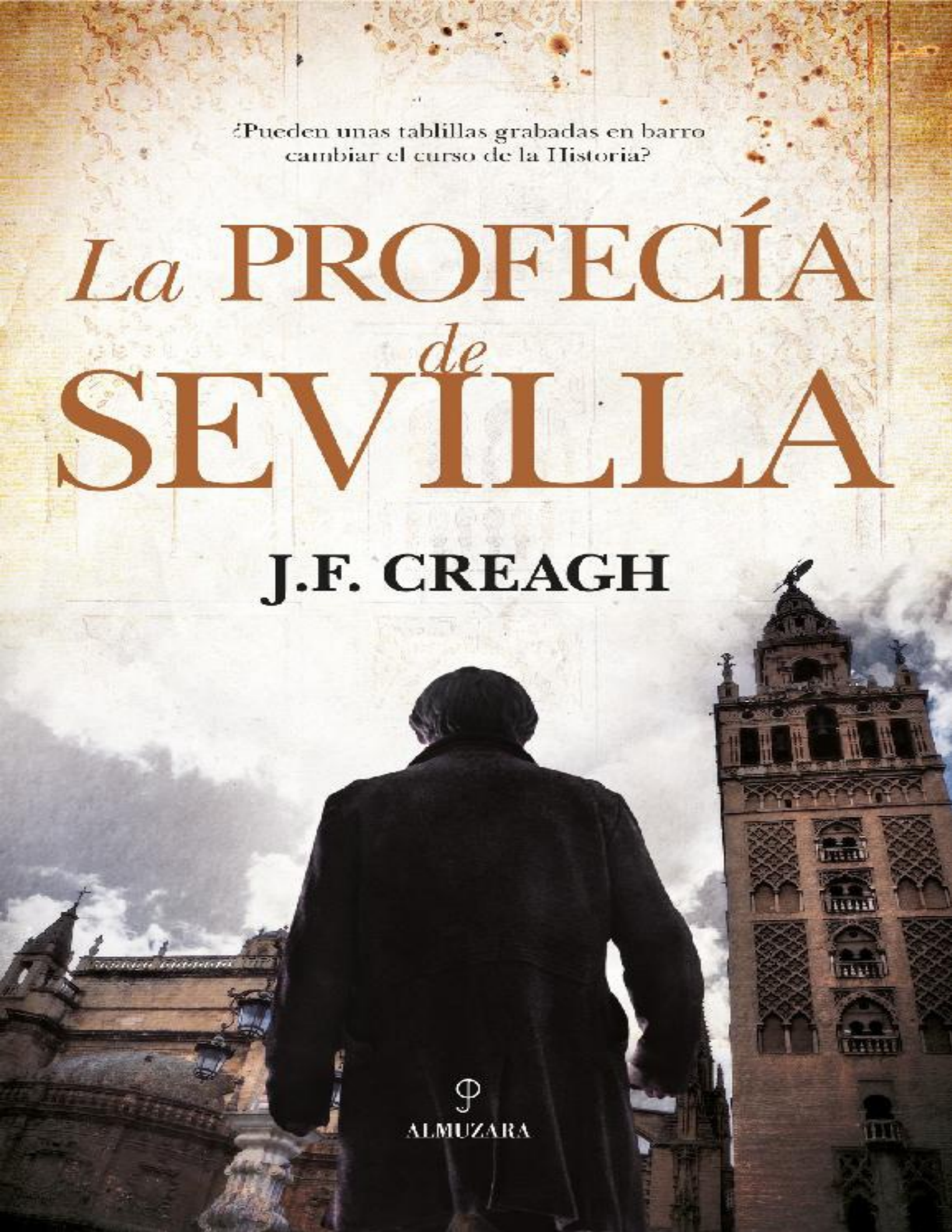
¿Pueden unas tablillas grabadas en barro cambiar el curso de la Historia?

La PROFECÍA *de* SEVILLA

J.F. CREAGH



ALMUZARA

J. F. Creagh

La profecía de Sevilla

© Jesús F. Creagh Álvarez de Toledo 2018
© Editorial Almuzara, s.l., 2018

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, en el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.»

Editorial Almuzara • Colección Novela Histórica
Edición al cuidado de: Rosa García Perea
Director editorial: Antonio Cuesta
Ebook: Rebeca Rueda
www.editorialalmuzara.com
pedidos@almuzaralibros.com — info@almuzaralibros.com

ISBN: 978-84-17558-76-5

A mi esposa y correctora,
a mis hijos,
y a mis amigos, no olvidados,
les invito
con cariño,
a sentirse partícipes en esta aventura.

CAPITULO I:
LA SALIDA DE DUBLÍN

El avión de la línea Air Lingus A 330-300E, había iniciado lentamente su aproximación a la pista de despegue en el aeropuerto de Collinstown de Dublín. Eran casi las siete de la mañana y en la oscuridad, destacaba el brillo de las luces encendidas del edificio de la terminal, así como las balizas de la pista. Alrededor, sin embargo, la escasa luz que entraba a través de las ventanillas al interior del aparato, denotaba que aún era noche cerrada. Por encima, el pálido amanecer pugnaba con un manto negro de nubes que hacían presagiar que el vuelo podría ser movido, ya que la tormenta que se cernía sobre la ciudad apenas dejaba resquicio a una lívida claridad.

El fuselaje del bimotor, con sus colores plata la parte inferior y verde brillante la superior, estaba cubierto por las gotas de una suave lluvia que le arrancaban destellos esmeraldas cuando alcanzó la cabecera de pista, ejecutando un giro de noventa grados para enfilarla. De pronto, los dos motores Rolls-Royce rugieron, imprimiendo la máxima potencia de despegue, lo que hizo avanzar el avión a cada vez mayor velocidad, en tanto que las ruedas del tren de aterrizaje se deslizaban veloces por el asfalto, provocando ligeras vibraciones debido a los pequeños baches, que desaparecieron, cuando al cabo de unos segundos, éstas comenzaron a elevarse sobre el suelo. Apenas tomada cierta altura, los dos reactores parecieron cambiar su poderoso bramido, para convertirse en un silbido penetrante que inundaba el interior del aparato donde se situaban alineados sus más de trescientos asientos.

El Comandante de la nave descolgó el micrófono y con voz impersonal, tras decir su nombre, dio la bienvenida a los pasajeros del Airbus con destino Roma-Aeropuerto Leonardo da Vinci-Fiumicino, primero en inglés y luego en italiano. Eso sí, esta vez se alargó algo más en su rutina, al anunciar que, a causa de las inclemencias meteorológicas, iba a tratar de evitar el paso a través de la tormenta que se cernía sobre Dublín y la costa Este, hacia el Mar de Irlanda, zona en la que existían fuertes turbulencias, lo que hacía aconsejable desviar su rumbo hacia el suroeste, sobrevolando en principio, hacia el Condado de Wicklow y los montes que dan origen a los ríos Leffey que baña Dublín en dirección hacia el Norte y Slaney, hacia el Sur, que discurre hasta el puerto de Wexford. Si las condiciones lo obligasen, —finalizó— derivaría la trayectoria del vuelo aún más hacia el Oeste.

A medida que el aparato iba ascendiendo el sonido de los motores se iba atenuando, aunque al no haber ganado todavía la altura y velocidad de crucero, permitía divisar las instalaciones del Aeropuerto, sobre uno de cuyos hangares se destacaba claramente su nombre en gaélico: Aerfort Bhaile Átha Cliath. Algo más allá, la terminal de los autobuses que formaban una larga hilera de pequeños rectángulos verdes y a lo lejos, las aisladas casitas de los alrededores, la cada vez más delgada línea plateada del río Leffey, la autovía que se dibujaba hacia poniente y más adelante, las infinitas praderas verdes motejadas de tejados rojos, salpicadas por las mullidas alfombras de césped de los campos de fútbol y de golf, visibles gracias a la cada vez mayor claridad del amanecer.

Las oscilaciones del avión a causa de las turbulencias eran ostensibles, a pesar de su estabilidad y a veces se dejaba notar el brusco balanceo a derecha e izquierda, debido a las continuas correcciones de rumbo que el piloto debía realizar tratando de evitar las zonas de mayor peligro, que se dibujaban a través de las ventanillas, por donde la luz blanquecina de los relámpagos iluminaba de tiempo en tiempo, el interior del avión, aun yendo encendidas las luces *ceiling* a lo largo de toda la cabina del aparato. Sus destellos fugaces, recortaban las siluetas de las azafatas

en el pasillo, en su ir y venir, atendiendo con presteza las atribuladas peticiones de los pasajeros.

El vuelo no iba completo, pues la zona business, formada por varias filas de asientos más amplios que los de clase turista, apenas la ocupaban una decena de personas. A partir de la cortinilla de separación, el número de pasajeros era algo superior al centenar. Se divisaba un grupo de jóvenes italianos al fondo, que con sus voces trataban de tranquilizar los nervios ante el zarandeo del aparato; otros turistas situados en la parte central, que regresaban a Italia; más una serie de hombres de negocios, refugiados tras sus carpetas y papeles a los que no perdían de vista, mitad por atención, mitad por miedo; varias parejas de distintas edades, algunos tal vez en viaje de novios hacia Europa.

En las filas 12 y 14, solo un hombre joven, en el lado de babor, junto a la ventanilla. Lucía una pulcra camisa blanca, con una corbata en tonos azul oscuro, cuyo nudo había aflojado ligeramente, y un traje de buen corte que dejaba intuir que su procedencia debía ser italiana a buen seguro. La chaqueta perfectamente doblada, se veía a su lado, en el asiento contiguo, que como el resto de la fila iba vacío. El ocupante tenía girada su cabeza, para no perder detalle del exterior, observando el paisaje a través del cristal que tenía a su izquierda. Dos filas más detrás, un hombre de baja estatura con el *Irish Independent* entre las manos, ocultaba parcialmente su rostro, si bien su mirada no perdía detalle de los movimientos que realizaba el pasajero que le precedía.

Entretanto, Daniel Cormack continuaba mirando por la ventanilla y comprobaba cómo el aparato iba tomando altura, mientras que el brillante fuselaje y el cristal, seguían salpicados por las gotas de la fina capa de agua de lluvia que describían delgadas líneas deslizándose por la fuerza del viento. Aún pudo observar con nitidez, la autovía M-7, que partía de Dublín hacia el Oeste y el denso tráfico de coches que circulaban en ambos sentidos.

De nuevo sonó por los altavoces la voz del Comandante para anunciar que dada la intensidad de las turbulencias existentes hacia la zona de levante, sobre el Mar de Irlanda, era necesario corregir el rumbo hacia el Sur-Suroeste, manteniendo una cota de baja altura, por debajo del entoldado manto de nubes que cubría el cielo dublinés, hacia la costa este del país.

Pensó entonces que dado el rumbo que tomaba el avión, quizás le permitiría divisar en el horizonte, el paisaje de Limerick, pero éste quedaba hacia el lado de estribor, por lo que no lo pudo entrever entre las nubes más bajas que de cuando en cuando, en ráfagas como de algodón, envolvían el aparato. La salida hacia el mar fue sobrevolando la desembocadura del Ballynacovra River y Spike Island, donde el cielo, como por ensalmo, se tornó azul intenso, lo que posibilitó que el Airbus comenzase a tomar la altura de crucero y se apagaran las luces de aviso para abrocharse los cinturones.

Instantes después, el avión comenzó a describir un giro hacia el Este, sobre el Océano Atlántico, para tratar de recuperar su ruta habitual hacia la capital italiana. De allí, suponía que sobrevolarían en la lejanía, las ciudades de Cardiff y Bristol que quedaban situadas hacia el Norte, para alcanzar el Paso de Calais, a la altura de Bournemuth, y entrar a continuación en el espacio aéreo francés por Le Havre.

En ese momento y con el acompasado siseo de los motores, Daniel empezó a adormilarse, pero sin dejar de pensar en las razones que habían impelido a Monseñor Molinelli, a enviarle aquel mensaje tan enigmático como conciso. Sabía, desde que años atrás conociera a don Armando Molinelli, Prefecto de la Comisión de Seguridad del Estado Vaticano, que era un hombre parco en palabras y sobre todo en gestos. Jamás le observó una alteración en el rostro o tan siquiera una mueca de asombro, de dolor y no digamos de alegría. El interlocutor que hablaba con él nunca

podría adivinar si estaría dispuesto a felicitarle efusivamente o a descalificarlo de modo tajante. Había que estar muy atento a sus palabras y al énfasis que ponían en ellas, para calibrar cuál podría ser su estado de ánimo.

Daniel, cogió la chaqueta del asiento contiguo, sacando del bolsillo lateral, su teléfono móvil, para escribir a continuación el nombre en clave que tenía asignado y que periódicamente le ordenaban cambiar. Buscó de nuevo el mensaje recibido: *Estimado Daniel: razones de extrema urgencia me obligan a solicitarle que venga a Roma en el primer vuelo que salga de Dublín el próximo lunes. A.M.*. Así de escueto. Para Monseñor Molinelli hablar de razones de extrema urgencia, no eran palabras a las que habitualmente él recurriese en su léxico. Así, que si las empleaba era porque el motivo, fuese cual fuese, debía ser muy grave, máxime cuando era una persona avezada y acostumbrada a afrontar problemas de toda índole, a lo largo de su extensa carrera al servicio de la Santa Sede.

Le recordaba con su sotana sencilla, dado que no era frecuente verlo con el *clériman*, salvo en contadísimos desplazamientos fuera del Vaticano y cuando de forma expresa, quería pasar más desapercibido. De elevada estatura, tal vez acrecentada por su delgadez, tenía unas manos de piel muy blanca y cuarteada por el paso de los años, que destacaban de forma singular sobre el negro de su sotana. Su cabellera blanca y corta, dejaba al descubierto una frente despejada, bajo la que se situaban unos penetrantes ojos oscuros, aunque de color indefinido. Debía superar los sesenta, pero su rostro, prematuramente envejecido, sin duda por el peso de sus responsabilidades, le hacía parecer aún mayor.

¿Cómo era posible que le dirigiese ese mensaje y sobre todo le obligase a volver a Roma, cuando era sabedor que acababa de terminar una misión en Oriente Medio, que pese a haberse saldado de la mejor manera posible, había dejado una secuela de muertos y a él mismo herido de gravedad, durante varios días?

Pero conociéndole, intuía que no lo habría llamado si las circunstancias no fueran lo suficientemente serias. Instintivamente se llevó la mano al costado derecho, donde la cicatriz que le atravesaba a la altura de las costillas, varios centímetros bajo el brazo, aún le causaba cierto hormigueo, y que le había quedado como recuerdo de un machete que iba directo al corazón, allá en la frontera turco-iraquí.

Miró su reloj y calculó que el horario normal de llegada a Roma sería a las 11,05 a.m., pero que tal vez debido al rodeo que el aparato había dado, era probable que arribase con cierto retraso, lo que sin duda le obligaría a dar explicaciones a Monseñor Molinelli, persona puntual por antonomasia.

En ese instante la azafata que recorría el pasillo, se detuvo a su altura e inclinándose le invitó:

—¿Desea tomar café, té, un zumo?

Daniel levantó la vista y vio un suave rostro ovalado, orlado por una melena rubia que le caía sobre sus hombros, destacando sobre la chaqueta del uniforme de color verde del personal de cabina, quién le sonreía de forma mecánica.

—Le agradecería un té, señorita…

Se detuvo unos instantes y rápidamente corrigió:

—Perdone, prefiero un café solo.

Lo había pensado en aquél instante, que dada la trascendencia de la conversación que sin duda iba a tener con Monseñor Molinelli, debía tener sus sentidos mientras más despiertos mejor, máxime cuando se había tenido que levantar antes de las cinco de la mañana para tomar el vuelo.

Al cabo de unos breves minutos, sintió la presencia de nuevo de la azafata que se acercaba y le

ofrecía una pequeña bandeja de plástico con una taza humeante sobre ella.

—Tenga, señor. ¿Azúcar?

Al decirlo, la joven que había observado el perfil del apuesto hombre al que le ofrecía el café, hizo que su sonrisa ya no fuese lo impersonal que solía emplear con todos los pasajeros por regla general, sino que había un cierto destello de admiración en sus ojos.

Daniel rehusó el azúcar con un leve gesto de su mano y la miró igualmente, pero sin que sus palabras ni el ademán al asir la taza, denotasen más que un cortés agradecimiento.

—Muchas gracias.

La azafata, se incorporó y con paso lento se fue alejando hacia la cabina de proa. Tal vez pensó, había añadido un punto de contoneo algo mayor a sus pasos, al intuir que el pasajero podría estar observándola.

Daniel Cormack, efectivamente la miró pero más que su uniforme verde, con la falda ajustada sobre sus bonitas piernas, observó su cabello y por unos instantes, su mente se trasladó a dos años atrás y a miles de kilómetros de allí, recordando con cierto deje de añoranza, la melena de Julia O'Neill, que un día acarició, muy cerca de su rostro y cuya mera evocación, tanto conturbaba su mente y sus recuerdos, por las especiales circunstancias que aquel encuentro marcó en lo más íntimo de su ser.

Fijó su mirada en la taza de café y tras beber un pequeño sorbo, trató de nuevo de centrarse en el tema que le preocupaba, dejando a un lado que el rostro y la sonrisa de Julia solo fuesen un fogonazo intenso pero pasajero, que volviese a lo más profundo de su subconsciente.

Estiró sus largas piernas todo lo que le permitía la distancia con el asiento delantero y adrede, prefirió cambiar el chip de su mente para atisbar algo más cercano, como era el recuerdo de su madre y su hermana, allá en Limerick. Pensó cómo llevaba años ocultándoles su verdadera actividad, dado que la estrategia que le habían ordenado, fundamentalmente por razones de discreción, era que sus familiares y más aún si eran cercanos, ignorasen toda relación con el Servicio Secreto Vaticano, en caso de peligro y para evitar filtraciones que desvelasen su identidad, poniendo en juego la integridad de su propia persona y la seguridad de sus seres queridos.

Por este motivo, una vez más, se despidió de ellas, la tarde anterior, antes de emprender camino a Dublín, tras pasar dos semanas de vacaciones en su compañía, aduciendo un hipotético accidente, que le había provocado la herida de su costado y que por esa causa, contaba con esos días de asueto, lo que le permitió disfrutar de ese pequeño *stage* en su compañía, vividos de forma tan intensa.

Recordaba a su madre, Ita, aún joven, pese a que ya algunas hebras plateadas le arrancaban de las sienes, cuya preocupación principal, en los escasos momentos que podían estar juntos, era si en el Centro de Estudios de Lenguas Antiguas, donde creía que trabajaba su hijo en Roma, le daban bien de comer. Por eso, cuando regresaba a casa, lo primero que hacía era prepararle los platos que sabía, encantaba comer a su hijo, el *irish stew*, exquisito guiso de cordero que ella le aderezaba de una manera especial y que lo hacía diferente de otros, al que seguía la *seafood chowder*, una sopa blanca de marisco que era la favorita de Daniel y sobre todo, de postre, la tarta *Guinness* de chocolate con las galletas especiales del día de San Patricio.

Recordaba a su hermana Brianna, tres años más joven que él, con su larga y rizada cabellera cobriza al viento, cuando tiempo atrás, solían salir a pasear en bicicleta, en aquellos largos recorridos que les llevaban incluso a bastantes kilómetros de su casa, bordeando el río Shannon hasta Coonagh, o bien hacia el Norte, en dirección a Killaloe, al St. Anne's Community College,

donde ella conservaba buenas amigas de su etapa escolar. Otras veces paseaban por los alrededores de Limerick, descubriendo sus hermosos paisajes,en particular, el siempre misterioso y lúgubre Castillo del Rey Juan, con sus mil leyendas forjadas a lo largo de los siglos por las gestas de los rebeldes irlandeses en contra de sus opresores. Aquellas colinas le permitían evocar a su padre, quién les enseñara a montar en bici y a llevarles por esos recónditos caminos de verdes tonalidades, para finalmente, echar una frenética carrera a ver quién llegaba antes a su casa, competición que casi siempre ganaba Brianna, porque él disfrutaba más viéndola con su amplia sonrisa y el brillo chispeante de sus ojos, al decir: ¡Rabia, he ganado!

Para Daniel su principal preocupación, como único varón de la familia, era la de interesarse sobre las amistades masculinas de su hermana, a la que descubriera su paso de niña a mujer, en un fugaz espacio de tiempo, tras venir de uno de sus viajes. Quiso averiguar a partir de ese momento, si había alguien en particular que llamase especialmente su atención, si era bueno y amable con ella, si salían, a qué hora regresaba…. y un largo etcétera de inquietudes Estos recuerdos arrancaron una sonrisa de complacencia a Daniel, que por un tiempo, se había sustraído de los problemas que le preocupaban.

Volvió la mirada a la ventanilla divisando, unas estribaciones montañosas que debían ser el preludio de los Alpes y la silueta de una gran ciudad, que por su posición hacía suponer que se trataba de Ginebra. Realmente aquél era uno de los paisajes más bellos que se podían contemplar. Daniel miró de nuevo la hora y calculó que se había recuperado algo del tiempo perdido.

De nuevo la azafata pasó por el pasillo, en dirección a cola y esta vez le miró fugazmente, pero sin detenerse. Daniel cogió el diario que estaba situado en el respaldo del asiento anterior y lo ojeó distraídamente. Repasó las noticias internacionales y sobre todo, la situación de Oriente Medio, cada vez más radicalizada. Echó la cabeza hacia atrás, apoyándola en el reposacabezas de su asiento y cerrando los ojos, pese a que no tenía el menor atisbo de sueño, revivió fugazmente la terrible experiencia sufrida semanas antes. Y por un momento se preguntó qué habría sido de los pasajeros que recogió en Irak y en particular el Padre Joseph, del que suponía habría vuelto finalmente a Irlanda.

En estas elucubraciones se encontraba cuando apreció que, de modo imperceptible, el avión empezaba a aminorar algo la velocidad, lo que era señal que lentamente iniciaría el descenso. A los pocos minutos se encendieron las luces de aviso para colocarse los cinturones de seguridad y la voz del comandante les anunció que en quince minutos tomarían tierra en el Aeropuerto Leonardo da Vinci, Fiumicino, unos diez minutos más tarde de la hora prevista, debido al retraso en la incorporación a la ruta e informando a aquéllos pasajeros que deseasen continuar a otros destinos... Finalizó indicando que en Roma, en esos momentos el cielo permanecía despejado y la temperatura era de unos veinte grados, dándoles la bienvenida a la Ciudad Eterna en nombre de la tripulación.

Se hizo de nuevo el silencio en la cabina y poco a poco el aparato fue efectuando las maniobras de acercamiento hacia la pista. La tensa calma anterior sólo fue rota por el aplauso nervioso que los jóvenes italianos del fondo, tributaron al piloto una vez tomado contacto con tierra. Detenido el avión, al cabo de unos minutos se inició el desembarque de pasajeros. Dado su relativo escaso número, la salida del aparato fue fluida, por lo que Daniel, tras avanzar por el pasillo con el trolley que portaba, recibió en la puerta del avión, la sonrisa expresiva de la rubia azafata que le deseó una feliz estancia en Roma.

Esta circunstancia hizo que no observase que el ocupante, situado tras él en el vuelo, le siguiese

con la mirada, manteniéndose a una prudente distancia.

Al llegar a la terminal, pasó de los primeros, aprovechando para adelantarse con rapidez, hacia los andenes de donde partían los trenes en dirección a Término, en el centro de la Ciudad. Por un momento sopesó la posibilidad de coger el Leonardo Express que va sin paradas hasta la Estación Central, pero al observar que había un tren estacionado en la FR-1, que iba a iniciar la salida en breve, prefirió tomarlo. Como una sombra, el sujeto del avión hizo lo propio, dado que tampoco llevaba mucho equipaje de mano, tan sólo una amplia bolsa de cuero negro con el asa sobre el hombro y tocado con una mascota del mismo color.

La Plaza del Cinquecento se abrió ante sus ojos, con su fronda de árboles y un mar de gentes que deambulaban en todas direcciones. Daniel aspiró una bocanada de aire y pensó lo que le agradaría estar en Roma simplemente como turista, pero algo en su interior le decía que su estancia iba a ser complicada. En otras circunstancias, hubiese emprendido un paseo por el centro de la ciudad, a lo largo de los poco más de cuatro kilómetros de recorrido, en dirección hacia la Plaza de San Pedro, pero sabía que el tiempo apremiaba y que debía estar ante su jefe y mentor, lo antes posible. Por ello, se dirigió a la parada de bus de la línea 64 que le llevaría directamente a la Via della Conciliazione, su destino final, a través de la Piazza Venezia y Largo Argentina.

Cuando el autobús se detuvo al llegar a la parada, Daniel se bajó y a escasos metros contempló la bella fachada de piedra de la Iglesia de Santa María in Traspontina. Con su escueto equipaje en la mano izquierda, avanzó hasta el templo para, tras rodearlo, alcanzar una pequeña puerta lateral situada en su costado, que pasaba casi desapercibida a los ojos de los viandantes. Llamó a un timbre blanco, rodeado de una diminuta chapa de bronce y a los pocos instantes, se abrió la recia puerta de madera, facilitándole la entrada un joven vestido con traje negro y alzacuellos.

—Buenos días Señor Cormack. ¿Ha tenido un buen vuelo?

Daniel asintió con la cabeza, respondiendo a los buenos días y entró, agachando algo su cabeza, bajo el dintel, para con su casi un metro noventa de estatura, acceder a un sencillo aposento sin ventanas y una gruesa alfombra beige sobre el suelo de madera.

En tanto fuera, a unos metros en la esquina, la escurridiza sombra, tocada de una mascota oscura y con su bolsa colgada al hombro, comprobó cómo Daniel Cormack llegaba a su destino y desaparecía de su vista.

CAPITULO II:
ROMA

Al cerrarse la puerta tras de sí, Daniel observó la estancia que seguía exactamente igual que la última vez que estuvo allí. Las paredes en color ocre, donde destacaba como anacrónico contraste de lo clásico, un videoportero junto a la entrada y a continuación, una serie de grabados de la Basílica de San Pedro en el paramento de la derecha, en tanto que en el de la izquierda, sólo en medio, un marco liso de madera con la fotografía en color del Papa; a ambos lados, dos sillas tapizadas en pana roja con respaldos tallados en tonos caoba. En el centro de la estancia se situaba una pequeña mesa circular, sobre la que había una serie de folletos y anuncios de la obra carmelitana. Todo ello iluminado por una lámpara de bronce de cuatro brazos. El conjunto muy pulcro, pero impregnado de un aroma singular a madera antigua.

—¿Qué tal se encuentra Monseñor? —comentó Daniel a modo de saludo, dirigiéndose al joven sacerdote que le había franqueado la entrada.

—Como lo dejó la última vez, pero quizás algo más preocupado de lo habitual, diría a raíz de su partida el pasado mes. Los temas de estado parece que se le acumulan, lo que sin duda no era problema para él en los años anteriores desde que estoy a su servicio —contestó el sacerdote, dejándole pasar delante de él, por el estrecho pasillo—.Diría —continuó— que tras su marcha, ha debido ocurrir algún acontecimiento que desconozco, que le ha hecho perder, un ápice de su habitual serenidad.

Daniel guardó silencio, no queriendo establecer hipótesis sobre lo que desconocía, pero intuyó que bien podría estar relacionado ese cambio de actitud, con el mensaje recibido de Monseñor Molinelli y su urgencia en convocarle a Roma.

—¿Dónde se encuentra Monseñor, —inquirió Daniel— en su despacho?

—No, me ha indicado que le lleve hasta el Nivel -2 —respondió Ángelo Ferrara, el sacerdote, secretario de Monseñor Molinelli—Como sabe, solo podré acompañarle hasta el ascensor que conduce a esa planta.

De nuevo Daniel movió la cabeza imperceptiblemente, aseverando lo que decía el Secretario, pues bien sabía lo restringido que era acceder al Nivel -2.

Mientras se producía este breve diálogo, ambos habían llegado a otra estancia mucho más amplia, con una serie de mesas ocupadas por ordenadores, que eran manejados por varias personas, hombres y mujeres, quiénes respondían de forma rápida, las llamadas que recibían a través de sus auriculares.

Pasaron entre ellos sin que les prestasen atención y siguieron hacia otra puerta, tras la que había una empinada escalera circular de mármol que descendía a la planta inferior. Al llegar, el Secretario de Monseñor Molinelli, pasó delante de Daniel y le condujo hasta un ascensor. Al cabo de unos segundos, la puerta se abrió, dejando ver una cabina en cuyo cuadro había señalados tres indicadores en rojo: 0, -1 y -2. El sacerdote invitó a entrar a Daniel y le señaló desde la puerta con un gesto, el botón inferior -2, retrocediendo a continuación, despidiéndose:

—Le deseo mucha suerte señor Cormack. Le guardaré su trolley en mi despacho, hasta su regreso.

Al momento, el ascensor inició su rápido descenso. Pasaron varios segundos que indicaban por la velocidad del aparato, que la planta -2 estaba en una cota mucho más baja que la de la altura normal de un edificio. Al abrirse de nuevo la cabina, apareció un distribuidor con tres pasillos a derecha, izquierda y otro frente a la cabina. Daniel tomó el del centro y avanzó rápidamente. Al

llegar al fondo, tocó con los nudillos suavemente, la puerta situada a su izquierda y esperó unos instantes. Desde el interior, una voz, respondió:

—Pase.

Daniel giró el pomo y ante él apareció una amplia estancia, cuyas paredes estaban rodeadas por estanterías, atiborradas de libros, que ocupaban gran parte de los anaqueles. Rollos de papeles apergaminados y numerosos archivos, en su mayoría con sus lomos de cartón en colores azul y amarillo indistintamente, ocupaban los espacios libres, si bien, en la más alejada de la entrada, aparecían dos tablas cuyas carpetas destacaban por el color rojo de sus cantos.

Suspendidas del techo, una serie de pantallas con unas finas cadenas metálicas que iluminaban una gran mesa rectangular, cubierta de expedientes y legajos, ocupaba todo el centro de la habitación. Tras ella, al fondo, otra mesa más pequeña, atestada de papeles en un aparente desorden, hasta una altura considerable, iluminada por un pequeño flexo, dejaba solamente expedita la parte central de la misma, donde se divisaba una escribanía de plata, rematada por el León de San Marco de Venecia. Detrás, sentado, se podía observar la silueta recortada sobre la amplia estantería situada a su espalda, de un hombre inclinado hacia adelante, estudiando ensimismado una serie de folios, llenos de notas marginales, que de forma rápida, hacía pasar ante su vista, sobre un portafolios de cuero: Era el Jefe de los Servicios Secretos del Vaticano, Armando Molinelli.

Daniel avanzó hacia él y situándose frente a la mesa, hizo una inclinación de cabeza.

—Buenos días Monseñor, mis respetos, ¿qué tal se encuentra?

Éste, extendió su mano para estrechar la de su visitante. Con la otra, apartó parte de los papeles que tenía ante sí, recostando después su espalda sobre el respaldo del sillón. A continuación, se quitó las gafas que dejó sobre la mesa y clavó su mirada en el rostro de Daniel Cormack, observando sus gestos.

—Bienvenido, querido Daniel ¿se encuentra restablecido de su herida? Supongo que el avión habrá tenido algún retraso. Por favor, tome asiento.

Daniel acercó una de las dos sillas situadas ante la mesa, hasta colocarse frente a su interlocutor. Sabía que los escasos minutos de demora del vuelo y por tanto su ligera tardanza en la llegada, no habían pasado desapercibidos en modo alguno, para su mentor, y que por supuesto, no dejaría de hacer alusión a ello. Así es que con una leve sonrisa, le contestó.

—Efectivamente Monseñor, la salida de Dublín ha sido algo accidentada debido a una tormenta, lo que ha obligado a dar un pequeño rodeo…

—Lo suponía, —le interrumpió el Prefecto de la Seguridad del Vaticano— los imponderables nos demuestran hasta qué punto dependemos de las circunstancias más diversas con las que el Señor quiere ponernos a prueba.

Se veía, que fiel a su carácter, no quería dejar pasar por alto ese matiz, por leve que fuese. Hizo una breve pausa, y continuó:

—Estoy seguro que le sorprendería mi mensaje y que sin duda, habrá considerado la importancia del mismo, máxime cuando aún no se encuentra plenamente repuesto de sus lesiones. Pero también tengo la plena certeza que ha comprendido que de no ser imprescindible, no lo habría convocado.

Daniel pensó que en unos breves instantes y de forma concisa, Monseñor Molinelli, había expuesto, todo lo que él mismo, había venido pensando durante el vuelo.

—Cuando llegó a Roma hace quince días, acompañando al Arzobispo y los sacerdotes

rescatados en Irak, me hizo entrega de una tablilla con una inscripción, que le entregara el Padre Charbel unos instantes antes de fallecer y que, según sus palabras, no había conseguido descifrar.

Hizo una pequeña pausa y prosiguió en su exposición.

—Me llamó la atención, la preocupación y el interés que mostrara el desdichado sacerdote, al hacerle entrega de ese pequeño objeto, aparentemente de escaso valor, dadas las circunstancias de aquél lugar y la vehemencia de su dador, me hicieron pensar que algo trascendente debía revelar su contenido. Estudiamos en qué lengua estaban escritas esas cuatro palabras:

XA ~ TR€ ~ ARÇPA ~ TMAYA

Un equipo de nuestros expertos llegó a la conclusión que se trataba de una rama del arameo y significaban cuatro números: uno, dos, cuatro y ocho. Hasta ahí todo aparentemente sencillo y sin mayor trascendencia. Pero seguía despertándome suma curiosidad el hecho de que a un moribundo, le preocupase hasta ese extremo un objeto semejante y sobre todo, el comentario de que ni su propio Obispo, conociese su existencia. Efectivamente, usted había acertado en sus deducciones, que eran correctas, puesto que provienen del arameo, con reminiscencias de asirio clásico. Pero lo verdaderamente importante es que al parecer, pudiera guardar una clave. Desgraciadamente como le dijo el padre Charbel, sólo pudo recuperar esta tablilla y no las restantes, lo que sin duda habría desvelado el misterio y nos hubiese permitido averiguar el significado de lo que su autor pretendía transmitirnos.

Daniel escuchaba con suma atención las palabras de su jefe y rememoraba en su mente cada instante de los dramáticos momentos vividos, por si hubiese algún matiz que escapara a su análisis, pero no encontraba nada, aparte de lo que ya conocía y Monseñor Molinelli, le estaba exponiendo tan rigurosamente.

—Como le consta, Daniel, vivimos en un mundo en el que nada se puede dejar al azar, ante los peligros que continuamente nos acechan. Lo que nos ha hecho ahondar en todas las incógnitas que encierra ese mensaje.

De nuevo se detuvo, tomó algo de aire y fue desgranando sus palabras con lentitud, consciente de que estaba desvelando algo de singular importancia:

—Querido hijo, lo que voy a mostrarle no es algo que ni mucho menos haga todos los días. Diría que tan solo en muy escasas ocasiones a lo largo de mi labor en el puesto que ocupo y son ya casi veinte años, ha trascendido a muy pocas personas escogidas, lo que está a punto de conocer. La pervivencia de la Iglesia Católica ha contado desde siempre con las oraciones al Supremo Hacedor, pero también es necesario que el hombre, con los medios, que Él ha puesto a su disposición, coopere en esa tarea. El asunto del que hemos hablado, escapaba a mi exclusivo ámbito de actuación y debía ponerlo en conocimiento de las más altas magistraturas de gobierno. Como quizás le conste, en el Vaticano actualmente desempeñan cargos de responsabilidad, amén de los organismos competentes en cada materia, setenta y tres cardenales, algunos de los cuáles tienen sobre sus espaldas, enormes responsabilidades, sobre las que deben adoptar cada día, trascendentales decisiones para el bien y la continuidad de la Iglesia.

De nuevo hizo una pausa, comprobando que sus palabras eran objeto de la máxima atención por parte de Daniel Cormack, quién no despegó los labios.

—Debe disculpar el introito, —continuó—pero entiendo que es imprescindible porque así se podrá hacer una mejor y más certera composición de las complejas circunstancias que rodean a este asunto. Vuelvo de nuevo al tema que nos ocupa: la tablilla que nos facilitó. Como le he dicho, fue analizada por nuestros expertos en esta materia y se dedujo que los números uno, dos, cuatro y ocho, corresponderían a una clave o bien a algún tipo de mensaje que debíamos

desentrañar. Para no cansarle, le diré que efectivamente —aunque sin una seguridad plena— pudimos colegir que esos números bien podían referirse a una fecha: concretamente el año 1248 D.C.. Hemos repasado exhaustivamente qué acontecimientos tuvieron lugar en todo el Orbe cristiano en esa etapa y dedujimos que se corresponde, entre otros asuntos de menor relevancia, con la conquista de Sevilla en España, por el Rey Católico, Fernando III de Castilla. Esta suposición no nos da una seguridad plena que el mensaje de la tablilla esté conectado con ese hecho histórico, pero existen muchos indicios de que sí pueda haber una relación más o menos directa, aunque las épocas de una y otra difieran en el tiempo.

Esta posibilidad ha alertado en grado sumo a los Señores Cardenales que entienden de asuntos relativos al permanente estado de confrontación de determinados sectores radicales del mundo islámico, contra la Iglesia Católica y consecuentemente, le han otorgado un grado de máxima prioridad al esclarecimiento de este enigma, que aunque incompleto, gracias a usted, ha llegado a nuestro poder.

Por ello, lo que ahora voy a desvelarle, ha de permanecer en el más profundo y estricto secreto y jamás, bajo ninguna circunstancia, deberá revelarlo.

Diciendo esto, Monseñor Molinelli, abrió el cajón inferior de la mesa y sacó un estuche con unas gafas de cristales ahumados que se caló rápidamente. Seguidamente, se levantó de su asiento, y dirigiéndose a la estantería situada tras él, presionó con su mano izquierda, la parte lateral inferior de una de las baldas, lo que hizo que, lentamente la estantería completa, girase sobre un lado y dejase expedito un hueco que daba paso a un largo pasillo, apenas iluminado.

Daniel, por un movimiento reflejo, igualmente se había puesto de pie y contemplaba de frente la oscura oquedad que se abría ante él y de la que no tenía la menor noticia, pese a haber estado en varias ocasiones en esta dependencia con su mentor.

Monseñor Molinelli, entonces le dijo:

—Roma ofrece muchos secretos en su subsuelo y el Vaticano no es ajeno a ello. Este lugar es muy poco frecuentado, pero a veces es necesario utilizarlo, por razones de discreción, para evitar ser detectados.

Seguidamente avanzó hacia el interior del pasadizo y dejó pasar a Daniel. A continuación, presionó de nuevo sobre la pared, donde se podía descubrir una placa con números y signos, que era accesible desde el interior y la estantería inició un lento giro, hasta quedar colocada en su posición primitiva. El interior se encontraba iluminado de forma espaciada por unos puntos de luces leds, muy tenues, pero que permitían distinguir en la relativa oscuridad.

El joven agente siguió tras los ágiles pasos de Monseñor, que ya avanzaba unos metros por delante, caminando en silencio durante varios minutos.

Al fin, Molinelli se detuvo y pulsó rápidamente lo que parecía ser una clave, que su subordinado, por la posición que ofrecía no pudo adivinar y el muro situado ante ellos, se deslizó lateralmente, dejando ver una estancia circular, igualmente desnuda de objetos. Una vez en el interior, el hueco se cerró de nuevo, quedando ambos en el centro de la estancia circular, sin aberturas y sin salidas aparentes.

El Prefecto miró a Daniel que observaba con atención la curva que describía la pared y de nuevo, le comentó:

—Como le decía, amigo mío, Roma guarda muchos e inescrutables secretos. Usted está ahora mismo ante uno de ellos y quizás no de los menos importantes. El Vaticano cuenta con una serie de subterráneos, que están por debajo de la cota de los ya conocidos de las sepulturas de los Santos Padres. Esta red, precavidamente oculta, se irradia fuera del propio Estado para ir a los

más recónditos y apartados lugares de la ciudad, recuerdo de cuando los Estados Vaticanos ocupaban territorios más extensos.

El lugar en el que nos encontramos es un nudo de comunicación, similar a otros varios que existen en el subsuelo y que enlazan distintos edificios bajo la responsabilidad del Estado. Esto no es nada nuevo, pues recordará sin duda la situación de Orvieto, la Urbs Vetus o Ciudad Vieja, que formaba parte de nuestros Estados, desde el Siglo XV y por cierto hermanada con la ciudad de Belén. Aún conserva en la actualidad más de mil pozos, galerías y grutas, construidas a lo largo de los siglos. En particular, el que tal vez fuese el más importante, que ordenase construir S.S. Clemente VII, ante el asedio de Roma por las tropas del Emperador Carlos V: el Pozzo di San Patrizio, advocación que sin duda le resultará muy familiar, y que fue llamado así por el hecho de haberse asimilado al Lough Derg, lugar de oración de su Santo Patrón en Irlanda y en el que la tradición —como estoy seguro sabrá— decía que debido a su profundidad, se podía divisar el Purgatorio.

Bien, pues sin llegar a esas cotas tan profundas, para no alcanzar ese lugar de penitencia, en Roma, a lo largo del tiempo, se ha ido construyendo durante siglos, esta red de comunicaciones y a veces de escapatorias, que en los momentos actuales, presta un inestimable servicio a la imprescindible discreción que en determinados asuntos debe observarse.

Dichas estas palabras, se acercó en dirección a la blanca pared y donde a simple vista, no había nada, se abrió una pequeña puertecilla, parecida a la anterior y que dejaba ver un teclado similar. Monseñor, pulsó la clave y ante ellos, apareció un nuevo pasillo.

Al ver la mirada de extrañeza de Daniel, Molinelli, no pudo por menos que esbozar un ligero atisbo de sonrisa.

—No le extrañe que aparentemente sepa los lugares donde están los teclados con las claves de apertura. Si observa, llevo puestas estas gafas oscuras que en realidad leen los rayos infrarrojos, con los que están señalizados. No se trata de que tenga tan prodigiosa memoria, máxime cuando le he comentado que afortunadamente he utilizado este recurso en solo contadas ocasiones.

Entraron de nuevo en el corredor y Daniel en total, estimó que habrían caminado durante algo más de veinte minutos en su recorrido y mentalmente intentó hacer un cálculo de la zona por la que podrían estar, si bien la falta de referencias en la sala circular, le había dificultado la orientación.

Como si adivinara sus pensamientos, Monseñor Molinelli, se dirigió de nuevo a Daniel, sin dejar de caminar por el pasadizo.

—Nos esperan en uno de los edificios del Vaticano, para mantener una reunión de, digamos, intercambio de pareceres. Su criterio será muy importante. Pero por precaución, no hable nada más allá de lo estrictamente preciso. Sea prudente.

Al terminar de decir esas palabras, se detuvo y tras pulsar el código, se deslizó silenciosamente el paramento, dando acceso a una sobria sala donde destacaba una gran puerta de madera, a la que se dirigió Molinelli. Accedieron a otro pasillo que daba a un ascensor, pulsó el botón de subida a la planta 0 con la yema de su dedo y tras unos largos segundos, se encontraron en un amplio distribuidor. Entonces, Molinelli hizo una indicación a Daniel y éste le siguió hasta situarse ante otra entrada, en el extremo opuesto. Monseñor tocó levemente con los nudillos. La puerta giró suavemente sobre sus goznes y pasaron a su interior.

Ante ellos, se encontraban tres personas sentadas en derredor de una gran mesa circular dando cara hacia el lugar por el que habían accedido. Detrás aparecía un amplio ventanal de cristales tintados que dejaba ver el exterior. La claridad que iluminaba parcialmente la estancia, permitía

atisbar sus siluetas que quedaban en contraluz, recortadas sobre la vidriera y que dejaba entrever unos amplios jardines con frondosa arboleda.

—Señores buenos días. Disculpen la pequeña demora —dijo el Prefecto sin mencionar el retraso del vuelo, estrechando a continuación la mano de los tres que se pusieron de pie al verlos llegar. Este es el Señor Cormack del que ya les he hablado. Daniel, le presento a Su Eminencia Reverendísima, el Cardenal don Salvatore di Colombelli, Responsable de la Pontificia Comisión para la Seguridad del Estado Vaticano.

El joven hizo una leve reverencia y tomando su mano, hizo el ademán de besar su anillo pastoral.

—Mis respetos Señor Cardenal.

—El señor Hans Fréderick von Argenbourg —continuó Monseñor Molinelli— es el Subprefecto de la Guardia Suiza. Responsable del Servicio de Seguridad Interior del Estado.

—Es un honor —le expresó Daniel, al corresponder al saludo de aquel fornido sujeto de uniforme dando un paso hacia atrás y dirigiéndose al tercer personaje que se situaba a la izquierda del Cardenal.

—Don Michelangelo Athaulpi —dijo Molinelli—, es catedrático de Lenguas Antiguas por la Pontificia Universidad Gregoriana.

Daniel, al igual que con el anterior, le saludó con ademán cortés, inclinándose algo más de lo normal, dada la escasa estatura de éste.

Terminadas las presentaciones, el Cardenal se dirigió a Monseñor Molinelli.

—Por favor, tomen asiento.

Ocuparon dos de los sillones de cuero, que se situaban en el lado opuesto de la mesa, frente a sus tres interlocutores, dando la espalda a la entrada por la que habían accedido. Esta circunstancia les permitía ver en toda su belleza, los jardines situados tras el gran ventanal, si bien les resultaba casi imposible distinguir los rostros de sus interlocutores.

CAPITULO III:
LA MISIÓN

Se produjo un silencio durante breves instantes, como si nadie quisiese iniciar el diálogo. Finalmente, el Cardenal Colombelli, se tocó el pectoral que llevaba sobre la sotana, con su mano izquierda y con la derecha, abrió la carpeta que tenía ante sí en la amplia mesa, ojeando brevemente las anotaciones manuscritas que contenían los folios.

—Señor Cormack, Monseñor Molinelli, sabedor de la importancia del tema que nos ocupa, ha manifestado su plena seguridad en que usted podría colaborar a su esclarecimiento, dada su experiencia en temas de Oriente Medio, amén de la eficacia que ha demostrado en determinadas intervenciones que le hacen acreedor a esta confianza y a su probada fidelidad a la Iglesia.

Dichas estas palabras, el Cardenal creyó obligado poner a Cormack al corriente de la situación y a aclararle de qué se trataba en realidad, ya que su conocimiento de la cuestión se limitaba al hecho de haber recuperado esa tablilla de forma accidental, dado que su misión en Oriente Medio era de todo punto distinta.

—Como debe saber, en la incógnita que se nos plantea, en manera alguna pueden ser obviados una serie de aspectos fundamentales, en parte por nuestro grado de desconocimiento que a priori padecemos y en parte, porque el lugar de procedencia del mismo, nos debe hacer extremar las precauciones, analizándolas y valorándolas hasta sus últimos detalles. Pero para que adquiera un más amplio discernimiento sobre esta situación, permítame que comience por el principio:

La presencia del señor von Argenbourg, se debe a que por su cargo de Subprefecto de la Guardia Suiza, tiene a su cargo el Servicio de Seguridad Interior, su Departamento, ha de analizar cuantos asuntos puedan ser de interés para la propia estabilidad del Estado.

Por otra parte, don Michelangelo Athaulpi como experto en Lenguas Antiguas en la Pontificia Universidad Gregoriana, dirige un equipo de expertos en esos idiomas y escrituras ya olvidados, por lo que puede ser quién nos ayude fundamentalmente a desentrañar al menos algunas de las claves de este misterio.

En cuanto a Monseñor Molinelli, como responsable del Servicio Secreto Especial de Inteligencia (SESEIV) de cuya existencia contadísimas personas tienen constancia, y al que usted está adscrito, es conocedor obligado de todo cuanto afecta a los mecanismos de defensa tanto internos como externos de nuestro pequeño Estado, con una autonomía plena para actuar en las situaciones más extremas y que requieran… —se detuvo un momento para calibrar el término exacto que quería emplear— actuaciones de la más diversa índole.

Ni que decir tiene que este asunto, reviste el máximo nivel tanto de prioridad como para la defensa del Gobierno de la Iglesia y requiere de su más absoluta discreción. Lo que tratemos en esta sala, deberá guardarlo bajo juramento de no ser desvelado.

Daniel asintió y en voz baja comentó:

—Señor Cardenal, estoy acostumbrado a guardar secreto de todo aquello relacionado con las misiones que se me encomiendan. Responderé con mi propia vida si fuese necesario.

La respuesta de Cormack pareció satisfacer a Monseñor Colombelli, quien seguidamente se dirigió al interlocutor sentado a su izquierda, el Señor Athaulpi.

—Don Michelangelo, ¿qué podría usted decirnos de la tablilla en cuestión? ¿Ha podido estudiarla con mayor detenimiento?

Athaulpi, se arrellanó en su sillón, sintiéndose satisfecho de ser escuchado, echándose hacia adelante, para sacar de su abultada cartera de piel negra, un grueso dossier. Después se caló sus

gafas y carraspeó levemente:

—Eminencia, señores, efectivamente desde que tuve la ocasión de analizar la tablilla, he tratado de encontrar cualquier indicio que pudiera darnos pistas de su procedencia, antigüedad, autoría, composición del material y lo que a mi juicio, es más importante,: el mensaje que en sí pretende transmitir. Puedo adelantarles que hay un verdadero mar de dudas al respecto... Como primera providencia, le aplicamos una solución de carbono 14, que ha sido el primer sistema empleado para tratar de determinar su fecha de ejecución. Debemos recordar que éste es un método fiable de medición radiométrica…

—Don Michelangelo, —le interrumpió el Cardenal— agradecemos sus amplios conocimientos en la materia, pero debemos de concentrarnos en lo que realmente puede interesar a nuestros invitados y confesarle nuestra humilde ignorancia en apreciaciones científicas de esa naturaleza.

Athaulpi, se paró en seco, volvió a carraspear y moviendo nerviosamente los papeles que manejaba continuó.

—Discúlpeme Su Eminencia, en mi vehemencia he derivado mis palabras a lo accesorio. Como les decía, la aplicación del carbono 14 era imprescindible para datar la tablilla. Su fecha puede establecerse en la segunda mitad del siglo I de nuestra Era. Si bien se nos plantea la aparente incongruencia del tiempo en la que fue escrita, ante el hecho que en esa época ya no era de uso común el tipo de caracteres utilizado. Por tanto, la primera incógnita a desentrañar es si ha fallado el análisis con el método seguido o bien determinar si existe un error en la apreciación del tiempo de su ejecución.

El Cardenal, se creyó en la obligación de aclararles a los dos recién llegados, las medidas y estudios que se habían realizado sobre la tablilla, desde que les fuera entregada de manos de Daniel Cormack a Monseñor Molinelli.

—Como comprenderán, cuando don Armando nos hizo llegar esta pequeña pieza de barro, no teníamos conciencia en principio, de lo que en si representaba. No obstante, debimos analizar en profundidad todos los aspectos que incidían hasta su llegada a Roma:

Primero: Por qué el Padre Charbel, instantes antes de expirar, la entregó al Señor Cormack.

Segundo: A qué causa se debía que su propio Obispo, Monseñor Esteban Asail, fuera desconocedor de su existencia.

Tercero: ¿Se trata de una sola pieza aislada con un único mensaje, o por el contrario forma parte de un conjunto de ellas que describen una más amplia información?

Cuarto: ¿Si, hipotéticamente existen más, que complementen el mensaje, cuál sería su número para tener total fiabilidad de su contenido?

Por el momento no me es dado revelar más allá de lo que les expongo, pero deben asumir el enorme interés que para el Vaticano tiene desentrañar este misterio.

Con las últimas palabras del Cardenal, Monseñor Molinelli, se removió levemente de forma inquieta en su asiento, circunstancia que no pasó desapercibida para Daniel, quién por un momento, llegó a pensar que su misión en la salida de los sacerdotes del norte de Irak, bien había podido estar relacionada con el rescate de la famosa tablilla.

En ese instante, el Subprefecto consideró que debía aclararles a los visitantes cuán importante era tratar de aclarar, los distintos aspectos de este enrevesado asunto.

—Señores —dijo von Argenbourg—, desde hace un tiempo tenemos indicios de que cierta facción de un grupo terrorista plantea una acción determinante en contra de los intereses de la Iglesia, bien en la propia Roma, o bien en contra de un signo emblemático en otro lugar del mundo. Como les consta, el abanico de posibilidades es prácticamente infinito. Pueden atacarnos

en cualquier punto del planeta, amén de las masacres que a diario cometen en determinadas zonas. Pero cabe pensar que ahora desean ir más allá que el simple hecho de sesgar vidas humanas.

Daniel analizaba de forma exhaustiva todas las intervenciones y los matices tanto de lo que se decía, como de lo que no se decía y de lo que se dejaba entrever y llegó a la conclusión que todos sabían más de lo que exponían. Uno de los factores que ratificaban su impresión era la propia actitud de Monseñor Molinelli, quién en determinados momentos había hecho gestos imperceptibles de nerviosismo. De todas formas, lo prudente y aconsejable era esperar y seguir diseccionando todo cuanto se estaba exponiendo.

Pareciera que le habían adivinado sus pensamientos, porque en ese mismo instante, el Cardenal, intervino cambiando el tono de voz.

—Bien señores, veo que nuestra conversación se ha prolongado y creo que nuestro invitado, que ha debido madrugar mucho para desplazarse hasta aquí, estará hambriento. Les propongo hacer un alto y retirarnos para continuar dentro de un par de horas. Señor Cormack ¿tiene buen apetito?, le sugiero que acompañe a su Mentor y degusten unos sabrosos sándwiches en la pequeña cafetería con la que contamos en la última planta de este edificio.

Tras pronunciar estas palabras se levantó, secundándole los demás. Hizo una pequeña reverencia y salió de la estancia. El Subprefecto, se inclinó levemente ante Monseñor Molinelli y emprendió la marcha por la misma puerta por la que éste y Cormack habían entrado, seguidos de Athaulpi.

—Creo que debemos hacer caso a lo que el Señor Cardenal nos ha sugerido —dijo el Prefecto.

—La verdad es que ha acertado de pleno en lo que se refiere a mi apetito —le contestó Daniel.

Se dirigieron a uno de los ascensores laterales y al salir en la cuarta planta, observaron un pasillo donde había unos aseos, en los que se detuvieron brevemente. A continuación, pasaron a un pequeño pero agradable restaurante, dirigiéndose a uno de los tres saloncitos privados con cabida apenas para seis comensales, que disponía de un ventanal al fondo como única decoración, desde el que se divisaba aún mejor toda la arboleda que rodeaba el edificio. Se sentaron y al poco llegó un camarero, ofreciéndoles una escueta carta de menús y aperitivos.

—¿Qué desea tomar Daniel?

Éste miró la carta y dejándola sobre la mesa, contestó:

—Creo que haré caso al Cardenal y tomaré un sándwich de jamón york y queso y para beber, un zumo de naranja.

—Para mí lo mismo —dijo Molinelli—, y le añadiremos café al final. Entre tanto, por favor cierre la puerta y tráiganos una jarra de agua.

A continuación, apartando la servilleta a un lado, cruzó los brazos sobre la mesa.

—Es usted muy hábil, amigo Daniel. Se ha dado cuenta de casi todo y pese a ello, ha guardado un escrupuloso silencio.

Al ver que Daniel asentía con una ligera sonrisa, continuó:

—Estoy de acuerdo que en la reunión de esta tarde tendríamos que ir más al fondo de la cuestión, pero debemos tratar que sea el Cardenal quién tome la iniciativa. Le puedo adelantar que Athaulpi ha avanzado algo más en sus investigaciones de lo que ha dicho y que ya cuenta con ciertas conclusiones que pueden ser determinantes. El Subprefecto por su parte nunca ha digerido del todo a nuestra rama del Servicio Secreto y considera que el Departamento de la Guardia Suiza que coordina, es suficiente para garantizar la seguridad del Estado.

Tocaron la puerta levemente con los nudillos y apareció el camarero.

—Por favor cuando terminen, para tomar el café, basta que pulsen ese timbre de la pared. Se los traeré de inmediato —dicho esto, hizo una reverencia y desapareció.

Tras bendecir la mesa Monseñor, ambos iniciaron su frugal almuerzo, y continuó Molinelli:

—Tal vez uno de los aspectos que más le haya llamado la atención sea, el énfasis que el Cardenal ha puesto en la forma y circunstancias en las que recibió ese objeto de manos del Padre Charbel. También es algo que nos ha supuesto un punto inquietante, que desgraciadamente no podemos desvelar por su trágica muerte. Sin embargo, es ésta una vía que no debemos abandonar en modo alguno. En cuanto a la tablilla, confío que sea Su Eminencia quién estime oportuno llegar al fondo de la cuestión.

—Como comprenderá don Armando —Daniel apeó adrede el tratamiento de Monseñor— estoy aquí para prestar mis servicios dentro de la Sección a la que pertenezco. No quiero saber más de lo que consideren que me deben transmitir, pero resulta sumamente difícil poder avanzar en un asunto de tanta complejidad, sin contar con todos los elementos de juicio necesarios.

—Ya de por sí la misión es extremadamente delicada y estoy de acuerdo con usted en que deberemos hacerle partícipe de nuestras indagaciones, que en definitiva tendrán que ser también las suyas.

Hubo un pequeño silencio y Molinelli, pulsó el timbre y al cabo de un breve lapso de tiempo, apareció el camarero, al que indicó que ya podía servir los cafés.

—¿Qué conclusiones deduce usted, Monseñor —volvió a usar el tratamiento— ante el hecho que el autor utilizase un sistema de escritura que no se corresponde aparentemente con la antigüedad que marca el carbono 14?

—La verdad es que no alcanzo a comprenderlo, pero la lógica me impulsa a pensar que, si confiamos que la datación es la correcta, quién hubiese utilizado este tipo de escritura, debía ser una persona culta, que tuviese nociones de su existencia anterior, pese a estar en desuso en el siglo I.

Molinelli, miró su reloj y se dirigió a Daniel

—Son las tres y media y creo que deberíamos ir bajando para ser puntuales.

Se levantaron y el Prefecto, firmó la nota de lo que habían consumido, dándoles las gracias al camarero que les esperaba en la puerta. Bajaron de nuevo en el ascensor y cogiéndole del codo, dijo a Daniel:

—Vaya hacia la sala en la que nos hemos reunido, yo iré enseguida.

Y diciendo esto, desapareció por una puerta lateral. Eran las cuatro menos cinco cuando llegó de nuevo y ambos entraron en el despacho, donde aún no habían llegado sus interlocutores. A escasos minutos, hizo acto de presencia el Cardenal, quién les invitó a que tomasen asiento. Breves instantes después lo hizo Athaulpi con su eterna cartera haciendo una profunda reverencia al Cardenal como disculpa, respondiendo éste escuetamente a su saludo.

—Bien —dijo a modo de introducción—, podemos proseguir nuestra conversación. El señor Von Argenbourg tiene esta tarde una serie de compromisos inherentes a su cargo y no podrá estar con nosotros.

Daniel miró a Molinelli que entornó ligeramente los párpados, sin hacer ademán alguno. Algo le decía que la ausencia del Subprefecto estaba relacionada con la confidencia que Molinelli le había hecho durante la comida. ¿Pero cómo lo había conseguido? Las siguientes palabras del Cardenal lo sacaron de estas elucubraciones.

—Mi dilecto don Michelangelo —se notaba que el Cardenal quería satisfacer el ego del profesor— creo que tanto Monseñor como nuestro amigo el señor Cormack deben estar al

corriente de nuestros últimos avances. Así es que le ruego que proceda a facilitarnos cuantas pesquisas y averiguaciones esté en condiciones de aportarnos.

Las palabras del Cardenal habían causado el efecto que esperaba en Athaulpi, quién arrellanándose en su sillón, se ajustó las gafas y con solemnidad, abrió de nuevo su cartera, sacando un gran fajo de documentos y papeles de varios tamaños en los que se advertían multitud de notas marginales manuscritas.

—Gracias, Señor Cardenal, puedo afirmar que tras lo expuesto esta mañana, existen otras vías para el análisis de la tablilla, amén del carbono 14 y ha sido el examen radiográfico que le hemos practicado y el estudio de la grafía aplicada. Como resultado de la primera observación, hemos descubierto algo sorprendente en este tipo de textos escritos sobre barro y que no tiene antecedentes conocidos.

Se detuvo un momento, como para comprobar el interés que sus palabras despertaban en sus oyentes y continuó.

—En la tablilla, además de los cuatro caracteres escritos que representan los números uno, dos, cuatro y ocho, nos llamó la atención que su grosor no era similar al de otras de sus mismas características.

En ese momento se detuvo y toda su sensación de satisfacción por lo que estaba exponiendo, se desvaneció, mirando nerviosamente al Cardenal. Éste a su vez le observó directamente durante unos segundos e intervino:

—No se preocupe señor Athaulpi —su tono de voz había igualmente cambiado— el señor Cormack tendrá conocimiento de todas nuestras pesquisas, en su debido momento. Así es que puede continuar.

Estas palabras tranquilizaron un tanto al profesor, quién a partir de ese momento, desgranó las frases con mucho más cuidado y sin engolamientos.

—Gracias Eminencia, como decía, el grosor de este palimpsesto difiere de otros similares y ello nos hizo pensar en la posibilidad de analizarlo radiográficamente. Y nuestras investigaciones corroboraron que en uno de los bordes, había un diminuto rectángulo, no visible a simple vista y de apenas uno por tres centímetros, que cuenta con unos signos ocultos bajo esa pequeña tapa. Procedimos a retirarla, observando que quién lo había hecho era un verdadero artista para después volverla a tapar sin dejar huella alguna. En su interior había una inscripción en hebreo del siglo I D.C.. en la que se dice: «*Profecía de Matías Discípulo*». Ello nos abre un sinfín de posibilidades, pero al mismo tiempo nos permite centrarnos en una época y lugares determinados.

El Cardenal Colombelli cogió uno de los folios y se lo mostró a Monseñor Molinelli.

—Vea el texto de lo que nos ha explicado el señor Athaulpi, que hemos copiado para una mejor identificación, si bien la traducción del hebreo resulta plenamente fidedigna y no presenta problema alguno.

Armando Molinelli tomó el folio y con sus conocimientos de la lengua hebraica comprobó que efectivamente la traducción no admitía dudas. Seguidamente se la pasó a Daniel, quien le echó un rápido vistazo, devolviéndoselo al Cardenal.

—Pese a que se trate de un enigma, sin embargo nos centra en el cuadro de actuación a seguir, puesto que el redactor de la tablilla debió conocer al Apóstol, o a alguien de su entorno cercano, que efectivamente viviera en el Siglo I, ya que éste murió sobre el año 60 D. C. El siguiente paso era determinar la procedencia y el origen del tipo de barro con el que está elaborada. Tenemos diversas muestras de tierra de muy distintos puntos, si bien nos hemos centrado en aquéllos

lugares que el Apóstol Matías visitó en sus predicaciones y también en el hecho que teníamos noticias de unas profecías expuestas en sus sermones y que ésta bien pudiera ser una de ellas. En cuanto a la composición del barro, podríamos afirmar que se trata de un material, próximo al Mar Muerto en Judea y que debía ser en esa zona donde su autor la grabase. No es lógico pensar que ese tipo de tierra fuese llevado desde allí a otro lugar más apartado para esa tarea.

En ese momento intervino por primera vez Monseñor Molinelli, quién hasta entonces había permanecido atento a la explicación de Athaulpi.

—Efectivamente Matías fue martirizado el año 63 D. C. en Jerusalén y también parece ser cierto que el barro procede de la zona cercana al Mar Muerto. Si repasamos la vida del discípulo de Jesús, sabemos que partió de la propia capital de Judea y de allí fue a Masada, para después adentrarse a predicar a Etiopía, desde donde regresó a Jerusalén, ciudad en la que sufrió martirio hasta su muerte. Por tanto, si la fortaleza de Masada está a poca distancia de ese Mar, cabe un alto índice de probabilidades que fuese alguien de esa ciudad fortificada quién escribiese el texto, si bien consta que allí en esa época había muy pocos convertidos al cristianismo. Otro dato es la toma por los romanos de ese enclave, en el año 73 D. C. Por tanto, el espectro de tiempo y espacio de quién realizase la escritura, puede quedar fijado con un alto índice de posibilidades en ese concreto lugar: y en el tiempo, entre los años 50 al 73 de nuestra Era.

Todos los presentes miraban a Molinelli con cierta expresión de asombro por la claridad y concreción de sus palabras. Daniel por su parte, como gran conocedor de su Mentor, sabía que lo que había expuesto era con casi absoluta seguridad lo que debió suceder veinte siglos atrás.

—Creo señores que ha llegado el momento de que conozcan el verdadero alcance de nuestras indagaciones. Por favor, le ruego señor Cormack que todo lo que va a ver y oír, quede borrado de su mente. Monseñor Molinelli ha abogado por su discreción y debo admitir que si queremos desentrañar este misterio, máxime ahora que puede haber incluso una manifestación profética, debemos contar con su colaboración y sobre todo, su silencio.

Diciendo estas palabras se levantó de su asiento, cogió su portafolios e invitó a todos a que le siguieran. Los cuatro pasaron a la dependencia contigua, que daba a una amplia galería sin ventilación exterior alguna y con varias puertas. Tomaron una de ellas y se encontraron ante otro ascensor. El Cardenal tocó el pulsador de llamada, deslizándose silenciosamente la corredera. El cuadro indicador tenía diversos botones con numeración descendente a partir del 0. Esta vez fue Molinelli quien señaló con su huella la planta designada, poniéndose en marcha velozmente sin hacer el más mínimo ruido.

Tardaron algo más de medio minuto en bajar y cuando la puerta se abrió, delante de ellos había una escalera prácticamente a oscuras, que seguía descendiendo. En ese momento, el Cardenal creyó oportuno dirigirse al agente:

—Señor Cormack, estamos a un nivel muy por debajo al de las criptas del Vaticano, pero todavía no hemos llegado, si bien ya no considerábamos conveniente instalar ascensores, por razones de seguridad con el personal que los montase y preferimos seguir el sistema tradicional de escaleras y galerías, que en algunos casos, ya existían desde siglos antes. No sé si sabrá que bajo la Cúpula de Miguel Ángel y la nave central, existen una serie de grutas llamadas nuevas, que fueron construidas cercanas a otras primitivas que se conocen como las grutas antiguas. Ahora mismo, sobre nosotros, a bastantes metros, se encuentra la Necrópolis de San Pedro. Si ha estudiado algo de Historia conocerá sin duda la existencia de unas excavaciones ordenadas por Su Santidad el Papa en el año 1940 para tratar de encontrar la tumba del Apóstol Pedro, que duraron diez años. Esta red de galerías es aún más profunda.

Continuaron por las escaleras de piedra hasta situarse ante una robusta puerta de hierro con apliques de bronce. El Cardenal movió imperceptiblemente varios de los remates que sobresalían de una de las dos hojas, como si se tratase de una clave, y la puerta se abrió lentamente. Enfrente, un enorme salón con librerías que cubrían las paredes y mesas de estudio en su centro.. Lo atravesaron con paso rápido y rebasaron varias salas inmensas y repletas de los más variados objetos, legajos, alguna escultura, cuadros, papiros, vitrinas con un sinfín de códices y diversos capiteles de piedra, lápidas y otros objetos que con la velocidad a la que iban no podía ni tan siquiera identificar.

—No le extrañe señor Cormack. En esta galería y en otras más se guardan secretos de los más de veinte siglos de la Historia de la Iglesia. Cada uno de estos objetos tiene su singular descripción y trascendencia en el devenir de los tiempos. Desde aquí parten pasadizos que llegan a los lugares más alejados, incluidas las Catacumbas de Roma más importantes: San Calixto, lugar donde existen varios Papas enterrados, San Sebastián, Domitila, en la Via Appia y Priscila, en dirección Norte.

Recorrieron otras tres salas más y en la siguiente, se detuvo el Cardenal abriendo un pequeño postiguillo lateral, que apenas permitía la entrada a una persona encorvada. Pasó primero el Cardenal, a continuación Monseñor Molinelli, el profesor Athaulpi, que no tuvo que agacharse en demasía y por último Daniel Cormack.

En la oscura sala de paredes de piedra y de pequeñas dimensiones, aparecía en su centro aislada de todo, una vitrina acristalada por sus cuatro caras al igual que la tapa superior, en tanto que la parte inferior aparecía forrada de terciopelo azul e iluminada por un pequeño foco de luz directa. Sobre el paño de terciopelo, se distinguían alineadas tres tablillas de barro. Daniel dio un paso adelante de forma instintiva, identificando, rápidamente la que estaba situada al lado derecho como la que él mismo había sacado de Irak.

—Señores —dijo el Cardenal dirigiéndose a los tres—, éste es el mensaje al que con toda probabilidad se refiere una profecía del Apóstol Matías y que sin duda escribiera uno de sus seguidores, he aquí la constancia de estas tres tablillas, que debieron formar parte de un conjunto aún mayor de piezas, pese a que todavía desconocemos cuál fuese su número total. Estamos tratando, y de ello se encarga el profesor con su equipo, de averiguar el contenido criptográfico de las tres con las que contamos hasta ahora. No cabe duda que en el sistema de grafía cuneiforme, una de las tablillas se destinaba habitualmente a ser el colofón del mensaje. Tal vez por sus especiales características, sea la que el señor Cormack ha traído, la que sirviese para contener esa misiva. Sí les puedo afirmar que los estudios realizados hasta el momento no auguran que el mensaje, sea cual sea el resto de su contenido, resulte favorable o tranquilizador. Antes bien, pudiera tratarse de una profecía que anuncie una catástrofe para el futuro de la Iglesia o de parte de ella. ¿Señor Athaulpì puede informar al señor Cormack de su impresión inicial sobre la tercera tablilla?

Athaulpi, giró su cuerpo hacia donde se encontraba Daniel y casi con un hilo de voz, como impresionado por el entorno donde se encontraban, susurró:

—Creo que se podría afirmar que los números 1, 2, 4, 8 se refieren a una fecha y que, tras analizarlos exhaustivamente, el dato más relevante acaecido en ese año de nuestra Historia, fue la conquista de Siviglia, por el Rey Ferdinando III de Castilla. Creo que bien pudiese ser en esa ciudad donde estén algunas de las claves de este misterio.

—Bien, señor Cormack —añadió el Cardenal—, creo que tiene una difícil y comprometida tarea por delante, Monseñor Molinelli, le proveerá de todo lo necesario, pero debe partir cuanto

antes. En todo momento mantendrá informado a su superior de las indagaciones que haga. Que Dios se lo pague. Como habrá colegido, al hacernos cargo de la pieza de barro que nos entregara, rápidamente lo relacionamos con estas otras dos que desde hace siglos se custodian en estos lugares, lo que nos ha hecho retomar el legado que suponen y actualizar su mensaje, olvidado durante muchas generaciones. Lo preocupante es que la tercera unidad haya llegado nada menos que desde Irak y en tan extrañas circunstancias. Ahora será su turno,para tratar de extraer las conclusiones que nos depare este hallazgo.

Con estas palabras el Cardenal Colombelli daba por terminado el encuentro. Cuando llegaron de nuevo a la sala donde habían celebrado la reunión, el Cardenal impartió la bendición a Daniel y saludó con un abrazo fraternal a Monseñor Molinelli, para estrechar a continuación la mano al Profesor. Athaulpi se despidió seguidamente del Prefecto y de Daniel Cormack con una leve reverencia. Los dos miembros de Seseiv regresaron otra vez por los pasadizos que habían utilizado esa misma mañana, hasta llegar al despacho privado del Jefe de los Servicios Secretos.

Al entrar en la estancia , Molinelli, se dirigió a su subordinado:

—Si le parece salimos y le acompaño hasta arriba, dijo Molinelli.

Una vez en la planta cero, se dirigieron a la otra estancia en la que habitualmente trabajaba el Prefecto. Al oírlos, apareció desde la pequeña oficina contigua, Ángelo Ferrara, su secretario.

—Señor Cormack, le traeré su trolley.

Mientras volvía su ayudante, Molinelli comentó a su agente:

—Confío que el cúmulo de noticias del día de hoy pueda asimilarlas con tranquilidad. Mañana por la mañana deberá pasar por aquí para ultimar los detalles y ponerle en antecedentes de por dónde empezar. Le deseo de corazón tenga mucha suerte en Sevilla y tenga la seguridad que rezaré por usted.

Dijo estas palabras con un tono de afabilidad, que chocaba con la fama de carácter duro e inflexible que tenía dentro de su equipo de trabajo, pero la confianza que había depositado en Daniel, aún a sabiendas de la ingente dificultad que se le presentaba a su fiel colaborador y los años que hacía que le conocía, habían despertado en él un cierto apego de filial reconocimiento y amistad que trascendía por encima de sus cargos.

Daniel estrechó su mano de forma respetuosa pero también con afecto, inclinando ligeramente la cabeza y dijo:

—Gracias por la confianza que ha demostrado en mi persona, que procuraré con todas mis fuerzas, no defraudar. Permítame aclarar una duda. ¿Fue usted el que consiguió que no viniese a la reunión de la tarde el Subprefecto?

Molinelli sonriendo, le contestó con cierto halo de complicidad:

—Eso y el hecho de que por fin, de manera clara, el Cardenal se aviniese a desvelar uno de los secretos mejor guardados del Vaticano en estos momentos.

—Gracias una vez más por su benevolencia. Hasta mañana D. m. y procure también descansar Monseñor.

Al salir a la Vía della Conciliazione, tras despedirse del Secretario, Daniel consultó su reloj. Eran las once de la noche y la Vía, desierta, se mostraba en toda su esplendor. Miró al cielo y vio cómo los rayos de la Luna iluminaban la fachada de Santa María in Traspontina, arrancándole unos matices plateados que se reflejaban en el pavimento, mientras algo más allá, se adivinaba el Borgo de Sant’Angelo. A continuación, dirigió la mirada hacia el fondo de la avenida y contempló la inmensa mole de San Pedro, deteniéndose unos instantes. Si, verdaderamente merecía la pena luchar por preservar ese acervo de siglos y el tesoro espiritual y artístico en el

que tantos millones de personas de todo el mundo se ven identificados en él.

Despacio, con su trolley en la mano, se encaminó al sencillo apartamento que tenía alquilado habitualmente en una pequeña calle junto a Via Crescenzio, pensando que había sido un día muy largo desde que saliera esa misma mañana, de su querida Irlanda.

CAPITULO IV:
LA PROFECÍA

Mevajer, acababa de subir por la escarpada pendiente del Camino de la Serpiente, en dirección a su casa. Cada vez le costaba más trabajo superar el empinado desnivel de ese angosto sendero, en dirección a Masada, que serpenteaba a lo largo del flanco oriental de la ciudad, y a la que se llegaba desde su pequeño terreno de cultivo, situado a treinta estadios de distancia[1], que diariamente labraba con dedicación para su subsistencia y la de su familia. A menudo, cuando llegaba a la zona de mayor pendiente, se decía que algún día dejaría esa dura tarea, de cavar la árida tierra, a su hijo Duir.

Sus ropajes, sencillos y sus sandalias de cuero gastadas, denotaban el diario esfuerzo que realizaba para arañar de la pedregosa parcela de tierra, los escasos brotes de cereales, con los que alimentar a su familia. Su mujer Athalia, ya entrada en años como él y su hijo Duir, un joven apuesto y algo fanático, simpatizante de las teorías de los zelotes. Pese a todo, él siempre había tratado de llevarlo por el camino aprendido de sus creencias cristianas, en la observancia de la paz y la concordia, como había recibido de uno de los nuevos discípulos de Jesús, llamado Matías, al que conoció profundamente, durante su estancia en la Ciudad, muchos años atrás, cuando arribó a Masada para predicar la Palabra de Dios.

Matías había llegado desde Jerusalén, donde había sido nombrado nuevo Discípulo de Jesús en el lugar de Judas Iscariote. Esta circunstancia nunca llegó a superarla del todo, pese a lo cual, ejerció su ministerio con entrega y dedicación. Así se lo había contado al propio Mevajer con el que había establecido un corriente de simpatía porque en sus largas y profundas conversaciones con él, apreciaba su arraigado conocimiento del mensaje de Jesús de Nazareth.

Mevajer no había conocido a Jesús, pero se embebía con las historias que Matías le contaba. Un día no obstante, éste le confesó que debía continuar su predicación por otras lejanas tierras y que su propósito era alcanzar Etiopía, para después culminar su peregrinación por el norte de Judea.

Pasó el tiempo y Mevajer nunca olvidó los largos coloquios con Matías, las palabras elocuentes y evocadoras de la figura de Jesús, milagros y su mensaje de amor. Supo de su vuelta a Jerusalén, tras recorrer tierras extrañas y aún guardaba en su mente la terrible noticia que recibiera, nueve años atrás, del cruel martirio padecido, al ser apedreado primero y decapitado después.

Aquella sinrazón, marcó a Mevajer de forma ostensible. Parecía mentira que hubiesen transcurrido apenas setenta y dos años desde el nacimiento del Mesías y aún persistía el odio y el fanatismo, con mayor crudeza si cabe, contra quiénes se declaraban seguidores del Maestro...

Llegó a la puerta de su sencilla casa, con la fachada de adobe y dos reducidas estancias en su interior. Delante, una pequeña explanada, al lado de la pendiente del camino, en la que había un par de grandes higueras, cuyos jugosos frutos contribuían a veces a dar sustento a la familia.

Antes de entrar, miró los árboles cuyas ramas vencidas, se recortaban sobre la inmensa mole del Palacio y se dijo que había sido un hombre de suerte, sin duda con la ayuda de Dios. Tenía una buena esposa, un hijo diligente, una casa en la que resguardarse y un pequeño terreno que aunque distante de la ciudad y no ser suyo, debido a la ley judía, sí se le permitía empero, trabajarlo y poder vivir así de las escuálidas cosechas que le arrancaba año tras año. Recordó cómo ya habían pasado dos, desde la última gran celebración anual del *sabath* y parecía que la

tierra, agradecida, había dado mejores frutos, pese a brotar del reseco terruño del que nacían pujantes, las espigas de trigo. Igual había ocurrido con las frondosas higueras que daban sombra al pequeño huerto frente a su casa y que llevaba explotando desde hacía casi treinta años, a sabiendas que nunca le pertenecería porque la tierra es de Dios y solo los Sumos Sacerdotes del Templo la distribuían con mayor o menor generosidad. Para él era particularmente arduo continuar con las labores en la exigua parcela, dado que se había corrido la voz en Masada que era uno de los escasos seguidores que había abrazado la Cruz de Jesús, pero la buena formación, el carácter dialogante y las dotes oratorias que le distinguían, le habían permitido salir indemne de los sucesivos atolladeros en los que periódicamente se veía inmerso.

Estaba terminando de rememorar esos acontecimientos, cuando sus cansadas piernas le llevaron a un pequeño banco de madera, situado junto a la pared resguardada por la sombra del frutal más próximo a la casa. Desde allí contempló como casi todos los días la hermosa vista que se extendía ante él: A la izquierda, la inmensa mole del Palacio de Herodes, con sus tres torreones simétricos y el cuarto, mayor que el resto, sobresaliendo airoso, sobre el conjunto de la fortaleza, y que albergaba las dependencias del Palacio, dentro del recinto interior. A la derecha, en dirección a Oriente, aparecía un mar de escarpaduras de tierra desértica, pero de una belleza inconmensurable. Al fondo, tras el páramo de desierto, el Mar Muerto en toda su quietud, que con su serena lámina de agua, servía de contrapunto a las aristas de los riscos, y que gracias a la posición del sol en el atardecer, dibujaban mil y una sombras en sus oquedades. La brisa hacía oscilar las ramas de las higueras y daban un cierto frescor a las sombras que proyectaban. Decididamente tenía que dar gracias a Dios, por el favor que le otorgaba, al poder disfrutar de su obra y sólo a cambio del esfuerzo diario para trabajar la tierra.

Pasó unos minutos ensimismado y al oír la voz de Athalia, se levantó y fue a saludarla, dándole un beso en la frente.

—¿Y Duir, dónde está?

—Como siempre, habrá ido a reunirse con sus amigos, en la casa de Maaravi, dentro de la fortaleza —hizo una pausa y continuó—. Cada vez me gustan menos esas amistades que sólo hablan de guerras y de lo que ha acontecido en Jerusalén, que por cierto no puedo acabar de creérmelo.

Athalia, las noticias de la destrucción de Jerusalén dos años antes, a manos de los romanos, no acababa de asimilarlas, pese a que el saqueo y el incendio de la ciudad, había corrido de boca en boca por toda Judea.

Mevajer tampoco quiso incidir en convencerla, pues de este modo, su sufrimiento sería menor y dejaba entrever que podrían ser habladurías de la gente, aunque él bien sabía que las legiones al mando de Vespasiano, por encargo del emperador Nerón, habían cercado la ciudad, y que el ataque final había sido dirigido personalmente por su hijo Tito, quién había ordenado el expolio y pasar a cuchillo a la mayoría de sus habitantes. De ahí el incremento de huidos que buscaron refugio en Masada. Eso le hacía pensar que lo más probable es que los romanos no se contentasen únicamente con el botín de Jerusalén, sino que querrían rematar su obra y por eso, cuando escrutaba al horizonte, siempre intentaba advertir algún signo en la lejanía que denotase la presencia de tropas enemigas.

Al poco tiempo, regresó Duir y abrazó a su padre. En su cara se adivinaba una expresión de preocupación.

—¿Qué ocurre hijo, hay algún problema en la fortaleza?

—No padre, se ha comentado que las legiones romanas se encaminan hacía aquí, y que vienen

a gran velocidad. Ya no las dirige Tito, sino que le encomendaron el mando a un general llamado, Lucillo Baso, pero al enfermar le ha sustituido nada menos que Lucio Flavio Silva, Gobernador romano de Judea, que es bien conocido de todos por su cruel ferocidad.

Tras la cena frugal, en la que casi no hablaron ninguno de los tres, se dieron las buenas noches, sin apenas poder conciliar el sueño, pese a aparentar que dormían.

A la mañana siguiente, Mevajer, se levantó más temprano de lo habitual y calzándose las sandalias, salió al exterior. En el horizonte, una espesa capa de polvo, denotaba la presencia de un numeroso ejército, acercándose en dirección a la Ciudad. No cabía duda que eran las tropas romanas.

Un sudor frío le inundó la frente y sopesó que el hecho de ser cristiano, no iba en nada a mejorar su suerte ni la de su familia ante los atacantes. Debía pensar rápido y sin saber por qué, su mente se vio envuelta de forma diría que irreal, por la profecía que Matías le había relatado y que con tanto interés le repitiera varias veces como si quisiera remacharle su legado:

«—Los designios del Señor son inescrutables y acaecerán grandes calamidades al pueblo judío y también, en el futuro, a los cristianos, pese a que éstos aumentarán en número y serán reconocidos en todo el Orbe, no obstante lo cual —le vaticinó Matías—, *siempre en los siglos venideros, tendrán enemigos que los asediarán y procurarán su exterminio.»*

Especialmente evocó aquel mensaje de las lunas y los siglos, con el número siete, como péndulo y juez de los acontecimientos en el mundo. Recordó su énfasis al repetir los nombres de su propia familia y evocar el trascendental simbolismo que ofrecían, como si se tratase de algo premonitorio: Mevajer, que significa el Mensajero. El de su hijo Duir que quiere decir, Santuario y Athalia, que equivale a algo tan evocador como es Rocío de Dios. Según le descubriera el Apóstol, no eran nombres casuales, era la misma Providencia la que así los conjurase y la que ahora se valiese de ellos para el Proyecto que debía legar a generaciones venideras.

Pero ¿qué debía anunciar? se preguntaba Mevajer con insistencia. Sabía que era el elegido para enviar el mensaje, pero, ¿en qué se basaba su contenido?, ¿a quién dirigirlo? La zozobra atenazaba su espíritu aún más que las legiones romanas que avanzaban implacables. El anciano se debatía en un mar de confusiones, asumiendo que él mismo era un instrumento del Señor para plasmar la misiva que le legase el Discípulo Matías, pero no sabía ni cómo hacerlo, ni su propia redacción y menos aún quién o quiénes serían sus receptores. Y toda esa inquietud, estaba todavía más ensombrecida por el hecho cierto del ataque inminente de los ejércitos de Roma.

En esa incertidumbre estaba, cuando de pronto, el sonido de los cuernos y trompetas, alternando hasta ocho veces seguidas, sus notas graves y agudas anunciaban la *teru'aho* señal de peligro y que todos tenían que refugiarse en la fortaleza que fuera de Herodes. Avisó a Athalia que ya estaba preparada a la puerta de la casa y Duir, tras ella, portaba un pequeño fardo con algo de alimento y las pocas ropas que había logrado reunir. Rodearon parte del torreón exterior del lado Este y penetraron por la puerta llamada de la Serpiente, al igual que otras muchas familias que corrían despavoridas a refugiarse en el interior del recinto. Al entrar el último, las pesadas puertas se cerraron, chirriando lúgubremente sobre sus goznes. Algo hacía presagiar a Mevajer que tal vez ya no saldrían de allí. Echó la mirada atrás y contempló la imponente altura de los muros de más de treinta metros. Por un momento pensó que eran recios y fuertes como para resistir al invasor, si bien le constaba la fama guerrera de los romanos y sus recursos para abatir las fortificaciones más resistentes.

Llegados al gran patio, tras la segunda muralla, una multitud de más de dos mil personas, entre soldados, mujeres, ancianos y niños, se abigarraba atemorizada, moviéndose con nerviosismo sin

saber muy bien qué hacer ni adonde dirigirse.

En ese instante, una voz potente, venida de lo alto de uno de las torres, llamó la atención de todos y propició que se hiciese un espeso y tenso silencio.

—Soy Eleazar ben Yair, como sabéis, Roma ha enviado sus legiones para ocupar y destruir Judea. Hace dos años arrasaron nuestra Capital, Jerusalén y ahora se aprestan a asaltar Masada, como última fortificación con la que contamos. Los ojeadores han espiado a las fuerzas que nos atacan y han comprobado que se trata de la X Legión Fretensis, más dos cuerpos de caballería. En total unos diez mil hombres. Nosotros apenas llegamos a los mil, pero contamos con la reciedumbre de nuestra fortaleza y los recursos que guardamos en ella, sobre todo el agua de las cisternas. Nadie podrá salir de la Ciudad bajo ninguna circunstancia, pues las puertas van a ser selladas. Resistiremos mientras que Yahvé nos conceda fuerzas.

Eleazar era un hombre robusto, no muy alto y estaba flanqueado por varios oficiales de su ejército. Entre ellos, Mevajer descubrió al amigo de su hijo, Maaravi, quién gracias a esa amistad, aunque sabía que la familia de Duir era cristiana, siempre disimuló esta circunstancia para no ponerlos en peligro.

Tomó a Athalia por el hombro y apoyándose en el brazo de su hijo Duir, lentamente se dirigieron hacia unos barracones de adobe, adosados a la muralla en su lado Este.

—Deberemos buscar acomodo en estos cobertizos. Tal vez tengamos que pasar aquí varios días, hasta que el enemigo se disuada y considere que no puede tomar la fortaleza.

Dijo esto a sabiendas de que difícilmente los romanos iban a desistir de abandonar su presa, pero no era cuestión de intranquilizar aún más a Athalia. En ese momento, temas importantes ocupaban su mente, sobre todo el obsesivo mensaje que de forma reiterada venía a su mente con las palabras de Matías, pese a que las escuchara años atrás

Encontraron un pequeño aposento, donde dejaron el fardo que cargaba Duir y los mantos que les cubrían. Al poco, entraron otras personas, una mujer todavía joven, que dijo llamarse Bitania, con sus cinco hijos pequeños, el mayor de unos ocho años y el pequeño aún en brazos de su madre y una anciana que se apoyaba en su joven y bella nieta de unos dieciocho años de edad, de nombre Tikva, que Mevajer enseguida identificó su significado como Esperanza en Dios. El marido de la primera, comentó ella a modo de explicación, formaba parte de las tropas que debían defender la fortaleza.

Llegada la noche, trataron de descansar y Athalia ayudó a la joven madre a dormir a los dos más pequeños.

Al amanecer, sonaron de nuevo las tubas y se apreciaba el movimiento de los soldados por la parte superior de la muralla. Los romanos al parecer se disponían a establecer varios campamentos alrededor de la ciudad para impedir la huida a cuantos quisieran intentarlo.

Mevajer se planteó que para intentar encontrar una salida en caso necesario, sería conveniente recorrer las galerías que conducen a los depósitos de agua, situados en lo más profundo del subsuelo, cuyo acceso estaba en el extremo Sur de la fortaleza. Así mientras, Duir, trataba de localizar a su amigo Maaravi para inquirirle información sobre los asaltantes y su esposa seguía en sus tareas de ayudar a la atribulada madre con sus pequeños, se dirigió disimuladamente al lugar dónde descubriera que tenía la entrada de una de las galerías que daban a las cisternas. Encontró una cancela de hierro y comenzó a descender por la escarpada escalera que se adentraba en lo más profundo. Para iluminarse, se había provisto de una de las teas que colgaban en el exterior, observando muy atentamente las paredes de las galerías por las que discurría.

Llegó al primero de los aljibes y comprobó que el nivel de agua apenas alcanzaba la mitad del

recinto. y trató de analizar la causa. Sabía que acababa de comenzar el mes de *Tishrei*[2], por lo que durante todo el verano no había llovido ni una sola gota, pese a lo cual, se consumió gran cantidad de agua para abastecer las huertas cercanas, sin prever que pudiera producirse un asedio de la fortaleza. Repasó de nuevo las paredes del recinto y volvió sobre sus pasos hasta llegar, fatigado y casi sin respiración a la superficie.

Así siguió varios días, de forma espaciada, recorriendo discretamente todas las galerías del subsuelo y revisando las ocho grandes cisternas de agua, cuyo nivel era similar al de la primera que descubriese. En las semanas siguientes, cerca de la Pascua, aunque allí no podía celebrarla de forma ostensible, se cumplía el mes de *Tevet* [3] y como recompensa a sus oraciones, por fin, descubrió la entrada a otro pasadizo semienterrado, que daba a otros cuatro aljibes de menor tamaño, que debían servir de reserva a los ocho existentes por encima de ellos. Esta noticia le dio esperanzas para pensar que pudiera haber una salida secreta desde esta zona situada a tanta profundidad.

En tanto, las tropas romanas habían construido un gran torreón de madera, recubierto de metal, junto a la muralla exterior, donde colocaron un ariete en la parte inferior, para intentar abrir una oquedad por la que acceder, mientras que en su cúspide, los soldados parapetados tras sus escudos, procuraban impedir que los defensores repeliesen a los que trataban de horadarla.

Las continuas escaramuzas habían causado muchas bajas en ambos bandos, sobre todo en el lado romano, que ante la imposibilidad de abrir una brecha en la defensa, optaron por buscar otro frente por donde atacar. De este modo, basaron su estrategia en el flanco occidental, aprovechando que la entrada por el lado opuesto al Camino de la Serpiente, era mucho menos angosta y al ser más ancha, facilitaba el acceso a más tropas. Allí decidieron montar una rampa de piedra, desde el lugar llamado la Roca Blanca, que cubrían con maderas a medida que avanzaba su construcción, para protegerse de los ataques provenientes desde lo alto de la muralla y de forma sistemática e inexorable fueron elevándola durante meses, para tratar de alcanzar la parte superior de las defensas hebreas.

De todos estos avatares, Duir iba informando a su padre, quien sin decir palabra, veía que el fin cada vez estaba más próximo y su preocupación iba en aumento tanto por la seguridad de su familia, como por no haber encontrado aún un resquicio adecuado para escapar y porque en su mente, continuaba martilleando la misiva que Matías le transmitió y se reprochaba no haberle prestado mayor atención en su momento.

Los habitantes refugiados en la Ciudadela conmemoraban en esas fechas el mes de *Nisán*[4] o primero del calendario judío, pero aquel mismo día, los romanos recurrieron a otra táctica, esta vez más demoledora aún, al tratar de incendiar las murallas que estaban construidas con piedras, adobe y soportes de madera.

Mevajer, intuyó que esta nueva táctica representaba el fin inminente y que sería cuestión de horas o de pocos días el asalto final. Aquél amanecer, en su angustia, imploró al Señor como hasta entonces no lo había hecho y corrió desesperadamente a la oquedad que daba a las cuatro cisternas más profundas para encontrar la ansiada vía de escape. En su carrera, cuando ya estaba en el nivel más bajo, tropezó con el saliente de una roca, que con el seco impacto, le causó una profunda magulladura en el hombro, pero que a su vez, sirvió para que la piedra se moviese, dejando al descubierto otras más pequeñas, sueltas entre sí. Las asió con sus dos manos, con toda la fuerza que sus brazos le permitían y fue retirándolas una a una, pese a que el dolor penetrante le invadía el hombro y el costado, hasta dejar al descubierto una estrechísima galería, por la que

él no podía entrar, pero sí con mucha dificultad sería factible a una persona joven y ágil, aún con la zozobra de no saber a dónde podría conducirle.

El hallazgo le transmitió una serenidad que durante todo el tiempo que duraba ya el asedio, casi siete meses, no había tenido. Miró el húmedo suelo y como si un velo se hubiese descorrido, empezó a desgranar las palabras de Matías, comprendiendo al fin, todo su significado. Se quitó el manto y en él puso una pella de barro fresco y con la velocidad que le permitía el cansancio y la tensión acumulados, regresó a la superficie una vez más.

Allí comprobó cómo los combates se habían equilibrado y las fuerzas romanas habían infligido muchas bajas a los leales de Eleazar, pese a lo cual éstos resistían con fiereza, en tanto que una nube de flechas incendiarias y antorchas, trataban de prender fuego a todo el perímetro de la muralla.

Era mediodía y Mevajer se refugió en una sala del antiguo Palacio Occidental ahora abandonado, que tiempo atrás fuera una hermosa biblioteca. Había tenido el privilegio de aprender la ya ancestral y en desuso escritura cuneiforme y algo le decía que la profecía de la que era su único valedor, debería plasmarla y transmitirla de ese modo. Buscó entre los restos, una cuña de las que se utilizaban antiguamente para grabar ese tipo de escritos, extendió el barro con sus manos en una madera, e hizo cinco unidades, similares en tamaño, con las esquinas redondeadas. El silencio de la estancia era absoluto, y parecía que las palabras de Matías sonaban en sus oídos como si estuviese a su lado. Tomó la cuña y comenzó con pulso tembloroso, a reflejar los trazos, mezclando letras del alfabeto arameo actual, junto con signos pictográficos más antiguos y otros jeroglíficos. Empleó términos del hebreo de la Mishná, pero lo verdaderamente importante era el contenido de la misiva que recibiera del Apóstol y que bien veía ahora con claridad que se trataba de un legado y una señal de aviso a futuras generaciones de muchos siglos posteriores.

Alineó sobre una mesa las cinco tablillas y de forma precipitada pero segura, fue escribiéndolas según los dictados que su mente le iba descubriendo. Este tipo de escritura se reflejaba en columnas, en sentido vertical y de derecha a izquierda, y lo habitual, mientras existió ese modelo de comunicación, ahora ya en desuso desde hacía mucho tiempo, era que reflejase la primera, la serie; a continuación en las otras, el texto en sí que se quería transcribir y en la última, el colofón o compendio de todo el mensaje.

Sin dilación, se aprestó a escribir los dictados que brotaban de su mente de forma aparentemente confusa, pero que no obstante, él trazaba con una extraña serenidad y firmeza:

PRIMERA TABLILLA.— Explicaba el significado del número 7, no como una cifra sino como período comprendido en el tiempo a través de un arco paralelo de un mundo situado hacia Occidente, concretamente Hispania, en el confín de la tierra conocida.

SEGUNDA TABLILLA.— Partiendo del año 0, comienza el primer ciclo de ese período, que alcanzará hasta el año 700. (*En el 711 sabemos que se produjo la conquista de la Hispania Visigoda*).

TERCERA TABLILLA.— El espacio de esa dimensión desconocida en ese cielo, revierte de nuevo e inicia su inclusión en sentido opuesto al anterior, pero de forma inconcreta y no se detiene en el número 1400 exactamente, sino que ofrece una serie de variaciones tanto hacia adelante como hacia detrás. (*En la Península Ibérica, el 1248 es el antes, con la reconquista de Sevilla y en 1492, hacia detrás, tiene lugar la toma de Granada*)

CUARTA TABLILLA.— El péndulo de tiempo, se ha detenido y observa un nuevo giro en ese rizo del espacio temporal, para llegar al 2100, con la salvedad que no es determinante, sino

asimismo abierto, desde el año 2000 +/- hasta el 2200. (*Objetivamente una etapa de dos siglos muy amplia, pero relativa en función del período total que comprende el conjunto de la profecía*).

QUINTA TABLILLA.— En ella recoge el colofón o referencia al momento en el que se desarrollarán los acontecimientos: 1248, no es solo una cifra, sino una numeración aplicada a un concepto concreto y a modo de epílogo.

Para aclarar la fuente del mensaje, al anciano se le ideó practicar una pequeña oquedad en la parte trasera, en la que grabó con letra diminuta: *Profecía de Matías Discípulo.* Tras lo cual, procedió a sellar de nuevo el pequeño rectángulo de forma que pasara inadvertido.

Cuando Mevajer, trazó el último signo, el sudor más copioso empapaba todo su cuerpo. Sabía que había intentado transcribir en esa mezcla de lenguajes, el mensaje que Matías quisiera legarle, pero pese a ello, aún dudaba que lo hubiese interpretado correctamente, máxime por la dificultad idiomática que suponía emplear ese galimatías de jeroglíficos, signos en arameo y demás elementos con los que cuenta la escritura cuneiforme. Dejó la cuña sobre la mesa, junto a la pella de barro que le había sobrado, y cogió el trozo de madera donde había colocado y escrito las cinco tablillas, dirigiéndose hacia el lugar donde se aposentaba con su familia.

Era ya el atardecer y no había probado bocado ni tan siquiera un sorbo de agua. En las alturas se oía el fragor del combate como desde hacía siete largos meses y el silbido de las teas incendiarias que caían en el interior, provocaban un fuego abrasador. Atravesó la gran explanada, saludó a su esposa y a las familias acogidas en su misma habitación y observó los pálidos rostros de los niños que asustados se acurrucaban junto a su madre. En el otro rincón de la estancia, vio a la anciana y a su joven nieta Tikva y a su lado a su hijo Duir que trataba de consolarlas.

Sonaron las tubas con la señal de alarma y todos los refugiados se asomaron al patio central. En la torre interior aparecía Eleazar, con el rostro fatigado, cubierto de polvo y manchas de sangre sobre su coraza de cuero.

—El ejército romano ha logrado finalmente su propósito y veis como arden los muros que tenían que defendernos. Mañana a buen seguro, iniciarán con el alba el ataque final con el resultado que todos podemos imaginar —se detuvo unos instantes como vislumbrando la tragedia y tomando algo de aire, añadió—. No tendrán piedad alguna de nosotros, por tanto os pido un supremo sacrificio: no les entregaremos nuestras vidas, sino nuestros despojos.

Un murmullo despavorido recorrió el patio donde se hacinaban las familias de los soldados. Eleazar elevó su brazo, haciéndose el silencio, para continuar con voz quebrada por la emoción, pero decidida en su determinación.

—Nos encomendamos a Yahvé nuestro Dios y le ofreceremos el holocausto de todos como sacrificio supremo. Los sagrados preceptos heredados de generación en generación nos prohíben quitarnos la vida, por eso serán nuestros soldados los que cumplirán esta postrera tarea, la más dolorosa misión que les pueda encomendar. Después, se ha sorteado quiénes acabarán con las nuestras y los diez elegidos ya saben cuál es su cometido. Una vez concluido todo, uno de ellos,dará muerte a los otros nueve y finalmente, él mismo se inmolará.

En el patio ya no hubo ni un rumor, sólo el llanto incontenible de las mujeres, abrazando a sus hijos.

En ese instante Mevajer, situado al fondo del patio, cogió del brazo a su hijo, arrastrándolo por detrás del Palacio Occidental, hacia el fondo de la fortaleza medieval, en el Sur del recinto, hasta llegar apresuradamente hasta la entrada de la galería que llevaba a las cuatro cisternas inferiores.

—Tienes que venir conmigo. Debes salvar el mensaje de Matías que he escrito en estas cinco

tablillas. Y diciendo esto le entregó un pequeño saco de recia arpillera, en la que había guardado el mandato del Apóstol.

—Pero padre, ¿cómo voy a marcharme y dejaros a vosotros aquí, ante una muerte segura?

—Nosotros somos ya viejos y sobre todo ni cabemos por la galería que he descubierto y en el caso de poder hacerlo, seríamos un estorbo en la huida.

Había tal resolución en sus palabras que Duir no se atrevió a abrir la boca. Sentía como si también a él, una fuerza interior le impeliese a cumplir ese mandato, pese al dolor inmenso que le suponía la sola idea de abandonar a sus padres. En ese momento se detuvo y algo le hizo preguntar de nuevo.

—¿Podría acompañarme Tikva?

Tikva era la hermosa joven que había estado al lado de su abuela durante los últimos meses de asedio y entre ambos se había ido creando, apenas sin darse cuenta, una corriente de simpatía mutua, máxime por las penalidades que habían experimentado juntos y porque había descubierto que profesaba también la fe de Cristo, aunque no se atreviera a decirlo a los demás. Su padre lo miró fijamente y por un momento evocó a su esposa Athalia, asintiendo levemente con la cabeza y pensando que el nombre de Tikva —Esperanza en Dios— bien podría ayudar a su hijo en la incierta misión que tenía por delante.

Duir cogió el pequeño fardo con las tablillas, corrió a por Tikva, que no quería separarse de su abuela, pero las palabras vehementes de su amigo y de su padre, vencieron su resistencia.

Los tres avanzaron rápidamente, a resguardo de los muros del Palacio Occidental, en dirección a la fortaleza meridional, frente a la que se encontraba la galería de entrada a las cisternas, bajando a gran velocidad. Cuando llegaron frente al hueco horadado en la roca, Mevajer abrazó a su hijo.

—Quiera el Señor acompañarte, que Él preserve vuestras vidas por siempre y permita que el mensaje de su discípulo Matías, llegue al destino escogido, sea cual sea éste.

Después abrazó a Tikva y le susurró en el oído.

—Si la fortuna hace que os unáis, sed felices y que siempre exista el amor y el respeto entre vosotros. Ve con Dios y con él.

Dichas estas palabras, ayudó a Duir a deslizarse por la angostura y después a Tikva. A los pocos segundos ambos habían desaparecido en la oscuridad. Él sin embargo,permaneció inmóvil durante unos instantes, pero recordó a su esposa Athalia, a la que había dejado sola en medio de la tragedia y volvió rápidamente sobre sus pasos.

Cuando llegó a la superficie, la escena era dantesca: En el suelo yacían decenas de cadáveres de mujeres, ancianos y niños, en tanto que los diez soldados elegidos por sorteo, blandían sus espadas sesgando las vidas de sus propios compañeros de armas, quiénes inmóviles, recibían el acero sobre sus cuellos.

Mevajer se deslizó a lo largo de la gran defensa del lado Este, donde se situaba el pequeño aposento al fondo del patio y allí vio a su esposa arrodillada, abrazada a los cinco pequeños que lloraban agarrados a la túnica de su madre. La anciana en tanto, miró a Mevajer con un gesto de infinito agradecimiento por lo que acababa de hacer por su nieta.

Al poco, entró Maaravi con el espada en la mano, cubierto el rostro y los brazos de sangre.

—Mevajer, creo que ha llegado el momento. Estoy seguro que preferirás que sea yo quien cumpla con este sacrificio.

—Te lo agradezco, pero te imploro que dejes vivir a Athalia y a esa pobre mujer y a sus hijos.

Yo en cambio gustosamente caeré bajo el filo de tu espada. Y por favor, no preguntes por mi hijo Duir. Lleva un mensaje que si Dios está con él, le permitirá librarse de todo mal.

—De acuerdo, si ése es tu último deseo, trataré de salvarlas, pero no les auguro nada bueno, si caen en manos de los romanos. Poneos en el suelo y protégela con tu cuerpo.

Al instante, la espada describió un círculo en el aire infiriendo un tajo profundo en el cuello de Mevajer, cuya sangre se fue derramando sobre el rostro de Athalia, que sollozaba inconsolable, abrazando el cadáver de su marido.

La abuela de Tikva, se acercó cogiendo el brazo de Maaravi y con voz firme le dijo:

—Cumple tu misión.

Éste, clavó su espada en el corazón de la pobre anciana que cayó sin un gemido, en tanto que la madre abrazaba a sus cinco hijos tratando de impedirles que observaran la tragedia que se vivía a su alrededor.

Maaravi, los miró con ternura, mientras salía de la estancia con los ojos humedecidos por el llanto y con paso firme, se encaminó hacia el que fuera el Palacio principal, antigua residencia del Rey Herodes, dirigiéndose a los nueve compañeros que habían cercenado las vidas del resto de los soldados.

—Echemos a suerte quién será el que ponga fin a nuestras míseras existencias.

Las manos se movieron en un macabro sorteo y el destino quiso que fuese una vez más Maaravi, quien tuviese que acabar con la vida de sus amigos y compañeros de armas. Ya había caído Eleazar, que quiso ser el primero, tal vez para no ser testigo de la tragedia de su pueblo. El joven soldado blandió la espada con su brazo cansado de matar y uno a uno los nueve, fueron abatidos. Cuando quedó solo, contempló con inmenso horror la escena de muerte que le rodeaba. Elevó los ojos hacia arriba, donde la Luna dibujaba sus sombras, iluminando el macabro lugar, mientras el fuego devorador abrasaba las murallas, otrora fuertes e infranqueables. Describió un círculo con la mirada, para observar por última vez el que fuera Palacio de Macheronte, casi dos siglos antes y después de Herodes el Grande y su hijo Herodes Antipa. ¡Cuánta pompa y esplendor habían contemplado aquellos muros ahora calcinados!

Observó a su alrededor la escena, envuelta en el silencio de la muerte, hasta encontrar un hueco en la piedra donde introdujo el puño de su espada. Después, fijo la punta del acero sobre su pecho y dio un firme paso hacia delante, que le atravesó el corazón. Sus brazos cayeron exánimes a sus costados y lentamente se deslizó hasta el suelo, inmóvil para siempre.

El amanecer dio paso a un sol radiante. Era el día 15 de *Nisán*, el primer día de *Pésaj*[5], según el calendario hebreo. Las tropas de confianza de Flavio Silva, se aprestaban al asalto final, regodeándose en el botín que pensaban capturar y en pasar a cuchillo a toda la guarnición a la que tantos meses le había costado doblegar. El General dispuso en la rampa construida un manípulo, formado por dos centurias de los hombres más curtidos en combate. A su voz de mando, desenvainaron sus espadas y levantaron los escudos sobre sus cabezas.

La orden de atacar de Flavio Silva no se hizo esperar, entre el crepitar humeante de las llamas de la fortaleza. Avanzaron con paso rápido, rebasando la primera línea de defensa, hasta llegar a la parte que remataba la muralla. Nadie les salió al encuentro. Siguieron adelantando sus líneas, cada vez más sorprendidos de no encontrar resistencia alguna. Al alcanzar la barbacana del muro, observaron el interior de la fortaleza, quedando paralizados por un instante. El inmenso patio, dejaba ver unas largas filas de cadáveres de soldados, rodeados por ingentes montones de más cuerpos sin vida, mujeres, ancianos y niños, abrazados entre sí, en un mar de sangre

indescriptible, iluminados por el crepitar humeante de los muros incendiados. Entraron varios centuriones, que bajaron las escaleras de la muralla, aún atónitos por la horrible visión que se les ofrecía. Al poco apareció en lo alto de uno de los torreones, el Gobernador de Judea con los demás miembros de su escolta, quién no pudo reprimir un gesto de estupor, ante la dantesca escena.

Fueron descendiendo hacia el interior, cuando, desde el fondo del recinto, aparecieron con paso vacilante, dos mujeres, una anciana y otra más joven, rodeadas por cinco chiquillos despavoridos. Los soldados se apartaron, dejándoles un pasillo, hasta la presencia misma del Gobernador y sus generales.

—Mujer —habló Flavio Silva— ¿qué os ha llevado a consumar esta masacre?

—El temor a Roma —respondió Athalia —. Todos están ya en manos de Dios.

El Gobernador guardó unos instantes de silencio y dirigiéndose a los jefes de su ejército dijo

—Que nadie toque a estas mujeres ni a sus hijos. Son libres, pues lo que han vivido les provocará un recuerdo imborrable. Vosotros —continuó señalando a un grupo de sus soldados—, contad a los muertos.

Los centuriones se apartaron y se abrieron en dos filas, formando un paso hacia la puerta de la muralla, ya abierta. Las siete sombras avanzaron lentamente sobre el mar de sangre que empapaba la tierra, hasta salir al camino exterior. Athalia pensó entonces en la suerte que hubieran podido correr su hijo y la joven Tikva, ojalá ya estuviesen lejos y a salvo. El destino que su esposo había querido reservarle a su hijo Duir, era sin duda un designio que venía de un discípulo del Señor. Y fuese cual fuese su contenido, ella tenía la plena certeza que lo llevaría a cabo por encima de todo. Miró a los pequeños y a su madre Bitania, y reparó en el significado de su nombre, Casa de Dios, y creyó que era el Señor el que había querido que ella misma se salvase para así poder ayudarlos a salir adelante. Después, evocó la imagen de su marido, con el que tan largos años había compartido una vida feliz y sencilla. Por un momento se detuvo a meditar en su nombre: El Mensajero. ¿De quién?, Tal vez del discípulo de Jesús de Nazareth, Matías, quién a través de sus visiones, quiso desvelarle un enigmático secreto a su esposo para que él fuese quien lo legase. Ahora sabía que ese secreto estaba en poder de su hijo Duir, que a buen seguro, lo guardaría —como Santuario que significa su nombre— para finalmente hacerlo llegar a su destino final.

En tanto, alguien desde el interior de la fortaleza, gritó:

—Hay 953 cadáveres de soldados y más de mil entre mujeres, ancianos y niños.

Athalia experimentó un estremecimiento, al pensar que entre aquéllos cuerpos sin vida, yacía el de su amado Mevajer.

Mientras, a lo lejos en medio de las montañas, en el oasis Ein Guedí, dos sombras contemplaban la densa columna de humo que se recortaba en el cielo. Sus ropas manchadas de tierra, dejaban entrever las penalidades que habían sufrido para salir por el pasadizo de Masada. El cansancio hacía que el joven sostuviese con su brazo derecho, el cuerpo vencido de la bella y casi adolescente mujer que le acompañaba. Pasaron la noche con un grupo de desdichados que habían huido de los alrededores y al día siguiente decidieron continuar hacia Gaza, la antigua Azzah.

Tras varias jornadas de camino, al fin llegaron al puerto. Duir preguntó a unos marineros, dónde podría encontrar un barco que fuese hacia Grecia. Le señalaron un vetusto buque de un mástil y en el que no se observaban signos de actividad. Al acercarse vieron a un hombre de edad avanzada, con largo cabello blanco, apoyado en la borda. Éste los había visto incluso antes de

que Duir y Tikva lo hubiesen divisado.

—¿Qué se os ofrece? —inquirió el hombre desde el barco.

—Buscamos un medio para llegar a los archipiélagos al sur de Grecia.

—¿Tenéis dinero?

—No, solo te puedo ofrecer mi trabajo.

El hombre se irguió sobre la borda, dejando ver su piel curtida por el sol.

—La mar es muy dura, pero por tu aspecto, deduzco que estás acostumbrado a trabajar. La tripulación de este barco, la componíamos cuatro hombres, pero uno de ellos contrajo una rara enfermedad que le mató y los otros dos, asustados por el contagio, huyeron. Así es que estoy solo con un barco, cargado de grano para regresar a Rodas.

—Creo que entonces el designio ha querido que vengamos a visitarte —no quiso nombrar a Dios, por desconocer qué religión profesaría el marino.

—No sé si será suficiente tu ayuda. Tu compañera deberá también echar una mano.

—No tengas la menor duda que así lo hará. —aseveró Duir con convicción.

—Mi nombre es Licario —dijo el marino, extendiendo su mano.

—Yo soy Duir y ella Tikva.

—Mañana partiremos al amanecer y para ello deberéis aprender rápido.

Al siguiente día, retirada la amarra, el barco, guiado al timón por Licario, comenzó a moverse lentamente. Duir, soltó la vela, echando una postrera mirada a tierra. Al poco, bajó a la sentina y junto al jergón que había ocupado, comprobó que el pequeño fardo con las cinco tablillas seguía allí. Así el hijo de Mevajer, con la profecía que portaba, iniciaba una nueva etapa de su vida, aunque nunca olvidaría su pasado y la memoria de sus padres. Ahora, en el viejo buque, su nueva casa, pudo por fin recrearse en la belleza de Tikva, con su hermoso pelo negro que resbalaba sobre sus hombros tostados por el sol y sus verdes ojos que reflejaban destellos esmeraldas. Decididamente se abría una puerta a la Esperanza, pues eso también significaba el nombre de la mujer a la que, casi sin saberlo, empezaba a amar.

1 30 estadios equivalen a 5,2 Km.
2 Equivale a septiembre.
3 Equivale a diciembre.
4 Equivale a marzo.
5 El primer día de Jántico o Nisan (Abril).

CAPITULO V:
SEVILLA

Las campanas daban las ocho cuando Daniel Cormack tocaba el timbre de la misma puerta en la que el día anterior le había franqueado el paso el Padre Ferrara, secretario de Monseñor Molinelli.

—Buenos días, señor Cormack, celebro verle de nuevo, Monseñor le espera en su despacho. Como sabe, suele ser muy madrugador. Si quiere, puede dejarme de nuevo su trolley.

Efectivamente, el Prefecto le había telefoneado a las seis de la mañana para citarle a las ocho en su despacho, razón por la que Daniel había preparado de nuevo su escaso equipaje, puesto que sabía que debería partir, hacia España.

Llegaron a la amplia estancia donde habitualmente Armando Molinelli coordinaba todo su departamento a diario, prácticamente desde el amanecer hasta bien entrada la noche, incluidos muchos festivos. No era persona que disfrutase de vacaciones a lo largo del año. Si acaso, cuando las circunstancias lo permitían, pasaba unos días, siempre escasos, en casa de su hermana, en Bosa, donde solía decir misa en el Duomo y dar largos paseos hasta el Castillo de Malaspina o a veces, hacia la orilla del mar, recordando sus tiempos de estudios en el Seminario de Alghero.

Al entrar en el despacho, tras pedir permiso, encontró a Monseñor Molinelli, entre la misma montaña de legajos acumulados en su mesa.

Buenos días Daniel, Le tengo lista toda la documentación que precisará para iniciar sus pesquisas en España. Aquí tiene su billete de avión. El alojamiento, le recomiendo que visite la hospedería que está a cargo de una Comunidad de monjas en su antiguo convento de clausura y que según tengo entendido,se encuentra en el casco histórico de la ciudad. Parece ser un lugar tranquilo y discreto, lejos del bullicio y público de los hoteles. Igualmente le hemos dispuesto un curriculum que le acredita como miembro designado por el Dicasterio de la Curia Romana para emitir un informe sobre los monumentos religiosos de Sevilla, a instancias de la Pontificia Comisión para los Bienes Culturales de la Iglesia. Su contacto en la ciudad será don Emilio García de Benavente, profesor de la Universidad de Sevilla, en la cátedra de Arte, persona muy allegada al Arzobispado hispalense, quién le facilitará el acceso a los contactos que deba utilizar. En caso de tener alguna dificultad podrá dirigirse igualmente a don Ulpiano Sáenz de Taboada, Vicario encargado de la conservación del Patrimonio Inmobiliario de la Archidiócesis. Finalmente, aquí tiene un resumen cifrado de todo lo que sabemos hasta la fecha sobre el verdadero asunto que nos ocupa.

A medida que iba hablando, le hacía entrega a Daniel de toda la documentación, recogiéndola éste cuidadosamente en su portafolio. En su fuero interno, se preguntaba cómo había tenido tiempo el Prefecto de preparar todo aquello con ese despliegue de detalles y autorizaciones que no son fáciles ni rápidas de conseguir, máxime a tan temprana hora de la mañana. Pero al fin y al cabo Monseñor Molinelli era un experto y curtido responsable de la seguridad del Vaticano y sabía en todo momento qué resortes y teléfonos debía tocar.

—Por último —añadió—, el vuelo parte a las 12,30 h. Dado que lleva poco equipaje y no sabemos cuánto tiempo deberá permanecer en Sevilla, tendrá que proveerse de algo de ropa, supongo.

—No se preocupe Monseñor, pediré a mi hermana que me la haga llegar desde Irlanda, en la dirección a la que puede remitírmela.

—Bien, Daniel. Creo que tras nuestro encuentro de ayer, es plenamente consciente de la magnitud de su misión. Sea prudente y manténgame informado de todas sus averiguaciones por insignificantes que parezcan. ¿Quiere que le lleve mi coche?

El vehículo pequeño, un Fiat de color negro que en otras ocasiones había utilizado, era matrícula SCV, siglas con las que se distinguen aquéllos mandatarios que se encuentran adscritos al Gobierno del Vaticano.

—Gracias Monseñor, prefiero el autobús y después el tren. Voy aún con tiempo suficiente.

—De acuerdo —respondió el Prefecto—, le deseo éxito y la sapiencia necesarias para poder alcanzar el resultado que todos esperamos con ansiedad. Confiamos en sus dotes y que el Señor le ilumine.

Dichas estas palabras Daniel, hizo ademán de besar la mano de Monseñor Molinelli, quien eludió la despedida protocolaria, cogiéndole de ambos brazos para darle un fraternal saludo, acompañándole hasta la puerta de la estancia.

Fuera le esperaba el Secretario, entregándole su equipaje, en cuyo lateral guardó la cartera con toda la documentación recibida.

—Mucha suerte en su cometido, señor Cormack —comentó en voz baja el Padre Ferrara—, confío plenamente que todo vaya bien.

Cuando Daniel salió de nuevo a la Via della Conciliazione, respiró profundamente y con paso rápido se dirigió a la parada del autobús, en dirección hacia la Plaza del Cinquecento. Tras él, subieron varias personas, entre los que pasaba inadvertido un sujeto con traje oscuro, de pequeña estatura, tocado con una mascota, y con una bolsa negra de viaje, que se situaba en la parte trasera del vehículo, dejando que el resto de los ocupantes le sirviesen de pantalla entre él y Daniel Cormack. Al llegar a su destino, varios de los pasajeros se dirigieron al andén de donde salían los trenes hacia el Aeropuerto. El joven agente tomó el primero y como una sombra, el sujeto que le seguía hizo lo propio.

Daniel se dirigió al mostrador de Iberia, indicando a la empleada que no facturaría. A continuación buscó la sala de espera que correspondía al vuelo directo a Sevilla, comprobó que éste no llevaba retraso y que la salida sería puntual a las 12,30 h. Tras ojear un periódico, entró en la sala asignada y presentó el billete. Una vez en el avión, al sentarse, con un gesto rápido, miró hacia atrás y comprobó que el sujeto que había detectado en el autobús y después en el tren, estaba situado unas filas más al fondo. Efectivamente corroboraba su primera impresión: le estaban siguiendo.

Durante las algo más de tres horas que duró el vuelo, la cabeza de Daniel Cormack no paró de analizar todo lo vivido el día anterior en sus más mínimos detalles. Los comienzos dubitativos del Cardenal Colombelli, su cambio de actitud en la segunda parte de la entrevista por la tarde. El hallazgo sorprendente de las tres tablillas. La incógnita de la procedencia, así como su contenido, de las dos que estaban anteriormente en aquella remota sala oculta y que se guardaban con tanto sigilo en una vitrina blindada. Y ahora, la identidad de ese personaje que le había seguido a su salida de las dependencias del Prefecto y que estaba observándole discretamente desde unos asientos más atrás del avión. ¿Tendría esto algo que ver con las dichosas tablillas?

Mientras se planteaba estas elucubraciones, la voz del capitán anunció el inminente aterrizaje en la ciudad de Sevilla. Daniel miró por la ventanilla, alcanzando a ver el cielo intensamente azul que le hizo recordar las sensaciones imborrables de su estancia anterior, que pese a lo satisfactorio del resultado de su misión, no obstante, lo que realmente evocaba era la fugaz relación con Julia O’Neill, a la que había tratado de forma tan breve, pero que tan profunda

huella había dejado en su corazón. Por un momento, olvidó todo lo que le traía de nuevo a esta ciudad y sonrió levemente al recordarla. El contacto de las ruedas del tren de aterrizaje con la pista, le hizo volver a la realidad: miró su reloj y vio que eran algo más de las tres de la tarde. Poco a poco el Airbus se fue colocando frente a la terminal de llegada y el *finger* se alargó lentamente, hasta adosarse suavemente al costado del aparato. Al cabo de unos instantes los pasajeros iniciaron el descenso, entrando en la pasarela rodante, que les conduciría hasta la zona de control y retirada de equipajes.

Daniel al no tener que recoger maleta alguna, se dirigió rápidamente hacia la salida, no perdiendo de vista a la sombra que le seguía, que trataba de pasar inadvertida entre los demás pasajeros. Se fue hacia el autobús de la línea EA, que llevaba a la ciudad y buscó asiento en la parte trasera, para así poder observar mejor al sujeto que le seguía. Éste, al ver la maniobra de Daniel, se acomodó junto a la puerta de entrada del vehículo, sentándose rápidamente para pasar lo más desapercibido posible, si bien sabía que ya Daniel Cormack lo había detectado.

Cuando el autobús alcanzó la terminal, Daniel procuró quedarse rezagado para salir el último y escudriñar los movimientos de su perseguidor, quién con lentitud, se dirigía hacia el imponente edificio que fuera la principal estación de trenes de la ciudad, sin volver la cabeza. Rápidamente, el agente se dirigió a la parada de taxis y le dijo al conductor en su perfecto español.

—Tome en dirección a esa ronda y ya le avisaré el destino.

Al poco, giró la cabeza y por la ventanilla trasera pudo comprobar cómo otro taxi le seguía. Entonces, con gesto rápido indicó al taxista:

—Gire en la próxima a la derecha.

Al entrar por una calle estrecha, con árboles a ambos lados, extrajo de su cartera un billete de veinte euros que entregó al conductor.

—Tuerza de nuevo a la derecha y pare enseguida. Yo me bajaré y continúe a toda velocidad, sin detenerse, hasta cruzar el puente y llegue a Triana. Allí puede quedarse en su parada si lo desea.

El taxista, hombre de cierta edad, avezado a recibir a veces, los más insólitos encargos, parecía estar acostumbrado a que los clientes le pidiesen cosas a veces singulares, asintió con la cabeza, giró hacia la calle indicada, frenando en seco, lo que aprovechó Daniel para descender y cerrar la portezuela. A continuación, el taxi emprendió raudo la marcha, perdiéndose al fondo de la calle. En un par de zancadas, Daniel, cruzó la estrecha acera, introduciéndose en un portal abierto. Instantes después, el taxi que le seguía, torció para seguir a cierta distancia, tras el que presuntamente llevaba a Daniel Cormack. Cuando desapareció el vehículo perseguidor, salió del portal y con paso rápido se encaminó hacia la Hospedería que Monseñor Molinelli le había recomendado, siguiendo las indicaciones de su GPS. Miró hacia atrás, asegurándose que nadie le seguía. Al llegar, contempló la armoniosa y equilibrada fachada de una iglesia, adosada al establecimiento. Entró y en el pequeño mostrador de madera, tocó un timbre, acudiendo al instante el recepcionista al que entregó su documentación y éste le facilitó la llave de su habitación, una agradable y sencilla estancia con aspecto limpio y una amplia ventana que daba a un patio donde los naranjos y limoneros dejaban ver sus frutos.

Daniel, se echó en la cama boca arriba, pensando por dónde empezar. Estimaba que sería conveniente llamar en primer lugar al profesor de la Universidad, don Emilio García de Benavente y siendo ya atardecido, decidió telefonearle al número que le había facilitado Monseñor Molinelli.

—¿Señor García de Benavente? Mi nombre es Daniel Cormack y he sido designado por la

Pontificia Comisión para los Bienes Culturales de la Iglesia, para hacer un informe sobre el Patrimonio Arquitectónico de esta Archidiócesis. Me han indicado, que desde Roma, se han puesto en contacto con usted.

—Sí, efectivamente, señor Cormack, esta misma mañana me han telefoneado desde el Departamento de la Curia para ponerme al corriente de su visita, aunque no le esperaba tan pronto. ¿Qué le parece mañana partir de las doce?. ¿Sabe usted donde está el edificio?

—Sí, perfectamente. Le estoy muy agradecido por su disponibilidad. Este trabajo reviste cierta importancia y mis superiores están deseosos de conocer con la mayor exactitud posible, el estado de conservación del singular patrimonio eclesiástico que guarda esta ciudad.

Dichas estas palabras, colgó y se dispuso a localizar al Vicario encargado del Patrimonio Eclesiástico. Insistió en varios números y al resultar infructuoso, decidió acudir al Arzobispado al día siguiente, antes de ir a la Universidad.

Después, pensó en su madre y su hermana y creyó obligado informarles que su trabajo le había traído a Sevilla por unos días, circunstancia que no solía revelar en otras misiones por razones de seguridad, pero en este caso, precisaba que le enviasen algo de ropa y no consideró que ponerlas al corriente de su lugar de residencia, hiciese peligrar el resultado de lo que se le había encomendado.

Creyó que bien merecía la pena ponerse en contacto lo antes posible con ellas, máxime cuando Sevilla en esta época del año es muy húmeda, pese a que luce el sol la mayoría de los días. Al cabo de unos instantes,oyó la voz familiar de su hermana Brianna.

—¿Qué tal Bri?, Soy Dan. Acabo de llegar a Sevilla para cumplir un encargo de mi jefe sobre la catalogación de unos libros aparecidos en la Biblioteca Colombina y he debido salir urgentemente para aquí.

—Hola hermanito. Tú siempre tan viajero. Te vas a tener que echar una novia azafata para que te acompañe. ¿quieres hablar con mamá? Ha salido a la Parroquia, sabes que colabora con el padre Ceallach y están ya con los preparativos de la campaña de Navidad.

—No, no te preocupes. Sólo precisaría que me enviases algo de ropa. Lo más esencial, ya que deberé permanecer algún tiempo en esta ciudad.

—De acuerdo, ¿dónde te la mando?

El joven le indicó las señas y no había casi terminado de repetírsela, cuando Brianna le interrumpió con un deje de sorna:

—Oye, ¿no estará por ahí esa amiga tuya, cómo se llamaba… Julia?

Daniel, se puso algo azarado, si bien ella no pudo constatarlo en la distancia. Le constaba que su hermana se había enterado al menos del nombre de una chica a la que había conocido en España y que sólo decir su nombre, había despertado un interés singular en su hermano, aunque no habían vuelto hablar del tema.

—No, pequeña chismosa. Tú sabes que no la he vuelto a ver desde entonces y desconozco qué haya podido ser de ella. Mándame la ropa cuanto antes y no te metas, que pareces una *gossipy*[6].

Colgó rápidamente el teléfono, si bien pudo distinguir claramente la risita burlona de Brianna antes de cortarse la comunicación. Vuelto a la realidad, se planteó analizar quién podría ser el sujeto que le siguiera desde Roma. Había varias posibilidades que fue anotando: a) Alguien relacionado con las tablillas y su encriptado mensaje. b) Alguien que sabía el nexo que Sevilla tenía en la trama que hipotéticamente había despertado tanto interés en el Servicio de Inteligencia del Vaticano. c) O bien quién fuese el autor o autores del presunto atentado,en el

supuesto que fuese cierto lo que en la reunión de la mañana anterior, había expuesto el Subprefecto de la Guardia Suiza, Frederick von Argenbourg. Todas estas hipótesis las fue analizando, y dedujo que pudiese existir una cuarta hipótesis, la d) Que no tuviese relación alguna con las anteriores y fuese otro motivo el que llevase a ese individuo a seguirle. Si, probablemente cabía esa posibilidad, pero entonces, ¿cuál sería la causa de esa persecución?

Con el fin de descartar o corroborar la primera posibilidad, creyó conveniente que debería contactar lo antes posible con Monseñor Molinelli, y determinar cómo habían llegado a poder del Cardenal las otras dos tablillas que se guardaban en las galerías subterráneas del Vaticano, para establecer alguna conclusión. Para ser el primer día de su tarea no se podía decir que había sido de trámite. Decidió salir para tomar contacto de nuevo con la ciudad, a cuyas gentes admiraba por su fino sentido del humor y su carácter aparentemente abierto, si bien sabía que no era el sevillano muy dado a mostrarse extrovertido, con el primero que llegara.

Sin apenas darse cuenta, dirigió sus pasos al paseo junto a la orilla del Guadalquivir y también de modo casi inconsciente, rememoró los momentos que pasó en compañía de Julia, contemplando la belleza de la noche iluminada sobre las tranquilas aguas del río desde el singular puente que la une a Triana. Tras tomar un aperitivo, decidió regresar a las Hospedería y descansar, ya que el día siguiente se auguraba intenso.

6 Cotilla.

CAPITULO VI:
INDICIOS

Daniel se levantó temprano, como en él era habitual. Desayunó en la Hospedería, tras lo cual, volvió a su habitación, desplegando sobre la mesa la documentación que le había facilitado Monseñor Molinelli y sus propias notas.

Llegó a dos nuevas conclusiones: Que en principio no parecía verosímil que alguien en Sevilla tuviese el más ligero indicio sobre la existencia de las tablillas y menos que conocieran su contenido y el mensaje que pudieran encerrar esos enigmáticos números 1, 2, 4 y 8. Y en segundo lugar, que tal vez el nexo de unión de lo que pudiera representar la ciudad y las pequeñas planchas de barro, fuese al menos parcialmente conocido, por el sujeto que le siguiera desde Roma. Decidió que lo mejor sería entrevistarse con las dos personas que le había recomendado el Prefecto, para preparar concienzudamente la coartada que justificase su venida a Sevilla.

Salió de su alojamiento y miró a ambos lados de la estrecha calle. Observó el escaso número de personas que a esa hora, aún temprana para el sevillano, circulaban en ambos sentidos. Tomó hacia la izquierda hasta llegar a una plaza presidida por la imponente estatua de bronce de un militar, en memoria de la Guerra de la Independencia. Siguió en dirección hacia el centro neurálgico de la Ciudad, atravesando otra, donde se levanta el monumento, obra del escultor Antonio Susillo, dedicado a un genio de la pintura española, cual fuera Diego Rodríguez de Silva y Velázquez. Al llegar, sin solución de continuidad, a la cuarta plaza, aledaña a las anteriores, comprobó cómo el tráfago de gente, era mucho más intenso.

Entró por la popular vía peatonal que ya conociera en su anterior estancia y en la que tanta vida bullía a lo largo de todo el día. Siempre le había llamado la atención el carácter alegre de sus habitantes, así como el tono de voz, que dejaba escapar sus palabras con un cadencioso seseo. Eso sí, con mucha mayor rapidez y dejando a veces a medias las palabras, que si bien podían ser omitidas en parte, resultaban perfectamente entendibles para sus interlocutores.

Era conocedor de la difícil situación de muchas familias, pero ello no era óbice para que no hubiese rostros iluminados por una sonrisa y miradas alegres. Todo ello lo observaba en su entorno, pese a lo cual no podía obviar el motivo de las dos entrevistas que debía mantener. Tampoco quiso dejar al albur, si alguien le seguía, pero pudo comprobar que no había indicio alguno de aquél individuo.

Cuando desembocó en la Plaza donde se yergue el armonioso edificio del Ayuntamiento, pudo admirar una vez más la belleza que atesoraba, con su inconclusa fachada plateresca, la antigua Audiencia y al fondo sobre la mole impersonal y pétrea de un banco, la grácil silueta de la Torre Mayor que preside la Catedral. Miró su reloj, constatando que iba con la suficiente antelación para pasar por el Arzobispado y tratar de establecer contacto con el Vicario de Patrimonio Eclesiástico.

Al acceder a la Plaza donde se sitúa el Palacio Episcopal, no puede por menos que elevar la vista hacia la torre que muestra toda su grandiosidad, con su balconada singular y piensa cómo una grácil silueta como aquélla, podía tener ya nada menos que diez siglos de existencia, cuando se la veía como una joven recreación del arabesco de sus ladrillos en todo su esplendor, con las ajaracas, que la dotan de una singular hermosura, orlada por los ajimeces de sus balcones y todo ello rematado por el impresionante campanario que la corona, con el delicado perfil de sus cuatro

ánforas de azucenas y sobre ellas, la airosa veleta con su lábaro y la palma, representativa de esa Virtud Teologal que es la Fe.

Pese a contemplar esta obra singular, Daniel centró su atención en la entrevista que iba a mantener con el Vicario. Recorrió los escasos metros que le separaban de la entrada principal y tras acceder por una pequeña puerta acristalada, se dirigió al portero que con aire distraído pero solícito, le inquirió qué deseaba.

—Buenos días, mi nombre es Daniel Cormack y debo hablar con el señor Vicario del Patrimonio Eclesiástico. Vengo de Roma…

El conserje no lo dejó terminar y le interrumpió.

—Ah, el señor Vicario está en la Catedral en la Misa que celebra el Cabildo y no llegará antes de las doce. Si quiere le puedo dejar recado de su visita.

Daniel, esbozó un imperceptible gesto de fastidio, pero sabía que ante los horarios y compromisos pastorales, nada podía hacer.

—Gracias, no hace falta que le diga nada. Intentaré pasar luego o bien le llamaré algo más tarde.

Salió, echando un vistazo al patio interior, donde varias personas, entre ellos unos sacerdotes, mantenían un animado coloquio con dos seglares.

Decidió seguir su camino hacia la Universidad donde había quedado citado con el Profesor García de Benavente. Rebasó la cancela principal y ante él se mostró el impresionante frente pétreo de más de ciento cincuenta metros de largo, el segundo edificio en tamaño de España, según leyera, tras El Escorial y uno de los mayores de Europa. Sobre su imponente puerta, la Estatua de la Fama, como ángel que abre sus alas al viento y exhala las notas inaudibles de su trompeta, obra del portugués Cayetano da Costa, que presidía la que fuera primera Fábrica Real de Tabacos del mundo.

Al alcanzar su gran puerta de acceso, poco imaginaba Daniel Cormack la importancia capital que iba a revestir este edificio en sus investigaciones futuras. Pasó al gran vestíbulo de entrada y se dirigió a un ujier, quién le indicó que su despacho se encontraba en la primera planta por la puerta Oeste. Subió con paso ágil las suntuosas escaleras de mármol y tras buscar los letreros de varios departamentos, localizó al fin la cátedra que buscaba. Tocó con los nudillos suavemente la recia puerta y esperó unos segundos, mirando su reloj, que marcaba las 11,55 h.

Una voz desde el interior le indicó que podía entrar Tras abrir la puerta, observó un amplio despacho, donde trabajaban dos personas. La mujer que estaba más cercana a la entrada, elevó la vista de los papeles que tenía delante de sí y a través de sus gafas, le dirigió una mirada impersonal.

—¿Qué desea?

—Mi nombre es Daniel Cormack y estoy citado con el Profesor García de Benavente.

—Ahora mismo está en su despacho, le daré aviso de su llegada.

Se levantó, encaminándose hacia la puerta situada al fondo de la sala. Mientras Daniel, se dedicó a observar con detenimiento la estancia. En la mesa del fondo, de espaldas, un hombre relativamente joven, de piel morena y cabello corto negro y rizado, seguía con atención su trabajo, sin haber levantado la vista ni dirigido palabra alguna al visitante. Pensó que debería ser también un profesor adjunto de la Cátedra.

Al cabo de varios minutos, salió de nuevo la mujer, que por su aspecto, ya habría rebasado la treintena, si bien por su forma de vestir, parecía algo mayor.

—Pase señor Cormack, don Emilio le espera.

Al entrar en el estancia del Profesor y encajar la puerta, observó su mesa limpia de papeles, pese a que muchos se encontraban amontonados en lo sillones de alrededor, lo que le hizo suponer que la adjunta le había ayudado a despejarla para que el visitante, no viese el aparente desorden que pudiera haber. Tras su escritorio, aparecía un hombre de unos sesenta años, con espesa cabellera y barba grisáceas.

—Bienvenido, señor Cormack. ¿Qué tal ha sido su viaje? Ayer recibí la llamada de Monseñor Molinelli para informarme del interés que ha despertado en la Comisión Pontificia de Bienes Culturales, contar con un estudio y evaluación de los fondos de nuestra Archidiócesis.

—Efectivamente señor, he sido designado por el Dicasterio de la Curia Romana para realizar esta labor que se antoja primordial, sobre todo como referencia y análisis para otros futuros trabajos semejantes en distintas diócesis similares en obras de arte como la de Sevilla. Debo decirle que es un honor conocerle y contar con su asesoramiento.

Diciendo estas palabras, estrechó la mano que le tendía su anfitrión, quien le invitó a sentarse en una de las sillas situadas frente a su lugar de trabajo.

—¿Conocía usted Sevilla, señor Cormack? Si no es así, confío que le guste, aunque a la hora de orientarse en el Casco Histórico, es algo complicado.

—No se preocupe, ya he tenido oportunidad de visitar la ciudad en otra ocasión y aunque someramente, no creo tener mayor dificultad, sobre todo por esta zona céntrica. Además en caso de apuro, siempre se puede recurrir a los medios que nos facilitan los celulares.

No quería desvelar que conocía la trama de sus calles bastante bien, por el tiempo que estuvo a causa de su misión anterior, pero deseaba aparentar un cierto grado de desconocimiento, para no dar demasiadas pistas.

—Bien, señor Cormack, dada la complejidad de su cometido, entiendo que deberá establecer una metodología de trabajo para que no se pierda en una labor tan árida como la que debe abordar. Estoy a su entera disposición en el aspecto informativo, pero como comprenderá, no podré cooperar en el trabajo de campo con usted, por razones obvias.

—Por supuesto señor. ¿Puedo llamarle don Emilio? A mí por favor, llámeme Daniel, creo que eso ayudará a una mejor comunicación.

—Bien Daniel, debido a la premura con la que he tenido conocimiento de su encomienda, deberá darme al menos un par de días para relacionar los lugares donde se sitúan los fondos de más relevancia. A partir de ahí, ya podrá ir haciendo las visitas, que sin duda se deben circunscribir primordialmente a la Catedral y Palacio Arzobispal, amén de señaladas parroquias, algún que otro convento e incluso, el Museo de Bellas Artes, donde se atesoran muchas piezas de marcado origen religioso.

Daniel asintió con la cabeza, al mismo tiempo que observaba la puerta por la que había accedido y que él había dejado perfectamente encajada al entrar. Ésta se había abierto unos centímetros, como si aparentemente una leve corriente de aire la hubiese impulsado, pero, comprobó que la ventana que daba al exterior estaba perfectamente cerrada, además en la antesala no había hueco alguno y que su puerta de acceso la dejó igualmente con la pestillera echada, al acceder a la cátedra. Por tanto, alguien la había entornado deliberadamente, sin duda para tratar de escuchar la conversación. Pensó en la Adjunta que le había facilitado el acceso, pero creyó que debía descartarla, al menos de momento. Reparó en la silueta del hombre que estaba en la mesa contigua, en la parte más alejada, al cual no había podido ver el rostro, al estar de espaldas a la entrada. Se planteó la posibilidad que hubiese llegado una tercera persona, pero lo descartó, puesto que si las dos que trabajaban allí, continuaban en sus puestos, no tendría

sentido alguno que permitiesen a un nuevo visitante abrir la puerta del despacho del catedrático.

Llegó a la conclusión que, casi con completa seguridad, había sido el hombre que se refugiaba con tanta dedicación aparente en su trabajo, el que entreabrió la puerta. ¿Con qué finalidad? Lo desconocía, pero trataría de averiguarlo.

—Le quedo infinitamente agradecido por su inestimable ayuda y si no le parece mal, le telefonearé en un par de días para que me indique las primeras pautas que debo seguir —finalizó Cormack.

Tras pronunciar estas palabras, se levantó del asiento y estrechando la mano del profesor que le extendió la suya, se dirigió con presteza, algo mayor de lo normal, hacia la puerta, para ver quién o quiénes estaban en la dependencia contigua. Abrió rápidamente, pero pudo comprobar que en la antesala de estudio, no había absolutamente nadie. Volvió la cabeza e hizo una leve inclinación, reiterándole las gracias al profesor, quién le correspondió con una leve sonrisa, escrutando con cierta curiosidad al hombre que salía del despacho. No le había pasado desapercibida la imperceptible precipitación con la que se movió Cormack para llegar hasta la puerta y abrirla con tanta decisión.

Al salir, se mezcló con el aluvión de alumnos que a esa hora salía de clase, a través de las distintas puertas del inmenso edificio. Consultó de nuevo su reloj viendo que era algo más de la una, por lo que estimó que tal vez aun sería buena hora para dirigirse de nuevo al Arzobispado y tratar de entrevistarse con el Vicario de Patrimonio Eclesiástico. Acelerando el paso, recorrió de nuevo la calle que en ligera pendiente ascendente, llegaba hasta las murallas de los Reales Alcázares, para desembocar ante una de las vistas más singulares que pueden ofrecerse: La mole impresionante de la Catedral.

Al ver esta estampa, pensó lo afortunada que era la ciudad y el privilegio que suponía para sus habitantes, vivir entre ese cúmulo de riquezas con tanto valor artístico e histórico. Contempló fugazmente la fachada remozada del que fuera el antiguo Hospital del Rey y el Convento de la Encarnación. Tras atravesar la Plaza dedicada a la Patrona de la Archidiócesis, entró de nuevo en el Palacio Arzobispal, donde el mismo Conserje, atendía una llamada telefónica. Esperó unos instantes y de nuevo le saludó, para saber si el Vicario había hecho acto de presencia.

Éste le miró de nuevo de forma escrutadora y le preguntó su nombre. Cuando Daniel se lo dio de nuevo, comentó:

—Ah sí, es usted inglés, ¿no?

—No exactamente, pero informe al señor Vicario, que vengo comisionado de Roma para una investigación de carácter histórico…

—Ah de acuerdo —interrumpió de nuevo —, llamaré a su secretaria.

Parecía, pensó Daniel, que este hombre siempre comenzaba las frases con un ¡Ah! Le vio marcar la extensión y tras unos segundos, una voz debió contestarle al otro extremo de la línea, respondiendo a continuación que un señor inglés que venía de Roma, quería hablar con el Vicario. De nuevo transcurrieron unos segundos más prolongados que la vez anterior y observó que el conserje hacía un gesto afirmativo con la cabeza. A continuación colgó, dirigiéndose a Daniel:

—Don Ulpiano está ocupado, pero cuando termine, le atenderá. ¡Ah! Puede usted sentarse en esos sillones —dijo señalando a los que estaban situados a su espalda—. Cuando me avisen, le indicaré donde está su despacho.

Daniel decidió armarse de paciencia y siguiendo el consejo, tomó asiento en uno de los pequeños sillones adosados allí situados. Pasaron varios minutos, en los que diversas personas,

algunos sacerdotes, entraron y salieron, sin detenerse la mayoría de ellos ante el conserje.

Echó una ojeada al reloj de pared situado al fondo, que marcaba las 13,45 horas. En ese momento sonó el teléfono y el portero, mientras escuchaba a través del auricular, le dirigió una mirada, haciéndole un gesto con la mano. Al colgar, dijo:

—Vaya por esa escalera del fondo a la primera planta. ¡Ah! Y tuerza luego a la derecha. Al fondo del pasillo verá el despacho del señor Vicario.

Subió rápidamente, encontrándose con el pasillo con un suelo de madera. Siguió hasta el final, en donde aparecía en una placa «Vicaría de Patrimonio Diocesano». Se detuvo un instante y tocó con los nudillos. Al ver que no le respondían, abrió la puerta despacio y vio a una mujer aún joven, que hablaba por teléfono. Ésta al verle, le hizo un gesto con la mano, invitándole a pasar y rogándole que esperase un momento. Daniel cerró la puerta tras de sí y permaneció de pie. Cuando ésta hubo colgado, se dirigió a él.

—Buenas tardes, señor Cormack, dispense usted la tardanza, pero don Ulpiano tenía un tema importante que resolver y no ha podido recibirle antes como hubiese sido su deseo. Puede pasar, le espera en su despacho —diciendo esto, le señaló la puerta situada enfrente.

Cuando Daniel hizo el ademán de asir el pomo, ésta se abrió, dando paso a un sacerdote con camisa y pantalón negros y alzacuellos. Podría rondar los cincuenta años, aunque aparentaba menos edad.

—Bienvenido, señor Cormack, le tengo sobre mi conciencia, por haberle hecho esperar. Ya sé que estuvo esta mañana a verme y ahora me he visto obligado a atender una llamada urgente. No todos los días viene a visitarnos un miembro destacado de la Curia Romana, pese a su juventud, según veo. Pero pase, pase usted a mi despacho.

Diciendo esto se echó a un lado y dejo que Daniel rebasase el umbral, tendiéndole la mano. La estancia,decorada con sencillez, no contaba prácticamente con aditamento alguno, salvo una sencilla mesa circular, varias sillas y un pequeño armario, del mismo color oscuro. Al fondo otra mesa que debía ser su lugar de trabajo.

Se sentaron en la primera y el Vicario, se dirigió de nuevo a su visitante:

—¿Pertenece a alguna Orden en concreto o es del clero regular?

—No, señor Vicario, no soy sacerdote. He cursado la Carrera de Filología Clásica e Historia del Arte, en la Universidad de la Sapienza, para pasar posteriormente a completar mis estudios en la del Sacro Cuore, ambas en Roma, pero soy seglar. Estoy adscrito al Dicasterio que lleva los asuntos relacionados con el patrimonio eclesiástico, pero en una rama externa, dado que mi cometido en la Curia, no implica que tenga que ser desempeñado específicamente por un sacerdote.

Esta aclaración de Daniel, pareció causar un cierto desencanto imperceptible para cualquiera, pero no para quién así se lo había manifestado.

—Está claro que el papel del seglar es cada vez más importante, máxime cuando las vocaciones, pienso que en Italia ocurre un hecho similar a España, son pocas desgraciadamente, pero no por eso debemos de dejar de elevar nuestras oraciones para que éstas aumenten.

—Tal vez, señor, las especiales características de nuestro trabajo nos imposibilitaría una dedicación mayor al servicio del ministerio eclesiástico, con la entrega que éste requiere.

Daniel trataba de restarle importancia al hecho de no ser considerado sacerdote y que ello no redundase en una diferenciación de trato, para la misión que tenía encomendada y que no era sino una simple tapadera de su verdadero cometido.

—Tal vez tenga razón, difícilmente se puede servir a Dios y a los hombres de forma simultánea

y adecuada. Incluso para nosotros los miembros del clero, nos resulta a veces arduo el compatibilizar las tareas a las que debemos hacer frente.

Con estas palabras pretendía dar por zanjado el tema y así pasó a inquirir de su interlocutor:

—Exactamente ¿cuál es su encomienda y qué requiere de esta Vicaría? El comunicado que he recibido de Roma, de Monseñor Molinelli, indica que debemos ayudarle a hacer un inventario de objetos de arte pertenecientes a la Archidiócesis. Supongo que no será una relación minuciosa, dado que ello requeriría de otros requisitos y autorizaciones expresas que deben contar en todo caso con el *placet* de nuestro Arzobispo.

Era evidente que el tono de voz había cambiado y Daniel pensó que no iba a ser fácil mantener el diálogo con el Vicario, máxime teniendo en cuenta que no era sino una mera justificación de la verdadera causa que le había traído a Sevilla.

—Señor Vicario, no dude que trataré de cumplir el trabajo que se me ha encomendado, procurando causar las menores molestias tanto a usted como a los miembros responsables a los que deba dirigirme para dar por culminada la labor que se me ha ordenado.

—A propósito, ¿Cuánto tiempo debe durar su trabajo señor Cormack?

—En principio no podría decirle, pero a buen seguro que intentaré hacerlo en el menor espacio de tiempo posible.

Este comentario pareció satisfacer, al menos en parte, al Vicario quién con un gesto, quiso dejar patente que daba por terminada esta primera entrevista.

—Bien señor Cormack, le doy la bienvenida en nombre de la Vicaría que ocupo y espero que pronto podrá ver culminada su tarea. Para ello, cuente con nuestra colaboración.

Tras estrecharse la mano, se despidió de la secretaria y bajó las escaleras, haciendo una breve señal con la mano al conserje sin decir palabra.

Reparó entonces, en el apetito que tenía, pues aún no estaba habituado al horario de comidas que se tiene en España, mucho más retrasado que el seguido en el resto de Europa. Por ese motivo, decidió caminar despacio, en dirección a las estrechas calles adyacentes a la Catedral, bordeando sus gradas, zona en la que recordaba había varios establecimientos. Ello le permitiría igualmente repasar los diversos matices de las dos conversaciones que había mantenido con las personas que le señalase Monseñor Molinelli.

Escogió un bar, situado al lado izquierdo de una angosta calle, empujando la puerta de madera y cristales. Pudo ver que junto a la entrada, había una serie de pequeñas mesas vacías. Se sentó en un banco adosado a la pared y enseguida se le acercó un camarero de cierta edad.

Póngame por favor una Guinness y un aperitivo de algo.

—¿De qué lo desea?

Daniel miró el mostrador y señaló una de las bandejas allí alineadas.

—Muy bien —dijo el camarero dirigiéndose al compañero de la barra—. Una cerveza especial y un rollito.

Mientras éste se alejaba, Cormack se abrió la chaqueta y del bolsillo interior sacó el teléfono móvil en el que con rapidez empezó a teclear un pequeño resumen de sus impresiones de forma sintetizada.

Al cabo de unos momentos, volvió de nuevo el camarero que puso ante él una copa de cristal con la cerveza, la tapa que había escogido y un pequeño bol con aceitunas. Dejó el móvil sobre la mesa y bebió un sorbo de la helada copa, para después, coger el palillo que atravesaba la tapa que había pedido, saboreándola unos instantes.

Cuando hubo terminado y pagado la consumición, decidió regresar a la Residencia donde se

alojaba, por lo que tomó hacia la izquierda, por la estrecha calle. Al llegar a la primera intercesión, una sombra apareció de improviso en el recodo de una estrecha callejuela y prácticamente sin casi darle tiempo a reaccionar, dijo a modo de saludo:

—Buenas tardes, señor Cormack. Me ha costado un poco dar de nuevo con usted. Confío que me recuerde de ayer en el avión. No tenemos mucho tiempo. Mi nombre es Samuel Bloch y digamos, quiero suponer que tenemos intereses comunes que defender, aunque por distintos motivos. Estoy seguro que le interesará que charlemos más ampliamente y al abrigo de miradas indiscretas. Le dejaré una nota en su hotel, pero ahora no es conveniente que nos vean juntos.

Diciendo estas palabras el hombrecillo de traje oscuro, volvió con toda rapidez sobre sus pasos, por el angosto pasaje del que había surgido y desapareció en un instante.

Daniel en un principio, estuvo tentado de seguirle y abordarle para preguntarle las razones de tanto misterio, pero pensándolo mejor, se contuvo y prefirió esperar sus noticias, dado que el sujeto parecía tener interés en hablar con él más detenidamente y tal vez podría concretar la razón de su insistencia en seguirle y sobre todo, qué era lo que la motivaba.

Parecía que su llegada a Sevilla había despertado determinados intereses e inquietudes, por distintos motivos. Consideró que no estaba mal para ser su primer día de estancia y los indicios que se dejaban traslucir. Cuando tuviese algo más claro el papel de cada uno de sus interlocutores, entendía que debería poner en antecedentes al Prefecto y sobre todo consultar si en Roma conocían al tal Samuel Bloch.

Era casi anochecido, cuando al salir después de trabajar toda la tarde y ordenar meticulosamente sus informes, el recepcionista de la Hospedería le entregó un sobre cerrado a su atención. Lo abrió y en una sencilla cuartilla se distinguía de forma manuscrita:

«Le espero mañana a las 20,00 h. en el Bar El Parque, S.B.»

CAPITULO VII:
EL RECUERDO

En la zona destinada a bar en el que lo había citado, estaba sentado el aparentemente insignificante individuo, al que conocía por Samuel Bloch, en una mesa del rincón del fondo a la izquierda, donde confluían las dos paramentos de cristal, que permitían contemplar la amplia zona arbolada del parque contiguo. Movía con parsimonia la cucharilla en la taza de té, del que no apartaba la mirada como si la pequeña estela que dejaba en cada círculo, le estuviese descifrando un mensaje criptográfico.

Su incipiente calva, pese a que la luz del atardecer era tenue, brillaba sobre unos hombros encorvados bajo una chaqueta que denotaba los años de uso que la había disfrutado su dueño. Mientras, su mano izquierda jugueteaba con el papel del terroncillo de azúcar que acababa de echar en el interior del recipiente y pese a que Daniel Cormack se acercaba sin ocultar su presencia, Bloch no levantó la cabeza ni alteró el ritmo de su mano derecha con la pequeña cuchara, que seguía parsimoniosamente agitando el líquido. Sin apenas un movimiento, hizo un leve ademán diciendo en voz baja:

—Siéntese, señor Cormack, me alegro de volver a verle.

Daniel, quién desde que llegase al local no perdía un ápice del hombre que ocupaba la mesa del rincón, observó la barra que quedaba a su derecha y con rapidez, hizo un repaso de todas y cada una de las personas que animadamente charlaban en alta voz, apoyados sus codos sobre la misma. Se inclinó lentamente y cogiendo el respaldo de una silla, la situó en el lado opuesto de la mesa, para no perder la perspectiva de la entrada y así observar de frente, aquél rostro afilado que aunque no le dirigía la mirada directamente, sabía que le estaba auscultando con tanta o más atención que lo hacía él mismo.

—Bien —dijo Daniel— por fin podemos hablar sin que emprenda la retirada.

—¿Desea tomar algo? —susurró en tono apenas audible Samuel Bloch, haciendo caso omiso al comentario del recién llegado.

—Sólo un café —respondió escueto Daniel.

Bloch giró un tanto su cuerpo y se dirigió al camarero para pedirle lo solicitado.

A continuación su mirada huidiza, que parecía ser una costumbre adquirida de muchos años, se centró por unos segundos en el rostro de su oponente de mesa y sin rodeos, comenzó a dirigirse a Daniel.

—Verá señor Cormack, he querido entrevistarme con usted porque quisiera saber su grado de conocimiento del asunto que le ha traído a España y más concretamente a esta Ciudad. Como le consta, sabía de mi presencia en Roma, pero tal vez no haya reparado, que desde que iniciara su viaje de Dublín, yo le acompañaba en el mismo avión y he seguido sus pasos, al menos hasta donde mis pesquisas podían hacerlo sin despertar demasiadas sospechas o llamar la atención de otras personas que también se interesaron por sus indagaciones. y los avances que ha podido conseguir.

Daniel, en tanto su oponente hablaba, mantenía una especial atención para no perder detalle no sólo de sus palabras sino del más mínimo gesto que pudiera inducirle a obtener alguna pista del sujeto que de forma tan parsimoniosa y mecánica, se dirigía a él. Pero no pudo sacar conclusión alguna, dado que Bloch parecía recitar una salmodia sin gestos que indujeran a determinar la más leve emoción, ni tan siquiera su estado de ánimo. No obstante no dejó de reconocer que él mismo hizo una pequeña mueca de asombro cuando le mencionó que había viajado en el mismo avión

que él, desde Dublín sin apenas reparar en este detalle. De forma automática, repasó en su memoria el conjunto de componentes del vuelo, reproduciendo en su mente a todos y cada uno de los pasajeros que había observado y de pronto, fijó su atención en la silueta de aquél personaje que se ocultaba tras un periódico, dos filas detrás de su asiento y del que apenas pudo escrutar su rostro. Sí recordó con memoria fotográfica, hasta de qué diario se trataba, al menos su portada.

—Efectivamente —respondió Daniel—, recuerdo que leía con mucha atención el *Irish Independent*. Pero dada la apariencia de su origen, dudo mucho que pudiese tener interés en leer las noticias locales del país.

Esta última frase la soltó no sin cierto toque de ironía, que no pasó desapercibido para Bloch.

—¡Bravo, señor Cormack!, ¿o puedo llamarle Daniel? Veo que su instrucción es perfecta, al menos en lo que a dotes de observación se refiere.

En ese instante se acercó el camarero con la taza de café, dejándola encima de la mesa. Una vez se hubo alejado, Bloch retomó la conversación en el punto que parecía interesarle.

Conociendo sus actividades, al menos genéricamente, quisiera reiterarle la pregunta, que por razones obvias le debe resultar extraña, pero que obedece, como le explicaré, a un interés, pudiéramos decir… —en esto alargó intencionadamente la terminación de la frase— recíproco. Sí efectivamente —dijo refirmándose y haciendo un ligero movimiento de hombros—, recíproco, porque nos beneficiará a ambos, o mejor dicho, a las organizaciones para las que trabajamos.

Tras una leve pausa, sin duda para dejar que su oponente asimilase todo lo expuesto y con aparente interés, fijó de nuevo su mirada en la taza de té que tenía ante sí y siguió describiendo círculos con la cucharilla. Después,continuó al comprobar que Daniel no parecía dispuesto a abrir la boca hasta tanto no supiese todo lo que su interlocutor quería decirle.

—Bien Daniel, sabemos que pese a su juventud… —en ese instante se detuvo, al percatarse que había empleado un tiempo verbal que no le convenía. Así que rápidamente repitió—, sé, que pese a su juventud, ha cumplido una serie de misiones de gran trascendencia y con probada eficacia, a favor de ese grupo tan especial como secreto, integrado el S.I.V. El Servicio de Inteligencia del Vaticano, que deduzco, depende, por lo que tengo sabido, del Secretariado Internacional de la Santa Sede para las relaciones con los Estados.

Hizo una nueva pausa, guardando unos instantes de silencio, como deleitándose por su grado de conocimiento de la materia de la que hablaba y parecía ya decidido a entrar en el fondo de lo que realmente pretendía tratar.

—Daniel, ¿recuerda lo acaecido en su último, llamémosle trabajo, que realizara en Irak?

Cruzó su mirada con el agente, para ver el efecto causado y que su oponente pudiese digerir el contenido de la pregunta y sobre todo sus consecuencias, demostrativo de su alto grado de conocimiento de un asunto aparentemente secreto y también por lo que en sí mismo significó para el agente, que como le constaba, estuvo a punto de costarle la vida.

—Bien —continuó Bloch— usted había sido encargado de extraer de Irak, una serie de miembros del clero católico que se encontraban refugiados en Erbil, casi último bastión iraquí, frente al avance de los guerrilleros del ISIS, que ya habían tomado Mosul y controlado gran parte de la frontera con Turquía e Irán. Cómo llegó usted a la zona es algo que desconozco, lo cierto que allí se detectó su presencia, cuando se alojó en el Hotel Diyan, donde «casualmente» se encontraba uno de los hombres que integran mi equipo de trabajo. Debo aclararle que le costó que no le identificase, habida cuenta su amplia experiencia .

Soltó la cucharilla, sorbiendo un poco de té, que por el largo tiempo que llevaba agitándolo,

debía estar ya menos que templado.

En tanto, Daniel no había aún probado su café que seguía desprendiendo un ligero vapor y con rostro inexpresivo escuchaba con sumo cuidado el relato que desgranaba su oponente, a la vez que escudriñaba hasta el último matiz de sus palabras con la máxima atención, dado el conocimiento que éste parecía tener de la situación.

Bloch se arrellanó en la silla, estiró algo las piernas y prosiguió con el mismo tono monocorde con el que había iniciado la entrevista.

—Tengo entendido que el hotel en el que se alojó, tiempo atrás, reunía muchas comodidades, pese a que ahora, por la guerra y la escasez de medios ha bajado algo su confortabilidad. Yo no conozco personalmente aquella zona, si bien sé que se encuentra algo alejado del centro de la ciudad, pero relativamente próximo al distrito de Ankawa, donde tenía que establecer contacto con sus, llamémosles pasajeros, de una forma relativamente segura. Supongo que la comunicación la estableció a través del sistema con el que cuentan las habitaciones, aunque ahora, los hechos demuestran que los hackers de la guerrilla ya dominan esas técnicas, lo que les posibilitó localizarles horas más tarde. ¿Voy bien, señor Cormack?

Hizo una nueva pausa, para observar con detenimiento el rostro de Daniel y atisbar algún signo de preocupación, inquietud o simplemente aquiescencia. Daniel por su parte, se limitó a responderle en voz baja:

—Observo que se ha tomado su tiempo para averiguar tantas cosas acerca de esa serie de hechos, señor Bloch. Lo que no alcanzo a adivinar cuál es el motivo de tanto interés hacia mi persona.

—No dude que lo sabrá, pero a su debido tiempo. Como le decía, usted logró establecer contacto y decidieron que el punto de encuentro sería en una pequeña casa situada junto a Saint George Church, en la zona más próxima hacia el Aeropuerto Internacional. Fue una verdadera lástima que no lo pudieran lograr y que gracias a su inestimable percepción, lograse intuir que allí se les preparaba una verdadera encerrona. Por tanto, contactó con el padre Joseph, para sugerirle que el nuevo lugar de encuentro elegido, fuese en la fachada trasera del Syriac Museum, situado algo más al Norte.

En aquel momento Daniel no pudo evitar un hormigueo en su costado, donde tenía la cicatriz aún fresca, de la profunda herida que le causara aquel guerrillero con su machete, que iba directo a su corazón y que fuera providencialmente la mano del padre Joseph al lanzarse hacia adelante, la que lo desvió los centímetros necesarios para que la afilada hoja resbalase entre dos de sus costillas, causándole una herida profunda pero no fatal, aún a costa de casi rebanarle un dedo al sacerdote.

Por su parte, Bloch ajeno a esta sensación de Daniel, proseguía con su relato:

—Al verse descubiertos, trataron de atravesar la avenida en dirección a las primeras construcciones del Aeropuerto pero el fuego de las armas automáticas que les atacaban desde la alambrada exterior, les hizo desistir y correr de nuevo hacia los edificios situados al lado opuesto. El grupo de guerrilleros que les disparaba, había llegado a toda velocidad en dos furgonetas tipo Chevrolet, avanzando con presteza, desde el conocido Sector 99, para tratar de cruzar la calle, en dirección hacia donde Vdes. se refugiaban y al mismo tiempo, ofrecer cobertura a los guerrilleros que ya les acosaban, uno de los cuales, le produjo la herida que le atravesó el costado, cuando tomaron contacto cuerpo a cuerpo. En ese instante, supongo que recordará, unas ráfagas de ametralladora ligeras, que salían desde la última esquina del barrio de Ankawa, creando una especie de cortina de plomo, que aparentaba acosarlos también, pero que

en realidad, lo que hacían era impedir que más enemigos progresaran hacia su posición. De todos modos, los miembros del comando pensaban que era fuego amigo el que se dirigía contra usted y sus protegidos, proveniente de otro grupo de asaltantes.

En ese momento Daniel, puso la palma de su mano extendida sobre la mesa, golpeando ésta suavemente.

—Efectivamente, señor Bloch, le veo perfectamente enterado de mi situación en Erbil, pero quisiera saber de una vez qué es lo que pretende en definitiva.

Bloch, al ver la reacción de Daniel, se echó hacia atrás en su silla, y casi emitió un suspiro de alivio.

—Gracias Daniel por su sinceridad. Ahora comprenderá el motivo de tanta explicación. Como le decía —su voz se hizo más rápida y concisa— aparentemente a ustedes les atacaron desde dos frentes distintos de forma simultánea, pero en realidad, le habrá quedado claro, que la segunda línea de fuego, lo que estaba haciendo por el contrario, era protegerles al impedir el avance de los demás guerrilleros en su dirección, para capturarles. Usted pese a su herida, observó que tras los arbustos a los que se vieron impelidos había un jeep, abierto y con las llaves puestas, solo les faltaba que tuviera un chófer que les dijese ¿a dónde quieren ir los señores? ¿No vio excesivamente providencial este hallazgo? Fuimos nosotros —recalcó ya sin ambages, empleando el plural— fuimos nosotros el Servicio de Inteligencia del Mosad, los que creamos la cortina de fuego, los que pusimos el vehículo en disposición de que pudieran tomarlo y en hacer expedita la huida hacia el Norte, impidiendo a los miembros del ISIS su avance, lo que les habría causado a no dudarlo la muerte, o lo que es peor, que los apresaran vivos con las secuelas que todos conocemos, padecen los que caen en sus manos.

Daniel, en aquel instante, experimentó casi un leve signo de agradecimiento hacia la persona que le hablada de forma tan determinante. Recordó aquellos momentos como si de una película se tratara, al introducirse atropelladamente en el jeep, ponerlo en marcha y escapar de la lluvia de balas que tan cerca zumbaban sobre sus cabezas, pero que ahora, al mirarlo con otra perspectiva, ciertamente daban la razón a Bloch, porque crearon una cortina de fuego protectora, en lugar de ir dirigida contra ellos.

Después, la salida a toda velocidad, por la Avenida Internacional, rebasando rápidamente el Aeropuerto, para perderse en dirección Norte, hacia las estribaciones de los Montes Hasarok. No sin antes observar de forma fugaz, cómo eran incendiados por las ráfagas de las armas automáticas los vehículos de sus perseguidores, sin detenerse en esos momentos a averiguar la causa. Cuando se hubieron alejado unos centenares de metros fuera de la ciudad, miraron hacia atrás, comprobando que nadie les perseguía. Eso les dio un respiro, como si hubiesen adquirido un bono por sus vidas, aunque fuese únicamente de unas horas tan solo.

Daniel recordó cómo el padre Joseph, que estaba situado en el asiento del copiloto, musitaba una oración en inglés y comprobó que su acento le era muy familiar. Y por un instante, rememoró el verdor de su querida Irlanda y de forma casi inconsciente, se unió a la oración, apretándose con la mano izquierda el costado del que seguía brotando sangre. Cuando hubo terminado, dirigió la mirada hacia su compañero con un gesto de agradecimiento y éste le correspondió con una leve sonrisa, pese a la tensión que revelaba su rostro.

Daniel entonces, giró la cabeza para ver a los tres ocupantes que se acurrucaban en el asiento trasero. El que iba situado en el centro, irguió algo la cabeza y dijo:

—Soy Esteban Asail, Obispo de Erbil y ellos son los Padres Charbel y Mahdi, de esta misma diócesis. Quiero expresarle, que sea cual sea el resultado de esta odisea, doy gracias al Señor por

haberle puesto en nuestro camino para intentar salvarnos la vida.

—Excelencia, mi nombre es Daniel Cormack y he sido enviado para tratar de llevarles a Roma. Pero dadas las circunstancias dudo mucho, se lo digo con total sinceridad y crudeza, que lo logremos, por lo que deberemos estar preparados, llegado el caso, para ofrecer nuestras vidas al Señor.

Mientras duraba esta breve conversación, el vehículo conducido por Daniel de modo experto, aunque sólo lo hiciese con su mano derecha. seguía en dirección hacia el Norte por una carretera polvorienta, llena de baches. Desechado el Plan A, para llegar al aeropuerto donde les esperaba un pequeño avión con divisa de U.N., había que recurrir a la vía terrestre, mucho más arriesgada, pero no quedaba otra alternativa, para alcanzar la zona turca.

Con su cerebro en plena ebullición, sopesando todas las alternativas y siendo consciente de lo que les esperaba si los capturaban, se dirigió al padre Joseph para que mirase en la guantera por si había algún plano de carreteras. Abrió éste el pequeño compartimento y empezó a sacar distintos impresos de la documentación del vehículo y un sobre cerrado, que mostró a Daniel.

—Mire, aparte de los datos normales del coche, sólo encuentro este sobre cerrado.

—Ábralo por favor. —le respondió Daniel con cierta urgencia no exenta de curiosidad.

Con un ademán rápido, el padre Joseph, rompió la solapa por un extremo, sacando su contenido y al verlo no pudo reprimir un gesto de sorpresa. Había una serie de planos con dos rutas hacia Turquía, hacia la ciudad de Nakkâri concretamente, a través de los pasos fronterizos de Ibrahim Khalil y Habur, señalada ésta última con una (x) en color rojo.

—¿Cree que se trata de una trampa? —dijo el Padre Joseph—. A la ciudad de Amadiyah, refugio de kurdos y antiguos asirios y que está tan solo a unos diecisiete kilómetros de la frontera. Allí si hay posibilidades, podrían descansar un poco y analizar la situación.

Los demás ocupantes del jeep guardaban un silencio aquiescente, porque en verdad no veían otra alternativa a su desesperada situación. Daniel entonces, algo más relajado sopesó la pregunta y tras echar un vistazo al plano, trató de matizar su respuesta.

Efectivamente podría serlo. Desconocemos de quién es este vehículo y casi el por qué hemos podido hacernos con él. Lo cierto es que su presencia en Ankawa nos ha permitido un respiro. Por tanto, debemos tentar una vez más la suerte y analizar que los dos pasos fronterizos a Turquía son los señalados en el mapa. Tras haber adoptado esta opción, se dirigió a los sacerdotes.

—Ciertamente he venido a recoger a su Excelencia y a ustedes para sacarles del avispero en el que se ha convertido el norte de Irak, pero me sorprende que un sacerdote irlandés se encuentre en un lugar como éste. A propósito, ¿cómo tiene el dedo?

Ante el silencio de los ocupantes del asiento trasero, el padre Joseph, esbozó una leve sonrisa y alzando su mano mostró el dedo envuelto en su pañuelo y respondió a Daniel.

—Como verá no me podré cortar la uña en una temporada. Y en cuanto a su otra pregunta, usted sabe los irlandeses estamos en todos los confines del mundo y en mi caso fue por convicción, que tratase de ayudar a los cristianos que habitan este país.

Daniel lo miró aseverando lo que le decía y sonriendo a su vez le comentó:

—Verdaderamente los irlandeses estamos algo locos, pero debe ser que Él —y señalo hacia arriba— se vale de tipos como nosotros para ayudar a nuestros semejantes.

Entretanto, a lo lejos, se divisaba una pequeña ciudad, que debía ser Amadiyah, lo cual le hizo aminorar la velocidad del jeep, para que la polvareda no delatase su presencia.

El padre Charbel entonces abrió la boca y en un inglés con acento árabe se dirigió a Daniel:

—Si ciertamente es Amadiyah, lo digo porque he estado hace años aquí con un grupo de religiosos. Tal vez deberíamos acceder —por lo que recuerdo— a través de la zona sur, cruzando la Puerta Badinan. En tiempos, trabé contacto con una pequeña comunidad de cristianos que habitaban aquí.

—Bien, pues sigamos encomendándonos a la suerte que nos acompaña hasta ahora y accederemos por la Puerta que dice. De todos modos, traten de ocultarse lo más posible en los asientos.

La pequeña ciudad que atisbaron desde la carretera, se elevaba sobre un montículo prominente de las Montañas Beshesh y era ruta obligada hacia la frontera por el paso de Ibrahim Khalil. Pese a la oscuridad, se apreciaban sus casas colgadas sobre la roca, lo que le daba un aspecto singular, no exento de belleza.

Bajo una de las escasas frondas, situada junto a la inmensa pared de piedra que rodea la ciudad, Daniel detuvo el jeep y lo dispuso lo más oculto posible de las miradas ajenas. Salieron los cinco del todoterreno y por primera vez, Daniel observó con cierto detenimiento a sus compañeros de viaje: Monseñor Asail, de baja estatura y de complexión ancha, aparentaba unos sesenta años de edad, en tanto que los dos sacerdotes que le acompañaban, debían rondar algo menos de los cuarenta. El padre Charbel, más alto y delgado —el más joven de los dos— de aspecto se diría que casi atlético y negra barba cerrada. En tanto que el padre Mahdi, unos años mayor, presentaba una apariencia muy desmejorada, además de estar algo encorvado de espalda. Por su parte, el padre Joseph apenas habría alcanzado la treintena y su aire europeo así como su cabello rubio, lo trataba de disimular con ropajes habituales de la zona.

Una vez rebasados los escalones de piedra de la Puerta, se dirigieron hacia una sencilla casa, pintada de amarillento color tierra. El padre Charbel golpeó con los nudillos la puerta de madera y al poco, alguien habló desde el interior. El sacerdote, respondió en el dialecto de la zona y lentamente ésta se abrió, dejando ver tras el quicio un rostro arrugado y de ojos temerosos que miraban alternativamente sus caras y al fondo de la calle, por encima de sus hombros.

Al pasar el Obispo, el hombre hizo una reverencia en señal de respeto, pero no pronunció palabra alguna. El sacerdote que parecía dominar la situación, tras dirigirle unas palabras al oído de quien les acogía, explicó que se trataba de un miembro de la Comunidad cristiana de Amadiyah, que debido a la guerra y a la proximidad de los guerrilleros del ISIS, se había visto obligado a adoptar el nombre de Amín, por razones de seguridad.

Rápidamente, el recién llegado, le transmitió sus intenciones de intentar alcanzar de la forma más discreta y segura posible la frontera de Turquía. El hombre los observó detenidamente, como sopesando las posibilidades que tenían de lograrlo y por su gesto dubitativo, parecía demostrar que eran muy escasas, cuando no nulas. Mirando alternativamente a Monseñor Asail y especialmente al Padre Charbel, sin considerar al resto, les expuso que el camino más corto, era alcanzando el paso fronterizo de Ibrahim Khalil, pero éste se encontraba muy vigilado en ambos lados de la frontera tanto por los guerrilleros del ISIS, como por las tropas turcas en el flanco opuesto.

En ese momento Daniel intervino, acercándose hasta situarse frente a él, mirando fijamente a los ojos de Amín, para observar su reacción:

—¿No cree que sería más factible conseguirlo por el paso de Habur?

Amín, instintivamente retrocedió unos centímetros ante una pregunta tan directa y dirigiendo de nuevo la mirada hacia el padre Charbel, cambió el tono de voz, para responder:

—Habur era el antiguo paso de la frontera, pero hace tiempo que se desechó su uso. ¿Por qué

piensa que sería mejor?

—Creo que al estar menos transitado,la vigilancia será menor y supuestamente, resultará un poco más fácil evitar los controles.

—Señor, en esta parte del mundo no hay nada fácil. La carretera que va hacia allí está minada y cabe la posibilidad que salten por los aires. Esa es la razón por la que la custodia es algo más reducida, además porque cuenta con una pesada barrera que hace muy difícil a los vehículos atravesarla, si no es previamente retirada por varios hombres.

Daniel analizó el comentario y en su fuero interno sopesó que prefería las bombas y la barrera a los guerrilleros del ISIS con sus AK-47.

—De acuerdo, analizaremos la situación y veremos finalmente qué decisión adoptar. ¿No le parece Monseñor?

Esteban Asail asintió con una inclinación de cabeza, tocándose el rostro con ambas manos.

—Mi estimado amigo, usted nos ha sacado de una gravísima situación en Ankawa y no tengo por qué dudar que ahora adoptará la solución más prudente. De todos modos, debería verse su herida, dado que sus ropas denotan que ha perdido mucha sangre.

En ese momento Daniel, sintió el agudo dolor que le atenazaba, pero que debido a la tensión del momento, había pasado a un segundo lugar. Se dejó caer en una silla y procedió a abrirse la camisa, que puso al descubierto una herida horizontal en el costado izquierdo de unos veinte centímetros y con los bordes hinchados y tumefactos.

Amín fue enseguida por una caja metálica en la que guardaba unas vendas y un frasco pequeño de desinfectante.

—Lo siento dijo, no dispongo de otra cosa.

—Traiga agua caliente para limpiar la herida y después se la empaparé con el alcohol para tratar de evitar que aumente la infección. No se preocupe, yo le ayudaré —añadió el padre Charbel, quién en esos momentos parecía mantener un aplomo superior al de sus compañeros de infortunio.

Cuando Daniel sintió el profundo escozor que le provocaba la cauterización como si de nuevo le rasgara la piel el machete, creyó que perdería el conocimiento. Hizo un esfuerzo por mantenerse lúcido y pasados unos minutos y recuperadas un poco las sensaciones, dirigió una mirada agradecida al sacerdote que con tanta destreza le había curado la herida y mirando su reloj, comentó en voz baja:

—Creo que la mejor hora para salir será a media noche. ¿Podría facilitarnos unas botellas de agua y algo de alimento? No sabemos el tiempo que estaremos en camino y sobre todo si tendremos que ocultarnos de nuevo.

Amín asintió y pasó a la habitación contigua, en tanto Daniel miró al padre Charbel, dirigiéndose a él, en voz baja

—Perdone la duda, ¿pero considera que Amín es hombre de fiar?

—Sin duda, hemos pasado grandes momentos sirviendo a nuestros hermanos más necesitados y ha desafiado grandes peligros, siempre para ayudarles, sin tener en cuenta los riesgos en los que pudiera verse envuelto.

En ese instante, volvió Amin con un saco de arpillera con un par de botellas en su interior, debidamente tapadas y unos envoltorios con carne seca y unos trozos de pan.

—Es lo que puedo ofrecerles, lamento no disponer de más comida.

Daniel volvió a consultar su reloj de forma mecánica.

—Queda una hora para salir, creo que será mejor descansar algo.

Y se tocó el costado que le hacía estremecer de dolor, por los latidos que producía la herida, comprobando la amplia mancha roja que de nuevo, se destacaba en el vendaje.

Se sentaron en los rincones de la estancia, quedando en silencio y poco a poco, los atenuados ruidos del exterior fueron apagándose de forma paulatina. Había sido una jornada muy dura y el cansancio les invadió a todos, pese a lo cual, Monseñor Asail sacó del interior de su camisa el sencillo pectoral de metal que llevaba oculto al cuello, tomándolo con su mano izquierda y un pequeño rosario, cuyas cuentas iba desgranando lentamente entre los dedos de la mano derecha.

El padre Charbel que parecía no poder dormir, echó su cabeza hacia atrás y se dirigió a Daniel.

—¿Sabía que según cuenta la leyenda fue en esta ciudad de Amadiyah donde vivieron los Reyes Magos de Oriente? Parece ser que cuando fueron a Belén a adorar al Niño Jesús, después de muchas calamidades, volvieron aquí, donde tenían su hogar.

—La verdad es que lo desconocía, ojalá estuviesen ellos aquí para prestarnos ayuda —dijo Daniel, refiriéndose a los Reyes de Oriente.

Charbel, lo miró fijamente, pero guardó silencio. Se diría que quería hacerle algún comentario, que bien podría ser sobre su respuesta o acaso sobre otro tema, pero era evidente que algo le preocupaba por encima de la situación en la que se encontraban. Se levantó de su asiento, dirgiéndose a Amín con voz casi inaudible, en un dialecto desconocido para Daniel.

A las doce en punto, Cormack, miró su reloj y elevando un tanto la voz, indicó a todos que era hora de emprender la marcha.

Amín levantándose el primero, comentó dirigiéndose a Charbel:

—Creo que por ser conocedor del terreno, debo acompañarles, al menos hasta el paso fronterizo. Después trataré de nuevo de regresar aquí.

Daniel estimó que sería una persona más a proteger, pese a lo cual veía las ventajas del conocimiento del terreno que Amín podía aportar y se preguntó si ese cambio de actitud no había podido obedecer a esas palabras que el propio sacerdote le formulase instantes antes. Pero tampoco era el momento para detenerse a analizar esos pequeños matices.

—De acuerdo, pero deberemos estrecharnos un tanto, ya que el vehículo no tiene mucha cabida.

Salieron silenciosamente y llegaron al jeep. Cormack invitó al Obispo a ocupar el asiento de su derecha, en tanto que los otros cuatro se apretaron en la parte trasera, echándose Amín hacia adelante, para poder orientar mejor al conductor.

Éste puso el motor en marcha y salió lentamente en dirección a la carretera, apenas visible en la oscuridad de la noche. Volvió la cabeza y vio como las sombras de Amadiyah sobre la montaña, quedaban poco a poco atrás,

Decidió que en tanto fuera posible, no encendería las luces, pero tampoco quería hacer todo el recorrido a oscuras, para no levantar sospechas y para evitar el peligro de salirse del camino. Así transcurrieron unos pocos kilómetros, al cabo de los cuales, Amín le indicó con la mano, que debían torcer hacia la izquierda, por un sendero aún más estrecho y sinuoso que la vía por la que habían transitado hasta ese instante.

—A partir de este momento y hasta la frontera, hay riesgo de minas antipersonas en la ruta —dijo Amín.

Daniel asintió levemente con la cabeza, aminorando la velocidad y echándose al costado izquierdo del polvoriento camino, todo lo que le permitía la anchura de la cuneta. Sin querer, un escalofrío recorría su espalda, al pensar que en cualquier momento, todos podrían saltar por los aires.

Llegaron a una explanada y Amín sugirió a Daniel

—Podríamos tomar por ese sendero paralelo, que tal vez sea menos peligroso, pero corremos el riesgo de precipitarnos al barranco por el talud lateral.

Eran ya casi las dos de la mañana. Daniel calculó que habrían recorrido algo más de la distancia a la que se encontraba el paso de Ibrahim Khalil, desde Amadiyah, que era de unos diecisiete kilómetros, pero dado el rodeo que siguieron para alcanzar el paso de Habur, no era de extrañar que todavía no lo divisasen aunque ya suponía que debieran estar cerca.

Al poco, Amín dijo en voz muy baja:

—Tras esa loma, a la derecha está el control que buscamos. Hay una pequeña planicie delante y unas construcciones ocupadas con anterioridad por los guardias fronterizos y que ahora deben servir de asentamiento a los guerrilleros. Hemos tenido mucha suerte en nuestro recorrido, porque a veces hay patrullas de vigilancia que van y vienen desde Amadiyah hasta la frontera.

Daniel disminuyó aún más la velocidad del todo terreno y advirtió a todos que guardasen silencio. Serpenteando muy lentamente desde el camino lateral hacia la pequeña llanura, procuraba ir por el lateral de la misma para hacerse lo menos visible. Al fondo, escudriñó la doble alambrada de la linea divisoria con la gruesa barrera de madera que cortaba el paso hacia el lado opuesto.

Alcanzaron los postes de separación a unos doscientos metros de la barrera de acceso, por el lado opuesto a donde se encontraban las edificaciones de abobe. En ese momento, entre las nubes, la Luna hizo su aparición, dejando ver al vehículo, pese al polvo que lo cubría.

De pronto, se abrió violentamente una de las puertas de las casas de la guardia fronteriza y ametralladora en mano, saltó un sujeto, amartillándola mientras corría hacia el jeep, gritando:

—¡¡¡Alto!!!

Daniel apretó la mano libre sobre el volante y pisó el acelerador a fondo, todo lo que le permitía la carga que llevaba el todo terreno. El guardia se detuvo y apuntó cuidadosamente al coche, haciendo un primer disparo, que afortunadamente erró. Mientras, éste seguía avanzando a toda velocidad hacia el tirador, que echó rodilla a tierra para fijar mejor el blanco, soltando una ráfaga de su AK-47, alcanzando los disparos la zona delantera, astillando el cristal del parabrisas, si bien el Obispo y Daniel se habían agachado y pudieron esquivar el fuego.

En ese momento, tres nuevos guerrilleros salieron de la casa, al oír el crepitar del arma, con sus automáticas en mano. Uno de ellos, incluso, portaba un tubo lanzagranadas, sobre su hombro derecho. En ese instante, habían conseguido llegar a la altura del paso fronterizo, que el agente siguió con la mirada, tratando de encontrar la forma de rebasarlo. De pronto, vio que por el lado opuesto a la trayectoria que seguían, la barrera estaba algo separada del poste que sostenía la alambrada. Sin pensarlo, describió un amplio círculo, justo en el lugar en el que se encontraba el primer guerrillero, al que golpeó con la aleta delantera del jeep, saliendo éste despedido como un muñeco de trapo, en tanto escapaba el arma de sus manos.

En ese momento, el miliciano del lanzagranadas, apuntó al coche y disparó, justo cuando éste describía la curva cerrada, por lo que el obús paso muy cerca, impactando en la barrera, que con la explosión, se desplazó aún más, agrandándose la abertura. En el socavón que se produjo, quedó incrustada la rueda delantera derecha del vehículo, lo que provocó una gran sacudida, saliendo Amín despedido por delante del todoterreno, para caer finalmente al suelo, rodando unos metros, pero aún en la zona iraquí.

Sin perder un segundo, los otros dos guerrilleros se acercaban a la carrera por detrás de los que trataban de huir. El primero de ellos lanzó una ráfaga a la trasera del coche, alcanzando de lleno,

a la rueda de repuesto. Daniel, pese a la cercanía de los que les disparaban, quiso frenar para recoger a Amín, pero éste incorporándose les gritó

—¡¡ Fuera, márchense, yo iré por el lado opuesto para distraerlos!!

Y emprendió una carrera hacia la alambrada en la misma dirección por la que habían venido. Los guerrilleros se fueron tras él y apuntándole con sus armas, lo abatieron con varias ráfagas cortas, una de las cuales le hizo volar la cabeza en mil pedazos, quedando su cuerpo de pie durante unos instantes, para desplomarse después como un fardo.

Cormack apretó los dientes, pero comprendió que nada podía hacer por aquél infeliz y que tenía que salvar a sus pasajeros a toda costa. Pisó a tope el acelerador y el jeep, saltó desde el bache en el que se había introducido la rueda, describiendo unas eses que paradójicamente ayudaron a que los guerrilleros que habían vuelto de nuevo sobre sus pasos, no acertaran a alcanzar con sus disparos al vehículo, que ya se encontraba en zona de nadie entre las dos barreras fronterizas.

Habían pasado, arrancando las puertas laterales del costado izquierdo del jeep, entre la barrera y con el parachoques, derribaron el poste primero donde comenzaba la alambrada, cuyos extremos sueltos como látigos, golpearon su brazo, dejándole las marcas de sus afiladas púas.

A sus espaldas, de nuevo silbaron los proyectiles de los guardianes que veían impotentes, cómo habían escapado de entre sus dedos, los fugitivos en sus propias narices. Retumbó de nuevo el lanzagranadas y la explosión llevó al jeep suspendido por los aires, unos metros más adelante, para caer finalmente de forma violenta ya en zona turca, tras destrozar la barrera metálica de esta zona del paso fronterizo, donde unos soldados, desde sus fortificaciones situadas más al interior, se apresuraban a acercarse a los fugitivos.

Daniel volvió la cabeza, para mirar a los tres ocupantes de la parte trasera, que debían haber sufrido el impacto con mayor virulencia. Al mismo tiempo que empujaba a su compañero de asiento hacia el exterior del vehículo que había comenzado a arder.

—Salgan del coche lo antes posible, puede explotar el depósito.

El Obispo, pese a su corpulencia, saltó rápidamente y dio unos pasos en dirección hacia los soldados que aún estaban a cierta distancia. Mientras, Daniel comprobó que el padre Joseph lo había abandonado igualmente con rapidez y ayudó al padre Mahdi que parecía trastornado por el impacto. Después fue a sacar al padre Charbel, pero lo encontró recostado en el asiento, con la mano sujetándose el cuello del que brotaba la sangre a borbotones. La primera ráfaga que habían recibido, agujereando el parabrisas, le había alcanzado de lleno, pese a lo cual no había emitido grito de dolor alguno, para no distraer a conductor. Ahora éste le contemplaba sin tener medios para poder atenderle.

El padre Charbel cogió el brazo a Daniel y con las pocas fuerzas que le quedaban, le llevó la mano al bolsillo de la chamarreta que tenía puesta, mirándole fijamente y casi sin poder articular palabra, balbució:

—Lleve esto a su Servicio Secreto del Vaticano, tal vez allí lo puedan descifrar. Fue lo único que pude salvar del mensaje que recogí en Erbil. Ni siquiera Monseñor lo sabe…

La mano que sujetaba el brazo de Daniel se fue aflojando, hasta caer inerte sobre el asiento del coche y tras emitir un sonido gutural, la cabeza del padre Charbel se desplomó sobre el respaldo del asiento. Había muerto.

Daniel, ocultó con presteza la tablilla que le había entregado, justo en el momento en el que llegaban los soldados turcos y no pudo ver más, puesto que por la pérdida de sangre que padecía, cayó en un estado de semiinconsciencia que trataba de contener para no perder el enigmático

mensaje que había recibido en tan extrañas circunstancias.

Por su parte, Monseñor Asail, en kurdí, le explicaba al sargento que mandaba el destacamento, que eran huidos del régimen del Estado Islámico y que les habían ayudado dos agentes ingleses. De este modo sutil etiquetó a Daniel y al padre Joseph como agentes de la inteligencia británica, De este modo, los trasladaron en dos vehículos del ejército a la ciudad de Hakkâri, a través del Valle del Gran Zab. Cuando la avistaron, era ya amanecido y gracias a la aparente buena disposición del militar turco, pudieron contactar con la embajada inglesa.

Esa misma tarde, un coche con matrícula del Cuerpo Consular inglés, los llevó a un hotel, lugar en el que desvelaron sus identidades, al menos en los que a los sacerdotes se refería. Mientras, habían trasladado a Daniel a un hospital, donde pudo dejar sus ropas empapadas en la habitación. Buscó un sitio discreto, descosiendo el dobladillo de la cortina que parcialmente ocultaba la ventana y allí introdujo la tablilla que el padre Charbel le había entregado. Ya llegaría el momento, pensó, de analizar su contenido y sobre todo, ponerla en manos de los expertos del Vaticano tal y como para su sorpresa, le había pedido el moribundo.

Una duda le asaltó en aquél momento, en la que antes no había reparado. Se trataba de las palabras del sacerdote, momentos antes de expirar, cuando le entregó la pequeña pieza de barro. Se había dirigido a él, en perfecto inglés, y sin rastro alguno de acento árabe. Recordando sus palabras, es más, diría que su pronunciación era netamente norteamericana. Quiso analizar ese hecho, pero se encontraba tan débil, que no podía enhebrar razonamiento alguno. Más delante, intentaría averiguar los motivos de aquél súbito cambio en las últimas palabras del padre Charbel.

El Obispo de Erbil por su parte, junto con el padre Mahdi, había contactado con un grupo de los miembros integrantes de la Iglesia Cristiana de Dexología, que todavía, pese a su escaso número, habitaban en Hakkâri y con los que a pesar de las diferencias de credo, mantenían una buena relación de respeto y ayuda mutuos. Con ellos pudo hablar, empleando una mezcla del uigur y siríaco moderno, explicándoles la posibilidad de que colaborasen para intentar que las autoridades no hiciesen demasiadas preguntas sobre sus identidades y permitirles así, aunque a falta de algunos requisitos, poder embarcar hacia Roma.

Al parecer las gestiones fueron fructíferas, puesto que al cabo de pocos días, el agente consular, Malcom Stanley, una vez superada la infección que estuvo a punto de costarle la vida, le manifestó a Daniel, su ofrecimiento de trasladarlo, junto con el Obispo Asail y los padres Joseph y Mahdi, a la ciudad de Nemrut Dagi y desde el aeropuerto cercano de Adiyamán poder llegar a Ankara, para desde la Capital, tomar el avión que les llevase por fin, a la Ciudad Eterna.

Esta noticia hizo que Daniel solicitase el alta hospitalaria, dada su mejoría, con el fin de sumarse al resto de la expedición. A continuación, tras revisar su vendaje, se dirigió a la ventana y del dobladillo de la parte inferior de la cortina, extrajo la pequeña pieza de barro, de apenas un tamaño de unos diez por veinte centímetros, que el padre Charbel le entregara segundos antes de su muerte. Comprobó que aún estaba cubierta de polvo y restos de tierra reseca, por lo que cuidadosamente le pasó los dedos por encima y con su pañuelo ligeramente húmedo, la frotó con suavidad, para ver si tenía algún tipo de indicación que revelara su origen. Poco a poco, fueron dibujándose unos caracteres y soplando sobre ellos para levantar las adherencias incrustadas, dejó al descubierto una inscripción que creyó deducir que se trataba de un dialecto proveniente del arameo y con reminiscencias del asirio clásico:

XA ~ TR€ ~ ARÇPA ~ TMAYA

Por más intentos para tratar de descifrarla no le fue posible, por lo que al oír acercarse unos

pasos por la galería, que debían ser de la enfermera de la planta, decidió guardarla rápidamente en el bolsillo interior de la cazadora, y al salir de la habitación, se dirigió a la gruesa mujer con su delantal blanco, con la media luna roja en su cofia, a la que agradeció las atenciones recibidas.

Al llegar a la planta inferior, encontró al representante del Consulado, que charlaba animadamente con Monseñor Asail. Stanley, volvió la cabeza y al verle salir del ascensor, sonriente se dirigió a él.

—¿Qué tal se encuentra señor Cormack? Tengo entendido que no ha habido problema alguno para que los médicos le diesen el alta al solicitarla con carácter voluntario.

—Efectivamente, esta mañana expuse mi intención de regresar a casa y dada la mejoría, he podido conseguirla.

Salieron del hospital que a esa hora no estaba muy concurrido y con rapidez llegaron al coche. El inglés se puso al volante.. Una vez fuera del aparcamiento, el vehículo emprendió el viaje hacia Nemrut.

Toda esas secuencias que duraran días, la rememoró Daniel en su mente en cuestión de apenas unos instantes, mientras permanecía sentado frente a Samuel Bloch. Pudo observar, cómo éste le miraba con una ligera sonrisa, respetando su minuciosa evocación de los duros acontecimientos vividos.

—Por lo que veo, nuestra charla le trae recuerdos de las experiencias sufridas en una situación verdaderamente extrema. ¿No es cierto amigo Daniel?

Éste por su parte, mostró un ligero fastidio por haber dado esa sensación, emitiendo un sonido gutural, que bien podía ser una afirmación y levantándose de su silla, se dirigió a su contertulio con firmeza:

—Señor Bloch, le agradezco el café y también la aclaración a la supuesta ayuda recibida, pero como comprenderá, no creo que por el momento tengamos nada más que tratar. Tal vez, el curso de los acontecimientos haga que cambie nuestra situación y la reserva mutua que en las circunstancias actuales, debemos guardar.

Daniel no esperó la respuesta de su oponente, que seguía sentado en su silla, mirándole con su taza vacía ante él y salió del establecimiento, en el que ya quedaban muy pocos parroquianos, en tanto que Bloch volvió la cabeza hacia la zona de arbolado situada frente a él y de la que no había perdido ápice de los discretos y casi inadvertidos movimientos de una sombra, que tras los árboles esgrimía una minúscula cámara y que en ese momento desapareció de su vista.

Daniel llegó hasta la acera del foso que protegía el enorme y pétreo edificio de la Universidad y siguiendo por la misma, volvió a pensar en los terribles momentos vividos hasta conseguir llevar a aquellos sacerdotes fuera de Irak y la famosa tablilla rescatada. Las cavilaciones de su mente no le permitieron ver que la misma sombra que antes se situaba a su espalda entre el arbolado que rodeaba el bar, ahora permanecía oculta entre los setos del lado opuesto de la avenida por la que transitaba y dirigía la pequeña cámara hacia su silueta.

CAPITULO VIII:
DEL SIGLO I AL VII

La mar estaba en calma y la travesía no ofrecía grandes novedades, Duir se adaptaba con gran rapidez al manejo de los aparejos, siempre siguiendo las indicaciones de Licario, que veía cómo su nuevo tripulante suplía con creces el desconocimiento de la vida del mar, con la voluntad e inteligencia con la que asimilaba sus enseñanzas.

Sus manos fuertes, acostumbradas al uso de las herramientas del campo en donde había trabajado junto a su padre, ahora aprendían a utilizar la vela, la caña, los dos recios remos situados a popa para las maniobras, recorriendo con rapidez la pasarela situada sobre la carga de un lado a otro, para tensar los cabos cuando el viento rolaba en otra dirección.

Mientras Tikva, colaboraba en lo posible si algún cambio brusco de rumbo requería fijar el timón o manejar el segundo remo. El resto del tiempo lo dedicaba a preparar la comida que se guardaba en la bodega o vigilar el nivel de la aguada[7]. Lo que peor llevaba era el cabeceo del barco, sobre todo los primeros días, que le provocaban mareos, aunque siempre Duir estaba a su lado para humedecer su frente con un paño y rodearle protectoramente los hombros con sus brazos.

Lo cierto era que Licario observaba la buena disposición y entrega de sus nuevos marineros y se mostraba satisfecho porque, con un poco de suerte y siempre que no les asaltase algún buque pirata, empezaba a pensar que tenían posibilidades de llegar a puerto y poder negociar la carga de grano que transportaban en las ánforas estibadas en la bodega. Al cabo de unos días, vislumbró el contorno de tierra y enseguida giró el timón para aprovechar la virazón[8] que le empujaba hacia su isla de Rodas. Paulatinamente, la silueta se iba agrandando y al cabo de un tiempo, la línea de la costa se dibujaba cada vez con mayor nitidez a babor. El viejo marino al ver la cara de asombro de sus nuevos amigos, les señaló con su brazo un punto en el horizonte:

—Esa es Lindos, la ciudad más importante de la vista Este, pero nosotros seguiremos más al Norte, hasta Rodas.

Durante horas, siguieron navegando, bordeando el litoral hasta que el capitán avistó una fortaleza y con un tono de alivio, dijo a sus acompañantes:

—Ahí está Rodas, nuestro destino final.

Al acercarse, Duir apuntó con su mano hacia unas protuberancias que brillaban al sol.

—¿Qué representan esos montículos que brillan?

—Son los vestigios de una antigua estatua de bronce e hierro —comentó Licario—, dedicada al dios Helios, que hace ya casi trescientos años, destruyera un terremoto. Guardaba, según dice la tradición, la entrada de nuestro puerto, pero no se quiso reconstruir porque el oráculo predijo que no debían tocarse los restos de cómo habían quedado tras el seísmo.

Poco a poco, el puerto fue dejando ver sus magníficas construcciones, que aunque diferentes, a Duir le recordaban las murallas de su querida Masada. Navegaron muy cerca de los restos del Coloso, que aún mantenía sus dos piernas sobre los enormes basamentos en los que se sustentaban, en tanto que sus huellas, en forma de grandes planchas de la figura, yacían desperdigadas a su alrededor, algunas ya corroídas, bañadas por la blanca espuma del mar.

Al llegar a un gran pontón de piedra, Licario indicó a Duir que saltase a tierra y atase el cabo a una de los grandes pilotes que sobresalían del suelo. En el momento de tocar el piso firme, Duir sintió un ligero hormigueo en sus piernas, acostumbradas durante tantos días a la suave mecida

de las aguas. Pero ató el cabo de proa y a continuación otro a popa, con lo que la nave quedó sólidamente atracada al muelle. Seguidamente, subió de nuevo al buque y preguntó al capitán, qué destino pensaba dar al cargamento.

—Tengo pedidos para hacerse con él, por lo que, como aún es mediodía, trataré de ver a los interesados lo antes posible. Creo que nos hemos merecido un descanso, después de tantos días de navegación —hizo una pausa, añadiendo a continuación—. Bien, hasta ahora, no os he preguntado sobre vuestras intenciones y he deducido que huíais de los romanos. Como sabéis mi esposa murió de tristeza, al tener noticias de la muerte de nuestro único hijo a manos de los piratas en la Isla de Creta. Sólo os puedo decir que si os place, podéis venir a mi casa, aquélla que se divisa en lo alto de esa colina, pero antes debemos entregar la mercancía. Quedaos aquí mientras trato con ellos.

Al cabo de un tiempo, apareció de nuevo el viejo capitán acompañado de unos hombres con varios carros. Licario se dirigió a Duir

—Todo arreglado, ellos —y señaló a los que le acompañaban— se llevarán los fardos y las ánforas.

Ya era anochecido cuando terminaron la faena y Duir, sudoroso, se dejó recostar en la pasarela del barco.

—Bien creo que nuestro trabajo ha terminado por ahora. Vamos, iremos a mi casa donde podréis alojaros unos días.

Duir se dirigió a la sentina del barco y guardó entre sus ropas el pequeño fardo que tenía allí escondido y que contenía las cinco tablillas que su padre con tanta tribulación, pese a lo desesperado del momento, le había entregado. Tikva por su parte se hizo con un par de ánforas de menor tamaño que guardaban la comida y lo mismo hizo Licario. Subieron los tres una empinada loma, al cabo de la cual en su cima, aparecía la pequeña vivienda, rodeada de un huerto, ahora abandonado. Por un momento Duir, contempló en toda su belleza el paisaje que se extendía a sus pies: El puerto de Rodas, salpicado de pequeños barcos, similares al que les había conducido desde Gaza. El inmenso mar azul oscuro, con la Luna, iluminando las serenas olas, coronadas de blanco, al romper en la costa. y volviéndose hacia Tikva, le señalo el horizonte.

—Creo que a partir de ahora, deberemos prepararnos para iniciar una nueva etapa en nuestras vidas en este lugar extraño, pero a la vez tan bello.

Ella, mirándole profundamente a los ojos, se acercó a él y le cogió la mano.

—Gracias por salvarme la vida y por todo lo que has hecho por mí durante todo este tiempo.

Licario se les acercó, invitándoles a entrar en la casa. Su sencilla estancia principal, daba paso a otras de menor tamaño que servían de dormitorios, además de unos pequeños fogones en el lateral exterior de un reducido pero agradable patio trasero, junto al huerto. Agrupó las ánforas que habían traído del barco en un rincón y de una de ellas extrajo algo de pescado y de otra un poco de pan y los tres se dispusieron a comer. Cuando terminaron, el capitán indicó a sus huéspedes que pasaran a las pequeñas habitaciones situadas a continuación de la entrada. Señaló la más alejada de la puerta a Tikva y otra a la derecha, a Duir, que era la que en tiempos ocupara su hijo. En tanto que él, se dirigió a la que estaba al lado izquierdo, que compartiera en vida de su esposa. Al cabo de unos minutos el silencio más absoluto reinó en la casa.

Duir, en la oscuridad de la noche y aprovechando el rayo de Luna que entraba por una estrecha rendija de su habitación, escarbó en un rincón del suelo y depositó el fardo con las tablillas, recubriéndola después cuidadosamente.

A la mañana siguiente Licario invitó a Duir a ir al puerto con él, al tiempo que le explicaba

algo de la historia de la isla.

—He observado que, si bien sois judíos, no parece que profeséis la devoción por su Dios, ni tampoco por otros dioses. ¿Cuál es vuestra religión? —le pregunto Licario.

Por un momento, Duir estuvo tentado de mentirle, pero sopesó que su protector era un hombre bueno y no merecía ser engañado.

—Somos cristianos, seguidores de Jesús de Nazaret. Mis padres me inculcaron la fe en Cristo Jesús. A Tikva le sucede algo similar, ya que su familia también practicaba esas creencias.

Al oírlo, el viejo capitán por su parte, le miró con detenimiento y bajando la voz, en tono confidencial, le respondió.

—Hace unos veinte años, llegó a Rodas un hombre que se anunciaba también como seguidor de ese Jesús que tú mencionas. Decía de sí mismo que era un Apóstol suyo y predicó y escribió diversos textos, creo que epístolas —así las llamaba— las cuáles ahora guardan muchos de sus seguidores a los que consiguió inculcarles sus enseñanzas. A mí, que ya incluso entonces era mayor, no me convenció mucho, pues por mi vida y por la muerte de mi hijo, nunca podía pensar que un dios consintiera el triste final que padeció. Por eso, yo creo en el mar y en el amor de mi esposa, que murió en mis brazos.

Al terminar habían llegado hasta el barco y se aprestaron a repasar los aparejos y achicar el agua de la sentina.

—Yo te podría poner en contacto con alguno de los cristianos — le propuso Licario a su nuevo ayudante cuando terminaron, retomando el hilo de la conversación anterior—. Aquí somos tolerantes con eso de las religiones y el grupo de sus seguidores parecen gente pacífica.

—Te lo agradecería —le respondió Duir—. Aún no sé qué podemos hacer ni a donde dirigirnos Tikva y yo.

—Quisiera proponeros algo, claro está si lo pensáis bien.

—Ahora mismo yo me siento responsable de su seguridad y de su futuro. Además —añadió con vehemencia— no me perdonaría que le pasase algo.

—Te veo muy enamorado de tu compañera —añadió el capitán sonriendo—. Si como dices habéis pasado muchas penalidades juntos huyendo, hasta que alcanzasteis Gaza, es natural que entre dos jóvenes fuertes y sanos, surja la atracción mutua. Te puedo decir que ella se siente muy a gusto a tu lado, por si no te habías dado cuenta.

Terminada su tarea, regresaron hacia la casa, donde se encontraron todo dispuesto para la comida, que con esmero había preparado Tikva. Ambos le elogiaron las viandas, sentándose los tres. Al terminar, el viejo marino les espetó a ambos sin más:

—¿Cómo veríais vosotros la posibilidad de que tú, Duir, formaras parte de mi tripulación en futuras travesías, como segundo, y tú Tikva, te quedaras como ama de este hogar?

Ambos, al escuchar estas palabras, se miraron sorprendidos, sin saber qué decir.

—Soy ya viejo —continuó Licario— y necesito un hombre fuerte y de confianza a mi lado. Hubiese querido que fuese mi hijo, pero el destino me lo arrebató y parece que ese mismo azar ha querido poneros en mi camino. Si queréis, podéis pensarlo, pero yo tengo buen ojo para la gente y vosotros creo que sois dignos de confianza.

Duir, tomó la mano de Tikva y se dirigió al viejo capitán con agradecimiento.

—Sinceramente no pensábamos poder tener la suerte de contar con una persona como tú, que nos ofreciera trabajar en su barco, después acogernos su casa y por último, formar parte de su familia. Creo que puedo hablar en nombre de los dos y nos sentiríamos muy dichosos y muy honrados, si nos admites en tu hogar. Ten por seguro que no te defraudaremos —añadió

levantándose para abrazar al viejo marino.

—Bien, no se hable más —dijo éste emocionado —ahora nos tocará trabajar muy duro. Tú tendrás que aprender mucho más de navegación y de comercio. Tendremos que contratar dos nuevos marineros que nos ayuden. Y tú, Tikva dispondrás de cuanto necesites para conservar el que desde hoy, es ya vuestro nuevo hogar.

Pasaron semanas, meses y la compenetración y el trabajo que la tripulación del viejo velero ofrecía, les granjearon una buena fama de cumplidores.

Un día en el que ambos jóvenes estaban sentados a la orilla de un acantilado, contemplando la puesta de sol, tras un largo silencio, Duir cogió el brazo de su amada y atrayéndola hacia sí, besó sus labios con fuerza. Arrepentido de su impulso, apartó el rostro, como para pedir perdón por su arrebato, lo que no llegó a consumar, pues fue Tikva la que abrazándose a él, respondió a aquél beso con toda pasión.

—Te amaré siempre hasta el día de mi muerte —le susurró.

Quedaron callados sin articular palabra alguna durante unos instantes y ya anochecido, regresaron a la casa donde Licario estaba encendiendo el fogón. Al levantar la cabeza y ver a los dos jóvenes abrazados, les dijo:

—Vaya, os veo diferentes, ¿habéis descubierto al fin, los sentimientos que yo desde el principio adiviné en vosotros? Si es así, deberemos celebrarlo con una jarra del mejor vino que guardo. Así que tendremos boda.

—Sí —respondió Duir como en una nube— han merecido la pena todos los sacrificios padecidos para encontrar a la mujer con la que ni me atrevía a soñar. Deseamos casarnos y lo haremos lo antes posible, ante Tito, el predicador de la Palabra que es discípulo de Saulo, cuyas enseñanzas nos han servido para saber perdonar a los que tan irreparable daño causaron a nuestras familias. Afortunadamente los rodios sois gente acogedora para bien de los cristianos y nosotros amamos la paz y la convivencia.

—En ese caso, contad conmigo. Efectivamente aunque no tengo parientes cercanos, sí buenos amigos que estarán encantados de colaborar —comentó con entusiasmo Licario.

Los siguientes días fueron de preparativos y cierto estado de nervios. Duir añoraba la presencia de sus padres y Tikva, que no llegó a conocer a los suyos, el recuerdo de su abuela, le hacía entristecerse, pese a la alegría que la inundaba. La sencilla ceremonia, tuvo lugar en casa de Tito. Asistió un pequeño grupo de personas, formado por miembros de la comunidad cristiana de Rodas, Licario y los dos marineros de su tripulación, al que acompañaba también la esposa de uno de ellos.

Después, se dirigieron a su casa, donde el anfitrión obsequió a todos con una exquisita sopa de pescado y a continuación una giaprakia, compuesta por hojas de vides con carne picada y unas uvas para terminar, todo ello regado con un buen vino que el viejo marinero se encargó de rebuscar entre sus ánforas.

El rostro de felicidad de ambos jóvenes reflejaba la alegría, que el resto del reducido número de comensales compartía igualmente. Al atardecer, todos se marcharon y Licario, pretextando que debía preparar el barco para la travesía del día siguiente a Atenas, les dijo que se quedarían solos en la casa. Al salir, los abrazó deseándoles toda clase de felicidad y recordándole a Duir que deberían partir al amanecer.

Era muy poco tiempo del que disponían, pero para ellos, la intensidad de sus sentimientos, les hacía obviar lo efímero de las escasas horas de las que podían disfrutar. Fue una noche intensa, de entrega amorosa y pasión de sus jóvenes cuerpos, fundidos en uno solo en plena oscuridad,

dado que aquella noche no había Luna y por la rendija de la pared, sólo se atisbaban algunos fanales de los barcos fondeados en el puerto. Apenas sin tiempo, Duir se vistió, admirando el bello cuerpo dormido de su amada y su cabellera rizada, derramada sobre sus hombros desnudos. Puso sus labios sobre los de ella y sin hacer ruido, se deslizó hacia la puerta, cerrándola tras de sí.

Cuando llegó al barco, ya le esperaba, el capitán y sus compañeros, prestos a soltar los aparejos. Miró hacia la casa y recortada en la luz del amanecer contempló embelesado durante unos instantes, la silueta de Tikva, que le despedía, agitando su brazo extendido.

A esta travesía siguieron otras y siempre Tikva estaba atenta, tanto a su partida como a la llegada del viejo buque cuando divisaba su vela en el horizonte. Al principio sola, después, dejando entrever su estado de buena esperanza.

El día que nació su hijo, Duir no se movió de su lado y contó con la ayuda de la mujer de su compañero de tripulación, que como madre, ya sabía de las encomiendas que lleva un parto. Cuando lo tuvo en sus brazos, se arrodilló al lado de su esposa, besándola en la frente, al tiempo que evocaba el recuerdo de sus padres y lo que para ellos hubiese supuesto tener entre los brazos a su nieto.

Pasó el tiempo y la tripulación se aprestaba a hacer una nueva travesía a Delfos con un pesado cargamento, que hacía que la obra muerta del velero apenas sobresaliese del agua. Como siempre Tikva, estaba en la cima de la colina para despedirlos, pero la oscuridad del cielo no hacía presagiar nada bueno. Al poco de partir, el viejo buque crujía como anunciando negros augurios. Cuando aún navegaban bordeando la costa, se desencadenó una violenta tormenta, haciendo la fuerza del huracán, que se rasgase la vela como si fuera una frágil hoja de papel. El mar, parecía querer desatar todo su enojo, mientras los dos marineros trataban en vano de asegurar la carga, al romperse las sujeciones. En su esfuerzo el viejo capitán, se puso a horcajadas sobre la baranda de madera de la pasarela, achicando la vela, pero ésta, sacudió su cuerpo, despidiéndolo con violencia al mar. Duir se arrojó al agua, divisando el cuerpo inerme de Licario sobre una roca, a la que desesperadamente intentaba asirse. Con esfuerzo sobrehumano llegó hasta él, procurando sacar su cabeza por encima del furioso oleaje que los agitaba. Desde el barco, uno de los tripulantes les lanzó un cabo, rodeando el cuerpo del capitán y gritando que lo izaran. Después, se lo tiraron a él, subiéndolo con dificultad por la amura y afanándose en tratar de separar el buque de los acantilados contra los que iban a estrellarse sin remisión.

Poco a poco, se fueron calmando las aguas algo, lo que le permitió atender al capitán quién exánime, yacía tendido junto al timón, ofrecía una gran herida en la cabeza y el costado abierto con un profundo desgarro que dejaba al aire sus costillas rotas. Había perdido mucha sangre, por lo que Duir intentó cortar la hemorragia y ante la gravedad de la situación, decidió volver a puerto, tanto para intentar salvar al capitán como al propio barco y la carga que transportaban. Ayudados por los dos remos, trataron de ponerse al pairo. Afortunadamente la tormenta parecía que iba amainando y los golpes de mar así como la fuerza del viento eran cada vez menos intensos. Al cabo de unas horas de lenta travesía, vislumbraron puerto y no sin dificultad, lograron al fin atracar.

Duir, instintivamente miró hacia donde siempre le esperaba Tikva, pero esta vez no estaba. Sin embargo, al aprestarse a desembarcar, llevando al capitán sobre una tablazón de madera, la vio que se acercaba corriendo a su encuentro. Sin apenas pronunciar palabra, llevaron a Licario hasta la casa y lo tendieron en su jergón. Tikva, pese al temblor de sus manos, limpió sus heridas, en tanto que Duir buscaba a un curandero, que llegó al poco para examinar al herido. Llevaba una

bolsa de dónde sacó unos frascos de cristal con unos ungüentos. Después pidió unos paños que puso sobre el costado y la frente del viejo marino.

Cuando hubo terminado, apartó a Duir a un lado y con el gesto le expresó su pesimismo sobre el estado de aquel vencido cuerpo que padeciera mil penalidades y al que este último envite, había quebrado quizás para siempre. Se fueron marchando todos con gesto entristecido y quedaron sólo Duir con Tikva y el pequeño Pablo. Tenían encendida unas velas y el rostro cada vez más pálido de Licario, se recortaba en la sombras de la estancia. Éste, se removió algo en el lecho y abriendo con dificultad los ojos, miró a su alrededor, saliendo de su garganta un quejido ronco. Asió la mano de Duir y con voz entrecortada musitó:

—Querido hijo, quiero que sepas que a lo largo de estos años así te he considerado. Creo que ha llegado mi hora. Haz de saber que todo lo he dejado escrito ahí —señalando hacia donde guardaba sus pergaminos—, y que todo os lo lego a vosotros. Estoy seguro que saldréis adelante. Y tu, Tikva, aunque no he tenido hijas, como tal te he querido. Haz feliz a tu esposo y perdona las ausencias. ¿Se ha salvado la carga?

—Sí — le respondió Duir emocionado—, no tengas preocupación, que será entregada en su destino.

Licario, trató de mover su brazo, pero no tenía fuerzas para ello. En tanto que los vendajes se habían teñido de rojizo por la sangre que continuaba empapándolos, señal que las heridas tal vez habían afectado a alguna arteria.

Su voz se había convertido en un leve susurro al indicarle a Duir, un cofre donde guardaba sus monedas. Ahí está todo lo que tengo, disfrutadlo. Al decir esto, trató de incorporarse pero una sacudida hizo temblar todo su cuerpo, emitiendo un profundo estertor, para desplomarse pesadamente sobre el lecho.

Duir le cogió su brazo, comprobando cómo al soltarlo suavemente, caía exánime sobre su pecho, que ya no mostraba signos de agitación alguna. Licario, el curtido marino que había sabido superar tantos avatares a lo largo de su vida, acababa de exhalar su último aliento.

Los esposos se abrazaron con los ojos llenos de lágrimas, aprovechando que el pequeño Pablo, ajeno a la tragedia, dormía en su habitación plácidamente.

Al día siguiente, tras el entierro, Duir se dirigió al barco con los dos marineros, para revisar los daños. Retiraron los restos de la vela y tras unos días de reparaciones para fijar el timón y entibar la carga nuevamente, decidieron echarse a la mar. Una vez más, al salir del puerto, Duir, divisó la silueta de Tikva, mecida su túnica por la brisa, con el pequeño Pablo de la mano.

Pasaron los meses y los años y la familia de Duir y Tikva fue creciendo, gozando con el regalo de sus cinco hijos, a la par que su riqueza también fue en aumento, lo que les permitió disponer de tres barcos de mayor tamaño, más veloces y protegidos con cascos metálicos, forradas sus proas a modo de defensas, como arietes contra los ataques de los piratas. Diversificaron sus cargas, añadiéndoles céramica, vinos, grano y en general todo lo que desde las islas se podía negociar con los pueblos vecinos. Al frente de esas naves estaban sus dos antiguos marineros. Su reputación era reconocida en todo el Peloponeso.

En recuerdo y añoranza de su arribada a la isla, siguieron conservando la misma casa, si bien le agrandaron las estancias, enriqueciéndolas con mármoles y mobiliario. Pese al paso de los años, Tikva, siempre estaba atenta en la cima de la colina cuando Duir partía o bien cuando calculaba su regreso. Sus hijos fueron creciendo, ayudando a su padre en las tareas del mar, los dos mayores, Pablo y Tito, en tanto que las dos niñas se ocupaban junto con su madre, de las tareas de la casa y del menor de sus hermanos.

Un día, convertido ya Pablo en todo un hombre y tan fuerte como su padre, con el que guardaba un gran parecido, éste lo llamó a solas y lo llevó a una pequeña sala, donde él sabía que su progenitor guardaba los objetos, monedas y recuerdos más preciados de sus numerosas travesías. Allí Duir, mostró a su hijo un cofre de bronce, con unos candados, que abrió ante él. En su interior, en un fondo de tela, aparecían alineadas cinco tablillas de barro con inscripciones que no supo descifrar. Duir le explico la historia de su origen, que recogía una profecía del Apóstol Matías, discípulo de Jesús de Nazaret y al que su padre, Mevajer, había conocido en su ciudad de origen, Masada, en Judea.

Duir le hizo jurar que ese mensaje, pese a no entender su significado, debía ser custodiado celosamente por el primogénito de la familia, sin darlo a conocer a nadie. Pablo lo juró solemnemente ante su padre, quién de nuevo depositó el cofre en una hornacina hecha en la pared

Era el año 120 D. C. cuando Duir navegó por última vez. Una parálisis progresiva de sus miembros, le iba paulatinamente cercenando su actividad, llegando a un extremo que ya no le permitía apenas ni sostenerse en pie. Sabía que su final se acercaba y quería pasar sus últimos momentos al lado de su amada Tikva, quién pese a los años, seguía conservando un atisbo de su pasada hermosura. Al fin, ya tenía a Duir permanentemente a su lado, pasadas las largas ausencias con la zozobra que le asaltaba en cada una de las siempre difíciles travesías. Pero aquel cuerpo al que había amado y aún amaba con todas sus fuerzas, no recordaba al hombre apuesto y fuerte que conoció en los días terribles del asedio de su nunca olvidada ciudad-fortaleza de Masada.

Llegó el invierno y pese a que el clima seguía siendo suave, negras nubes derramaban fuertes aguaceros, que teñían de grises los azulados contornos del puerto. Aquella mañana especialmente, el sol no podía romper el cerco de nubes que lo envolvía y la lluvia se hacía aún más intensa si cabe. Pese a ello, Duir pidió a su esposa que le llevase al jardín, bajo la frondosa higuera que plantara en su juventud, como añoranza de las que recordaba en casa de sus padres. Ésta trató de persuadirle, pero él insistió casi implorante, porque por sus propios medios no podía hacerlo. Tikva, aunque las fuerzas le faltaban, le ayudó y abrazados, se acercaron despacio a la balaustrada desde donde se divisaba el puerto. Con dificultad y respirando entrecortadamente, Duir se irguió, apoyando su mano en el hombro de su esposa

—Aquí hace cincuenta años, me diste las gracias por haberte salvado la vida. Yo ahora soy el que te quiero dar las gracias por haberme entregado la tuya todos estos años que hemos compartido de felicidad. Siempre estaré a tu lado, pese a mi ausencia en esta última travesía de la que ya no volveré. Quisiera decirte…. —la mano de Duir, se fue deslizando, exánime, por el costado de Tikva, que con los ojos arrasados en lágrimas, apenas podía sostenerlo— … que te quiero —exhaló por fin en un supremo esfuerzo, en tanto sus rodillas se iban doblando incapaces de aguantar el peso inerte de su cuerpo, a pesar del abrazo desesperado de su esposa que trataba en vano de sostenerlo.

En ese momento, aparecieron sus dos hijos a la carrera, levantando a su padre cuyas ropas estaban empapadas en agua, llevándolo con cuidado al interior de la casa, al mismo tiempo que las hijas, abrazadas a su madre, la acompañaban procurando de guarecerla de la lluvia. Cuando los dos jóvenes dejaron el cuerpo en el lecho, comprobaron con dolor que ya no respiraba, rompieron en sollozos. Todos sabían que el que fuera amor de sus vidas, había dejado de existir y aferrados a su madre trataban de consolar su llanto que, pese a lo terrible de la escena, irradiaba serenidad y se diría que el sosiego y la entereza que había demostrado ante sus hijos a lo largo de

su vida.

* * *

Pasaron décadas y siglos y los descendientes primogénitos de Duir y Tikva, de una generación en otra, fueron transmitiéndose el secreto de la profecía. En esos años sus herederos que aún seguían en la isla de Rodas, habitaban en Lindos, puerto de la costa Este. En aquél tiempo, le había correspondido a Antonio, hombre culto y versado en Filosofía e Historia, ser el guardador del secreto mensaje profético. Era persona acomodada, gracias a la fortuna que sus antecesores consiguieron con el comercio en el mar, estaba casado con Catalina, la cual recibía su nombre en recuerdo de la Santa, nacida en Alejandría dos siglos antes. Tenían tres hijos de corta edad, dos varones y una niña.

Desde hacía unos años, era sabedor del secreto de la profecía de sus antepasados y por ello, decidió trasladarse con su familia a Asia Menor. Concretamente a Jerusalén, donde recientemente oyese que se había erigido un templo dedicado a la veneración del Santo Sepulcro. Aprovechó uno de los barcos de la flota del comercio que había legado a favor de sus hermanos y embarcó con destino a Tiro.

Después de una travesía sin novedades, al llegar a puerto, Antonio conoció de la existencia del llamado Camino Real, que llevaba hacia la ruta de Oriente y uno de cuyos ramales, se dirigía al Sur, en dirección de Judea y Egipto. Escogió esta segunda opción y alcanzaron al cabo de unos días la ciudad de Jerusalén, donde se alojaron un tiempo. Sin embargo Antonio, quería conocer la zona y con su familia convenientemente aposentada, emprendió diversas rutas que le permitieron descubrir con detalle todo el territorio.

Al contemplar el Mar Muerto, en su interior, lo comparaba con la belleza de la Isla de Rodas y no podía evitar un cierto deje de nostalgia. Batió toda la zona y halló en medio del desierto, un enorme promontorio semi-abandonado, con los restos de una fortificada ciudadela en su cima, derruida en gran parte. Pese a lo escarpado de su acceso, indagó entre sus habitantes, cuál había sido la causa de esa ruina. Algún anciano, le explicó someramente que siglos atrás, fueron los romanos los que acabaron con su pujanza cuando la dominaba el pueblo judío y que antes de su exterminio, había sido la última fortaleza en caer en manos del Imperio

De regreso a Jerusalén, comunicó a la familia su intención de emprender el camino hacia su nuevo y tal vez definitivo hogar. Los cien estadios de distancia, los cubrieron en apenas una jornada, al cabo de la cual, buscaron un alojamiento. Al día siguiente, localizó una buena vivienda, pero en mal estado de conservación, indagando el nombre de su propietario para adquirirla. De este modo y por la intuición de un descendiente de Duir y Tikva, las tablillas de la profecía de Matías, volvieron, sin saberlo su guardador, al lugar en el que fueron escritas por su propio antepasado.

En los meses sucesivos, Antonio fue labrando la casa y mejorándola. Enterado de la llegada de un predicador de la Palabra a Masada, se interesó por su labor invitándole en varias ocasiones a su casa. Éste le presentó a su fiel discípulo Domiciano y ambos expresaron a su anfitrión, su deseo de construir una capilla en la antigua fortaleza. Con el tiempo, el pequeño templo con constancia y la ayuda de gentes del lugar, lo fueron ampliando hasta construir a su alrededor un monasterio tipo laura[9] que pasaron a ocupar unos monjes bizantinos.

Mientras, el padre de familia dedicaba su actividad principal a la enseñanza, pese a que en

vano, trataba de descubrir el secreto que contenía aquella singular herencia. Era sabedor que ha iniciado un nuevo ciclo en la historia aquellos palimpsestos cuyo misterio no era capaz de desvelar, pero a los que tanto él como sus descendientes primogénitos siguieron celosamente guardando como ignoto legado familiar.

Pasados algo más de dos siglos, Lucas, que así se llamaba el heredero de Antonio, vivía hacia el año 635 con su familia, en una casa de bello aspecto, junto al Mar Muerto y muy cerca de la que fuera fortaleza de Masada, cuando la caballería islámica, proveniente de las tierras del Sur, puso cerco a la ciudad. En el interior, resistieron durante dos años, gracias a la reciedumbre de sus murallas y a la falta de máquinas de guerra de los invasores, que sólo poseían veloces caballos con los que dominaban en campo abierto. De este modo, los alrededores fueron asaltados y pasados a cuchillo la mayoría de sus indefensos habitantes. Finalmente, rendida Jerusalén por los bizantinos, después de un cruento baño de sangre que costó la vida a miles de sus habitantes, pasó a pertenecer al Califato Omeya, tras la batalla de Yarmuk.

La casa de Lucas no fue una excepción y el secreto durante tantos siglos guardado y que él seguía escondiendo en el sótano de su vivienda, al ser incendiada y derruidos sus muros, hizo que sus escombros calcinados, sirvieran de fosa para los objetos de valor que su propietario conservaba en ese habitáculo soterrado, en el que también estaba depositada oculta tras la pared, una caja de madera noble con incrustaciones en marfil, en cuyo interior, su propietario las había colocado envueltas en seda, formando dos compartimentos: En el superior, dos tablillas y en el inferior, que se abría mediante un resorte, las tres restantes. Sobre ellas, una losa de mármol, escrita en griego, daba cuenta de su existencia.

Todo quedó reducido a un ingente montón de cenizas y allí quedaron abandonados los vestigios de la que fuera una bella mansión, incendiados y derruidos, tras el expolio que sufrieron, que pese a todo y gracias al destino, sus asaltantes no pudieron mancillar aquel estuche que guardaba el secreto de siglos de la Profecía, sepultado en lo más profundo de la cripta, al que ahora protegía la montaña de escombros de la morada del que fuera su fiel y postrer guardador.

7 Agua potable que lleva un buque.
8 Viento que va del mar a tierra.
9 Lauras, callejuelas que vertebraban un tipo de monasterios, en cuyos lados se construían los elementos comunes, hospicios, enfermerías, defensas, etc. Combinan la vida eremítica (en soledad) y comunitaria.(en común).

CAPITULO IX:
EL ENIGMA

Daniel Cormack había llegado a la conclusión, tras la esclarecedora conversación mantenida con Samuel Bloch, dado el lujo de detalles con el que le relatara los pormenores de su misión en Erbil, que pese a todo, no debía conocer la existencia de las tablillas, o al menos, así lo parecía. Mucho menos, que tres de éstas se encontraban en Roma, las cuáles había tenido ocasión de contemplar con su superior en las grutas romanas, o incluso, las que pudieran estar ocultas en otro lugar y cuyo paradero él mismo desconocía. Al analizar detenidamente todo el proceso, desde que le dieran la orden de desplazarse a Erbil para rescatar supuestamente a unos sacerdotes y todas las experiencias posteriores, empieza a considerar que esos pequeños trozos de barro escritos, juegan un papel de importancia capital en todo este proceso de investigación.

Igualmente, la aparición de Bloch en toda esta trama, se le antojaba preocupante ya que dedujo desde el principio, que se trataba de un miembro de algún servicio secreto, con toda probabilidad relacionado con Israel, aún antes de que él mismo se lo confesara, ya que el apellido Bloch es una derivación del término Wloche, además de haber insinuado que componentes de su entorno eran los que indirectamente les ayudaron a librarse de sus perseguidores. El nombre de Samuel, le había sugerido asimismo una clara ascendencia judía. Todos estos indicios le reafirmaban en su idea inicial de que el Mosad estaba por medio.

De todos modos en su análisis, entendió que este asunto dejaba entrever unas consecuencias, que aún no había sabido desvelar, pero que mostraban —y su intuición no solía fallarle— un alcance y una gravedad de mucho mayor calado del que en principio se le pudiera podido atribuir.

Vio que era tarde y como Monseñor Molinelli era hombre madrugador, decidió llamarle por teléfono a la mañana siguiente. Estaba aún en su habitación cuando marcó el número que tenía asignado para contactar con el Prefecto, al que tras un par de timbrazos, escuchó al otro lado de la línea:

—¿Qué tal se encuentra Daniel? ¿Hay alguna novedad importante que motive su llamada?

—Sí, señor, debo ponerle en antecedentes de mis indagaciones de los dos últimos días.

De forma esquemática, hablando con precisión y sin dar nombres o datos concretos, Daniel le puso al corriente de todo lo que había averiguado en el transcurso de las últimas cuarenta y ocho horas, incluida la charla con Bloch.

Durante unos breves segundos no se oyó respuesta desde el otro lado del teléfono. Al cabo de unos instantes, la voz del Prefecto sonó con un tono de mayor gravedad que el habitual en él, sobre todo cuando hablaba con su subordinado.

—Veo muy interesante lo que me dice y sobre todo, coincido en que se trata de un tema que cada vez plantea una mayor complejidad. Por nuestra parte, tampoco hemos desaprovechado estos dos días y fruto de ello, consideramos que este asunto se puede calificar como de prioridad uno. Por tanto y aunque eso pueda causarle algún trastorno en sus indagaciones, debo pedirle que venga a Roma lo antes posible, para ponerle al corriente de nuestros avances y después, deberá regresar a esa ciudad de inmediato, hasta conseguir llegar al fondo de este asunto.

Daniel, tras escuchar las palabras de su Mentor y sobre todo, el tono que había empleado, corroboró las impresiones que había deducido desde que comenzara su misión.

—Bien Monseñor, en ese caso, cogeré el primer vuelo disponible a Roma y le mantendré informado.

Buscó rápidamente reserva encontrando un billete en el vuelo de la tarde, a las veinte horas, con vuelta abierta. A la caída de la tarde, se encaminó hacia la terminal de autobuses, no sin dejar de visualizar que nadie le seguía, en especial Samuel Bloch. El vuelo, sirvió una vez más para reeditar toda la película de los dos últimos días, fijando especialmente la atención en tres aspectos concretos:

El seguimiento que le había hecho Bloch: La entrevista con el catedrático y la supuesta escucha a la que se habían visto sometidos a través de la puerta entreabierta del despacho del Profesor. Por último, los matices y reservas que había constatado en su audiencia con el Vicario.

Estas y otras interrogantes confiaba en aclararlas una vez consiguiese hablar con su superior. Tras su arribada a la Ciudad Eterna de madrugada, decidió marchar a su apartamento.

Apenas eran las ocho menos unos minutos cuando Daniel pulsaba el timbre de la Prefectura. La puerta se abrió silenciosamente y Ángelo Ferrara, con su habitual discreción, le invito a pasar.

—Buenos días señor Cormack, me alegro de verle de nuevo tan pronto. Monseñor le espera abajo, como la vez anterior.

Avanzaron ambos en silencio y cuando Daniel hubo descendido al nivel -2, se dirigió al despacho del Prefecto, saludándolo.

—Siéntese —respondió este escuetamente—, le pondré al corriente de los dos temas prioritarios que debe conocer.

Los ojos de Daniel permanecieron sin pestañear, fijos en el rostro del Prefecto, para no perder un ápice de sus palabras.

—Bien, en primer lugar debe saber que el padre Charbel, quién le entregara la tablilla que nos trajo y que falleció en sus brazos, no era el padre Andrés Charbel. Este desgraciado sacerdote ha sido encontrado degollado en la Iglesia en la que oficiaba, cercana a la de Saint George, lugar de encuentro en el que en principio, usted iba a recoger al Obispo y a los otros sacerdotes en Erbil.

Ante el gesto de asombro de Daniel, Armando Molinelli, creyó conveniente continuar su exposición.

—La primera duda que se nos viene a la mente es quién era en realidad el que se hacía pasar por el padre Charbel y por qué. En el registro somero que se hizo en el templo cuando se retiró el cuerpo del desgraciado sacerdote, aparecieron medio ocultas unas ropas de soldado del ejército norteamericano, con un chapa identificativa bien escondida pero que pudo ser localizada prácticamente por casualidad. Ésta correspondía a un militar de la coalición, llamado Brian Alomar. Pero aquí viene otro de los motivos que hacen más enrevesado este caso: este militar no era propiamente soldado del ejército regular, sino que al parecer fue incorporado en su unidad, como infiltrado, para tratar de averiguar algo que desconocemos. Sobre todo llama poderosamente la atención que del Departamento de Defensa de los Estados Unidos, nadie haya querido dar una explicación clara de todo este asunto. Eso además de por qué tenía en su poder la tablilla que le entregó, con el encargo de traerla a Roma, al comprobar que le quedaban pocos instantes de vida. Igualmente hemos determinado que el verdadero apellido de ese militar, Alomar, guarda un origen hebreo, en concreto sefardí, oriundo o emigrado de España, cuando se produjo la expulsión de los judíos a finales del Siglo XV. De hecho en ese país, aún existen personas con ese mismo nombre. Cabe colegir que conociera algún idioma del entorno, razón por la que fuera destinado a Irak para llevar a cabo la misión, cuya finalidad ignoramos.

Daniel continuaba absorto con lo que le estaba descubriendo el Prefecto, tratando de encontrar una explicación lógica o al menos creíble.

Molinelli, tomando algo de aliento, prosiguió:

—Ante el curso de estos acontecimientos, hemos instado al señor Athaulpi, a que acelere al máximo su dictamen sobre los tres palimpsestos que tenemos en nuestro poder. Y sus conclusiones a día de hoy, no pueden ser más extrañas: deduce que se trata de una misiva que escribió alguien en un momento de extrema ansiedad, por el trazado inseguro, lo que denota el estado de tensión o peligro que padeciera su autor. Igualmente piensa que a tenor del texto analizado, el mensaje completo debían ser cinco o a lo sumo seis las piezas que conforman el texto íntegro y que parece ser, que aluden a una profecía del Apóstol Matías, cuando predicaba en Judea, si bien este vaticinio cree que afectaría a un tiempo venidero, tal vez de siglos, desde aquella etapa histórica, por lo que muy posiblemente podría relacionarse o referirse con nuestra época actual o bien con una próxima.

Cuando terminó de pronunciar estas palabras, Molinelli se detuvo unos instantes observando con detenimiento la reacción que habían causado en su agente. Éste, tras una breve reflexión, se dirigió a su jefe:

—Monseñor, si como dice el padre Charbel fue suplantado por ese norteamericano, ¿Cómo es que el Obispo Monseñor Asail, no lo detectó?

—Cierto, esta misma pregunta fue de lo primero que nos llamó la atención y me entrevisté personalmente con él, para tratar de aclararlo. Según sus manifestaciones, la diócesis que regentaba estaba convulsa a causa de la guerra. Me corroboró que le causó cierta extrañeza, cuando le saludó, dado que conocía al padre Charbel y creyó observar que estaba muy cambiado, pero en aquéllos momentos y a causa de la presión y el temor que padecía por su propia seguridad, consideró que las penalidades le habrían hecho variar algo su aspecto. Quisiera pensar que ha sido así y todo se debe a que es un mal fisonomista — concluyó sus palabras, dejando una duda en el aire.

Daniel recordó los momentos vividos y estuvo de acuerdo con las últimas aseveraciones del Prefecto. Evidentemente su suerte dependía de un hilo y muy fino por cierto.

—Diría Monseñor, que se me plantea otra cuestión: ¿Qué papel cree que juega el ejército americano o su servicio de información, en un asunto de tan a priori escasa trascendencia, como son unas simples tablillas de barro con unas inscripciones antiguas, para llegar a poner en peligro y perder incluso la vida, uno de sus hombres?

—Evidente Daniel, es una buena cuestión, pero que por el momento carece de respuesta. No obstante, cuando vuelva a Sevilla, va a contar con la colaboración, aunque sea circunstancial, de un miembro de la Agencia de Inteligencia norteamericana, al que deberá tratar de extraerle respuestas a estas interrogantes. Aunque sea circunstancialmente, cooperarán al objeto de lograr cuanta más información mejor, sobre todo si se confirma que la clave de este enigma puede estar en esa Ciudad.

—Creo señor que estas disyuntivas ofrecen, como bien ha dicho, una serie de incógnitas de consecuencias impredecibles. Pues si se sabe que es el Mosad por una parte, el que tiene sus redes extendidas, a través de uno de sus agentes, Samuel Bloch. Por otra, el Servicio Secreto estadounidense ha destacado a uno o varios de sus agentes a Oriente Medio para localizar alguna de esas tablillas, creo por las evidencias, que estamos ante un hecho de dimensiones internacionales imprevisibles, aún sin saber a ciencia cierta, la cuestión de fondo que mueve todo esto.

—Esta tarde —asintió Molinelli— recibiremos al señor Athaulpi, para que nos ponga al día de sus últimos avances. Los medios ciertamente modestos de los que disponemos, no pueden competir con los de esos dos servicios secretos, sin duda los más sofisticados del mundo. Pero

nuestra obligación se basa en tratar de salvaguardar la seguridad y los intereses de la Santa Sede y para ello, debemos suplir nuestras carencias con inteligencia e imaginación.

Al decir esta última frase, se puso de pie y extendió su mano sobre la frente de Daniel, haciéndole la señal de la Cruz.

—Que Dios le acompañe querido Daniel. Le espero a las 15 horas, para nuestra nueva entrevista con el Profesor.

Cormack, no desaprovechó las horas e instantes antes de dar las dos y media, salió de la Biblioteca, donde había consultado una serie de datos sobre Sevilla, encaminándose nuevamente a la Prefectura. Entró en el despacho del Prefecto, dándole las buenas tardes.

—Esperaremos unos minutos a don Michelangelo. Por las mañanas, imparte sus clases en la Gregoriana y anda algo escaso de tiempo. ¿A propósito, no le he preguntado por Siviglia? ¿Sigue conservando su encanto? Hace ya bastante tiempo que no he tenido ocasión de volver a visitarla, pero siempre me agradó su singular estampa.

—La verdad es una ciudad, que guarda algo especial por las contrastes que ofrece. Como recordará estuve allí hace unos años y desde entonces guardo un grato recuerdo de ella.

De pronto le vino a la mente la evocación de Julia O'Neill, por lo que para evitar que el Prefecto notase cualquier cambio en su tono de voz, carraspeó levemente Era consciente que no venía muy a cuento ese comentario, pero la llamada a la puerta del Profesor Atahulpi, pidiendo permiso para entrar, le hizo interrumpir sus palabras, liberándole del pequeño atolladero donde se había metido.

—Bienvenido, Profesor —dijo Armando Molinelli a modo de saludo —, por favor, tome asiento. Ya conoce a nuestro agente, Daniel Cormack.

Ambos se estrecharon la mano brevemente y procedieron a acomodarse ante la mesa de Prefecto.

—En la mañana de hoy, he puesto en antecedentes a nuestro amigo Daniel, motivo por el cual se ha desplazado desde Sevilla, en base a los últimos descubrimientos que usted ha logrado y las averiguaciones que por nuestra parte hemos podido conseguir.

Athaulpi, como en él era costumbre, se arrellanó en la silla, puso su negra cartera de piel en el suelo a su lado y extrajo una serie de folios de su interior.

—Gracias Monseñor, ciertamente cada día se producen avances que nos descubren nuevos datos sobre el contenido de las tres tablillas que poseemos hasta la fecha, si bien hasta que no logremos su transcripción íntegra y sobre todo, establecer el número total de las que componen el mensaje, no podremos completar su significado.

Era evidente, que al igual que ocurriera en la reunión anterior, el Profesor tenía una cierta tendencia al engolamiento y a tratar de poner énfasis en sus palabras.

—Como ya le indicara —prosiguió—, a la vista del texto que hemos podido traducir parcialmente, la Profecía se debe a un escrito redactado por alguien cuya identidad desconocemos, pero que sin duda alude al Apóstol Matías en alguna de sus predicaciones. De este modo, la que podríamos catalogar como tablilla primera, señala el número siete y a un hecho que podría referirse a lo que entonces se consideraba uno de los confines del mundo conocido. Como apunta hacia Poniente, bien pudiera relacionarse con la Hispania como última tierra conocida, tras la cual, el mar caía al vacío, al existir la creencia de que la Tierra era plana. Por tanto el siete se podría conceptuar como un período de siete días o bien a siete espacios de tiempo de mayor duración: por ejemplo años o tal vez siglos.

Se detuvo unos instantes, observando el efecto que sus palabras causaba en su oyentes. Al ver

que éstos no intervenían, continuó:

—La tablilla que señalamos como segunda, es la más enigmática de las tres que estudiamos. Lo que da a entender es que muy probablemente su misiva se podría desentrañar, si tuviésemos el resto de los palimpsestos de los que consta la Profecía. Pero no sabemos su número exacto, aunque ya le adelantase a Monseñor que considero que bien pudieran ser entre cinco o seis. Lo que hemos podido deducir del texto, es algo relativo a un retroceso en el tiempo, tomando como base el ya mencionado número siete, recogido en la tablilla primera. Lamento no poder ser más explícito sin otros indicadores que orienten la traducción. Por último —añadió—, la que podríamos identificar como tablilla tercera, es la de más fácil comprensión, al menos aparentemente, sobre todo porque solo cuenta con los cuatro guarismos, 1, 2, 4 y 8, además de la nota oculta sobre la autoría de la Profecía. Si como podemos deducir, se trata una fecha, diríamos que con toda probabilidad, se refiere al año de la conquista de Siviglia por el Santo Rey Fernando.

—Bien, señor Athaulpi, —intervino Armando Molinelli— esa aseveración ya nos la manifestó en su día, pero necesitamos saber algo más que nos sirva de referencia para analizar cuál es el motivo que ha despertado tanto interés en determinadas instancias.

—Tengo una hipótesis —carraspeó el Profesor— moviéndose inquieto en su asiento. Tengo una hipótesis —repitió, como si le preocupase la reacción que pudiera causar en sus oyentes— por la que diría y solo es una suposición, que se podría referir el número siete, entendido por centurias. Por tanto, cabría pensar que cada setecientos años, se produce un cambio de ciclo. Es más, diría que si analizamos la Historia, en lo relativo a la Península Ibérica, cada setecientos años, más o menos, se ha producido una alternancia en los pueblos que la han dominado: conversión al cristianismo, invasión musulmana en el 711 D.C., finalización de la Reconquista, en 1492 y ahora, dentro de unas décadas, teóricamente claro, se podría producir una nueva inversión de pueblos que pasaran a dominarla. Estaríamos hablando alrededor del año 2100

Se detuvo, aspirando aire, ante el esfuerzo que había tenido que realizar para reunir el valor suficiente para exponer una teoría tan descabellada aparentemente, sobre todo por la falta de pruebas que la avalasen. Pero al mirar los rostros del Prefecto y de Cormack, no observó gesto alguno que invitase a la hilaridad, ni siquiera de asombro, Pese a ello, consideró obligado a repetir:

—Por supuesto que se trata solo de una mera suposición...

—Cierto, pero de una suposición que tendría un alcance de impredecibles consecuencias —añadió Monseñor Molinelli— Le ruego que continúe su estudio y me mantenga informado de sus conclusiones.

Se levantaron, indicándole el Prefecto a Daniel que se esperase. Una vez hubo abandonado la estancia el Prefecto, le inquirió:

—¿Daniel, qué le ha parecido esta nueva versión que nos abre el señor Athaulpi? ¿La considera verosímil?

—En principio parece cogida con alfileres, pero cosas más rocambolescas se han vivido y por supuesto, yo no la descartaría.

—Opino lo mismo que usted, por tanto, deberá regresar a Siviglia y tratar de avanzar por esta vía, teniendo en cuenta esta nueva conjetura. Si consigue finalmente localizar alguna tablilla más, que clarifique el mensaje,comuníquemelo de inmediato y póngase en contacto con la persona que designe Langley[10]. No deje tampoco de la mano, tratar de averiguar la verdadera

identidad de ese tal Bloch. Por último, es muy importante que siga estableciendo relaciones con las personas del Arzobispado y la Universidad. Por nuestra parte seguiremos investigando el papel que ese tal Brian Alomar ha jugado en todo esto y los logros que haga el Profesor para desentrañar el contenido del mensaje.

Dicho así, parecía casi una encomienda escolar para los deberes del día siguiente, pero analizándolo en profundidad, la madeja que se urdía en torno a este enredo cada vez más complicado, no era un juego de niños precisamente.

Antes de regresar de nuevo a Sevilla, Daniel tuvo la precaución de preparar un equipaje algo más completo, ya que su estancia en esta Ciudad se antojaba que podía prolongarse. Sin embargo, al llegar a su alojamiento en la capital andaluza, se encontró una valija que contenía todo aquello que Brianna, había enviado, por lo que, aunque se demorase su estancia, tendría vestuario más que suficiente.

Pasaron unos días en los que continuó realizando sus averiguaciones, cuando en la Residencia, recibió una carta a su atención. No llevaba membrete ni remite. Con cuidado, la abrió en su habitación y pudo leer:

«Estimado señor Cormack, el próximo viernes, la persona designada por nuestro Departamento, viajará a Sevilla y se pondrá en contacto con usted Confiamos en su colaboración y en el éxito de esta misión de interés común para todos. Firmado, Cyrus Donovan»

Tras leer la misiva un par de veces, supuso que se trataba del agente de la Central de Inteligencia que presuntamente había destacado la Agencia para cooperar con él. No obstante creyó obligado contrastar la nota con Monseñor Molinelli, quién le confirmó la veracidad de la misiva, añadiéndole:

—Deberá esperarle en un punto de encuentro discreto, al abrigo de posibles intrusos. Les he sugerido el mismo Restaurante donde se viera con el señor Bloch, Como me informó que, se llama El Parque, he trasladado a nuestro contacto que usted estará allí el viernes, a las 21,00 horas para reunirse con su agente.

—Perfectamente señor, allí estaré.

Ese día al atardecer, Daniel se puso un traje oscuro y una corbata azul marino anudada sobre su impoluta camisa blanca. No quería causar una deficiente impresión a un agente venido de Estados Unidos. Pensaba que lo mejor sería, dado lo avanzado de la hora para un americano, no acostumbrado al horario español, quesería conveniente averiguar si el restaurante tenía algún comedor privado, al resguardo de miradas indiscretas.

Se dirigió hasta el Restaurante donde, días antes, había mantenido su charla con Samuel Bloch y al entrar, preguntó al maître, la posibilidad de disponer para cenar, de un pequeño reservado para dos personas. Éste le miró analizando el aspecto de su cliente y calibró rápidamente que la propina podría ser sustanciosa. Por ello, con solicitud, respondió:

—Por supuesto señor, tenemos lo que usted desea. Pase al interior del comedor central y allí verá que hay dos pequeños salones que se destinan para reuniones de hombres de negocios. Puede usted elegir el que quiera.

Daniel atravesó la amplia estancia en la que varias de las mesas estaban ocupadas. Al llegar al fondo, escogió el más alejado del bullicio. Comprobó que en el centro, contaba con una mesa ovalada, cubierta con un mantel blanco y servicio para cuatro personas. El camarero que le seguía solícito, le inquirió solícito:

—Ahora mismo retiro dos cubiertos. ¿Quiere que aparte también las sillas?

Daniel asintió con la cabeza, puesto que deseaba verse con su oponente sin darle opción a que escogiese lugar, Transcurrieron los minutos y cuando eran las nueve en punto, tocaron con los nudillos la puerta, abriéndose despacio, hasta dejar ver la figura estilizada de una mujer joven. Llevaba un ajustado traje gris con un cinturón negro que estilizaba su silueta, con una falda ligeramente por encima de las rodillas, que permitía admirar unas piernas esbeltas y bien formadas sobre unos zapatos de tacón alto, que realzaban aún más si cabe, su figura. Bajo el brazo, un pequeño bolso de piel y en el escote de la chaqueta abotonada al talle, destacaba una fina camisa de color blanco que dejaba entrever su piel levemente tostada por el sol y anudado al cuello, un pañuelo de seda en tono carmesí. Sobre sus hombros, caía una cabellera rubia y ondulada que enmarcaba un bello rostro en el que resaltaban unos expresivos ojos azules y una boca bien dibujada, con un ligero toque de carmín rosado en los labios.

Lentamente Daniel se puso de pie, con su metro noventa de estatura, apoyando sus manos sobre la mesa como si ésta fuese su asidero, sin dar crédito a lo que veían sus ojos y con la mirada que dejaba escapar un gesto de asombro, ante la persona que tenía frente a él, que con voz musical le saludó:

—Hola Daniel, buenas noches —dijo la recién llegada con una atractiva y cautivadora sonrisa —. Me alegro mucho de verte.

Era Julia O’Neill.

10 Sede de la Central de Inteligencia americana.

CAPITULO X:
JULIA O’NEILL

Ciertamente Boston es una ciudad ahora tranquila, comparada con épocas pasadas y además agradable para vivir sobre todo en determinados barrios. La mañana era clara y luminosa, con una temperatura algo húmeda, pero ya habían quedado atrás los gélidos días de invierno, que ese año alcanzaron los diez grados bajo cero. A esa hora, un grupo de chicas caminaban hacia su colegio

Las dos adolescentes que marchaban detrás, algo rezagadas del resto, tenían aparentemente unos quince años de edad. Ambas lucían sus uniformes, de chaqueta azul y falda gris, al igual que las compañeras que les precedían.

Llevaban un buen rato sin dirigirse la palabra una a la otra, pero Daisy Cárthaigh, sabía que cuando su amiga permanecía durante tan largo espacio de tiempo callada, debía ser que tenía algún problema al que estaba dándole vueltas en su cabeza. Así es que prefirió esperar y cuando miró de reojo a su compañera, viendo que lanzaba un suspiro, creyó llegado el momento de preguntarle

—¿Qué te pasa Julia? No estarás preocupada por tus calificaciones. Porque tú eres tremendamente aburrida con eso. No sabes ni que existen las F, siempre con A y B de nota media. ¡Qué asco!

Al oír este comentario, su compañera, le dirigió una mirada, que empezó siendo furiosa y terminó con un mohín de divertida complicidad.

—¡Mira tú, la que sólo sacas A y B y la única C que tuviste el año pasado fue en gimnasia y porque te dislocaste el pie mirando al profe!

Daisy se puso colorada e instintivamente aceleró el paso, siguiéndola su amiga Julia con una sonrisa burlona, a sabiendas que había tocado el punto débil de su compañera, que se volvió, elevando el tono de voz, con cierto deje de rabia:

—¡Sí, pero todavía no me has dicho qué demonios te pasa!

Al verse así interpelada, Julia, entendió que le debía una explicación, puesto que con ella jamás guardaba un secreto.

—Mi padre nos ha dicho que para estar más cerca del periódico, nos tenemos que trasladar y debemos cambiarnos de casa. Nos vamos a Beacon Hill.

Se interrumpió unos instantes para seguir a continuación:

—¡No sé qué se nos habrá perdido allí! Con esas calles empinadas, llenas de adoquines, que parece que estemos en Londres.

Iba a responderle su amiga, pero en ese momento llegaron ante la imponente fachada del Mount Saint Marie Collage. Ambas entraron, confundiéndose en medio del tropel de alumnas y se dirigieron a su clase, del Grado 11.

Efectivamente Braian O’Neil, el padre de Julia, había reunido la noche anterior a su familia y después de la cena, les había expuesto las razones por las que consideraba necesario cambiar de casa.

Braian, rondaba los cincuenta, en tanto su esposa, Máira, algo más joven y con una abundante melena cobriza, se sentó al lado de su esposo, en el brazo del sillón, echándole el brazo por encima del hombro en un gesto de cariño. Mientras sus cuatro hijos: los dos varones mayores, Kevin y Patrick y las dos más pequeñas, Julia y Fiona, se habían arrellanado en los cómodos sofás del salón, esperando oír lo que su padre iba a comunicarles. Éste fue directamente al grano

hablando con voz reposada y clara:

—Bien, como sabéis, nuestro diario, el *The Boston Financial Post*, ha experimentado una notable subida de ventas, gracias a la política que hemos implantado, en la que ya se deja notar la mano de vuestro hermano Kevin. No en balde sus estudios y licenciatura en Harvard, han sido un buen acicate para darle el impulso necesario a la nueva línea editorial.

Kevin, el mayor de los cuatro hermanos, era un joven, de elevada estatura y de unos veinticinco años, con la cabeza rapada, que vestía un traje de americana, de color azul marino, de impecable corte ejecutivo. Se había especializado en económicas y periodismo financiero, para insertarse en el organigrama que su padre tenía en el Diario, como propietario e hijo del fundador.

Braian, para no dar la impresión que pudiera sentir cierta preferencia por su primogénito, creyó obligado matizar.

—Evidentemente —añadió dirigiéndose al segundo de sus hijos—, confío que también Patrick añada savia nueva a la dirección del *Post*, pero aún le quedan dos años para terminar la carrera.

Patrick, aparentaba veintipocos, pero se antojaba el polo opuesto a su hermano mayor, algo más bajo, pero de complexión muy robusta, tenía una abundante cabellera rizada, de tonos cobrizos, semejante a la de su madre. Vestía la camiseta *crimsom* del equipo de béisbol de la Universidad, con su escudo al pecho, enmarcando la H en color blanco, pues no en balde era su mejor bateador y le gustaba lucirla con frecuencia, sobre todo ante sus amigas.

—Vale Papá, todavía me quedan casi un par de años y quién sabe si cuando termine, no habrá que decidirse por editar el Diario, exclusivamente en formato digital, olvidándonos del papel que cada vez está más obsoleto.

—Eso, ¿y nosotras, qué? —intervino Julia, hablando en nombre de su hermana, dos años menor, a la que por cierto no había pedido su opinión— Yo no quiero separarme de mis amigas.

Su padre la miró condescendiente, dedicándole una comprensiva sonrisa.

—No hija, ninguno tendrá que perder sus amistades. Llevamos muchos años en esta casa, en la que prácticamente habéis crecido todos y sé que guardáis muchos y buenos recuerdos de ella —hizo una leve pausa para continuar—. Pero lo cierto es que el periódico necesita cada vez mayor atención y sabéis que a veces casi paso las noches allí y como está en Cambrigde St., vuestra madre y yo hemos pensado que sería mucho más cómodo que contásemos con una casa en las proximidades. Al fin y al cabo, tampoco hay demasiada distancia, sobre todo, porque dentro de poco ya podrás conducir.

Eso último pareció aliviar algo la sensación de enojo de Julia, que preguntó:

—¿Entonces, me comprarías un coche, papá?

—Claro hija, cuando llegue el momento. Pero siempre que tus notas sigan siendo tan buenas como hasta ahora.

—Sí, pero tendré que decírselo a mis amigas —añadió, atenuando su tono de enfado.

Toda la conversación la escuchó repetida, hasta el más mínimo detalle, Daisy a la salida de clase, mientras abría exageradamente los ojos, llenos de asombro.

—¿De verdad que tu padre te va a comprar un coche? Bah, cuando llegue ese momento tú estarás en Harvard como tus hermanos. ¡Menudos empollones sois! Y para entonces lo importante será el coche. ¡Ah, qué paseos nos vamos a dar! —añadió Daisy, imaginándose ya subida en un descapotable amarillo con su amiga, recorriendo Cambridge St.,, mientras saboreaban unos enormes frappes[11].

* * *

Han pasado ocho años y la profunda amistad de Daisy y Julia, perdura como el primer día. Del alojamiento de residentes de la Universidad de Harvard, salen dos bellas y esbeltas jóvenes con paso apresurado, van a clase. Ambas están iniciando el último curso en la Facultad de Derecho. Una, de pelo rubio y ondulado que le cae justo por el filo del hombro y la otra, morena, con una airosa coleta que recoge su negra melena lisa y brillante.

—Creo que vamos algo tarde. ¿Cómo llevas el examen?

—Supongo que bien —respondió Julia—. Me ha quitado algo de tiempo la evaluación final de Arqueología Clásica, pero lo he podido recuperar.

—No sé cómo te metes en estudiar tanta piedra antigua, nada menos que del Mediterráneo. Yo quiero ir allí, pero a la Costa Azul.

—No son piedras, es Historia de siglos pasados que nos revelan cómo era la sociedad y las personas de aquél entonces y que han servido de fundamento para nuestro propio presente.

En el espacio que durara su diálogo, habían llegado a su aula. Al salir, ambas pensaban tomarse un sándwich, como solían hacer casi todos los días. De pronto, de detrás de uno de los árboles, apareció como por ensalmo, la silueta de un hombre de elevada estatura con mascota y un impecable traje gris.

—¿Señorita O'Neill, me permite un momento? Desearía hablar con usted.

Julia se paró en seco, dirigiendo la mirada al sujeto que la interpelaba.

—Perdone, ¿cómo sabe mi nombre?

—Si me concede unos minutos, trataré de explicárselo. A solas si es posible.

—Yo voy hacia el comedor, te espero allí, interrumpió Daisy —para añadir en voz baja al oído de su amiga—. Pregúntale si tiene novia —finalizó, soltando una risita.

Julia y el hombre de aspecto atlético, que había surgido tan repentinamente, se quedaron unos instantes estudiándose mutuamente.

—Si le parece, podemos sentarnos un momento en aquél banco. Lo que quiero decirle le podrá resultar extraño en principio, pero creo que es de gran interés para usted.

Cuando ambos se acomodaron, él se quitó el sombrero, dejando al descubierto una cabeza bien formada y el pelo casi rapado sobre un rostro de tez tostada por el sol en el que destacaba una fuerte mandíbula.

—Bien —dijo ella en tono entre inquisitivo y de curiosidad— ¿qué es lo que puede ser tan importante para mí?

—Señorita O'Neill, mi nombre es Richard Smith y pertenezco, digamos a una entidad que colabora con el Gobierno. Conocemos su trayectoria académica, su expediente universitario y sus brillantes calificaciones. Amén de sus aptitudes para dominar varios idiomas y sus condiciones para el deporte, máxime en una universidad como ésta, cuyo nivel académico es de los más exigentes del país.

—¿Cómo sabe tanto de mi expediente académico? ¿A qué se debe tanta curiosidad y ese grado de información?

—Perdone, señorita O'Neill, llevamos años haciendo el seguimiento a estudiantes que destacan por sus estudios y cualidades personales, para poderles brindar, lo que ahora quisiera exponerle.

—Supongo que no pretenderán llevarme a una olimpiada sobre preguntas y respuestas.

—No señorita —sonrió el individuo—. Verá, nuestro objetivo es interesar a personas que

tengan cualidades para colaborar con determinados estamentos del Gobierno de los Estados Unidos. Necesitamos personas con un alto nivel de inteligencia y condiciones adecuadas para desarrollar unas labores que requieren una cierta especialización al objeto de cumplir misiones que a veces tienen un carácter —digamos— especial…

—¿Me está usted proponiendo que me convierta en una especie de agente 007 femenino?

—No, no —soltó una breve carcajada el sujeto—. No es para tanto. En principio, solo serían trabajos que complementarían nuestras labores de investigación. Se trata simplemente de tareas analíticas y estudios básicos preliminares.

—Lo siento, señor Smith… o como quiera que se llame, pero no tengo intención alguna de meterme en berenjenales de esa índole. Creo que para eso ya están la CIA, el FBI, el Servicio Secreto y un montón de organizaciones más. Yo solo deseo colaborar con el negocio familiar y de paso, estudiar Arqueología Clásica, que es mi hobby.

—Comprendo Julia —era la primera vez que la llamaba por su nombre—, que tenga ese concepto de nuestra propuesta en principio, pero tal vez, podría pensarlo con más detenimiento, siempre que guarde la discreción debida. Le dejo esta tarjeta con mi número de teléfono. Estaré a su disposición para cuanto precise.

Dichas estas palabras, el individuo se levantó con rapidez, se caló el sombrero y desapareció tal y como había llegado, dejando a Julia sentada en el banco, digiriendo aún las palabras que había oído, sin acabar de creérselo del todo. Después, decidió encaminarse hacia el pequeño restaurante en el que la esperaba su amiga Daisy. Pero por primera vez, en su ya larga amistad, pensó ocultarle a su compañera, la conversación que había tenido con el tal Smith. Al llegar a la mesa donde tomaba su refresco, ésta la asalto para preguntarle:

—Oye, ¿quién es ese tío tan guapetón? ¿qué quería de ti? ¿tiene novia?

—Para, para, solo deseaba saber si estaba interesada en suscribirme a unas publicaciones de Arqueología. Alguien le ha debido contar lo de mi licenciatura en esa especialidad.

—Buah, vaya desengaño. ¿No será un espía?

—Que no, pesada, sólo es un vendedor de libros. ¿Qué hacemos esta tarde? —desvió la conversación Julia.

—Bueno, tú habrás quedado con Jimmy, supongo.

—No, no me apetece —contestó con gesto de fastidio—. Después de la última, no tengo ganas de salir. Pero tal vez lo llame esta tarde y quede con él para dejar claro todo este enredo.

Al salir de la Residencia de estudiantes, Julia miró su reloj y vio que faltaban aún unos minutos para la siete de la tarde. Había quedado con Jimmy junto a la estatua erigida en honor de John Harvard, en el campus. Daban las siete cuando llegó al lugar del encuentro, pero su novio aún no había hecho acto de presencia. Esperó unos minutos, al cabo de los cuáles, Jimmy apareció, andando despacio y hablando por el móvil.

—Siento el retraso, me… me estaban llamando de casa. —dijo a modo de justificación.

—¿Si? ¿Desde cuándo tu familia habla contigo a esta hora de la tarde? Que yo sepa, siempre lo hacen por la noche, al acabar la jornada y después de la cena.

—¿De qué querías que hablásemos?

—Pues muy sencillo, John Harvard —añadió con cierta furia, señalando la estatua próxima a donde se encontraban—, no es el fundador de la Universidad, era un simple estudiante. Ni la fecha que aquí pone se corresponde con la verdadera de la fundación y ni tan siquiera la Universidad, en sus comienzos, se llamaba así en honor de él. Pues a ti te pasa lo mismo: que mientes como él.

Jimmy se sintió acorralado, pese a lo cual, se atrevió a balbucir:

—Julia, sabes que te quiero…

—Claro, pero te dedicas a consolarte con tu amiga Diana, ¿no? —estalló Julia sin poder contenerse— ¿Qué dirías tú si fuese al contrario?

Jimmy, dio un paso atrás instintivamente, casi sin poder disimular los nervios ante su evidente carencia de argumentos, viéndose cada vez más contra las cuerdas y las palabras dejaron de salir con fluidez de su boca.

—Perdóname — admitió al fin—, ha sido un fallo por mi parte. Yo te prometo que no volverá a suceder, —dijo con voz entrecortada.

—No, Jimmy, yo deseo una relación que se base en la fidelidad y en la entrega mutua. Sin tapujos ni dobleces. Si tú has sido capaz de hacer eso y encima ocultarlo, no eres merecedor de mi amor ni de mi confianza. Creo que será mejor que terminemos y como personas civilizadas, te digo que sigas con tu nueva amiga y a mí me dejes en paz.

Julia O'Neill había sacado de su interior, toda la fuerza y el empuje que heredara de su familia. Sus orígenes irlandeses le daban la determinación necesaria para ser clara y resolutiva. Ahora, se veía libre de lastre y diría que más segura y tranquila, aunque era consciente que después, en la soledad de su cuarto, no podría contener las lágrimas.

—Adiós Jimmy, que seas feliz —finalizó.

Diciendo esto, dio media vuelta y con paso rápido, se dirigió a la zona reservada para las dependencias de las alumnas. Sin más, entró en su cuarto, arrojándose sobre la cama, sin poder contener el llanto que en parte era de rabia, pero sintiendo al mismo tiempo que se había quitado un peso de encima.

* * *

Llegaron las vacaciones del semestre y los alumnos se dispusieron a volver a sus hogares.

—¡Mamá, ya estoy aquí! —gritó Julia al abrir la puerta de su casa.

—Hola hija —se oyó una voz desde el fondo— estoy en mi salita.

Madre e hija se abrazaron.

—Bueno qué alegría. Ya verás cuando veas a papá y tus hermanos. Esta Navidad debe ser inmejorable. Ya tengo preparados todos los adornos y además vamos a iluminar la fachada por fuera.

—Estupendo. Yo te ayudaré. ¿Y Fiona, cómo le ha ido?

—Aunque, no saca las notas que tú, se defiende muy bien. Le encanta la Filología Hispánica que imparten en la Boston University. Dice que España es un país apasionante por su historia —se detuvo unos instantes y cambiando el tono de voz, dijo suavemente— Y tu amigo Jimmy, ¿qué tal está?

Julia miró a su madre, mostrando un tono resolutivo:

—No, mamá. Lo dejamos hace ya unas semanas. Ni yo era su tipo y tampoco él era el mío. Ha sido mejor así.

Máira, creyó que no era conveniente seguir la conversación por esos derroteros y prudentemente, cambió con rapidez el sesgo de sus palabras.

—Pues como tú sabes elegir, estoy segura que pronto encontrarás tu verdadero amor.

En ese momento entró Fiona, que de un salto, se abrazó a su hermana.

—¡Qué alegría Jul, te veo muy bien!

Fiona se había convertido en toda una mujercita de apenas veintiún años, con su revoltosa cabellera rizada y el mismo tono cobrizo de su madre.

—¡Hola! Te veo genial. ¡Qué ganas tenía de verte! Supongo que me tendrás que contar muuuchas cosas. —añadió alargando la palabra con intención.

Las tres, abrazadas, se dirigieron hacia el salón, charlando animadamente. Era anochecido cuando entraron Braian O'Neill, acompañado de sus dos hijos. Venían empapados por las gruesas gotas de lluvia.

Al encontrarse los seis, en el comedor, mantuvieron una entrañable charla sobre los temas más diversos. Al terminar, se acomodaron en los confortables tresillos. Julia recordaba aquella escena, como cuando su padre, en su domicilio anterior, les propusiera cambiar de casa. Y sonrió para sus adentros, evocando su oposición a mudarse.

Entonces, Julia se dirigió a su padre:

—Papá, ¿cómo va el Periódico?

—Cada vez mejor, e incluso, en días pasados, ha venido a visitarme un miembro de una Agencia de Información, que se ha interesado vivamente por nuestra labor y la de nuestros colaboradores, sobre todo los extranjeros y algunos nacionales. Además me mostró bastante curiosidad por el desarrollo de vuestras actividades tanto profesionales en el caso de tus hermanos, como de las académicas tuya y también de tu hermana,

—¿Por qué crees que podemos ser objeto de su interés?

—Pienso que para utilizar nuestros medios de comunicación, nuestras fuentes y cuantos cambios puedan producirse en los mercados.

—Sí — añadió Julia— ¿pero en ese caso qué pinta su curiosidad por Fiona y por mí?

Braian, se detuvo unos momentos, como recapacitando por lo cierto del comentario de su hija.

—Sí, la verdad que es extraño. Tendré que preguntarle al señor Smith, qué finalidad le conduce a saber de vosotras.

Al oír el apellido de quién había demostrado tanto interés por ellos, Julia no pudo reprimir el recuerdo de su entrevista en el campus de Harvard.

—¿No se llamaría Richard por casualidad, papá?

Braian O'Neill, giró la cabeza con asombro hacia su hija.

—Sí, así se llama, pero, ¿tú como lo sabes?

Julia, por un momento estuvo tentada de confesar su entrevista con el hombre que la abordara, pero prefirió no darla a conocer.

—Es que —respondió— un hombre en la Universidad hizo una serie de encuestas entre algunos alumnos y un amigo me dijo que ese era el nombre de quien le había entrevistado.

En su fuero interno, Julia estaba decidida a profundizar más y tratar de esclarecer el interés de Richard Smith por su familia, pero no quiso añadir nada más al respecto.

* * *

Pasada la Navidad, un día, víspera de Año Nuevo, Julia decidió ir al *The Boston* para conocer las nuevas instalaciones del Diario y de paso, ver a su padre y sus hermanos *in situ*, en su trabajo diario. Caminaba por Beacon St., en dirección a Cambrigde, St., cuando sonó su teléfono móvil.

—Señorita Julia, soy Richard Smith, supongo que me recordará. ¿Podría verla unos instantes?

No la entretendré mucho.

Julia miró en su derredor, buscando desde donde podía llamarla este hombre que cada vez se le antojaba más misterioso. Miró la fila de coches aparcados y de un furgón Chevrolet negro, con los cristales tintados, se bajaba en esos instantes el mismo individuo que la había abordado en la Universidad.

—¿También tiene mi dirección? —inquirió Julia, sin darle tiempo a que el desconocido la saludara.

—Sí, señorita, ya le dije que conocemos muchos datos de usted.

—Y por lo que veo, también de mi familia. Así que haga el favor de decirme de una vez, quién es usted y qué pretende de nosotros.

—¿Le parece que demos un paseo hasta Boston Common? Aunque hace algo de frío, la mañana está muy agradable e invita a caminar.

—Si finalmente me cuenta lo que pretende, de acuerdo.

Siguieron andando despacio por la acera por la que a esa hora aún no había mucho público.

—Si le parece nos podemos sentar frente al lago. La vista es realmente atractiva —dijo el hombre, tratando de mostrarse agradable—. Me gustaría llamarla Julia. Si me lo permite, claro está.

Ella, pese a estar en guardia y atenta a todo lo que pudiera hacer o decir su oponente, afirmó con la cabeza.

—Bueno Julia, ya le dije en mi anterior entrevista con usted que formo parte de una entidad colaboradora con el Gobierno de nuestra nación. Le voy a ser sincero, puesto que estoy seguro que cuento con que va a guardar la máxima discreción. Pertenezco a la Central de Inteligencia y mi misión es captar jóvenes con aptitudes que puedan servir a nuestro Gobierno desde las más diversas áreas. Usted cumple todas nuestras expectativas sobradamente, además de pertenecer a una familia de las más influyentes de Boston y que sin duda, sus cualidades, su talento y sus relaciones pueden procurarnos grandes servicios. Como verá he sido totalmente sincero porque confío plenamente en usted —se detuvo un momento para apostillar—. Debo confesarle honestamente que lo único que no es cierto es mi nombre. Confío en poder decírselo algún día. Este alias es, digamos, mi nombre artístico —añadió sonriendo.

El rostro de Julia, dejaba entrever el asombro que le habían causado esas palabras, pero al mismo tiempo un gesto de alivio, por intuir que le había dicho la verdad, tan clara y verazmente expuesta, al menos en apariencia.

—Le agradezco su confianza, señor Smith, pero sinceramente no creo que yo, como ya le anticipara en la Universidad, pueda serles de utilidad, Acaso mi conocimiento de algunos idiomas, como el francés, alemán, árabe y nociones de español…

—Julia, su amplia base de Derecho, de Economía, además de sus estudios de Arqueología, amén de los idiomas que domina, forman un acervo lo suficientemente sólido, como para desarrollar una labor que puede llegar, con el tiempo, a ser esencial.

A medida que la conversación iba siendo a la par más profunda e incluso comprometida, Julia, casi sin darse cuenta, se sentía más y más implicada en lo que Smith, con tanta facilidad aparente, le iba exponiendo. Llevaban casi dos horas hablando, cuando ella, miró su reloj y se acordó de que iba a visitar el *Post*. El agente se dio cuenta y le propuso.

—Si quiere, la podemos llevar donde desee. Quiero reiterarle que puedo esperar que lo medite de nuevo, para que, si finalmente acepta, como sería nuestro deseo, iniciar su formación, sin que en absoluto, vaya en menoscabo de sus estudios, que afortunadamente, pronto terminarán.

—Señor Smith, Richard, si me lo permite. Soy persona que suele tomar sus decisiones con rapidez. Estoy dispuesta a colaborar en principio, sin prometerle absolutamente nada. En el caso que no llegue a integrarme, me retiraré y nadie deberá tener conocimiento de ello. Eso sí, desde ya, quiero que dejen tranquilos a mi familia y al personal del diario.

—Nuestro interés por el periódico estriba en el conocimiento y las numerosas relaciones de su padre en los estamentos del gobierno, en los medios sociales y económicos de esta Ciudad. Nos consta que mantiene una buena amistad con muchas personalidades del mundo de la política, de la economía, grandes empresarios, banqueros, etc. Igualmente sabemos que es bien recibido en el Palacio del Gobernador y sus contactos son de primer nivel.

Tras decir estas palabras, se puso en pie y tendió la mano a su interlocutora.

—Gracias Julia. Estoy seguro que no tendrá que arrepentirse. Iniciaremos su período de formación, nada más vuelva a la Universidad. Allí podrá realizar su primer trabajo de campo, llegado el caso. Y ahora, permítame que la llevemos al *Post*.

Diciendo esto, hizo una señal con el brazo y el furgón del que había salido con anterioridad, se acercó lentamente a ambos. Se abrió la puerta trasera y los dos entraron en el vehículo. Julia en aquél momento, aún no era del todo consciente del paso que acababa de dar.

11 Batidos con helado típico de Boston.

CAPITULO XI:
TEMPLARIOS

Los campos aparecían cubiertos de banderas y estandartes sobre un sin fin de corazas y cabalgaduras. La noche antes, la voz del pregonero invitaba al combate y a la lucha sin cuartel.

Esteban de Tres Fuentes, sobre su corcel negro cubierto con gualdrapas, sujetaba su lanza con fuerza en la derecha y con la zurda las riendas, en tanto que en su pierna sentía el golpeo cadencioso de la espada. Su capa blanca al viento, dejaba ver la cruz roja ancorada, sobre su hombro izquierdo, que por vez primera lucía con orgullo en combate. A diestra y siniestra, una larga sierpe en formación de caballeros de la Orden, sujetaban las bridas de sus nerviosas monturas para no romper el orden de batalla, flanqueando a su Baucan[12] albo y negro. Como avanzadilla, los poco más de un centenar de señores ultramontanos que habían querido continuar fieles en el ejército de los tres Reyes y a pie, los voluntarios leoneses y portugueses que conformaban la primera línea avanzada. Más allá, a la derecha, los nobles hospitalarios y de la Orden de Calatrava. En el ala izquierda, los de la Orden de Santiago. En la retaguardia, la imponente caballería pesada de Castilla. Y al fondo, frente a ellos, como si de una muralla se tratara, y en las alturas de las colinas casi tapando el horizonte, un mar de guerreros con lanzas y alfanjes, que les triplicaban en número.

Se dio la orden de avanzar y las primeras líneas atacaron con furor a las que formaban las del ejército contrario, barriendo en los primeros instantes las líneas de yihadistas que las conformaban, ante la llamada a la guerra santa. Después, el contraataque de los arqueros kurdos, así como la réplica de la caballería andalusí y almohade, no se hizo esperar y los infantes castellanos titubearon, perdiendo su inicial empuje, obligando a retroceder a los escasos tramontanos que se mantenían en formación.

Siguieron aproximándose de forma inexorable, el grueso de los dos ejércitos. El choque frontal de ambas formaciones fue terrible, al clamor repetido de «Matad, no apresad». Las lanzas describían zigzags en el aire, ensartando la carne de sus oponentes. Las espadas atravesaban cotas y hacían brotar la sangre que bañaba los rostros de los contendientes. El inmenso número de guerreros que dominaba las colinas, dejaba sentir su fuerza y su privilegiada situación estratégica. En tanto que los que se aprestaban a ascender, sufrían lo penoso de la escarpada pendiente. Llegó un momento que las fuerzas empezaron a fallar y los a la postre dominadores, creyeron que su impulso sería definitivo, rompiendo sus propias líneas para perseguir con saña a los que aparecían como futuros vencidos, donde únicamente se mantenían fuertes los caballeros del Temple al lado de su estandarte.

El grito de «Solo muertos, no prisioneros» se extendía como un reguero. De pronto, el sonido de las trompas, hizo girar las cabezas de los que veían perdida la partida y elevar la mirada hacia el horizonte, a aquéllos que se intuían ya vencedores. Desde la retaguardia de los que se aprestaban a la postrera defensa, avanzaba al galope una formación cerrada que barría inexorable, todo lo que se le osaba oponer ante sí. A su frente, los tres Reyes, hacían destellar el brillo de sus corazas y las afiladas puntas de sus lanzas, con sus gallardetes al viento. Este gesto, dio bríos a los que parecían resignarse a iniciar la retirada, para, con determinación, volver sobre sus pasos y recuperar con denuedo, el terreno perdido. Ahora eran los contrarios los que veían escapar su iniciativa, mientras el filo de los aceros caía sobre sus cuellos, con inusitada furia. Las huestes de desatados corceles llegaron a la cima de la colina con los contrarios ya en franca

desbandada. Tan solo un muro negro de guerreros, trabados entre sí, sostenía la última línea de defensa ante el Miramamolín. El baño de sangre duraba ya casi doce horas de ininterrumpida masacre e incluso la postrera pero sólida defensa negra, encadenadas sus piernas, para no desfallecer, vio cómo caían uno tras otros, atravesados sus cuerpos con saña y por el frenesí de los ya seguros vencedores.

Al-Nasir, tuvo que emprender la precipitada huida, pese a esperar incrédulo, hasta el último instante y no dar crédito a lo que sus ojos contemplaban.

Cuando el Obispo entonó el *Te Deum* de Acción de Gracias, sólo los ojos aún desorbitados de los cristianos pudieron mirarle. Bajo ellos, un mar de sangre y de muerte ocultaba la tierra. Era el 16 de julio de 1212 o para el bando contrario el 15 de *safar* del 609.

Esteban de Tres Fuentes, yacía tendido, con su rostro reposando contra una roca, exánime y sin sentido, con su túnica de lana blanca, teñida con la sangre enemiga, mezclada con la de sus propias heridas, junto a los cadáveres de sus dos fieles escuderos y aparentemente sin atisbo de vida. Los que pasaban, examinando los cuerpos, le daban por muerto y allí los dejaban. La noche cubrió los campos y el silencio profundo, únicamente sacudido por el graznido de los carroñeros, sucedía al fragor y a los alaridos de la refriega. Nada se movía en su derredor y cuando el joven templario entreabrió los ojos, tan solo acertó a musitar:

—Non nobis Dómine, non nobis, sed Nomini Tuo da Gloriam.[13]

Al día siguiente, unos labriegos, al comprobar que aún respiraba, decidieron no despojarle de sus pertenencias, sino llevarlo a la aldea próxima, donde trataron de curar sus heridas. Pasaron días y semanas, Esteban fue recuperando el postrer resuello de aliento, tras lo cual, decidió partir a su morada, no sin dejar de premiar a quiénes lo habían devuelto a la vida.

Con sumo esfuerzo a pie, alcanzó su posesión, donde pudo comprobar que, al darlo por muerto, se habían repartido sus pertenencias que ya no eran ni tan siquiera de su mesnada, sino de otra Orden cercana en la distancia. Invocó el nombre de Dios, reclamó, pero todo en vano. No le quedaba absolutamente nada, salvo la maltrecha coraza, su espada y una quebrada lanza. Las escasas monedas que guardaba, las había entregado a sus salvadores.

Era como si su nombre hubiese sido borrado de la faz de la tierra y su hidalguía sepultada en el olvido. Pero, aunque joven, tenía el don de su fortaleza no sólo en lo físico sino también en lo moral y anímico. Además, sentía el imborrable estigma de ser Caballero Templario. Decidió emprender la marcha y dirigirse al Norte, hacia Francia, desde uno de cuyos puertos propiedad de la Orden, Marsella, embarcaría hacía Tierra Santa, tratando de olvidar e incluso perdonar la sinrazón de su tan penosa como irracional situación.

Esteban, durante la travesía, no podía dejar de pensar en lo acaecido. Las envidias soterradas, le habían hecho perder todo su acervo, ello unido a su juventud e inexperiencia en asuntos concernientes a analizar la complejidad de las relaciones humanas. Había superado las pruebas de acceso a la Orden con brillantez, lo cual despertó ciertos recelos en algún sargento, que contaminó con sus habladurías al Maestre. Ese fue el principio de este final inesperado. Otra cosa hubiese sido, si no hubiera resultado herido y sus escuderos no hubiesen muerto.

Hacía algo más de veinte años que Jerusalén había caído en manos de los mamelucos, cuyo jefe, Saladino, gobernó la ciudad desde entonces hasta su muerte en el 1193. Al menos ahora, tenía una razón para desear seguir viviendo: rescatar la Ciudad Santa para la cristiandad.

Durante la larga travesía, hasta la costa siria, donde aún quedaba un puerto fortificado cristiano, recordaba una y otra vez las Normas y Dictados de su Orden, en particular la Regla 68: «Porqué

culpa no se reciba más al hermano», y las palabras del Apóstol: «*Apartad todo lo malo de vosotros*».

En este caso, no se había apartado al que delinquió, sino al justo, dejándose sin castigo al que cometió tan grave falta. Pero él se sentía identificado, tras superar con dolor y sacrificio todas las pruebas de fidelidad, que debía y tenía que ser guardador de toda la Regla que había jurado defender, «hasta donde le alcanzaren las fuerzas». Y eso procuraba, para extirpar al que atentase contra los preceptos sagrados, como el de «*El león anda buscando siempre a quién devorar. Sus manos contra todos, y las de todos contra él*». El león al que se refiere en la Regla 48, sabe que está solo en el empeño y deberá contar con otros hermanos del Temple, que comulguen y compartan sus mismas inquietudes.

Aquéllos fueron años de escaramuzas y de decepciones, ante la falta de apoyos y el triste fracaso de la V Cruzada. Pasó el tiempo y el joven Esteban era ya un hombre curtido en cien batallas y emboscadas enemigas. Por fin le llegó la noticia que el Emperador Federico II, iba a organizar la VI Cruzada. Se presentó para combatir una vez más.

La toma de Jerusalén fue cruenta y tras ardua lucha, se volvió a instaurar la Orden del Temple en los Santos Lugares, y su fin primigenio: proteger a los peregrinos que deseaban conocer la tierra que pisó Jesús. El paso de los años le había otorgado el favor y la confianza del Gran Maestre que le concedió el privilegio de usar la capa parda, sobre el uniforme blanco con la cruz ancorada sobre su pecho como sargento y el mando de su propio destacamento.

Él, en tanto, se mostraba ajeno a las insidias y maquinaciones de la corte. Sólo le interesaba cumplir lo que juró en su iniciación como caballero.

Una mañana, le ordenaron partir hacia el Sur, a proteger la ruta del Mar Muerto hacia Jerusalén. Su mesnada era reducida, apenas veinte hombres, incluidos los escuderos, armigueros[14] y sirvientes. Cabalgaban en formación, cuando divisaron un gran otero en la lejanía. A medida que se aproximaban, veían que se trataba de un colosal risco montañoso en medio de la nada. El calor era sofocante y las prendas que llevaban, les provocaban que sus cuerpos estuvieran empapados en sudor. Cuando alcanzaron la base de la montaña, divisaron en su cima los vestigios de lo que debió ser una formidable fortaleza y Esteban dio la orden de acceder a ella, por la escarpada pendiente.

Al llegar a la zona donde el paso del tiempo aún mantiene los muros en pie, con los restos de unos torreones, divisaron varias entradas a la gran mole fortificada con enormes sillares ennegrecidos. Aprestaron sus armas, por temor a una emboscada y entraron al galope, desnudas las espadas. En el interior de la inmensa explanada, las ruinas de varias edificaciones, de lo que pudo ser una fortaleza y por las apariencias, un gran palacio y varias construcciones menores, las ruinas tal vez de una antigua iglesia bizantina, todo repartido a lo largo y ancho del recinto. No hay un alma. La soledad y el silencio, reinaban en toda la plaza, protegida por los restos enhiestos de las elevadas defensas.

Esteban ordenó a sus hombres que buscaran agua. Se separaron y al cabo de un tiempo, uno de ellos, dio la voz de aviso, que al Sur hay unas puertas que conducen a unas cisternas profundas en las que había abundante agua. Ordenó montar una guardia de dos hombres en la entrada y el resto pasó al interior donde se arrodillaron sobre el extenso brocal, para saciar la sed que les devoraba.

Transcurridos unos minutos, volvieron a salir y decidieron inspeccionar la zona. Contemplaron las reliquias del pasado esplendor de un palacio situado al centro de la ciudadela, en forma de

frescos en las paredes semi-derruidas, capiteles, mármoles y estatuas mutiladas. La muralla exterior, aparecía parcialmente calcinada por el fuego.

A Esteban le provocó una extraña sensación, que le hizo sentir algo intangible en su interior, como nunca antes había experimentado. Intuyó que aquellas murallas le trataban de transmitir algo, cuyo mensaje no acertaba a adivinar.

Subió a uno de los torreones por los desgastados escalones y descubrió en la lejanía, una nube de polvo que levantó el galope de un destacamento de caballería, que por las apariencias, debía ser enemigo. Decidió por precaución, no salir a campo abierto para evitar bajas y pasar la noche guarecidos junto a las cisternas de agua. Cerraron las puertas con dificultad por su interior, atando los caballos en la primera antesala, tras buscarles algo de alimento. De momento, consideraron que estaban seguros para afrontar la noche. El lugar era relativamente fresco, lo que les permitía recuperar fuerzas.

A la mañana siguiente, Esteban, volvió nuevamente a otear el horizonte y comprobó que la formación que descubriera el día anterior, había desaparecido. Decidió dar una batida por los alrededores, por lo que dispuso a sus hombres a salir, prestos al combate, bajando esta vez por una enorme brecha abierta en el muro por el lado Oeste, a través de un camino más suave con restos de una pared de piedras adosadas a las enormes defensas de la fortaleza. Pese a todo, pidió extremar la precaución a su pequeña mesnada. Ya en la planicie, observó diversos oteros de escasas proporciones, destacando el más alto de ellos, con unas ruinas sobre su cima. Decidió acercarse para intentar determinar de qué se trataba. Al parecer, eran los restos de una antigua mansión, cuyos vestigios se encuentran muy deteriorados por el tiempo y casi sepultados bajo capas de tierra y arena. Sin saber bien el porqué, su instinto le dice que debe averiguar algo más sobre aquél lugar. Da la orden de descabalgar y atar los caballos. No habían terminado casi de obedecer su mandato, cuando como por ensalmo, surgen los guerreros árabes al galope desde detrás de otra elevación del terreno próximo. Habían estado pacientes al acecho, esperando poder cogerles desprevenidos y atacarles por sorpresa.

Eran unos cuarenta, a lomos de buenos corceles. Rápidamente ordenó ponerse en círculo para repeler el ataque. Él por su parte corrió hacia su caballo que montó con destreza, blandiendo su lanza y embistiendo contra la avanzadilla de los adversarios que por unos instantes, le contemplaban con un asomo de desconcierto, lo que le permitió derribar a varios de sus oponentes. Éstos se dividieron y mientras unos seguían acosando a los que estaban en tierra, otros lanzaban sus cabalgaduras a galope tendido tratando de cerrar el paso al jinete. Sus compañeros, al ver la maniobra de su sargento, decidieron formar una línea de defensa mientras que otros tres caballeros corrían a recuperar sus cabalgaduras. Cuando los montan, tienden sus riendas al galope, describiendo un amplio círculo y tratando de acercarse hacia su jefe que combate solo, rodeado de contrarios. Los embisten por el flanco, abatiendo a los más próximos. Cuando los cuatro volvieron grupas hacia el resto, comprueban que varios de los suyos habían caído y que los pocos que quedaban, trataban de refugiarse al amparo de las ruinas. Dirigieron su ataque en pos de ellos y debido a la dificultad del paraje, con muros medios derruidos y restos de la otrora mansión, echaron pie a tierra, repeliendo a los que acosaban a los supervivientes, que se defendían con denuedo.

El que parecía ser su jefe, un hombre de gran envergadura, enfiló su caballo hacia Esteban quien sobre un montículo de cascotes, había derribado a otro de sus contrincantes. Ambos se enzarzaron con fiereza, tratando de llevar la iniciativa, y sus espadas se entrecruzaban con el sonido de los aceros despidiendo fuego.

De pronto, Esteban resbaló y cayó de espaldas, lo que aprovechó su oponente para abalanzarse contra él, dispuesto a atravesarle con su alfanje. Hizo un desesperado intento para incorporarse y súbitamente, el suelo cedió bajo sus plantas, cayendo por un hueco que dejaba al descubierto unos escalones, que rodó con estrépito, dejando oír el sonido de su armadura sobre la piedra. Al llegar abajo, vio como su enemigo intentaba ir tras él, bajando la empinada escalinata. Miró a su alrededor y cogió un cascote del suelo que arrojó con fuerza sobre la cabeza de su atacante, con la suerte de que impactó de lleno y le provocó unos segundos de margen para volver a ponerse en pie. Entrecruzaron de nuevo sus armas y cuando gracias a la mayor corpulencia de su enemigo, éste lo lanzó contra una pared, vio acercarse el filo de la hoja, directa hacia su cabeza. Se escoró hacia un lado y observó que por un instante, el flanco de su atacante quedaba al descubierto, por lo que con todas sus fuerzas lanzó el brazo con la afilada espada, atravesándole el costado, que por el impulso del cuerpo, hizo que el acero se incrustara con fuerza contra la pared, provocando que se rompiera, soltando chispas y dejando caer un trozo de paramento por el ímpetu del envite, para que, sin emitir un sonido, el cabecilla de la mesnada, se desplomara inerme a los pies de Esteban.

Tras unos momentos en los que trató de recuperar el aliento, volvió sobre sus pasos y pensó fugazmente lo cerca que había estado de la muerte. Decidió salir al exterior y ayudar a sus hombres. Éstos habían tomado la iniciativa y habían recuperado toda la posición en las ruinas. Sus atacantes, al ver que su jefe había debido sucumbir, emprendieron rápidamente la huida.

Pasados esos instantes de zozobra, Esteban mandó a sus hombres recuperar su formación y comprobó que habían perecido casi la mitad, además de algunos escuderos y sirvientes, por lo que apenas llegaban a la docena en total. Consideró que por precaución debían volver hacia Jerusalén, ya que cabía la posibilidad de que los jinetes enemigos buscaran refuerzos y volvieran sobre sus pasos para vengar su derrota y acabar con ellos.

Pero algo detuvo a Esteban de Tres Fuentes antes de dar la orden de marcha. Mandó a su pequeña tropa que esperaran atentos en formación de combate, tras atar los cadáveres de sus hombres a los caballos, para volver a la ciudad y decidió entrar de nuevo en las ruinas. Observó el hueco por el que se precipitó y apartó unos restos de escombros y piedras, dejando más expedita la abertura, descendiendo de nuevo a la estancia subterránea, iluminada parcialmente por los rayos de un sol abrasador. Vio el cuerpo del que pudo acabar con su vida y observó la cantidad de manuscritos llenos de polvo de muchos años y algunos objetos de valor que había en su interior. Llegó hasta la pared del fondo y vislumbró el trozo del alfanje que había quedado clavado en la pared y un hueco abierto, que dejaba entrever una especie de hornacina. Despacio, con precaución, retiró lo que parecía una losa de mármol y escrutó el interior donde además de unos escritos en caracteres griegos, destacaba un estuche de madera, con incrustaciones de marfil y unas pequeñas piedras preciosas, todo bajo una espesa nube de polvo. Lo cogió con cuidado y comprobó que, pese a estar en un recinto hasta entonces perfectamente cerrado,el paso del tiempo lo había recubierto de suciedad. Dado que había relativa poca luz, decidió llevarlo consigo para examinarlo en el exterior a la claridad del día.

Al salir, vio a sus hombres entre los que había varios heridos y pensó que su responsabilidad era la de regresar lo antes posible, a Jerusalén, por lo que decidió guardar la caja en las alforjas de su montura sin detenerse en averiguar su contenido y se aprestó a emprender la marcha hacia la Ciudad Santa.

La llegada a la sede de la Orden, se produjo sin más novedades y cuando descabalgaron, se dirigió hacia su alférez para darle cuenta de todo lo sucedido. Por un momento pensó en relatarle

su hallazgo, pero decidió omitir esa parte.

En la soledad de su celda, abrió el estuche y contempló en su interior dos trozos de barro cocido con unas inscripciones, sobre un paño de terciopelo, ajado por el tiempo, pese a estar cerrado el estuche. Observó cómo el grosor de la pieza, hacía pensar que en la parte baja, debía existir otro compartimento, por lo que trató de abrirlo sin resultado aparente. Tocó las piezas que lo adornaban y al mover una de ellas, la parte inferior de la caja dejó al descubierto un segundo hueco, similar al que contenían las otras dos y aparecieron tres tablillas semejantes a las anteriores, si bien la tercera de las cuáles, sólo contaba con cuatro únicos caracteres.

Las estuvo mirando durante largo rato y algo en su interior le decía que su descubrimiento tenía una trascendencia que no alcanzaba a comprender, pese a que no conseguía adivinar el significado de aquéllos extraños símbolos. Al cabo de un tiempo, decidió guardar cuidadosamente las tablillas en su estuche en el mismo orden y ponerlo a buen recaudo, en un lugar seguro.

Pasados unos días, con la Regla número treinta y tres, martilleándole el cerebro: «*Que ninguno ande según su propia voluntad*» y la obediencia ciega al Maestre, decidió que debía poner en conocimiento de su superior el descubrimiento, puesto que era hombre comprensivo, que en su día le confirió el cargo de sargento de la Orden y que al ser su jefe supremo, debía confiar plenamente en él.

Le mostró el cofre y a solas, le hizo un relato minucioso de todo lo acaecido. El Gran Maestre, Ricardo de Sant-Omer, escuchó con atención y por un momento estuvo tentado de dictar castigo contra el hombre que había guardado durante días, un secreto de aquella naturaleza sin haberlo confesado. Lo pensó mejor y decidió ser benevolente, ante la sincera exposición de Esteban, al que consideraba un hombre de honor. Examinó con detenimiento los pequeños trozos de barro y llegó a la conclusión que uno de ellos, el que mostraba los cuatro símbolos, se correspondía, en la lengua aramea, con unos números en concreto: el uno, dos, cuatro y ocho, pero que el mensaje del resto de las tablillas le era del todo incomprensible. Decidió que debería ser él quién las guardara, para tratar más adelante, de desentrañar su secreto.

Cuando el Gran Maestre se quedó a solas, fijó su atención en la pieza que contenía aquellos cuatro símbolos numéricos y pensó que bien podrían estar relacionados con la fecha del venidero año 1248, que al fin y al cabo estaba próximo relativamente. Sopesó la cada vez más delicada situación de la defensa de Jerusalén y del progresivo incremento de tropas musulmanas que los asediaban. Al fin y al cabo, faltaban cinco años para que se cumpliera lo que él pensaba que podría ser un negro vaticinio para la Ciudad Santa, sobre todo por las disensiones e intrigas que se venían produciendo entre los defensores.

Rememoraba qué lejos quedaban ya aquéllos nobles sentimientos de la búsqueda del Santo Grial, de las gestas del Rey Arturo y de Perceval, su fiel caballero. Contemplaba las insidias y maniobras de una corte corrompida e intuía que el fin del dominio de los cruzados en Jerusalén, era cuestión de poco tiempo. Ojalá que aquella cifra del 1248, fuera verdad, y que trajese consigo un hecho milagroso, pero el asedio de la ciudad era cada vez más abrumador. Ya ni tan siquiera podían salir a los caminos a proteger a los peregrinos, razón de ser de la Orden. Debían permanecer en la ciudad acuartelados y defendiendo las murallas y torres.

* * *

Al cabo de unos meses, el ejército musulmán de las tribus de los ayubíes, al mando del Sultán Al-Kamid, exige la rendición, que es aceptada por los defensores para evitar un baño de sangre, por lo que aquéllos que lo deseen, podrán marcharse hacia la costa, al último refugio cristiano en la zona.

La larga comitiva de los vencidos, flanqueados por los caballeros del Temple, aún vivos, protegiendo su Baucán, se dirige hacia Acre. Entre ellos, el Gran Maestre, Ricardo de Sant-Omer y a su lado Esteban de Tres Fuentes, herido en una escaramuza anterior, pero tratando de mantenerse firme sobre su montura. La marcha es lenta y penosa, cayendo exánimes muchos de los que buscan el refugio de una nueva esperanza en Acre y con la nostalgia y el dolor por la pérdida de Jerusalén, quizás para siempre.

Esteban inquiere de su Gran Maestre si lleva consigo el estuche con el misterioso mensaje. Éste le asevera con el gesto y con la mirada entristecida, le confiesa que en él tenía depositadas sus esperanzas para que el 1248, fuese el año que cambiase el destino de Jerusalén, pero que esa fecha no cumpliría sus expectativas, porque aún faltan cuatro años y la rendición ha sido inapelable.

Al divisar las defensas de Acre, sienten que algo se anima en su espíritu, pese a que saben que sus vencedores no se limitarán a contentarse con sus actuales dominios y querrán ampliar más y más sus conquistas.

Cuando Esteban de Tres Fuentes alcanza la ciudad, ha de ser conducido por varios de sus compañeros hacia el lecho, donde, entre estertores, ve cumplido su deseo de alcanzar territorio cristiano, y arrepentido de sus faltas, entrega su alma a Dios, esa misma noche, abrazado a su pequeña cruz de madera.

Como ordenan las Reglas que ha guardado durante toda su vida, recibe sepultura, desnudo, envuelto en un lienzo y boca abajo. La muerte le ha acechado, mitad por sus heridas, mitad por el dolor de la pérdida de la Ciudad que contribuyó a reconquistar en 1228 y que defendió con ahínco durante dieciséis años. En su retina siempre quedó su primera batalla, en Las Navas de Tolosa y su tremenda decepción por la pérdida de todo cuanto poseía y amaba. Siempre vivió con aquél estigma y la tristeza que le llevó a descubrir la podredumbre del alma de quiénes consideraba sus amigos y mentores.

Su Gran Maestre, es el último que se retira de la fosa en la que ha sido sepultado, con la sensación que ha perdido a uno de sus más valerosos y fieles caballeros. Recuerda el cofre que le entregara y decide que, al ser también viejo y se acerca la hora de rendir cuentas al Altísimo, debe entregarlo para su custodia y para que alguien llegue, por fin, a descubrir su secreto. No confía en nadie ya, ni de los que le acompañan desde Jerusalén, ni de los que le reciben en San Juan de Acre. Decide esperar tener algún signo que le invite a elegir al heredero de su arcano.

Pasan los años y al fin, de Europa llegan refuerzos, sobre todo de Francia, mitad por deseos de reconquista, mitad porque no corren buenos aires por Europa para la Orden. Entre los recién llegados un jovencísimo caballero del Temple, le recuerda tanto en su fisonomía como en su forma de ser a Esteban de Tres Fuentes. Se trata de un tal Guillaume de Beaujeu. Con el tiempo descubre que efectivamente no se ha equivocado en sus apreciaciones y que es acreedor a su confianza, por lo que decide transmitirle su legado. Cuando a edad avanzada entra en agonía, hace llamar a Guillaume, al que entrega el cofre, con la encomienda que deberá de desentrañar el mensaje que oculta. Éste así se lo promete y queda bajo su custodia una profecía, que sin saberlo, fue escrita doce siglos antes y relativamente cerca de donde defienden los cristianos su postrer bastión en Tierra Santa.

Con las cuitas que deben afrontar los refugiados en la última fortaleza en la que ondea la Cruz ancorada, Guillaume de Beaujeu, no puede dedicar mucho tiempo a tratar de averiguar el enigma que heredara de su antecesor. Por eso, cuando la pérdida de San Juan es irreversible, y deben emprender una vez más la retirada hacia Chipre —corre ya el año 1291— se limita a guardar el pequeño estuche con otros enseres y depositarlo en el precario reducto en el que han encontrado refugio.

De allí y ante la inseguridad por el acoso musulmán, decide salvar sus pertenencias y pese a que él queda para guardar la plaza, envía sus bienes a cargo de su segundo, al Archipiélago del Peloponeso, en concreto a la isla de Rodas.

De este modo y por un capricho del destino o tal vez por la voluntad de algo o alguien superior, las tablillas, que se escribieron en Masada y que llegaron a Rodas, para volver de nuevo a su lugar de origen, retornan a su primitivo refugio, al cabo de casi un milenio, a la misma colina que domina la entrada del puerto, convertida ahora en una sólida e infranqueable fortaleza.

Allí en las profundidades de sus muros, olvidado de todos, permanece el acervo de Guillaume de Beaujeu, en tanto que fuera se suceden las refriegas entre nuevos ejércitos de venecianos, genoveses, griegos y turcos, en cuyo poder cae finalmente la ciudad, el 25 de diciembre de 1522.

12 Estandarte de colores mitad negro (la rabia contra el enemigo) y mitad blanco (la pureza del amor al necesitado).
13 No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a Tu Santo Nombre sea dada la Gloria.
14 Soldados auxiliares de los caballeros templarios. Sus uniformes eran de color negro.

CAPITULO XII:
LEPANTO

Durante unas décadas, nada parece alterar el dominio que los otomanos han ejercido sobre sus nuevas posesiones. Ni nadie tampoco ha llegado a descubrir el pequeño tesoro que tiempo atrás escondiese uno de los últimos caballeros templarios que defendieron la isla de Rodas.

Ahora no obstante, se barrunta una nueva guerra, tal vez de dimensiones desconocidas hasta entonces. De Occidente vienen noticias que los reinos cristianos han formado la Liga Santa contra el Imperio otomano y que el Gran Sultán Selim II ha convocado a todos los pueblos bajo su dominio para defender el Islam y si fuera posible, llegar al corazón de Europa, dominando todo el Mediterráneo, incluso hasta Gibraltar, como llave de salida al Océano Atlántico.

De todas partes llegan galeras que se dirigen a Istanbul, la antigua capital del Imperio Bizantino, conocida de antaño, por Constantinopla y que les fuera arrebatada a los cristianos un siglo antes. Allí,con ritmo frenético, se construyen galeras y galeotas a fin de prepararlas para el gran ataque. De las costas de Asia Menor, arriba una flotilla, al mando de Uluch Alí, corsario temido en toda la región. Sus naves atracan en el puerto de Rodas camino de Istanbul, para ponerse a las órdenes de Alí Bajá, comandante supremo de la flota.

Cuando sus hombres descienden a tierra, no pueden olvidar su espíritu depredador de corsarios y entran en la fortaleza que domina el puerto, registrándola a fondo en busca de riquezas ocultas. Las expectativas de uno de sus capitanes Mehmed Said, no se ven defraudadas cuando derribando un pequeño murete, descubre tras él, una serie de objetos de valor que de inmediato, traslada a su nave. Los examina con detenimiento, descubriendo que hay algunos de plata y un pequeño cofre que llama su atención. Lo abre, dejando ver en su parte superior dos pequeños rectángulos de barro, con una serie de inscripciones antiguas. En un principio tiene la intención de deshacerse de aquellos simples trozos de arcilla sin valor aparente, pero piensa en la batalla que se avecina y considera que pueden servirle como amuletos de la suerte, por lo que guarda las tablillas de nuevo en su arca, poniéndolas a buen recaudo en su cabina.

Al cabo de unos días, la flota se hace a la mar y reemprende la ruta hacia la capital del Imperio.

Allí, el espectáculo es formidable: trescientas naves entre galeras y galeotas, dispuestas a ser equipadas y provistas de toda clase de pertrechos de guerra. Más de cien mil hombres embarcarán con sus armas, dispuestos a infligir la más grande derrota a los infieles. Todas las operaciones hasta en sus más mínimos detalles, son dirigidas por Alí Bajá en persona.

Por fin, la flota se echa a la mar, en dirección hacia el sur, rodeando Grecia. Del otro lado, llegan noticias que la escuadra cristiana ha iniciado también su arribada hacia las costas helenas, prestos los vigías, subidos en sus calces.

Alí Bajá ordena entrar hacia el golfo y fondear en el puerto, pero muchas naves deben quedar fuera de él, dada la inmensidad de la escuadra. Uluch Alí, decide por seguridad y precavida experiencia, ser uno de los que atraquen fuera de la dársena.

Cuando reciben la orden de partida, después de arduas disputas sobre si era mejor esperar al amparo de las fortificaciones de la costa, Uluch Alí Pachá recibe la orden de ocupar el ala izquierda. Al centro el propio Alí Bajá y reservando el ala derecha a Mehmed Siroco.

Por su parte, Mehmed Said, experto corsario que siempre fue a la sombra de Uluch, enfila su galera tras la de su jefe inmediato. A los lejos en el horizonte, se divisa millas adelante, la flota cristiana, con sus grímpolas azules al centro, verdes en el costado de estribor y amarillas en el de babor. Se percibe el eco del cañonazo de reto al combate, que inmediatamente es respondido por

la Sultana, que comanda Alí Bajá y de nuevo otro de confirmación, de la nave cristiana.

Casi de inmediato, los frentes del centro entran en liza y tanto la Sultana como la Real del jefe cristiano, se lanzan al abordaje, enzarzándose trabadas, en un feroz combate cuerpo a cuerpo. El flanco derecho, apenas se divisa por la humareda que lanzan los cañones, por lo que Uluch Alí, astuto y versado en mil combates, ordena a sus naves variar su rumbo abriendo su ala, separándose hacia el extremo de la formación, para alejar del eje central a las naves oponentes. Cuando considera que ya se han apartado lo suficiente, ordena al grueso de su flotilla virar para atacar la nave capitana enemiga, situada en su flanco, que cae en su poder, arrasando a toda su tripulación. Cree haber logrado la victoria y manda encadenar a su popa la galera vencida, como señal de triunfo.

De pronto, ve que otra escuadra cristiana, con grimpolas blancas, aparece en lontananza y se dirige a toda velocidad contra ellos, lo que siembra el desconcierto entre los suyos. Se produce una desbandada y debe soltar su trofeo, muy a su pesar, so pena de perecer. Ve que la Sultana ha caído en medio de la formación y que sus huestes se baten en retirada, por lo que decide dar la orden de escapar rumbo Suroeste. Su segundo, en la galera de cobertura que le sigue, no acierta a realizar la maniobra, por lo que Said, su fiel guardador, contempla con impotencia, cómo una nave enemiga les aborda con fuego cruzado de arcabuces, ante el que nada pueden hacer ya los arqueros y los jenízaros que le acompañan. El sonido de las trompetas y tambores victoriosos de los malditos cruzados, les aturden y observa cómo los salconetes[15] saltan uno tras otro por los aires, para instantes más tarde, recibir el fiero impacto del espolón de proa de la nave cristiana, que se clava en el costado de estribor. Los soldados atacantes no tardan en descolgarse y empezar una espantosa carnicería. Por lo que Said, se ve obligado a retroceder y trata de huir a través de unos mamparos. Le sigue un soldado de los Tercios que le ha identificado y sabe que es el capitán de la nave y trata a toda costa de acabar con él.

En su estancia, se enfrentan con fiereza, cruzando sus aceros. De pronto al caer de espaldas, golpea el armario situado en el fondo del compartimiento, del que caen una serie de objetos que Said trata de proteger a toda costa. Eso llama la atención del atacante que a su vez quiere alcanzarlos para despojar a su enemigo de la presea. En medio de esa barahúnda, un estuche de madera, se precipita al suelo y ambos se lanzan sobre él. Sus manos lo sujetan de forma simultánea y se produce un forcejeo que acaba rompiéndolo en dos. Una parte queda en manos del atacante y la otra en las de Said, que intenta retenerlo a toda costa, pues no en balde era su talismán de la suerte.

De pronto suenan unas trompetas y ambos intentan salir a tropel, dado que ninguno ha podido acabar con su oponente. El cristiano comprueba cómo los suyos se retiran y les sigue sin soltar la parte del cofre del que se ha apoderado. En tanto que los jenízaros supervivientes y el resto de los arqueros, ahora acosan a los que vuelven a la galera atacante. Said, inconscientemente, pone a salvo el trozo de cofre que ha logrado salvar, protegiéndolo bajo su coraza.

La razón del repliegue se debe a que la nave capitana de esta ala, comandada por Uluch Alí, se acerca a toda velocidad para auxiliar a su segundo. La galera cristiana, llamada *La Soberana*, queda al pairo y es testigo de la huida de las dos naves otomanas, seguidas por otras pocas que finalmente logran zafarse del acoso de los vencedores, dirigiéndose hacia el Sur.

Álvaro de Alcalá, piensa en la ocasión perdida para haber acabado con la vida del capitán enemigo, pero al mismo tiempo, se siente satisfecho, porque ha logrado arrebatarle el objeto que

con tanto ahínco, pretendía conservar. Mira al horizonte y contempla con satisfacción la victoria aplastante de la escuadra cristiana, que recibe la orden desde su Buque Insignia, de regresar a Mesina, tras la captura del inmenso botín.

Después que el jefe de la flota española diese las consignas finales para el retorno de las naves a sus lugares de origen, el capitán de La Soberana, pone rumbo al Estrecho para alcanzar su puerto de origen, siendo una de las pocas galeras fletadas desde Sevilla, lugar a donde tratará de arribar, para reparar sus graves daños.

Por su parte Álvaro de Alcalá, piensa que tras la suerte que le ha deparado Dios, de poder salvar la vida y contar su experiencia, lo mejor sería licenciarse y reincorporarse a su oficio de escribano en el Arzobispado de la Ciudad. Consigo lleva una pequeña pieza, parte de un estuche, en cuyo interior, casi milagrosamente, después del duro impacto recibido, se guardan dos tablillas de barro con una serie de signos que le resultan indescifrables.

La nave de Mehmed Said, que siguió la estela de la de su jefe Uluch Alí Pachá, junto con las que en escaso número lograron escapar, han avistado finalmente su refugio en Argel. Éste enfurecido, recriminó con saña a su segundo,la falta de acometividad y decisión prestada para tratar de conservar la galera del comandante enemigo que tenían apresada.

Said, hombre de escasa paciencia, considera, que tras el fracaso producido de la flota, el negro porvenir que para ellos ofrece el mar, más la reprimenda del que un día fuera su amigo y compañero de razias, decide emprender la marcha hacia Oriente por tierra. Vende algunos objetos de los que aún conserva, con los que adquiere un buen caballo y un camello en el que carga sus pertenencias y sin despedirse de nadie, se encamina a través de la ruta del desierto, hacia Libia. Eso sí, ha querido conservar como símbolo de su buena estrella por salvar su vida, la parte del estuche que consiguió retener a manos de su adversario. Ahora que lo ha visto con detenimiento, ve que guarda tres tablillas de barro con unos símbolos que no entiende pero que sin duda le han dado la suerte suficiente como para poder contarlo.

La travesía del desierto para un hombre acostumbrado al mar, no fue fácil, pero curtido en mil avatares, supo superar las dificultades, tras tener que ir despojándose paulatinamente, de parte de sus objetos de valor para poder subsistir. Pasaron semanas, tras las que finalmente llegó a la desembocadura del Nilo, que cruzó en dirección hacia el Norte. No pensaba más que encontrar un lugar donde poder vivir y olvidar todas las penurias pasadas.

Atravesó el árido desierto de la península del Sinaí, hasta alcanzar finalmente los territorios dominados por los otomanos turcos. Al llegar a Jerusalén consideró que aunque originario de Argel, podría hacer valer sus méritos con la flota turca y como no existía testigo alguno, adornar su historia con gestas heroicas realizadas ante los infieles. Esa iniciativa le atrajo las simpatías de los dirigentes locales sabedores de que Uluch Alí había sido el único caudillo que salió con vida de la batalla. Granjeándole amistades y relaciones para poder aposentarse finalmente en Jerusalén con cierto acomodo. Se casó con una caldea convertida al Islam y como recuerdo de pasadas gestas, siempre conservó aquellas tres tablillas hasta su muerte, guardadas en una caja de metal que sustituyó a aquel viejo y deteriorado trozo de cofre de madera.

15 Artillería que sirve para proteger a los remeros de las galeras.

CAPITULO XIII:
LA AGENCIA

Enero se había presentado más frío que años anteriores, vientos gélidos del Norte hacían que las temperaturas mínimas rebasaran los diez grados bajo cero. Un manto blanco de nieve cubría la Ciudad y solo el tráfico rodado, dejaba los surcos de sus trazadas sobre calles y avenidas. Los pocos bostonianos que se atrevían a caminar, lo hacían con rapidez, procurando no perder el equilibrio, mientras los enormes rascacielos, lucían en sus fachadas de cristal, finas hebras de hielo, pendientes de cornisas y resaltes.

En la Universidad, se había iniciado el segundo semestre y todos los alumnos se esforzaban en exprimir al máximo su tiempo, con el anhelo de conseguir los ansiados resultados finales. En el último curso de la Facultad de Derecho, dos amigas, agotaban las horas del día y a veces de parte de la noche, casi sin un instante para relajarse. Lo que Daisy Cárthaigh no sabía era que su amiga, una vez finalizada la jornada, después de cenar y cuando remataba sus estudios de la jornada, se dirigía a un pequeño y discreto edificio apartado, dentro del campus, donde se reunía con Richard Smith y otros instructores de su equipo, además de cuatro estudiantes de distintas especialidades, a los que también preparaban en las más variadas técnicas y complejas materias. El bagaje de sus actividades era diverso como los alumnos nunca hubieran podido imaginar: De entre estos aspirantes, Julia era con mucho, la que más progresaba en todas las disciplinas, adquiriendo un dominio que en algunos casos, rozaba la perfección. Cuando finalizaban las dos o tres horas de intensa actividad, volvían discretamente cada uno a sus habitaciones, evitando despertar sospechas.

Pasaron los meses, y en el pequeño período vacacional de Pascua de Resurrección, Richard le sugirió a Julia:

—Deberías disponerte a viajar a Virginia a nuestra Central. Puedes contar con tres días, si bien sería conveniente que informaras a tu familia que vas a quedarte aquí para afianzar tus estudios. ¿Qué te parece?

—De acuerdo, no creo que haya problema en justificar mi ausencia de casa, máxime cuando los finales ya están relativamente cercanos.

Tomaron el vuelo de US Airways del puente aéreo que une el Aeropuerto Internacional de Logan, hasta el Reagan National, cuyo trayecto cubrieron en algo más de una hora. Al llegar a su destino, Richard le comentó:

—Aún nos quedan unos kilómetros en coche. No iremos propiamente a la Central, sino que estarás estos pocos días en un área reservada para completar aún más tu formación. ¿Estás dispuesta a aprender a manejar armas de fuego?

—No es el algo que piense usar contra otras personas.

—Nunca se sabe, Julia. A veces se convierten en un instrumento disuasorio, lo que no implica necesariamente tener que herir a nadie. Pero es una faceta importante de tu aprendizaje.

La zona donde se dirigieron era un espacio, rodeado de un denso arbolado, fuera del alcance de miradas indiscretas. El agente entonces, se dirigió de nuevo a Julia:

—Tenemos todo lo necesario, en este búnker. Tiene varias entradas y salidas, además de las de seguridad y cuenta con la posibilidad de hacer prácticas de todo tipo. Confío que al igual que las anteriores pruebas, las superarás con creces.

En las setenta y dos horas siguientes, Julia tuvo que superar las prácticas más difíciles, incluido el manejo de una serie de armas. Su calificación de tiro alcanzaba un 98/100, lo que implicaba

una fiabilidad casi absoluta, pese a que prácticamente era una neófita en la materia.

Al tercer día, apareció de nuevo Richard, acompañado de otros dos agentes. Los cuatro, regresaron a la superficie, Smith le preguntó:

—¿Qué te ha parecido esta nueva experiencia?

—Creo que aún me queda mucho camino por recorrer —respondió Julia— pero veo que se abre un mundo de sensaciones que hasta ahora desconocía. La verdad es que empieza a gustarme este nuevo desafío.

—Los resultados de tus pruebas son ciertamente buenos Julia,

De regreso a Boston, al llegar al aparcamiento, les esperaba ya otro vehículo que los transportó, en dirección a Jeffries Point hacia Central-Maverick Square, para seguir a continuación por la ruta que atravesaba la confluencia de los ríos Charles y Mystic con el Boston Main Chanel, cruzando la Ciudad hacia el Oeste, hasta llegar a la Universidad de Harvard. Allí, Julia se bajó, portando su pequeño equipaje y saludando con la mano a los ocupantes, mientras la negra furgoneta se alejaba rauda, en dirección al centro de la urbe.

Continuaron las clases en las semanas siguientes, aún más intensas si caben, que en las precedentes. Mientras el duro aprendizaje de las jornadas nocturnas se hacía cada vez más intenso. Una noche en la que Julia se quedó a solas con Richard éste le susurró al oído:

—Julia debo confesarte que cuando comencé mi labor de captación, jamás pensé que llegarías tan lejos —su voz se había humanizado, con un tono distinto del lenguaje habitual de un instructor para con sus alumnos.

Este comentario, dejaba entrever un eco de admiración que no era el tono profesional que siempre había empleado en sus conversaciones, desde que se conocían. Julia sonrió para sus adentros y se sintió gratamente halagada ante ese indicio de humanidad que Richard había mostrado, que reflejaba un rasgo de ternura inédito hacia ella. Pero no se atrevió a ir más allá de un escueto:

—Gracias, Richard

Los meses de mayo y junio transcurrieron con mayor rapidez de lo habitual y los exámenes finales para la mayoría, supusieron el anhelado premio de alcanzar el apto definitivo. A los del último curso, además, se les preparaba para la ceremonia solemne de entrega de títulos, que contaba con la asistencia de las familias de los nuevos graduados y la entrega de distinciones a los que habían alcanzado las máximas calificaciones. En ese selecto grupo estaban incluidas tanto Julia como su amiga Daisy, junto a una escogida selección de compañeros.

Antes de dirigirse al ágape posterior, donde les esperaban sus familias, las dos amigas se abrazaron largamente. En sus mentes, como si de una película se tratase, se sucedían todas las experiencias, sinsabores y alegrías que habían vivido a lo largo de tantos años de afecto y compañerismo profundos, sin secretos la una para con la otra. Las lágrimas se dejaron sentir por sus mejillas, en tanto que un cosquilleo ante el devenir de lo desconocido, les recorría sus cuerpos.

—Confío que en adelante sigamos como ha sido siempre —dijo Daisy, soltando un puchero.

—Por nada del mundo consentiré que algo haga cambiar nuestra amistad —respondió Julia, con algo más de entereza que su amiga, pero igualmente emocionada.

—Yo, como sabes, entraré en el bufete de mi padre, pero a ti no te acabo de ver sólo en el periódico de tu familia. Seguro que tú puedes alcanzar metas aún más altas —se detuvo y miró a los ojos a su amiga fijamente y continuó— Julia, ahora creo que te lo debo decir. Estos últimos meses, te he observado y es como si hubieses cambiado tu forma de entender las cosas, en tu

forma de ser y de actuar. Te veo más… —hizo una pequeña pausa, como buscando las palabras exactas— …más entera y diría que más mujer. Estoy segura que algo muy profundo ha cambiado en tu manera de afrontar la vida.

Ésta, sabía que sus experiencias a lo largo del último semestre, aunque había tratado de disimularlas al máximo, no podían pasar del todo desapercibidas para la fina intuición de su íntima amiga.

—Tal vez han ocurrido cosas, cuyo alcance aún ni yo misma atisbo a vislumbrar, pero ten por seguro que cuando sepa qué va a ser de mi futuro, tú serás la primera en saberlo.

Las dos habían seguido caminando despacio hacia donde se congregaban todos los allegados de los alumnos, a los que continuamente daban sus muestras de cariño y felicitaciones. Sus padres, así como sus hermanos y los abuelos de Daisy estaban charlando animadamente, en una mesa, situada en uno de los extremos del campus, Al divisarlos, ambas amigas se dirigieron en su dirección. En ese instante, Daisy se detuvo, cogiendo a su compañera por el brazo.

—Julia ¿no es aquél, el tipo que está tras esos árboles, el mismo que te quería vender los libros de Arqueología?

La joven volvió la cabeza y efectivamente, vio cómo Richard Smith daba un paso hacia atrás para ocultarse aún más tras la fila de gruesos troncos, pero ya era tarde, Daisy lo había identificado claramente. Al distinguirlo, Julia, reaccionó con rapidez.

—Tal vez haya venido a ver a sus clientes de libros para felicitarlos.

Pero sus palabras no sonaron todo lo convincentes que hubiese pretendido. Daisy, la miró fijamente.

—Supongo que no guardarás ningún secreto. Pero si me entero de algo, yo quiero ser tu dama de honor. Mira que está bien el tío.

Julia, no pudo evitar una carcajada, aunque algo azorada.

—Quita tonta, ¿tú me ves con un vendedor de libros?

—Bueno, cosas peores se han visto.

Cuando miraron de nuevo hacia el arbolado, ya no había rastro alguno del presunto vendedor.

* * *

La primera semana, después de su doble licenciatura, Julia la pasó la mayor parte del tiempo en su domicilio, disfrutando con su madre y su hermana. Aún le parecía mentira haber terminado, por fin, sus estudios, aunque su otra actividad secreta, le hacía sentirse responsable.

Como el calor empezaba a apretar, pensó que le vendría bien un día de playa y decidió decírselo a su hermana para que la acompañase. Ambas se dirigieron en coche hacia la costa de Dorchester, en dirección a Castle Island, playa a la que gustaba ir en sus períodos de vacaciones, más alejada pero más tranquila, que la de Carson Beach, cercana a la Ciudad, La inmensa lengua dorada de arena se extendía ante ellas, todavía con muy pocos bañistas, porque el tiempo, si bien ya algo caluroso, aún no invitaba a sumergirse en las frías aguas.

Fiona con un bikini con flores de distintos colores, lucía una silueta grácil y juvenil,mientras Julia había preferido un bañador rojo de una pieza que realzaba su esbelto y hermoso cuerpo sobre unas bien formadas y estilizadas piernas y donde aún más si cabe, destacaba su preciosa dorada cabellera, que había dejado suelta, mecida por las ráfagas de viento, que le azotaba suavemente el rostro.

—Venga Fiona, te echo una carrera.

Y diciendo esto, se arrojó al mar, sumergiéndose con felina agilidad. Fiona fue tras ella, pero cuando comprobó la fuerza con la que su hermana nadaba y que se le hacía imposible alcanzarla, le gritó:

—Jul, ¿dónde has aprendido a nadar tan rápido?

Al percatarse que no debía haber hecho esa demostración ante ella con esa facilidad, contuvo el ritmo de sus brazadas y volviéndose le respondió.

—No sé, me ha salido así. Yo creo que debe ser por la frialdad del agua, pero debemos ir más despacio, para no cansarnos.

Ambas siguieron una junto a la otra, cuando de forma inesperada, a su lado, apareció un bañista que las había alcanzado con suma facilidad, volviendo el rostro hacia las dos jóvenes.

—Hola, buenos días, creo que nos conocemos —dijo dirigiéndose a Julia.

Ésta, lo miró y no pudo reprimir un pequeño brinco bajo el suave oleaje, que pasó desapercibido a la vista de su hermana. Era Richard Smith.

—Creo que sí — dijo ella— ¿Quizás de la Universidad?

—Efectivamente —contestó el recién llegado—, tendría mucho gusto en invitaros a una copa.

Ambas se miraron, dando una señal de aquiescencia, por lo que los tres pausadamente, nadaron hacia la orilla. Al salir, Julia pudo contemplar por primera vez el cuerpo de su mentor que lucía un bañador azul marino, sobre un torso fuerte y musculado, que ofrecía una cicatriz alargada en la cintura, que seguía, hasta ocultarse bajo la prenda.

—Si os parece, podemos secarnos. Tengo toallas aquí y quedar en ese bar. Ponen un buen pescado a la plancha y si queréis, se puede acompañar con un refresco o cerveza

Julia entonces, hizo la presentación.

—Fiona, este es Richard —omitió el apellido, por si su hermana recordaba al sujeto del que había comentado su padre la entrevista que mantuviera en el periódico—. Mi hermana Fiona.

Se estrecharon la mano y los tres se dispusieron a sentarse en una de las mesas de la amplia terraza con la hermosa vista del mar frente a ellos. El rato de tertulia fue agradable y la joven tuvo que inventar una historia sobre el papel de su inesperado contertulio,

—Efectivamente, tu hermana Julia, me ha comprado varios libros sobre Arqueología Clásica, que estoy seguro que le han servido de gran ayuda para poder aprobar.

Así estuvieron un buen rato charlando, para finalmente, él mirar su reloj y comentar con un cierto acento de pesadumbre:

—Me debo marchar, no puedo dejar de trabajar tanto tiempo, pero hoy especialmente me apetecía darme un buen baño en el mar —dijo mirando a Julia, para, en un pequeño e imperceptible gesto, acercar su rostro al de ella y susurrarle—. Tenemos que hablar.

—Bien —añadió—, ha sido un placer conocerte Fiona. Hasta pronto Julia —y con paso rápido, se dirigió al aparcamiento.

Las jóvenes lo vieron alejarse, no sin un cierto deje de admiración. En el camino de regreso Fiona comentó a su hermana como si estuviera pensando en voz alta:

—Es guapo. Algo mayor incluso para ti, pero guapo.

Julia, no pudo por menos que sonreír, recordando las palabras parecidas de su amiga Daisy sobre la opinión que le había causado Richard.

Días antes, a Smith le habían ordenado desarrollar una red de escuchas en un país del Este de Europa, por lo que después de despedirse de sus superiores, al anochecer, se reunió con Julia en un discreto pub de la zona portuaria. Se le notaba más nervioso de lo normal cuando la tuvo

frente a él.

—Creo que ha llegado el momento de despedirnos. Debo cumplir una misión en Europa y no sé cuándo regresaré. Quiero decirte cuánto he disfrutado trabajando contigo desde el primer día que hablamos. Creo que… —interrumpió la frase— …espero volver a verte a mi regreso. En nuestra actividad, sabes de sobra que es muy difícil dejar espacio para los sentimientos, pero a pesar de eso, estaría encantado de expresártelos...

Se detuvo, como si no acertase a seguir hilvanando las palabras que a buen seguro, le hubiese gustado pronunciar. Ella le escuchaba con la mirada fija en él, sintiendo que algo se agitaba en su interior, algo que no sabía describir con exactitud y le hacía palpitar el corazón más deprisa.

Entonces Richard se levantó y la cogió por los hombros, acercando su rostro al de Julia. En el último momento, él mismo, consciente de lo que iba a hacer, apartó imperceptiblemente sus labios de los de ella, por lo que solo los rozó levemente, al darle un ardiente beso en la comisura de su boca. La soltó con gesto decidido y acertó a decir:

—Hasta pronto.

Ella, lo siguió con la mirada sin ni siquiera ponerse en pie y le respondió en voz baja:

—Por favor, ten cuidado.

Él se volvió y clavando los ojos en los suyos, respondió:

—Ah, mi verdadero nombre es Aldridge, Richard Bartolomew Aldridge.

Y salió con paso rápido, sin volver la cara, en tanto que Julia permaneció sentada, con las manos cruzadas sobre su regazo, sin apenas acertar a moverse. Después de unos segundos interminables, se levantó lentamente del asiento y salió a la calle contemplando el brillo de las luces de las farolas y los destellos fugaces de los faros de los escasos coches que a esa hora circulaban a gran velocidad. Caminó despacio hacia el parking y reparó en un detalle: cuando Richard la besó, ella no hizo ademán alguno para retirar su boca, como recordara había hecho con Jimmy. Algo en su interior, le hacía admirar al hombre que le había enseñado algo tan importante como era otra manera de darle un nuevo sentido y responsabilidad a su vida.

Al día siguiente, su contacto con la Agencia , la citó para una reunión de trabajo.

—Sabrás que Richard ha debido partir para Europa —le informó su nuevo enlace— y tú tendrás que hacerlo igual. Ya que estamos en verano, aprovecharás para justificar un par de semanas de vacaciones, para ir a España.

A Julia se le aceleró el pulso pensando que iba a reunirse con Richard, pero enseguida la habían desengañado de esa primera impresión. Sabía que él estaba en el Este, mientras que ella debería ir al extremo opuesto del Viejo Continente.

Le explicaron con todo detenimiento en qué consistiría su trabajo y los contactos que tendría que establecer en España.

—Allí, un miembro del Servicio Secreto del Vaticano, se comunicará contigo para ponerte al corriente del resto de los detalles. En todo momento hay que mantener la independencia de funciones y no decir ni hacer nada que no sea imprescindible, sin desvelar nuestras fuentes.

—¿Cómo se llama y donde le veré?

—Su nombre es… —el agente se detuvo, rebuscando entre sus papeles— Daniel Cormack y os veréis en una ciudad llamada Sevilla.

En el vuelo hacia España, con transbordo en Madrid, Julia iba pensando qué clase de tipo sería el tal Daniel. Viniendo del Vaticano, creía suponer que podría ser posiblemente un sacerdote, calvo y barrigudo. Tampoco conocía la Capital a la que iba pero se había informado ampliamente de sus características y además, le había preguntado a su hermana, experta en esta materia.

Incluso decidió practicar el español en aquellos días con Fiona, logrando buenos progresos, gracias a su facilidad para los idiomas, a la que había justificado el viaje, al igual que a sus padres, para hacer algo de turismo y estudiar catas arqueológicas.

Cuando arribó a Sevilla, sintió una ardiente bocanada de calor nada más llegar al aeropuerto, que le recordó los días de verano riguroso de su Boston natal. Se dirigió al hotel donde pensaba hospedarse y al día siguiente, se dispuso a ir al lugar de encuentro con el delegado que enviaban los Servicios de la Santa Sede.

Llevaba unos minutos sentada en una tranquila terraza, junto al río, cuando un joven de unos treinta años, se le acercó, diciéndole en un español perfecto:

—Buenas noches, señorita ¿Es usted Julia O'Neill? Mi nombre es Daniel Cormack.

Julia, al alzar la vista, pudo ver ante ella a un hombre apuesto, de un metro noventa de estatura, con una amplia y agradable sonrisa, que vestía un elegante traje y corbata en tonos claros. Por un instante, pensó en la idea que se había hecho de su compañero de trabajo, bajo, calvo y barrigudo, no pudiendo evitar un ligero gesto de estupor y pensar, que decididamente no había estado muy fina en sus apreciaciones.

—Bien, señorita O'Neill —continuó el recién llegado— creo que será mejor que a todos los efectos, continuemos hablando en castellano, para pasar más desapercibidos. Mi superior, me ha ordenado que contactase con usted para colaborar juntos en la misión que a ambos nos trae a esta Ciudad y de la que supongo habrá sido suficientemente informada. A propósito ¿conocía Sevilla?

Julia escuchaba el suave acento de su interlocutor y poco a poco admitió que iba olvidando la imagen que a priori, se había hecho de él. Durante las dos semanas siguientes, sus pesquisas y avances en el caso, les hizo estrechar su relación profesional y su admiración recíproca por los méritos y la eficacia que ambos demostraban. Ella no obstante, guardaba en su recuerdo y su memoria el beso fugaz de Richard, aunque bien es cierto que la presencia de Daniel, le satisfacía y la llenaba curiosidad y admiración por el modo de desarrollar su labor, de un modo distinto al que estaba acostumbrada a realizar con los agentes con los que trabajaba. Su forma de enfocar las cosas era totalmente diferente, pero iguales o superiores incluso, sus resultados.

Felizmente, culminó su trabajo con el mayor de los éxitos. A ella le hubiese gustado saber algo de su vida privada, al igual que le constaba que a él, le pasaba algo similar. El último día, paseando como una pareja más, por la orilla el río, cerca de la terraza en la que se conocieron, Daniel en un impulso, le cogió su mano, sin atreverse a articular palabra, la atrajo hacia sí, tomándola por la cintura, acariciando su melena suavemente. Ella no pudo resistir el momento y cerrando los ojos, dejó sentir en su boca los apasionados labios de él.

Por un instante, se olvidó de todo y experimentó en su cuerpo y en su espíritu una sensación nunca antes vivida, pero como un fogonazo, atravesó su mente el recuerdo de Richard e instintivamente, se retiró unos centímetros. Él la contempló sorprendido y al mismo tiempo confuso y avergonzado. La soltó despacio y acertó a musitar:

—Perdona, creo que me he dejado llevar por mis sentimientos hacia ti.

Ella, tan sólo pudo articular en voz baja:

—Será mejor que regresemos.

Al día siguiente embarcó en el primer vuelo, con destino a Madrid, para enlazar con el que la llevaría a Nueva York, donde ya tenía su contacto previsto recogerla para llegar a Boston por carretera.

El vuelo de regreso, le sirvió para revivir todas las experiencias pasadas y cómo en tan solo quince días, tenía ante sí un mundo de nuevas sensaciones. Recordó a Richard y el hecho de

experimentar los sentimientos que dejó traslucir cuando la quiso besar. Pero ahora, todo era diferente: Había cumplido por primera vez, una misión en el extranjero, sin la ayuda protectora de su instructor y sin embargo, se había sentido segura de sí misma y al mismo tiempo, protegida al lado de Daniel con el que alcanzase un punto de entendimiento perfecto, tanto en el trabajo como en la propia afectividad personal y ello, pese a desconocer casi todo de su vida, si acaso que era irlandés y…que estaba soltero. Esto último, sin saber debido a qué, pues desconocía si podía tener voto de castidad o cualquier otro compromiso con la Institución a la que servía. Esta experiencia le había dejado una huella profunda en su corazón.

* * *

Después de dos años, en los que los acontecimientos se han ido sucediendo de forma vertiginosa, cada vez le ha sido más y más difícil a Julia mantener oculta su doble vida a los ojos de la familia, especialmente de su hermana y de su amiga Daisy. Ambas han contraído matrimonio y en las dos ceremonias, tanto en la de Fiona, tres meses antes, como en la que hoy celebra su íntima amiga, le han instado vehemente y repetidamente las razones del por qué no quería tener novio, pese a la larga cola de posibles pretendientes.

—Julia, hoy es el día más dichoso de mi vida —le susurró Daisy con cariño—, a partir de ahora voy a tener a David a mi lado para siempre. Sin embargo, al verte, haces que me sienta que no lo soy plenamente, porque te veo cómo estás día a día encerrándote en ti misma y falta de un hombre a tu lado al que amar. ¿Qué demonios te pasa para no ser completamente feliz?

Ella le miró fijamente y creyó que había llegado el momento de contarle la verdad de su situación, aunque fuese de forma muy sucinta y sin desvelar del todo su secreto. Cuando hubo terminado, al cabo de breves minutos, la cara de Daisy, era la viva estampa del asombro.

—Pero… ¿es posible que hayas vivido esa experiencia y sin que se te haya notado? Ves, no iba yo muy descaminada cuando te dije que tu amigo Richard tenía aire de espía.

—No, no Daisy, Richard no tiene nada que ver en la Organización. De él no he vuelto a saber nada más.

Dijo esto con cierto deje de desilusión, lo cual era cierto porque aún seguía en Europa y por sus noticias, discretamente filtradas, había encontrado a una agente del Este, con la que mantenía un tórrido idilio.

—Daisy, eres la única persona en el mundo, fuera de la Agencia, que sabes esta página de mi vida. Te pido el máximo silencio y discreción

—Por supuesto que nadie sabrá lo que me has contado. Pero lo que no puedo es estar tranquila mientras recorres el mundo en medio de esas aventuras y peligros.

—No, no, la mayor parte es trabajo de investigación y bastante sedentario. Creo que debemos regresar a tu fiesta —añadió preocupada porque pudieran echar de menos a la novia.

Al día siguiente lunes, como era habitual, estableció contacto con sus superiores. En su haber, la nueva responsabilidad de haber sido ascendida como coordinadora de un grupo de trabajo con tres agentes bisoños a su cargo, encargándose de filtrar y hacer seguimiento a los diferentes corresponsales de noticias sobre todo del área del Medio Oriente, tan convulso desde el trágico episodio de las Torres Gemelas. Recibe la orden de trasladarse a Virginia, a la Central, donde la esperan unos jefes de área. Al entrar en el despacho, cuatro hombres, de los que sólo conoce a su jefe directo, la saludan.

—Siéntese O’Neill Debemos informarle de un asunto de la máxima prioridad, por las connotaciones que puedan derivarse. Un contacto de nivel 1 de nuestra Agencia, infiltrado en el Servicio de Seguridad del Vaticano, nos ha hecho partícipes de la aparición de un mensaje, al parecer criptográfico, que ha sido estudiado por una de las eminencias en la materia con las que cuenta la Santa Sede. Al parecer, su traducción incompleta, ofrece indicios que se trata de una profecía, a la que hayan podido tener acceso determinados grupos terroristas de Oriente Medio, con la intención de provocar un gran atentado, de dimensiones similares o mayores que el de la zona cero de Nueva York. Por sus conocimientos del idioma, su experiencia en Arqueología clásica, especializada en el Mediterráneo y Oriente próximo y su anterior encargo en España, creemos que es usted la persona idónea para afrontar esta misión, pese a su juventud y relativa inexperiencia. Por ello, deberá ponerse inmediatamente a trabajar y seguidamente, partir hacia Sevilla, donde ya tuvo ocasión de desempeñar un trabajo hace un par de años, creo recordar, con buenos resultados. Ah, de los Servicios del Vaticano, tenemos entendido que van a destacar también a un agente para coordinar con nosotros la verificación de ese mensaje, su alcance, trascendencia, quién o quiénes van a llevar a cabo ese posible ataque y sus consecuencias. Por lo que parece ser, todo apunta a que es en esa Ciudad donde pueda tener lugar algún tipo de acción que se relaciona con esa hasta ahora, indescifrable misiva. Deberemos estar en contacto permanente, manteniendo la máxima prioridad, en todo momento.

Con esta extensa pero a la vez concisa exposición, el responsable de la entrevista, daba por terminada su intervención, pese a lo cual añadió:

—¿Desea alguna otra aclaración O’Neill?

—Sí —respondió Julia—, ¿además del estudio y la puesta al corriente de todos los antecedentes que pueda analizar, con qué agente debo contactar en Sevilla?

—Se llama… —buscó entre sus papeles— Daniel Cormack. Y deberá entrevistarse con él en esa Ciudad en cuarenta y ocho horas.

A Julia, le aumentaron las pulsaciones de modo exponencial, pero gracias a su experiencia en no mostrar sus sensaciones, pudo mantener una calma aparente.

—El lugar de encuentro, le será comunicado una vez lo hayamos coordinado convenientemente. Señorita O’Neill, no le debo decir mucha suerte, sino más bien le ordeno que la tenga. Hay mucho en juego.

Todos salieron de la sala y Julia con su jefe, se encaminaron en dirección al despacho de éste, quien al llegar creyó oportuno comentarle:

—Julia esta es una misión que entraña una gran responsabilidad, no me gustaría que pusieses en peligro tu vida. Por tanto, en caso que observes que puedes correr algún riesgo deberás recurrir a los agentes que te servirán de cobertura. Como precaución, éstos viajarán por separado hasta llegar a vuestro destino.

Las cuarenta y ocho horas siguientes resultaron vertiginosas, lo cierto es que cuando se cumplieron, Julia O’Neill estaba en un vuelo, rumbo a Sevilla, donde debería acudir al día siguiente, a la entrevista con Daniel Cormack, en el Restaurante El Parque, a las 21,00 horas. Debía admitir que estaba más nerviosa que lo que era normal en ella, pese a lo cual, tuvo tiempo para pensar qué ropa elegir para ese encuentro. Buscó en su equipaje y escogió un traje de chaqueta gris, que adornó con un pañuelo de cuello del tono *grimmson*, que le regalara su hermano Patrick, en recuerdo de su paso por Harvard. Cuando llegó al Restaurante, preguntó

dónde se encontraba el señor Cormack con el que estaba citada, y el maitre la acompañó hasta la puerta de un discreto comedor. Miró su reloj y comprobó que eran las nueve en punto, tocó suavemente con los nudillos la puerta, abriéndola a continuación. Frente a sí, con gesto de estupefacción, con las manos apoyadas sobre el mantel, aparecía Daniel Cormack.

Ella, también con cierto nerviosismo, pese a no demostrarlo, se dirigió a él sonriendo:

—Hola Daniel, buenas noches. Me alegro mucho de verte.

CAPITULO XIV:
ÁLVARO DE ALCALÁ

La Soberana navegaba a duras penas, dando lentas bordadas y procurando estirarlas lo más posible, con signos evidentes de los daños que el enemigo le había infligido en su casco y arboladura,

La chusma[16] que se había renovado en parte con los prisioneros hechos entre los berberiscos en la batalla, allá en las costas griegas, no estaba aún muy habituada al manejo de los remos. Habían arribado a Mesina, en primer lugar, donde las flotas cristianas, procedieron a reparar sus daños más esenciales, para después, enfilar cada una a sus puertos de procedencia.

Sin duda, la Soberana, era una de las que tenía que realizar más larga travesía, pues tras cruzar el Mediterráneo, debía superar el Estrecho de Gibraltar y surcar las aguas del Atlántico, en dirección a la desembocadura del Guadalquivir. La mayor parte de la flota comandada por don Juan de Austria, que emprendió su regreso a la Península, realizó una nueva escala en el puerto de Barcelona, donde fondearon con su botín y sus prisioneros. Pocas fueron las galeras que siguieron rumbo hacia el Sur y la nave de la que formaba parte, Álvaro de Alcalá, debido a sus averías, fue la última que rebasara el Estrecho.

El soldado recorría a veces la crujía de proa a popa, siempre que las circunstancias lo permitían, y estaba cada vez más deseoso de avistar Sevilla, después de tantos meses de penurias. Cuando el tiempo empeoraba, se refugiaba en su escándola[17] cercana a la del cómitre[18], junto con otros soldados.

La travesía hasta Mesina primero, Barcelona después y ahora bordeando toda la Península, se hacía eterna, máxime cuando al pesado navío no se le podía sacar todo el provecho necesario, debido a su estado: De los árboles de la galera, el palo de mesana, estaba dañado por una descarga recibida, por lo que aunque las escotas[19] sujetaban la vela parcialmente, cuando el viento arreciaba, era necesario arriarla para evitar que se rompiera en mil pedazos. Tan sólo el maestro y el trinquete estaban en condiciones sobre sus puntales[20]. En cuanto a las topas[21], muchas de ellas se habían destrozado durante la batalla o bien por desgaste, lo que hacía aún más penosas las maniobras de izar el velamen sobre las botavaras[22]. Las cuadernas[23] de babor y estribor, también presentaban grandes orificios, provocados tanto por las andanadas del enemigo, como a causa de las embestidas recibidas por los agudos espolones de las naves otomanas, lo que provocaba que el oleaje, cuando arreciaba, entrase en la sentina y se hiciera necesario achicar el agua.

Pese a todas estas circunstancias, La Soberana, mantenía un lento pero continuo ritmo de boga y de los quinientos hombres que salieron, incluida la chusma, con los prisioneros capturados, ahora sólo contaba con un total de unos cuatrocientos. La proa conservaba aún restos del espolón, con la Imagen de Santa Ubaldesca, allí colocada como recuerdo y en honor de la Orden de Malta.

Cuando se fletó la galera en el puerto de Sevilla, para sumarse al resto del ejército comandado por don Juan de Austria, alguien decidió que en su espolón de proa sobre la pertigueta, estuviese la efigie de la Santa, que de seguro, les protegería. Al igual una de las flámulas[24] que lucía sobre la gata[25] en la maestra[26], mostraba la Cruz con ocho puntas, propia de la Orden Maltesa, en rememoración de las ocho bienaventuranzas.

Sus veintiséis bancos estaban ocupados por los galeotes[27] que levaban sus remos de forma acompasada. Los dos cuarteles en los que se dividía la embarcación, a proa uno y a popa otro, separados por el fogón y el esquife[28], lo ocupaban ahora ciento cuarenta bogadores[29], de los casi doscientos que componían la dotación inicial. A popa aún se erguía desafiante, su gran fanal central, en tanto que uno de sus fanaletes, el de estribor, había sido arrancado de cuajo.

Álvaro de Alcalá, como hombre amante de las letras, por su oficio, admiraba el trabajo hecho en el programa decorativo del castillo del buque, si bien no tenía nada que ver con el que su amigo, Juan de Mal Lara, sevillano como él, había realizado para la capitana de la flota, la nave Real, llamada Argo, en honor de los argonautas, con las efigies de la cuatro Virtudes Cardinales: Prudencia, Justicia, Fortaleza y Templanza, en recuerdo de los símbolos que se guardan en el pórtico de una de las puertas de la Catedral de Sevilla, desde la época de la Reconquista de la Ciudad. Y el remate principal, representando al dios Neptuno, encarnado por la efigie de S.M. el Rey Felipe II.

En las largas horas de tedio, de vez en cuando, le echaba un vistazo al trozo de estuche desgajado, que lograse arrancar de manos del capitán de la nave turca que abordaron, al que estuvo a punto de matar, y que se le escapara en el último momento con parte del cofre que con tanto empeño, trataba de retener.

En su interior, aparecían dos especies de tablillas de barro cocido, con unas leyendas que, pese a los conocimientos que tenía de lenguas antiguas, no acababa de descifrar su significado. Así es que cuando arribase a Sevilla las mostraría a su maestro el Archivero Mayor del Arzobispado que a buen seguro, le arrojaría algo de luz sobre el contenido.

Al avistar Cádiz, donde fondearon un día para repostar agua, sabían que la meta estaba ya próxima y los ánimos se elevaron con renovados bríos. Las voces eran más fuertes y las risas también. La singladura que había durado casi dos años, parecía tocar a su fin.

Todos imaginaban el reencuentro con la familia y con la ciudad a la que la mayoría añoraba. ¿Serían sabedores de sus hazañas? ¿Cómo les recibirían? A buen seguro que los marinos y soldados de las naves que les precedían ya habrían hablado de la gesta realizada.

Las escotas y jarcias[30] aguantaban la máxima tensión del velamen, amarradas a los alacranes[31]. Parecía incluso que la chusma ponía mayor empuje en el ritmo de boga. En el horizonte, apareció la desembocadura del Guadalquivir, defendido por el lado Sur, por la población de Sanlúcar, con un flamante nuevo muro de contención. Y por el lado Norte, las torres almenaras en los territorios del Ducado de Medina-Sidonia con las tierras de Doña Ana. En medio, las aguas tranquilas del estuario, permitían avistar las islas Mayor y Menor y más al interior, la isla de Hernando. Y Sevilla, la añorada Sevilla, se presiente en lontananza, tan sólo a unas cuarenta y cinco millas náuticas.

Cuando la galera inicia la maniobra para entrar río arriba, aparecen ante ella una decena de galeones, con los gallardetes al viento, cuyo destino debe ser a buen seguro, el Nuevo Continente, pues no en balde, Sevilla es el Puerto de Indias. Del que marcha en cabeza de la formación parte un cañonazo, que no es de desafío como en las batallas, sino de saludo, pues su capitán ha reconocido a la galera y es sabedor que sus heroicos ocupantes han contribuido a la victoria de la flota cristiana en Lepanto. Esto anima aún más a la marinería y a la tropa. Preparan un cañón con pólvora y responden con una salva, largando las flámulas en toda su arboladura. Poco a poco, van abriendo camino hasta que el último se pierde, ya en la salida hacia el mar

abierto. Entonces el capitán da la orden de recuperar el rumbo, apartándose de la orilla cercana de estribor, para evitar los peligrosos bajíos de arena que hay en la zona.

El sol se ha puesto y la claridad del cielo se va apagando lentamente, cuando rebasan la Isla Menor, para navegar ya por el rio propiamente dicho, que aún guarda una anchura considerable. Se encienden el fanal y el fanalete que aún resiste, menos mal que es el de babor, para señalar la posicióny el rumbo que sigue la galera.

Después de una noche de navegación con toda precaución, al fin aparecen los primeros rayos de sol que dejan ver por el lado de babor la pequeña villa de Coria del Rio, para, poco tiempo después, divisar el Cerro de San Juan donde se asienta el convento franciscano, con sus pequeñas casas de hortelanos en la falda, junto a la ribera. El nerviosismo es ya palpable y nadie quiere quitar la vista del horizonte. De pronto, en un recodo, aparece junto a la orilla, la silueta maciza de la Torre albarrana, con su coracha[32] que la une a la fortificación de la Ciudad. Por fin, tras tantas duras penalidades, ante sus ojos, en todo su esplendor aparece Sevilla. Un ¡viva! salido del corazón de los que la contemplan, restalla en sus gargantas y dan gracias al cielo por haberles permitido sobrevivir a tanta tragedia. Algunos se arrodillan, otros se suben a las cofas, mientras que los galeotes, ajenos a la visión, continúan su parsimonioso ritmo de remada.

Poco a poco, se va dejando ver la ciudad con sus murallas y campanarios, entre los que destaca sobre todos, la Torre Mayor de Santa María, con sus ajaracas y ajimeces y el remate reluciente que viera recién terminado poco antes de su marcha, obra portentosa de Hernán Ruiz en 1568, con la airosa veleta rematada por su efigie como símbolo de la Fe.

Álvaro de Alcalá, con todos sus camaradas de armas, se sitúa en el castillo de proa y la crujía. No pueden resistir la alegría que les embarga en su arribada. Cuando finalmente, la galera deja oír de nuevo un cañonazo de saludo, ve cómo el pueblo, se acerca corriendo por el arenal, junto a la Torre del Oro que parece brillar con luz propia, hasta el amarradero, donde finalmente queda fondeada.

En tropel, van bajando de la nave a las barcazas que acuden en derredor y sus piernas se sienten inseguras al dar los primeros pasos sobre tierra firme, después de tanto tiempo, pero la alegría hace que esa sensación desaparezca, para dar lugar a los abrazos y reencuentros con la familia. Otros, por el contrario, ven con dolor que su ser querido no ha llegado. Preguntan una y mil veces pero cuando saben de su falta, no pueden contener las lágrimas, arrodillados en el polvo sin consuelo. Es el contraste que va de la alegría incontenible a la tristeza infinita.

A Álvaro de Alcalá, no le espera nadie, supone que su hermana debe estar en casa. Coge el saco con las escasas pertenencias, la espada, el arcabuz, sin olvidar su preciado trofeo y baja el pontón de madera donde está atracada la nave y se pierde en medio de la maraña de gentes que están en el arenal, junto a la recia Torre, vitoreando a los recién llegados, cerca de la desembocadura del Tagarete. Entra en Sevilla a través del Postigo del Carbón y se dirige por la calle Génova hacia la collación de Santa Catalina y la Alhóndiga, para seguir hasta el escondido adarve[33] donde recordaba su añorada casa, con el pequeño corralón central, repleto de flores que su hermana cuidaba cada día.

Al llegar, abre el portón, nada en apariencia ha cambiado en estos dos largos años. Llama y de la ventana de la planta alta, asoma el rostro de una mujer de piel pálida y de cabello canoso, que se ilumina de alegría al reconocer a su hermano. Álvaro arroja al suelo el pesado equipaje, fundiéndose ambos en un largo abrazo.

—Álvaro, querido mío —exclamó gozosa—, doy gracias a nuestras Santas Patronas, Rufina y

Justa y cómo no a mi Santa Guardadora de Kildare, por haberte traído sano y salvo de nuevo.

Brígida de Alcalá, había recibido este nombre, en honor de la Santa irlandesa, fallecida en esa población y enterrada junto a San Patricio, copatrones ambos de Irlanda, ya que su padre había llegado a tener contacto con emigrantes y soldados de Hibernia, que después servirían a las órdenes del Emperador Carlos y posteriormente de su hijo, el Rey Felipe. Esta devoción le hacía ir cuando podía a la ermita del adarve de Triana donde se venera la Imagen. No obstante, el rostro de Brígida en nada hacía pensar en la tipología de las mujeres de ese país. Su figura, enjuta y no de mucha estatura, daba signos del trabajo en las tareas domésticas, en la que destacaban unas manos de piel agrietada con largos y firmes dedos. La gonela[34], rematada con faldeta, permitía atisbar una delgada cintura, aún más acusada por el tejillo[35] que la rodeaba. El cos[36], formado por un cuerpo de escote picudo, dejaba ver la gorguera[37] que rodeaba su cuello.

Fueron una y mil preguntas las que brotaron de su labios, mientras abrazaba con fuerza a su hermano. Tras ello, Brígida le ofrece algunas viandas, pues lo primero que observa, era la delgadez que ofrecía su cara demacrada. Y seguidamente piensa que lo más reconfortante será descansar sobre el lecho del que fuera el dormitorio. Al entrar, comprueba que estaba tal y como lo dejara a su marcha. Se echa sobre la cama, recordando olvidadas vivencias de su confortable entorno, con el olor suave del romero impregnado en las blancas sábanas, el de la recia madera de su cabecero y sin darse cuenta, se queda sumido en un reparador y profundo sueño.

A la mañana siguiente, tras dormir casi quince horas, Álvaro, se irguió, apoyando la espalda sobre el cabecero, como si un resorte le impulsase. Al observar a su alrededor, cayó en la cuenta que todo había terminado. Que estaba en su hogar sin nada que le turbase ni tener que jugarse la vida. Se levantó lentamente, pasando a la sala donde su hermana le había servido un suculento desayuno a base de una buena olla con hogazas de pan y unos deliciosos pasteles de hojaldre que a Brígida le gustaba preparar.

Cuando hubieron terminado, Álvaro como prioridad, deseaba comunicar su deseo de licenciarse del ejército, toda vez que su intención era volver a ocupar el puesto de escribano en el Arzobispado. En los días y semanas siguientes fue ultimando las encomiendas, si bien participó en las fiestas que daban oficialmente la bienvenida a las tropas vencedoras, en el ya entrado año de gracia de 1572 y cuyo epistolario recogiera Pedro de Oviedo en su «*Relación de las Sumptuosas y Ricas Fiestas por Orden del Cabildo de Sevilla y dedicadas a su Asistente, Don Pedro Lopez de Mesa*» y que tuvieron lugar en la Plaza de San Francisco de la Ciudad.

Al mismo tiempo, había tomado contacto con el recién nombrado Canónigo don Francisco Pacheco, para instar la posibilidad de retomar su trabajo de archivero. Éste le manifestó que debería consultar al Canónigo Magistral, don Gonzalo de Burgos, que era la persona que en definitiva debería autorizar su reincorporación. Solicitada audiencia por Álvaro, le fue concedida para unos días más tarde. Llegado el momento, casi inconscientemente, creyó adecuado presentar a su Dignidad, el trozo de cofre con las dos tablillas de barro que contenía, fruto de su participación en la gesta de Lepanto. No obstante, algo le decía que debería dejarlo para el final y en base a cómo se fuese desarrollando la entrevista. Salió temprano de casa, cruzó el adarve y con paso rápido, procurando esquivar los charcos y socavones de las calles, para no manchar sus botas, se dirigió en dirección a la Iglesia de Santa María, en una de cuyas dependencias le había citado el Canónigo.

Tuvo que esperar largo tiempo, al cabo del cual, le hicieron pasar al interior de una gran sala. Sentado al fondo, la silueta del Canónigo Magistral, le observaba con atención. Tras el saludo de

rigor, se presentó dando los datos de su filiación, origen familiar, trabajo anterior y las razones por las que se había interrumpido, al considerar que debía en la medida de sus posibilidades contribuir al esfuerzo que don Juan de Austria pidió a todos, para su Cruzada contra el Imperio Otomano. Esto último pareció despertar algo el interés del Delegado eclesiástico que le escuchaba con aire distraído,

Álvaro, que era buen observador, creyó llegado el momento de sacar el cofre con las dos tablillas, como prueba y testimonio del combate sostenido con el capitán de la nave enemiga. Puso el trozo de cofre encima de la mesa y separando la tapa, mostró su interior, donde se apreciaban los dos palimpsestos. Su Ilustrísima tomó una de las dos piezas y después la otra, mirándolas detenidamente por ambos lados, observando largamente los signos que se distinguían en su cara anterior. Seguidamente, don Gonzalo de Burgos dejó cuidadosamente ambos objetos en el receptáculo de la parte superior que quedaba del cofre, dirigiéndose a su visitante:

—Observo que has tenido una dura experiencia en la épica batalla que ha salvado el futuro de la cristiandad. No obstante, debo indicarte que es difícil recuperar un puesto de las características del tuyo, máxime cuando ha habido muchos candidatos en esta etapa floreciente para los Reinos de España y para Sevilla en particular con las Flotas de Indias.

Las palabras del Canónigo fueron como un jarro de agua helada en el rostro de Álvaro. Todas las esperanzas que había depositado en recuperar su anhelado puesto parecían desvanecerse como una negra nube de humo.

Tras unos instantes de estudiado silencio por parte del Canónigo, que observaba el rostro de su oponente con suma atención, decidió continuar:

—Sin embargo, dados tus reconocidos merecimientos, tal vez exista una posibilidad para que se pudiese calibrar una hipotética excepción. Claro que ello supondría que el candidato debería, además de contar con unos méritos notables, distinguirse por su amor a la Iglesia y donar algún bien de interés contrastado que sirviera, como señal de su buena disponibilidad para el cargo.

Álvaro sopesó detenidamente las palabras de su interlocutor y sin querer abrigar falsas esperanzas, inquirió con aire entre resignado y al mismo tiempo cauto:

—Excelencia, soy un hombre de escaso bagaje económico y tanto mi única hermana, como yo, no tenemos patrimonio ni otras prendas que poder ofreceros. Por tanto decidme si le placería, algún tipo de servicio especial a la Iglesia que pudiera suplir esas carencias.

El Canónigo, carraspeó levemente, dándose cuenta que había llevado a su interlocutor al sitio que quería y dirigió una sonrisa prometedora a su oponente:

—Hijo mío, bien sé de tus carencias económicas, pero a veces las necesidades de la Iglesia no se basan exclusivamente en bienes materiales como el dinero. En ocasiones, el peso de la Historia, los datos, códices, manuscritos que se guardan en Roma y en determinadas archidiócesis, generan un compendio del saber que ayuda en gran medida al mejor conocimiento de nuestra realidad, aquí en la Tierra, a los ojos de Cristo Nuestro Señor. Sin ir más lejos, estos objetos que me has mostrado podrían encerrar una valiosa información muy producente para la causa de nuestro Sagrado Instituto. Tal vez, podrías mostrar tu grado de disponibilidad, haciendo entrega de este pequeño recuerdo que puede representar para nosotros, un mensaje que enriquezca nuestra cognición y así, añadirlo a tu valiosa colaboración en la perpetuación de nuestra Santa Religión, amén de tu heroica gesta y que de este modo, finalmente, puedas lograr tu acceso al oficio que deseas.

Por un momento Álvaro estuvo tentado de levantarse, pero se contuvo a tiempo y recurrió a todo su aplomo, calibrando de forma instantánea los pros y los contras de esa invitación. Tenía

claro que si rechazaba la propuesta, podía despedirse para siempre de recuperar su puesto y si la aceptaba a las primeras de cambio, bien podía quedarse sin puesto y sin su pequeño tesoro. Por tanto, prefirió medir muy cautamente sus palabras para tratar de asegurarse, al menos la encomienda a la que optaba.

—Excelencia, nada me complace más que servir a la Santa Madre Iglesia, otorgando todo lo que esté en mi mano y pueda ofreceros. No obstante, como conocedor de la situación por la que atravesó la flota y de las especiales circunstancias de mi hallazgo, le rogaría que me pusiese a su servicio, con el cometido de contribuir a descubrir qué de producente pueda significar para nuestra Sacrosanta Religión.

El Canónigo Magistral, miró escrutadoramente a Álvaro y vio que pretendía asirse a un último resquicio por tratar de conservar al menos en la distancia, su preciada presea, pero que mostraba su intención de ofrecerla para salvar su aspiración de cargo. Tras analizar fríamente la situación consideró que podría otorgarle el puesto, en tanto que las piezas que reclamaba para la Iglesia quedarían bajo su custodia y que una vez en su poder, fácilmente podría hacerlas salir del ámbito de su anterior guardador.

—Bien, alabo tu disponibilidad para el servicio a nuestra Sagrada Causa, por lo que abogaré con mis pobres recursos para que seas finalmente restituido al puesto que ocupases en el pasado. La respuesta, la tendrás dentro de unos días y serás convocado al efecto. En tanto, mucho me agradaría que dejases estas singulares piezas bajo mi custodia, para ir avanzando en el descubrimiento de su mensaje.

Con estas palabras daba por finalizada la entrevista, sin más opciones a réplicas, por lo que Álvaro se puso en pie, besó la mano del Canónigo y con una profunda reverencia y dando las gracias, salió de la sala, no sin antes dirigir una última mirada al cofre que con tanto esfuerzo y riesgo de su vida, había logrado conquistar.

16 Conjunto de remeros, normalmente prisioneros y gitanos.
17 Especie de camarotes.
18 Estancia del jefe responsable de la boga.
19 Cabos de las velas.
20 Palos que sostienen el velamen.
21 Garruchas para subir y arriar las velas.
22 Palos horizontales, de los que penden las velas.
23 Costados laterales de la galera.
24 Banderas.
25 Especie de cofa.
26 Palo mayor.
27 Remeros.
28 Lancha.
29 Remeros.
30 Cuerdas que sujetan las velas.
31 Ganchos que sujetan los cabos.
32 Muro.
33 Calle ciega sin salida.
34 Saya al uso de las mujeres de la época.
35 Cinta que ceñía la cintura.
36 Parte superior del vestido femenino.
37 Remate del cuello de la camisa .

CAPITULO XV:
LAS TRES TABLILLAS

Mehmed Said, decididamente se consideraba un hombre de suerte: Había escapado a una muerte cierta en la batalla marítima de Inebahti[38] contra los cristianos, entre los Golfos de Corinto y Patrás, donde vio morir a muchos de los suyos, hasta que *in extremis*, con algunas otras pocas galeras, consiguieron arribar en Argel. Desde allí, logró sobrevivir a la dura travesía del desierto hasta alcanzar Jerusalén, donde encontró el reconocimiento entre los otomanos de esta ciudad, por la leyenda de gestas heroicas que realizara, gracias a su imaginación y a la falta de testigos que lo desmintieran. Tenía una esposa adinerada que le hizo el regalo de cuatro hijos todos varones. Y se le habían abierto las puertas para el comercio de las caravanas que periódicamente se dirigían hacia Damasco y Basora.

Y todo ello, pensaba, gracias a la suerte que le proporcionasen aquéllas tablillas de barro que años atrás encontrara en la fortaleza de Rodas. Claro está que nunca mencionó que dos de sus preciados amuletos, se los arrebataron por la fuerza, pero ese era al fin y al cabo, uno de sus secretos mejor guardados.

Pasaron años y el equilibrio entre la dominación otomana, la realidad del pueblo árabe, asentado en toda Palestina, más la presencia de judíos en pequeño número o de cristianos en lo que ellos llamaban Santos Lugares eran un buen motivo para que un hombre hábil como Said, supiera sacar provecho de ello, pues con todos procuraba hacer negocio, siendo flexible y astuto al mismo tiempo. Esta cualidad fue heredada por sus hijos y por ese motivo, al morir, Said, dejó muy claro a sus descendientes que cuidasen aquellos trozos de barro, como el mejor talismán, sin hacer partícipe a extraños de su existencia, para evitar envidias o incluso, que se los intentasen sustraer.

De este modo, las siguientes generaciones continuaron siendo guardadoras de un secreto que supieron mantener hasta que llegado a Abdel Fahd, el último de una genealogía con más de trescientos años de antigüedad, muy aficionado a la buena vida, malgastando su patrimonio y teniendo que huir precipitadamente de sus acreedores. Ni que decir tiene, que no se llevó nada de los escasos bienes que aún quedaban en la casa, por lo que sus prestamistas entraron a saco en la vivienda, arramplando con todo lo que en ella encontraron, repartiéndoselos entre un inmenso griterío y en su pugna por arrebatárselos unos a otros.

Cuando todo quedó esquilmado y desaparecieron hasta las puertas, dejando las paredes desnudas, un comerciante, al no reclamar nadie la posesión de la casa, por demás casi en ruinas, pensó que sería bueno el reconstruirla para convertirla en almacén de especias. Derribó paredes, levantó otras, cambió la distribución interior para adaptarla a su negocio y cuando ya se disponía a repasar el tejado, observó en un pequeño zaquizamí[39] entre las vigas de madera y la techumbre, una vieja alfombra enrollada. La extendió y vio con sorpresa que en su interior aparecía un pequeño cofre de metal. Por un momento pensó que se trataría de un tesoro que providencialmente, no había sido descubierto por los acreedores del huido. Lo abrió con sumo cuidado imaginándose las monedas de oro que habría en su interior, pero lo único que descubrió fueron tres objetos alargados con unas escrituras grabadas en lo que parecía ser una especie de láminas de barro cocido. La decepción fue grande, puesto que ya se había hecho a la idea de a qué destinar aquel hallazgo.

Tras darles unas vueltas en busca de otro signo que le hiciera pensar que hubiese oculto algo

más entre aquéllas vigas, decidió que se lo daría a un primo suyo, que compraba y vendía objetos antiguos y que por la pequeña caja con esas leyendas en barro, aunque sin valor, supuso que algo le podrían reportar, al menos si no por las tablillas en sí, sí por el propio estuche. Se dirigió hacia la Puerta de Jaffa y llegó a la Ciudad Vieja, donde abundaban los tenderetes de los pequeños comerciantes que ofrecían todo tipo de artículos, con los aguateros[40] deambulando por en medio de las calles, brindando los pellejos llenos con su preciado líquido.

Llegado al lugar, Zamir, que así se llamaba el almacenista de especias, localizó a su primo, Balig, que en ese momento despachaba con unos extranjeros, venidos de Europa, en busca de objetos de arte característicos de la zona. Cuando terminó con ellos, abrió el recipiente, sacando con cuidado las tablillas de su interior dejándolas a un lado y se puso a estudiarlo con atención. Intentó despegar su forro, para ver si había algún signo que delatase su procedencia, pero no había nada. Consideró que se trataba de una pieza antigua, cuyo posible valor radicaba en los años que tenía. Por ello, le ofreció a su pariente, la posibilidad que si alguien llegaba y le daba unas monedas, se lo vendería y repartirían el precio que pudiera sacar por él.

Ya se marchaba Zamir, cuando volviendo el rostro, se dirigió de nuevo a su pariente, para inquirir qué podría obtener por aquellas tres tablillas. Éste las miró y al comprobar que no entendía nada de lo que estaba escrito en ellas, le respondió que las guardaría igualmente por si alguien le pudiese descifrar aquellos símbolos o por si pudieran interesar a algún coleccionista europeo. Esto hizo que el comerciante, perdiese ya toda esperanza de lograr algo productivo de su descubrimiento.

Balig, guardó la pequeña arca en uno de sus anaqueles y envolvió las tablillas en un trozo de grueso papel, depositándolas detrás en el mismo hueco. Durante años continuó su actividad y allí seguían tanto el cofre como las tablillas envueltas, cubiertos cada vez por más capas de polvo, sin que nadie se interesase por su existencia.

Vinieron tiempos difíciles y convulsos para el pueblo palestino, afincado en Jerusalén. Ésta seguía siendo una ciudad viva en lo comercial, pero las tensiones políticas, llevaron a la aparición de nuevas organizaciones y movimientos cuyas metas distaban mucho de la paz y convivencia relativas disfrutadas en siglos anteriores.

Un fenómeno que deja sentir su poder, se hace patente con la aparición de la Organización Sionista Mundial, a finales del siglo XIX. Palestina queda bajo el control del Mandato Colonial Británico, hasta que finalmente logran el reconocimiento del Estado sionista en 1948. Ello supuso que dos décadas más tarde, los palestinos creasen el Frente Popular de Liberación de Palestina, con la aparición de sucesivas facciones como la O.L.P. (Organización para la Liberación de Palestina), Hamás, Al-Fatah, Hizbollah y otras de menor calado.

Unas décadas antes de ese marasmo de acontecimientos, Balig, el comerciante ya anciano, considera que debe despojarse de la totalidad de sus pertenencias, por lo que decide dejárselo todo a un sobrino nieto. El joven, albañil de profesión, llamado Omar, con su tío abuelo ya moribundo, decide echar un postrer vistazo al almacén que guarda cuanto éste le ha legado. Comprueba los mil y un objetos apilados en las estanterías, sin mayor orden ni concierto y decide que lo mejor será deshacerse de todo, por lo que llega a un acuerdo con un comerciante, que tiene su tienda junto a la Puerta de Damasco. Esa misma mañana, tal vez por un extraño impulso que le invade, antes que el comprador se haga con su depósito y decidido a marchar a Samarra para trabajar en la reconstrucción de la Mezquita Al Askari, piensa que tal vez, se le haya pasado algo por alto y que su tío quizás escondiese algún objeto de valor que no hubiese

descubierto aún.

Entra de nuevo en el pequeño recinto, comienza a remover una vez más, la multitud de piezas apiladas que va encontrado a mano. Prosigue hasta una pequeña estancia en la parte trasera del local, y ya está dispuesto a salir, desengañado de poder encontrar nada que pueda ser convertido en dinero, cuando de una podrida tabla, se desliza hasta casi caer, un cofre medio tapado por la suciedad, en el que no había podido reparar. Lo abre con decisión comprobando que está vacío y con el forro despegado. Cree que ha perdido su última esperanza y procede a depositarlo de nuevo en el lugar que lo halló, pero al ir a dejarlo, nota que tropieza con un amasijo de papeles, aún más oculto por las telarañas acumuladas de muchos años. Desenvuelve el envoltorio, rezongando por haberse manchado las manos de tanta inmundicia y descubre lo que parecen tres piezas de barro. Dada la poca luz interior del almacén, los saca al exterior y comprueba que se trata de una especie de pequeñas tejas, con una serie de inscripciones, cuyo significado no acierta a descubrir. Algo le dice que, pese a ser de un material de poco valor, bien pudieran guardar la clave de un secreto tesoro. Analiza el hecho de estar escondidos en el lugar más recóndito del almacén, como si se quisiera preservar de miradas extrañas, lo que le reafirma en la impresión de su posible importancia.

Los envuelve de nuevo y se dirige a su casa, pensando guardar el secreto a su madre, hasta que no averigüe el posible precio que puedan alcanzar. Días más tarde, se los muestra a varios vecinos, sin que ninguno haya acertado a darle una respuesta coherente, por lo que decide emprender la marcha a Samarra y llevárselos consigo, pues tal vez, entre los religiosos de la mezquita en la que piensa trabajar, alguno pueda desvelarle su secreto.

Tras unos días de viaje, llega a la Ciudad, a las orillas de Rio Tigris, contemplando el conjunto donde destaca sobre todo, la hermosa Mezquita. Conoce muy poco de Historia, pero alguien le había dicho que Samarra, recibe ese nombre en memoria de un gran caudillo árabe, llamado Saladino y que significa «una delicia para la vista», lo que realmente comprueba que es cierto.

Se dirige a la dirección que le han indicado, donde habita un miembro del clero, encargado de dirigir las obras de consolidación de la Gran Mezquita. Le entrega la carta de recomendación que trae desde Jerusalén, confesándose como ferviente chií, le indican que se presente al maestro de las obras, al día siguiente. A continuación, el clérigo que le ha atendido le muestra el lugar donde se aloja el resto de los trabajadores.

Por la mañana llega al pie de la Mezquita, contempla con admiración la gran cúpula dorada, recubierta de piezas de oro, de más de sesenta metros de altura. Gracias a su habilidad, va ganándose la confianza de sus maestros y al mismo tiempo le permite ir conociendo aunque sea de lejos, a varios ulemas e incluso a un mulá, que le parece, persona muy erudita y de grandes conocimientos. Piensa en buscar la posibilidad de llegar a conocerle personalmente, circunstancia que se le presenta cuando le envían a reparar unos paramentos que se encuentran semiderruidos en el minarete principal, en forma de zigurat[41]. Por eso, al día siguiente cuando sabe la hora aproximada en el que su objetivo pasará en dirección al minarete, decide colocar las tres tablillas en el suelo, en lugar visible, pero a resguardo de ser pisadas y destruidas.

A los pocos minutos, la figura de mulá, se acerca con su turbante y túnica negros, símbolo distintivo de ser descendiente directo de Mahoma, pero viendo que éste no repara en los objetos y que se le esfuma la posibilidad que tanto buscaba, decide en un rapto de valor, dirigírsele directamente.

—Mulá: Salam aleikum.Perdona mi osadía.

El clérigo al recibir el saludo, se volvió sorprendido y vio ante sí a un obrero con ropas polvorientas, que con su mano derecha sobre el pecho, la llevaba a sus labios y después a la frente, en señal de respeto. En tanto que con la izquierda le mostraba unos objetos

—Aleikum salam, ¿Que se te ofrece?

—Verás —se atrevió a balbucir—, vengo de Jerusalén y unos parientes míos guardaban con mucho celo estas tablillas cuyos símbolos desconozco. Pienso que puedan contener un legado de mis antepasados y desearía saber si pudieras averiguar o conocer su significado.

Alí Hasan, las tomó en su mano, observándolas con detenimiento y transcurridos unos segundos, le contestó:

—Ciertamente son interesantes, están escritas en un lenguaje muy antiguo, cuneiforme, dos de ellas y la otra con caracteres arameos. No obstante tendría que estudiarlas con más detenimiento, siempre que estés dispuesto a dejármelas.

Por un momento, Omar se quedó indeciso, no sabiendo qué responder, pues en modo alguno quería perderlas. Pero por otra parte pensó, que el mulá Alí, era un hombre sapiente y respetable del que no debía desconfiar.

—Sea, esperaré tu opinión para saber qué representan.

Transcurrieron unos días, y por más que Omar trataba de localizar al poderoso miembro del clero, éste no dio señales de vida, Cuando ya desesperaba y estaba dispuesto a localizar sus aposentos del mulá, una mañana y sin que lo esperase, Alí Hasan apareció de improviso ante él:

—Salam aleikum, hijo, A propósito, ¿cómo te llamas?

—Omar —respondió éste, con indisimulada alegría.

—Ven conmigo, debo decirte algo en relación a las tablillas que me mostraste el otro día.

Ambos se dirigieron al interior de la inmensa Mezquita, en uno de cuyos salones el mulá sacó de un gran baúl, las tres tablillas.

—Has de saber que lo escrito en estas piezas, tienen una gran importancia para nuestra religión y para el mundo árabe en general. No está del todo claro su significado final, pero aún así, son de una gran trascendencia. Por tanto debo comunicarte que la decisión final sobre su destino debe pasar por someterlo a nuestro Ayatolah y acatar su mandato.

Por un momento y a medida que hablaba Alí Hasan, Omar veía que, se difuminaban quizás para siempre, sus esperanzas de obtener algo positivo.

Pasaron más días más, en los que por su trabajo, casi dejó de acordarse de sus tablillas, fundamentalmente para no atormentarse más de lo que estaba, cuando una mañana después del rezo, apareció de nuevo el clérigo Alí.

—Has de venir conmigo ahora.

Sin mediar palabra alguna, Omar le siguió hasta entrar en unas estancias para él desconocidas. En una enorme sala, cubierta de alfombras, aparecía sentado el Ayatolah, rodeado de otros tres ulemas.

Alía Hasan hizo el saludo a los que les esperaban, quiénes respondieron sin moverse de los cojines en los que estaban recostados.

—¿Este es el hombre? —inquirió el Ayatolah en voz apenas audible.

—Sí, Gran Comendador. Él me ha presentado las tres tablillas que durante días he tratado de traducir y cuyo significado parcial ya conoces.

—Creo que te llamas Omar. ¿No es así? He de comunicarte la importancia del hallazgo que nos has traído y cuyo mensaje debo guardar. No obstante quiero compensar este servicio que nos has prestado y entregarte esta suma de dinero para que regreses a tu ciudad y vivas en paz. Ante

todo, deberás olvidarte por completo de lo que te ha traído hasta aquí y guardarás el más absoluto silencio.

Omar, que no se atrevió a abrir la boca, cogió el envoltorio con el dinero y sólo atinó a decir:

—Salam alikum —inclinándose hasta el suelo en una reverencia— y seguidamente, salió del aposento sin volverse de espaldas hasta que no hubo rebasado la puerta.

Apenas llegado a su alojamiento, preparó sus escasos enseres y emprendió rápidamente el camino de vuelta a Jerusalén, no sin antes contar varias veces la suma de dinero que había recibido y que era más de cuánto podría ganar en varios años. En su interior, no sabía si estar contento o por el contrario, su ambición le decía si no hubiese podido obtener algo más, pero conocía los recursos de los ayatoláhs y las palabras que en tono de advertencia que éste le había formulado.

De este modo, las tres tablillas quedaron depositadas en la Mezquita de Al Askari, donde permanecieron ocultas y a resguardo, primero de los ocupantes ingleses y después de los sucesivos gobiernos monárquicos al principio y republicanos después, con las posteriores revueltas de la segunda mitad del Siglo XX, que a principios del XXI tuvo su colofón con la ocupación americana y el derrocamiento final de su líder, Sadam Husein.

En el año 2006, llega a oídos del Imán que se pretende realizar un sabotaje, por lo que rápidamente ordena el traslado de los fondos documentales hacia el norte. Entre ellos y a buen recaudo, figuran unos palimpsestos que los estudiosos han considerado de vital importancia para el devenir del mundo árabe, pero de los que no ha querido revelar su contenido. Salvo a unos pocos elegidos.

Apenas han partido varios convoyes de vehículos todo terreno hacia el Norte, en dirección a Erbil, la cúpula de la Gran Mezquita cae derrumbada por efecto de una terrible explosión que sacude toda la ciudad de Samarra.

Dos facciones opuestas pugnan por hacerse con los secretos que en el lugar sagrado de los chiíes se custodiaban: la Central de Inteligencia Americana y los grupos armados de Al Qaida.

Al llegar el primer convoy a Erbil, es objeto de una emboscada, produciéndose un enfrentamiento, quedando el último de los vehículos atrapado en uno de los desfiladeros que dan acceso a la ciudad desde el sur. Cuando la suerte parece inclinarse hacia los soldados americanos, los guerrilleros reciben refuerzos con piezas de mortero y varios vehículos de apoyo. Entretanto, uno de los soldados, logra alcanzar el furgón y con aparente conocimiento de lo que busca, extrae una caja de madera de reducidas dimensiones, que aprieta contra su pecho. En ese momento, un proyectil alcanza el flanco derecho del vehículo y lanza al militar contra la pared de piedra.

La onda expansiva hace que la caja de madera se abra, esparciéndose su contenido por el montículo de arena, lo que mitiga la fuerza del golpe y permite que las tres piezas de barro que contiene, no se rompan. El militar queda aturdido, pero rehaciéndose rápidamente trata de devolver las piezas al interior de la caja. En ese momento, una ráfaga de fusil automático impide que se haga con dos de ellas, por lo que se ha de ocultar con toda premura, arrastrándose entre las rocas. Busca a su unidad, pero comprueba con angustia que se han visto obligados a replegarse. Ello le hace analizar vertiginosamente, las posibles salidas de aquel avispero, pues su misión, aunque encuadrado en las filas del ejército de tierra, las recibía del control de mando, proveniente de la Central de Inteligencia, sabedora de la existencia de ese material sensible, para hacerse con él, gracias a la filtración recibida de un mulá, confidente que conocía de su existencia y el mensaje que contenían, de alto valor en manos terroristas. Ello había llevado a sus

superiores a introducirlo, gracias a sus conocimientos del idioma, como un soldado más en una de las unidades que actúan como instructores de las tropas iraquíes.

Brian Alomar piensa que lo más seguro es ocultarse. Al anochecer, observa que se ha hecho un espeso silencio y con toda precaución retrocede de nuevo hacia el desfiladero, comprobando que el todoterreno ha desaparecido. Busca en el suelo las dos tablillas que no había podido recuperar, pero éstas tampoco están. Él es descendiente de judíos sefardíes de origen hispano, piensa que vestido con el uniforme de las tropas americanas, no es buena carta de presentación en una zona tan insegura como en la que se encuentra solo, aislado del resto de sus compañeros. Dado que su prioridad es salvar lo que ha podido rescatar, según las instrucciones recibidas, decide acceder a la Ciudad.

Se introduce en un dédalo de callejuelas, tratando de ocultarse lo más posible y alcanza por fin el barrio de Ankawa. Cuando está a punto de llegar al aeropuerto, un grupo de insurgentes hace su aparición, descubriendo su posición y recibiendo una descarga de armas ligeras. Corre con todas sus fuerzas por el interior de las estrechas calles y en un esfuerzo supremo, logra ocultarse en lo que supone una antigua capilla cristiana, que tiene las puertas entreabiertas y en aparente estado de abandono. Los milicianos, al cabo de unos segundos siguen a gran velocidad, vía abajo, sin reparar que las puertas del templo estaban entornadas. No obstante, piensa que, posiblemente vuelvan sobre sus pasos para hacer un registro más a fondo. Por un momento no quiere pensar en que lo identifiquen, pues bien sabe el destino que corren los prisioneros que hacen los rebeldes.

Busca en el interior del templo, sin que observe nada que le haga pensar que pueda facilitarle la huida. Penetra en una pequeña sacristía y en el suelo, iluminado levemente por la luz que entra por una pequeña ventana, descubre el cuerpo sin vida de un hombre, en medio de un gran charco de sangre. Se aproxima, dándole la vuelta hasta ponerlo boca arriba, y comprueba la marca que tiene en el cuello y que por las apariencias, se deduce que ha debido de ser degollado no hace mucho tiempo. Con presteza rebusca en el interior de sus bolsillos y encuentra una pequeña cartera con documentación. Era la de un sacerdote católico, llamado Andrés Charbel.

Por un momento piensa qué hacer, pues sabe que sus perseguidores pueden regresar en cualquier momento. Se desnuda con presteza y esconde el uniforme en uno de los armarios de la sacristía y toma alguna de las prendas que hay colgadas en él y que supone debían pertenecer al desdichado clérigo y decide comprobar entre la documentación, que contiene la pequeña cartera, si hay alguna referencia o lugar que le sirviera para poder ocultarse de nuevo. En su búsqueda, descubre un papel amarillento con unos nombres: Obispo Esteban Asail y padres Joseph y Mahdi. Un lugar: la Capilla de Saint George y una hora, las doce. Por un momento piensa que si se trata de un encuentro con sacerdotes cristianos, el lugar debe contar con cierta seguridad, por lo que, como conocedor de la zona, sabe que ese templo está situado a relativa poca distancia y que faltan aún dos horas para la cita a la que el asesinado tenía intención de acudir.

Al llegar a la pequeña iglesia, llamó con suavidad a la puerta. Tras unos segundos, ésta se abrió y apareció un hombre joven, de aspecto europeo, pero que en perfecto árabe se dirigió a él.

—El padre Charbel, supongo.

Brian, por un momento estuvo tentado de decir que no, pero en una fracción de segundo, decidió seguir el juego. Al fin y al cabo tenía en su poder la documentación del difunto. Por ello, asintió levemente con la cabeza y también en su perfecto árabe, dijo,

—Me vienen persiguiendo, aunque creo que he logrado despistarles.

El hombre que le abriera la puerta, extendió su mano y se dirigió a él.

—Mi nombre es Joseph y estoy aquí con otro compañero, el padre Mahdi, que viene del Sur y estamos esperando al Obispo de Erbil —comentó haciendo la presentación.

—Encantado de conoceros, respondió Brian Alomar, con su nueva personalidad. Me llamo Andrés Charbel.

Transcurridos unos minutos, tocaron de nuevo suavemente a la puerta. Los tres se miraron con preocupación, pero fue de nuevo el padre Joseph, el que se dirigió a la entrada. En el dintel apareció la figura de un hombre de cierta edad, de fuerte complexión, que se sin más preámbulo, les saludó.

—Hijos, gracias a Dios que hemos podido encontrarnos aquí. He observado que hay un gran revuelo por las calles, en lo que parece una persecución de alguien. Quiera el Señor que el infortunado tenga suerte y pueda eludirlos.

—Excelencia —dijo el padre Joseph—, le presentó al padre Mahdi, que ha logrado llegar desde Bagdad. Y al padre Charbel, al que sin duda conocerá pues pertenece a la Parroquia de Saint George.

En ese momento, Brian, pensó que todo su plan quedaría al descubierto y ya trataba de explicar lo ocurrido, cuando las palabras del Obispo, frenaron en seco su intención.

—Me alegro de veros a los tres. De ti Mahdi no tenía referencias al venir de la Capital. En cuanto a ti —dijo volviéndose a Brian—, hace tiempo que no nos veíamos y en principio no te reconocía, pero la verdad es que soy mal fisonomista y me parecía recordarte algo mayor.

Con esas palabras Brian, se sintió más tranquilo, pues con ello evitaba tener que dar explicaciones que para un Agente del Servicio Secreto, siempre son incómodas.

—Bien son casi las doce y debemos prepararnos para que nuestro enlace, nos localice en el punto de encuentro.

En ese instante,sonó el teléfono del padre Joseph, que lo abrió rápidamente. Los tres le observaban con ansiedad, intentando interpretar qué noticias estaba recibiendo. Tras unos segundos, sólo respondió con un lacónico.

—De acuerdo, allí estaremos —prosiguió, mientras los demás le seguían impacientes con la mirada—. Es nuestro mensajero. Ha considerado que ante la presencia de patrullas, que al parecer, buscan a un huido, deberemos vernos con él, tras el Syriac Museum, algo más al Norte.

Los cuatro en el más absoluto silencio, emprendieron el camino, precedidos por el padre Joseph y el Obispo, seguidos de los otros dos. Llegaron al bello edificio, rodeando su fachada y al doblar la esquina de su parte trasera, encontraron a un hombre joven, de aspecto atlético y de elevada estatura, que tras mirarlos con detenimiento, les hizo una leve inclinación de cabeza.

—Celebro verles sanos y salvos. Tenemos que superar muchas dificultades. Vamos a intentar alcanzar el Aeropuerto lo más rápidamente posible.

No había casi terminado de decir esas palabras, cuando el tableteo de las armas automáticas, se dejó sentir sobre sus cabezas. Eso les hizo emprender una carrera desesperada, primero en dirección al Aeropuerto y después, hasta conseguir alcanzar un vehículo que providencialmente encontraron, aparentemente abandonado, pero con la llave de contacto puesta.

Cuando finalmente lograron esquivar a sus oponentes, gracias al fuego cruzado que tenían a sus espaldas, el recién llegado se puso al volante, pese a que había recibido una herida profunda a manos de uno de los guerrilleros que les atacaron por la espalda con sus machetes en una breve lucha cuerpo a cuerpo y del que finalmente pudo zafarse, gracias a ese fuego cruzado que no

sabían bien de dónde provenía. Una vez subieron los demás precipitadamente al todoterreno, emprendieron la escapada, alejándose a toda velocidad. Cuando comprobó que nadie les seguía, comentó a sus pasajeros:

—Excelencia, mi nombre es Daniel Cormack y soy el encargado de tratar de llevarles a Roma.

En su interior, Brian Alomar, sentado en el asiento trasero con su recién adquirida personalidad como padre Charbel, consideró que su nuevo acompañante era una persona de fiar en caso de apuro y que había solventado la papeleta de la huida con gran eficacia profesional. Sin casi pensarlo, extendió sus dedos por el interior de su ropa y tocó la tablilla de barro que había logrado recuperar, dejando escapar un suspiro de alivio.

38 Lepanto.
39 Hueco entre el tejado y el forjado de viviendas antiguas.
40 Aguadores.
41 Rampas de acceso a la torre/minarete

CAPITULO XVI:
EL ENCUENTRO

Las miradas de los dos, durante unos segundos, se cruzaron dejando entrever algo más que el encuentro de dos antiguos amigos. Al cabo de unos instantes, Daniel acertó a decir:

—¡Qué sorpresa, Julia!, yo también me alegro que estés aquí. Pero por favor, toma asiento —y añadió, acercando su silla hacia la de ella—.Parece que el destino ha querido unirnos de nuevo y por las deducciones iniciales, en una misión que no será fácil. Pero dime, ¿quién te envía a sabiendas del riesgo que se puede correr?

Julia sonrió, al comprobar el interés que Daniel parecía mostrar por su propia seguridad.

—Han pasado muchas cosas y tal vez la experiencia de la ocasión anterior, aquí en Sevilla y los resultados alcanzados, han hecho que los responsables de mi División, lo hayan considerado oportuno.

—Con todo, lo veo muy peligroso. Ignoro hasta qué punto te han dado cuenta de las circunstancias, pero creo que se antoja difícil y arriesgado, pues, salvo que sepas algo que yo ignore, se trata de una empresa a priori oscura y de imprevisibles resultados. Y que debo anticiparte, que ha despertado interés tanto en nuestros respectivos Servicios, como también en otros a nivel mundial.

Daniel, añadió esto último pensando en su discreta conversación con Samuel Bloch, pero tampoco quería desde el principio, revelar todo lo que sabía de la posible trama, puesto que si bien debían colaborar, tenía muy presentes las directrices que le marcara Monseñor Molinelli .y que desconocía hasta qué punto Julia era sabedora de la verdadera razón de su venida a Sevilla. Por ello, aunque su ánimo le pedía poner las cartas boca arriba, se contuvo y esperó a que Julia le desvelase algo más.

—Parece ser que se trata de un mensaje encriptado, cuyo contenido puede suponer una amenaza en manos de determinados grupos.

—Sí, ¿pero qué causas objetivas conocen en tu Central que les hagan pensar que la clave puede estar en Sevilla?

—Tal vez y sólo es una hipótesis, estén al corriente de los avances que tus jefes en Roma hayan podido alcanzar.

Esta sugerencia hizo plantearse de forma repentina, que posiblemente hubiese un topo infiltrado en los Estamentos de la Curia Romana para que los Servicios de Inteligencia de los Estados Unidos, estuviesen al tanto de los últimos descubrimientos logrados. Ello abría nuevos frentes, no ya de investigación en sí, sobre la ciudad que previsiblemente guardaba relación con la trama, sino en la propia operativa de desconfiar tanto de las personas que pudiesen tener algún grado de información sobre el particular, como de lo que pudiera saber el Servicio Secreto americano. Todo ello se lo había planteado en una fracción de escasos segundos, por lo que creyó oportuno preguntar a Julia:

—En el supuesto que llegásemos a averiguar la naturaleza de lo que pueda ocurrir y sus posibles consecuencias, ¿cuál es tu papel en este asunto y hasta dónde estás autorizada a intervenir?

Julia por un momento, volvió a esbozar una leve sonrisa, pensando que ante sí, en ese momento, estaba el agente y no el hombre que había experimentado por ella un sentimiento único e inolvidable. Pero dentro de la discreción que debía guardar, procuró ser sincera.

—Daniel, si estoy aquí es porque alguien ha considerado que es necesario controlar una

amenaza y un cierto peligro para nuestra seguridad nacional. Hasta ahora, creo suponer que tanto tú como yo, ignoramos lo qué puede pasar, ya sea el cómo, el qué e incluso dónde, porque el escenario de los posibles acontecimientos esté en Sevilla y que la ciudad juegue un papel determinante, es por el momento, tan sólo una mera hipótesis.

Daniel al escuchar estos razonamientos, experimentó lo más parecido a un atisbo de vergüenza por haber podido dudar de las intenciones de ella, pero en la medida de lo posible, por su propia integridad. La miró a los ojos, observando su bello rostro y sus manos sobre el mantel y sonriendo cambió radicalmente el tono de sus palabras:

—Creo que he sido muy descortés contigo. Nos hemos puesto a hablar sin haberte ofrecido ni siquiera una copa, ni preguntarte qué deseas cenar. El placer de haberte vuelto a ver de forma tan inesperada, me hacen experimentar unas sensaciones que en modo alguno, pueden obviar que tendrás apetito y que sin saberlo, alguien nos haya permitido que volvamos a vernos después de tanto tiempo, en una cena de trabajo.

—Pues sí, la verdad es que aquí se come más tarde de lo habitual y mi reloj biológico aún no se ha adaptado del todo a este horario, aunque me encanta, porque se disfruta más de la vida y se saborea mejor —respondió devolviéndole la mirada, de forma directa, a los ojos de él.

Daniel llamó al camarero, una vez que hubieron elegido entre las distintas opciones que ofrecía la carta. Cenaron como dos buenos amigos que se habían reencontrado después de mucho tiempo y cuando finalizaron, Daniel se dirigió de nuevo a Julia:

—¿Tienes prevista alguna gestión de forma inmediata?

—Dispongo de contactos ya establecidos, que me han sido marcados desde la Central, pero fundamentalmente mi prioridad era reunirme contigo y planificar conjuntamente qué hacer y con quién debemos realizar las primeras averiguaciones, aparte de vernos…

Esta última frase, la dejo caer de forma intencionada y poniéndole un énfasis distinto a su tono de voz.

Daniel se removió imperceptiblemente en su asiento, pero prefirió no seguir por ese camino, aunque lo desease, y optó por sincerarse algo más con ella, relatándole alguna de sus pesquisas.

—No me cabe duda que tanto en Palacio —así le llaman aquí al Arzobispado—como en la propia cátedra del profesor de Arte, unos y otros saben algo más de lo que hasta ahora se han atrevido a confesar. Sobre todo me llama poderosamente la atención y sería interesante conocer, la identidad de la persona que quería oír la conversación que mantuve con el Catedrático García de Benavente y por qué motivos. Así es que seguiré esas dos líneas de investigación para ir descartando posibles conjeturas.

Al salir finalmente del restaurante, Daniel preguntó a su nueva compañera:

—¿Dónde te alojarás en Sevilla?

—Por el momento estoy en un hotel del centro de la ciudad, pero ante la posibilidad que esto pueda alargarse, llamaré a mi buena amiga María Amparo, la recordarás, que dispone de unos apartamentos cercanos a la Catedral y si tiene alguno libre, podré quedarme allí, con más comodidad y sobre todo privacidad.

—Será sin duda más seguro en todos los aspectos y podremos vernos al abrigo de miradas indiscretas… —comentó Daniel, quién se detuvo un momento, para añadir rápidamente en tono algo acelerado— por supuesto profesionalmente y ponernos al tanto de nuestros averiguaciones.

Julia, lo miró esbozando un casi imperceptible mohín, al ver que le había aparecido un ligero rubor en su cara, haciendo brillar en sus ojos un destello de cierta picardía, pero no quiso contestar.

—Bueno —añadió él, cambiando un poco el tono— como vas hacia el hotel, lo mejor será que te acompañe, dado que vamos casi en la misma dirección y hace una noche muy agradable.

En su interior pensaba que a toda costa, debía mantener las relaciones con Julia en un nivel estrictamente profesional y sobre todo porque aún recordaba su reacción de dos años atrás cuando la besó. Ese pensamiento se entremezclaba en su mente, con la imagen del enigmático Samuel Bloch, su pasada conversación y conocimientos sobre la operación de extracción que realizara en Erbil, que sostuviera en aquél mismo restaurante.

En su camino bordeando la Universidad, Daniel sujetó levemente el brazo de la joven, haciendo un gesto:

—Observa aquella ventana de la planta superior de la Facultad de Letras, he creído detectar que alguien ha enfocado una cámara hacia nuestra posición. Deduzco que, apenas hemos comenzado y ya despertamos la curiosidad de algunos. Bien, por el momento no podemos hacer nada, pero razón de más para que actuemos con la máxima cautela.

Llegados al hotel, se despidieron, de la forma más convencional, rozándola levemente con su mano en la cintura.

—Hasta mañana Julia. Ha sido un auténtico placer volver a verte.

Diciendo esto, se apartó rápidamente y ya se había alejado un par de pasos cuando ella le respondió:

—Estaba segura que nuestro encuentro sería tan agradable como lo imaginaba.

Él, al alejarse, hizo un signo con la mano de despedida, pero no quiso volver la cara. Ella en tanto, se quedó unos segundos admirando su esbelta figura mientras desaparecía bajo la hilera de naranjos de la plaza. En ese instante, las campanadas del reloj de la torre, daban lentas, las doce. Daniel pensó, lo fugazmente que se le habían pasado las últimas tres horas.

A la mañana siguiente, lo primero que hizo fue poner al corriente por teléfono a Monseñor Molinelli, advirtiéndole del hecho que había constatado la posible existencia de un topo en el Servicio Secreto o dentro incluso del propio Seseiv, del que su jefe era el máximo responsable. Éste cuando hubo escuchado todo lo que su subordinado le expuso, respondió:

—Mi querido amigo, la presencia de esa persona dentro de nuestro organigrama, es del todo conocida por nosotros. Pero como deberá suponer, hemos tratado de sacar la parte positiva y convertirlo en una ventaja, dado que él, sin saberlo, también nos mantiene informados de determinadas iniciativas que toman sus, llamémosles contactos, y así podemos conocerlas de primera mano.

Daniel por discreción no le preguntó el nombre del agente doble, pues si Monseñor Molinelli consideraba necesario desvelarlo, se lo haría saber.

—He de indicarle también, que llevamos bastantes avanzadas las investigaciones sobre el agente que le entregó la tablilla, bajo la apariencia del padre Charbel. En cuanto a su contacto americano, actúe con cautela. Además, como ya la conoce de la vez anterior, hace dos años, sin duda podrá controlarla con cierta facilidad. Buenos días Daniel.

Terminada la conversación, Cormack sopesó que las últimas palabras del Prefecto fueron dichas o al menos así creyó escucharlas, con cierto énfasis que dejaban en el aire una serie de suposiciones. ¿Qué sabía de lo ocurrido Molinelli tiempo atrás? Tal vez su relación con Julia no le fuera del todo ajena.

Prefirió pensar en otra cosa y centrarse en los siguientes pasos que debía dar y creyó que era ya hora de aclarar el papel que jugaba el profesor adjunto de la Cátedra de Arte, si sus sospechas eran ciertas. Consideró que sería mejor no anunciar su visita y presentarse de improviso. Al

llegar se dirigió directamente al despacho y sin llamar, abrió la puerta, encontrándose con la misma adjunta que le recibiera días atrás. Ésta, sorprendida, levantó la mirada de lo que parecían exámenes y le preguntó con voz seca:

—¿Qué desea?

—Discúlpeme por haber entrado sin avisar, soy Daniel Cormack, no sé si me recordará. Hace unos días me reuní con don Emilio y quedé en volver a recoger cierta información, sobre fondos de arte.

—Ah sí, perdone, no le había reconocido —contestó cambiando el tono de su voz—. Don Emilio no ha venido esta mañana, pero me consta que ya le tiene preparado un avance de lo que le había solicitado. Siento no poder facilitársela, pues no estoy autorizada sin su permiso.

—No se preocupe, ¿señorita…?

—Amelia, dispense que no me haya presentado, como verá estoy enfrascada corrigiendo los exámenes trimestrales.

—Encantado de saludarla de nuevo señorita Amelia —dijo en un tono que intentaba que resultase de lo más cordial y persuasivo— no quisiera molestarla en su labor. Pero ¿podría indicarme si su compañero, el que estaba en esa mesa el día anterior, podría ayudarme a localizar algunos fondos, para no tener que molestarles ni a don Emilio ni a usted?

—Oh, lo dudo mucho, Omar lleva muy poco tiempo en Sevilla y concretamente en la Cátedra y no creo que posea conocimientos específicos suficientes de la ciudad como para poder aclararle sus dudas.

—¿Es también profesor adjunto? —inquirió Daniel, dando a sus palabras un tono de la mayor inocencia.

—La verdad es que ha llegado aquí, hace apenas dos meses y don Emilio se ha visto en el compromiso de incorporarlo, debido a ciertas llamadas que ha recibido, recomendándolo...

En eso se interrumpió bruscamente, como si no hubiese debido ser tan franca, con un extraño.

—Perdone, le ruego que no haga uso de mi comentario...

—Por favor, no se preocupe, lo que ha dicho, quedará entre los dos. No obstante, me gustaría preguntarle cuando venga si de todos modos me podría orientar. ¿Cual es su nombre completo? Con eso no trasgredimos ningún secreto —añadió, acompañando sus palabras de la mejor de las sonrisas.

—Sí, en eso no hay problema, —le contestó Amelia, algo más tranquila— se llama Omar al Sabawi y tengo entendido que proviene de Siria.

—Señorita Amelia, muchas gracias por su tiempo y por su ayuda. No dude que sabré agradecérselo y así transmitiré a don Emilio su disponibilidad, Eso sí, sin mencionar para nada nuestro secreto —finalizó, haciendo un gesto como señal de complicidad—. Muy buenos días.

Cuando salió de la cátedra pulsó su teléfono móvil y envió un mensaje a Monseñor Molinelli: *«Por favor, trate de localizar antecedentes de un sujeto al parecer de origen sirio, que ha llegado a Sevilla hace dos meses, llamado Omar al Sabawi Se ha incorporado a la Cátedra de Arte y sería conveniente conocer quién ha podido recomendarlo.»*

Sin esperar respuesta alguna, creyó que el siguiente paso debía ser volver al Arzobispado y constatar de primera mano, qué postura había adoptado el Vicario Sáenz de Taboada, después de su primera visita. Entró en el recinto de control a la entrada del Palacio y comprobó que el vigilante de la puerta no era el que le atendiera la vez anterior. Al cabo de unos minutos, sonó la línea interna de la centralita, autorizándole a subir, haciendo éste, ademán de acompañarle.

—No se preocupe —le aclaró Daniel—, conozco el lugar.

Arriba, le recibió la misma mujer que la vez anterior, saludándole cortésmente:

—Sea bienvenido, señor Cormack. Supongo que vendrá por los datos que le debía facilitar el señor Vicario. Me ha informado que aún no ha podido prepararlos, pero que si lo desea, puede ponerse en contacto con don Luis Trastorres, que es el archivero encargado de la mayor parte de los fondos documentales y artísticos de las principales parroquias de la Diócesis

—Le agradezco la información. ¿Dónde puedo localizar a ese archivero?

Tenga esta tarjeta con su número de teléfono y su lugar habitual de trabajo en la Parroquia de los Santos Mártires, que es una de las mayores de la ciudad y además está relativamente cerca de aquí.

—Le quedó muy agradecido y preséntele mis respetos a don Ulpiano.

De regreso, preguntó a un viandante si conocía la Parroquia que le habían indicado. Éste, extendiendo el brazo, le contestó:

—Siga todo recto y al final a la izquierda, no tiene pérdida. Verá que es una preciosidad… —añadió haciendo a modo de publicidad gratuita.

—Gracias —se despidió Cormack, no queriendo entrar en conversación que a buen seguro le hubiese encantado seguir a aquél sujeto.

Al llegar a la calle que le habían señalado, desembocó en una amplia plaza, adornada de naranjos, en la que se levantaba una hermosa construcción de corte manierista, de ladrillo rojo avitelado y esbeltas pilastras en color claro. Decidió que cuando llegase a su alojamiento, consultaría la datación del bello templo, ahora cerrado, para conocer algo más de su historia.

La tarde la dedicó prácticamente a reordenar todos sus datos Comprobó que en ese amplio mosaico de información, no cabía la menor duda que, si se confirmaban sus sospechas, las tablillas estudiadas por el profesor Athaulpi y el seguimiento que varios Servicios Secretos venían realizando, como la Agencia norteamericana, el Mosad al que dijo pertenecer el enigmático Bloch y el mismo Seseiv, hacían suponer que todos, estaban interesados en desentrañar esta madeja. Pero ¿a quién, o a qué se enfrentaban realmente y dónde tendría lugar el supuesto atentado en el caso de ser ciertas todas las conjeturas?

Era ya casi anochecido cuando sonó su teléfono y abrió el mensaje que le remitía su jefe:*«Hay un Omar Al Sabawi, de origen iraquí que estudio Historia en la Universidad de Medina, en Arabia. Años después se le localiza en Mosul, donde utiliza varios nombres, además de este alias. Se radicalizó y pasó a formar parte de las milicias del ISIS. A partir de ese momento se pierde su pista. Se puede decir de él que es un ideologo fanático. El hecho de estar en Sevilla, cierra algunas conjeturas, sobre todo porque pudiera ser una punta de lanza o un informador. Conoce varios idiomas y está clasificado como muy peligroso. A.M.»*

Daniel lo leyó por dos veces, ponderando su contenido. Si ese Omar Al Sabawi, era el mismo que ahora ocupa el puesto de ayudante de cátedra de Historia en la Facultad de Letras de Sevilla, hay que deducir que su presencia no es en modo alguno casual. Ahora bien, ¿quién le ha podido recomendar para que el profesor García de Benavente, lo admitiese en su equipo? Sopesa la posibilidad de contrastar con Julia si también es conocido por la Agencia. Al fin y al cabo, uno de los dos contactos que le ha puesto su jefe para montar su justificación de la estancia en Sevilla, paradójicamente, parece que se revela como un primer paso para acceder a los motivos que le han traído a esta ciudad.

Ahora contaba con tres líneas de investigación concretas sobre las que trabajar: Omar Al Sabawi, Samuel Bloch y la propia Julia, sin descartar lo que lo que se pueda ocultar en el Arzobispado y los nuevos datos que le faciliten de Roma. Decididamente intuye que pronto

podrá ir atando cabos.

Era aún temprano, cuando sonó su móvil, era Julia.

—Hola Daniel, ¿te he despertado? No quisiera haberte molestado.

—En absoluto, ya hace un par de horas que estoy operativo. ¿Hay alguna novedad?

—Sólo quería decirte que he hablado con mi amiga María Amparo y me ha ofrecido uno de sus pisos de los que te hablé, cercano al suyo. Me gustaría poder presentártela y de paso verlo contigo. Después, tal vez deberíamos hablar sobre lo que nos trae aquí. ¿Puedes este mediodía?

—Por supuesto —contestó Daniel— yo también quisiera decirte lo que he podido averiguar.

—Bien, en ese caso, quedamos a la una en un bar próximo. Se llama Tánger y está en la calle Argentina. Como verás es fácil.

—No te preocupes, daré con él. Hasta pronto.

Daniel consultó a través de *Google Maps* la situación del bar que le comentara Julia y pudo comprobar que incluso, cuando se dirigió a la Universidad, prácticamente pasó por allí. Era un local relativamente pequeño, donde había una serie de mesas a la izquierda, decorados con motivos taurinos. No en balde sabía que Sevilla era una Ciudad que amaba lo que aquí llaman su fiesta nacional. A la derecha, una pequeña barra donde se ubicaba una media docena de parroquianos que tomaban sendas copas de cerveza con las consabidas tapas que tanto gusta a los sevillanos, para justificar sus charlas, a veces interminables, de mediodía. Eligió una pequeña mesa, situada bajo el ventanal y se dispuso a esperar. Al cabo de unos minutos, entraron tres personas, una de las cuáles identificó enseguida: era Julia acompañada de una mujer joven, casi tan alta como ella, muy agraciada de oscura melena y un hombre relativamente joven, algo más bajo que ambas, impecablemente vestido.

—Hola Daniel, buenas tardes. Te presento a mi amiga María Amparo Ruisalas y al doctor Ángel Salvador Andrada. Él es Daniel Cormack. Viene de Roma para una investigación de los archivos de la Iglesia… o algo así, creo.

Tras saludarse brevemente, Julia les explicó a sus contertulios que lo había conocido con motivo de una visita anterior a Sevilla y que casualmente, coincidieron de nuevo días pasados. María Amparo dirigió una mirada no exenta de cierta admiración hacia él, preguntándole.

—Tu apellido no es italiano ¿acaso eres inglés?

—No, no, soy irlandés, pero llevo muchos años de estudios en Roma, por lo que casi me siento italiano. Eso sí, sin renunciar a mis raíces.

—Bueno Julia, también tiene raíces irlandesas. Eso supongo que crea cierta afinidad… —añadió con cierta intención.

—La verdad es que los irlandeses nos sentimos muy identificados, pero no siempre eso se traduce en algo más que en unas señas de identidad.

Julia, lo miró con un breve destello de intensidad en su mirada y prefirió cambiar el tono de la conversación.

—Mi amiga me va a mostrar el apartamento que tiene disponible muy cerca de aquí, para que pueda utilizarlo el tiempo que debo permanecer en Sevilla. Y al mismo tiempo, el buen doctor con el que nos hemos encontrado, es conocido de su familia desde hace muchos años y se ha brindado a venir con nosotros.

Daniel que también entendía que la conversación había que dirigirla a temas triviales, preguntó al amigo de María Amparo:

—¿Cuál es tu especialidad?

—La cirugía. Soy responsable de un Centro Médico en el barrio de Triana. ¿Conoces esa zona?

—Sí, por supuesto. He visitado esa parte de Sevilla que es muy singular y además cuenta con un gran templo dedicado a Santa Ana de alto valor tanto histórico como iconográfico y artístico. Es sin duda uno de los lugares en los que debo trabajar. Tu nombre es casi una premonición de auxilio. Llamarte Ángel Salvador, es como un salvoconducto de garantía y socorro, además de ser médico.

—Bueno, cuando mis padres me pusieron ese nombre, no podían intuir cuál sería mi vocación. Por supuesto creo que afortunadamente, Dios me ha permitido salvar muchas vidas a lo largo de mi ejercicio profesional.

—Ciertamente Ángel tiene una muy bien ganada fama de magnífico cirujano en Sevilla, si os parece, cuando terminéis vuestro aperitivo, vamos al piso —intervino María Amparo.

Salieron los cuatro del establecimiento y tras rebasar el impresionante edificio situado enfrente, obra, —comentó Daniel—, de los Arquitectos llamados Gómez Millán, como para justificar sus conocimientos sobre Arquitectura y Arte, siguieron en dirección hacia la Catedral que desde este ángulo ofrecía una vista ciertamente única. Al llegar a su altura, torcieron a la izquierda a través de un pasaje que daba a una plaza interior de bonita factura. A la derecha un lienzo de la antigua muralla de la ciudad, servía de contrapunto y le daba un aire de grandeza al conjunto. Entraron en uno de los portales, donde el ascensor les dejó en la última planta. María Amparo abrió la única puerta del piso ático y accedieron al interior de una luminosa estancia, con paramento de cristales,que daba acceso a una espaciosa terraza, desde donde se apreciaba un gran lienzo de la fachada de la Catedral, con sus remates y agujas góticas.

—Bueno, éste es el apartamento, como veréis tiene además un amplio dormitorio, otro cuarto que se utiliza como despacho, su cocina y baño también de buenas dimensiones. Esto es lo que te puedo ofrecer Julia.

—Fantástico María Amparo, es justo lo que necesito. No puede ser mejor.

—Bien, aquí tienes las llaves y úsalo el tiempo que precises. Verás que el dormitorio, además de una cama muy cómoda también tiene un amplio ventanal, desde el que se divisa buena parte de nuestra Catedral.

—Traeré mis cosas del hotel y me instalaré esta misma tarde. Te agradezco tu generosa oferta y no dudes que cuando vengas a Boston procuraré compensar tu gentileza.

—Ah, ten por seguro que acepto tu ofrecimiento para ir a tu país. Hace ya algún tiempo que no lo visito y tengo ganas de volver a Nueva York. Al fin y al cabo Boston está relativamente cerca.

Salieron los cuatro y Daniel, con el pretexto de ayudar a Julia, se ofreció a acompañarla al hotel, en tanto que María Amparo y su amigo, se despidieron de ambos. Daniel creyó oportuno darle cuenta del correo recibido de Roma sobre el presunto ayudante del Catedrático. Cuando hubo finalizado, Julia comentó:

—Por mi parte también he consultado los antecedentes de ese individuo y te puedo decir que con varios alias, es el responsable de un comando operativo y actúa como cabeza de puente de otras células terroristas. Le seguimos la pista desde hace tiempo y figura como uno de nuestros objetivos. Les ha satisfecho mucho saber que lo hemos localizado aquí, después de estar en paradero desconocido durante bastante tiempo.

Mientras hablaban, habían llegado al Hotel. Daniel, se vio en la necesidad de ofrecerse a Julia:

—¿Necesitas ayuda para trasladar tus cosas?

—No, en absoluto. Conozco bien al personal del hotel y son tan solo un par de maletas que me trasladarán ellos mismos esta tarde. Gracias de todos modos. Quería que conocieras el apartamento y a mi amiga, para saber tu opinión. A su acompañante, el doctor, no lo había

tratado, pero parece una buena persona. Esas cosas se aprecian rápidamente.

—Sí, tu amiga es muy agradable y atractiva. En cuanto al apartamento es estupendo para poderlo disfrutar con la terraza y las vistas que ofrece. Bien, cuando sepa algo más hablaremos y seguimos en contacto.

Dio a estas palabras un tono profesional sin querer detenerse más en los detalles del apartamento. Esta vez, la besó ligeramente en el rostro y se despidió.

Al regresar a su Hospedería, el sonido del teléfono, le sacó de sus pensamientos sobre Julia, era Samuel Bloch.

—Señor Cormack, supongo que le extrañará mi llamada, pero creo obligado comentarle, que como sin duda habrá podido comprobar, la presencia en Sevilla de Omar Al Sabawi, plantea que la amenaza que se cierne es cada vez más concreta. Debo decirle que antes habíamos llegado a pensar que el atentado se dirigiría contra el propio Vaticano, pero tal vez se lo hayan pensado mejor y prefieran atacar algún objetivo que a priori esté más desguarnecido y menos vigilado. Este terrorista no es el único integrante del comando que piensan destacar, pues según nuestros informes, tienen prevista la llegada de otros miembros, para planificar algo que aún desconocemos. Pese a nuestras claras diferencias, creo que las circunstancias nos deberían obligar a trabajar cohesionados, además de contar con los brillantes y a veces eficaces servicios secretos americanos, sobre todo si es con agentes de la talla de la señorita O’Neill.

Tras estas últimas palabras, la conexión se interrumpió, sin esperar la respuesta de Daniel Cormack. Al parecer todos sabían cada vez más de todos, o al menos así lo aparentaban. Lo que estaba claro era que los acontecimientos comenzaban a precipitarse.

CAPITULO XVII:
EL REGALO

El pergamino con el sello en lacre, lo había abierto con presteza y sus manos temblorosas, apenas podían sostenerlo, recorriendo con su mirada el texto recibido donde se le daba a conocer la decisión final del Canónigo, don Gonzalo de Burgos, respecto a su petición. Leyó con detenimiento los renglones pulcramente escritos en tinta azul, bajo el escudo del Arzobispo recién nombrado, don Cristóbal de Rojas y Sandoval. Éste había entrado en la Ciudad con toda pompa y boato, justo un mes antes, concretamente, el día ocho de agosto de 1572. En el decreto, figuraba su nombramiento con el oficio de Archivero en el Provisorato del Arzobispado hispalense. No pudo dominar un gesto de emoción, pues era sabedor de las duras condiciones que hubiesen tenido que afrontar en caso de rechazar su solicitud. En la encomienda se autorizaba su incorporación al cargo, que debería ocupar la semana siguiente una vez pasadas las solemnidades del ocho de septiembre.

El día señalado, Brígida había preparado con esmero el mejor traje a su hermano, dentro del escaso ropero que tenía. Su camisa blanca destacaba, pulcra sobre el jubón y la parda casaca. Álvaro de Alcalá se había puesto la misma ropa que había llevado el día anterior a la Parroquia de San Julián para asistir a la función en honor de la gloriosa Virgen de la Hiniesta a la que se encomendara poco antes de partir, para formar parte de la escuadra capitaneada por don Juan de Austria, destinada a luchar contra los otomanos. Había asistido años antes, a la solemne ceremonia de fusión de las dos Hermandades, la de la Hiniesta y la de Ánimas del Purgatorio, en 1568, poco antes de enrolarse, en la que hizo la promesa a su Titular, que si todo iba bien, se haría hermano y asistiría de por vida a esa conmemoración.

La mañana era calurosa y desde temprano, un sinfín de gentes y carros discurrían de forma desordenada por la Alhóndiga y sus alrededores, pese a que todavía el alba no había dado paso a los fuertes rayos de sol que en esa época estival aún se cernían sobre Sevilla. Dejó a un lado la iglesia de Santa Catalina, dirigiéndose hacia el Convento de la Encarnación, para evitar el tránsito que ya llenaba el que fuera cardo máximo de la Ciudad y así de paso, tratar de mantener su ropaje libre de salpicaduras y su calzado lo menos manchado de polvo posible. Después torció a la izquierda, para tomar por la recién bautizada calle Cuna, por el nuevo Hospicio de los Niños Expósitos allí situado, para seguir por Carpinterías en dirección a la calle de los Francos. Al llegar a los aledaños de la Catedral, las primeras luces del día ya inundaban con su resplandor, el Corral de los Olmos y la fachada de la Torre Mayor. Entró en el Arzobispado, sin poder contener cierto nerviosismo y preguntó por el Canónigo Magistral, don Gonzalo de Burgos. Le indicaron que estaba, junto con otras dignidades, departiendo con el nuevo Arzobispo y que debería esperar. En la sala, hacían lo propio un maestrescuela y dos beneficiados. Álvaro considera que no debe presentarse tardíamente en su nuevo puesto, por lo que inquiere del secretario que le atiende, si puede ser recibido por el que fuera su valedor, el Canónigo, don Francisco Pacheco, tras explicarle cuál es el motivo de su venida. Aquél lo mira de forma inquisitorial, pero al desconocer el grado de afinidad que goza con el Vicario, decide indicarle el lugar donde se encuentra éste.

Pasó a través de varios pasillos, dado que el Arzobispado cuenta con una serie de casas adosadas y a diferentes niveles, para finalmente, llegar a un pequeño despacho donde el que fuera su anterior párroco y confesor, preparaba la homilía de la Misa de Coro. Tras saludarle y besar su mano, le exhibió el nombramiento y se puso a su disposición, toda vez que el Deán

había sido recibido en audiencia por el nuevo Arzobispo. Tras leerlo, le aclaró que el archivo que concernía a Justicia o Provisorato, estaba en aquella misma planta, al final de una pequeña galería de columnas, dado que allí debe estar el Archivero Mayor, encargado de la Vicaría General o bien, el de Gobierno. Llegó a un salón de medianas proporciones, con una sola ventana por la que entraba una leve claridad, observó bajo ella, la pequeña mesa en la que destacaba una escribanía junto al velón casi gastado y una silla que le sirve de complemento. Al fondo, repasando varios legajos ante uno de los anaqueles, aparecía la silueta de un anciano sacerdote, quién al oírlos, volvió mecánicamente el rostro hacia ellos:

—Ave María Purísima

—Sin pecado Concebida —respondió el canónigo a cuyo lado se situó Álvaro—. Debo presentarle al nuevo archivero que ha sido nombrado por Su Ilustrísima, el Deán para que comience sus trabajos. Desea ponerse a su disposición, así como ocupar el lugar que le sea asignado.

—Sí, efectivamente, sé de su nombramiento —dijo al mismo tiempo que dejaba entrever una mirada escrutadora sobre Álvaro—. Yo le podré indicar su cometido, en ausencia de don Gonzalo. Deberá desarrollar su labor en el Provisorato, concretamente en los pleitos de las clases 4ª, 5ª y 6ª, es decir Conventos y Hospitales, Colecturías y Hermandades y Cofradías, respectivamente. Este será su lugar de trabajo. En caso de tener alguna duda, siempre deberá evacuar consulta al Archivero de Gobierno o de Administración General o en última instancia, a mí personalmente. El señor Arzobispo está recién llegado del Concilio de Trento y ha expuesto que a partir de ahora, los fondos archivísticos del Obispado se han de clasificar y guardar en el Arzobispado de forma diferente al modo como se venía haciendo hasta ahora.

Estas últimas palabras dejaban traslucir un mal disimulado fastidio, pues el cambio de metodología no debía ser muy del agrado del anciano sacerdote. A continuación, salió de la estancia, por lo que el recién nombrado canónigo y Álvaro de Arteaga quedaron solos.

—Bien, pues parece ser que se le presenta una ardua tarea por delante para comenzar a organizar los nuevos archivos de acuerdo con la voluntad del Prelado. Le deseo mucha suerte

Álvaro le hizo una reverencia cuando el Canónigo salió, quedándose en la más absoluta soledad, en medio de aquél enjambre de pergaminos, códices y legajos. Tras recorrer todo el salón detenidamente, se dispuso a conocer la sistemática y orden con el que se archivaba todo su contenido y parecía obligado determinar al menos, dónde se debían agrupar cada tipo de pleitos, siguiendo las nuevas pautas establecidas.

Tomó la pluma que había sobre la mesa y comprobó que el tintero estaba lleno. Cogió un pergamino y se confeccionó un esquema de trabajo, Era ya anochecido, cuando decidió apagar la vela que había encendido y salir del Arzobispado, sin que nadie se hubiese dignado aparecer para formularle algún comentario. Al llegar de nuevo al que era su hogar, Brígida le preguntó con ansiedad cómo le había ido el día, mientras le preparaba algo de cena, que Álvaro devoró con avidez y beber una jarra de agua, dado que durante todo el día había probado bocado alguno. Después, le contó a su hermana todo lo sucedido y su ardiente esperanza de poder afianzarse en su cometido tras esa primera y solitaria experiencia.

Con el transcurso de los días, poco a poco Álvaro se fue familiarizando con su tarea y adaptándose a los mandatos que dimanaban del propio Arzobispo, a través de sus colaboradores, según los dictados que Su Excelencia recibiera en el Concilio tridentino. Hizo por ver varias veces a don Gonzalo de Burgos, pero éste en una estudiada estrategia, le evitaba.

Pasaban los meses y pese a que su trabajo se consolidaba con gran eficacia, no lograba ser

recibido por el Deán, quién una y otra vez le daba largas. Tras un año de espera, al fin, vio recompensada su constancia. Era público y notorio que en esos días llegaba a Sevilla, uno de sus más dilectos próceres, don Juan de Ribera, al que se quería nombrar hijo preclaro de Sevilla, que fuera designado Obispo de Valencia cuatro años antes, hecho que debiera haber satisfecho a su difunto padre, don Pedro Enriquez y Afán de Ribera, quién fuera virrey de Nápoles. Su misión en la Diócesis hispalense era la de fundar conventos y orientar el futuro Sínodo hispalense, por el que tanto abogaba el nuevo Arzobispo y que sin duda, con la presencia de su homónimo de Valencia y su influencia, pensaba darle el impulso decisivo.

Con esa visita se pretendía constatar si el Arzobispado de Sevilla, referente para los del resto de España, había asumido sus principios a los nuevos métodos de archivo que se consensuaron en el Concilio de Trento, motivo por que el que don Cristóbal de Rojas comisionaba al Deán para que los archiveros mostraran sus avances en este proceso de adaptación, a los miembros del séquito de S.E. don Juan de Ribera. Por ello, don Gonzalo de Burgos se vio obligado a citarlos para rendir cuenta de sus avances a esa selecta Delegación.

Cuando Álvaro de Alcalá recibió la comunicación de su capítulo con los responsables del Obispado de Valencia, en unión con los archiveros de Sevilla, vislumbró la oportunidad de lograr verse cara a cara con el Vicario Magistral y a buen seguro, inquirirle sobre la suerte que había corrido el legado de las dos tabloides de barro que le entregase y que le prometiera, iba a estudiar.

Era muy de mañana cuando los miembros de ambas diócesis se reunieron en uno de los amplios salones arzobispales. Álvaro por ser el de más reciente incorporación, ocupaba el último puesto. Al fondo bajo el dosel del trono, ambos obispos, presidían la ceremonia. De forma alternativa, se fue dando sucesivamente la palabra a cada asistente. Al cabo, ya sólo faltaban en el turno de intervenciones, Álvaro de Alcalá por Sevilla y el último responsable del Obispado valenciano, cuando en ése momento, intervino el Deán.

—Excelencias, entiendo que debemos dar por terminada esta sesión que por su prolija temática ha sido ya debatida ampliamente y no es el caso de cansar más a Sus Dignidades.

El Arzobispo, miró a su homónimo, dando a entender que comprendía el argumento de Vicario Magistral, pero no obstante estimó oportuno apostillar:

—Señorías, ¿consideráis que se debe añadir alguna otra intervención a lo ya expuesto?

Álvaro vio que era su oportunidad y quiso aferrarse a ella como si de un clavo ardiendo se tratara. Se puso de pie, hizo una profunda reverencia a la Presidencia y con voz algo temblorosa, se atrevió a decir:

—Excelencias, Dignidades: el trabajo que viene desarrollándose en nuestra Diócesis ha cumplido las expectativas que podían esperarse, pese a las carencias de una metodología previa, que se ha suplido con la ayuda de Dios, con esfuerzo, tesón y buena voluntad. De hecho, ahí están los resultados, modestos en lo que a mi humilde persona concierne. Empero la labor encomendada empieza a rendir sus frutos y no duden Sus Excelencias que proseguiremos por el camino trazado. No obstante, se debería completar con otros factores que no han podido ser objeto de análisis en ninguna de los apartados que componen el Archivo Diocesano, que como les consta a Sus Dignidades, es uno de los más ricos de España.

Mientras hablaba el nuevo archivero, don Gonzalo de Burgos se removía imperceptiblemente en su asiento, tratando de encontrar la ocasión propicia para cortar los argumentos que Álvaro de Alcalá iba desarrollando cada vez con mayor firmeza, pero ya era demasiado tarde, pues la exposición había despertado cierta curiosidad en sus oyentes.

—¿Podría aclararnos a qué se refiere en concreto, hijo mío?

El antiguo soldado de Lepanto, sintió la misma sensación que cuando entablara la lucha cuerpo a cuerpo con el capitán de la nave turca, pero su voz adquirió fuerza y de forma reposada pero firme, relató los hechos de su enfrentamiento en la batalla y del logro alcanzado al arrebatarle al capitán enemigo su botín. Pero no quiso hacer sangre y con aplomo, terminó su intervención:

—Excelencias, todo ha sido gracias a los desvelos de don Gonzalo de Burgos, quién ha reclamado para sí la responsabilidad de guardar esa presea, porque de haber seguido en mi poder, se podrían incluso podido extraviar y han sido los buenos oficios del Señor Deán los que las han preservado para la causa de la Iglesia.

—Debo expresarle —intervino el Arzobispo— mi más profundo reconocimiento y gratitud por su abnegado servicio don Gonzalo, quiera Dios premiarle cuanto de bueno ha hecho por nuestro Sagrado Instituto, al salvaguardar un legado, que a buen seguro, será del mayor interés.

El Vicario consideró que si bien Álvaro de Alcalá le había puesto al descubierto, no era menos cierto que con sus palabras le había encumbrado y posibilitado un reconocimiento ya no sólo del propio Arzobispo, sino también del Obispo y personalidades venidas del antiguo reino levantino.

—Egregias Dignidades, nada me complacería más que poder presentar ese testimonio a Sus Excelencias y ofrecerlo, como fruto de nuestros trabajos, a la Corona de España, en memoria de la persona de Per Afán de Ribera,(q.s.g.h.) para que, el actual Virrey de Nápoles, don Pedro Téllez de Girón, I Duque de Osuna, lo haga llegar al Santo Padre,S.S. Gregorio XIII, para testimoniar el agradecimiento por los frutos devenidos de su Pontificado y su identificación con la Corona de España.

Sus palabras eran un fiel reflejo de su rapidez de mente, dado que de esta forma, alejaba toda posibilidad que al quedar las tablillas en Sevilla, al mismo tiempo que ofrecía un gesto de indudable mérito a los ojos del Arzobispo y a su huésped, al que complacería sin duda, porque daba carta de naturaleza a su propio padre como Virrey de Nápoles que fuera, para hacerle donación de ese legado. Para ser analizado por doctos en la materia.

El Arzobispo dirigía una mirada de reconocimiento a su Deán, al tiempo que a su invitado le formulaba un gesto de aquiescencia.

—Sea pues la voluntad de nos, que hagáis llegar al sucesor de vuestro Excelentísimo progenitor, ese regalo que simboliza el amor que Sevilla siente por una familia de tanta raigambre en nuestra querida Diócesis de San Isidoro y San Leandro. Amado hijo, hacednos el honor de traer esos singulares objetos —finalizó el Arzobispo, dirigiéndose a su Vicario.

Álvaro, sentía en su interior toda la tensión acumulada, pero en el fondo se consideraba satisfecho, pues si bien su trofeo quedaría perdido por siempre para él, tampoco lo podría disfrutar la persona a la que se lo tuvo que entregar muy a su pesar, para conseguir el trabajo que necesitaba.

En esas elucubraciones estaba, cuando el Deán procedió a abrir el cofre con sumo cuidado. De su interior sacó las dos tablillas que puso sobre un paño de brocado e invitó a los Obispos a que las contemplasen de cerca. Pensaba que tal vez tuviese relación con la Vida del Redentor y que al estar en manos de los turcos, cabía la posibilidad que fuera producto de un saqueo a algún monasterio cristiano que lo tuviese bajo su custodia. La verdad era que solo se trataba de meras especulaciones pero, podrían ser desentrañados sus misterios, cuando lo estudiasen personas expertas en la materia en la propia Roma.

De este modo, días más tarde, las tablillas iniciaron, un nuevo capítulo en su peregrinar de siglos, que las llevarán hasta la Sede de Pedro.

Con el paso de los años, cada vez eran menos los que mantenían vivo, el recuerdo de los valientes que lucharon en Lepanto y aún más escasos, los que retenían en su memoria que fuera precisamente en Sevilla, en sus astilleros de las Reales Atarazanas, donde se botara la nave capitana de la flota, que comandara don Juan de Austria, que propició esa decisiva victoria que cambió el mundo de la época y de los siglos posteriores.

Álvaro de Alcalá había alcanzado su máximo grado y reconocimiento como artífice del nuevo método implantado en el Archivo Arzobispal. Fue nombrado Archivero Mayor por los méritos contraídos al realizar el Inventario Analítico del Fondo Histórico General, la publicación de innumerables catálogos, códices y la creación de la conocida Metodología de las Ciencias Históricas. Recopiló un gran número de datos para el Episcopologio de los Arzobispos de la Sede de Sevilla. Con estos estudios y trabajos siempre buscó las posibles raíces o autores de aquellas famosas tablillas que rescatara en su juventud, como soldado, sin aparentemente haberlo conseguido, si bien los logros que hubiese podido desentrañar, los guardó como el más oculto de los secretos y que jamás llegó a desvelar, ni aún a su propia hermana.

En 1580, falleció el Arzobispo, don Cristóbal de Rojas. Álvaro ve como con el paso inexorable del tiempo, sus fuerzas van disminuyendo, así como su vista, para poder leer y clasificar tantos y tantos pleitos, sobrevenidos a hermandades, disputas de cofradías, problemas en hospitales y conventos, debilidades en suma, del alma y también del cuerpo. Toda una escuela de vida y de aprendizaje de la naturaleza humana, aunque sea la eclesiástica.

A las pérdidas acontecidas, le sucedió la de Brígida, su hermana, con la que había compartido toda su vida. Una cruel enfermedad le había desfigurado el rostro y su cuerpo. Tras su muerte, la acompañó en su postrer camino, al cementerio parroquial. Volvió solo a su casa, donde tantos años ella con cariño, le preparase su diario alimento y su ropa. Ya nada merecía la pena y sin hijos a los que legar un patrimonio, decidió solicitar acogida, en el Asilo del que se habían hecho cargo los Hermanos de San Juan de Dios, antes conocido como Hospital de San Cosme y San Damián o del Salvador. Allí, gracias a sus relaciones, logró una dependencia con cierto desahogo, en la que se dedicó a escribir parte de sus memorias. En sus últimos días de agonía, pensaba una y otra vez en cuál habría sido el destino final de las tablillas que tanto esfuerzo le costó arrebatar al enemigo. Al cabo de unos días, cuando el invierno arreciaba más, sujetando un crucifijo sobre su pecho en la soledad de su cuarto, exhaló su último suspiro.

Al poco, vinieron los enterradores y al comprobar que no tenía familia alguna, lo depositaron tras el funeral en el camposanto de la vecina Iglesia de los Santos Mártires. En tanto que sus papeles y recuerdos fueron recogidos en mantas y arrojados al fuego, para evitar posibles contagios. Álvaro de Alcalá había pasado a ser por mor del destino, una página más, desconocida en la historia de una Metrópolis que pronto olvidaba a sus hijos por muy preclaros que éstos fueran y los servicios que hubieran ofrendado generosamente a lo largo de sus vidas a la Ciudad que los vio nacer y a la que amaron por encima de todo.

* * *

En el fondo de la galera en lo más recóndito de sus bodegas, apilado entre una abigarrada multitud de objetos, un sencillo cofre, cubierto con un paño de brocado, yacía entre la amalgama de pertenencias que se destinaban al Virrey de Nápoles. Al desembarcar, entre las decenas de fardos, alguien recuerda la manda que le han encomendado de hacer llegar a S.E. el Duque de

Osuna en persona, don Pedro Téllez de Girón, esa pequeña arca, parcialmente desgajada, que guarda dos sencillas tablillas de barro. Quién lo lleva ante al Virrey piensa en su interior, que si se hubiese tratado de objetos de oro, tal vez habrían corrido peor suerte.

Éste, tras leer la misiva,se dispuso pedir audiencia al Santo Padre, Gregorio XIII, para hacerle ofrenda del estuche, amén de expresarle los pormenores que motivaban esa donación a la Iglesia, desde su captura en Lepanto. Y finalmente, para que los estudiosos tratasen de averiguar el contenido del mensaje que escondían ambos objetos.

Con un importante séquito, don Pedro Téllez se encaminó a Roma tras la autorización de la audiencia papal, que finalmente no pudo llegar a celebrarse por un compromiso inexcusable de última hora del Pontífice. Ante esa circunstancia, éste prefirió entregar su presente al Cardenal Camarlengo, S.E. don Luigi Cornero, rogándole lo hiciese llegar al Santo Padre y sin más, regresó a Nápoles, en tanto que el purpurado, dejó la manda en su despacho para que el Papa la recibiera a su regreso a Roma. Habían pasado varios meses y en los soberbios armarios que el Camarlengo tenía en sus dependencias, aquel pequeño paquete, envuelto en brocado, cada vez había ido quedando más oculto a la vista con otra serie de presentes y legajos que lo hacían casi invisible.

Fue con motivo de una misiva recibida del Rey de España, relativa a la consulta que le realizara sobre su opinión sobre el nuevo calendario que contemplaba 365 días por año y varias horas y minutos, en la que, de forma testimonial, se hacía referencia a la presea que recibiera de manos del Duque de Osuna, Virrey de Nápoles. Éste que no había tenido noticias sobre ello, inquirió de su Prelado, en qué había consistido ese presente y dónde se encontraba.

Don Luigi, se vio en un aprieto, pero supo salir airoso del trance, al anunciar que se trataba de unas tablillas de barro, que había mandado traducir, puesto que contenían unos caracteres muy antiguos que resultaban indescifrables para los actuales lectores. Por ello, había considerado que era conveniente tratar de estudiar su contenido por expertos en lenguas ya en desuso. Cuando terminó la audiencia papal, rápidamente se dirigió a sus aposentos y buscó con denuedo el lugar donde habían podido ir a parar el dichoso cofre y sus dos mensajes. Al cabo de un tiempo, logró al fin localizarlo. Convocó a uno de los especialistas en lenguas antiguas y le conminó para que de inmediato, le facilitase la posible traducción del texto que se recogía en las dos piezas de barro que le mostrara. Eso sí, con la promesa firme que no debía revelar a nadie su contenido ni hablar de su existencia.

A la mañana siguiente, esperó la llegada del traductor quién le informa que debía formar parte de un legado más amplio, pero que al desconocer el resto, no se podía ofrecer una lectura veraz. Preocupado con lo escaso del resultado obtenido, procedió a rendir cuenta al Papa, quien leyó con atención el escrito. Era persona que había estudiado en su juventud nociones de lenguas muertas y colegía que se debía ampliar su estudio en ellas para lograr descubrir su contenido. No obstante, por una extraña sensación, le hacía pensar que se trataba de algo que debía ser analizado en profundidad porque intuía su posible importancia. Ordenó a su Camarlengo que avisase a su fiel colaborador de la nueva Orden, creada recientemente, los Padres Jesuitas, uno de cuyos fundadores, el padre Clavius, era todo un referente por su sabiduría. Cuando éste hubo estudiado exhaustivamente ambas tablas, manifestó al Santo Padre:

—Santidad, creo que se trata de algo de enorme trascendencia que por su antigüedad data estilísticamente de uno o dos siglos antes de la venida del Mesías, pero algo me hace pensar que es una escritura tardía y bien pudo ser realizada en época posterior, incluso después de Cristo y la razón de esa aseveración radica en el hecho de hablarse del año cero, que bien se puede

interpretar como año uno de nuestra Era Cristiana y que estudia el número siete como espacios temporales, es decir, siete decenios o centurias posteriores. La segunda de las piezas es aún más inquietante, pues trata de una dimensión desconocida , concretamente,alude a un número que se relaciona con el 1400. ¿Puede tratarse del Siglo XV de nuestra Era? La verdad es que no dispongo de elementos para llegar a deducir tal aserto. Por todo lo expuesto, considero Santidad, que debemos analizar de forma más concienzuda sus caracteres, desentrañar los símbolos que resisten su traducción y sobre todo, intentar localizar el resto del mensaje, si es que aún existe.

—De acuerdo, agradezco su esfuerzo y le insto a que las guarde en la nueva Gallería delle Corte Geografiche, para que sus beneficiados traten de ahondar en su significado. Si se determinase algo más, deberemos incluir una breve referencia en el Corpus Iuris Canonici, aludiendo a lo extraordinario de su procedencia y al legado que supone para generaciones venideras.

De este modo, aquellas dos piezas de la primitiva Profecía, quedaron por siglos, en los archivos vaticanos, en las que el P. Clavius había acertado a desvelar como nadie hasta entonces, parte del secreto que guardaban.

CAPITULO XVIII:
EL ENCARGO

Las órdenes recibidas eran tajantes: hacerse a toda costa, con el convoy de vehículos que provenientes del sur, viajaban en dirección a Erbil, desde Samarra. Con lo que no habían contado era con la presencia de americanos, cuyo objetivo parecía ser el mismo que el de ellos. De ahí, que tuviesen que pedir refuerzos de morteros y más unidades para neutralizar la ventaja inicial de los yanquis. Y lo habían conseguido. Tras la hilera de camiones, dos furgonetas cerradas, parecía que eran la presa más codiciada por los invasores, por lo que apuntó su arma sobre una de ellas, logrando desplazarla con el impacto, a una depresión del terreno, neutralizando así la llegada de un soldado que desesperadamente, intentaba sacar algo de su interior. Se prometió a sí mismo que mientras él estuviese allí, no se lo permitiría al infiel. Apretó de nuevo el disparador del lanzagranadas con furia y no pudo evitar una sonrisa de satisfacción y de odio al mismo tiempo, al ver a su enemigo saltar por los aires por la onda expansiva y estrellarse contra el muro de piedra situado enfrente. Rápidamente se dirige al lado del furgón volcado, aún con las ruedas girando frenéticamente al aire, mientras en el suelo, descubre fugazmente dos pequeñas piezas de barro, que han debido escapar de manos de su oponente, al mismo tiempo que trata de observar si hace algún movimiento, por si acaso ha sobrevivido. En unos instantes, las coge del suelo, lo que le obliga durante una fracción de segundo a perder de vista a su contrincante y cuando de nuevo quiere localizar al que cree herido y moribundo, ve con sorpresa que éste ha desaparecido. Guarda los objetos bajo su camisa, por ser lo único que ha encontrado del cargamento fuera de la furgoneta y considera que si el americano quería hacerse con ellos, sería porque tendrían algún valor. Retrocede hacia sus líneas y deja que sean sus compañeros los que acaben con la resistencia enemiga, pasen a cuchillo a los conductores y se hagan con todo el botín. Después acude al responsable de su grupo y le hace entrega de las dos pequeñas piezas labradas, aclarándole que uno de los soldados opresores intentaba arrebatarlos de la furgoneta**.**

Como tienen órdenes concretas de llevar todo el material a Mosul, cargan esa misma noche las Chevrolet de que disponen, aprovechando los camiones que aún funcionan y se dirigen a la Ciudad. Recorren los noventa kilómetros en algo más de una hora y cuando llegan a su cuartel general, entregan todo lo incautado, incluidas las dos tablillas. Todo es clasificado y lo que pueda tener algún valor material pasará a los canales de venta para ayudar a la causa y lo que carezca de él, será destruido. Cuando analizan los dos trozos de barro, ven que no merece la pena conservarlos, pero instantes antes de ser arrojados con el resto de los objetos inservibles, el guerrillero comenta que los americanos estaban interesados en capturarlos y que además, entre sus jefes, alguien había dado instrucciones concretas que si aparecían unas piezas semejantes a las que tenían en sus manos, fueran enviadas inmediatamente al sur.

Un vehículo cerrado, escoltado por un par de jeeps, parte hacia la frontera, atravesándola por Ar Ruqi en Arabia Saudí, tomando la ruta 50, en dirección a Hafar Al Batin, para después alcanzar la carretera 85, hacia el este, llegar a Asadawi y de nuevo subir hacia el norte, a un lugar en medio de la nada en pleno desierto. Allí, unos imanes les reciben en unas pequeñas construcciones soterradas que pasan desapercibidas desde el aire y se hacen con los dos trozos de barro, volviendo de nuevo los vehículos hacia territorio iraquí.

* * *

El Runde, por fin, se había alejado un par de millas de la costa, navegando con sumo cuidado para evitar las rocas que traicioneras, cubrían los fondos de todo el litoral al este de Tobruk. Su capitán, Olaf Paulsen, hombre ya entrado en años, estaba acostumbrado a encargos a los que se podría calificar de difícil justificación, cuando no peligrosos y su máxima era no hacer preguntas, sobre todo si sus clientes pagaban bien. Pero las circunstancias que habían rodeado este último, pese a su larga experiencia, habían llamado en sobremanera su interés y su agudo olfato, de lobo de mar, le decía que se trataba de algo verdaderamente importante, al menos para alguien, que no tenían por qué ser forzosamente, los cuatro pasajeros que acababan de subir a bordo.

Había ordenado avante poca y tenía la mirada fija en la proa, por si en el oleaje descubría algún signo de espuma blanca que denotase la existencia de bajos, dado que no contaba con cartas de navegación de aquella maldita zona perdida en medio del inhóspito litoral. Afortunadamente, la mar estaba en calma y la luna dejaba su amplio rastro de plata sobre las oscuras aguas.

Le llamó su atención, primero el hecho de haber recibido un mensaje en el que se le invitaba ir a un café de Alejandría, en cuyo puerto normalmente fondeaba cuando el trabajo aflojaba. Hacía ya unos años que la naviera estaba dispuesta a deshacerse del viejo buque y a jubilar a toda su tripulación, pero las altas indemnizaciones a pagar y la falta de recursos de la misma, hacían inviable alcanzar un acuerdo satisfactorio. Por ello, cuando les ofreció quedarse él mismo con el buque y habida cuenta que pensaba contar con varios miembros de su dotación que le era afín, sus dueños vieron la oportunidad de quitarse de en medio simultáneamente dos estorbos: el barco y a gran parte de sus tripulantes.

Gracias a su ascendiente, fruto de muchos años de trato, había convencido a sus marineros de más confianza, que el buque aún estaba apto para navegar unos cuantos años más y hacer travesías de cabotaje con encargos para determinados clientes, la mayoría de los cuáles lo que querían era máxima discreción. Cambió de bandera, olvidándose de la de su país de origen, Noruega y haciéndose con la de otro, mucho más asequible, pese a lo cual, adoptó el nombre de Runde, por la isla nórdica en la que el capitán había vivido en su juventud. Se quedó con siete hombres, de distintas nacionalidades. Contaba con el contramaestre, su segundo de confianza, Dag Toivonen, noruego como él, tres filipinos, los dos maquinistas nigerianos y el último fichaje que no pertenecía a la dotación anterior, pero que tuvo que contratar en la misma Alejandría porque precisaba de un tripulante más y que decía ser palestino, aunque él lo dudaba, pero tampoco era cuestión de sacar su árbol genealógico. Los ocho se bastaban para manejar el barco y cuando menos, mantenerlo a flote. Con la potencia de sus motores que alcanzaban los 2.000 h.p., ahora los quince nudos ya no los cogían ni con viento favorable.

El buque con casi medio siglo de existencia, presentaba serios desperfectos en su pintura, que tiempo ha, fuera azul en su casco y blanca en su puente, pero que en el momento presente mostraba muchas zonas donde la herrumbre uniformaba el color. De esta guisa, el veterano capitán, estaba pensativo con sus codos apoyados en la barandilla y su eterno cigarro puro, medio apagado, entre sus dedos. Si por algo le gustaba el mar a Olaf, era porque allí no había nadie que le impidiese fumar, su vicio favorito. Llevó de nuevo el cigarro hasta la boca, aspirando una profunda bocanada, con la que pretendía que se le aclarasen las ideas respecto a todo lo acontecido en los últimos días, exhalando lentamente el humo y repasando todos los pormenores de lo ocurrido.

Recordó la escueta misiva recibida, para ir a uno de los cafés del puerto, donde se entrevistó con un par de sujetos que querían contratar su barco. Él por su parte y siempre que hubiese

dinero por delante y el resto debidamente asegurado, una vez finalizado el encargo, no tenía inconveniente alguno en prestar sus servicios. Eso sí, siempre que considerase que podía escapar sin arrostrar demasiados peligros. Aquéllos hombres, vestidos a la europea, pero con pinta de árabes, pretendían que su barco saliese de Alejandría de la forma más discreta posible. Su primer destino sería Tobruk, en Libia y después recibiría órdenes. El Capitán Paulsen, veterano en estas lides, preguntó por tres cosas que consideraba fundamentales para seguir hablando: De cuánto dinero se estaba tratando; qué tipo de carga había que embarcar y cuál sería su destino.

Ambos hombres se miraron y con un signo de aquiescencia, el que parecía llevar la voz cantante, le contestó:

—La cantidad deberá ponerla usted En cuanto a la carga y el destino, le serán comunicados, una vez estén en altar mar. Eso sí, tendrá que llenar los tanques de combustible al máximo.

—Hace tiempo que mis trabajos no requieren que sea necesario llenarlos. Por lo que, si es así, precisaría conocer el lugar al que debemos dirigirnos.

—Ya le he dicho que ese dato le será comunicado una vez el barco haya salido de Tobruk, donde recogerá a cuatro pasajeros. En cuanto al llenado, nosotros correremos con el coste del combustible.

—Bien —respondió el capitán— porque aún no hemos hablado de precio.

—Le repito, ponga una cantidad.

Paulsen, se rascó la barba con los gruesos dedos de su mano, llevándola después al cuello. Su instinto le decía que debía ir alto, pero también veía la resolución que sus interlocutores mostraban y que en un momento dado, podían levantarse y marcharse sin más.

—Sin saber concretamente el destino, es muy difícil dar una cifra, pero supongamos que si vamos a recorrer la autonomía que tiene el barco con los depósitos a tope, no puede bajar de los trescientos mil… —dejó caer la cantidad, bajando el tono de voz y sin querer traslucir su preocupación porque los otros pudieran romper la baraja.

Los dos sujetos, se miraron unos instantes y el que hablaba, fijó su mirada en el marino. Éste sintió un ligero escalofrío que recorría su nuca.

—Sean los trescientos mil. Un tercio al cargar los pasajeros. Otro tercio en la travesía y el resto al finalizar.

El viejo lobo de mar, por un momento se arrepintió de no haber llegado al medio millón, porque ahora estaba seguro que igualmente habrían aceptado. Se echó levemente hacia atrás y pensado que pese a todo, había hecho uno de los negocios de su vida.

—Le informaremos de todo a su debido tiempo. —añadió el individuo—. Procure estar siempre disponible a partir de ahora y sobre todo, guarde la máxima discreción.

Diciendo esto, ambos se levantaron y desaparecieron, sin dejar tiempo al capitán a dar ni las buenas noches.

Pasados unos días y cuando empezaba a pensar si aquellos dos extraños no le habían jugado una mala pasada, recibió un nuevo mensaje en el que le comunicaban a qué puesto de repostaje debía llevar el barco, para seguidamente, salir en dirección a Tobruk y pedir los permisos necesarios, en los que constasen que iba a realizar una pequeña travesía de cabotaje hasta esa región de Libia oriental.

Recordó que ahí fue donde decidió que precisaría un marinero más y de cómo había aparecido aquel presunto palestino que aceptó todas sus condiciones para enrolarse. Cumplidos los trámites, el Runde se hizo a la mar de madrugada. Cuando a la noche siguiente ya avistaban Tobruk, recibió un cable en el que le ordenaban que debía fondear en una cala, situada más al

este, a unas diez millas del puerto libio. Olaf masculló un disparate de los que estaba habituado a pronunciar en su idioma, pero cuyo significado toda su tripulación conocía.

¿Qué era eso de adentrarse en una rada, de la que desconocía su calado, con el consiguiente peligro de encallar? En esto, su nuevo marinero, se le acercó comentándole con un cierto deje de suficiencia, que pretendía demostrar su conocimiento del litoral en el que debían fondear.

—No debe preocuparse capitán, conozco bien estas costas y le aseguro que no hay peligro alguno para el barco. Tan solo hay que tener precaución.

Paulsen le dirigió una mirada feroz y contestó.

—No sé qué conocimientos tienes del mar y en particular de esta parte perdida del mundo, pero como toquemos fondo, te aseguro que tú correrás la misma suerte que el barco.

El otro, lejos de amilanarse, con toda tranquilidad, le respondió:

—Mantenga el buque equidistante entre las dos márgenes y no rebase el límite de la media milla a proa. Verá como no hay problema —y diciendo esto, le dio la espalda y desapareció por la escotilla.

A pesar de lo seguro que parecía su nuevo fichaje, Paulsen no las acababa de tener todas consigo, por lo que ordenó avante poca, presto a pulsar stop a la más mínima señal de peligro. El viejo buque con sus ochenta y cinco metros de eslora, tenía de manga doce metros, por lo que al entrar en el pequeño canal, mantenía una holgada distancia con la costa. Lo que el viejo marino no estaba tan seguro era si la quilla no sufriría daños con los fondos rocosos, pues el puntal del barco alcanzaba los siete metros. Cuando calculó que estaba a algo más de media milla de la zona de rocas de la costa por la proa, mandó parar máquinas y echar el ancla. La mar estaba en una absoluta calma y la costa se divisaba nítidamente. No se observaban edificios ni construcción alguna, ni luces, salvo el reflejo de la Luna sobre las ondas que se dibujaban en el agua. Miró su reloj y comprobó que faltaría una hora para el amanecer. Ordenó a sus hombres situarse en cubierta, salvo los maquinistas para otear el horizonte y comprobar si se veía alguna señal desde tierra.

Esperaron una media hora más, y en ese momento vislumbraron lo que parecía una zodiac, que se acercaba con varios pasajeros a bordo. El capitán ordenó tirar una escala y al poco la embarcación se situó en la amura de estribor, subiendo cuatro sombras oscuras, con las cabezas cubiertas con shemags[42] negros. Los tres primeros vestían con vaqueros desgastados y camisas de cuadros, en tanto que el cuarto, de menor complexión que los anteriores, se ocultaba bajo una especie de thawb[43] y el rostro completamente tapado por el shemag. Una vez subieron al puente, al primero que saludaron fue al marinero palestino, al que llamaron por su nombre, Abdel Mâlik, haciendo una inclinación y llevándose la mano al pecho y a la frente

—As-salam aleikom, Abdel[44] —dijeron los tres primeros.

—Wa alykom as-alam[45] —respondió el marinero.

El cuarto recién llegado, se situó frente al que habían saludado como Abdel.

—Ajlan sadiqi[46].

—Allan sadiqati[47] —y le hizo una pequeña reverencia al recién llegado.

—Bien —comentó el más alto de todos, dirigiéndose al capitán—, mi nombre es Jalil, será necesario subir esos bultos al barco. Después deberá indicarnos nuestros camarotes.

Al viejo marino no se le había escapado el saludo último, pues aunque no solía usarlo y pretendía hacer que lo desconocía, entendía perfectamente el idioma, pese a lo cual, pasó como

que no había comprendido las frases que se habían intercambiado con su ya presunto marinero y que a todas luces debía ser uno de los componentes de grupo. Igualmente había captado que el cuarto personaje que había llegado era una mujer, pese a que ocultaba todo el cuerpo con los ropajes

—¿Qué hacemos con la embarcación? —preguntó el capitán al que se había identificado como Jalil.

—Con la grúa deberemos traerla a bordo y ponerla a cubierto.

Paulsen hizo una señal a dos de sus marineros que habían permanecido en silencio a cierta distancia.

—Subid esos bultos y echad un cabo para izar la lancha, pero antes enganchad el motor fuera borda.

Después, ordenó a su segundo para que desde el puente, iniciase la maniobra con la grúa. Cuando finalizó la operación y todo el material estaba en cubierta, empezaban a verse los primeros destellos del amanecer.

—Capitán, debemos zarpar cuanto antes, aprovechando la oscuridad que reina aún, para alejarnos de la costa. Una vez en alta mar, ya le indicaré el destino.

—Aquí es difícil la maniobra, prácticamente no tenemos espacio para hacer la ciaboga[48].

—No debe preocuparse, conozco perfectamente esta rada y pese a su eslora, puede ordenarla, ya que veo que cuenta con dos hélices. Una vez me señale nuestros camarotes —añadió—, procederé a hacerle la entrega convenida.

Paulsen sentía que de nuevo se acrecentaba su mal humor, pero vio tal seguridad en su nuevo cliente que pensó que sería mejor hacer lo que decía, máxime cuando oyó la última frase. Así es que la ira del patrón se suavizó un tanto y dio la orden de levar anclas e iniciar la ciaboga con la mayor lentitud, para que el buque no se desplazara y sólo girase sobre sí mismo. Llamó a su segundo para que llevase a los nuevos pasajeros a los camarotes. Culminada la maniobra, ordenó avante poca y fijó su mirada en la zona que se abría delante de sus ojos, tratando de observar el más mínimo signo que denotase la presencia de rocas. El Runde fue avanzando lentamente hasta salir a mar abierto, lo que al capitán le permitió dar un respiro de satisfacción. Ahora, supuso, vendría lo peor: ¿A dónde se dirigirían y para qué? Su olfato le decía que para nada bueno, pero el futuro aroma que exhalan los billetes, le hizo pensar que tampoco le importaba mucho.

El llamado Jalil, cuando volvió del camarote, llevaba una bolsa de viaje al hombro y subiendo al puente se acercó al capitán:

—Me gustaría hablar con usted, sobre el destino al que debemos dirigirnos.

Paulsen observó la bolsa y en seguida dedujo que allí podía estar su dinero, por lo que sin perder un instante, le dijo a su nuevo pasajero:

—Venga a mi camarote y allí veremos con tranquilidad las cartas de navegación para trazar el rumbo a seguir.

Desaparecieron rápidamente y bajaron por la estrecha escalera que daba al puente inferior. Olaf abrió la puerta de madera que accedía a su cámara. En su interior, una cama, con las sábanas revueltas, un pequeño armario, una mesa y unas sillas, al que daba luz una mampara de cristales desde la que se divisaba el mar. Invitó a sentarse al recién llegado, quién abriendo la bolsa, puso encima de la mesa diez fajos en billetes de 100 dólares, cogidos con unas cintas de papel del que habitualmente usan los bancos.

—Cuéntelos si lo desea. Le puedo asegurar que están los primeros cien mil convenidos.

El marino cogió uno de los paquetes, rompiendo el precinto de papel y con sus gruesos dedos, torpemente, empezó a contar los billetes con lentitud. Se notaba que no era ese precisamente su trabajo habitual, aunque ponía gran empeño en no equivocarse. Cuando terminó, se dirigió a su invitado:

—Efectivamente están los cien en este primer fajo y veo que los otros —los abrió en abanico sin llegar a romperles el precinto— parece que son iguales, por lo que no debo desconfiar de usted en principio. Ahora hablemos del destino y el material que debemos transportar. —diciendo estas últimas palabras, apartó el dinero y lo echó sobre la cama, dejando la mesa libre.

—Deberemos salir del Mediterráneo y tomar rumbo al norte, en dirección a las costas de Noruega.

—¿Noruega? ¿Sabe lo que dice? Eso está muy lejos. ¿Y una vez allí, a dónde demonios pretenden llegar?

—Sí, lo sé y por eso le hemos llenado los tanques de combustible, pues así tendrá la suficiente autonomía. En cuanto al destino —añadió Jalil— lo sabrá a su debido tiempo. Tenga en cuenta que hemos contratado su barco para un transporte de mercancía, que no va a llenar en absoluto sus bodegas, ya que se trata de una carga relativamente pequeña y por su propio bien, le aconsejo que mientras menos conozca de los detalles, será mejor para su seguridad y la de sus hombres.

El capitán se quedó absorto rumiando para su interior, pues bien sabía que a veces mientras menos detalles, mejor. Al cabo de unos instantes, comentó:

—El marinero que he contratado en Alejandría, ¿es acaso uno de sus hombres?

—Sí, como sabe, se llama Abdel Mâlik y al ser experto en navegación le vendrá muy bien contar con él. Tenga la seguridad que en todo momento cumplirá sus órdenes. Ah, por cierto, nuestro destino teórico será el puerto de Bergen. Si nos abordase algún guardacostas, aquí tiene los papeles para acreditar que vamos a Noruega a cargar madera. Mientras, si eso ocurriera, deberá indicarnos un lugar seguro donde mis hombres y yo podamos resguardarnos y pasar desapercibidos en caso de una inspección. Como persona acostumbrada a eludir a veces la justicia, estoy seguro que sin duda, lo tendrá previsto —añadió.

Durante los dos días siguientes, el barco surcaba una mar tranquila con su cadencia habitual y había cogido la derrota acostumbrada de las rutas del Mediterráneo, procurando no llamar la atención. En cuanto a los cuatro personajes que recogieron en Tobruk, apenas salían de sus dos camarotes, sobre todo de día, eludiendo toda posibilidad de ser observados desde el aire.

Una cosa que en el transcurso de los días llamó la atención del capitán, era el hecho de que la que había identificado como mujer, ocupaba uno de los camarotes, en tanto que los tres hombres, se repartían en el otro. Acostumbrado a observar la identidad y los movimientos de sus clientes, tenía unos pequeños orificios que pasaban desapercibidos en las cabinas, por lo que se dirigió al camarote situado a continuación del que ocupaba la mujer y allí pudo contemplar que se trataba de una joven, que yacía tendida, desnuda sobre el camastro. Se detuvo largamente observando todas y cada una de sus curvas, En ese instante, alguien llamó a la puerta y ella se incorporó, echándose una especie de jalabiya[49] por encima. Entró un hombre, al que Olaf identificó enseguida: era su marinero palestino, Abdel Màlik, que sin perder un instante, abrazó a la mujer, arrebatándole la prenda que apenas la cubría. Ambos se echaron sobre la cama, besándose con apasionamiento, mientras ella con ardor, despojaba a su pareja de la camisa que llevaba.

Cuando más entusiasmado estaba con la escena, alguien tocó con los nudillos la puerta del camarote donde se encontraba, lo que hizo que se separara rápidamente del mamparo, en tanto

que su segundo aparecía en la puerta con gesto preocupado.

—Capitán, creo que tenemos visita. Hemos avistado una lancha de la guardia costera italiana, que se acerca a buena velocidad.

Olaf salió velozmente y se dirigió al puente, encendiendo uno de los puros que llevaba en el bolsillo de su camisa. Cuando la lancha estuvo a su altura, uno de los carabinieris, se dirigió a ellos con un altavoz:

—Alto, buenos días, ¿a dónde se dirigen?

El capitán, empleando palabras en inglés y noruego, le respondió.

—Somos el Runde y nos dirigimos a nuestro país, Noruega, para cargar madera.

—Vamos a subir para verificar la documentación del buque.

Cuando el oficial de los carabineros y dos ayudantes estuvieron a bordo, el jefe les saludó y les invitó a pasar al puente de mando. Allí les mostró la documentación que le entregara su cliente y que los policías analizaron superficialmente.

—¿Podemos ver sus bodegas y sus camarotes?

—Por supuesto, oficial, no hay inconveniente alguno. Les acompaño.

Cuando terminaron la somera inspección, el oficial se dirigió al capitán:

—Gracias por su colaboración. Si observa alguna barcaza con emigrantes, deberá ponerlo inmediatamente en conocimiento de la Guardia Costera. ¿De acuerdo?

—No se preocupe, que así lo haremos.

El oficial, se cuadró saludando al capitán y al poco la lancha, se fue alejando mientras el Runde reiniciaba la marcha lentamente.

—¿Todo bien? —inquirió Jalil al acercarse— Supongo que lo que querían era saber si llevaba polizones a bordo.

—Pues sí. Todo ha sido normal. Pero creo que debemos desconfiar, no sea que les dé por regresar de nuevo.

Al alcanzar el Estrecho de Gibraltar, lo rebasaron cuando ya era noche cerrada y a velocidad media para no despertar sospechas. El Runde siguió rumbo hacia el Oeste, para dar a entender que la ruta a seguir era hacia las Azores o tal vez al continente americano. Entonces, Jalil, indicó al capitán que debían virar al norte a una prudente distancia de la costa portuguesa y rebasar Finisterre, para finalmente bordear el archipiélago británico. La mar se fue progresivamente empeorando y como preveía, los vientos comenzaron a arreciar con velocidades de más de treinta nudos, lo que provocaba olas de hasta cinco metros de altura, haciendo cabecear al buque, que con la mano experta de Paulsen, trataba de ir contra el oleaje y cogerlas de proa.

Desde el puente, Olaf contempló cómo uno de sus pasajeros se aferraba a la barandilla y vomitaba, sin darse cuenta que al estar contra el viento, gran parte de lo que arrojaba le caía encima. Sonrió para sus adentros y sintió una especie de placer que compensaba que le hubiesen ocultado los orificios por los que habitualmente vigilaba a sus huéspedes. Paulsen corrigió el rumbo y comprobó que estaban a la altura del Archipiélago de las Islas Orcadas y que para dirigirse hacia el puerto de Bergen era mejor seguir rumbo este, dejando al norte el Archipiélago de las Shetland. Jalil, que por cierto no había aparecido en las últimas veinticuatro horas, surgió por sorpresa y una vez en el puente se dirigió al capitán:

—No, no vamos al puerto de Bergen, seguimos más norte y debemos dejar las Shetland a estribor.

—Pero, usted dijo que íbamos a Bergen —masculló el capitán, elevando el tono de voz.

—Le he dicho que no, en todo caso que el rumbo era hacia Bergen, pero nunca que

atracaríamos allí. Debemos seguir más al norte.

—Sin saber dónde vamos, no puedo garantizar que nos quede combustible suficiente y podemos quedarnos a la deriva en medio del océano —exclamó tratando de contener su furia.

—No debe preocuparse, tendremos suficiente para llegar a nuestro destino. A propósito, creo que ahora ya se lo puedo decir: Será la Península de Kola.

—¡Pero eso es Rusia! ¿Cómo cree que podremos llegar allí y atracar, sin contar con un permiso? ¡Usted no conoce como las gastan los rusos!

—Contamos con la autorización necesaria y no habrá problema alguno. Debe confiar en mí. Por el momento, trace la nueva ruta y diríjase sin más, a bordear Laponia. Parece que ahora nos hará mejor tiempo. Después pasaré por su camarote, para pagarle el segundo plazo de lo convenido.

Diciendo esto, Jalil se volvió sobre sus pasos y regresó en dirección a su cabina.

—¿Has visto la arrogancia de este tipo? —comentó el capitán, dirigiéndose a su segundo.

—Particularmente a mí, cada vez me gusta menos esta situación. Creo que estamos metidos en un buen lío.

Tras unos minutos, el capitán se encaminó a su cámara, donde al poco apareció Jalil.

—Aquí tiene la segunda parte de la entrega —dijo poniendo de nuevo encima de la mesa los fajos de billetes —cuando lleguemos a la Península, deberemos entrar por el canal de Kola Bay, hasta Múrmansk.

—¡Pero ahí están las bases de submarinos rusas y no nos dejarán avanzar!

—Le insisto una vez más que no debe preocuparse. Pasaremos y no ocurrirá nada.

—Ese canal está totalmente contaminado de radioactividad y es muy peligroso —insistió casi lastimeramente Paulsen.

—Mire, contra eso hay procesos de descontaminación y tampoco estaremos tanto tiempo —dijo Jalil, ya con un tono que comenzaba a mostrar el hastío que le causaba la conversación—. Limítese a cumplir las órdenes y todo irá bien. Cargaremos el material previsto, repostaremos y volveremos al lugar que ya le indicaré más adelante.

El Capitán, cuando su visitante se hubo marchado, repasó de nuevo el dinero, abrió su pequeña caja de caudales adosada a la pared y depositó dentro los fajos, junto a su revólver y con los otros diez que tenía de la primera entrega. Decididamente cada vez le gustaba menos el sesgo que tomaban los acontecimientos,pero no veía que podía hacer ya a estas alturas. Subió al puente y se dirigió a su segundo:

—Tomaremos rumbo a la Península de Kola. Debemos fondear en Múrmansk. Es el destino que nos ha marcado este tipo y no me preguntes por qué.

—Decididamente —contestó Dag con un gesto que no podía ocultar su preocupación— esto cada vez huele peor.

42 Pañuelos de cabeza.
43 Túnica.
44 Que la paz esté contigo, Abdel.
45 Que la paz también esté con vosotros.
46 Hola amigo hombre.
47 Hola amiga mujer.

48 Girar en redondo la nave.
49 Prenda de mujer.

CAPITULO XIX:
AVANCES

Al entrar en la Iglesia de los Santos Mártires, Daniel no tuvo por menos que sentir admiración ante la magnificencia que ofrecía el conjunto y sobre todo el retablo mayor. La tarde anterior había repasado en su tablet las fichas sobre la autoría del templo, así como sus peculiaridades más destacadas y todo lo que había leído le resultaba insuficiente ante la realidad que se ofrecía ante sus ojos.

El altar mayor, obra de Cayetano de Acosta, la luz de las vidrieras, daban al lugar una atmósfera especial, que invitaba al recogimiento, hasta llegar a la Capilla del Sagrario, donde en un soberbio tabernáculo de plata, se elevaba la portentosa imagen de un Nazareno, que pudo identificar como Jesús de la Santificación, pero no pudo dejar de pensar en el motivo que lo había llevado a ese templo y que no era otro que entrevistarse con su Archivero, don Luis Trastorres, según le habían indicado en la Vicaría de Patrimonio Diocesano. Preguntó en la Sacristía dónde podía localizarle y uno de los sacristanes le acompañó a través de un pasadizo hasta un patio donde varios naranjos daban sombra a un conjunto peculiar de arcadas de piedra, sostenidas por columnas, ocultos sus fustes bajo el pavimento, lo que no impedía la contemplación de los bellos capiteles que las remataban. Le señaló con la mano una pequeña puerta, situada en un lateral del recinto.

—Allí le puede encontrar —y diciendo esto dio media vuelta sobre sus pasos.

Tocó con los nudillos la gruesa puerta de madera con clavos metálicos y al cabo de unos momentos, oyó cómo desde el interior descorrían un pesado cerrojo, entreabriéndose y dejando ver a un hombre de buena estatura, sumamente delgado, vestido con pantalón negro y una chaqueta azul de punto, que mostraba en sus codos las señales del tiempo que habían tenido que soportar el roce en la mesa de trabajo y bajo la que se adivinaba una arrugada camisa blanca con los picos del cuello hacia arriba, que dejaba al aire una estrecha corbata negra cuyo nudo ladeado ofrecía cuando menos, una posición algo desairada. Las profundas y oscuras ojeras del rostro se hacían aún más patentes por la blanca cabellera que, abundante, le cubría incluso hasta casi rozarle los hombros. Al ver a su visitante, se dirigió a él con voz seca:

—¿Qué desea?

—Soy Daniel Cormack, me han indicado en el Arzobispado, concretamente en la Vicaria de Patrimonio, que podría visitarle para que me prestase su colaboración en el trabajo que debo presentar en Roma sobre un inventario de bienes artísticos de esta Diócesis…

—Ya, ya, estoy enterado, —le interrumpió—haga el favor de pasar.

Diciendo esto, se echó a un lado y facilitó el acceso de Daniel a una estancia cuadrada y abovedada que a todas luces era uno de los cuerpos que integraban la torre de piedra que se situaba junto al Patio de Naranjos por el que había accedido, señalándole con la mano al mismo tiempo, un asiento junto a su mesa.

—Es un placer conocerle señor Trastorres. Sé de su labor como archivero en esta Parroquia, que por lo que he visto, reúne una serie de obras de arte verdaderamente singulares.

—Sí, ciertamente —respondió lanzando un ligero suspiro— todavía quedan piezas importantes, a raíz de la última intervención sobre el templo, que se exhiben como si de un museo se tratara y no tanto como objetos de verdadero culto, pero es el signo de los tiempos y ahora son los turistas quiénes nos visitan.

Daniel se dio cuenta que aquel hombre semejaba una reminiscencia del pasado, que añoraba

tiempos anteriores, dejando traslucir su amargura.

—Mi labor, como sin duda le habrán comentado, se circunscribe a una serie de templos, comenzando como es lógico por la propia Catedral.

—Hay mucho de bueno en Sevilla y creo que ya era hora que alguien en Roma dé muestras de interés por lo que ocurre en nuestra Ciudad y se comience una recopilación de sus tesoros, en gran parte desaparecidos a lo largo de los siglos, fruto de expolios, robos, ventas forzadas por la ruina de sus propietarios, o dádivas mal entendidas.

—Sin duda éste es un mal endémico no sólo en Sevilla, sino en muchos otros lugares —respondió Daniel.

—Sí, es cierto, pero muchas de esas obras de arte y objetos sagrados han ido a parar a museos sin alma, que los recogen y atesoran, sin tener en cuenta su auténtico valor y la verdadera razón de ser de su existencia. Por ejemplo, mire este busto, que representa a uno de los principales Santos que ha dado Sevilla. ¿Qué sería de él si no estuviese debidamente catalogado y custodiado en un sitio como éste?

Daniel, tomó la Imagen en su mano, admirando la riqueza de la policromía y su rico acabado.

—Y dígame, todo este acervo, estará debidamente documentado, supongo. ¿Están digitalizados?

—Señor Cormack, estamos en proceso de volcar la información de los catálogos en ficheros informáticos, pero aún no estamos lo suficientemente actualizados. Cada Parroquia, tiene sus archivos, salvo los que fueron destruidos en pasadas guerras o catástrofes. En la nuestra, de los Santos Mártires, se conservan documentos con siglos de existencia y la datación de todos los objetos sagrados. Yo le aconsejaría, si me lo permite, que dejase para el último lugar, el estudio de la Catedral.

—Por supuesto, como no puede ser de otro modo, seguiré sus indicaciones, pese a que esta tarea sería ardua para una sola persona como es mi caso.

—Eso precisamente me llama la atención señor Cormack, ¿cómo es que el Dicasterio del que depende en Roma, siendo ellos conocedores de la amplitud y complejidad de una labor semejante, le envían tan solo a usted que, disculpe mis palabras, pero no pretendo ofenderle en absoluto, diría que por su aspecto, se trata más bien de un hombre de acción, que no de un profesional de la archivística?

Daniel, se quedó unos instantes sin articular palabra, pero veía cómo el finísimo olfato de aquel hombre, en cuestión de unos minutos, había puesto el dedo en la llaga. No obstante, rápidamente, le respondió:

—Señor Trastorres, hoy en día en Roma, como en otros lugares, personas jóvenes debemos hacernos cargo de múltiples tareas, La juventud no es sinónimo forzosamente de inexperiencia, por lo que trataré de llevar a efecto mi cometido, con la mayor diligencia y eficacia posibles.

—No lo dudo señor Cormack, no lo dudo en absoluto. Disculpe si le he ofendido, pero no ha sido esa mi intención —respondió Trastorres, pasándose la mano por la frente—, sin embargo observo que ha debido padecer algún tipo de herida recientemente, ¿no es cierto?

Daniel, no podía dar crédito a lo que oía, pues a pesar de su perspicacia, se le escapaba cómo aquél individuo singular podía haber deducido algo semejante. Ante su silencio, continuó Trastorres:

—Señor Cormack, al sentarse ha puesto su brazo de forma instintiva entre el filo de la mesa y su cuerpo. Detalle baladí que no hubiese supuesto nada, si siendo usted un hombre diestro, no hubiese tomado la figura que le he ofrecido con la mano izquierda, en lugar de la derecha y

cuando la ha depositado de nuevo en la mesa ha repetido mecánicamente el mismo gesto anterior. Por eso deduzco que aún curado, conserva esa sensación instintiva de proteger su costado. Le pido disculpas si me he excedido en mis apreciaciones, pero más de cincuenta años observando objetos, documentos y sobre todo personas, dan para mucho.

—Puedo decirle —se sinceró Cormack— que en parte lleva razón y le felicito por su aguda perspicacia, pese a lo cual debo cumplir mi trabajo y empezar lo antes posible.

—Y no dude que le ayudaré en todo lo que esté en mi mano —le apostilló el bibliotecario, cambiando el tono de su voz, al observar que su visitante podía sentirse incomodado—. Le espero pasado mañana, a partir de las nueve de la mañana. Ha sido un placer conocerle señor Cormack y le anticipo mi felicitación por los éxitos que pueda conseguir.

—Hasta pasado mañana, pues.

Se detuvo un instante y volviendo el rostro hacia su interlocutor, añadió:

—¿Por casualidad no tendrá noticias en sus archivos sobre la existencia de unas tablillas de barro, que contienen una serie de inscripciones…?

—Cuneiformes supongo —le respondió sin dejarlo terminar—. Sí, señor Cormack tengo constancia de la existencia de algo similar. Pero si le parece ya lo hablaremos con más detenimiento en su próxima visita.

Daniel, reafirmaba su sensación de asombro ante la agudeza de aquél hombre. Llegó a la conclusión que el bibliotecario era un verdadero pozo sin fondo de conocimiento y de astucia. Al salir, consideró que debía dar cuenta a Monseñor Molinelli, de los descubrimientos que Luis Trastorres, le había manifestado y cómo, lo que iba a ser una mera justificación de su venida a Sevilla, se había convertido en una línea de investigación de primer orden.

Cuando hubo puesto a su mentor en antecedentes, le llamó en sobremanera la atención, el comentario que don Armando le hiciera: Nada en principio estaba inconexo. Repasó en mente, sus otras dos entrevistas precedentes, con el Canónigo y con el Catedrático y ponderó que el papel de su adjunto, Omar al Sabawi. Por ello, viendo que aún el señor García de Benavente podía estar en su cátedra, se dirigió hacia la Universidad, quién le recibió personalmente con un gesto de cordialidad.

—Señor Cormack, debo presentarle mis disculpas por la tardanza en prepararle la información requerida, no obstante, la señorita Amelia, ya le informó que le había recopilado una primera lista de nombres y lugares a los que podría dirigirse —diciendo esto le entregó una serie de folios —. Le recomendaría que dejase el estudio de los fondos de la Catedral para el final.

—Le agradezco su ofrecimiento, es usted la segunda persona que me hace tal sugerencia y me preguntaría por qué, dado que el primero ha sido el Archivero de la Parroquia de los Santos Mártires, que por cierto debo decirle que es un sujeto singular.

—Le conozco —respondió el Catedrático con una leve sonrisa—es una autoridad en su materia y me alegro de coincidir con él. Y dígame,¿le ha hecho algún otro comentario? Además, ¿cómo ha llegado hasta él?

—No específicamente, pero estimo que tiene un gran bagaje de conocimientos. En cuanto a mi contacto con él, ha sido a través de una sugerencia del Vicario, don Ulpiano.

—Ah si, ya comprendo. Creo que le han dado una buena pista para avanzar en su labor —se interrumpió brevemente, para añadir a modo de aclaración—. Entiéndame, me refiero al trabajo encomendado de Roma.

Estas palabras, encendieron las luces de advertencia en Daniel, quien coligió que, al igual que le pasara con el Archivero, deducía que también el Catedrático, sabía más de lo que aparentaba,

aunque no atinaba a concretar con certeza, de qué se trataba. No obstante, creyó prudente no seguir y con la lista en la mano, iba a despedirse, cuando el Catedrático le comentó, bajando el tono de voz:

—De entre los estudios que va a realizar, me atrevería a proponerle que no deje de analizar la fábrica de esta Universidad,

—Señor García de Benavente, le agradezco muy profundamente, la información que me ha remitido y que me ha traído a Sevilla. Tendré en cuenta sus palabras sobre este edificio. Ah, aunque no tenga nada que ver, me gustaría que cuando tenga tiempo, me explicase el motivo de la llegada a esta Cátedra del señor Al Sabawi.

Ante una pregunta tan directa, el Profesor tuvo un momento de ligero titubeo.

—¿Por qué me hace esa pregunta? ¿Acaso le conoce?

—Sólo por referencias que me indican desde Roma. Debo decirle que el pasado día en nuestra entrevista, tengo la sospecha que escuchó nuestra conversación y no atino a saber cuál podría ser el motivo. Que evidentemente ha llamado mi atención. Buenos días, señor.

Y dicho esto, salió del despacho, a sabiendas que había lanzado un órdago al Profesor, que sin duda le daría que pensar, al igual que a él le daba que pensar que el Profesor también debía saber más de lo que en principio aparentaba,

Consideró que debía ordenar sus ideas y tomó asiento en la terraza de un bar próximo, donde pidió un sándwich y un café. Llegó a la conclusión que nada de lo ocurrido era casual: Ni su venida a Sevilla, por orden de Monseñor Molinelli, ni los contactos para justificar su desplazamiento.¿Qué estaba pasando? Parecía que había un hilo conductor que movía la trama, en la que él, por el momento era un mero comparsa. Y eso comenzaba a fastidiarle. Además, estaban las tablillas, de las que con tanta naturalidad el archivero le había corroborado su existencia. Cuando terminó su frugal aperitivo, pensó que podría ver a Julia. La llamó, para pasar por su nuevo piso.

—Hola, ¿te apetece comer algo, Daniel? —dijo ésta a modo de saludo.

—Gracias, acabo de tomarlo. Si acaso, un café —mientras se dirigía a la cocina, continuó Daniel— ¿Qué has logrado averiguar? Yo por mi parte también tengo novedades que comentarte, por ejemplo, es que todo el mundo aquí sabe más sobre el asunto que nos trae, pero que nadie quiere desvelar sus cartas. Diría que los contactos a los que debía acudir para justificar mi tapadera, en realidad, de una u otra forma, están enterados de hechos relacionados con la razón de mi… —corrigió— de nuestra presencia en Sevilla.

—¿Qué te hace pensar eso?

Daniel, sin entrar en demasiados detalles le relató las conversaciones que había mantenido con el Archivero y con el Catedrático.

—Y además —concluyó—, está la presencia de Al Sabawi, que no acabo de encajar en todo esto.

—Pues sí, tiene que ver y mucho. Nuestros agentes están cada vez más convencidos que todo obedece a una conspiración, cuyo fin es provocar un atentado. Lo que aún no sabemos es qué papel representan las famosas tablillas, cuyo mensaje encriptado, no acaba de estar claro.

—Ah, ¿pero tú sabes que esas tablillas guardan un mensaje?

—Sí, Daniel. Te comenté que tenemos una fuente en las más altas esferas vaticanas y poco hay que no sepamos de allí… al menos eso creo.

Él se levantó del sofá y se dirigió al amplio ventanal, volviéndose en dirección a Julia, que permanecía sentada en el brazo del mismo.

—Julia, estamos en el mismo barco y con el giro de los acontecimientos, creo que debemos ser lo más sincero posible, siquiera sea entre nosotros. ¿Si a ti te envían tus jefes y a mí el mío y además está el Mosad interesado en esta historia y detectamos un posible agente de una célula radical árabe, qué es lo que puede acaecer en Sevilla, para tanto despliegue?

Ella, depositó lentamente su taza sobre la mesa de centro y levantándose, se encaminó hacia él, mirándole fijamente, apoyando su mano sobre el brazo de él.

—No lo sé aún, Daniel, pero deberemos tener el máximo cuidado. Tal vez tendremos que ahondar en el mensaje que contienen esas tablillas de barro y ahí esté la clave.

Cuando Daniel se hubo marchado, Julia tomó su teléfono para hablar con su enlace en la Agencia, el jefe y coordinador de la operación Cyrus Donovan, quien le precisó:

—Efectivamente Julia, nuestros agentes en Oriente Medio han corroborado que varias células extremistas han desarrollado una gran actividad en las últimas fechas y concretamente una de ellas ha desaparecido como por ensalmo de su base de operaciones. Nos causa gran preocupación su emplazamiento actual, pero por más medios que hemos desplegado nuestras redes ha sido imposible dar con ellos por el momento.

—¿Piensas que es posible que se hayan dirigido a España?

—No es descartable, pero con los sistemas de seguimiento que hemos movilizado, te diría que es difícil que hayan eludido todos nuestros filtros. Se ha contactado incluso, con Fort Meade para cualquier posible localización a través de la red Echelon, pero hasta ahora no hay indicios. Nos llama mucho la atención el papel que juega el Mosad en todo esto,

—Bien, trataré de seguir investigando. De todos modos cuento con una ayuda muy valiosa con Daniel.

—Julia, ¿no te estarás enamorando antes de tiempo, no? Ese tipo de situaciones a veces no nos dejan pensar con claridad. Ten cuidado y seguimos en contacto.

Cuando la conexión quedó cortada, Julia se quedó pensativa unos instantes con el teléfono en la mano. Se preguntaba cómo había podido intuir su jefe las sensaciones que experimentaba cuando estaba con Daniel. Dejó el celular en la mesa y lanzando un ligero suspiro, pensó que al fin y al cabo por algo Cyrus Donovan era el Jefe de su Unidad de la CIA en Langley.

CAPITULO XX:
LA BOMBA

Cuando los tres miembros del Consejo de la Shura que se habían desplazado a la base de operaciones situada, cerca de Hafar Al Batin, al norte de Arabia, tuvieron en sus manos las dos tablillas que contenían los mensajes encriptados en el barro, no pudieron ocultar su sorpresa, seguida de una profunda satisfacción por el hallazgo que por fin, había llegado a su poder. Eran conocedores del secreto que durante años guardó la Mezquita de Al Askari de los chiíes en Samarra, que lograron destruir tiempo ha, y en la que buscaron afanosamente el alijo de cuya existencia les hablara aquel mullah al que martirizaron para que confesase los secretos que allí se guardaban. Sabedores de su existencia, a toda costa querían hacerse con su contenido, pues no en balde ello les daría alas para extender su guerra santa a los más apartados confines de todo el mundo.

Habían rescatado los textos explicativos de los estudios en esa ciudad, conocida como «La Delicia para la Vista». Desentrañaron parte de las claves y símbolos que guardaba aquel inapreciable legado, que no obstante, recogían la existencia de tres tablillas, si bien ahora constataban que tan solo eran dos las que habían llegado a su poder. La tercera debió caer en manos de los infieles americanos o bien destruida en la refriega. Pero no les importaba en demasía, dado que conocían su contenido por los relatos recogidos por quiénes las estudiaron a fondo décadas atrás y que ahora, les permitirían obtener tan buenos resultados para relanzar el azote de la yihâd contra Occidente.

La tercera pieza que faltaba era, según los indicios, el colofón del texto completo y según la traducción de la que habían logrado apoderarse, representaba los números 1, 2, 4 y 8. Habían contado con estudiosos de la lengua aramea y expertos en descifrar los jeroglíficos empleados, por lo que para ellos, la traducción aunque críptica en cierto modo, era perfectamente inteligible. Gracias a ese conocimiento, primero de los mullah chiíes de Samarra y el posterior análisis de los muy cualificados maestros de la Meca, el mensaje de ambas tablillas y de la tercera desaparecida, daba pie a que se pudiera confeccionar un texto que justificase la profecía para adaptarla de la manera más conveniente a los intereses del ISIS y a sus reivindicaciones territoriales contra el mundo descreído y hereje de Europa y América, más algunos de los propios gobiernos árabes corrompidos y entregados a los hábitos y costumbres de los infieles.

Así, la segunda de las tablillas podría transcribirse como una misiva que estableciera que el cometido primordial, era recuperar para el Islam los espacios perdidos, tanto de la entrada a Europa por los Balcanes, que alcanzaron hasta las mismas puertas de Viena, como por el Oeste, el Al Andalus, con ciudades míticas, desde Córdoba, la Capital del Califato Omeya, Granada, último reino nazarí perdido en la Península, hasta la misma Isbiliah. A esta última, se puede perfectamente adscribir el contenido del mensaje, pues no en balde los números 1, 2, 4 y 8 se corresponden con el año, según el calendario cristiano, de la caída de ese bastión a manos de los ejércitos enemigos.

A ellos tres como integrantes de la shura, les habían encomendado realizar el diseño de la acción dirigida al corazón del mundo occidental y señalar el lugar más adecuado para asestarlo con el mayor efecto posible. Tras una interminable deliberación, habían coincidido en que debía ser Isbiliah —Sevilla—la que sufriera el castigo de Al-lâh. De lo que se trataba, a partir de esa elección, era de elaborar hasta los más mínimos detalles, el plan de ataque a seguir para ejecutarlo con la máxima eficacia y lograr de paso, el más amplio eco mediático a nivel mundial.

Previamente se habían reunido en el mayor secreto, guardando las máximas medidas de seguridad, los integrantes del Consejo de Inteligencia y de Liderazgo del ISIS. Como resultado final, su objetivo: sería Sevilla. Y en esa tarea, se encuentraban inmersos los tres. Habrían de determinar, la fecha más apropiada y su alcance, así como el modo y la logística a seguir por el comando elegido, sabedores que sus vidas no valdrían nada y las entregarían gustosos por la causa.

Consideraban que uno de los comandos de más confianza y demoledora eficiencia era el que dirigía Jalil, conocido por sus escasos allegados como Zaâbin, dado su probado instinto y fiabilidad, lo que le hacía el mejor para un golpe de aquellas dimensiones, cuyas consecuencias, repercutirían a escala universal. Sabían que no le temblaría la mano a la hora de ejecutar su misión. Era necesario preparar, eso sí, el tipo de acción que era mejor trazar y el material a emplear. Conocían de sobra las dificultades de utilizar aviones. Eso ya dio un espléndido resultado en las Torres Gemelas, pero era casi inviable volverlo a repetir. Con todo, habría de ser algo que provocara el mayor impacto, superior incluso al de Nueva York. Quedaron los tres en silencio, pues si bien estaban de acuerdo en el lugar y el objetivo, no veían claro con qué medios y cómo llevarlo a efecto. Al cabo, uno de ellos, miró a sus compañeros y sugirió:

—Una bomba… atómica —añadió, no sin un cierto aire dubitativo.

La expresión de sus compañeros reflejaba asombro en sus rostros.

—¿Cómo? ¿y de dónde vamos a sacar nosotros una bomba de esa naturaleza y la tecnología necesaria para usarla? —respondía otro.

—El arsenal del antiguo imperio soviético las puede tener de saldo. Sabemos los canales que distribución que existen en la actual Rusia y sus redes de venta de materiales, incluidos los militares, a manos de las mafias —aclaró el que había intervenido—. Nuestros contactos conseguirán averiguar la forma y el lugar para hacernos con una de ellas.

—Visto así, no suena mal —comentó en voz alta, el que parecía el de más edad— desde luego podría ser factible. Pero, ¿de qué forma la trasladaríamos hasta el objetivo?

—En avión, descartado, hay demasiados controles. Por tierra, supondría atravesar toda Europa y cabría el peligro de ser detectados. Tan solo nos queda la vía marítima —matizó el autor de la idea—. Además Isbiliah tiene la ventaja, que cuenta con un puerto fluvial.

Se hizo un silencio espeso, sofocante, apenas alterado por el zumbido de varias moscas que habían entrado en el oscuro recinto, huyendo del tórrido calor.

—Sea una bomba atómica, sea en Isbiliah y sea su traslado en barco a cargo de Jalil y sus hombres —sentenció poniéndose en pie, el mayor de los tres.

—Sea la voluntad de Al-lâh —añadió el más joven—, debemos ponernos a la tarea y en un mes tiene que estar ultimado nuestro plan de acción.

Se saludaron, despidiéndose de los guardianes que custodiaban el asentamiento en su perímetro exterior, dirigiéndose en silencio cada uno, a los vehículos que tenían ocultos bajo unas lonas de camuflaje. Al cabo, las columnas de polvo que se levantaron, fueron desvaneciéndose en tres direcciones distintas, volviendo el desierto a su dorado y silente sosiego, ajeno a la masacre que se había gestado en sus áridas entrañas.

* * *

La costa se dibujaba en el horizonte y la bella ciudad de Bergen había quedado muchas millas al sur. El Runde continuaba su rumbo Norte, se diría que prácticamente de cabotaje menor. El viejo

capitán llevaba unos instantes contemplando el paisaje único de los acantilados y los recodos increíbles que dibujaban las entradas de los fiordos que multitud de veces recorriera en su juventud y que tan familiares le resultaban. Encendió otro de sus gruesos cigarros y vio que en el puente, su segundo, Dag, tampoco quitaba ojo a aquellos parajes. La tenue brisa hacía salpicar finas gotas saladas en el rostro del marino que sentía latir su corazón con más intensidad de lo habitual, sentimiento contrapuesto a la preocupación que le atenazaba por lo incierto de su destino. Decidió llamar a su segundo que al poco apareció en la cabina de mando.

—¿Cómo está la reserva de combustible? —inquirió Paulsen en noruego confiando que si alguien oía su conversación, no les entendiesen.

—A duras penas tendremos para alcanzar Múrmansk y eso contando con que la mar siga tranquila —respondió Toivonen en su misma lengua.

—Llegado el caso y si estos tipos no ofrecen las suficientes garantías a la Guardia Costera, nos desentenderemos de ellos y diremos que nos obligaron a navegar por sus aguas territoriales, bajo amenaza. Estoy seguro que en sus fardos deben llevar armas, por lo cual no será demasiado difícil convencerles.

Pasaron unas horas lentas, que pusieron a prueba el trabajo de la marinería y de los dos responsables al mando, quiénes al rebasar uno de los angostos estrechos no pudieron reprimir un suspiro de alivio, una vez de nuevo en alta mar, Paulsen dio la orden de avance toda. Al cabo de un tiempo, divisaron la ciudad de Tronso, ya de amanecida. Poco después, al llegar a la altura de Nordkapp, el extremo más septentrional del país, una espesa niebla hizo su aparición envolviendo el buque, que no permitía la visión más allá de unas yardas. Ello hizo que el Capitán ordenase de nuevo aminorar la velocidad, hasta rebasar, en dirección Este, la Ciudad de Varde. Al poco, Paulsen era consciente que habían entrado en aguas jurisdiccionales rusas y en cualquier momento podían ser detectados y abordados por lanchas de la Guardia Costera y recordaba cómo las gastaban los militares de la antigua Unión Soviética.

Sin esperarlo, surgió casi de la nada Jalil.

—Tenga Capitán. Esta es la documentación que debe exhibir si nos aborda el Servicio de Guardacostas —al decir estas palabras, le entregó una carpeta con documentos escritos en noruego y que tras un rápido vistazo, al fin Paulsen entendió lo que trataban de justificar sus pasajeros.

Allí se decía que el Runde iba a Múrmansk a cargar madera para transportarla a España, por cuenta de una empresa liberiana que era la responsable del flete. Paulsen miró con asombro al árabe.

—Sí, capitán, —dijo en noruego— conozco perfectamente su idioma y desde el principio, he sabido de sus comentarios cuando ha hablado con su segundo. Pese a ello, no tiene por qué preocuparse. Si usted cumple, yo cumpliré, pero procure no desviarse ni un ápice de las órdenes que le dé en todo momento. Para su conocimiento, le digo que viví en Oslo tres años hasta que regresé a Oriente Medio. También tuve ocasión de aprender ruso, lo que ahora facilitará nuestra misión.

El viejo marino, cada vez estaba más asombrado de la capacidad y recursos mostrados por aquel sujeto, que siempre tenía la cualidad de ir por delante de él varios pasos. Iba a abrir la boca, cuando resonó una sirena que parecía provenir de alta mar. Miró hacía el exterior, pese a que poco o nada se veía más allá de unos escasos metros. No obstante, dio la orden de detener el barco.

—Ya tiene ahí a la Guardia Costera —comentó Jalil—. Procure no olvidar todo lo que le he

indicado. Ahora no hará falta que me oculte, si como preveo vienen a bordo las personas que espero.

De entre la bruma, se dibujó la silueta de un buque patrulla, de casco azul, que el Capitán enseguida identificó como del tipo Mirage, mientras el fuerte viento hacía ondear la bandera de la marina rusa en la popa. Éste se puso al costado del Runde y varios marineros armados aparecieron en cubierta. Un oficial a través del altavoz en idioma ruso, ordenó de forma tajante:

—Vamos a subir a bordo. Sitúense todo el personal en cubierta.

Al poco, un teniente, pistola en mano, con dos suboficiales y varios guardiamarinas subieron al Runde, con sus armas prestas. El primero se dirigió al puente donde estaban el Capitán y el Segundo, acompañados del responsable de los pasajeros árabes. Saludó militarmente y pidió la documentación del carguero.

—¿A dónde se dirigen? Muéstreme los permisos —dijo el recién llegado, con voz autoritaria.

Paulsen, extendió la mano con los documentos que le había entregado Jalil. Y en una mezcla de inglés y noruego y algunas palabras en ruso, trató de explicar que se dirigían a Múrmansk a cargar madera. El Teniente fue repasando todos y cada uno de los papeles y cuando se disponía a interpelar al capitán, uno de los suboficiales se le acercó, hablándole en voz baja. Éste torció el gesto e hizo un leve gesto afirmativo.

—Bien, deberán respetar estrictamente el rumbo trazado, sin desviarse, ni hacer paradas hasta su atraque en el puerto de Múrmansk. Una vez hayan cargado su mercancía, han de volver por la misma ruta, hasta salir de nuestras aguas.

—Teniente, no dude que cumpliremos sus órdenes, tenemos intención de alcanzar Kolkiy Zaliv para repostar. Después procederemos a realizar la estiba de la madera en el puerto de Múrmansk y emprenderemos ruta hacia España.

El Teniente lo miró fijamente durante unos instantes y sin mediar palabra, se dirigió hacia el lugar por el que habían abordado el barco. Tras él, el resto de los marineros y uno de los suboficiales saltaron al patrullero. Mientras, el otro suboficial, que se había dirigido de forma confidencial a su Teniente, se quedó rezagado y al pasar al lado de Jalil, cruzó con él unas breves palabras, que no pudieron ser oídas por el resto de los tripulantes. Después siguió a sus compañeros, emprendiendo velozmente la marcha. En cuestión de segundos, el patrullero desapareció de su vista y tan solo el sonido de sus motores se percibió durante unos instantes hasta desvanecerse por completo.

—Ya ha oído al Oficial, debemos seguir a puerto sin más dilación—comentó el árabe.

—Si no fuese por esta niebla y por el abordaje que hemos sufrido, estaríamos más cerca —gruñó el Capitán, consciente que algo se había cocido entre su pasajero y el recién llegado.

Corrigieron el rumbo, dada la proximidad del canal de Kola Bay, que pronto avistarían y era relativamente cuestión de poco tiempo enfilar su embocadura. Se cruzaron con varios buques y a poniente, pronto aparecieron las grises edificaciones de Retinskoye y algo más adelante, la silueta de Belokamenka. A la altura de ésta última, viraron unos grados a levante, hacia la costa opuesta, donde pronto, ya de amanecida, avistaron Kalskiy Zaliv. Al cabo de un tiempo, el Capitán Paulsen, tras verificar que los depósitos estaban al máximo, embarcó en la lancha y se dirigió a las oficinas del complejo, acompañado por Jalil, quién cumplimentó los trámites y abonó el repostaje, sin dejar de comunicar que atracarían en Múrmansk para efectuar la carga de madera.

Era anochecido cuando de nuevo el Runde maniobró para realizar el atraque en uno de los diques más apartado mientras las casas próximas de la ciudad se recortaban al fondo con sus

oscuras fachadas. El práctico del puerto que los había guiado en la arribada, se despidió del Capitán y abandonó el buque en dirección al remolcador. Entonces Jalil, se dispuso a bajar a tierra, no sin antes dar instrucciones al Capitán:

—Voy a hacer las gestiones para que mañana a primera hora carguemos la madera prevista. Nadie debe abandonar el barco, por razones de seguridad. Mâlik, se encargará de vigilar que se cumplan mis instrucciones.

Tras esta orden, se dirigió a las escalerillas, acompañado por Omar. Ambos vestían chaquetones de cuero negro y cubrían sus cabezas con pasamontañas, en tanto que Mâlik, se situaba en la amura de babor con un sospechoso abultamiento en el bolsillo y que a todas luces parecía ser un revólver..

Rápidamente, cuando las dos sombras desaparecieron, Paulsen llamó a su segundo.

—Tenemos que averiguar qué traman estos elementos. No me creo que hayamos hecho un viaje así, sólo para cargar madera.¿Te atreves a seguirles? —inquirió el capitán.

—Creo que no nos queda más remedio —respondió el oficial—. Iré, pero debo esquivar al que nos han puesto de guardia. Me deslizaré por la cadena del ancla, hasta el espigón que está a proa.

Sin añadir palabra, salió rápidamente, calándose un chaquetón marinero. En breves segundos, se pudo asir al saliente de hormigón y de allí pasó al muelle sin ser detectado. Distinguió a distancia, las siluetas de los dos árabes que se alejaban y aceleró el paso para no perderlos de vista.

Éstos, ajenos a quién iba tras ellos, rebasaron una serie de almacenes situados junto a las grúas, hasta atravesar la reja de separación del puerto con la Ciudad. Caminaban de prisa, sin volver el rostro atrás, por lo que al noruego no le resultaba difícil en exceso seguirles, Finalmente, llegaron a una plaza en cuyo fondo se distinguía la fachada de lo que parecía un hotel. Dag obseervó sobre la primera planta un letrero en el que se leía Hotel Arktik Park. Avanzó lentamente, por si a los dos sujetos les daba por volver la cabeza. Una vez entraron, se asomó con precaución a una de las cristaleras, comprobando que era la cafetería, en cuyo fondo se podía ver la barra. Al poco, aparecieron los dos individuos a los que acababa de seguir. Se dirigieron a una de las mesas más apartadas, donde otros dos sujetos permanecían sentados. Intentó distinguir sus rostros y no pudo reprimir dar un paso atrás cuando identificó a uno de ellos: Era el subteniente, ahora vestido de paisano, que les abordara al entrar en aguas rusas. Calibró que tal vez pudiera acercarse por la parte trasera del bar, sin ser descubierto.

Entró dirigiéndose hacia la puerta situada a la derecha, que daba acceso al salón donde estaban las mesas. En la entrada había un grueso cortinaje desde donde podía observar a los cuatro individuos sin ser visto. Hablaban una mezcla de inglés y ruso, en voz baja. Transcurridos unos minutos, Jalil, dio un golpe seco en la mesa y elevó el tono de voz, agitándose furiosamente. Ciertamente, la noticia que le hubieran comunicado, no debió resultar en absoluto de su agrado. Ese sesgo de la conversación, le permitió escuchar sus palabras con mayor nitidez. Lo que oyó le heló la sangre:

—¿Cómo es posible que ahora me digas que no hay bombas de maleta y que tendríamos que llevar una que apenas cabe en un furgón? —rugió Jalil.

—Lo siento —dijo el que acompañaba al militar—. El stock de ese material era de unas cuarenta unidades y gran parte han desaparecido y el resto fueron vendidas hace más de un año. Hemos hecho averiguaciones…

—¡Averiguaciones! —rugió Jalil— ¡Eso no nos sirve de nada! Teníamos un compromiso y una palabra y por eso vinimos hasta aquí. Hemos empleado mucho tiempo y dinero, para ahora estar

como al principio —prosiguió el árabe, que apenas controlaba la voz, pese a lo delicado del contenido de sus palabras, pero eso parecía no importarle.

—No estamos como al principio —terció el subteniente— podéis disponer de alguna unidad de un kilotón de potencia, enriquecida con plutonio. Bien es cierto que no son transportables a mano y requieren personal adecuado. Pero creo que tenéis que ser prácticos y analizar que sus efectos son similares a las otras y yo añadiría que incluso, más fiables. Además —añadió— podemos acercarla al buque de la forma más discreta posible, a unas millas al Norte, justo en una carretera que bordea la costa y que pasa sobre el puente que llega hasta la isla más cercana a Severomorsk. Dado que cuenta con la altura precisa, permitirá, poder deslizarla a bordo con la grúa del barco. Lo que hagáis después con ella y el destino al que la llevéis es cosa vuestra.

El árabe lo asaeteó con la mirada, pero se mantuvo en silencio, calibrando las palabras que acababa de escuchar, lo que aprovechó el militar para apostillar:

—Además el precio será algo menor, teniendo en cuenta el volumen y las molestias. El inconveniente es el grado de radiación que provoca, pero creo que eso no es algo que deba inquietaros.

—¿De qué precio estamos hablando? —inquirió Jalil, mostrando ya el tono más reposado, puesto que con su frialdad innata, había analizado la situación y llegado a la conclusión que de nada servía empeñarse en lograr algo que estaba fuera del alcance de sus suministradores.

Los otros dos se miraron fugazmente y sin aparentarlo externamente, comenzaron a respirar más tranquilos.

—Podríamos dejarlo en seis millones, pero dadas las molestias y la necesidad de que os acompañe un experto, lo podríamos fijar en cinco y vosotros le pagáis al científico que os enseñará su manejo.

Jalil, sopesó la propuesta y en cuanto a lo último que había escuchado determinó que no tendría que desembolsar nada, salvo una onza de plomo en la cabeza de su nuevo acompañante cuando finalizase su trabajo.

—De acuerdo en los cinco millones pero debéis garantizarnos que podremos embarcarla sin ningún tipo de problemas.

—Tenedlo por seguro —respondió el Subteniente—corre de mi cuenta que la vigilancia aduanera no os moleste y siga otras rutas más alejadas de ese punto de la costa. Mañana cargaréis la madera que os servirá de tapadera. Después, al anochecer salid de puerto y dirigiros a este punto —dijo el militar, mostrándoles un plano de la costa—. Si la mar está tranquila, no habrá problema alguno. He visto el alcance y la resistencia de vuestra grúa y puede llegar perfectamente al puente por el que discurre la carretera. Estaremos allí a las 4,00.a.m. No retrasaros.

Los cuatro se levantaron y se estrecharon la mano. La plaza en tanto, aparecía cubierta por charcos, por el fino manto de lluvia que comenzaba a caer, lo que la hacía parecer aún más lúgubre. Los árabes, volvieron sobre sus pasos en dirección al Runde, en tanto que los otros dos, desaparecían calle abajo. Dag por su parte, apenas daba crédito a lo que había oído y confirmaba todos sus temores. Salió tras sus pasajeros, tratando de adelantarlos por el camino, pero ambos iban muy deprisa y alcanzaron el puerto antes de poderlos rodear sin que le vieran. Decidió dejar pasar unos minutos por si desaparecían de cubierta, pero viendo que se quedaban en ella charlando, pese a la lluvia, no tuvo más remedio que, armándose de valor, cruzar la explanada y subir a bordo.

Jalil, al verlo llegar a la pasarela, se dirigió rápidamente hacia él, apoyando ambas manos sobre

la barandilla, antes de que éste llegara a la cubierta.

—¿Cómo has salido del barco? —le espetó con cara de pocos amigos.

—He tenido que ir a hacer unas gestiones para el aprovisionamiento del regreso. No tenemos reservas de alimentos y sobre todo de agua —dijo Dag aparentando una tranquilidad que no tenía.

—¿Y si es así, por qué no te ha visto Mâlik?

Ah, pues no sé. Creo que cuando bajé, me pareció verle dormitar —se le ocurrió improvisar a Dag.

Jalil miró con ceño fruncido a su colega, quién respondió con un ligero encogimiento de hombros, por lo que no quiso añadir nada más, dando una vuelta sobre sí y marchándose furioso al puente inferior donde estaban los camarotes y prometiéndose que su subordinado tendría que aclarar lo ocurrido.

Mientras, Dag hizo una seña a su Capitán que éste captó al instante. A los pocos minutos ambos hablaban en voz baja en la cabina de Paulsen.

—No va a creer lo que he podido escuchar a estos tipos. Le digo que son mucho más peligrosos de lo que podíamos imaginar. Capitán agárrese, pretenden que carguemos con una bomba atómica, que por lo que he podido deducir, debe tener tal vez una tonelada de peso.

—¿¿Qué?? —Rugió Paulsen, que no pudo reprimir su torrente de voz— ¿Estás borracho?

—No, jefe, no he probado ni una gota de ginebra, aunque la boca se me ha quedado seca. Le repito lo que he oído: esta gente son terroristas y pretenden hacer explotar esa bomba en algún lugar y encima tendremos que soportar sus radiaciones .

—Pero esos imbéciles ¿están locos o qué? —apostilló el capitán.

—No creo que sean imbéciles, pero sí suicidas. Esto debe tener algo que ver con la yihad de esos fanáticos. Piensan que carguemos la bomba mañana por la noche, bajo un viaducto situado algo más al Norte.

—Mañana —añadió el capitán tras unos instantes de silencio—cuando nos digan que arribemos a ese lugar les preguntaré que a qué viene esa escala y si lo comentan, me negaré en redondo.

De amanecida, Dag volvió al puesto de mando, comprobó que ya el Capitán estaba en cubierta. Se saludaron y Paulsen comentó:

—Debemos aprovisionarnos lo más rápidamente posible. Llégate a esos almacenes y haz el pedido acostumbrado, teniendo en cuenta los días de travesía que nos quedan y también unas cisternas de agua. Que te acompañe el cocinero.—añadió.

Al poco de marcharse ambos, Jalil hizo acto de presencia,

—Capitán he telefoneado para que la carga de madera llegue puntual. Serán unas cinco toneladas.

—En ese caso deberemos hacer los planos de estiba para situarla en las bodegas —cortó, alejándose a su cámara para trazar el dispositivo.

—Bien, señor Paulsen, esta noche a las doce zarparemos —puntualizó Jalil cuando la carga estuvo dispuesta—. Ya he conseguido los permisos, pero deberemos hacer una parada técnica algo más al Norte, cuando enfilemos Kola Bay, a la altura de Severomorsk. Serán tan solo unos minutos para subir una caja y además recogeremos a otro pasajero.

—¿Una caja de qué, si puede saberse? —inquirió el marino.

—Capitán, será mejor que no lo sepa. Como ya le he repetido, una forma de seguir nuestras buenas relaciones, es no hacer preguntas.¿Podemos ir a su camarote? Allí podremos charlar más

tranquilos.

Salieron al tiempo que Toivonen había sido testigo mudo de la conversación, que por el sesgo que había tomado, auguraba ser tormentosa. Al llegar a la cabina, Jalil se plantó ante su oponente y le espetó con fiereza:

—Le dije al principio de nuestro viaje que no hiciera preguntas, por su propia seguridad. Ahora usted insiste y no me queda más remedio que decirle de qué se trata, lo cual no es bueno ni para su integridad personal ni la de su tripulación: Vamos a cargar una bomba que llevaremos a España, al lugar que le indicaré y con nosotros vendrá un experto en este tipo de armamentos para hacerla detonar.

—No cuente conmigo para semejante barbaridad. No pararé el buque y si quieren pueden quedarse en Múrmansk e irse andando a su tierra.

Jalil soltó una risotada hueca y fría, que no invitaba al más mínimo sentido del humor.

—Cerdo. ¿Pretende amenazarme? ¿Acaso no sabe por qué le escogimos a usted y su barco? ¿Cree que fue al azar? No estúpido, lo hicimos porque sabíamos que en todo momento nos obedecería, teniendo en cuenta su pasado, que conocemos a la perfección.

—Moro de mierda, ¿que es lo que pretendes saber de mí? —lanzó Paulsen ya desatado.

Jalil, saltó sobre el capitán, cogiéndole por las solapas del chaquetón y con voz silbante que asemejaba a una serpiente le fue desgranando muy cerca de su rostro:

—La única mierda que hay aquí es la que te rodea en este cascarón al que llamas barco. Hace tres años, venías del Mar Negro con un cargamento cuyo destino era Siria y que debías dejar en un puerto del Líbano, para que desde allí lo transportaran a Damasco. Esas armas nunca llegaron, porque apareció un mejor postor sionista, con los que tuviste que negociar y mitad por miedo y mitad por dinero las entregaste a los que te amenazaron, llevándolas a Haifa. Los que te habían hecho el encargo eran rusos, miembros pertenecientes al antiguo KGB, Comité para la Seguridad del Estado Soviético, que siguen operativos en la clandestinidad. Ellos habían confiado en ti y no han olvidado tu traición. ¿Qué dirías si yo les comentase ahora aquí, en su país, que quién les traicionó puede estar a su merced, dentro de su territorio? Estás en mis manos, viejo saco de basura y harás lo que te ordene o morirás.

Le soltó bruscamente, arrojándolo de espaldas sobre el jergón, en tanto que Paulsen jadeaba trabajosamente, con el rostro lívido y la mirada extraviada. Toda su fiereza se había esfumado y de pronto, aparecía como un hombre anciano y vencido. Jalil lo sabía y no tuvo piedad de él.

—Ahora mandarás a tu gente que cumplan a rajatabla mis órdenes y en particular tu hombre de confianza, que correrá la misma suerte que tú, de no obedecerme.

Al aparecer Paulsen sobre cubierta, Dag comprobó que no era el mismo hombre que minutos antes había bajado a su camarote, Apenas se tenía en pie y con sus toscas y nervudas manos se agarraba a las barandillas de la escalera, incapaz de sostenerse por sí mismo. Su grisácea cabellera aparecía revuelta y desgreñada y el viejo chaquetón aún ladeado y descosido por un hombro, denotaba que no solo se había tratado de una mera conversación. Como pudo, llegó al puente de mando y mirando fijamente a su segundo, sólo pudo balbucir:

—Esta noche partiremos y atracaremos donde el señor Jalil nos indique.

Éste que había seguido los pasos del capitán a distancia, cuando apareció tras él, se dirigió a Toivonen:

—El capitán me ha cedido el mando, por lo que debe comunicar a toda la tripulación que en lo sucesivo estarán bajo mis órdenes directas.

El marino los observó largamente y por su experiencia, consideró oportuno guardar silencio.

Prefería esperar a que su capitán le informase de qué motivos le habían obligado a ceder el mando del buque, sin más. Su intención era hablar con su compañero y averiguar los motivos de ese cambio tan repentino. Se escabulló por las bodegas y tras cerciorarse que nadie le observaba, recorrió rápidamente y en silencio, el pasillo que llevaba al camarote del Capitán. Tocó quedamente con los nudillos y al no recibir respuesta, abrió con suavidad el picaporte. Sobre el jergón boca arriba, estaba Paulsen inmóvil, sin hacer gesto alguno, pese a percibir la presencia de su segundo.

—Capitán, ¿qué pasa? ¿qué ha averiguado de estos tipos? ¿cómo es que les ha cedido el mando del barco?

Eran preguntas que en voz baja, pero apresuradamente salieron de la boca de Dag. Se hizo el silencio y el viejo marino volvió lentamente la cabeza hacia su camarada de tantas aventuras.

—Nos tienen cogidos por los mismísimos. Sabe lo del cargamento de Haifa y está dispuesto a denunciarnos ahora que estamos en territorio ruso. Tendremos que hacer lo que él nos diga, al menos mientras estemos en estas aguas. Veo difícil, por no decir casi imposible, salir bien parados de este maldito asunto.

—Entonces, ¿cargaremos la bomba?

—Me temo que no queda otro remedio. En alta mar, veremos qué podemos hacer, pero estos tipos son verdaderos profesionales. Pon sobre aviso a nuestra gente y que anden con pies de plomo. No les comentes aún todo lo que pasa.

Cuando Toivonen salió del camarote era noche cerrada. Bajó a la sala de calderas donde estaban el maquinista y su compañero, quiénes escucharon con atención lo que el Segundo les contó. De igual modo, pudo hablar con los otros dos miembros de la tripulación, dejando a un lado obviamente, al palestino Mâlik.

Al dar las doce, soltaron amarras, levaron el ancla y el buque lentamente inició el desatraque del muelle. El Capitán en el puente, dirigía la maniobra, flanqueado por su oficial y Jalil que no perdía detalle de todo el proceso. Al cabo del rato, las luces de Múrmansk se fueron perdiendo por el horizonte, lo que aprovechó el jefe del comando, para dirigirse a los dos marinos:

—Debemos navegar hasta un lugar que se llama Severomorsk, en las proximidades de Zapadnaya Litsa. Hay un viaducto con una carretera. Tendremos que acercarnos hasta sus arcadas y fijarlo de manera que la grúa pueda hacerse con la caja que tendremos que izar a bordo. Desde arriba nos ayudarán a la maniobra.

—Abarloar el buque a un puente no es nada fácil —dijo Toivonen, visto que el capitán no hacía comentario alguno—. Tal vez tengamos que arriar una lancha salvavidas para que los hombres puedan llevar las maromas hasta los otros pilares.

—Bien —dijo Jalil con una sonrisa sardónica—, cuenten con Mâlik para que ayude en esta operación. Él es experto en muchas cosas y será cuestión de averiguar si ésta es una de ellas.

En ese momento estaba pensando en hacerle pagar el desliz que había tenido al dejar escapar del barco al Segundo mientras estuvieron en el puerto.

Pasó algo más de una hora, cuando el silencio de la noche se interrumpió con la voz del marinero que oteaba el horizonte desde su puesto de vigía. Indicando tierra a proa. A unas tres millas.

—Bien creo que ya lo tenemos ahí —indicó el Segundo a Jalil—. Ahora debemos prepararnos para intentar fondear sin derribar los pilares de sustentación y estudiar el calado, para no quedarnos ahí para siempre.

—Nos va a todos la vida en ello —recalcó Jalil, poniendo el mayor énfasis en la palabra

«todos»— ¿Quién se hará cargo de la grúa para bajar la caja?

—Un hombre solo no puede y en la sala de máquinas ha de quedar forzosamente un maquinista.

—Bien, diré a uno de mis hombres que les ayude.

Jalil desapareció rápidamente y al cabo de unos instantes venía acompañado de otro de los sujetos que casi nunca salían habitualmente de los camarotes.

—¿Habla inglés? —dijo Dag.

—Apenas —le respondió el árabe—. Deberá explicárselo por señas.

—Pues no sé como va a enterarse de una maniobra tan compleja como esta.

Mientras el Runde se acercaba a la costa, Toivonen analizaba las diferentes arcadas del paso elevado, El reloj marcaba las 3,30 h. con la mar en calma. El calado parecía suficiente, al menos hasta donde habían navegado. Arriaron el bote, donde se situaron los dos filipinos y Mâlik. Desde la borda, les lanzaron los cabos, en tanto que el árabe y uno de los marineros trataban de acercarse a las gruesas columnas del puente para fijar las bozas. De pronto, un ruido que provenía del fondo indicaba que los cepos del ancla habían tocado fondo y comprobaban que la cadena comenzaba a tensarse. El Segundo ordenó parar máquinas y verificó cómo la lancha, trataba de acercarse al primer soporte. Volvió a consultar la hora y apenas faltaban diez minutos para las cuatro. Tras unos instantes, comprobó cómo Mâlik, con agilidad felina se había subido ya a la base del segundo pilar y se aprestaba a fijar el otro extremo del cable. Cuando por última vez estiró su brazo para ver la hora, eran las cuatro en punto de la madrugada.

—Nosotros ya estamos ¿y la carga? —dijo el noruego, mirando con cierto desafío al árabe—. No se ve a nadie, salvo que tengan vértigo y no quieran asomarse al vacío —añadió Dag sarcásticamente.

—Ordene que extiendan la grúa hacia arriba. Les daremos unos minutos.

El brazo metálico se fue elevando hasta alcanzar el borde mismo de la baranda, llevando en su extremo un cable de acero con cuatro ganchos. El buque, merced al oleaje que paulatinamente iba en aumento, pugnaba por soltarse y corrían el peligro que de hacerlo, se estrellasen bajo el viaducto o contra las rocas del litoral que se apreciaban relativamente cercanas. Entonces Toivonen, se dirigió de nuevo a Jalil:

—¿Hasta cuándo debemos quedarnos aquí? En unos instantes esta situación será insostenible.

—Esperaremos unos minutos aún, no hay más remedio —respondió éste, quién por primera vez, parecía haber perdido algo de su seguridad y aplomo.

Eran las cuatro y diez minutos y al mirar por enésima vez anhelante hacia arriba, descubrió a lo lejos en el litoral, la luz de unos faros que destellaban en la noche, Al cabo de unos instantes, del interior del vehículo saltaron cuatro hombres cubiertos con pasamontañas, uno de los cuáles, asomándose a la balaustrada, saludó a Jalil, con una señal de conformidad, dejando ver una caja de madera de casi tres metros de largo por uno y medio de ancho y otro tanto de alto. En sus extremos superiores cuatro argollas metálicas, que rápidamente los individuos del furgón, engancharon a los cabos de la grúa. Finalizada la maniobra, el que había saludado al árabe, se asomó a la baranda.:

—Ya podéis poner el importe de vuestro encargo aquí, dijo echando por el borde una gruesa soga con una tupida y espesa malla en su extremo.

Jalil cogiéndola, depositó en su interior un fardo cuadrado de tela impermeable en color negro, rodeado de cinta adhesiva, que quedó fuertemente fijado dentro de la red de cuerdas. Los de arriba tiraron con fuerza y en cuestión de segundos, la gran bolsa quedó fuera de la vista de los

que estaban en el barco. Pasaron otros minutos que se hicieron eternos, apareciendo de nuevo el encapuchado, para hacer una señal de ok y que podían bajar el paquete.

No había terminado de pronunciar esas palabras, cuando se oyó un fuerte y penetrante chasquido, provocado por un súbito golpe de mar, que sacudió la nave de proa a popa, moviéndola unos metros. La cadena del ancla se tensó y dos de las fijaciones al puente, saltaron como si se tratara de simples cuerdas. La grúa se desplazó con su carga, arrastrando la caja de la batea del vehículo, chocando con violencia contra la baranda del viaducto que arrancó de cuajo, en una extensión de unos cinco metros y quedó balanceándose en el vacío, únicamente sustentada por una garra metálica que aún resistía en su borde. Ni los que estaban arriba podían hacer nada por controlarla ni los de abajo, que sólo trataban desesperadamente de maniobrar la grúa para irla plegando hacia cubierta y depositar el voluminoso arcón sobre ella.

Toivonen no cesaba de gritar a su gente que fijaran las bozas que aún resistían, ordenando a los del bote que subieran al buque cuanto antes por las escalas, sin preocuparse de la lancha. De un salto, llegó a donde el maquinista y el árabe intentaban controlar el brazo metálico que mantenía en vilo su siniestra carga, logrando con un supremo esfuerzo, mover las palancas que permitían recogerla sobre cubierta. Con voz ronca, se dirigió a los que la manejaban y la llevasen hacia la cubierta, desde la amura. Cuando ya por fin, la enorme caja estaba a escasos dos metros de ésta, un crujido siniestro, se produjo sobre sus cabezas y Toivonen apenas tuvo tiempo de contemplar cómo el paramento de baranda del puente, comenzaba a caer al vacío. Comprobó en una fracción de segundo, que su trayectoria coincidía con el lugar en el estaban los dos hombres que le ayudaban y en un desesperado intento, quiso empujarlos para apartarlos de una muerte segura. Sólo el árabe pudo zafarse, en tanto que el maquinista recibía el brutal impacto que le seccionó la cabeza de un solo tajo como si de una guillotina se tratase, desplomándose su cuerpo por la borda, mientras su cabeza rebotaba con un lúgubre golpe, cayendo también en medio de las aguas que se la tragaron como si ansiaran alimento. El que se había librado, quedó en el suelo, casi sin resuello, con la mirada perdida fija en el marino que le había salvado. Zayed, que ése era su nombre, se levantó penosamente y mirando fijamente a Toivonen, no fue capaz de articular palabra, desapareciendo, camino de su camarote. Éste tornó las palancas de la grúa y con suavidad pudo finalmente dirigir el cajón hacia el lugar próximo a la bodega donde debía ocultarse, lo que tratarían de hacer más tarde, una vez hubiesen salido de aquel infierno.

—¿Qué hay del técnico? —comentó Jalil a los de arriba, tras contemplar la sangrienta escena.

—Lo bajaremos en la misma red. Procurad que el barco no cabecee.

El oscuro saco, volvió nuevamente a descender, dibujándose en su interior, la silueta de una persona, que permanecía agazapada y aferrada desesperadamente al cordaje. Cuando pudo al fin tocar la cubierta, el mismo Jalil lo ayudó a salir de entre el cordaje, mientras los tres de la lancha, habían podido subir al buque con gran dificultad. El que hablaba desde arriba junto al furgón, al que Toivonen identificó como uno de los que se entrevistaron con los dos árabes en el hotel, gritó a Jalil:

—Nos marchamos. No debéis preocuparos por el desprendimiento, ahora lanzaremos el vehículo al mar y pasará por un accidente. Y si aparece el cadáver de vuestro hombre, todo el mundo pensará que era el conductor.

—Shukran yazulan[50] —respondió Jalil.

Toda la escena la había contemplado Paulsen, sin que se notara el más mínimo cambio en su rostro. Si acaso cuando cayó la baranda, hubiese deseado ardientemente que fuera el árabe al que

le hubiesen cortado la cabeza sus afiladas aristas, pero a pesar de ello, no movió un músculo. Vio como su Segundo volvía al timón, mirándole fijamente unos instantes. Después, el viejo buque se aprestó para la ciaboga, intentando salir de aquella ratonera. Parecía mentira que en tan sólo una hora de tiempo, se hubiesen sucedido esa serie de acontecimientos que culminaron con la vida de aquel desgraciado. La caja quedó guardada y disimulada entre los gruesos tablones. El nuevo pasajero, se recluyó en su camarote, al parecer, reponiéndose de los avatares que le llevaron al buque. Mientras que Daj ordenó a uno de los marineros filipinos, que se hiciera cargo como Segundo maquinista, del puesto que había dejado su compañero.

El capitán Paulsen, continuaba en cubierta y, con sus gemelos, no apartaba la mirada de la espectacular vista que se ofrecía a estribor: Las bahías de Lopatka con toda la flota del Norte, fondeada en su puerto. Sobre todos, destacaba la visión de un gran portaaviones de la clase Admiral y a su lado varios cruceros y destructores, buques de apoyo y cisternas. Algo más alejados en otro de los fondeaderos, se dibujaba la silueta de los enormes muelles en los que aparecía amarrada la flota de submarinos de los diferentes tipos con los que cuenta la armada rusa: los de la clase Oscar, Victor y los de mayor tamaño, los nucleares Typhon que ofrecían sus grises panzas de acero al arrullo de las aguas. El aire calmado en aquel momento, permitía intuir la invisible losa de contaminación que impregnaba todo el ambiente, mientras el Runde, despacio, continuaba su ruta.

—Ahora abandonaremos la línea del litoral y nos adentraremos en mar abierto, en dirección Oeste —ordenó Jalil—. Debemos evitar la proximidad de la costa noruega y más adelante, virar al Sur. Cuando estemos más cerca de nuestro destino, les diré donde tocaremos puerto.

Las últimas palabras del árabe, sonaron como una siniestra profecía de la terrible matanza que perpetraban y que si nadie lo impedía, cercenaría la vida de centenares de miles de inocentes.

50 Muchas gracias.

CAPITULO XXI:
NUEVE DUQUES

Pidió su consabido café y el camarero le ofreció si deseaba tomar algo más para desayunar. Preguntó qué tenían, a lo que éste respondió:

—Pues si quiere, una tostada con jamón, tomate y aceite o bien calentitos[51].

—¿Calentitos?

El dependiente, hombre ya entrado en años, lo miró detenidamente para determinar si le estaba intentado tomar el pelo. Al observar que aparentaba cierta pinta de extranjero aunque hablase casi sin acento el castellano, le respondió en tono ligeramente condescendiente:

—Sí, señor, los que usted puede ver en la bandeja de esa mesa. Son de harina y están muy buenos. Esta casa tiene fama de hacerlos muy bien.

—De acuerdo, en ese caso, póngame una ración de esos calentitos.

Mientras Daniel Cormack esperaba con curiosidad para averiguar a qué sabrían esos llamados calentitos, se dedicó a observar las paredes, repletas de cuadros con fotografías de Imágenes, la mayoría en sus andas de Semana Santa. Decidió que algún día le pediría que se lo aclarase al amigo de María Amparo, Ángel Andrada, el médico que parecía docto en esta materia.

Miró el reloj, comprobando que aún faltaba media hora para entrevistarse con el bibliotecario que le citara en la Parroquia de los Santos Mártires En tanto, probó lo que el camarero le puso ante sí, pero no esperaba que ardieran de aquella manera. Al finalizar, el camarero le comentó:

—¿Qué, le han gustado?

—Sí, la verdad es que están muy buenos, pero la próxima vez recuérdeme por qué se llaman calentitos.

Mientras caminaba por la calle peatonal, repasó in mente la conversación con el archivero y sobre todo, las sagaces observaciones y el atinado análisis que le había transmitido. Al llegar a la plaza, aspiró el halo de incienso que quemaba un vendedor en su carrillo de manos. Entró al patio de naranjos, llamando a la puerta que ya conocía. Esta vez no preguntaron desde el interior, sino que ésta se abrió, tras sentir cómo el pesado cerrojo chirriaba al descorrerse.

—Buenos días, señor Trastorres, me alegra verle de nuevo.

Tras estrecharse la mano, Daniel observó que su oponente vestía exactamente igual que el día precedente, con el nudo de la corbata, si cabe, aún más torcido.

—Bien, don Luis, ¿puedo llamarle así? Quería reiterarle mi gratitud por su deferencia y sobre las observaciones que me hiciera el día pasado. Realmente me dejó un tanto confuso con su afirmación de que conocía la existencia de unas tablillas, de las que, al parecer, en Roma tienen ciertas referencias.

—Pues sí, había hecho una serie de indagaciones sobre ello, aunque bien es verdad que fue gracias a los datos que transcribiera un antecesor mío en el cargo, hace varios siglos, por lo que sé cómo esas tablillas llegaron a Sevilla y su posterior destino a Roma. Por tanto, deduzco que es allí donde deben tener mucha más información al respecto

—Aunque no sea esta la materia que me trae a Sevilla, si no le importa, tendría curiosidad en conocer algo más sobre ellas.

Luis Trastorres, casi en contraluz con la lámpara de pie situada a su espalda, observó largamente a Daniel, como si con ello despejase la incógnita de los verdaderos motivos que habían traído a Sevilla a su visitante. Tras un breve silencio, procedió a relatar con todo lujo de

detalles la historia y vicisitudes que padeciera Álvaro de Alcalá tras su regreso a Sevilla.

—¿Cómo ha podido averiguar el desenlace de todo ese apasionante relato? —inquirió Daniel con interés.

Muy sencillo, los bibliotecarios y archiveros somos personas meticulosas, que siempre queremos reflejar por escrito todo aquello que acontece y que merece ser tenido en cuenta para la Historia. Aquél ilustre predecesor mío, tuvo a bien reseñar su aventura de forma pormenorizada y si bien pasó la última etapa de su vida, muy cerca de donde ahora nos encontramos, concretamente en el Hospital de ancianos de enfrente, tuvo la precaución de transmitirnos el contenido de sus investigaciones, así como múltiples secretos de los que allí se guardan.

Por un momento Daniel, evocó las enormes galerías subterráneas existentes en el subsuelo del Vaticano, que había conocido días atrás de la mano de Monseñor Molinelli, donde sin duda duermen el sueño de siglos, multitud de hechos e historias igualmente apasionantes. Recordó las dos tablillas guardadas celosamente en aquella urna de cristal y que con toda probabilidad, eran las que ese soldado español consiguiera en Lepanto. Ahora él, por casualidades del destino, había aportado una tercera. Por un momento estuvo tentado de revelar el motivo de su llegada a la Ciudad, pero se contuvo. Tan solo añadió:

—Debió ser un personaje ciertamente digno de admiración ese Álvaro de Alcalá

—Evidentemente, pero una vez aclarada su curiosidad, no estaría de más que le mostrase el archivo documental que ya tenemos transcrito en nuestra nueva base de datos, para que los estudie y si tiene alguna duda o aclaración con gusto trataré de resolvérsela.

—Le agradezco enormemente su ayuda, que sin duda me permite iniciar este trabajo recopilatorio de este templo con tanta historia. Debo informarle que por su parte, el señor García de Benavente me ha hecho entrega de un listado de iglesias a visitar. Pero ante la posibilidad de disponer de archivos informatizados en algunos de ellos, los visitaré antes para concretar y enumerar los que ya cuentan con este medio, esto me ahorrará un tiempo considerable.

—Veo bien su apreciación, pero me atrevería a sugerirle que además de ese trabajo de campo, no estaría de más que estudiase otros edificios singulares de nuestro entorno. Estoy seguro que se sorprenderá.

—¿Tal vez las instalaciones de la antigua Fábrica de Tabacos? —le inquirió como un rayo, Daniel— Don Luis ha sido un placer escucharle y por el hecho de desvelarme, cómo no, esa interesante historia de su antiguo predecesor. No dude que me pondré a trabajar con el máximo ahínco para alcanzar todos mis objetivos.

Le estrechó la mano y se dirigió al patio donde el sonido del surtidor daba a la escena un halo de serenidad. En ese momento, sonó su móvil y comprobó que era Julia quién lo llamaba.

—¿Daniel, estás libre? Tengo que informarte de algo importante y creo que debiéramos vernos.

—De acuerdo, salgo ahora de la Parroquia de los Santos Mártires y si te parece te espero aquí.

Pasados varios minutos, sintió tras de sí, unas pisadas ligeras y al volverse pudo distinguir la silueta de Julia O'Neill que se aproximaba, tratando de evitar el sonido de los tacones sobre el mármol de templo. Se acercó y rozó con sus labios la cálida mejilla de ella, impregnándose del suave perfume que exhalaba.

Se dirigieron a un banco en una de las naves laterales, al abrigo de miradas indiscretas, teniendo como único testigo la muda efigie de un Cristo sentado sobre una roca, con su mano apoyada en el rostro.

—¿De qué se trata? —dijo sin más, Daniel.

—Me acaban de comunicar que parecen confirmadas nuestras suposiciones sobre la teoría del

atentado, con muchas probabilidades de afectar a algún objetivo de esta ciudad y posiblemente en las próximas semanas —ante el silencio de él, continuó—. Como te comenté la red Echelon, en nuestro Centro de Maryland, mantiene un seguimiento permanente de vigilancia electrónica a las células terroristas que tenemos localizadas y que sabemos están operativas en todo el mundo, pero sobre todo en Oriente Medio. De esta red ha desaparecido como por ensalmo uno de esos comandos al completo. Posiblemente compuesto por cinco o seis guerrilleros. No sabemos dónde están ni cuál es su objetivo, por lo que se han desplegado una serie de satélites, los KH-11 y los de seguimiento tipo Topaz, pero hasta el momento todo ha sido inútil. Debemos pensar que si como parece ser, no están en tierra y por el tiempo transcurrido, tampoco han volado hasta algún destino concreto, cabe la posibilidad que hayan contado con un barco para alcanzar su destino.

—¿Tanto grado de fiabilidad tienen vuestros satélites?

—No lo dudes. Si no aparecen es porque han encontrado un refugio fuera de nuestros medios de identificación y te puedo asegurar que en Fort Meade saben hacer bien las cosas.

—Si como dices pueden estar embarcados ¿qué posibilidades hay de dar con el buque en el que se esconden?

—Tenemos bajo control una decena de barcos en rutas distintas por todo el océano. No hemos tenido más remedio que pedir colaboración a los israelíes, de forma discreta para recabarles información.

—¿Tenéis contacto con sus mandos?

—No directamente, pero sí a través de canales especiales, al igual que hace el Mosad con los que denominan comandos profundos y otros mixtos como el E-602. Precisamente son ellos los que han abierto la posibilidad de que estén navegando hacia algún objetivo. También son los que nos han confirmado, y no me preguntes cómo lo han sabido, que su objetivo está en España y con muchas probabilidades en esta ciudad.

—Deduzco que de corroborarse tu teoría, ese hipotético barco podría tratar de arribar a algún puerto español. ¿no crees? Debo hacer una nueva visita al Profesor y de paso a su enigmático ayudante.

Tras despedirse, tomó por las estrechas vías peatonales que llevaban hacia la Universidad, y al instante, supo que no iba solo. No le importó demasiado, pues tal vez sería mejor que cuando localizase al sujeto que le espiaba, podría abordarlo sin demasiados problemas. Llegó de nuevo al foso que circundaba el imponente edificio y observó que de él, salía con paso apresurado el individuo al que pretendía abordar: Omar Al Sawabi.

Se planteó si sería mejor acercarse, pero prefirió seguirle y dejar para más adelante la visita al Profesor. De todos modos, quién a su vez le vigilaba a él, no tenía por qué ser afín al presunto miembro del comando. Caminaron durante una media hora, por un dédalo de calles, hasta llegar a una plaza arbolada en uno de cuyos laterales, destacaba un blanco edificio moderno de líneas sencillas, con un letrero que le resultó familiar, escrito en árabe, anunciando que se trataba de una mezquita. Contigua al conjunto, se apreciaba entre abierta, una gran portalón de lo que parecía ser tal vez un antiguo Convento. El ayudante de cátedra entró raudo en el edificio y a Daniel no le quedó más remedio que acercarse, tratando de pasar lo más desapercibido posible y pudo observar a través de la gran puerta contigua, una especie de compás con una serie de ventanas que daban al interior del recinto, desde donde intentaría descubrir si Al Sawabi estaba allí y con quién.

El recio postigo de madera era el acceso de la amplia galería, cuya oscuridad le posibilitaría pasar inadvertido si desde el interior, alguien trataba de descubrir su presencia. Se deslizó

silenciosamente a lo largo del costado de la mezquita e intentó ver a través de los cortinajes que tapaban una de las cristaleras. En ese momento, una mano se posó en su hombro, lo que le hizo saltar para zafarse y al ir a repelerla, se encontró con un rostro conocido:

—Buenas tardes, señor Cormack, me alegro de verle de nuevo —dijo Samuel Bloch.

—¿Usted? ¿Qué hace aquí?

—Pues como habrá sin duda observado, le he estado siguiendo, al igual que hacía usted en pos de nuestro amigo árabe.

Al decir estas palabras, Daniel había dado la espalda a los portillos acristalados, por lo que no pudo apreciar, cómo el cortinaje, se desplazaba imperceptiblemente, mientras una daga salía con un siniestro silbido, directamente a clavarse en su espalda. Samuel Bloch, no perdió un ápice de ese movimiento y ello le hizo empujar con violencia al agente. Éste, ajeno, iba a repeler la inopinada agresión que le profería su oponente, pero se detuvo al instante, al ver el cuchillo aún vibrando, clavado en la parte interior del portalón. Sin decir palabra, ambos saltaron con rapidez al exterior y se ocultaron tras los gruesos troncos de los árboles que daban sombra al conjunto.

—Creo que debo darle las gracias —dijo el irlandés a su pequeño acompañante.

—No tiene mayor importancia, al fin y al cabo ya se está haciendo una costumbre que le saquemos de apuros —dijo con cierto tono de ironía—. Hemos tenido mucha suerte, porque este tipo de sujetos no suelen fallar. Lo lamentable es que no podemos entrar en la mezquita y sacar al que nos ha atacado. Figúrese los titulares de la prensa de mañana, anunciando el asesinato de un sujeto europeo armado, a las puertas de una mezquita. Porque supongo que llevará una pistola, ¿no es cierto? Y si no, hubiese dado lo mismo: le habrían colocado un revólver en la mano. De qué modo se distorsionarían las noticias y el sin fin de repercusiones que tendrían a nivel internacional. Para sus jefes de Roma, sería un serio problema y un auténtico quebradero de cabeza.

—Deje de hacer elucubraciones señor Bloch. Afortunadamente para mí, nada de eso ha ocurrido. También la prensa hubiese tenido mucho que contar si le hubiese tocado a usted Un súbdito ¿alemán? ¿israelí tal vez?, sufre una cuchillada en el corazón. Somos personas a las que este tipo de circunstancias no pueden afectarnos demasiado. Pero sigo sin conocer qué le ha hecho seguirme de nuevo.

—Creo que lo prudente será alejarnos de este entorno —dijo Bloch mirando el edificio donde se situaba la mezquita—. Supongo que en varias horas, nadie va a salir de ahí, pero por si acaso.

—Bien, en una de esa calles estrechas hay un establecimiento que cuenta con unos reservados donde podremos charlar sin miedo a sufrir nuevos… diríamos, accidentes —apostilló Daniel.

—Sea pues.

Ambos comprobaron que no eran seguidos y entraron en un bar de antigua factura, con un mostrador de madera y viejas botas de vino, cubiertas sus paredes de antiguos azulejos tan habituales en esta tierra. A esa hora, se encontraba relativamente concurrido, divisándose al fondo, un salón con mesas y tapas de mármol, que daba paso a dos estrechas puertas en ángulo, donde se podían descubrir unos pequeños reservados vacíos en ese momento, al resguardo de miradas indiscretas. Cuando el camarero les sirvió la consumición y se hubo retirado, Daniel preguntó a su imprevisto acompañante:

—Supongo que el hecho de seguirme una vez más, obedecerá a algún motivo concreto.

—Amigo Daniel, desde nuestra última entrevista han ocurrido una serie de hechos que sin duda, precipitarán nuestra investigación, además de confirmarse la teoría de un atentado contra esta Ciudad. Estoy seguro que su amiga de los Servicios Secretos americanos le habrá puesto en

antecedentes del interés de su Organización y también de la nuestra por neutralizar esa posibilidad. Estamos en una guerra a escala mundial donde ya prácticamente no existen fronteras y para nuestros enemigos, este país como otro cualquiera, puede ser objetivo inerme de su lucha fratricida. Particularmente creo que han escogido esta ciudad, Sevilla, como parte de un plan con el que lanzar un mensaje a la opinión mundial.

—Samuel —permítame que le llame así—, sabemos que posiblemente ese comando que buscan esté escondido en un buque. ¿Acaso tiene alguna información más al respecto?

—Comenzamos nuestra búsqueda por los canales consabidos de tierra, pero pronto los descartamos. Posteriormente, eliminamos la posibilidad de un traslado por vía aérea, para terminar analizando toda una base de datos de cuantos navíos han surcado el Mediterráneo, desde el lado oriental. Por último, nos quedarnos con apenas una docena y ahora mismo le puedo decir que sólo nos quedan tres buques que identificar para determinar si están o no allí embarcados.

—¿Se sabe a dónde se dirigen esos tres pendientes de verificación?

—Sí, están localizados pero su travesía, al parecer, es mucho más larga, dado que uno de ellos se han adentrado en el Canal de Suez en dirección al Índico y el segundo navega por el Atlántico rumbo al Cono Sur, hacia el estrecho de Magallanes. Aún nos falta por determinar la ruta del tercero. Y no podemos comprobar con exactitud su carga ni sus pasajeros hasta que no lleguen a puerto.

—Me atrevería a decirle que en ese caso, veo muy remota la probabilidad de que sirvan de escondite al comando, si como se deduce, el objetivo está en España y concretamente en Sevilla. ¿Por qué razón iban a realizar una travesía tan alejada de su presunto objetivo?

—Cierto, Daniel, pero tenemos que estudiar hasta el último resquicio, ya que en caso contrario, deberemos admitir que estamos como al principio.

Se produjo un breve silencio, tras el que el agente sugirió:

—Creo que sería vital hacerle un seguimiento al sujeto que nos ha atacado.

—¿Al Sawabi? Veo muy improbable que este individuo se deje ver por ahora, máxime cuando su ataque ha sido un fracaso.

—En ese caso, deberemos proseguir nuestras pesquisas por separado y tratar de despejar todas las incógnitas que se abren ante nosotros —añadió Daniel, consciente que su jefe difícilmente iba a aceptar una colaboración semejante, salvo que la situación fuera desesperada.

—Como prefiera señor Cormack —dijo Samuel Bloch, recuperando el tratamiento—, a mi país no le interesa que se abra un nuevo frente en Europa, Por ello, le tendré al tanto de nuestros avances y se lo haré saber para que en la medida de sus posibilidades, actúe en consecuencia.

—Le agradezco su franqueza, es lástima que no siempre hayamos podido estar en esta sintonía.

—En otras circunstancias, estaríamos enfrentados, pero nuestro trabajo produce extrañas alianzas, aunque sean de carácter temporal.

Ambos se levantaron y Daniel dirigió una última mirada más detenida al pequeño compartimento, observando fugazmente a aquélla Virgen que desde su amarillenta lámina, elevaba su mirada al Cielo.Al salir comprobó que ya era atardecido, pero como no quería perder un ápice de tiempo, encaminó sus pasos de nuevo a la Parroquia de los Santos Mártires. Creía que había llegado la hora de hablar con mayor claridad con Luís Trastorres, el enigmático archivero. Cuando éste le franqueó el acceso, inmediatamente se dio cuenta que el tono de la conversación iba a tomar un tono totalmente distinto al precedente.

—No esperaba su visita, al menos tan pronto y por lo que adivino en su semblante, parece que

tiene noticias importantes.

—Sí, señor Trastorres, hoy ha sido un día verdaderamente ajetreado, si tenemos en cuenta que, incluso he sufrido un atentado.

—¿Cómo? ¿Acaso sus investigaciones han tomado unos derroteros que han podido molestar a alguien?

—Por supuesto y entiendo que usted debe estar al tanto de algo de lo que ocurre, al margen de la investigación documental que me ha traído a esta Ciudad. Y es lo que quiero averiguar.

Se hizo un largo silencio, mientras el aspecto de aquél hombre enjuto y se diría que anacrónico, denotaba que las palabras de su visitante le habían causado una profunda conmoción, al escuchar el peligro que había corrido su vida. No obstante, trashumaba una fortaleza y determinación que parecían estar muy por encima de su frágil silueta. Siguió mirando ahora fijamente el rostro de Daniel, guardando un mutismo para al cabo, extender su delgado brazo haciendo una seña a su invitado con su mano huesuda, invitándolo a tomar asiento.

—Señor Cormack, creo que ha llegado el momento de desvelarle el secreto de una historia que apenas es conocida por cinco personas.

Daniel, sintió correr un ligero hormigueo por la cicatriz de su reciente herida en el costado y sin decir palabra, aceptó la invitación.

—Amigo mío, aunque desconozco las claves de la verdadera razón que le han traído hasta Sevilla, quiero deducir que son debidas a la posibilidad de un hecho de posibles graves consecuencias, no ya solo para esta Ciudad, sino para los intereses del propio Vaticano. He de confesarle que conozco, aunque de modo superficial a Monseñor Molinelli por el que siento una profunda admiración y reconocimiento por su labor. Y debo decirle también que cuando mencionó que su trabajo en Sevilla, provenía de determinadas directrices que le habían marcado desde Roma, supuse que, tal vez, y entonces tan solo se trataba de meras suposiciones, que don Armando podía estar detrás de todo esto.

—Deduzco por sus prudentes palabras que está al tanto de la estructura de nuestro pequeño Estado. Y debo añadir y solo se trata de una simple hipótesis, que Monseñor Molinelli, tuvo algo que ver cuando indirectamente a través del Vicario de Patrimonio, don Ulpiano, me facilitara su nombre, hecho que corroboró posteriormente, el Catedrático don Emilio Sáenz de Taboada, con su afirmación de saber de usted, al menos de oídas.

—Sí, efectivamente, les conozco y me conocen —añadió esbozando por primera vez una leve sonrisa—, pero por el momento no es relevante el motivo de nuestra relación. Tan solo quiero hacerle partícipe de un relato que podría sin duda calificar de fantasioso, si no fuera porque es real —tomando un poco de aire, prosiguió—. Esa historia se remonta al Siglo XVI, cuando reinaba el Rey Felipe II. En aquélla época el Imperio Español abarcaba posesiones en casi todos los rincones del Orbe y ello claro está, provocaba suspicacias y envidias con otras potencias. Tras el desastre inicial de la Grande y Felicísima Armada, a la que los ingleses con sorna bautizaron como la Invencible, pocos saben que no obstante, en la larga guerra anglo-española que duró desde 1585 hasta 1604, se consiguió que culminara con el Tratado de Londres favorable a los intereses de España. Años antes, Felipe II, cuando aún el resultado era incierto, había enviado embajadores al Papa Gregorio XIII para salvaguardar los grandes tesoros tanto de la Iglesia como los de España, iniciándose una colaboración que llevó a utilizar y agrandar las famosas grutas vaticanas como espacios para poner a buen recaudo las innumerables tesoros que tal vez usted haya tenido ocasión de conocer de su existencia.

Daniel hizo una leve señal de asentimiento, pero no abrió la boca.

—En España, a Su Majestad se le ocurrió secundar la iniciativa pontificia y consideró que habría que proteger las piezas más importantes del acervo hispano, tanto histórico, cultural, etcétera. Y por ese motivo, ordenó construir el Monasterio de El Escorial, donde en un principio se custodiaron múltiples objetos del tesoro español. No obstante no quedó del todo satisfecho y pese a que aquel grandioso recinto, era el lugar idóneo, sin embargo, trató de conseguir otro espacio más discreto, oculto y por demás secreto, que fuese desconocido de todos, por razones estrictas de seguridad y al que sólo tuviesen acceso las personas que él designase exclusivamente. Por ese motivo, eligió de entre sus más fieles vasallos, la que se bautizó en el mayor de los sigilos, como la Sagrada Alianza de los Nueves Duques a los que hizo jurar fidelidad y silencio. Amigo Daniel —inquirió con énfasis— ¿Acaso no conoce nada de los secretos vaticanos?

—Algo sé, señor Trastorres de la existencia de esas grutas, pero sólo superficialmente —mintió piadosamente Daniel.

El gesto del archivero, empero, dejaba entrever que concedía escaso crédito a la afirmación de su interlocutor.

—Como le decía nuestro rey Felipe II buscó a lo largo y ancho de toda la Península, un lugar que reuniese las características deseadas para la guarda de ese tan inmenso como secreto erario. Y lo encontró en Sevilla, por entonces la mayor Ciudad de España y Puerta de Indias.

—Me cabe una pregunta, de entre las muchas interrogantes, ¿por qué ese título de los Nueve Duques?

—Mi joven amigo, hasta incluso a un Rey de España, con el enorme poder que detentaba, le era a veces difícil encontrar personas de fidelidad absoluta para hacerles partícipes de un secreto de tamaña importancia. Por eso, repasó la lista de Duques que habían jurado fidelidad a la Corona y de entre ellos, escogió a los nueve en los que más confiaba, dándoles cuenta de su colosal proyecto: Crear un lugar seguro, donde custodiar las mayores riquezas. Y ese espacio, le repito, estuvo en Sevilla.

—¿Por qué cree que debe hacerme merecedor de esa confidencia, que en su momento tendría una enorme trascendencia, pero que ahora, al cabo de los siglos, ha dejado de tener virtualidad alguna?

—Se equivoca, mi dilecto amigo, es ahora más que nunca, cuando esa leyenda está más viva y real. Todo ese ingente patrimonio desgraciadamente se encuentra inerme, a merced de mil asechanzas,

—¿Me quiere decir que existe un lugar en Sevilla donde se atesoraron siglos atrás, riquezas de toda índole, que aún precisan ser salvaguardadas?

—Sí, usted lo ha dicho, ahora está más desprotegido que en cualquier época pasada y tal vez su misión, aunque no lo quiera reconocer y no sea consciente de ello, consista en proteger este legado.

Daniel Cormack, empezaba a ver claro que su venida a Sevilla tenía mucho que ver, no solo con las órdenes recibidas de Monseñor Molinelli, sino con los contactos abiertos para hablar supuestamente, de su proyecto de compilación de arte. Veía que todo era fruto de una intrincada madeja de la que poco a poco, empezaba a descubrir algunos de sus más recónditos hilos.

—¿Y podría saberse en qué lugar supuestamente, fue donde se guardaron las riquezas que reunieron esos nueve Duques?

—Sí, ese lugar era y es como le he dicho, nuestra Catedral.

—Pero, esas obras no están a simple vista, pese a su grandiosidad…

—Por supuesto, sin embargo debo descubrirle que la Catedral es inmensamente mayor bajo tierra que en la superficie.

Daniel Cormack no pudo reprimir que su rostro reflejara todo el asombro que esta confesión le causara. Ahora, por fin, descubría el que pudiera ser el verdadero y fundamental motivo de su venida a Sevilla.

51 Es como se conocen habitualmente a los churros.

CAPITULO XXII:
LA LLEGADA

Rustam Vorobiov decididamente no era un hombre de mar ni tan siquiera podía resistir el balanceo del barco, por lo que llevaba cuarenta y ocho horas, más pendiente de aferrarse a la barandilla, sacando la cabeza por la borda, que permaneciendo en su camarote. Eso lo habían comprobado tanto los tripulantes como el cabecilla del grupo a cuyos componentes ni conocía, pese a que le habían encargado aquel extraño cometido, de algo que él tan bien dominaba, pues no en balde se había llevado años en el CBN[52] donde había alcanzado un relativo prestigio, hasta que su progresiva afición al vodka propició que le apartaran de su puesto, tras el accidente que, aunque fuese indirectamente provocó. A partir de entonces fue bajando escalones en el escalafón de forma irremisible hasta acabar fuera del Centro, arrastrándose de tugurio en tugurio, tratando de vender sus conocimientos al mejor postor.

Pensaba en esos instantes, que ya no le quedaba nada en el estómago, sin embargo, sí que echaba de menos el sabor ardiente de lo que en los últimos meses se había convertido en el único líquido que bebía. Evocó su etapa pasada, con su prometedor trabajo, cuando recién terminadas sus carreras de Ingeniería y Química Aplicada, recibiera la oferta para incorporarse a una de las más flamantes y afamadas centrales nucleares, donde fue destacando por sus conocimientos y también donde conociera a Irina, su bella y eficaz colaboradora que trabajara en su equipo y de la que pronto se enamoró perdidamente.

Fueron unos años, en los que, aún en medio de la estepa rusa, tenía una mujer a la que amaba y un trabajo que le absorbía. Pasado algún tiempo, recordaba, fue invitado de honor para participar en la Conferencia del Salón Internacional Naval de San Petersburgo. Cuando volvió de nuevo a su hogar, descubrió con dolor a su compañera, aquella aciaga e inesperada noche de su regreso, en brazos de otro en su propio lecho. Nunca superó ese trauma y progresivamente, cada vez más atormentado, perdió todo interés y concentración en el trabajo y tal vez entonces, fuera cuando bebió ese primer trago de vodka, por el ansia de satisfacer su ávido deseo de aislarse.

Por ese motivo, acaso no valoró lo suficiente, la serie de peligros latentes que representaban las incipientes tecnologías de los núcleos flotantes de energía atómica, los NFA, cuya primera base, tras el complicado ensamblaje de piezas, denominaron Akademik Lomonosov. Su manifiesta falta de fiabilidad y su propia inseguridad acarrearían aquél funesto accidente, con más de una veintena de muertos, la mayoría técnicos como él. Por verdadera fortuna, pudo sobrevivir casi de milagro, pero ese error le marcó de manera irremisible.

De ahí pasó, gracias a su bagaje de conocimientos al peor lugar al que puede enviarse a alguien: al almacén nuclear de Sayda, en la Península de Kola, verdadero estercolero contaminado por la radioactividad, cuya esperanza de vida para sus habitantes, con suerte, a algunos se les cuenta por pocos años, cuando lo normal es que se compute por tan sólo unos pocos meses. Pero tal vez serían las propiedades de la bebida las que en cierto modo le neutralizaban los riesgos a los que estaba expuesto, trabajando durante interminables jornadas entre reactores llenos de herrumbre, de los antiguos submarinos de la flota soviética, que dejaban escapar irremisiblemente su mortífera carga radioactiva.

Ni incluso en su nuevo y degradado puesto, fue capaz de conservar la mínima lucidez imprescindible y la bebida, que no el veneno de la radiación, le iban mermando sus facultades, hasta que sus jefes sopesaron que pese a enviar a futuros cadáveres a trabajar, ni aún así, era

conveniente mantener en su puesto a una persona con ese enorme grado de inestabilidad.

Volvió a Múrmansk, y allí de bar en bar, conoció a lo más granado del mundo del espionaje y del hampa con sus siniestras ramificaciones mafiosas. De este modo, cuando aquel sujeto, al que ya había tratado poco, pero que le había invitado con una sorprendente generosidad, le propuso un negocio con unos amigos suyos para hacer un trabajo con un explosivo de un kilotón de potencia, a cambio de doscientos mil dólares, vio el cielo abierto. Porque, ¿cuántas botellas de vodka podría comprar con esa cifra? Y ahora en cambio, se veía aferrado con sus manos a aquella barandilla en un barco, cuyo rumbo desconocía y con el encargo de tener que preparar el proceso de detonación de un artefacto, pero que ahora, tras las largas horas de vómitos, empezaba a pensar en qué tamaña empresa había aceptado embarcarse. En esos pensamientos estaba cuando se le acercó Jalil:

—¿Cómo se encuentra hoy? ¿Se ha recuperado?

—Sí, algo mejor —respondió mirándole con la vista algo perdida — pero no me he podido habituar a este balanceo que no para de sacudirme.

—No se preocupe, en una pocas horas se le pasará y estará como nuevo. Le sugiero que tome algo y se sentirá mejor.

—¿Tendría algo de beber? ¿Por ejemplo, un trago de vodka?

—Rustam ¿se llama así, no? —dijo mirándolo fijamente— Somos creyentes y no bebemos alcohol y nadie en este barco lo hace. Deberá adaptarse a nuestras costumbres, al menos mientras permanezca con nosotros.

Tras esta tajante manifestación, el titubeante viajero, decidió dirigirse al pequeño compartimento destinado a comedor, preguntando al cocinero.

—¿Podría ponerme alguna sopa caliente? Si fuese una solianka[53], sería magnífico.

—No tenemos de esa clase —le respondió el asiático—. Si quiere, lo más parecido es la sopa de coles. Creo que le sentará bien.

Poco a poco, Rustam veía que recuperaba algo de su tono y sin duda el aire marino le estaba contribuyendo a despejar su mente. Sin embargo, necesitaba como fuese, un sorbo de licor. Por eso, cuando al cabo de unos minutos, regresó el cocinero con el humeante plato metálico con la sopa, le inquirió.

—¿Podría aderezarla, si acaso con unas gotas de vodka?

El cocinero le miró un momento y sin añadir palabra, desapareció camino de la cocina. Rustam, en tanto cogió la cuchara y empezó a saborear la sopa a pequeños sorbos para comprobar si su estómago la recibía o no de buen grado. A medida que avanzaba, veía que se iba sintiendo más repuesto y su cabeza dejaba de dar vueltas. Así es que decidió volver sus pasos hacia el camarote que le habían asignado y tratar de dormir un poco. Parecía que, o bien el barco se movía menos, o bien que se estaba adaptando a su balanceo. Al llegar al pasillo donde se situaban las puertas de las cabinas, observó cómo una de ellas se abría fugazmente y la silueta de una mujer joven de la que tan solo destacaban sus grandes ojos negros y la abundante melena, hacía la intención de salir. Al verle, se volvió rápidamente sobre sus pasos para entrar de nuevo en la cámara. Sus miradas se cruzaron y Rustam se quedó inmóvil durante unos momentos, atraído por el magnetismo que aquellos ojos profundos, le produjeron. Después, prosiguió, preguntándose quién sería aquella atractiva joven y qué papel desempeñaba en todo este embrollo. Decidió darse una ducha y cuando se quedó dormido, su aspecto había cambiado notablemente.

El Runde continuaba navegando con lentitud, según el rumbo trazado por el Jefe del Comando, procurando seguir las rutas comerciales. Al cabo de unas horas de sueño ininterrumpido, Vorobiov se desperezó lentamente, sintiendo cómo su boca pastosa le recordaba la necesidad de tomar un trago, pero no tenía nada que le calmase las ansias de beber. Se vistió, consultó la hora comprobando que era media noche. Su primera intención fue la de volver al comedor, al menos para buscar algo de líquido que le aliviase la desagradable sensación que experimentaba en la garganta. Recorrió el trecho que le separaba de la zona de la cocina y el comedor, con paso más firme y de una de las estanterías cogió una botella de agua que apuró casi en su totalidad. Después, subió al puente donde observó a un hombre de tez rubia y fuerte complexión que gobernaba el timón. Se acercó a él, dándole las buenas noches.

—Mi nombre es Rustam Vorobiov, ¿es usted el capitán del barco?

—No —se limitó a contestar—, soy el Segundo, me llamo Dag Toivonen. El capitán es Olaf Paulsen.

Sin que le diese ocasión de añadir nada más, pues en ese mismo momento, Jalil apareció casi por ensalmo, como solía hacer habitualmente.

—Señor Vorobiov, le recomiendo que se retire a dormir algo, mañana tendremos un día largo de trabajo y no quisiera perder más tiempo, después del, digamos, periodo de adaptación que ha sufrido.

El ruso le miró despacio, pero sin querer añadir nada más. Sin duda pensaba que si este sujeto es el que le debía pagar, no era aconsejable enojarlo.

—Tiene razón, gracias. Mañana procuraré estar definitivamente recuperado para atender sus indicaciones. Buenas noches, señor Toivonen.

Apenas habían comenzado a vislumbrarse las luces del alba, cuando Vorobiov, sintió que alguien llamaba con los nudillos en su compartimento. Se vistió con prontitud, abriendo la puerta donde se recortaba la negra figura de Jalil.

—Buenos días. ¿Está preparado? En ese caso deberá venir conmigo.

A continuación, ambos hombres recorrieron el pasillo cuyas puertas permanecían cerradas. Brevemente, Rustam, miró con mayor atención la cabina donde la enigmática mujer, se había ocultado el día anterior. Ello le impidió apreciar el fugaz destello que brilló en los ojos del árabe en ese mismo instante. Salieron a cubierta, donde la fría brisa marina hizo estremecer algo al ruso, que se abrochó la casaca. Jalil extendió la mano hacia uno de los mamparos.

—Deberemos bajar a esa bodega. En su interior está el artefacto que tiene que activar cuando llegue el momento. Pero antes, es necesario que procedamos a su desembalaje.

Vorobiov no articuló palabra alguna, limitándose a esperar cuándo y por dónde podía bajar al lugar indicado. Aparecieron otros dos sujetos, con sus cabezas cubiertas por sendos shemags. Entre ambos abrieron el cierre, donde se apreciaba una escalerilla metálica, adosada a uno de los laterales de la bodega. Asomó la cabeza y pudo ver la cantidad de gruesos tablones apilados, que dejaban ver la enorme caja que ya había tenido ocasión de contemplar cuando el que le contratara le explicó en qué consistiría su trabajo y el barco que le llevaría a su destino. Reconocía que al principio no las tenía todas consigo, pese a que la carga de vodka que le había puesto por delante su nuevo socio, no era nada despreciable, pero cuando le habló de la cantidad que ganaría por ese trabajo, despejó todas sus dudas. Si acaso, consideró, que lo único que podía perder era la vida y ésa ya valía bien poco. Jalil, en tanto, le sacó de su abstracción.

—Baje por la escalerilla. Deberá dar instrucciones a mis hombres de cómo han de proceder para poder acceder a su interior sin peligro.

—Tendrán que retirar toda la tablazón hacia el extremo opuesto de la bodega, dejando totalmente libre la estructura de madera sin que nada se apoye en ella. Hay que hacerlo con sumo cuidado. Una vez finalicen, volveré para el desembalaje.

Y sin más se encaminó hacia su cámara. Al pronto, creyó oír unos sollozos tras la puerta que tanto había llamado su atención. Se detuvo y trató de abrirla, observando que ésta no tenía el pestillo echado. En el suelo, pudo contemplar a la joven arrodillada con los brazos extendidos sobre la cama, mientras que un reguero de lágrimas brotaba de sus bellos ojos. Se acercó lentamente a ella y con las puntas de sus dedos rozó levemente su hombro. Al darse cuenta, la mujer giro su mirada, mientras él la cogió por los brazos para ayudarle a levantarse.

—¿Qué le ocurre? —le habló Rustam en ruso, pero al comprobar que no le entendía, se lo repitió en inglés.

—Hace ya unas semanas que me tienen retenida en este barco al que he llegado con el que era mi novio y ahora me obligan a estar encerrada en el camarote sin posibilidad de salir de aquí. La verdad es que estoy desesperada y no sé qué hacer ni a quién acudir, tan lejos de mi país. Soy de Marruecos, pero mi prometido es sirio.

—Intentaré ayudarte, pero en este momento, lo veo muy difícil. Cuando lleguemos a algún puerto, buscaré los medios para que puedas escapar.

—Te lo agradeceré siempre —dijo ella, cogiendo su mano, permaneciendo así, uno junto al otro—. Creo que debes salir, no vayan a descubrirte, lo que sería peor para los dos.

—De acuerdo, procuraré seguir en contacto contigo. A propósito, ¿cuál es tu nombre?

—Me llamo Gada.

Cuando entró en su camarote, Rustam, se echó de nuevo en la litera boca arriba, tratando de analizar los instantes que acababa de vivir y sintiendo cómo dejaba traslucir sentimientos ya olvidados, sobre todo desde que Irina lo abandonase. Tal vez por esas nuevas sensaciones experimentadas, no había reparado en la oscura sombra, que en el otro extremo del pasillo se dejaba entrever y que a él le pasó totalmente desapercibida. Al subir de nuevo a cubierta Jalil, dibujaba una sardónica sonrisa en sus labios.

—Ya podemos volver de nuevo a la bodega —comentó uno de los secuaces.

De nuevo al llegar ante la caja, el técnico ruso observó que el otro árabe que tapaba el rostro, permanecía junto al gran armazón de madera con un fusil Kalashnikov en ristre. Su jefe hizo un gesto de interrogación al técnico, que respondió:

—Creo que en principio, serán necesarios destornilladores, palancas y tenazas gruesas tras recorrer con detenimiento toda la estructura.

—Cuente con ello —respondió traduciéndoselo al guardián.

Tras unos minutos, apareció de nuevo el mismo individuo, esta vez con el AK-47 terciado en bandolera y llevando en los brazos una gran bolsa negra, que dejó a los pies del ruso. Éste la abrió y miró a los dos individuos:

—Necesitaré ayuda.

El sicario, a un gesto de su jefe, soltó el arma y se dispuso a echar una mano al científico quién le indicó por señas, qué tornillos debía aflojar en primer lugar. Al cabo de un tiempo, la tapa superior que cubría el artefacto, fue retirada con sumo cuidado por los tres hombres. En su interior, fuertemente entibada por aros de hierro curvos que se adaptaban perfectamente al cilindro, se dibujaba la grisácea silueta de una especie de obús, de aproximadamente casi dos metros de longitud, con un diámetro de unos sesenta centímetros. En uno de sus extremos una caperuza en forma cónica que se separaba unos milímetros de la carcasa y en el otro, lo remataba

una hélice, recubierta por una estructura cuadrada a modo de un armazón metálico que la protegía. En el centro, en la parte superior, aparecía una tapa rectangular, fijada con grandes tuercas. Como soporte, una especie de deslizador con cuatro gruesas ruedas con las yantas forradas de goma maciza que lo sustentaban y al que estaba perfectamente anclado. Por último, pintado en caracteres rusos, la identificación de la procedencia del arma: Shchuka - Víctor III - 1.7 - PU-94.

En cuanto el científico echó un vistazo a las siglas del artefacto, supo enseguida su procedencia así como su potencia y composición, pero no quiso hacer comentario alguno, esperando que el jefe del comando se pronunciase.

—Bueno, señor Vorobiov, ¿qué opina de nuestro material?

Era una forma curiosa y a la vez siniestra de aludir al terrible artefacto que se ofrecía ante sus ojos.

—Creo que es una pieza posiblemente procedente de un antiguo submarino de la que fuera armada soviética —respondió el técnico.

—No, no, lo que deseo saber es su alcance, poder de devastación y radio de acción al que puede afectar.

—Pues… —dudó unos momentos— se trata de un equipo de relativa escasa potencia, pero cuyo poder destructor puede abarcar un área de unos quinientos metros con un nivel de eficacia del noventa por ciento. A partir de ahí, dependerá de muchos factores: profundidad en la que se explosione, el lugar tierra o aire, la densidad de la zona, etcétera.

—¿Me está diciendo que sólo afectaría a un radio de quinientos metros? ¿Es así?, —rugió el árabe, acercando su rostro al de Vorobiov, lo que le obligó instintivamente, a dar dos pasos hacia detrás.

—Sí, esta bomba tiene una capacidad relativamente pequeña…

—¡Pero yo había encargado y pagado una de mucho mayor poder destructivo! —Volvió a gritar Jalil.

—Mire, yo desconozco cómo y con quién han tratado ese asunto. Lo único que puedo decirle es la realidad objetiva y los datos esenciales de este ingenio. Como le consta, yo he sido contratado exclusivamente para detonar la pieza que me facilitaran y no he intervenido en el proceso de compra, ni mucho menos he podido verificar, hasta ahora, de qué tipo de arma se trataba, ni tampoco en el estado en que se encuentra.

Las palabras del ruso, si no calmaron al responsable de grupo, al menos pareció que su tono de voz decrecían algo, a pesar que no se sabía qué sería más peligroso, si los gritos o el tono silbante y amenazador que ahora empleaba.

—Alguien pagará por esto muy caro. De todos modos continuaremos con el plan previsto y usted deberá ponerla a punto para cuando lleguemos al objetivo. No quisiera oír hablar de un fallo más.

Al volver a la soledad de la cabina, descubrió cómo le corroía el pecho y la garganta, añorando con desesperación la necesidad de sentir el ardor del líquido en la boca y en el estómago. Se sentó en la silla que había frente al pequeño buró, apoyando las manos sobre la cara y no pudo dejar de pensar en qué trágica aventura se había visto envuelto. Por vez primera, recapacitó que ya no era casi tan importante el dinero como lo que se cernía sobre él, pues aunque la falta de vodka, creía que le mataba, lo cierto que esa cura forzada le estaba sin saberlo, sentando bien y le permitía razonar con más coherencia.

La noche llegó pronto y los únicos sonidos que se atisbaban eran el rumor del oleaje chocando

contra los costados del buque y el monótono tableteo de los motores que llegaban atenuados desde las entrañas del casco. Mâlik, por indicaciones de su jefe, había avisado a los otros tres miembros del comando, Omar, Zayed y la propia Gada. Todos, entraron en uno de los camarotes de la planta inferior, asegurándose que nadie les había seguido.

—Hemos sido engañados por esos asquerosos traficantes rusos —dijo Jalil, cuando todos estuvieron sentados, unos en el borde de la cama y el resto en el suelo— Prometieron que nos entregarían una bomba de gran poder destructivo y en cambio nos han hecho cargar con otra de unos efectos que apenas alcanzarían unos quinientos metros de radio.

—¿Cómo sabes que nos han dado el cambiazo? Estuve contigo en el bar donde hicimos el trato y no parecía que ni el marino ni el otro tipo tuviesen intención de engañarnos —intervino Omar.

—Lo sé, puesto que cuando hemos abierto la caja, el ingeniero que se va a encargar de activarla, me ha explicado sus características y por lo que aparenta, este tipo entiende de esa clase de armamentos. Por tanto, será necesario reubicar el lugar y llevarla más al centro de la ciudad y no hacerla explosionar en el barco, lo cual hubiese sido mucho más fácil. Para ello, tendremos que contar con la información que nos faciliten nuestros compañeros de allí. Lo malo es que no podemos poner un cable ni comunicación alguna, por el peligro de ser detectados. Así es que deberemos preparar los detalles de la operación una vez arribemos a puerto.

—¿Qué haremos después con la tripulación y el Ingeniero? —comentó Mâlik.

—No podemos dejar cabos sueltos ni nadie que nos identifique, por tanto habrá que liquidarlos, además así ahorraremos el dinero que hemos tenido que entregarles. De todos modos no veo muy seguro al ruso y tenemos que prever que no nos falle a la hora de la verdad. Tal vez en eso tú, Gada, tengas que hacer algo al respecto —añadió mirando a Gada que no hizo gesto alguno—. Cuando lleguemos —continuó Jalil—, trazaremos el plan definitivo una vez conozcamos las posibilidades y el lugar más idóneo para colocarla. Laïla sa'ida[54] —finalizó a modo de salutación. Todos se levantaron y repitieron el saludo.

Nada hacía pensar que una despedida tan convencional encerrase un legado de terror para miles de personas. Cuando llegó la mañana, avisó a Vorobiov, dirigiéndose a la bodega. Volvieron a retirar los precintos y tras abrir la tapa de la gran envoltura de madera, Jalil ordenó al ruso que procediera a programar la deflagración:

—Oiga no le parece un poco pronto, preparar algo tan complejo y que podría provocar la detonación si surge cualquier contratiempo?

—Nunca se sabe cuándo pueda hacer falta. Depende de usted la seguridad, pero en todo caso tiene que comprobar que todo funcione a la perfección.

Al ruso, sea por la falta de vodka que aún echaba de menos o sea por el encargo que acababan de hacerle, le empezaba a correr un sudor frío por la espalda, Cogió las herramientas y buscó en la bolsa el tipo de llave que le permitiría abrir la tapa que ocultaba una serie de señalizadores de esfera. Con extremo cuidado separó varios cables de distintos colores, parte de los cuales llegaban a unos relojes digitales cuyos números empezaron a parpadear. Quitó otra pequeña placa sin soltar los dos cilindros negros que la conectaban y buscó el medidor de presión del gas inerte, para determinar si la cápsula de atmósfera seca estaba o no en las debidas condiciones de estanqueidad. Cuando alcanzó el fondo del complejo sistema, tomó un verificador para constatar el estado de las diferentes cargas y de las propias baterías que alimentaban todos los niveles y fundamentalmente los relojes principales. Después, fue volviendo a colocar todo en la posición primitiva y mediante una clave alfanumérica que programó, los dígitos de color rojo bajo la

gruesa pantalla de cristal, se apagaron al instante. Cuando se echó hacia atrás, no pudo contener un profundo suspiro de alivio.

—La bomba está lista, bastará introducir los códigos y el tiempo de espera hasta la detonación, para que se inicie la cuenta tras y tenga lugar la deflagración —dijo volviendo el rostro hacia Jalil que no había perdido puntada de toda la compleja maniobra—. Ahora quisiera volver a mi cuarto.

—De acuerdo, cuando llegue el momento me explicará qué pasos hemos de seguir.

—Sin duda, porque hay que programarla con unas horas de diferencia para poder escapar

—Ya —respondió el árabe enfáticamente.

Rustam estaba deseando llegar a su cabina, porque ahora se daba cuenta de la barbaridad que había aceptado y sentía el miedo que le había atenazado durante todo el proceso de verificación el leve sonido de los goznes de una puerta, le hizo girar la cabeza. Allí, recortada en el dintel estaba Gada cubierta con una camisa blanca que apenas servía para ocultar sus hermosos senos. Se detuvo en seco y por un momento, se abstrajo de todo el torbellino de tribulaciones que le venían atormentando, al oír la invitación para pasar a la cabina:

—Mi novio, no sé cómo, se ha enterado de mis planes de huida y me ha amenazado de muerte. Piensan arrojarme al mar quizás esta noche. Están como locos con un proyecto que no sé en qué consiste, pero le veo tanto a él como a sus compañeros, muy nerviosos.

—Pero… eso no es posible, ¿Qué clase de salvajes son estos tipos? —y añadió en voz baja— Desde luego es para estarlo. Pero no debes preocuparte, buscaremos una solución y te pondré a salvo.

Ella, se acercó, echándole los brazos al cuello y rozando con sus carnosos labios los de él, que todavía tuvo un leve gesto de resistencia. Para poco a poco, dejar caer de sus hombros la camisa que quedó en el suelo sobre sus pies, mientras que Rustam, sin poder contener su pasión, la abrazó con fuerza y la echó sobre la cama, quitándose a toda prisa la casaca y dejando deslizar el pantalón, para caer entre los brazos de ella que con sus muslos, le atenazaba con voluptuosidad las piernas, atrayéndolo hacia sí.

Cuando Vorobiov salió de la cabina, llevaba tan solo puesto el pantalón y el resto de la ropa al brazo. Se volvió una vez más y besó con apasionamiento a la mujer que había conseguido devolverle esos instantes de felicidad, hasta casi hacerle olvidar el calvario padecido desde que le abandonase Irina.

—Mañana trazaremos un plan para que puedas escapar —dijo a modo de despedida— te aseguro que no sufrirás más en manos de ese desalmado.

Cuando al fin llegó a su cama aún tenía en su mente envueltas las sensaciones del suave cuerpo de ella sobre su piel. Nunca podía haber imaginado que en medio de tanta tribulación, hubiese podido encontrar unos momentos de éxtasis como los que había vivido. Ahora tocaba exprimir su imaginación para salvar a toda costa a la mujer que había cambiado su vida en sólo unos instantes y que tanto peligro corría a manos de aquellos facinerosos.

Al día siguiente, fue Rustam el que llamó a la cabina del jefe del comando.

—Quiero hablar con usted de un asunto que ha llegado a mis oídos. Tengo entendido que a bordo viaja una mujer que está amenazada por uno de sus hombres y creo que debe ordenarle que cese en ese acoso.

—Le veo muy informado ¿A qué es debido ese interés?

—Esto… —dudó Voroviov— creo que no se debe atentar contra la vida de nadie, al menos aquí, por las consecuencias que podría traernos a todos.

—Ya, comprendo, trataré de arreglarlo. ¿Y si no lo consiguiese o qué haría ?

Se hizo el silencio, mientras el árabe miraba con cierta sorna a Vorobiov. Éste, acercándose a Jalil, con determinación le espetó:

—Entonces se quedará sin bomba. Usted verá lo que hace.

—Vaya, en ese caso, procuraré que no haya problemas. —añadió con un fingido tono de preocupación.

Pasaron unos días y la presunta amenaza del guerrillero no se cumplió, por lo que Rustam, aunque de forma fugaz, pudo comprobar que Gada seguía recluida en su camarote. Él por su parte había repasado hasta la saciedad todo el programa de la bomba, constatando que estaba a punto para cuando fuese necesario, pero se debatía en idear cómo podría parar aquella masacre.

Cuando finalmente el buque se fue aproximando a la costa, enfilando hacia la desembocadura del río, Jalil se dirigió al capitán Paulsen, que se limitó a asentir sin decir palabra:

—A partir de ahora habrá que extremar el cuidado. Navegaremos de noche aprovechando la pleamar.

El Runde fue avanzando con lentitud, dejando a estribor las luces de un blanco caserío. Las apacibles aguas, semejaban a aquellas otras que surcara una galera, casi cinco siglos atrás, con Álvaro de Alcalá guardando para sí ese trofeo arrancado al turco. Ahora por el contrario y por un extraño capricho del destino relacionado con aquellas tablillas, hacía que funestamente, una nave silenciosa con su mortífera carga, se acercase irremisiblemente hacia el corazón de una Ciudad, Sevilla, ajena al dantesco peligro que se cernía sobre ella.

52 Centro de Balística del Norte.
53 Sopa de pescado con sabor ácido y limón.
54 Buenas noches.

CAPITULO XXIII:
LA REVELACIÓN

Después del paréntesis que supuso esa jornada singular en la finca de la ganadera María Amparo, que tan grato sabor dejó en la memoria de los dos agentes, regresaron a la ciudad en el coche de ella a quien acompañaba su sempiterno doctor. Al bajarse del vehículo ambos hombres se habían quedado en la acera unos momentos, si bien Daniel que prefería quedarse solo, comentó a su nuevo amigo:

—Bien, creo que me marcharé a mi alojamiento, mañana debo madrugar Ya sabes todo el trabajo que tengo por delante.

—Vaya, pensaba invitarte a una copa, para seguir charlando, ahí junto al Puente de Triana, pero creo que llevas razón. Yo también tengo que operar mañana y los pacientes son lo primero.

Se despidieron, encaminándose Daniel hacia la Hospedería que ocupaba desde que llegara a Sevilla. Pensó por un momento en su madre y su hermana y qué estarían haciendo a esas horas. Lo más probable sería que ya estuviesen dormidas. Por extensión, sin saber por qué, evocó los labios de Julia y lo próximos que los había tenido de los suyos. Una sonrisa de afecto y cariño se dibujó en su rostro, que quedó rápidamente truncada, cuando empezó a pensar en la estrategia a seguir a la mañana siguiente con el cada vez más enigmático archivero y el, cuando menos, inexplicable secreto que le había desvelado pero del que aún no conocía su verdadero alcance.

A primera hora de la mañana siguiente, el agente del SESEIV ya estaba en la plaza frente a la Iglesia.

—Le esperaba, señor Cormack —comentó Luis Trastorres—Supongo que habrá tenido ocasión de meditar este fin de semana sobre lo que le expuse el día anterior.

—La verdad es que sí, pero no alcanzo a relacionar qué secretos encierra la Catedral de Sevilla y qué tengan que ver con mi trabajo aquí.

—Bueno, mi querido amigo, creo que será conveniente que nos acerquemos a la Sede y sobre el terreno le pueda explicar mejor, la magnitud de lo que va a descubrir.

Salieron al patio, aledaño a la Parroquia, aspirando con fruición Daniel, el aroma que exhalaban los naranjos, en tanto que el archivero ofrecía su singular imagen, con la misma ropa, si acaso con la corbata negra algo más derecha, aunque la claridad de la mañana dejaba ver aún con más nitidez, el brillo de las coderas. Pese a todo, denotaba un aire de hidalgo antiguo. Se diría, —pensó Daniel— que no hubiese desentonado su presencia en una novela caballeresca en la Edad de Oro de las letras españolas.

Al llegar a la Catedral, Luis Trastorres, uno de los vigilantes, cuando observó quién se llegaba, hizo un respetuoso saludo, inclinando la cabeza levemente y retirando la cinta azul de la barandilla. Una vez en el interior, otros encargados de orientar a los visitantes en su mayoría extranjeros, repitieron el ceremonioso ademán, sin poner el más mínimo obstáculo al paso decidido de ambos. Se veía, coligió el agente, que el archivero era persona muy conocida y a la vez respetada por todo el personal de servicio en el Templo Metropolitano.

Atravesaron prácticamente todo el recinto, hasta llegar a una pequeña puerta, donde Cormack tuvo que agachar ligeramente la cabeza para no chocar con el arco de piedra. Pasaron a un hermoso patio, rodeado de una galería en la que destacaban sobre el recio muro de sillares, varias puertas de caoba. Ante una de ellas, se detuvo su guía, tocando con los nudillos y entrando sin esperar respuesta. La enorme sala, estaba jalonada de una serie de estanterías, que casi llegaban a las bóvedas, repletas de libros antiguos, bajo las que se veía una sillería de oscura madera tallada

con grandes asientos con distintos motivos, escudos, escenas de la Biblia. Prácticamente estaba casi vacía, salvo tres canónigos que en asientos separados entre sí leían sus breviarios. No levantaron la cabeza, ni tan siquiera cuando oyeron el agudo chirrido de la puerta, por lo que Luis Trastorres, se acercó al que se encontraba más cercano a uno de los amplios ventanales protegido con recias rejas de forja.

—Buenos días, don Salvador, quisiera saber dónde se encuentra don Ulpiano. Vengo con un buen amigo llegado de Roma, al que ya conoce y debemos entrevistarnos con él lo antes posible.

—Buenos días, acaba de salir, tras la Misa de Coro y ha ido a la Sacristía Mayor. Pienso que debe regresar enseguida —respondió el Canónigo, hombre entrado en años y gruesos cristales en las gafas, sin apenas prestar atención a los recién llegados.

—Bien, en ese caso, esperaremos —comentó Trastorres, mirando a Daniel—. Si le apetece, entretanto, puede echar un vistazo a estos magníficos volúmenes. Yo he de hacer otra gestión y vuelvo en unos minutos.

Daniel, no pudo evitar un gesto de asombro al leer el lomo de algunos de aquellos ejemplares, escritos con letras que debieron ser de oro, ya empalidecidos por el paso de los siglos, en los que se apreciaba, todavía con cierta nitidez: *Suma de los Descubrimientos de Hernando Colón*. Algo más allá, nada menos que la *Summa Theologiae de Santo Tomás*, dividida en las tres partes de las que se compone, con sus secciones correspondientes. Elevó la vista a la tabla superior en el que se podía admirar el *Missale secundum usum almae ecclesiae hispalensi*. Tan absorto estaba que no percibió la llegada del archivero al que acompañaba don Ulpiano, Vicario del Patrimonio, revestido aún con la sotana carmesí y roquete.

—Mis respetos, señor, me alegra verle de nuevo —saludó Daniel.

—Querido amigo, bienvenido a nuestra Catedral —respondió en voz baja y convenientemente alejados de los tres miembros de la Curia—. Tengo entendido que don Luis ya le ha puesto al tanto de determinadas cuestiones y que doy por supuesto, sabrá guardar con la máxima discreción.

—No lo dude, señor.

—Bien, en ese caso, creo que podemos trasladarnos al lugar que deseamos que conozca.

Los tres salieron de nuevo a la nave lateral de la Catedral, encaminándose hacia una de las capillas adosadas a la misma, presidida por una hermosa Imagen de la Virgen. Delante,en uno de los bancos aparecía una sombra, que al verlos venir, se levantó, hasta situarse frente a ellos: Era don Emilio García de Benavente, el catedrático de Arte de la Universidad de Sevilla.

—Señores, un placer saludarles. ¿Qué tal señor Cormack? —dijo estrechando la mano de Daniel que mostraba cierto gesto de asombro en su rostro—. Se preguntará qué hago aquí. O más bien qué hacemos los tres aquí con usted. Bien, creo que pronto le sacaremos de dudas.

—Efectivamente —añadió el Presbítero—, creemos que ha llegado el momento de desvelarle este secreto, uno de los mejor guardados en la historia de la Iglesia. Pero para eso debe prestar juramento que no revelará su contenido absolutamente a nadie.

—Tengan la seguridad de ello —respondió Cormack con un tono de convicción, aunque por un momento, trajo a su mente a su jefe, Armando Molinelli, al que debía obediencia y fidelidad absolutas y en Julia, con la que compartía toda la trama de la investigación. Pero consideró que ya tendría oportunidad de dejar clara esa situación.

Luis Trastorres, que paradójicamente parecía ser el que tomaba la iniciativa del grupo, comentó al agente del SESEIV:

—Los lugares que vamos a visitar estaban concebidos para antecesores nuestros de más baja

estatura. Por tanto, procure tener cuidado para no golpearse la cabeza. Síganos por favor.

Se dirigió a un paramento pintado a modo de zócalo que abrió mediante un discreto dispositivo, que hizo desplazar una especie de puerta que apenas rebasaba el metro y medio, por unos sesenta centímetros de ancho. Entró con decisión y Daniel detrás, seguidos por don Ulpiano y el Catedrático. Aquel pasadizo que se iluminó al girar la llave de pedernal adosada a la pared, dejaba ver una angosta escalera de caracol horadada en la piedra, cuyos escalones se presentaban sumamente desgastados por su parte central. Al llegar al final, quién les precedía abrió una cancela de barrotes de hierro, con una llave de enormes proporciones, que el archivero sacó del interior de su chaqueta. La vista que se ofrecía delante de los ojos de Daniel, no podía ser más impresionante: Larguísimas galerías, sostenidas por recias arcadas de piedra, entre las que se dibujaban de trecho en trecho, los que debían ser los pilares de las enormes columnas góticas que sustentaban el templo. Todo ello iluminado por unas luces tenues y amarillentas que dotaban al conjunto de un aspecto a la vez lúgubre y surrealista, máxime cuando en el suelo se alineaban una serie de filas de sepulturas con losas en su mayoría de piedra y otras, las menos, de mármol.

—Estamos en el primer sótano de nuestra Catedral —aclaró Luis Trastorres—. Esta zona corresponde a enterramientos; no obstante, hay otras entradas al mismo nivel, pero en lugares diferentes, en los que se guardan enseres de poco uso o bien se encuentran las canalizaciones y aljibes de agua, restos de excavaciones, tales como lápidas romanas, visigodas, etc. Como podrá observar, el aire rezuma humedad. Pero debemos continuar.

Tras su comentario, el archivero se encaminó hacia uno de los gigantescos basamentos que conformaban los pilares de una columna que ofrecía una singular abertura, que parecía una simple arista, pero que al acercarse lateralmente, dejaba ver un paso angosto, suficiente para dar paso a una persona. Entraron los cuatro, costándole algo de esfuerzo a Daniel, poder sortear el doble ángulo que hacía la entrada debido a su escasa altura y lo estrecho del oculto recodo. Encontraron otra escalera de caracol, similar a la que habían bajado anteriormente, al cabo de la cual, Luis Trastorres, volvió a girar la llave de luz situada en el muro, que permitió distinguir, aunque con mucha menos intensidad, una serie de sarcófagos de piedra, sin duda de procedencia más antigua que los de la planta anterior, rodeados algunos con densas cortinas de telarañas. La escasa luz que iluminaba el recinto no permitía divisar hasta donde alcanzaba aquel lugar, pero sí se observaba que al hablar, la voz producía un eco que se antojaba lejano y se perdía en la oscuridad. El hedor que salía de sus rincones, denotaba la posibilidad que hubiese roedores u otros animales muertos o bien sumideros de letrinas, provenientes de la planta superior.

—Señor Cormack, hasta aquí, salvo unos escasos habitáculos construidos aún en un plano algo más inferior, alcanza lo que es la parte conocida y catalogada de la Catedral de Sevilla. Pero como comprenderá no le hemos traído aquí tan solo para enseñarle unos túmulos o sepulturas de mayor o menor interés histórico. Lo realmente importante es aquello que no se ve y que es desconocido para los estudiosos de nuestro Templo Mayor. Debo hacerle un poco de historia, para situarle en este proceso.

Los cuatro hombres, permanecían de pie, alumbrados por una de las escasas bombillas que pendían de la bóveda que al igual que el resto del conjunto, era de menor altura que las de la planta precedente. Sus siluetas, inmóviles prácticamente, proyectaban sus propias sombras alargadas en el polvoriento enlosado. De espaldas al archivero, aparecía un gran catafalco de piedra, rematado por una soberbia tapa labrada, todo ello sobre dos escalones que lo dotaban de una mayor prestancia sobre el resto.

—Como supongo que recordará, en su momento le comenté la existencia de los Nueve Duques,

cuya organización creara el Rey Felipe II. Tras jurar fidelidad y secreto al Monarca, les fue desvelada su misión: Rescatar para la corona española todas aquellas piezas de interés que por una u otra circunstancia, hubiesen pasado a manos de enemigos del Reino. Pero y aquí radica una parte fundamental del secreto, esa recuperación debían hacerla de modo que no fuese advertida por aquéllos que tenían en su poder esas preseas. ¿Cómo hacerlo entonces? Los Nueve Duques debían encargar a los mismos autores o aprendices de su círculo, que las labraran o pintaran lo más fidedignas posible. De tal modo que cuando cada uno de los nueve, se dirigiese al sitio donde debía hacerse con una obra determinada, dejasen la reproducción en su lugar, sin que ese cambio fuese advertido, para después, trasladar de nuevo a España los originales.

Los rostros del Catedrático y del Canónigo no dejaban entrever gesto de asombro alguno, como conocedores que eran, sin duda del relato, pero no así el de Daniel, que no podía ocultar su incredulidad.

—¿Tiene alguna pregunta señor Cormack? —apostilló el archivero.

—Ciertamente es una revelación difícil de asimilar. ¿Me quiere decir que en la época del Rey Felipe II, se sustrajeron de diversas Casas Reales europeas, palacios u otros lugares, piezas, objetos de arte o cuadros, sustituidos por simples réplicas? ¿Y todo ello, sin que lo advirtieran sus poseedores? La verdad es que se hace difícil de creer.

—Está en lo cierto, hechos que son casi imposibles de admitir, pero debo decirle que es la pura realidad. Tenga en cuenta una cosa a favor de ello. Cuando se llevaban una obra de arte, quiénes lo hacían en la mayor parte de los casos tenían escasos, cuando no nulos conocimientos artísticos de esas materias, por lo que si las copias eran buenas, máxime al ser réplicas de los mismos artistas o de discípulos de su entorno, no eran fácilmente identificables. Y sobre todo, si se daban cuenta del cambio y la obra ya había salido del país, por no delatar su falta de previsión, preferían callar.

—Entonces, ¿eso ocurrió en el Siglo XVI?

—No, amigo Daniel, eso que al principio se refería a muy contadas obras, ha venido ocurriendo hasta principios del Siglo XX, si bien la etapa de mayor actividad acaeció en el XIX, por mor de tratar de recuperar el expolio que las tropas francesas y en particular el denostado Mariscal Soult, quiénes nos arrebataron gran parte de nuestro patrimonio para llevarlo a sus palacios, de donde posteriormente terminaron en casas de subastas, en museos de París u otras ciudades europeas e incluso americanas. Tenga en cuenta que sólo de la Ciudad de Sevilla fueron centenares las piezas que sustrajeron. En ese período, los descendientes de esos Duques, llevaron a cabo una ingente labor, que no obstante con el paso a sucesivas generaciones ya no ofrecían las debidas garantías a la Corona, por lo que fue paulatinamente disminuyendo su número, o bien los mismos monarcas ya no deseaban, por razones políticas o de buena vecindad, continuar con ese tipo de rescates. Esa Institución de los Nueve Duques, quedó en la práctica en desuso, pero lo cierto es que el secreto y el ingente patrimonio acumulado subsisten hasta hoy.

Se hizo un tenso silencio, al quedar aquellas cuatro sombras en el mayor de los mutismos, como si cada uno rumiase sus propias ideas. Al cabo, Daniel, se atrevió a preguntar, bajando la voz como si el peso de la revelación que acababa de escuchar le hiciese ya partícipe de su custodia:

—Y ahora, ¿qué Duques son los encargados de ese legado?

Luis Trastorres dibujó una leve sonrisa, no exenta de una mueca de tristeza:

—No hay ya Duques que sean guardadores de ese secreto. señor Cormack, se encuentra ante

los tres únicos custodios de una inmensa herencia, que está depositada justo bajo nuestros pies, a muchos metros de profundidad.

—¿Me quieren decir que existen otros subterráneos en cotas inferiores a ésta? ¿No decía que la Catedral tan sólo tenía estas dos plantas de sótanos?

—Para el gran público, los estudiosos e incluso para los propios miembros del Cabildo catedralicio, sólo existen estas dos plantas. Pero para nosotros tres, que por diversas circunstancias tuvimos que convertirnos en herederos de esa descomunal encomienda, conocemos la singularidad de un secreto, tal vez el mejor custodiado durante siglos, que por expreso deseo de un Monarca que quería salvaguardar el patrimonio artístico y cultural de España, se construyó esa leyenda y recién terminada la Catedral, fue relativamente fácil encontrar operarios fieles que guardaron su obra hasta su muerte. Ello permitió que año tras año y siglo a siglo, se fueran almacenando en sus entrañas los tesoros de todo un país con su singular riqueza y su obra prolífica, ante la abundancia de artistas que ha dado este reino.

—Perdónenme mi pregunta. ¿Cómo un secreto de esta índole y trascendencia, se atreven a ponerlo en mis manos? Por mucha confianza que les haya podido generar, siempre deberían tener presente la duda razonable de una posible indiscreción o una filtración intencionada, por el hecho de las incalculables riquezas que custodian, pues nadie está libre de ser tentado por la ambición.

—Señor Cormack. Conocemos toda su vida, desde que era un jovencito allá en su querida Irlanda. Sus brillantes estudios. Su vocación al servicio de, por y para la Iglesia. Su incuestionable valor y entrega en misiones, que incluso han puesto en serio riesgo su vida en países lejanos. Créame que no estamos entregando una encomienda semejante al primero que ha llegado. Amén que las circunstancias actuales nos obligan a confiar en alguien como usted, como otros tuvieron la necesidad de atribuirnos esa responsabilidad a nosotros. Y este secreto deberá acompañarnos a la tumba.

—Por lo que deduzco, supongo que han debido conocer una serie de mis cometidos a través de algún superior mío, que me distingue con una confianza inmerecida.

—Así es, pero no sea modesto, don Armando Molinelli es tal vez el único aparte de nosotros tres, que tiene referencias de este secreto. Y ha sido él quien ha abogado y respondido de su absoluta lealtad. Sabemos que ha venido a tratar de desentrañar un enigma que puede afectar a Sevilla y que Monseñor cuenta con usted como casi su único valladar para impedir que nada malo ocurra. ¿Cómo en una situación semejante, no vamos a ponernos en sus manos y tener la esperanza que sabrá salir airoso de esta situación?

—La Organización de los Nueve Duques, —intervino don Ulpiano —fue todopoderosa en tiempos, para ir decayendo con el paso de los siglos. No obstante, al igual que ocurre en Roma con los secretos que guardan las grutas vaticanas, aquí también se ha conseguido crear un inmenso acervo cultural, literario, arquitectónico, artístico, compendio de todas las bellas artes, pero con la diferencia respecto a Roma, que mientras allí hay seguridad y cobertura suficientes, gracias a los servicios con los que cuenta la Santa Sede, aquí por el contrario y pese a la riqueza acumulada, tan sólo quedamos nosotros y ahora usted, a cuyos buenos oficios y experiencia nos encomendamos.

—Señores, me veo en la obligación de manifestarles, que ante el giro que han tomado los acontecimientos, del peligro que se cierne sobre Sevilla, que puede estar vinculado a un atentado terrorista de proporciones desconocidas. Hay servicios secretos extranjeros, en concreto, los americanos e israelíes que están muy interesados en tratar de prestar cobertura en una misión que

escapa de un solo hombre. Monseñor Molinelli me encomendó que tratara de averiguar si aquí había alguna conexión con la aparición de unas tablillas, dos de las cuales se custodian en Roma, más una tercera, que con fortuna, pude rescatar en Oriente Medio hace poco tiempo.

—¿Ahí es donde fue atacado, amigo Daniel? —interrumpió Luis Trastorres.

—Efectivamente y fue usted gracias a su buenas dotes de observación, el que se dio cuenta de mi reciente herida. Pero seguimos sin saber con seguridad si el objetivo del ISIS es o no esta Ciudad y sobre todo, el lugar exacto, la forma y el tipo de armamento que piensan emplear.

—Razón de más para estar preparados y salvaguardar nuestro precioso legado. Debemos de tratar de evitar que pueda resultar afectado este riquísimo patrimonio —terció el Profesor.

—Pues debo decirle que la persona que está en su cátedra con el nombre de Omar al Sabawi, es un reconocido terrorista, vinculado al parecer a células islámicas. ¿Cómo es posible que haya llegado hasta su cátedra?

El rostro del Catedrático expresó una mueca de dolor y preocupación que no pasó inadvertida a sus tres contertulios.

—He de informarles, apelando a la discreción que debemos guardar, que tengo una sobrina, estudiante de arqueología y gracias a su brillante trayectoria, consiguió una beca para desplazarse y colaborar en unas excavaciones en el Valle del Nilo. Al poco de residir allí, durante unos días, dejamos de tener noticias de ella, lo que alarmó a mi mujer y a toda mi familia, máxime conociendo la inseguridad de la zona. Días después, recibí un extraño mensaje de un sujeto que se identificó como miembro del equipo en el que trabajaba Laura, ése es su nombre, indicándome que su situación era delicada, si bien ella estaba ajena al peligro que corría. Me dijo que se habían desplazado a otra tumba en medio del desierto más al Sur y que por eso no podía contactar con ella, pero que para garantizar su seguridad, era conveniente contentar a un personaje importante de la Universidad de El Cairo, que tenía un pariente al que debía colocar en España. Si así lo hacía, el problema de mi sobrina podría solucionarse. En aquél momento y ante el grado de indefensión que padecía, me vi obligado a decir que sí. Al poco tiempo, llegó Omar, quien en principio yo creí ajeno a esta trama. Me pidió colaborar en la Cátedra y tuve que aceptar. Al día siguiente me llamó mi ahijada, diciéndonos a su madre y a mí lo contenta que estaba con el trabajo que venía realizando, al haber podido regresar por fin a El Cairo, tras haberse quedado aislados unos días en mitad del desierto.

—Sin duda es una táctica del comando para infiltrarse en Sevilla —aclaró Daniel—. Debo decirles que es un sujeto muy peligroso, con el que he tenido un serio percance hace escasos días y del que me he librado por poco —no quiso añadir, que gracias a un miembro del Mosad, había salvado la vida—. Ya le dije que observé luz en su despacho a una hora avanzada de la noche. Con casi absoluta certeza, sería su nuevo ayudante, quién debía buscar algo de su interés.

—Sí, ¿pero qué cree usted que pudiera tratar de averiguar?

—Tenga en cuenta que estas células tienen conexiones en los puntos más insospechados del planeta y cabe la posibilidad que tratara de descubrir algún eslabón o incluso, pese al secreto con el que guardan su tesoro, que haya llegado a su conocimiento la existencia del mismo. Consideren que una parte importante de su financiación pasa por comerciar con obras de arte de las que parcialmente destruyen. Por eso creo que no podemos descartar hipótesis alguna, por incomprensible que parezca.

—Creo que ha llegado el momento de explicarle cómo y en base a qué, se construyeron esos inmensos sótanos, que conforman en sí mismos una ciudad en pequeño. Sin duda usted conocerá, que Dante Alighieri, autor de la *Divina Comedia*, describe el Infierno, instrumentándolo el

Maestro italiano como una composición ideal de nueve círculos a los que aplica y divide algunos de ellos en giros, fosas y zonas. Ese montaje imaginario, con las necesarias correcciones que obligaban las características del terreno, se reproducen en gran medida bajo nuestros pies.

—¿Me quieren decir que estamos sobre nueve sótanos más con sus correspondientes ramificaciones, reproduciendo la estampa de Sandro Botticelli que pintara en el Siglo XV? ¡Pero eso es verdaderamente impensable! —exclamó Cormack.

—Efectivamente Daniel, eso era lo que se pretendía que resultase, impensable y por demás irrealizable. Sin embargo se hizo, aprovechando multitud de pasadizos, bóvedas, canalizaciones de aguas, cisternas profundas, ríos subterráneos y mil recovecos más. Como comprenderá una estructura tan inmensa, daba para guardar todos esos tesoros y de paso, establecer múltiples trampas por si alguien no autorizado, osaba penetrar en ese abismo.

—Pero, el aire será a esa profundidad, irrespirable ¿Cómo lo consiguen? —añadió Daniel, sin acabar de digerir todo lo que estaba escuchando.

—Es una obra de ingeniería verdaderamente excepcional. Le podemos decir que el sistema de aireación funciona perfectamente, merced a una serie de galerías interconectadas, e incluso, hasta cierta claridad en determinadas zonas. Pero no nos pregunte cómo lograron hacerlo.

—Entonces, ¿debo deducir que existen diversas entradas y posibles salidas?

—Sí, debe haberlas, pero nosotros, sólo hemos usado en las contadas ocasiones que lo hemos hecho, las tres existentes desde la Catedral. Es de suponer que con el dédalo inmenso de pasadizos con los que cuenta Sevilla, ahora algunos parcialmente destruidos por las nuevas edificaciones, sí sería factible entrar desde fuera sin pisar el templo.

—¿Conocen acaso, el porqué de elegir esa obra de Dante para escenificar una construcción tan megalítica como esta?

—Querido amigo. Para ello, debería ponerse en la piel de los hombres de aquella época. Piense que está en el Siglo XVI. Que Dante era, pese a que su muerte acaeció más de dos siglos atrás, un escritor que simbolizaba la transición entre la época medieval y el trasunto al renacimiento. Y que para aquellos asesores del Rey la descripción de su Infierno, encajaba a la perfección con el fin que deseaba el Monarca: Seguro y protegido por la propia Catedral, al abrigo de miradas o visitas no deseadas. Realmente no había mejor opción.

—¿Desean conducirme ahora a ese lugar?

—La entrada que solemos utilizar está justo a mi espalda. Es ese sarcófago, cuya tapa se retira, al igual que el féretro que contiene y a continuación se corre la losa del fondo. De ahí puede ya decir con propiedad que estará en lo que el autor italiano, describe como el Ante-Infierno. Pero creo que por hoy ya ha tenido mucho que asimilar y tal vez será mejor que visitemos, al menos parte de ese dédalo, otro día. Nuestra salida de la Catedral la debemos hacer en hora, para no despertar sospechas.

—¿Se imagina señor Cormack —intervino don Ulpiano—, qué cara pondrían los responsables del Museo Británico, el Louvre o de la National Gallery, entre otros, si supieran que la mayoría de las obras españolas allí existentes son hábiles falsificaciones? Las consecuencias serían impensables.

Tras las últimas palabras del Canónigo, los cuatro volvieron sobre sus pasos, ascendiendo al nivel superior, hasta regresar a la solitaria capilla. El paramento quedó debidamente sellado y nadie hubiese podido adivinar la trascendencia del hallazgo del que Daniel Cormack acababa de ser partícipe.

Se despidieron los cuatro, rebasada la suntuosa reja exterior, que aún permanecía abierta con

varios turistas haciendo fotos, dando por sentado Daniel que, desde ese momento, se había convertido en otro nuevo guardador de aquel secreto. Se le había cortado el apetito de raíz, por lo que decidió ir a su alojamiento para analizar y digerir en profundidad el hallazgo que le habían revelado y de paso, llamar a Monseñor Molinelli. De buenas a primeras se había convertido en un heredero de los Nueve Duques y sin nombramiento real alguno.

CAPITULO XXIV:
EL NIDO

Rustam Vorobiov, tenía la mirada fija en el contorno del litoral que cada vez más cercano, se dibujaba en el horizonte por la amura de babor. Era un terreno llano, salpicado de un denso arbolado, cuyo nombre desconocía. El cielo intensamente azul, contrastaba con las grises nubes que lo entoldaron durante las primeras jornadas de navegación. Ahora, al cabo de ese tiempo en el que sólo se divisaba el mar, seguía pensando en qué enorme lío se había visto envuelto; pero el ofrecimiento de doscientos mil dólares en sus circunstancias, no eran para despreciarlos. No obstante, cuando con el paso de los días, veía más cerca el cometido que le habían propuesto, le empezaba a remorder la conciencia, sobre todo, si como creía intuir, lo que se le pedía era algo que podía causar una masacre, desconocida desde los holocaustos de Hiroshima y Nagasaki.

Él se había convertido con el tiempo, en un hombre de pocos escrúpulos y había cometido muchos errores a lo largo de su vida. Ahora, esa mujer tan bella como enigmática, a la que usaban como objeto sexual, se le había entregado sin reservas. Ese encuentro había propiciado que intentase recuperar una leve esperanza que le permitiese retomar al menos, parte de su vida anterior. Pensó que debía hacerla partícipe de sus inquietudes, para entre los dos, tratar de encontrar una solución a esa espiral sin salida en la que estaban inmersos.

Por el lado de estribor, destacaba un esbelto campanario, sobre un caserío inmaculadamente blanco. Lo que Rustam Vorobiov, no podía alcanzar a imaginar era que cinco siglos atrás, otro navegante, desconocido para él, llamado Álvaro de Alcalá, se identificó con ese mismo paisaje, si bien a éste le embargaba el anhelo de llegar a su amada Sevilla, después de una larga travesía, tras la cruenta cruzada en la que participó, con el bagaje del secreto que guardaba y que por paradojas del destino, ahora hacía que un ruso como él, estuviese repitiendo esa singladura pero como mero instrumento de una oscura trama, que pretendía la sádica crueldad de descargar sobre una ciudad indefensa, todo un mensaje de muerte y destrucción.

Durante la singladura, los hombres de aquel comando, habían realizado, tratando de maquillar el buque, con la pintura a medias del puente, incluso modificando el nombre del barco, al que burdamente, encima del suyo primitivo, pintaron otro en el que se leía «Atlántida», pese a lo cual, a poco que se observase, se adivinaban bajo él, las originarias letras del Runde. Incluso cambiaron la bandera por otra de Malta. Pintaron de forma somera los dos botes salvavidas en un rabioso color rojo y sacaron de las bodegas una lancha zodiac, cuya procedencia Vorobiov ignoraba. También desconocía que el jefe del comando había enviado tiempo atrás, un cable para que desde tierra, alguien pidiese los permisos necesarios para que el barco con su nueva apariencia, pudiese contar con la autorización de atraque pertinente en el puerto de Sevilla. Su objetivo aparente era descargar madera, procedente de Noruega, y que el receptor de ese cable había sido Omar al Sabawi.

Era ya oscurecido cuando el navío aminoró la velocidad, aprovechando la pleamar, con ligeros golpes de timón que realizaba el Segundo, Dag Toivonen. El marino consultó su reloj y calculó que arribarían a puerto antes del alba, por lo que se hacía necesario avisar al servicio que atendía las compuertas para poder acceder al siguiente tramo del cauce del río que directamente llevaba a puerto. Ahora, cuando vio el cambio de fisonomía que se le realizaba al barco, con aquellos bidones de pintura que embarcaron en Múrmansk, junto con el cargamento de madera, veía clara la intención de sus nuevos jefes para intentar modificar la apariencia del Runde, pero era incapaz de calibrar cuáles eran los verdaderos motivos que justificaban esa nueva apariencia.

Al cabo de unas horas, divisó a proa la señalización y las torres que anunciaban la presencia de la esclusa, por lo que ordenó avance a un tercio a la sala de máquinas. El buque fue aproximando su proa con lentitud a la dársena, hasta superar la tajamar, quedando encuadrado en paralelo a la misma; después, cuando las compuertas de abajo se abrieron, avanzó metro a metro entre los dos enormes pontones de hormigón que quedaban a ambos lados con cierta separación, pese a que el cuenco no era de un gran tamaño, dado que, debido al escaso calado del río, no podían arribar buques de gran tonelaje.

Concluida la maniobra, las compuertas situadas a popa, comenzaron lentamente a cerrarse hasta que al cabo de unos minutos, el nuevo Atlántida, quedó dentro de la cámara. Bajaron a tierra Toivonen y Jalil con la documentación para acceder a las oficinas portuarias y pagar los derechos. Durante una media hora estuvieron en tierra, en el edificio central, sin que en momento alguno Dag pudiese zafarse del férreo marcaje que le hacía el guerrillero, que le había amenazado de muerte si le traicionaba y en pasar a cuchillo a toda la tripulación que permanecía en el buque, en el supuesto que intentase huir. Concluido el papeleo, volvieron al Atlántida y vieron cómo desde el muelle, retiraban la pasarela que habían utilizado. Toivonen era plenamente consciente que había perdido una oportunidad de escapar, pero se sentía solidario con aquellos hombres, compañeros de tripulación durante tantos años.

Poco a poco, se fueron equilibrando los niveles del agua del cuenco hasta alcanzar la altura del cauce al que iban a acceder. Cuando ambos coincidieron, las compuertas de arriba comenzaron a abrirse a proa de forma automática, dejando a la vista esta parte de la dársena, cuyas aguas brillaban blanquecinas por el reflejo de la Luna. Lentamente, el viejo barco inició la maniobra de salida en dirección al puerto sevillano, rebasando el espolón, sin que nada hiciera presagiar la siniestra carga que llevaba en su interior.

Cuando el Atlántida recuperó la velocidad lenta de crucero, Jalil, llamó a sus hombres al camarote que ocupaba, además del marinero Abdel Mâlik, pero no así a Gada, que siguió recluida en el suyo.

—Hasta este momento, hemos podido superar todos los obstáculos y alcanzar ya la última etapa de nuestro objetivo —comentó Jalil en voz baja—. Ahora viene la parte más difícil de nuestra misión, que será ocultar nuestra bomba en su nido, al abrigo de miradas indiscretas. Tendremos que esperar las indicaciones de nuestros contactos en tierra que serán los que nos marquen la forma de transportarla, toda vez que no es el tipo de explosivo que en principio íbamos a traer, sino que, como sabéis, este es de menos potencia pero de mucho mayor tamaño, lo que hará más complicado llevarla hasta su lugar de destino sin despertar sospechas.

Al observar Rustam que todos estaban en el camarote, trató de acceder a la cabina de Gada, llamando quedamente a la puerta para no delatar su presencia. Ésta le franqueó el paso, dejándose acariciar fugazmente por el hombre que la tomó entre sus brazos, besándola con desesperación.

—No podemos continuar aquí. Debemos escapar —le habló al oído—. Tus compañeros traman algo horrible y debemos a toda costa intentar evitarlo.

—Sí, pero ¿cómo lo haremos? Del barco es difícil poder salir, a pesar que navegamos por un río, no creo que nos pierdan de vista.

—Tendremos que intentarlo cuando lleguemos a puerto.

—De acuerdo, pero ahora vete, en cualquier momento pueden sorprenderte.

Rozó sus labios con los de la mujer a modo de nerviosa despedida. Al cerrar, pudo percibir el

quedo rumor de la conversación de los hombres del comando a través de la puerta contigua. Recorrió el estrecho pasillo, procurando no hacer el menor ruido y se dirigió a su propia cámara.

Cuando el Atlántida hubo rebasado un enorme puente colgante, se le aproximó una pequeña embarcación remolcadora. De ella,subió un práctico, que tras los saludos de rigor coordinó el atraque del buque en el muelle en el que debía descargar su mercancía. Esta tarea se inició con las primeras luces del alba y duró hasta bien avanzado el mediodía. En todo el proceso el jefe del comando no perdió de vista el desarrollo de la maniobra, en particular del Capitán que apareció en el puente junto a su Segundo. Mientras, Mâlik cumplía la misma tarea con los tripulantes para impedir cualquier señal al personal de tierra.

Finalizada la descarga, Jalil y Toivonen se dirigieron a las oficinas de la Capitanía del Puerto para justificar que no podían partir en la fecha prevista, debido a una avería en la sala de máquinas, que les había obligado a pedir una pieza de repuesto que a buen seguro, tardaría unos días en llegar, pero no obstante, estaban dispuestos a abonar los derechos suplementarios de atraque sin problema alguno. El funcionario que los atendió, tras hacer una serie de llamadas telefónicas, les indicó que consultaría con su superior. Con ese ardid, el comando conseguía alargar la estancia del barco para, aprovechando la oscuridad de la noche, desembarcar la bomba una vez se pusieran en contacto con él, sus compinches en tierra.

Toivonen, creyó ver la oportunidad de dirigirse al árabe:

—Supongo que cuando desembarquéis vuestra carga os quedaréis en tierra, por lo que entiendo que nosotros podremos emprender la marcha.

—Claro, sin problema alguno —respondió Jalil, con un tono condescendiente que no agradó en modo alguno al marino.

—Debes tener claro que a nosotros solo nos interesa salir de aquí y guardar silencio, para evitar preguntas incómodas —apostilló Dag.

—Por supuesto, —repitió el guerrillero lacónicamente, demostrando sus pocas ganas de seguir la conversación— lo más seguro es el silencio.

El énfasis de esta última afirmación hizo presagiar al noruego que no iba a ser fácil deshacer esta alianza a la que se habían visto abocados desde su salida de Egipto. Por no decir, ni quiso mencionar la tercera entrega del pago de los últimos cien mil dólares, que aún tenían pendientes. Pero por el momento no podía hacer nada, aunque haría partícipe a su amigo de las sospechas que le atenazaban y que de hecho, le hacían temer por sus vidas, más que cobrar lo que todavía restaba del acuerdo. Al llegar habló con su jefe:

—Capitán, hemos estado en tierra y este tipo se las ha valido de trazas para alargar el amarre unos días más y así descargar el artilugio, supongo que de noche, aprovechando la oscuridad para no ser descubiertos —hizo una pausa y ante el silencio de su jefe, continuó—. Le he comentado nuestro deseo de salir cuanto antes de aquí y su respuesta no me ha gustado en absoluto, por lo que entiendo que deberemos extremar el cuidado y en la primeras oportunidad que bajen a tierra, zarpar lo antes posible, aunque perdamos el resto de lo que íbamos a cobrar. Creo que será mejor salvar el pellejo que ser algo más ricos en la morgue.

—Me huelo que esta vez tenemos muy pocas posibilidades de contarlo —farfulló el capitán—. Esta pandilla de terroristas, a buen seguro no nos permitirán salir de aquí ante el riesgo de que contemos algo, aunque sepan que a nosotros mismos somos a los que menos nos interese hablar. Conviene que lo comentes con los hombres y trates de planear incluso una posible fuga por tierra si se presenta la ocasión. Tendríamos mucho que justificar, pero siempre cabe la posibilidad de decir que fuimos coaccionados. Yo echaré el dinero en una bolsa y la tendré encima por si

debemos salir por pies….

—De acuerdo —añadió lacónico Toivonen— los pondré sobre aviso.

Con paso rápido bajó a la sala de máquinas, lo que le hizo que le pasara inadvertida la sombra alargada de Jalil que en la cabina contigua, había seguido la conversación, con la misma técnica que descubriera haber empleado el capitán al comienzo de la travesía. La torcida mueca que dibujaba su rostro se hizo más patente al volver sobre sus pasos y regresar a su cámara.

De forma paulatina, el cielo se había ido cubriendo de forma progresiva de un manto de negras nubes, pese a que la mañana nada hacía presagiar ese cambio brusco de tiempo. Las primeras gruesas gotas de lluvia comenzaron a salpicar la cubierta del buque. De pronto, un fogonazo, iluminó el cielo de manera intensa y la culebrina de un rayo lo atravesó con su serpenteante zigzag. Un intenso aguacero comenzó a descargar, oscureciendo súbitamente todo el puerto. Jalil de inmediato, tomó su teléfono y habló con alguien que parecía darle indicaciones sobre lo que éste debía hacer. Cuando al cabo de unos minutos, finalizó la conversación, se dirigió al camarote de sus hombres. Éstos tomaron sus armas y se colocaron los AK-47 en bandolera, siguiendo a su jefe. Mâlik que vigilaba la cubierta, hizo lo propio con el fusil automático que portaba.

Los cuatro se situaron ante el mamparo que ocultaba la bomba y esperaron a que apareciesen los tripulantes, avisados por Jalil. Los marineros subieron, empapándose sus ropas al instante, al igual que el resto del grupo armado. Mientras, en el puente Toivonen, se dio cuenta que algo extraño se urdía abajo. El árabe le hizo una seña para que descendiese y le espetó:

—Vamos a bajar nuestra carga. Hay que poner en el agua la fuera borda y otra lancha. Una vez sea noche cerrada, aprovecharemos la lluvia. Apagad todas las luces, hay que actuar con la máxima rapidez.

Rebasadas las doce, el intenso aguacero arreciaba cada vez con más fuerza, mientras que la oscuridad solo se veía alterada por el resplandor de las sierpes de luz que se dibujaban entre los negros nubarrones. A esa hora, Jalil dio la orden de botar primero la zodiac. Una vez en el agua, con unos cabos quedó firmemente afianzada al casco del buque. A continuación, la segunda lancha inició el descenso, sujeta con unas drizas. Con presteza, el guerrillero dio la orden de fijar las dos gruesas cadenas a los asideros de hierro que sobresalían tanto en la parte delantera como en la trasera de la bomba. Ésta al recibir el agua de la lluvia, dejo reflejar su brillo, pese a la oscuridad reinante. La grúa inició su rotación, llevando su pesada carga, suspendida en el aire, mientras las gotas de lluvia seguían salpicando su carcasa. Rebasada la amura, inició el lento descenso hasta situarse sobre la lancha, en la que ya se había colocado el soporte con ruedas metálicas que la sustentaba en la bodega, estibándola para evitar que se desplazara, por la suave corriente del agua.

Omar, uno de los miembros del comando, fijó un cabo a la lancha desde la zodiac, que situó a proa de aquélla. Cuando hubo finalizado hizo una seña a Jalil quién desde cubierta había observado la maniobra. El guerrillero se volvió y con gesto firme, ordenó a la tripulación que se dirigieran al comedor del barco. Una vez dentro el reflejo de un relámpago y el casi inmediato sonido de un trueno pavoroso, hizo casi inaudible el tableteo del kalashnikof que descargó una ráfaga sobre los marineros quiénes de espaldas cayeron unos junto a otros sin apenas haberse dado cuenta de que les había llegado su última hora.

Tras comprobar que todos estaban muertos, salió rápidamente para alcanzar al Segundo, quien a pesar del ruido ensordecedor del trueno, había percibido el siniestro sonido del cargador que había acabado de modo fulminante con la vida de sus compañeros. y que si no se andaba listo,

iba a terminar igual. Trató de esconderse y de paso, intentar llegar al camarote del capitán, por lo que subió una de las escalerillas laterales, ocultándose y pensando que lo mejor sería arrojarse al agua. Atravesó el puente, agachado para que no se detectara su presencia y cuando alcanzaba el pasillo hacia los camarotes, el brillante reflejo del acero de una daga cayó sobre su cuello. El tajo hizo brotar un chorro de sangre que salpicó las paredes y la manga de Jalil, que había intuido la maniobra del Segundo, rodeándole para alcanzarlo por donde sabía que iba a tratar de escapar. Dag cayó fulminado y el árabe sopesó que no merecía la pena rematarlo, pues era cuestión de pocos minutos que acabara desangrado.

Limpió la hoja de su estilete en la casaca del moribundo, guardándolo en su vaina y a continuación se encaminó hacia el camarote del capitán. Éste permanecía escondido en su interior, esperando que su hombre le diese la señal para escapar, pero al abrirse la puerta violentamente, lo que vio enmarcado en el dintel, fue la figura negra del guerrillero con su fusil en ristre. Sin mediar palabra y sin darle tiempo a reaccionar, le descargó una corta pero mortífera ráfaga en el pecho y al instante, se le dibujaron varios rojos orificios, no importándole el estruendo, pues sabía que el sonido llegaría amortiguado al exterior. A continuación, cogió la bolsa con el dinero que previamente entregara al capitán y se la echó al hombro. Seguidamente, abrió el camarote del técnico ruso y con la máxima naturalidad le invitó:

—Vamos a bajar a tierra y debe venir con nosotros.

—¿Qué ha sido ese ruido? —inquirió Vorobiov sobresaltado.

—¿Ruido? —respondió este con un signo de extrañeza— Debe haber sido la tormenta o tal vez el sonido del viento. Creo que estoy en deuda con usted, tenga el importe convenido —añadió, entregándole la bolsa con el dinero que había arrebatado al Capitán instantes antes— Y ahora salgamos.

—Gracias, ¿y Gada, nos acompañará? —se atrevió a añadir con un tono de vacilación en su voz, dejando la bolsa en su armario al que echó la llave.

—No, ella se quedará a bordo, pero todos nosotros debemos bajar a tierra.

Cuando alcanzaron la cubierta solo atisbó a observar al grupo guerrillero más al marinero al que todos llamaban Mâlik. En unos instantes su casaca brillaba por el efecto del agua que descargaba sobre sus hombros. Al asomarse por la borda, divisó las dos embarcaciones y la siniestra silueta del alargado proyectil.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó con cierta resolución.

—Vamos a llevarla a un lugar seguro y después ya le indicaré.

Desesperadamente miró a su alrededor tratando de localizar en la oscuridad al capitán o al Segundo, pero no distinguió a nadie en el puente ni a marinero alguno. Al sentir la leve presión de la mano del guerrillero en su espalda, se vio obligado a asirse a la escala que pendía por la borda hasta alcanzar el bote neumático.

Mâlik se puso al mando de la zodiac, encendiendo el motor, cuyo runruneo se destacaba en medio de la lluvia que calaba a todos. Delante se situó Jalil. En tanto que Vorobiov se sentó en el suelo de ésta, apoyando la espalda sobre uno de los costados. En la barca de salvamento, amarrada a popa, los otros dos guerrilleros se colocaron uno a babor y otro a estribor, dejando el obús en el centro, para impedir que pudiera escorarse. Ambas embarcaciones fueron avanzando lentamente, pues su peso lastraba la potencia del bote neumático y también para evitar que su crepitar pudiese ser oído desde las orillas o que la misma velocidad pusiera en peligro la estabilidad de la lancha remolcada.

Desde la cubierta del buque, una sombra apareció, atisbando atentamente las dos

embarcaciones, que despacio, se iban alejando cauce arriba. Era Gada, quién al escuchar el sonido del motor de la zodiac, había salido de su camarote para comprobar qué había sucedido.

Durante unos minutos avanzaron, dejando atrás dos puentes y la hermosa silueta de lo que semejaba ser un suntuoso palacio. De pronto al fondo, se dibujó la sombra alargada y compacta de una recia torre, que pese a que la lluvia no daba tregua, aparecía tenuemente iluminada en su remate superior. Se fueron acercando con lentitud, hasta alcanzar el solitario muelle empedrado, junto al que asimismo se distinguían varios barcos de recreo, ahora en el más absoluto silencio. Nadie se divisaba ni a bordo ni en el desierto pontón.

El jefe hizo una seña a Mâlik para que se acercase lo más posible a la orilla, bordeando el saliente de piedra. Al momento, hizo un gesto para que detuviese la embarcación, apareciendo ante ellos una oquedad a nivel del agua, de la que parecía fluir una corriente que vertía hacia el cauce del río. Las dos lanchas iniciaron con precaución, la maniobra para entrar por aquella especie de oscuro túnel, si bien al cabo de unos metros aparecía una recia cancela de hierro que se perdía bajo las aguas y que alcanzaba hasta la parte más alta de la bóveda que se observaba a algo más de un metro sobre sus cabezas.

Jalil cogió de su saco unos pesados cortafríos y con suma facilidad, cortó uno de los eslabones que la cerraban. Lo mismo hizo con dos barrotes que la arriostraban al muro. Tras superar el obstáculo, dio la orden de continuar, encendiendo una potente linterna para iluminar el interior de la galería, cuyo hedor pestilente, iba en aumento a medida que avanzaban. Según le había advertido su confidente, aquél era el cauce de un antiguo afluente del rio, ahora soterrado, pero que para unas pequeñas falúas como las que llevaban, podía ser navegable unos cientos de metros, si bien había sido clausurado en su desembocadura con el fin de impedir que nadie lo utilizase. No obstante, era la vía más adecuada y segura que les permitiría conducir su carga hasta un lugar lo más próximo posible a su destino final.

En todo el trayecto nadie pronunció una palabra. Rustam no dejaba de pensar en el trágico desenlace que supondría para la ciudad que ahora estaba encima de ellos, si se detonase un explosivo de semejante potencia, pero al mismo tiempo pensaba, la suerte que pudiera correr Gada a la que no había vuelto a ver. Por un momento,consideró que ya lo importante no era el dinero sino tratar de encontrar una vía de escape que evitase la deflagración de un artefacto de tal magnitud. El sudor de su frente y la mirada fija en el fondo del bote, denotaban que no dejaba de barajar posibilidades que pudiesen impedir esa hecatombe.

Al cabo de unos minutos, a la derecha, cambió totalmente el perfil del muro, que se apreciaba era de hormigón liso y el cauce se ensanchaba de manera que se podía navegar con una cierta mayor holgura y rapidez. Al poco, el techo se fue elevando gracias al resplandor de la linterna de Jalil. Se podía observar que también era del mismo material que los laterales. En el lado derecho, aparecieron unas oquedades, en una de las cuáles se observaba, una pequeña rampa que daba a una puerta de hierro. Destacando sobre el dintel, tres sombras aparentaban estarles esperando. Uno de ellos, al acercarse los botes al borde,se adelantó a recibir a los recién llegados: era Omar al Sabawi.

El árabe, saltó a tierra, saludándose los dos hombres, entablando un rápido diálogo, tras el cual, Jalil dio instrucciones a sus hombres para que acercaran la lancha remolcada a la altura de la puerta. Desde la parte superior del pequeño desnivel se acercaron los otros dos sujetos, sin duda sicarios de Al Sabawi. Entre todos, descargaron la bomba y el soporte que colocaron en el suelo, procediendo seguidamente a fijar el artefacto sobre él, atornillándolo en sus anclajes. Los cinco hombres, lo empujaron hacia el interior del recinto que aparecía solamente recubierto por las

paredes de bloques de piedra lisa y el pavimento de hormigón. Omar y los dos sujetos que le acompañaban, cubrieron con unas lonas, ocultándolo totalmente y poniendo encima unos viejos sacos de arpillera, por lo que el conjunto quedó en uno de los rincones del habitáculo totalmente mimetizado y sin aparentar lo que realmente se ocultaba bajo ellos.

—Ya está a buen recaudo nuestro encargo, a falta de transportarlo a su emplazamiento definitivo cuando llegue el momento —dijo Al Sabawi.

—Las venideras generaciones nos recordarán como héroes —farfulló Jalil con una sonrisa de hiena.

—Debemos volver al barco —apostilló el jefe de los guerrilleros—. A propósito, ¿hay alguna otra forma de acceder al sitio en el que estamos?

—Por supuesto —respondió Al Sabawi—. Si continuamos por el interior de esta sala, llegaríamos a los sótanos de la Universidad de Sevilla y desde aquí, podremos acarrear con relativa facilidad nuestro cargamento a su destino final. Sólo harán falta unos cabos fuertes y poder arrastrarlo, más picos y palas para derribar las angosturas que pueden dificultar el paso.

—Debemos hundir la lancha ahora para no dejar rastro alguno y nosotros volveremos al buque en la zodiac y seguir dando apariencia de normalidad. Desde ahora, con estos dos nuevos camaradas, seremos la nueva tripulación del Atlántida —finalizó el terrorista con una mueca, al recordar el trágico final de todos los marineros del Runde.

—¿Entonces para qué me habéis traído? —terció Rustam.

—Por si ocurría cualquier contingencia que pudiera afectar a nuestra carga —respondió con sequedad—. Ahora debemos volver.

Los siete se hacinaron en la lancha neumática, a excepción de Al Sabawi, quién los observó mientras desaparecían por el cauce abajo en dirección hacia el río. Al llegar de nuevo a la cancela, la empujaron,pero debido al desgaste de los goznes les impidió que la pudieran volver a colocar en su primitivo lugar como hubiese sido su deseo, dada la inestabilidad de la lancha. Comenzaban a vislumbrarse las primeras luces de la amanecida cuando la zodiac se situó de nuevo al costado del Atlántida. Rápidamente, subió a bordo Jalil y tras él, el resto de los hombres. Cuando Rustam alcanzó la cubierta, el árabe lo tomó con firmeza por el brazo, conduciéndolo en dirección a los camarotes.

—Nadie debe saber lo que hemos hecho esta noche. Guardará el máximo secreto por lo que no debe salir de su cabina. Uno de mis hombres le llevará su comida y si quiere, le dejaré algún libro para aliviar su espera. Le prometo que no será demasiado larga y que pronto recibirá nuevas instrucciones —finalizó Jalil en un tono que no admitía réplica alguna.

Al entrar en su estancia, Vorobiov, se hizo el firme propósito de no obedecer las órdenes que le transmitiera el jefe del comando, pero intuyendo cómo podía gastarlas, debía ser lo más precavido posible. Para ello, era prioritario trazar un plan de escape, pero ahora se encontraba demasiado agotado, por lo que prefirió dormir un rato y despejar la mente. Ya tendría ocasión algo más adelante, de pensar el camino a seguir. Mientras, tras quitarse la chamarreta aún mojada, se echó en el camastro, en tanto que muy débilmente, creía oír el sonido de la grúa y los cabestrantes que izaban a bordo la lancha. Después, el sueño le venció, por la tensión padecida, quedándose dormido, apenas sin darse cuenta.

CAPITULO XXV:
POR FIN

El puño de Cyrus Donovan se estrelló con fuerza sobre la montaña de informes que acababa de colocar sobre su mesa uno de sus colaboradores más próximos, conocedor de cómo se las gastaba su jefe, quién a continuación, emitió lo más parecido a un rugido de furia.

—¡Maldición! ¿Cómo es posible que el mejor servicio secreto del mundo, con todos los medios técnicos a su alcance, no sea capaz de localizar a una panda de guerrilleros desarrapados que seguro van arrastrándose con sus sucias zapatillas?

Con mirada iracunda se dirigió a todo el personal que estaba en sus mesas de trabajo ante una serie incontable de ordenadores que reflejaban cuadrantes, mapas, signos y mensajes de texto por doquier, además de las enormes pantallas de cristal que continuamente reflejaban una ingente cantidad de datos. Los que componían la División, sabían muy bien lo irascible que podía volverse su superior, particularmente cuando algo parecía escapar a su control, lo que afortunadamente ocurría en contadas ocasiones. Los que estaban más próximos casi imperceptiblemente, habían tratado de encogerse tras los monitores de trabajo, agachando la cabeza para intentar no ser señalados por el dedo acusador del todopoderoso Jefe del Departamento.

Al cabo de unos segundos, el rostro de Donovan comenzó a descongestionarse, siendo consciente que no podía perder los nervios, pero el hecho de disponer de la red de satélites espías más sofisticada, las mejores conexiones en tierra de todo el orbe y multitud de elementos técnicos de seguimiento y escucha, que teóricamente les permitían tener localizado a medio mundo al instante, se le hacía muy cuesta arriba que no sirvieran para encontrar a esa red, compuesta por apenas media docena de terroristas, donde quiera que se encontraran y que había desaparecido de la faz de la tierra, como por ensalmo. Sorbió un trago de su taza de café, que ya debía estar helado al cabo del tiempo y se dirigió a uno de los agentes del grupo de trabajo que tenía más cercano a su mesa.

—Localízame a Julia O’Neill, enseguida.

—Al momento Jefe —respondió con prontitud su ayudante, un individuo regordete, con una abundante y cobriza cabellera rizada, que casi le tapaba los ojos, al ver el cambio de talante que había experimentado su superior. Pulsó uno de los diversos paneles que tenía ante sí, que reflejaba los frenéticos cambios de datos.

—Ya la tiene en línea —dijo finalmente, respirando aliviado.

—Julia, buenos días todavía ahí, dame al menos tú, una buena noticia sobre qué has conseguido averiguar.

Al otro extremo del teléfono, Julia, le explicó sus últimos avances así como que habían detectado a posibles terroristas, tras el ataque del que había sido objeto el Agente de los Servicios Vaticanos, Daniel Cormack. Esta acción hacía suponer que había operativa al menos una célula que guardaba relación con determinada mezquita de la Ciudad. Además, la identificación ya corroborada, de que Omar al Sabawi se encontraba en Sevilla. Sin embargo, del hipotético comando que presuntamente iba a realizar el atentado, nada de nada.

—Pero, ¿es posible —repitió—que ahí tampoco sepáis algo por insignificante que sea, del paradero de ese maldito atajo de guerrilleros?

—Creo Cyrus, por los indicios que tenemos, que la llegada de esa célula a la Ciudad, según tus conjeturas, puede ser cosa inminente si no se ha producido ya, pero obviamente desconocemos

tanto la vía de acceso como el lugar dónde teóricamente hayan podido encontrar refugio. Si lograis decirnos cuál ha sido el medio a través del que puedan arribar, habremos dado un paso muy importante. Además de esto —añadió Julia, casi haciendo una reflexión en voz alta—, mi olfato me dice que hay algo más en todo este asunto, aunque no sé si relacionado con él y presiento que importante.

—¿A qué te refieres? Dime algo bueno, pues llevo un día bastante negro.

—Sólo me lo imagino —añadió Julia con cierta sonrisa, conocedora del mal genio que a veces gastaba su superior— pero entiendo que se trata de alguna circunstancia que tiene que ver con determinados estamentos del clero de la ciudad y el trabajo que sirve de tapadera a Daniel. Bueno —se interrumpió para añadir con cierta premura—, me refiero al agente Cormack.

—Ya, ya —respondió Donovan— cambiando a su vez el tono de voz, lo que denotaba que todo su enojo anterior había quedado atrás y casi dejaba entrever un cierto deje de comprensiva complicidad—. Trata de analizar todas tus fuentes, pero del modo más profesional posible, incluido ese eficaz agente Cormack, siguiendo nuestras propias pautas de trabajo. Tú ya me entiendes.

—Sí, Cyrus, estoy en ello y por encima de todo procuraré estar a la altura que corresponde al Departamento y a ti particularmente.

—Intenta no dejar ningún cabo suelto y seguiremos en contacto. Adiós Julia.

—Gracias, por supuesto —se despidió ella escuetamente.

Cuando desconectó su móvil Julia O'Neill era plenamente consciente que su jefe pensaba que ella debía tener algún tipo de relación afectiva con Daniel, más allá del estricto trato profesional entre dos agentes internacionales que colaboran en una misión en común. Guardó unos instantes de silencio, sopesando su impresión y constató que la idea en sí no le desagradaba, pero veía a su colaborador y amigo tan serio y responsable de sus actos, que tal vez, pensaba que tenía algún voto de celibato o de fidelidad a la Iglesia que le impedía mostrar abiertamente sus sentimientos y eso le había hecho apartarse a veces, cuando en realidad, con gusto se hubiese dejado llevar por sus instintos. En particular, cuando tuvo ocasión en su misión anterior y huyó de sí misma, volviendo a su país, con más precipitación de la necesaria. Cogió de nuevo el móvil que estaba sobre la pequeña mesa de centro y concisamente dijo cuando oyó la voz del otro extremo:

—Robert he hablado con Cyrus y tenemos que exprimir las fuentes de información y nuestros contactos aquí en Sevilla. Hay que tratar de averiguar qué relaciona a Al Sabawi y a los que se ocultaban en la mezquita llamada la Pequeña Medina.

—Tenemos abierta una línea de indagaciones con un individuo que vive en una de las barriadas al norte de la ciudad, a quién el dinero y ciertos favores, además de la bebida, poco coránica por cierto, le atraen lo suficiente. Además tiene un hermano más pequeño, mucho más radical que él, que frecuenta ese lugar. Trataremos de convencerle, untándole algo de pasta, para que se integre en su grupo y nos dé las referencias precisas sobre las posibles novedades que hayan tenido lugar en los últimos días en esa aljama.

—De acuerdo, tenme informada —terminó Julia.

Robert Kittel, era uno de los tres agentes que la Agencia había destacado a Sevilla para dar cobertura a Julia O'Neill. De padre alemán, éste huyó a España muy joven, al finalizar la Segunda Contienda Mundial, casándose años más tarde con una norteamericana, residente en Madrid con la que al cabo del tiempo y con su hijo ya en el mundo, fijó su residencia en Estados Unidos. Esa era la razón por la que Kittel, dominaba con soltura el castellano además del inglés y el alemán, su lengua paterna.

Julia abrió el amplio ventanal que daba a la terraza y aspiró el olor a azahar, que envolvía el ambiente. Contempló como todos los días, la imponente mole de piedra que se erguía ante ella y pensó en su compañero. Lo que en ese momento no podía suponer era que la persona a la que evocaba y por la que se sentía atraída, estaba a escasos centenares de metros, precisamente bajo la impresionante fábrica de la Catedral, a punto de descubrir uno de los mayores secretos de la historia moderna.

* * *

Cuando Daniel Cormack llegó a la puerta del Arzobispado, su pulso estaba más acelerado de lo que en él era normal. La llamada de don Ulpiano el día anterior, con objeto de comentarle que a la mañana siguiente, debían entrevistarse para darle a conocer lo que se custodiaba en las entrañas de la Catedral, le impidió casi dormir aquella noche por la impaciencia que le enervaba, consciente de que el enigma que se le iba a desvelar estaba fuera del alcance de cualquier ser humano normal, salvo aquéllos tres peculiares personajes: un clérigo, un catedrático y un archivero, que parecían arrancados de un libro clásico español de caballería. Al poco, cuando aún faltaban unos minutos para las nueve, vio aparecer, entre la fila de naranjos, la inconfundible figura de Luis Trastorres, con su habitual traje negro, extendiéndole su apergaminada mano huesuda que Daniel procuró estrechar con cuidado.

—Buenos días ¿Ha observado la vista que se nos ofrece y el singular aroma que nos envuelve?

Lo cierto es que por una vez Daniel, siquiera fuese por la tensión que le embargaba ante el descubrimiento en el que iba a participar, no se había percatado de esas circunstancias, pero por no molestar la casi poética observación de su interlocutor, respondió en la misma línea:

—Verdaderamente es una estampa única la de esta torre tan majestuosa.

En ese instante, las solemnes campanadas del reloj daban las nueve, momento en el que aparecía don Ulpiano, bajando las escaleras del Arzobispado con paso ágil pese a que ya contaba con cierta edad.

—Muy buenos días les ofrezca Dios — dijo a modo de saludo, para añadir—. Me ha telefoneado el señor García de Benavente, para excusar su asistencia y le ruega que sepa disculparle —señaló el Canónigo, dirigiéndose al agente—. De todos modos, como se precisarían varios días para hacerse una idea de todo el conjunto, ya tendrá ocasión de acompañarnos más adelante. Debo aclararle que ni nosotros mismos hemos sido aún capaces de dominar toda esa inmensa ciudad subterránea que se oculta bajo nuestros pies. Hoy accederemos por una entrada más directa.

Los tres se encaminaron hacia la puerta de la Catedral, situada junto a la torre. El vigilante al verlos llegar, les hizo una reverencia, saludando al Presbítero y al Archivero, dirigiendo una rápida mirada observadora a Daniel.

A esa hora, el templo aparecía casi desierto, salvo unas pocas personas que iban a orar a la Capilla Real, donde se venera la Patrona de la Archidiócesis, según le explicó sucintamente don Ulpiano al joven agente. Continuaron hacia la puerta principal de la Catedral, entrando en una pequeña capilla situada al lado derecho, donde casi en completa oscuridad, se veía una puerta de escasas dimensiones practicada en lo que parecía uno de los pilares no sin antes cerciorarse que nadie había observado su llegada. Don Ulpiano extrajo una llave del bolsillo de su sotana y abrió la puerta ante la que aparecía una escalera de caracol situada en el interior del enorme

basamento. No obstante, él abrió una reja a ras de suelo, que aparentaba ser la continuación de la escalera que aparecía ante su vista, pero en sentido descendente. En ese momento, el Maestro Organista acometía las primeras notas de la *Sonata y Fuga* de Bach, como si quisiera dotar de una indudable majestuosidad y trascendencia aquél instante tan especial.

Llegaron con rapidez al primer sótano con sus luces mortecinas, para continuar hasta el segundo nivel. Dejaron atrás la sinuosa escalera, a través de la cual, de forma muy amortiguada, se percibían aún las notas de la impar obra del genial compositor alemán. Ya solo la contemplación de aquel submundo —pensó Daniel— era de por sí un hallazgo indescriptible.

—A partir de ahora, ha de tener sumo cuidado Señor Cormack, puesto que hay mil y una trampas que podrían lesionarle seriamente, cuando no acabar con su vida. Deberemos pasar a través de ese conjunto de vigas verticales hasta alcanzar una escalinata. Se trata de una especie de laberinto cuyos pasillos no llevan a parte alguna, excepto el que nos trasladará a la única entrada de la planta inferior. Recuerde que en la Divina Comedia, Dante describe a modo de antesala del Infierno, primero la Selva, para después pasar al Coliseo y posteriormente a la Colina que en este caso, sería una brusca depresión del terreno, en la que, de no pisar por los lugares adecuados, le arrojaría sin remisión a la corriente de un río subterráneo. Nosotros hemos podido acceder a esta sustancial información, gracias a los planos detallados que nos legaron nuestros predecesores y que guardamos celosamente, puesto que de no haber seguido sus indicaciones, muy probablemente hubiésemos perecido.

Hechas estas aclaraciones, el Canónigo avanzó con paso decidido entre los primeros mamparos de gruesos pilares de madera envejecida por el paso de los siglos y donde las telarañas parecían tejer mantos con los que pretendían impedir la entrada de cualquier intruso. Esta visión, añadida al breve comentario anterior, causó en Cormack una sensación de siniestro preludio, pero no obstante, le siguió con igual rapidez, apartando con la mano aquellas tupidas cortinas de suciedad, impregnadas de polvo. Cerraba la pequeña comitiva el Archivero, que había permanecido sin pronunciar palabra.

Al cabo de unos minutos, alcanzaron los escalones que don Ulpiano había comentado y que bajaron con precaución, dado lo estrecho y desgastado de sus huellas. Allí, la oscuridad era absoluta, si no hubiese sido por la pequeña linterna que encendiera el sacerdote, para a continuación, acercarse al muro más cercano donde se apreciaban unas oquedades en las que sobresalían apilados, una especie de palos o finas estacas. Al menos eso en principio, creyó Daniel.

El Canónigo tomó uno de ellos, sacándolo de la cavidad más próxima y aplicó al extremo opuesto, la llama de su encendedor, que al instante prendió y comenzó a arder. Se trataba de una tea, cuya luz permitió de inmediato a los tres, atisbar el espacio que se ofrecía a su alrededor y que se perdía metros más allá en una densa negrura,

—Bueno señor Cormack, hemos dado el primer paso de nuestro recorrido, como ha podido apreciar, es un largo y complicado camino. Quiero mostrarle que esta estancia es la conocida como el Coliseo. A lo largo de todo su pavimento, podrá observar la gran cantidad de pozos que se ofrecen a la vista. Pero cuidado, un importante número de ellos, pese a los escalones que se aprecian en su interior, son solo una de las trampas para castigar a posibles curiosos o invasores. Así, cuando ya no tuviese asidero alguno, se desplomarían en su interior, arrastrando a la víctima a una de las corrientes subterráneas que discurren a distintos niveles y que provocan cataratas y remolinos que ahogarían sin remisión al desdichado en lo que podríamos llamar como símil dantesco, el río Aqueronte. Por tanto, deberá elegir con suma atención el pozo conveniente y

procurar no cometer equivocaciones. Ahora, desde aquí, pasaremos al tercer espacio dentro de este mismo nivel, al que llamamos la Colina y que como ya le expliqué, es en realidad una depresión del terreno, cuyas arenas, de no seguir el camino correcto, le tragarían igualmente sin remisión.

Daniel asintió en silencio, asombrado y sin poder dar crédito a la experiencia que estaba viviendo. Procuró fijar en su memoria los pocos pozos que eran seguros y permitían seguir descendiendo. Tomaron otras dos antorchas que prendieron y continuaron su inmersión por aquel inmenso laberinto.

—Observe Daniel —comentó don Ulpiano—, que como le decía, esa depresión arenosa, ofrece aparentemente varios senderos. Deberá caminar por los que se sitúan a los dos extremos, más cercanos a las paredes. Esos son los que se sustentan en tierra firme. de este modo, habremos rebasado, algunas de las primeras armadijas.

—Señor Cormack —abrió por primera vez la boca, de modo solemne, Luis Trastorres— Ahora realmente da comienzo, la verdadera razón de ser de los Nueve Duques, su leyenda, el fabuloso tesoro que acopiaron y que ahora le desvelamos. Algo, que salvo el Romano Pontífice, Monseñor Molinelli y nosotros tres, nadie conoce: El legado que iniciara nuestro Rey Felipe II y acrecieran esos Nueve Duques y sus descendientes directos.

Daniel Cormack, se sintió sobrecogido, por el peso de una revelación como la que estaba experimentando y la tremenda responsabilidad de ser sabedor de algo de tamaña trascendencia. Pese a todo, su sentido del deber, como Agente Especial de los Servicios Secretos de información de los Estados Vaticanos, le hacía ser consciente de la necesidad de asumir esa abrumadora carga por comprometedora que resultara.

—Bien —terció el Canónigo—, dispóngase a descubrir una pequeña parte del ingente cúmulo de piezas traídas por esos personajes y sus continuadores, a lo largo de los pasados cuatro siglos de nuestra Historia. Y recuerde que no se trata de un expolio urdido para conseguir este rico patrimonio, sino de recuperar unas obras que nos fueron arrebatadas y que se consiguieron pieza a pieza y una tras otra, de modo incruento y dejando copias en su lugar, de similar categoría.

Tras estas reveladoras palabras, los tres habían alcanzado lo que parecía una portada de piedra, horadada en plena roca, delante de la cual como aparente salvaguarda, se distinguían una especie de grandes estalactitas y estalagmitas, como dientes de unas gigantescas fauces. Entraron sorteándolas con cuidado, encendiendo don Ulpiano varias de las antorchas colgadas en los paramentos próximos. La luz destellante que invadió el recinto, les hizo entornar los párpados, acostumbrados a tanta oscuridad. Ante ellos, se ofrecían multitud de anaqueles, esculpidos en la piedra, con un sinfín de objetos, muchos de ellos cubiertos por recias y acartonadas lonas. En otros rincones del inmenso recinto y apilados unos contra otros, enormes lienzos con soberbias molduras, apenas protegidos por grandes y polvorientos cortinajes, ajados por el paso del tiempo.

—Nunca se ha podido abarcar un inventario fidedigno de todo lo que aquí se custodia, dado lo ingente de semejante tarea y la necesidad de no hacerlo partícipe a nadie —comentó Luis Trastorres—. Para mí hubiese sido una experiencia única, haber podido tan siquiera evaluar y catalogar el material depositado en tan sólo esta planta.

—¿Pero existen más? —comentó Daniel asombrado.

—Como le dijimos, estamos ante una inmensa ciudad subterránea que tiene una concepción similar al Infierno descrito por Dante, y que como aquél, consta de nueve círculos superpuestos. Aquí, excavados en estas sólidas margas, se reproducen con cierta similitud. Además de múltiples corrientes de agua de ríos y cascadas que forman toda una red de cauces sinuosos

labrados con el paso de los siglos.

—Hoy le mostraremos hasta el segundo círculo, en cuyo centro se ubica la gran sala central de todo este recinto —apostilló el Archivero— Entendemos que como muestra, le ha debido ser suficiente.

—Por supuesto, no hay palabras para describir algo de tal grandeza y contenidos —respondió Daniel sin ocultar su admiración— ¿Verdaderamente creen ustedes que todo este tesoro corre peligro?

—¿Qué cree que ocurrirá cuando nosotros hayamos desaparecido? Forzosamente tendremos que hacer partícipes a otras personas de nuestro secreto, pero sinceramente, desconfiamos que la ambición y la avaricia no cieguen a nuestros continuadores. Ese es tan solo uno de los peligros, pero también está el progresivo deterioro de todo lo que se atesora, la humedad, los desprendimientos de rocas, debidos a las vibraciones del nuevo metro y tranvía. Y si por el contrario, hiciésemos pública esta revelación, ¿qué piensa que ocurriría a nivel mundial? Sería una catástrofe por las tensiones y disputas que a buen seguro se producirían de inmediato, reclamando titularidades y derechos. Como verá señor Cormack, estamos ante una auténtica encrucijada.

Daniel evaluó la situación, reconociendo el gravísimo dilema ante el que se encontraban sus nuevos amigos y confidentes. Sintió verdadera admiración por ellos y por la pesada carga que caía sobre sus hombros, al tiempo que se identificaba con su legado como uno más de los escogidos. Se prometió a sí mismo, que jamás saldría de sus labios una revelación semejante.

Cuando al cabo de un tiempo, alcanzaron el que debía ser el segundo círculo, donde —según palabras del Archivero— comenzaba el verdadero Infierno, accedieron a la que sus dos anfitriones habían denominado como la Sala Central del Trono. El Canónigo volvió a encender varias antorchas que daban al lugar un aspecto, como podría imaginarse que fuese el salón del mítico Castillo de Camelot, donde dirimían sus hazañas los Caballeros de la Tabla Redonda: Una gigantesca mesa de piedra circular, ocupaba el centro del enorme recinto, alrededor de la cual aparecían diez sillones vacíos y cubiertos de polvo. Tras ellos, los escudos de armas de las casas más nobles y en el del centro, algo más elevado, la Corona Real con un lema semiborrado, en el que aún se podía leer: *Philippo II, Aug. Cathol. Pio Foelii. Victor. Pat. Patriae. Rerum Dominis.*

Aquél debió ser sin duda, el lugar de deliberación de los Nueve Duques con el Rey Felipe y donde probablemente se gestara este colosal proyecto. Tan solo se echaban de menos las diez espadas extendidas en círculo sobre la tosca superficie pétrea de la mesa. Sobre ellos, se apreciaba una cúpula rebajada, sostenida por doce columnas, entre cuyos arcos aparecían unas claraboyas circulares protegidas con gruesas celosías de bronce. Esas conducciones formaban parte de la ventilación de todo el recinto y eran las que sin duda contribuían a que la atmósfera que se percibía, aunque con cierto olor a humedad, no resultase del todo irrespirable.

—De esta sala parten todas las galerías que comunican las diferentes plantas También hay conductos que conducen a la zona llamada de las fosas, donde están los enterramientos de aquellos vasallos que pudieron resultar tentados por la codicia o la infidelidad, que fueron ajusticiados y sepultados en ellas.

—Normalmente los Duques —intervino don Ulpiano— acostumbraban a tener una planta reservada cada uno de ellos para guardar sus tesoros. Pero a veces se daba la controversia de quererlos clasificar según el tipo de objeto que se tratara: cuadros, esculturas, orfebrería, imágenes, códices, etc. Ello motivó que existiese un cierto desorden, según los criterios por los que se regían en cada momento.

—Le veo muy pensativo, amigo Cormack —intervino Luis Trastorres— ¿Qué es lo que le preocupa? O más bien ¿cuál de todos los problemas es el que más le inquieta?

—En realidad todos —respondió Daniel—, pero sí puedo afirmarles que voy a poner todo mi empeño en tratar de salvaguardar tanto este tesoro, como la suerte que pueda correr esta Ciudad, ante el peligro latente de atentado, al que desgraciadamente y con casi absoluta certeza, puede estar abocada. Cuenten que dejaría mi vida en ello.

—No lo dudamos, señor Cormack y rezamos porque pueda lograrlo —apostilló don Ulpiano, quién tras una leve pausa, añadió—, Creo que hoy ha sido un día intenso para todos y en especial para usted amigo mío. ¿Qué le parece si emprendemos el regreso? Así podrá ir repasando in mente los lugares en los que debe sortear los peligros de sus emboscadas.

—De acuerdo, al fin y al cabo llevamos aquí seis horas que se han pasado como si fueran minutos —comentó mirando su reloj Daniel.

—Ahora deberemos apagar las antorchas e irlas dejando impregnadas de la resina contenida en esos odres que ha podido ver.

Tras salir de nuevo al exterior, memorizándolo todo, Daniel estrechó la mano de los dos y se encaminó a la Residencia, para allí tratar de analizar cuanto había vivido las últimas horas. Tal vez por ello, no observó que con discreción, la sombra de Samuel Bloch, apostada junto a la fila de naranjos, le seguía atentamente con sus pequeños y oscuros ojos de águila.

* * *

Cuando Bill Jones fijó intensamente su mirada sobre la pantalla que tenía delante, no podía dar crédito a lo que veían sus ojos.. Ante él, tenía por fin, la información que durante tanto tiempo todo el Departamento había tratado afanosamente de localizar y que, había desatado las iras de su Jefe, Cyrus Donovan. Saltó de su asiento, pese a que su grueso cuerpo, acostumbrado a la comida basura de tantas hamburguesas tragadas casi sin darse cuenta, poco a poco lo habían ido convirtiendo en un sucedáneo de bola de sebo. Sin embargo, en su trabajo era bueno, muy bueno y cuantos colaboraban en esa Oficina del Servicio de Operaciones lo sabían como también su Jefe, quién admiraba su capacidad y paciencia para lograr, sin importarle el tiempo, casi todo lo que se propusiese, pese a su aparente desorden y anarquía en sus métodos.

—¡Jefe, creo que hemos localizado lo que buscábamos! —exclamó Jones, dirigiéndose a su superior.

Su voz, resonó con fuerza, lo que hizo volver los rostros de otros agentes próximos a la mesa del Director del Departamento, quién clavó los ojos en su adjunto, esperando una aclaración a lo que había anunciado.

—Señor, estaba en lo cierto en su apreciación sobre que el comando perdido, bien pudiera haber empleado la vía marítima para desaparecer. Como sabe, hemos hecho el seguimiento a los más de quinientos buques que en los días posteriores a que se esfumaran en tierra, partieron de las costas orientales del Mediterráneo. Se localizaron los rumbos y destinos de todos, excepto seis. De éstos se han verificado sus derrotas y finalmente se ha comprobado que cinco llegaron a puerto aunque al ser mayor la distancia recorrida, tardaron más días en arribar a puntos de atraque: mientras que el último pareció arribar a las costas noruegas.

—¿Me quieres decir que los sospechosos no están en alguno de los que llegaron a Cuba y Venezuela? —inquirió Donovan, algo irritado por lo prolijo de la explicación que sin embargo

no le aclaraba gran cosa.

—Exacto, jefe. A esos ya se les ha verificado la carga por nuestros agentes camuflados y no hay nada sospechoso, ni rastro de los miembros del comando. Están limpios —se detuvo un momento para coger aire mientras el rostro de Donovan cada vez estaba más cerca del suyo—. Le quiero indicar —repitió— que de los seis barcos cinco han llegado a puerto con normalidad y es tan solo el sexto el que no lo ha hecho. Precisamente el que iba a Noruega. Hemos comprobado vía satélite la ruta que siguió y pese a que navegó muy cerca de la costa e incluso a veces le perdimos, no obstante conseguimos comprobar su trayectoria hacia Cabo Norte, lo rebasó y se introdujo en aguas rusas, por lo que nos costó más trabajo fijar su rumbo, pero finalmente pudimos constatar que se dirigió a Mursmanck.

—¿Y?

—Que allí hizo dos escalas. Una probablemente para repostar y otra en el puerto de la Ciudad. Pero lo que choca es que al regreso, la deriva que siguió, invita a pensar que durante unas horas debió estar detenido en algún lugar entre el puerto del que partiera y la base de submarinos de la Flota del Norte, si bien no hemos podido contrastarlo por las interferencias que emiten los rusos para distorsionar nuestros equipos de escucha y vigilancia.

—¿Podemos saber dónde se encuentra ese barco ahora, Bill?

—Sí, jefe, con toda seguridad. Una vez que salió de nuevo a aguas del Atlántico Norte, hemos comprobado que siguió rumbo Sur por pleno Atlántico, para finalmente, enfilar hacia el Sur de Europa, concretamente hacia el Estrecho de Gibraltar. Pero el caso es que no volvió a aguas del Mediterráneo, sino que enfiló a la costa del sur de España para subir por el Río Guadalquivir hacia el puerto interior de Sevilla, pese a que ya no parecía ser el mismo barco.

—¿Pero, habéis identificado de qué buque se trata?

—Sí, el navío que salió de las costas de Egipto, se llamaba Runde, pero el que ha atracado en Sevilla, después de ese largo periplo, se ha identificado como Atlántida. Eso nos hizo pensar que, pese a ser un buque de similares características, se hubiese hecho algún tipo de operación de maquillaje para hacerlo pasar más desapercibido. Por ese motivo hemos tratado de analizar en qué momento aparece el nuevo Atlántida. Afortunadamente en medio del Océano, los últimos días fueron despejados, lo que permitió la máxima nitidez de las cintas y fotografías de los satélites, cuyos videos hemos tenido que revisar exhaustivamente. ¿Y qué cree que hemos detectado, señor?

—Dímelo de una vez Bill y sin más rodeos.

—Como ordene, jefe. El barco fue pintado parcialmente, pero además y más importante, es que al hacerle el seguimiento a esas tomas, hemos advertido en una de ellas, la sombra de dos hombres armados con fusiles, que pese a tratar de mantenerse semi-ocultos se ve claramente que parecen vigilar a los que trabajaban en las labores de pintura. Por todo, creo que podemos estar seguros que es en el Runde donde se han ocultado los terroristas.

¡Por fin! —exclamó ya sin contenerse Donovan, sabedor de la fiabilidad de su hombre de confianza— Ahora deberemos ir a por ellos con la máxima celeridad. Ponme en contacto con el equipo de España, en concreto, hay que informar a O’Neill, pues deben actuar con la máxima rapidez. Tenemos que averiguar a qué han ido a la base de la flota rusa del norte, por qué ese cambio de fisonomía del buque y finalmente qué tipo de material piensan emplear, para el ya seguro atentado que pretenden descargar sobre Sevilla.

CAPITULO XXVI:
EN SEMANA SANTA

Todos los jefes de equipo de trabajo de los cuatro directorios esenciales de la Agencia, desde hacía unos minutos, ocupaban los sillones grises de enormes y puntiagudos respaldos de la sala principal de reuniones, alrededor de la gigantesca mesa en la que aparecían encastradas una serie de pantallas frente a cada uno de ellos. En el extremo más alejado, destacaba el asiento reservado a la presidencia, ocupado por el Director. A continuación, los cuatro Coordinadores Generales de las Áreas de Inteligencia, Servicio Nacional de Apoyo y el de Tecnología. A ellos había que agregarles los distintos Jefes de Servicio y Asesores de la Contrainteligencia, cibernética, apoyo militar y los Comanders de las zonas llamadas calientes.

Cuando el resto de convocados tomaron asiento en sus respectivos lugares, el responsable máximo de la Central de Inteligencia, dirigió una mirada detenida a los presentes, que en el más absoluto silencio, aguardaban sus palabras. No era muy habitual que se reunieran las cuatro Áreas de forma conjunta y menos con la presencia del resto de Departamentos. En la mente de todos cundía la certeza que el asunto debía revestir la suficiente entidad para despliegue semejante.

—Señores —intervino el Director—, buenos días, gracias por su presencia. En primer lugar, quiero darle la palabra al señor Donovan, Jefe del NCS, quién les informará del motivo de esta reunión —anunció sin más preámbulos a través del micro inalámbrico.

—Señor director, señores. Debo comunicarles las gestiones que ha llevado a cabo mi Departamento en las tareas de seguimiento de un comando, de los denominados de prioridad uno, que había salido de nuestro control y finalmente se ha localizado en el Sur de España, concretamente en la Ciudad de Sevilla. Parece ser que pretenden llevar a cabo un acto terrorista, basándose como pretexto, en una antigua leyenda contenida en unas tablillas cuya datación se fija en el Siglo I de nuestra Era. Uno de nuestros hombres rescató una de ellas, a costa de su vida, en Irak y junto con otras dos, permanecen debidamente custodiadas, en los Archivos Secretos Vaticanos, en Roma. Allí, uno de sus técnicos está procediendo en la actualidad a desencriptarlas. Sin embargo, tenemos la certeza que quedan otras que han pasado a manos del ISIS, cuyos contenidos les pueden servir de justificación para perpetrar un atentado de grandes proporciones en base a esa antigua profecía, lo que nos da pie para pensar que han destacado al grupo de terroristas con el fin de desencadenar un ataque de imprevisibles consecuencias en esa Ciudad. Tenemos ya sobre el terreno uno de nuestros mejores equipos de especialistas, que trabaja conjuntamente con un miembro de SESEIV. Al igual que sabemos del interés del Mosad en prestar cobertura indirecta a este asunto, pues a ellos, al igual que a nosotros, en modo alguno les interesa la desestabilización de esta zona.

Hizo una breve pausa, que fue aprovechada por el responsable de Inteligencia.

—¿De qué magnitud estamos hablando en el ataque que piensan acometer?

Cyrus se volvió hacia quien le preguntara, para añadir enfáticamente:

—Existe la posibilidad aún no confirmada, de un robo de material nuclear cerca de la Base de Murnsmanck. Por tanto podemos suponer que si finalmente han podido contar con un ingenio atómico, originaría un área de destrucción que afectaría a la ciudad por entero o cuando menos, una parte importante de la misma. Teniendo en cuenta que Sevilla tiene una población de unos setecientos mil habitantes,se puede calcular fácilmente. Los efectos serían infinitamente superiores al de las Torres Gemelas y más comparable a los de Japón en la segunda Guerra

Mundial.

El silencio en el hemiciclo era total, nadie se atrevía a pronunciar palabra alguna, ante la magnitud de los datos que Donovan acababa de reseñar. El Director de forma escueta, al observar el impacto que había causado su información, añadió:

—Debemos poner en estado de máxima alerta todos nuestros recursos y a los servicios de contrainteligencia y contraespionaje para tratar de neutralizar esta gravísima amenaza que afecta a un país aliado, al conjunto de Europa y todo el Oriente Medio, por no decir al equilibrio mundial. El Directorio de Ciencia y Tecnología deberá averiguar qué tipo de arma disponen y tratar por todos los medios de neutralizarla antes de que sea detonada. Todos los departamentos implicados estarán coordinados permanentemente con el NCS y en particular con su responsable, Cyrus Donovan, aquí presente. Señores, quiero informes del seguimiento de este asunto cada media hora en mi mesa, pues de confirmarse los datos pesimistas que poseemos, me veré en la obligación de dar cuenta al Presidente. Ahora observen sus pantallas y analicen toda la información que el NCS ha recopilado a lo largo de estas últimas.

Tras pronunciar estas palabras, se levantó de su asiento, haciendo una indicación a Donovan para que le siguiese, en tanto tos demás asistentes analizaban la información que aparecía ante ellos. Una vez fuera, éste le preguntó directamente a Cyrus:

—¿Estás seguro de la fiabilidad del equipo que has destacado en España? Este asunto reviste extrema gravedad y es mucho lo que nos jugamos. Creo que debes enviar a otro grupo en paralelo con alguien experto al frente que sepa moverse. Piensa que no podemos correr riesgos, pues están en juego nuestras propias cabezas y sabes lo fácilmente que pueden rodar.

—De acuerdo, si lo consideras necesario, montaré un equipo en paralelo y en veinticuatro horas estarán en el campo de operaciones.

—Creo que será mejor para todos. ¿Has pensado en alguien en particular?

—Uhm —Cyrus, aspiró una bocanada de aire y añadió— Richard Aldridge.

—Me suena, creo que era un buen instructor. ¿Pero no está ahora destacado en Europa?

—Cierto, está en Rusia, donde desarrolla un buen trabajo. Le ordenaré que se desplace a España y contacte con el equipo, que saldrá hoy desde aquí.

—De acuerdo entonces. Es conveniente que los que ya están en Sevilla, al que denominaremos como equipo alfa, no conozcan su presencia, salvo extrema necesidad. Deben actuar en paralelo, como equipo beta de forma independiente, adviértele que han de servir de cobertura a la agente O’Neill, pero sin aproximarse a ella. Mantenme informado en todo momento Cyrus, no creo que hayamos tenido otro caso de esta índole en los últimos años, desde el maldito 11 S.

—Al llegar a su despacho, Donovan sintió el frío húmedo del sudor que empapaba su espalda. Tomó uno de los teléfonos y ordenó con voz imperativa,

—Quiero información detallada de nuestras fuentes en Múrnmanck. Deben facilitarnos cuantos datos dispongan. Qué tipo de mercancía se ha podido cargar en un buque llamado Runde. ¡Y lo quiero ya! —añadió colgando el auricular sin esperar respuesta. Tras unos segundos, tenía en línea a Julia O’Neill— Habrás recibido mi mensaje que confirma la presencia del comando ahí. Es necesario que verifiques la situación del buque, sin despertar sospechas, que podrían precipitar los acontecimientos. Has de saber que probablemente cuentan con algún tipo de artefacto nuclear que piensan detonar en la propia Ciudad. Debéis acceder al objetivo que es un buque, bajo el nombre de Runde o Atlántida, localizar la bomba y averiguar a qué serie pertenece y su alcance, para proceder a desactivarla. Tenéis carta blanca para actuar, repito, carta blanca.

Julia al escuchar estas palabras sabía sobradamente lo que su jefe acababa de ordenarle. Había

que actuar con extrema rapidez y al mismo tiempo neutralizar a los terroristas sin reparar en las consecuencias ni el modo de hacerlo.

No había terminado de hablar, cuando ya conectaba de nuevo por la línea interior, para que le pusieran en contacto con Richard Aldridge en Moscú. Éste a la primera señal, respondió sabiendo la procedencia.

—¿Richard? Te llamo por una línea segura. Está atento a lo que has de hacer: Debes salir inmediatamente hacia España, concretamente a Sevilla. Toma la primera conexión que encuentres, vía París o Bruselas Allí recibirás nuevas instrucciones y te pondrás en contacto con el equipo que se pondrá a tus órdenes, que sale hoy mismo desde aquí.

—De acuerdo... ¿Puedo saber de qué se trata?

—Ahora no, debes dar cobertura indirecta a otro equipo, que ya opera en la zona al mando de Julia O'Neill.

Al oír ese nombre, Aldridge, no pudo evitar incorporarse, dando un giro a su cuerpo, soltando su otro brazo del hombro de la mujer a la que tenía abrazada y que como él, yacía desnuda confortablemente en el mullido sofá. Ésta dirigió una mirada interrogadora al agente, pero sin pronunciar palabra alguna. Richard le respondió con un gesto de silencio y siguió escuchando a su jefe:

—Es un asunto muy complejo y de la máxima prioridad, como te he dicho, prefiero que recibas instrucciones una vez arribes a Sevilla. Pero antes quiero que establezcas comunicación con nuestros contactos en Mursmanck, cercanos a la base de la armada del Norte. Deben darnos información como sea, de quién y qué fue lo que se cargó en un buque llamado Runde en los pasados días. Concretamente la fecha te la diré cuando terminemos de analizar la información de los satélites. Y el lugar exacto del posible embarque.

A medida que Richard Aldridge iba escuchando, su cerebro asimilaba todo lo que su Jefe le iba transmitiendo y dedujo que la vida de Julia O'Neill podía correr peligro. Miró a su compañera, y rozó suavemente sus labios en los de ella.

—Debo partir durante unos días por un imprevisto que ha surgido en Italia. Confío en regresar pronto y poder retomar esta agradable velada.

—Te voy a echar de menos —añadió en ruso, al tiempo que se desperezaba.

El agente se vistió rápidamente y cogió su maletín de viaje que siempre tenía dispuesto, saliendo de la habitación. Tomó un taxi y llamó primero al aeropuerto para saber cuál era el primer vuelo disponible a París o Bruselas. Había tenido suerte, salía uno de Aerflot desde el aeropuerto de Sheremetyevo. Desde allí, había localizado una conexión directa a Sevilla, que confiaba poder alcanzar. Era ya noche cerrada cuando indicó al taxista que se dirigiera a la terminal B más alejado de la ciudad, a la que accedieron por la muy concurrida autopista Leningradkoe. Después, habló con su contacto en la base de la flota del norte, al que dio instrucciones para localizar qué había sido de ese buque llamado Runde. Cuando el Tupolev Tu-214 despegó, al Sur lejanamente, divisó la ciudad de Moscú iluminada, mientras caía el manto negro de la noche.

Estaba acostumbrado a la relación que mantenía desde hacía un tiempo con su amiga Anna Mantuchova, a la que tenía perfectamente controlada, pues conocía su adscripción al Servicio Secreto ruso, que la había destacado para seguir sus pasos. Pero con el tiempo había llegado a intimar con ella, en cierto modo para olvidar su pasada inclinación por Julia. Sopesó el comentario de averiguar la carga de ese barco en el Norte y que estando próximo a la base de la Flota y cerca del cementerio nuclear del antiguo imperio soviético, no auguraba nada bueno. De

sobra conocía el tráfico de armas que se llevaba a cabo en la zona, lo que no acababa de encajar era qué papel jugaba España en todo esto.

Cuando Bill Jones, se plantó ante su mesa, Cyrus sin levantar la vista, lo intuyó más que por haberlo oído, por la transpiración que emanaba de su cuerpo empapado en sudor que dejaban unas redondeadas marcas en sus axilas, pese a que todo el área de trabajo gozaba de una agradable refrigeración. Así es que se limitó a dibujar en el rostro un gesto de interrogación.

—Jefe, el Runde al salir del puerto de Mursmanck, atracó de madrugada en el litoral, junto a una autopista que discurre sobre el mar, que une la base de la flota de submarinos rusa con la Ciudad. Al menos permaneció allí un par de horas, según los datos que con dificultad, hemos podido extraer. Ahora bien, lo que cargasen, escapa a nuestro control.

—Algo es algo, se puede deducir que fue en ese puerto o fuera de él, donde subieron determinado material o incluso, personas. Gracias Bill —finalizó tomando de nuevo el teléfono —. Ponme con nuestro contacto en Mursmanck —esperó unos instantes, para continuar— Soy ACX-1. Ya tenemos información sobre el objetivo. Se trata de un buque llamado Runde del que hay que averiguar la ruta que siguió desde que arribase hasta que saliese del Golfo y en particular las escalas que hizo. Averiguad la facción que pueda estar implicada, cómo lo lograron y sacadles toda la información.

Al otro lado de la línea sonó un escueto Ok y el clic al colgar. Por supuesto Donovan no hizo alusión alguna a las otras fuentes de información puestas en marcha a través del agente Aldridge.

* * *

Julia, apostada tras un vetusto edificio, observaba la sombra del viejo barco. A su lado, Kittel, con unos pequeños prismáticos buscaba el más mínimo signo de movimiento sobre el buque, pero todo aparecía desierto y mudo.

—Creo que por las apariencias no hay nadie —susurró Robert.

—Esperaremos un tiempo y procederemos a subir a bordo. Con la documentación que hemos preparado, diremos que venimos a realizar una inspección rutinaria, en el caso de que alguien nos aborde.

Tras verificar que nadie había aparecido en la cubierta ni en el puente de mando, decidieron llegar hasta el barco, portando sus carpetas, bajo las que ocultaban sus armas. El muelle en esa zona y pese a ser media mañana, aparecía prácticamente desierto. Era posiblemente la hora del bocadillo y los trabajadores debían haber acudido a la cafetería cercana. Subieron las escalerillas y decidieron acceder al puente. Nadie hizo acto de presencia, por lo que los dos agentes iniciaron la búsqueda de algún miembro de la tripulación, dado que el grupo terrorista no había hecho acto de presencia. Bajaron a los camarotes y al llegar al último al fondo, en el que destacaba un pequeño letrero que indicaba: Capitán, abrieron la puerta entornada. En el interior aparecía un viejo marino, medio tumbado sobre la cama, con una serie de orificios de bala en el pecho. Julia hizo un gesto y los dos abandonaron la estancia, redoblando su atención y apuntando sus armas hacia el pasillo. Llegaron al comedor y el espectáculo que aparecía ante ellos resultaba estremecedor: alrededor de la mesa, yacían una serie de cadáveres con los cuerpos literalmente acribillados por la espalda, mientras un hedor insoportable, inundaba la estancia. Pudieron comprobar que había sido una ejecución en masa. Salieron, dirigiéndose al puesto de mando y junto a una de las puertas, descubrieron otro cadáver, de un hombre fornido al que habían

seccionado el cuello. Su brazo derecho caía por el costado, mostrando igualmente manchada la mano. La mirada de Julia atisbó a observar unas marcas en la pared, que parecían unas letras, escritas con su propia sangre, antes de morir. Se acercó aún más y atinó a descubrir que efectivamente parecía un mensaje que en los últimos instantes habría tratado de escribir en el paramento sobre el que finalmente había caído.

FARE ATOMVÂPEN, se distinguía confusamente. Debía tratarse de un idioma nórdico por lo que dedujo Julia, si bien su significado no llegaba a entenderlo completamente, sí era fácilmente deducible por el término ATOM. Extrajo su móvil y le hizo una foto, que envió con toda rapidez a su jefe, a la par que buscaba en su base de datos la equivalencia de dichos términos. Sólo habían transcurrido unos segundos cuando sonó su teléfono:.

—¿De qué se trata, Julia? —la voz de Cyrus era reconocible.

—Son unas letras que ha escrito uno de los desgraciados que hemos encontrado muerto en el Atlántida. Han ejecutado a todos los miembros de la tripulación, incluido el Capitán. Este sujeto que bien podría ser el contramaestre, está en el suelo y lo han degollado, pese a lo cual le ha dado tiempo de escribir esas dos palabras con su sangre. ¿Puede alguien indicarnos en qué idioma están y su traducción exacta?

—Estamos en ello. Es noruego y significa: *cuidado bomba atómica*.

Se hizo el silencio en la comunicación, pues los dos eran conscientes que se corroboraban los negros presagios sobre las intenciones del comando que buscaban y que por las apariencias, posiblemente habían ya desembarcado su funesta carga, sin dejar testigos molestos tras de sí.

—Busca cualquier vestigio o pista sobre el artilugio que han transportado y neutralizadlo para evitar la matanza que pretenden esos cerdos.

—De acuerdo Cyrus te mantendré informado —terminó Julia, dirigiéndose a continuación a su compañero—. Si han traído en el buque su cargamento, tal vez quede algún vestigio que nos permita identificarla.

Bajaron a la sala de máquinas, recorriendo todo con minuciosidad. Al llegar a las bodegas, observaron los restos de maderas de lo que debía haber sido un embalaje y al fondo, aparecía una gran caja abierta escrita con caracteres rusos.

—¿Sabes qué puede significar, Robert?

—Sí, se trata de una numeración con la descripción de un posible artefacto nuclear, procedente de una base soviética, concretamente Mursmanck.

De acuerdo, se lo enviaremos a Donovan. Tal vez él tenga más información para calibrar de qué tipo de bomba estamos hablando. Pero la caja está vacía y seguramente estos tipos ya la han desembarcado. Lo que tenemos que averiguar es a dónde la han llevado.

* * *

El Jefe del NCS no tenía un instante de pausa. Las ojeras le marcaban el rostro pues llevaba casi cuarenta y ocho horas sin dormir. Continuamente estaba pasando información al Director de la Agencia, quién de forma perentoria le exigía resultados sobre la evolución de acontecimientos en el proceso que seguían, a la par que estaba al habla con sus contactos en el Norte de Rusia y con Richard Aldridge y los demás departamentos relacionados con el caso. Mientras, el resto del personal afecto a su servicio se encontraba en parecidas circunstancias y sin darse respiro alguno. Incluso Bill Jones que siempre era el verso suelto en la División, por su anarquía en el trabajo y

su natural tranquilidad, denotaba la intensidad de su labor, por las ya resecas manchas de sudor que marcaban prácticamente toda su horrorosa camisa de cuadros.

—Bien —dijo Donovan— tenemos confirmación de la llegada de un potente artilugio explosivo a Sevilla por vía marítima. Sabemos que es un material embarcado en el litoral ruso del golfo de Mursmanck, hace ya un par de semanas. Ahora debemos comprobar la potencia del artefacto, que según la caja donde la transportaban, podría tratarse de una bomba atómica de un kilotón de potencia y un mecanismo antiguo que debe ser explosionado por un experto en este tipo de armas, por lo que es probable que hayan recurrido a alguien reclutado ex profeso también en aquél país. Tenemos que continuar hasta dar con ellos. Mucha suerte chicos —dijo a modo de despedida, pero sin mucha convicción Donovan.

Todos asintieron y cada uno volvió a su lugar de trabajo, Cuando por enésima vez, Cyrus descolgó el teléfono con una mueca de la rabia contenida durante tantas horas, que a medida que escuchaba, le hizo cambiar su semblante: Quien le facilitaba esos datos preciosos, desde un lugar perdido al norte de Rusia, le había descubierto que el Runde cargó una bomba equivalente a una ADM[55], de categoría S[56], es decir un arma atómica de relativa potencia. También que embarcaron a un sujeto experto, de nombre Vorovióv. Toda esta información la consiguieron localizar gracias a un individuo de la mafia rusa que últimamente gastaba bastante dinero en clubs de alterne y al que se le aflojaba la lengua después de los primeros tragos. Que a través de un contacto, militar de la guardia costera se relacionaron con determinado grupo terrorista de Oriente Medio, quiénes querían adquirir a toda costa, un artefacto nuclear de maleta, pero que al no poder localizarles alguna en el mercado negro, les habían colado otra convencional de mayor tamaño y menor potencia. Había sido una operación limpia y en la que intervinieron relativamente pocos a la hora de repartir beneficios. Lo único sucio era la radiación del artilugio que provocaba el uranio que contenía, pero al fin y al cabo, ellos la habían manipulado poco tiempo y su carga acabaría matando a los que la habían adquirido.

Toda la información fue trasladada de inmediato, tanto a los máximos responsables del equipo, como a Julia O’Neill y a su grupo alfa.

—Deberéis analizar si hay restos de radiación en el barco con un contador Geiger, por si representa un peligro para las personas que están en las proximidades. Tal vez si seguís el rastro, podáis localizar su situación.

Dos miembros del equipo de Julia midieron sobre la marcha si había vestigios de contaminación en la bodega del buque, constatando que si bien eran altos los parámetros existentes, no representaban un peligro serio para personas, siempre que no accedieran directamente al buque, el cual, por razones de seguridad, debería ser descontaminado. Al no encontrar rastro alguno por tierra, la agente dedujo que la habrían trasladado en un bote a través del propio río. Pero ¿adónde? Esto lo corroboraba la falta de uno de ellos en sus cabrestantes.

Creyó conveniente informar a Daniel, llegando a la conclusión que sus sospechas desgraciadamente se veían confirmadas. El agente, mientras escuchaba a su compañera, cotejaba los datos con su hallazgo de los secretos de la Catedral y del extraño comportamiento del ayudante del Profesor. Al terminar su exposición, hubo unos instantes de silencio, roto finalmente por Julia:

—¿Qué opinas de todo esto y a qué conclusión has llegado?

Daniel la miró intensamente a los ojos, pero se limitó a responder:

—Creo que se han cumplido todos los vaticinios que imaginábamos, pero si algo tiene de

bueno, es que al menos conocemos qué y a quiénes debemos buscar. Pero el tiempo se me antoja vital —se detuvo como pensando en voz alta—. Estoy casi completamente seguro que por lo que has comentado, el explosivo del que me hablas ha debido de trasladarse por el río hacia un lugar seguro en el centro de la Ciudad. Tiene que haber forzosamente una entrada que deberemos descubrir, que nos acerque al lugar donde se esconden tanto la bomba como el propio grupo terrorista —cuando decía estas palabras pensaba en el inmenso dédalo de galerías y trampas mortales que le había sido mostrado bajo la misma Catedral que servían a su vez, de guarda y custodia al fabuloso tesoro allí escondido y añadió—. Si pudiésemos contar con una lancha para recorrer el cauce, sería lo mejor.

—De acuerdo, no creo que haya problemas para eso. Nos veremos donde está fondeado el Runde, a media noche.

Al salir Daniel, se detuvo, volviéndose sobre sí mismo, para poner su mano en la cintura de ella.

—Confío que todo se resuelva —y con sus labios rozó la mejilla de Julia, saliendo rápidamente sin esperar su reacción.

Con rapidez, como en él era habitual, Daniel Cormack se encaminó a la Parroquia de los Santos Mártires. Consideraba necesario informar a don Luis Trastorres del giro de los últimos acontecimientos, por si él podía arrojar algo de luz sobre los posibles accesos subterráneos que llegasen hasta el río. Cuando llegó al patio que le resultaba ya tan familiar, observó un pequeño grupo de niños que con unas latas redondas que parecían de conservas, sujetas con unas cuerdas atadas a la cintura, imitaban el sonido cadencioso de los tambores, tocándolas rítmicamente con unos palillos a modo de baquetas. Ese sonido y el intenso aroma que exhalaban los naranjos ya blanquecinos por el azahar, denotaban la proximidad de una celebración de tan profunda raigambre en una ciudad como Sevilla, como es su Semana Santa y de la que tanto había oído hablar. Pese a todo, no quiso dejarse llevar por ese cúmulo de sensaciones y avanzó hasta la gruesa puerta que daba acceso a los archivos parroquiales.

La voz del archivero a modo de saludo, demostraba un tono afectuoso a la par que con cierta curiosidad, pues la verdad era que no esperaba la visita de su nuevo amigo y confidente.

—Don Luis, vengo a que me aclare si es posible, una duda —se sentaron y continuó—. Después de darme a conocer los entresijos y secretos que guarda la Catedral, debo suponer que en el entramado de esta ciudad, existen otros pasadizos y galerías ocultas que pueden conectar en tiempos pretéritos, distintos puntos neurálgicos de la misma. En particular para posibles huidas en caso de peligro. ¿Estoy en lo cierto?

—Sin duda, amigo Daniel. Sevilla siempre ha contado con una red muy extensa y oculta de corredores subterráneos, que comunicaban palacios, conventos y centros neurálgicos, fundamentalmente para esos fines y otros algo menos confesables.

—Entonces ¿cabría la posibilidad de que algunos de ellos tuviesen salida al Guadalquivir?

—Por supuesto, una de las principales vías de posibles escapes era el cauce de nuestro río. ¿Acaso se trata de algo relacionado con su misión?

—Sí, es un asunto de algo de vital importancia que debo descubrir. Y sin duda, localizar una posible conexión hasta las orillas del río, podría arrojarme mucha luz en mis investigaciones.

—En ese caso, debo decirle que, al menos que se tenga constancia de algunas otras, había galerías desde los Reales Alcázares, también desde el propio Arzobispado, grandes palacios de la nobleza, además de la actual Universidad que entonces era Real Fábrica de Tabacos, Pero como ya sabe, quizás las más complejas están, por razones que ha tenido ocasión de conocer, en las

existentes que parten de la propia Catedral, algunas de las cuáles ya ha podido visitar.

—¿Cree probable que alguien pueda tener alguna noción, al menos parcialmente, de la existencia de esas vías de acceso? Comprenda que por razones de seguridad, de su propia seguridad, no puedo desvelarle la índole de mis fuentes ni tampoco el riesgo que nos acecha.

—Por supuesto, en ese caso debería hablar con don Emilio, dado que esta mañana me ha llamado para alertarme sobre la existencia de unas copias extraídas de esas famosas tablillas de las que ya teníamos conocimiento y cuyo contenido ha descubierto casualmente entre los papeles de su ayudante, ese profesor árabe que tan poca confianza le merece.

—¿Me está diciendo que Al Sabawi, el adjunto a la cátedra del Profesor cuenta con la transcripción de alguna de esas tablillas? —al decir estas palabras Daniel Cormack no pudo evitar ponerse de pie con vehemencia.

—Sí, y si como supongo, ese descubrimiento está relacionado con llamémosle su principal cometido, debería hablar con él cuanto antes.

Daniel estrechó la mano del archivero que le acompañó hasta la puerta.

—Gracias como siempre por su inestimable información, que cada vez me resulta más valiosa. Quiera el Señor que nos sirva para conjurar el peligro que se cierne sobre esta ciudad. No dude que le mantendré informado, a medida que las circunstancias así lo permitan.

Al salir, el pequeño grupo de niños desfilaba con infantil marcialidad, junto a la fuente de mármol, al son de los acompasados redobles de tambor, lo que hizo a Daniel pensar que ojalá no fuese un preludio de la tragedia que de no poder evitarlo, se abatiría sobre toda la ciudad y sus indefensos habitantes.

En apenas unos minutos, llegó a la Universidad, subiendo con presteza de dos en dos los escalones de la monumental escalera que llevaba a la Cátedra de Arte en la primera planta. Al situarse frente a la que ya conocía, tocó con los nudillos con cierta vehemencia, pero nadie respondió. Tras insistir, decidió girar el pomo que permaneció en la misma posición, señal de que la llave estaba echada. Consultó su reloj y comprobó que resultaba sumamente extraño que no hubiese nadie. Ya pensaba retirarse, cuando su vista se detuvo en una pequeña mancha oscura que se observaba bajo la puerta. Se inclinó, tocándola con la yema de los dedos y corroboró lo que a primera vista le pareció: era sangre y por su estado se apreciaba, que reciente.

Sacó de su bolsillo un juego de diminutas ganzúas, introduciendo una de ellas en el hueco de la cerradura, girándola con suavidad, oyéndose un leve chasquido. Empujó la puerta despacio para escrutar el primer despacho que aparentemente estaba vacío. Observó el suelo y comprobó que en el mármol destacaban otras dos manchas de sangre, similares a la del dintel. Extrajo su revólver de la funda y lo armó, procurando que el sonido no revelase su presencia. Dio unos pasos en dirección al despacho del Profesor, cuya puerta igualmente aparecía cerrada, pero al no tener llave, presionó la manilla muy despacio, mirando por la rendija el estrecho ángulo que le permitía esta visión, hasta descubrir parte de la mesa de trabajo en el que se distinguía un brazo extendido e inmóvil, apoyado sobre unos papeles. Terminó bruscamente de abrirla y ante él apareció el cuerpo del Profesor García de Benavente, aún sentado en su sillón, reclinado sobre la mesa, con su poblada barba y la cabeza ladeada, apoyada en su hombro y las gafas a escasos centímetros de su rostro, en tanto que de su espalda sobresalía una especie de daga clavada entre los omóplatos en dirección al corazón y las manchas de sangre salpicaban los legajos y escritos que estaban esparcidos en desorden, a su alrededor.

Tras comprobar que no había nadie, procedió a cerrar la puerta de entrada, echando el pequeño pestillo. Tenía claro cual era el móvil. Observó cuanto rodeaba el cadáver: una libreta de notas

que aparentemente, había sido movida de su lugar anterior, dado que las manchas de sangre que había sobre ella no guardaban la misma disposición y dirección que la existentes en el resto de documentos que se esparcían revueltos sobre la mesa. En la libreta se observaba que habían sido arrancadas varias hojas. Posiblemente si como le había comunicado Trastorres, el Profesor hubiese descubierto las copias con el contenido de esas tablillas, casi con completa seguridad que el texto escrito estaría en ese bloc de notas. Miró el papel de la siguiente hoja en blanco y se apreciaban signos de la escritura que se había marcado encima, pero con el reguero de sangre que lo impregnaba era de todo punto imposible, averiguar de qué palabras se trataba.

Daniel, se retiró un par de pasos del escritorio donde yacía el Profesor, cuya mirada perdida estaba fija en un punto de su mesa y de pronto, pensó que esta persona, que era uno de los tres últimos herederos de los Nueve Duques, quiénes durante tantos siglos supieron guardar uno de los mayores enigmas de la Historia de la Humanidad, no podía dejarse arrebatar tamaño secreto de aquella forma tan simple. Repasó la trayectoria de su vista perdida, la posición de sus manos: la izquierda caída sobre sus piernas y la derecha apoyada sobre sus papeles y se desesperaba pensando que no era capaz de discernir si el desgraciado Profesor quería transmitirle alguna señal. Finalmente, se detuvo sobre un detalle que antes le pasara desapercibido: el dedo índice del Catedrático parecía que se hubiese deslizado, en un ligero movimiento, instantes antes de morir, describiendo un pequeño arco con la sangre salpicada. Siguió el imperceptible reguero y descubrió que el dedo se había detenido sobre un punto concreto de la escritura que aparecía bajo él. Le levantó la mano con sumo cuidado y comprobó que señalaba un párrafo de una obra concreta, cuyo comentario se recogía a continuación. Se trataba de los *Anales Eclesiásticos y Seculares de la M.N. y M.L. Ciudad de Sevilla*.¿Era éste tan solo de un movimiento casual o reflejo a la hora de la muerte? ¿O por el contrario, dejaba entrever que lo que pretendía era transmitir un postrer mensaje? Daniel quiso suponer que el Profesor no iba a dejar nada al azar. Escudriñó todos los documentos que se esparcían encima de la mesa y no había ninguna alusión a ese texto. De tratarse de alguna colección bibliográfica, ésta debería estar en alguna de las estanterías de la cátedra. Algo le decía que merecería la pena intentar averiguar si se escondía algo tras esa mera suposición.

Repasó de forma veloz pero concienzuda, las larguísimas filas de libros que se apilaban en aquellas enormes estanterías, Tras recorrérselas con rapidez, descubrió unos volúmenes en cuyos cantos se apreciaba claramente el título de *Anales Eclesiástico y Seculares de la Ciudad de Sevilla* de Justino Matute. Extrajo los tres volúmenes, de los que dos de ellos tenían una leve capa de polvo, en tanto que el tercero aparecía limpio, como si hubiese sido utilizado recientemente. Lo abrió y de su interior, cayeron al suelo dos hojas dobladas de papel amarillento, tipo pergamino. Rápidamente las tomó y casi se le vuelven a escapar de entre sus dedos al comprobar su contenido. Cada una de ellas representaba una tablilla, como la que había tenido ocasión de conseguir en su huida de Irak, o como las que les mostrara Monseñor Molinelli en los sótanos vaticanos, si bien éstas aparecían reproducidas en papel, con un texto en árabe debajo de sus respectivos dibujos.

Esto era sin duda lo que había descubierto el Catedrático y que precavidamente escondiera, razón por la cual el asesino se tuvo que contentar con llevarse únicamente las anotaciones que sin duda, intentase traducir el Profesor y cuyo descubrimiento le había costado la vida.

Rápidamente Daniel Cormack guardó las dos hojas en su bolsillo, dejando nuevamente los volúmenes en su lugar. Dirigió una mirada entre agradecida y de pesar, al cadáver del que se había convertido en uno de sus amigos y consejeros que pusieron sus esperanzas en él para

descubrirle ese gran secreto que se ocultaba en lo más profundo del corazón de Sevilla, y decidió regresar a su Hospedería y dejar en lugar seguro su hallazgo, para seguidamente dirigirse al puerto, al lugar en el que había quedado con Julia O'Neill. Pensó en principio informarle de su descubrimiento pero consideró que antes daría cuenta del mismo a Monseñor Molinelli. Hizo unas fotos con el móvil de ambos escritos y las remitió al correo que le conectaba directamente con don Armando. Después, salió del edificio, tomando un taxi al que le indicó la dirección del puerto.

Al bajarse vio que eran las doce menos cuarto. Miró a su alrededor y al cabo de unos minutos vislumbró su esbelta silueta, acompañada por otras dos sombras borrosas en la distancia. Se dirigió a ellos con paso decidido. Al acercarse no pudo evitar un gesto de sorpresa. Junto a Julia distinguió al Agente Kittel, mientras que la pequeña silueta de la otra sombra, la identificó al continuar acercándose, como el mismísimo Samuel Bloch en persona.

—Hola Daniel —dijo Julia dirigiéndose hacia el recién llegado—.Me comenta este amigo tuyo, que está al tanto de tu misión en Sevilla y que te sirvió de cobertura en el incidente de la Mezquita.

—No sé qué está haciendo aquí, creo que quedó suficientemente claro que le agradecí su ayuda aquél día en la Pequeña Medina, pero que deberíamos ir por separado en nuestras investigaciones.

—Señor Cormack, lo que he venido a decirles a usted y a la señorita O'Neill es que mis fuentes de información me aseguran que el atentado que se pretende realizar en Sevilla, ocurrirá casi con toda seguridad en Semana Santa, por lo que será a partir del próximo domingo, que ustedes, los católicos, llaman de Ramos, cuando deban extremar sus precauciones. Por mi parte siempre estaré a su disposición, por las razones que ya le expuse. Buenas noches, ha sido un placer hablar con usted, señorita O'Neill —finalizó, dirigiéndose a Julia y sin mirar a los otros dos hombres.

Tras decir estas palabras la enigmática silueta gris de Samuel Bloch, se perdió en la negrura de la noche, tragado por la oscuridad.

—Julia, ¿cómo ha aparecido este individuo aquí, donde precisamente estábamos citados?

—Lo ignoro. Cuando llegamos ya daba la impresión de estar esperándonos y nos abordó para decirnos que era conocido tuyo y nos contó el intento de agresión que sufriste en las inmediaciones de una de las mezquitas existentes en el centro de la ciudad.

—Es el tipo que me viene siguiendo desde Roma y parece saber bastante sobre el tema que nos ocupa. Efectivamente he tenido un par de conversaciones con él, en las que me ha confesado su pertenencia al Mosad. Pensé por un momento que habíais recurrido a ellos.

—Por otra parte, es preocupante la noticia que nos ha dado —terció Kittel—. Si debemos creerle y estos tipos no suelen equivocarse, el atentado tendrá lugar dentro de muy escasos días.

—Así es Robert. Vamos literalmente contrarreloj. Debemos ponernos en marcha y verificar las posibles entradas y salidas que tenga el río.

Avanzaron los tres hasta la orilla, hasta llegar a unas escalinatas de piedra que descendían hasta el nivel del agua. Allí aparecía una embarcación, con otro de los agentes a las órdenes de Julia O'Neill. Subieron sin decir palabra y lentamente comenzaron a separarse de la orilla, si bien manteniéndose a escasos metros de la misma. Entonces Daniel comentó:

—Deberemos buscar en la margen izquierda del río, pues sería improbable que hubiesen buscado refugio al lado opuesto de Triana y mucho menos en dirección Sur, hacia las afueras de la Ciudad.

Siguieron avanzando lentamente, durante casi una hora. Al cabo, llegaron a la zona del

pequeño embarcadero de donde parten los vapores que realizan rutas turísticas. Al alcanzar ese lugar, apareció la silueta de la Torre del Oro. Daniel, de pronto, advirtió una oquedad hecha en el muro de piedra. Levantó su brazo derecho e hizo una indicación al timonel.

—Creo que ahí aparece lo que puede ser una galería.

Se dirigieron lentamente hacia su interior, recorriendo el mismo camino que días atrás realizara el grupo encabezado por Jalil, hasta alcanzar al pequeño embarcadero de hormigón. Con sus armas a punto, descubrieron la puerta metálica que parecía abierta. Lo que vieron al traspasarla, fue una alineación de enormes sillares curvos que sostenían unos gruesos pilares cuadrangulares y al fondo una escalera con barandilla de hierro. Al subir se toparon con una tapa metálica que impedía el paso. Saltando el cerrojo con la llave que lo sustentaba, la tapa se abrió, apareciendo a su vista una amplia galería. Una vez hubieron salido los cuatro, Daniel no pudo evitar un gesto de cierta sorpresa.

—¿Sabes dónde estamos Daniel? —Inquirió Julia.

—Sí. Este pasadizo nos ha traído directamente hasta los mismos sótanos de la Universidad. Posiblemente ésta haya sido la ruta que han debido seguir los terroristas. Estas arquerías invertidas son singulares de este edificio. Algo me explicó Luis Trastorres —añadió sin querer ser más explícito para que no pudieran sospechar la existencia del fabuloso secreto escondido bajo la Catedral.

55 Atomic Demolition Munition.
56 Tamaño pequeño.

CAPITULO XXVII:
NUEVE CIRCULOS

A medida que iba recorriendo los larguísimos tramos rectos de carretera desértica por la que circulaba en su todoterreno, Muhammad Abdul al-Yazzár, desde su salida de Hafar al Batin, hasta la Capital, unos quinientos kilómetros al sur, su cabeza no dejaba de tratar de encajar todas las piezas del puzzle. Habían acordado, junto con sus otros dos compañeros de la Shura, que era necesario asestar un golpe que resultara demoledor contra Europa y los países que participaban en la guerra contra el naciente Estado Islámico. Habían escogido a su mejor hombre, experto y sobre todo fiable, en este tipo de lides. Además el componente del atentado sería con mucho, el más importante llevado a cabo contra el mundo occidental, que dejaría lo de las Torres Gemelas en un mero ensayo. Así demostrarían el poder de disuasión y la capacidad operativa que ISIS había adquirido en muy poco tiempo. El Emir, con seguridad, se sentiría satisfecho de esta iniciativa, pero para ello había que movilizar los medios y los recursos necesarios.

Al llegar a la Capital, lo primero que debía hacer era establecer contacto en la Universidad con el ideólogo conocido como Al Sabawi, hombre influyente y conocedor de la Historia, que sería el encargado de coordinar y dar forma al mensaje que, con la traducción de las tablillas, pretendían expandir. Después, introducirse en Isbiliah, gracias al complejo plan de coacción que habían ideado, reteniendo indirectamente a la sobrina de un miembro de la Universidad de esa Ciudad,. Tanto Al Sabawi, como Jalil, también conocido por su siniestro apodo de Zaâbin, con el resto de sus hombres, deberían formar un tándem perfecto para marcar el objetivo y llevar la bomba a su punto de destino. Al avistar las primeras construcciones de la periferia, telefoneó al Profesor para verse lo antes posible. Éste le respondió que: la reunión la podrían celebrar de inmediato, en las cercanías de su propio piso, situado en el moderno complejo de viviendas para solteros, que se levanta junto a la propia Universidad Islámica.

El vehículo se detuvo en las proximidades de la dirección indicada y al-Yazzár descendió, sacudiéndose el polvo que había acumulado a lo largo de todo el trayecto. Bajo su brazo, portaba una gruesa cartera llena de documentos, relativos a la misión que preparaban. Se dirigió al Portal que su anfitrión le había indicado y ambos se saludaron a la voz de Alah es grande. Tras acomodarse, el responsable de la Shura, habló con todo detalle al que se iba a convertir en coordinador del más grande atentado de ISIS:

—Está todo decidido para infringir un golpe importante contra el eje del mal. Después de analizarlo, hemos pensado que sea España el objetivo y concretamente, la ciudad de Isbiliah, por entender que es un lugar donde la atención policial pudiera resultar más débil y así facilitar nuestros propósitos. Pero para ello, debemos contar con crear una infraestructura previa que allane el camino, dado el alcance del ataque que vamos a asestar. Hemos decidido que seas tú quién organice esa red que facilite la llegada de un comando a esa población.

—¿Quién se hará cargo de la operación? —inquirió Al Sabawi, que no había perdido ni un ápice de la intervención del recién llegado.

—Jalil ben Assuan.

—Sí, le conozco —interrumpió Omar— he tenido ocasión de tratarle hace algún tiempo y sé de sus recursos para acometer una empresa de semejante calado. De todos modos habrá que diseñar la estrategia necesaria para poder acceder con éxito a algún estamento en el que se pueda justificar mi presencia allí.

—Sí, efectivamente, estamos considerando utilizar en nuestro plan a la sobrina de un

catedrático, egiptóloga, que actualmente está en unas excavaciones cercanas al Nilo. Si sale bien, podrás contar con el agradecimiento de su padre para ocupar un puesto en su departamento de la Universidad. Entendemos que es un lugar que por la índole del trabajo, te resultará familiar y donde podrás tener una adecuada justificación a tu presencia.

—Ya me dirás cuándo estaré en condiciones de partir y a quién debo dirigirme.

—Por supuesto. Ah, pero antes debes estudiar el fundamento que servirá de mensaje del castigo a los infieles, de por qué se debe acometer este designio. Se trata de dos tablillas que nuestros hombres han rescatado en Irak, que contienen una leyenda, que debidamente adaptada y estudiada por personas expertas en este tipo de escritura antigua, nos dará una razón de ser a nuestra hazaña. Bien es verdad que un americano nos arrebató una tercera, cuyo significado no pudimos finalmente conseguir, pero con las que tenemos es más que suficiente. Te entrego estos manuscritos con su reproducción, para que cuando llegue el momento, los transmitas a modo de soflama con los que asentar nuestras tesis para realizar este castigo a los infieles.

Extrajo de su cartera, dos pliegos cada uno de los cuáles tenía una especie de copia a tamaño real de ambas tablillas. En su parte inferior, se destacaba en negros caracteres, la transcripción al árabe de sus respectivas misivas.

Omar, leyó detenidamente la traducción a su idioma, puesto que desconocía los caracteres cuneiformes de la parte encriptada.

—La verdad es que tal y como están, nos dan causa suficiente para esgrimir el alcance de su misiva. Sin duda esto, además del ataque creará en los infieles un sentimiento de miedo a lo inevitable. Las llevaré en todo momento conmigo a Isbiliah.

—Tal vez debas hacer una copia de las dos para asegurarte de no perderlas.

—Por supuesto y además procuraré memorizarlas por si algo fallase.

Tomó el primer pergamino y lo leyó detenidamente:

«En el año del nacimiento de Jesús, uno de los profetas judíos, hijo de María, el cristianismo se extendió paulatinamente hasta el año 700, fecha en la que las huestes del Profeta Mahoma, ocuparon toda la tierra, desde Arabia hasta alcanzar por Occidente, los confines del Mediterráneo y los reynos visigodos de la Península Ibérica.»

El que contenía el texto de la segunda de las tablillas, decía lo siguiente:

«*El péndulo del tiempo indefectiblemente marca que tras la etapa de oscuridad anterior, señalada en el calendario cristiano como Siglo XV, ha llegado el momento de recuperar para el Islam toda tierra conocida y eso habrá de llegar antes de los albores de la XXII Centuria»*

—Verdaderamente —pensó al-Sabawi—, la misiva no ofrecía duda alguna sobre los designios que debían cumplir, que sin lugar a interpretaciones equívocas, marcaban el tiempo en el que el Orbe entero estaría convertido al Islam y era llegado el tiempo de iniciar esa nueva y definitiva yihad a escala mundial.

—Creo que este mensaje llevará el terror a los cruzados. Pero aún no me has dicho en qué consistirá el golpe que debemos asestar.

El recién llegado, dejó escapar una sonrisa, observando el rostro de Omar:

—Utilizaremos una bomba atómica.

—¿Qué? Pero nosotros no tenemos capacidad para crear ese tipo de armas —dijo con asombro al—Sabawi—. Es imposible y aunque las tuviésemos, ¿cómo llegar hasta un lugar tan alejado sin ser descubiertos?

—Todo está previsto, pero por razones de nuestra propia seguridad, no puedo por ahora, ser más explícito. Sí te diré la importancia del papel que deberéis desempeñar tanto Jalil como tú

mismo. Aquí te dejo detalladas minuciosamente todas tus instrucciones bajo sobre, que una vez leídas, has de destruir. De todos modos, sabes dónde localizarme si tienes alguna pregunta. Ten por seguro, que este golpe será una obra maestra y saldrá bien sin duda. Recibirás órdenes de cuándo debes partir.

Tras despedirse, Omar abrió la abultada valija que le había entregado, leyéndolo varias veces, hasta quedar enterado de todo su contenido y memorizándolo al detalle. Las instrucciones eran claras y no ofrecían duda alguna. Lo más complicado sería poder acceder a la Cátedra de Letras en Sevilla y ser aceptado como ayudante por su Titular, pero con el recurso del rapto simulado de la sobrina del Catedrático, no debía suponer un serio problema.

* * *

Cuando Jalil hubo comprobado, que no dejaban pista alguna tras ellos y después de dirigir una rápida mirada a los cuerpos acribillados de los marineros que se hacinaban en el comedor, más los del Capitán y el Segundo, reunió a sus hombres para darles las órdenes a seguir:

—Ha llegado el momento de abandonar este buque. Procurad no dejar vestigios alguno que puedan identificarnos, puesto que la tripulación seguro que no hablará —añadió soltando una sonrisa sardónica—. El ruso vendrá con nosotros y además, debemos aprovisionarnos con el máximo posible de alimentos y agua, para no depender del exterior, dado que no sabemos con exactitud, cuántos días permaneceremos ocultos hasta que cumplamos el objetivo. Ahora, revisad todo el barco.

Todos salieron en silencio, incluidos los dos nuevos refuerzos que se habían incorporado. Mientras, Jalil, se dirigió al camarote de Gada, a la que encontró reclinada en su camastro, vestida con un pantalón y camisa de color negro.

—¿Hiciste lo que te encargué?

Ella asintió levemente con la cabeza, incorporándose lentamente.

—Bien, en ese caso, debemos partir cuando sea noche cerrada. Tu amigo Voroviov debe acompañarnos. No dejes nada que pueda descubrirnos.

—De acuerdo, nos vemos en cubierta —añadió la joven, ajustándose la negra casaca de cuero y el shemag sobre la cabeza, lo que le dejaba oculto gran parte del rostro. A continuación, se colgó a la espalda la enorme bolsa del mismo color en la que portaba todas sus pertenencias y añadió —. Avisaré a Rustam para que prepare sus cosas.

Todos los componentes de grupo se fueron congregando en cubierta, con sus equipos de viaje y sus armas. El ruso, que apareció por la escalerilla, al verlos congregados y por las apariencias, dispuestos a partir, no pudo evitar que un escalofrío recorriera su espalda. No había tenido ocasión de hablar con Gada ni tampoco de preparar un plan de fuga y solo oyó las palabras de ésta, cuando apareció tras él, indicándole que debían seguir las instrucciones recibidas para no despertar sospechas. El último en llegar fue Jalil, quién asimismo llevaba su gran mochila, en tanto que con su mano derecha, sujetaba el fusil ametrallador.

Voroviov, calculó que los demás guerrilleros debían llevar los AK-47, ocultos en las grandes bolsas, además de observar que los dos nuevos individuos que se habían incorporado en su salida anterior, vestían casacas oscuras, portando unos gruesos picos y mazos de hierro. En total comprobó que eran ocho, incluido él y se preguntó para qué querrían todo ese material.

Entonces, Jalil, se dirigió a dos de sus hombres para ordenarles que iniciaran la bajada de la

zodiac al agua. De pronto, uno de ellos, al que conocía por el nombre de Zayed, se apoyó sobre la barandilla, asomando la cabeza por la borda, comenzando a vomitar entre grandes arcadas, una balsa blanquecina y cubierta de espuma, mientras su cuerpo se agitaba con violentas convulsiones. El resto del grupo, interrumpió la maniobra de la botadura de la lancha, para tratar de sentarlo en cubierta, apoyándole la espalda en uno de los mamparos. Su rostro, se había tornado lívido, blanco como la cera, en tanto que las cuencas de los ojos, aparecían hundidas y los párpados ennegrecidos, lo que le daban un aspecto cadavérico en la oscuridad de la noche. Uno de sus compañeros le desabrochó la casaca, mientras otro corría por una botella de agua.

Voroviov, no perdía un ápice de la escena y pronto captó la verdadera causa que había provocado este súbito cambio: Por su experiencia en su anterior trabajo, había tenido ocasión de contemplar cómo varios de sus compañeros, también muchos marineros de los submarinos nucleares en desuso y operarios de tierra, sufrían convulsiones semejantes: Se trataba de la temida radiación que dejaban escapar los viejos reactores, que hacía mella en sus cuerpos, destrozándoles el organismo. Todos empezaban con vómitos y desvanecimientos que progresivamente se iban agravando hasta que les llegaba la muerte entre espantosos dolores. Era consciente que si a los demás no les había afectado aún, difícilmente podría lograr sus propósitos para desactivarla por completo, en el corto espacio de tiempo que intuía, restaba para su detonación.

Al cabo de unos minutos, el guerrillero pareció sobreponerse, pese a lo cual su cara, seguía mostrando una mortecina lividez. Lo bajaron el primero a la embarcación y sucesivamente los demás, arracimados ante la falta de espacio, tanto por el número de ocupantes como por la impedimenta que transportaban. El último en subir a bordo fue Jalil, Enfilaron la bocana del pequeño muelle por el que habían entrado la primera vez, adentrándose con decisión por el arco de piedra. Como en la ocasión anterior, nadie les vió a esas horas de la madrugada. Rebasaron la oxidada cancela, hasta llegar a la puerta metálica que se distinguía tras el pequeño embarcadero. Bajaron todos del bote, incluido Zayed, al que parecía que el aire de la noche había hecho mejorar algo su aspecto. Recorrieron el pasadizo que les llevó hasta donde se encontraba oculta la bomba, colocando bajo ella el soporte de ruedas y seguidamente, entre varios, tomar el proyectil y situarlo con sumo cuidado sobre aquél, ajustándole las pletinas metálicas con tuercas para impedir que pudiera deslizarse de sus cogidas.

—Ahora nos ceñiremos a las instrucciones que nos ha dejado Al Sabawi, con arreglo a este plano —dijo uno de los recién incorporados, a Jalil.

—¿De qué distancia estamos hablando hasta el objetivo? —Inquirió éste.

—De algo más de quinientos metros, dado que el lugar definitivo no está determinado con exactitud porque desconocemos la parte final del recorrido. Cuando alcancemos esa zona, buscaremos la mejor ubicación.

—¿Y esa línea de tren que figura en el plano, qué significa?

—No, se trata de la línea del metro, que nos permitirá acercarnos al objetivo con más rapidez a través de ella. La ventaja que tendremos es que a partir de la medianoche, no circulan convoyes.

—En ese caso —respondió Jalil, mirando su reloj y comprobando que ya era casi la amanecida —, esperaremos a mañana para poder atravesarla con seguridad. Descansaremos aquí. Nos iremos turnando en la guardia para evitar sorpresas. Si apareciese algún intruso, utilizad sólo las dagas.

Las horas fueron pasando con lentitud, en tanto. Rustam intentó en varias ocasiones aproximarse hasta donde reposaba Gada, pero siempre Jalil, que parecía atento a cualquier

maniobra en ese sentido, lo impedía. Alcanzada la medianoche, éste dio la orden de ponerse de nuevo en marcha. Abría el grupo el sujeto que había entregado el plano al jefe del comando, seguidos por Gada y el resto de guerrilleros que desplazaban el proyectil de forma lenta sobre el pavimento de hormigón mediante unas gruesas correas que tiraban entre dos, en tanto que los otros lo empujaban desde su parte trasera. Detrás Voroviov, acompañado por Zayed, quien no podía hacer el esfuerzo alguno. Caminaron unas pocas decenas de metros hasta alcanzar una puerta metálica que abrió el que iba en cabeza, con unas ganzúas. Allí, se distinguía un cartel que indicaba «Salida de emergencia». Ante ellos apareció el túnel, escasamente iluminado, con el doble trazado de los raíles del suburbano.

—Avanzaremos entre ambas vías hasta llegar a una salida situada, a unos doscientos metros —indicó el que comandaba el grupo— hemos de ir con la máxima rapidez para evitar encontramos con algún equipo de mantenimiento, que suelen trabajar habitualmente por las noches.

Gracias al tipo de pavimento, la fueron deslizando con mayor rapidez. Recorridos el par de cientos de metros, divisaron en el lado derecho de la marcha otro postigo similar al anterior. Lo abrieron con igual prontitud y tras él, apareció un pequeño recinto, en el que destacaba un cuadro eléctrico de gran tamaño con gruesos cables de cobre y aislantes que aparecían suspendidos en las paredes y se perdían ocultos en los paramentos laterales. En el suelo, una tapa metálica ocupaba la mayor parte del habitáculo. Entre Jalil y su acompañante la abrieron, dejando ver una oquedad en la que el tendido de tubos desaparecía a ambos lados y bajo ellos una rejilla que debía ser de ventilación. El que parecía conocer el terreno, la desplazó a un lado e hizo una señal al resto para que se alejasen, se adentró en el hueco y aplicó una pequeña cantidad de explosivo, al tabique de ladrillo, a continuación, salió rápidamente, cubriendo el hueco con la chapa de hierro. En pocos segundos una sorda explosión, sacudió todo el interior, produciéndose una gran polvareda. Cuando ésta se fue disipando, volvió sobre sus pasos, descorriendo la tapa, dejando ver, que se había producido un hueco de más de un metro de diámetro que daba paso a lo que parecía otra galería mucho más antigua, sustentada en muros de piedra cubiertos de moho y un penetrante olor a humedad.

—¿Qué significa eso, Ahmed? —preguntó Jalil al que había detonado la carga.

—Hemos atravesado desde los sótanos de la Universidad, para seguir el curso del túnel del metro. El trazado de esta línea ha taponado diversos pasadizos de la antigua red que poseía la ciudad, muchos de ellos en dirección al río, construidos hace siglos como vías de escape. La localización de esta ruta la consiguió Al-Sabawi con los datos que ha extraído de la propia Cátedra en la que trabaja. Los ingenieros decidieron utilizarlo como sistema de ventilación interior, sin preocuparse de cuál fuese su procedencia. Querían evitar retrasos en la construcción de la línea número uno y consideraron que, simplemente, era mejor ocultar su existencia. Nuestro compañero indagó y con los planos antiguos de la Ciudad, logró descubrir que esta galería procede de la misma Catedral, construida aprovechando los cimientos de la antigua Mezquita. Por ese motivo es por lo que consideró que la mejor ubicación para hacer detonar el explosivo, sería en los sótanos del templo cristiano, cuya construcción arrasó nuestro lugar sagrado. Lógicamente, él no pudo establecer el lugar definitivo con exactitud, dado que sólo lo conocía por los planos que estudió, pero ahora, al haber logrado abrir esta vía, podremos sin duda llegar hasta las mismísimas entrañas de su principal centro de oración.

—Buen trabajo, ¿pero cómo ocultaremos la brecha que hemos abierto?

—Será relativamente fácil —respondió con suficiencia Ahmed— pasaremos el proyectil a la galería y yo colocaré desde este lado las tapas metálicas del suelo de la cámara de los

generadores y reconstruiremos la pared desde el interior. De todos modos es improbable que nadie tenga que bajar a verificar la instalación, ya que no se ha dañado el tendido eléctrico.

Realizado todo lo expuesto, lo que les llevó varias horas, prosiguieron su avance con la máxima precaución por la estrecha bóveda que se abría ante ellos. El pavimento de ladrillos canteados, hacía que la marcha con el soporte fuese especialmente ardua. Afortunadamente para ellos, no aparecían curvas cerradas que impidiesen el giro del proyectil. De este modo, progresaron otro par de cientos de metros, entre un mar de telarañas que les cubrían sus rostros, pese a tratar de apartarlas tanto Jalil como Ahmed que seguían abriendo la marcha del grupo. El sudor corría ampliamente por sus rostros y cerrando la comitiva, Zayed, daba muestras de costarle bastante mantener el equilibrio, por lo que continuamente extendía sus brazos para apoyarse en las paredes. Voroviov en tanto, igualmente cubierto de sudor pese a no cargar con la bomba, trataba de pensar en una salida a aquélla situación en la que caía de manera irremediable.

La comitiva había ido adquirido un aspecto cada vez más fantasmal, debido a las sucesivas capas de suciedad que se iban adhiriendo a sus ropas De pronto, al llegar a una zona aún más estrecha y sinuosa, Jalil levantó su mano, para que el grupo se detuviese. Frente a él, aparecía un brusco recodo de casi de noventa grados que les impedía proseguir. El resto de la comitiva respiró fatigosamente tras el esfuerzo que habían realizado, en particular Zayed, mientras Voroviov, a su lado permanecía en pie, observándolo con detalle.

El jefe del comando, descubrió frente a él, lo que podría ser un conducto de ventilación de mayor anchura y altura, con una inclinación en sentido descendente, cuyo final se perdía en la oscuridad. Se incorporó, haciendo una seña a Mâlik y a sus dos nuevos compañeros, para que se alejaran unos pasos, pasada la curva en la que se encontraban detenidos, para decir en voz baja:

—¿Qué opináis que se pueda hacer?

Los tres hombres permanecieron mudos durante unos segundos. Finalmente el conocido por Ahmed, se atrevió a decir:

—Creo que lo más conveniente es seguir avanzando en nuestro mismo sentido de marcha. Pero para ello, tendríamos que superar esa estrechez que tenemos ante nosotros, independientemente del peligro que suponga seguir por un terreno desconocido. Con nuestras herramientas sin duda, podremos abrir un hueco mayor para franquearnos el paso y una vez asegurado, con las sogas tratar de hacer que la bomba se deslice al otro lado, sin dañarla.

—Bien, —concluyó Jalil— pongámonos mano a la obra, eso sí, procurando hacer el menor ruido posible, para evitar delatar nuestra presencia. Cuando quitéis la reja, arrojad una piedra para calcular la profundidad de ese conducto. Mientras, tú Gada, —añadió dirigiéndose a la mujer— retrocede unos metros para vigilar que nadie haya detectado nuestra presencia. Usted Voroviov, quédese al cargo de nuestro compañero y procure darle líquido cuando lo necesite.

Rustam podía comprobar una vez más, cómo el cabecilla del grupo le mantenía alejado de Gada, frustrando que pudiesen tratar de buscar un plan de fuga.

Al cabo de un tiempo, el chasquido del peñasco que arrojaron por el hueco, se escuchó con relativa cercanía, por lo que estimaron que serían unos veinte metros aproximadamente lo que distarían del fondo del conducto.

—Mâlik, serás tú el encargado de bajar, los demás te sujetaremos y te volveremos a izar —sentenció Jalil.

Cuando empezó el descenso, Mâlik renegaba de sí mismo y de toda su casta. No obstante siguió bajando con precaución, verificando que la inclinación del terreno era muy lisa y no ofrecía la suciedad de la galería que les había llevado hasta allí, sin duda porque la corriente de

aire, al ser muy intensa, no daba posibilidad para que se depositasen residuos y la suciedad. Al cabo de unos minutos, vio cómo el suelo se iba allanando y se ensanchaba la oquedad de modo notable. Recorrió con su linterna todos los rincones de ese habitáculo y observó que la galería continuaba su descenso frente a él, de modo más suave y con mayor amplitud, por lo que llamó a sus compañeros para que le subieran. Una vez arriba, llegaron a la conclusión que sería necesario ampliar el hueco de entrada para poder introducir su alijo.

Después de un laborioso trabajo, el hueco practicado alcanzó el tamaño suficiente para dar paso a la bomba con cierta holgura. Afianzaron los soportes, atando las sogas para impedir que por la inercia, se fuese hacia delante y finalmente colocaron todas las correas en la parte posterior para irlas soltando progresivamente a medida que la bajaron. Cuando todo estuvo listo, Jalil dio la orden de iniciar el descenso, encomendándole a Voroviov que se situase delante para proteger el cuadro electrónico que activaba el explosivo. El ruso constató que si la maniobra fallaba, el proyectil pasaría sobre él aplastándole.

Comenzaron el descenso, que una vez salvada la abertura inicial con dificultad, se fue desarrollando con relativa mayor facilidad, pero al rebasar los diez primero metros, el peso del obús y la gravedad añadida, hizo que las sogas se tensaran en extremo y el crujido de las correas hicieran presagiar un negro final a la aventura. Rustam se agarraba desesperadamente a la cabeza del proyectil, en tanto trataba de clavar sus botas en el suelo para no ser arrastrado por el peso que pendía sobre él. Cuando parecía que las tirantas no resistirían más, observó que el suelo se iba aplanando por lo que el impulso que le empujaba comenzaba a disminuir, hasta detenerse finalmente, en posición casi horizontal. Voroviov, tendido en el suelo, sudaba copiosamente, mientras sus manos enrojecidas sangraban, sin apenas poder evitar el temblor que las sacudían. A los pocos instantes, apareció a su lado la siniestra sombra de Jalil, iluminándole con la linterna el rostro.

—Ha hecho un buen trabajo, que sin duda verá su recompensa.

Por un instante, el ruso creyó que le dejaría marchar, pero enseguida se dio cuenta que ahora más que nunca les era imprescindible para activar la bomba y reafirmó su deseo de poder hablar aunque solo fueran unas palabras, con Gada y entre los dos, tratar de buscar una salida a aquella pesadilla.

Al cabo fueron llegando los demás del grupo, incorporándose los últimos Omar que ayudaba trabajosamente a Zayed a descender por el empinado orificio.

—Estamos ya muy cerca del lugar donde debemos depositar nuestra carga, según los planos que tenemos y por la distancia recorrida. —informó Jalil—. Hemos debido alterar algo nuestra trayectoria inicial, pero lo importante es situarnos bajo nuestro destino. Por ello, continuaremos a través de esta galería más amplia y de menor ángulo de caída, hasta a ver dónde nos lleva y allí instalar nuestra base de operaciones.

Prosiguieron, observando que el resto del trazado lo recorrieron con un suave desnivel que finalmente culminó ante un amplio ojo de buey, cuyos soportes arrancaron, dejando sueltas las piedras en los que se fijaban. Enfocaron sus lámparas al interior, descubriendo una amplia estancia con una enorme mesa en medio, rodeada por hasta diez sillones coronados con escudos de armas cristianos y las paredes con una serie de antorchas apagadas. Por el hueco bajaron el obús hasta la estancia y lo situaron sobre el soporte, junto a la gran mesa, de piedra procediendo a encender algunas de las antorchas, lo que dio a la sala una grandiosidad, como días atrás contemplara Daniel Cormack esa misma sala central que presidía los nueve círculos, en unión de los últimos seguidores del legado que estableciera el Rey Felipe II.

* * *

Cuando Daniel se separó de Julia y sus dos compañeros norteamericanos, lo primero que hizo fue dirigirse a la Hospedería para hablar con su jefe. Debía explicarle el curso que habían tomado los últimos acontecimientos y solicitar su autorización para establecer los pasos a seguir, dada la inminencia del ataque que iba a perpetrar el grupo terrorista. Dejó la chaqueta sobre el respaldo de la silla, puso la tablet encima de la pequeña mesa de madera y conectó su celular con el número directo de Armando Molinelli. Esperó unos segundos y cuando escuchó la clave al otro extremo de la línea, habló en voz baja y con rapidez:

—Monseñor, buenos noches. Debo indicarle que tenemos localizado el buque que ha traído al grupo terrorista, así como vestigios de la carga que han transportado, cuya existencia se ha podido constatar gracias a los restos de radiación detectados por los agentes americanos. Hemos verificado la posible ruta que siguieron y mucho me temo que hayan podido introducir la carga explosiva, a través de los sótanos de la Universidad, hasta el corazón mismo del subsuelo de la Ciudad. Además el agente del Mosad, Samuel Bloch, nos ha transmitido sus indagaciones sobre la fecha en la que piensan atacar, posiblemente en plena celebración de la Semana Santa —calló durante unos instantes, tras los cuáles, percibió el tono preocupado del jefe del Seseiv.

—Nuestros augurios parecen que han tenido una funesta confirmación. Debe localizar ese artefacto y neutralizarlo a toda costa. Para ello, no dude en contar con la colaboración de los agentes norteamericanos e incluso del propio servicio secreto israelí, si como me indica, uno de sus agentes ha estado en contacto con usted. Es prioritario salvar vidas y evitar una masacre como la que pretenden esos desalmados. Desgraciadamente estamos acostumbrados a sufrir sus consecuencias.

—Disculpe, he omitido el hecho que ya han atentado contra el Profesor García de Benavente y acabado con su vida. Pero él, en sus últimos instantes, consiguió dejar las pistas que han permitido descubrir dos tablillas similares a las que se guardan en el Vaticano y a la de Erbil.

—¿Qué me dice amigo Daniel? ¿Las tiene en su poder?

—Sí, Monseñor, pero lo que realmente he conseguido es una reproducción de ambas que le escanearé, así como una traducción al árabe que no sé si será fidedigna o por el contrario está tergiversada.

—Perfecto Daniel —respondió Molinelli con un tono algo más animado de voz—, ello puede arrojar mucha luz sobre las intenciones del grupo. Pero antes debo informarle de mis averiguaciones sobre la existencia de la red secreta que existe bajo la Catedral hispalense. Hemos tenido acceso a los planos que el propio Rey Felipe II ordenó que se trasladaran a la Corte de Madrid, desde Sevilla, para no dejar cabo suelto alguno de su existencia. Desgraciadamente los originales de lo que se conocía como los Nueve Círculos en alusión clara a Dante, se perdieron un siglo más tarde en el desgraciado incendio del Palacio Viejo de la Capital, pero ya los Nueve Duques tenían levantada una más actualizada cartografía del lugar, basada en los primitivos que trazara en gran parte, Juan Gil de Hontañón a principios del Siglo XVI, cuando se hundiera el cimborrio de la Seo sevillana. Años después, con motivo de la celebración del Concilio de Trento, entre 1545 y 1563, se constata la necesidad de salvaguardar numerosos tesoros de la Iglesia, ante los avances protestantes y que en el propio Concilio tridentino tuvieron adecuada respuesta desde el punto de vista espiritual y moral, pero sin olvidar empero, el aspecto material.

Ello fue lo que dio pistas al Rey Felipe para trazar su, en principio, quimérico plan, que luego resultó ser tan eficaz. De ahí la visita del Soberano a Sevilla en el año 1570, donde de primera mano,supervisó la terminación del remate de la gran torre, finalizada dos años antes, siguiendo los dictados de Hernán Ruiz II, quién pudo contemplar su obra rematada, si bien durante muy poco tiempo, pues falleció al año siguiente. No obstante, uno de los acontecimientos que vivió con mayor interés, fue la serie de trabajos que encomendara a los Nueve Duques, sobre los sótanos, en los que se dio orden de neutralizar o servir hasta su muerte, en el interior de ese conglomerado sin posibilidad alguna de salir al exterior, a cuantos pudieran transmitir el secreto de su construcción. De este modo, permaneció en la urbe hispalense durante un tiempo el Rey, aduciendo una razón, por demás tan justificada, como era la de esperar la llegada de su cuarta esposa, su sobrina Ana de Austria y la del Arzobispo Gaspar de Zúñiga, hecho éste último, que no fue posible, debido al fallecimiento del Prelado, cuando se dirigía a la Capital andaluza.

—¿Quiere decir Monseñor que en Roma se tienen referencias o datos de este secreto?

—No, amigo Daniel, este tipo de arcanos, tan solo son conocidos por el Santo Padre en algunos casos y sí por el responsable de los Servicios Secretos vaticanos…

—Es decir, usted ¿no, Monseñor?

—Me temo que así es La razón de haber llegado a nuestro conocimiento, es debido a que, después de fallecer el Cardenal don Cristóbal de Rojas en 1580, le sucedió como Prelado de la Archidiócesis, don Diego Torquemada, pero ante el peligro que pudiese desvelar el secreto que los Nueve Duques guardaban tan celosamente, éstos presionaron al Rey para que, por ese y otros motivos, fuese sustituido, nombrándose como sucesor a don Rodrigo de Castro, que ocupó la Sede hispalense desde 1581 hasta 1600. En esa época se restituyeron los archivos de las Diócesis, modificándose profundamente las directrices y la sistemática de los mismos. En cuanto a la información más, digamos sensible y vital para los intereses de la Iglesia, se ordenó que pasaran a Roma, donde se custodian desde hace siglos, a lo largo de los ochenta y cinco kilómetros de galerías subterráneas que guardan los más preciosos legados, nada menos que desde 1612. Esa es la razón por la que tengo conocimiento de la existencia de ese inigualable tesoro y el interés prioritario, doblemente importante, de proteger a la Ciudad de los efectos de una catástrofe semejante. Primero, por preservar la vida de sus ciudadanos y después, para que esas obras únicas, no queden destruidas para siempre. ¿Ve ahora el otro motivo por el que ordené ir a Sevilla?

—Monseñor, estoy seguro que recuerda la promesa que le hice y tenga por seguro que pondré todas mis fuerzas y mi vida para impedir la masacre que pretenden esos asesinos y si fuera posible, proteger la inmensa colección de obras de arte, custodiada en secreto a lo largo de tantos siglos.

CAPITULO XXVIII:
PRELUDIOS

El rostro de Luis Trastorres al escuchar el relato que con todo detalle, le estaba exponiendo Daniel Cormack, iba desde el asombro hasta la infinita preocupación y tristeza, sobre todo al conocer la trágica muerte del catedrático, uno de los tres guardianes del secreto de la Catedral, su amigo Emilio García de Benavente.

Se habían citado en un café, algo alejado de la Iglesia de los Santos Mártires, para evitar que en el caso de ser objeto de seguimiento por parte de algún agente del ISIS, dar pistas sobre su lugar de trabajo habitual. Por ese motivo, el Archivero siguió los consejos de su experimentado amigo y fueron a ese lugar, situado en una calle recta y estrecha donde, con relativa facilidad, era posible observar a distancia si alguien los seguía. Además,dentro del recinto, había un segundo salón acristalado, que les permitía ver a todo el que accedía. Los cafés que les sirviera una camarera entrada en años, hacía rato que habían dejado de humear, tal era la atención que ambos prestaban a su conversación.

La amplia frente del peculiar personaje, mostraba un sinfín de arrugas apergaminadas, con un halo de profundas ojeras que rodeaban sus hundidos ojos. Pese a todo, su voz era serena y se le notaba una firmeza y resolución al inquirir todos los detalles, pues no en balde, junto con el Canónigo y ahora su joven y nuevo colaborador, representaban el último baluarte para defender ese abrumador secreto de siglos, bajo la Catedral. Su voz resonó firme, como —imaginó Daniel — la de un tercio de Flandes en la Batalla de Rocroy, dando las postreras órdenes de mando, pese a que se sabía que el final estaba cerca y tan sólo quedaba salvar el honor que no la vida. Siempre por esa firmeza, había admirado a los españoles, más incluso que por sus victorias, por su resolución y fuerza de espíritu, cuando todo parece estar perdido.

—¿Debo suponer que lo que ha costado la vida a mi compañero ha sido descubrir el contenido del mensaje que trajese a España su Adjunto?

—Puedo afirmarle que sí —musitó en voz baja Daniel, fijando aparentemente su atención en la pequeña mesa redonda de mármol gris.

—Hemos atravesado infinitas vicisitudes a lo largo de los tiempos, pero con la ayuda del Altísimo, deberemos superar esta nueva prueba, aunque los hechos indican que todo está en nuestra contra —afirmó Luis Trastorres, recuperando el tono rotundo de voz.

—Por supuesto, amigo mío, haremos todo cuanto esté en nuestra mano para neutralizar las siniestras intenciones de esos desalmados y al mismo tiempo, intentar por todos los medios que su secreto, nuestro secreto —corrigió—, siga protegido como merece. Pero ahora me inquieta saber qué otras entradas pueden dar acceso a la red subterránea de la Seo. Pues si como es de suponer, esos tipos no tienen aún conocimiento alguno de lo que se guarda bajo los subterráneos de la Catedral, deberemos averiguar, qué conductos ocultos pueden llevarles desde el subsuelo de la antigua Fábrica de Tabacos, hasta esos sótanos, dado que puede ser el lugar elegido para provocar el atentado, tanto por el daño que causarían, como por el efecto psicológico que produciría un ataque de semejantes proporciones.

—Estos días últimos he refrescado y repasado diversos mapas y croquis, dibujados en épocas pasadas y me han llamado la atención dos en concreto: Uno, que llevaba desde las antiguas Atarazanas, en dirección a los Reales Alcázares, o mejor viceversa, al garantizar una salida hacia el río. Y otro, que parte de un lugar más remoto y también de mucha mayor antigüedad, cuya entrada está situada bajo las ruinas de lo que fuera un antiguo templo romano, más

concretamente hacia la confluencia del *decúmanus* y *cardo máximus* de la primitiva villa transformada por Julio César y sobre cuyo viario original, se fue edificando la ciudad actual.

—Debo confesarle que Monseñor Molinelli era sabedor, al menos por referencias, de la situación en la que nos encontramos y que igualmente le consta la existencia de los tesoros ocultos.

—Ya, nosotros también éramos conscientes de ello, puesto que suponía una tranquilidad, que si al desaparecer nosotros tres, don Armando, estoy seguro, sabría buscar una salida a una situación tan complicada.

—Bien, pero ahora de lo que se trata es de impedir que esos tipos culminen su obra. Por ello, le ruego que informe a don Ulpiano de cuanto ha acontecido —finalizó Cormack, estrechando con calor la enjuta pero firme mano de su amigo.

Al salir, miró con atención a ambos lados de la calle, sin que nada extraño llamase su atención, reparando en el templo situado frente a la cafetería, en uno de cuyos laterales aparecía un azulejo, rodeado de una bella orla barroca, en el que destacaba como motivo central, el rostro de una de las Dolorosas que adornan muchas calles de la Ciudad. Le dedicó un fugaz recuerdo, como acogiéndose a su ayuda, para enseguida, determinar la necesidad prioritaria de inspeccionar exhaustivamente, hasta sus más recónditos rincones, el interior de los sótanos de la Catedral y para mayor seguridad, la intrincada red de los Nueve Círculos. Así pues, le quedaban dos opciones: escudriñar el posible acceso a través del recinto de las Atarazanas, o bien, tratar de descubrir si era viable utilizar el pasadizo que discurría desde el templo romano que le indicase Trastorres. En ambos casos creía necesario informar a Julia y a su equipo de la posibilidad de esas alternativas, pero por otra parte, tenía muy presente su juramento de silencio, para no delatar la existencia de ese dédalo de plantas situadas bajo los sótanos catedralicios y sobre todo, su excepcional contenido.. Tomó su teléfono móvil y llamó a Julia O’Neill. Cuando la voz familiar de ella se escuchó al otro lado de la línea, él le habló en voz baja:

—Debo informarte de algo esencial y necesito tu ayuda.

—Sí, estoy trabajando en casa, puedes venir ahora —respondió Julia.

Daniel enfiló hacia la plaza porticada donde ya había estado en ocasiones anteriores. A lo largo del camino, tuvo ocasión de contemplar los preparativos que varias cuadrillas de trabajadores realizaban al montar una serie de mamparos de color rojo, para las tribunas y sillas, a lo largo de lo que sería el recorrido de las Hermandades hacia la Catedral. La actividad era frenética y el sonido ensordecedor al colocarse las plataformas sobre las que se ponían a continuación los asientos. Allí se situarían miles de personas durante los días de Semana Santa, para cuyo comienzo apenas faltaban escasos días.

Al llegar, encontró a Julia, ante un gran despliegue de planos y papeles sobre la mesa de centro. La besó apenas en el rostro y ella respondió con una mirada de interés, a lo que Daniel respondió, repitiendole prácticamente el mismo relato que hiciera al Archivero, eso sí omitiendo toda alusión a los Nueve Círculos. Sí le mostró su hallazgo de los dos pergaminos con la reproducción de las tablillas, así como su traducción al árabe.

—¿Me las dejas ver? —añadió Julia— Tal vez pueda deducir algo de su contenido.

—Por supuesto —respondió Daniel, sacando el texto de su bolsillo, esperando unos instantes mientras ella con suma atención, observaba tanto el dibujo de las tablillas, utilizando una pequeña lupa de aumento— ¿Puedes sacar alguna conclusión?

—Es un lenguaje utilizado en los siglos inmediatamente anteriores a Cristo, pero no alcanzo a calibrar todo su sentido. De todos modos lo que sí me parece es que el texto en árabe es una

interpretación parcial y sesgada. Sinceramente no veo que guarde rigor alguno.

—Tal vez sea un a modo de justificación para lanzar una soflama que sirva de base para la yihad —sugirió Cormack.

—Tal vez, pero para salir de dudas, sería conveniente que la envíe a nuestra Central —añadió la joven, haciendo un gesto de fotografiar ambos pliegos— ¿Tienes inconveniente?

—No, evidentemente. Pero como supondrás ya las he hecho llegar a mi superior en Roma, para lo mismo, pero al fin y al cabo contáis con todo lo que cualquier servicio secreto pudiera desear y más. Ahora nos toca averiguar dónde han ido a parar tanto el grupo terrorista como, sobre todo, el artefacto que han desembarcado. La pista se diluye en los sótanos de la Universidad, pero todo parecer indicar que su intención es llevarla a un lugar más céntrico, hacia la zona monumental, para causar un mayor daño tanto físico como material. Al fin y al cabo ellos odian todo lo que supongan monumentos de otras creencias y civilizaciones.

—¿Tal vez, la Catedral? —apuntó ella en voz baja.

—Tal vez —remachó él, dándose cuenta que si querían neutralizar a los asesinos, no valía mantener más incógnitas sobre el lugar en el que pretendían deflagrarla con toda probabilidad.

—Conocemos que este templo —indicó ella, señalando con su índice los planos situados sobre la mesa— cuenta con dos plantas de sótanos muy amplias. Cualquier lugar escondido ahí, podría servirles de refugio.

—Pienso que será interesante girar visita a ese lugar, para descartar la presencia de algo anómalo. Tengo la ventaja que hay un miembro de la Curia conocido, quien no creo que tenga inconveniente en franquearme el camino. Pienso que será más fácil que lo haga yo solo y si observase algo extraño, te avisaría para que actuaseis.

—Es muy peligrosa esa opción, Daniel, pero por ahora, no creo que haya otra. Mantenme informada en todo momento, para ir en tu ayuda con nuestro equipo si fuese necesario.

—Descuida, así lo haré. Eres mi única esperanza, si las cosas se tuercen —añadió Cormack, cambiando el tono de voz y mirándola fijamente a los ojos, tras levantarse, y tomando su mano entre las suyas, apretándola con cierta vehemencia, para salir de la estancia sin volver el rostro.

Julia en tanto, permaneció de pie, con los brazos extendidos a los lados del cuerpo y deseando ardientemente volver a ver a su cada vez más íntimo amigo. El agente, en tanto una vez en la calle, apresuró el paso camino de la Hospedería. Si quería adentrarse por aquel dédalo subterráneo, debería pertrecharse antes con la ropa y el material adecuados, sabedor de cómo era aquél inframundo de galerías bajo la Catedral. Ello le hacía deducir que el posible acceso del que le hablase Luis Trastorres, no debería diferir mucho ni en dificultades ni en peligrosidad del que ya había tenido ocasión de visitar.

Al salir, camino del antiguo templo romano, surgido de una de las estrechas calles que daban a la plaza, la figura de un hombre alto y fornido, le abordó sin ambages.

—Señor Cormack, permítame presentarme, mi nombre es Richard Smith —habló en voz baja, sacando del bolsillo su identificación—. Sé de su misión en Sevilla, así como su estrecha colaboración con Julia O’Neill y al igual que ella, como ve, pertenezco a la misma Agencia, si bien por razones estratégicas trabajamos por separado, dado que acabo de llegar a Sevilla, aunque soy conocedor de la misión que debemos afrontar.

Daniel, se detuvo unos instantes, dirigiendo una mirada inquisitiva al hombre que con tanta aparente claridad se dirigía a él.

—Veo que obviamente, conoce nuestra situación. ¿Pero qué le hace pensar que puedo confiar en usted? Últimamente hay una serie de personas que han intervenido en este asunto, sin que esté

claro su papel o mejor dicho, estando muy patentes sus intenciones —respondió Cormack, pensando en el asesino del Profesor.

—No sé a qué personas se refiere, pero sí debo indicarle que formo parte de una unidad que lo único que trata de es prestar la cobertura necesaria a esta misión, vital para la seguridad de mi país

—¿Su país? En todo caso de Europa. Pero en ese supuesto, debería coordinarse mejor con su colega, la señorita O'Neill que conmigo ¿no le parece? Y en todo caso, intentar posicionarse, procurando no entorpecer la labor que desde hace tiempo, otros venimos desarrollando.

Dichas estas palabras, Daniel hizo un leve gesto, con lo que daba a entender a las claras, que había finalizado la conversación, al menos por su parte. La rabia, se había apoderado de él, si bien se contuvo, ya que la situación requería guardar toda la calma posible ¿Qué se había creído este tipo para abordarle de esa manera, sin cuidar las mínimas normas de seguridad? Daba la impresión de gozar de una suficiencia, totalmente en contra de la discreción que la gravedad del momento requería.

Cuando comprobó que el tal Smith había desaparecido, prosiguió su camino, hasta llegar al lugar en el que se levantaban tres enormes columnas de piedra, que hundían sus basamentos a unos metros de profundidad, bajo el nivel de la calle. Se preguntó cómo introducirse en aquel recinto protegido con una reja de cierta altura. Consideró que lo mejor era pedir la opinión de su viejo amigo Trastorres. Tras la conversación, mientras esperaba la respuesta, decidió observar detenidamente todo el perímetro de aquel cubículo, cubierto de plantas y verdina en su fondo, lo que impedía discernir con claridad hasta donde estaban al aire los pilares de aquellas inmensas moles. Pasados diez minutos el Archivero, le dio las señas de la persona que debería franquearle el acceso, un tal don Albano Rodríguez. Despacio, rodeó la manzana, adentrándose por una vía aún más estrecha que las anteriores, donde apenas cabía una persona. No había un alma en los alrededores y el silencio solo quedaba roto por el lúgubre tañido de una campana que repicaba cadenciosamente como anuncio de la celebración de una misa de difuntos en algún templo cercano.

Llamó a un grueso portón pintado de gris, percibiendo al cabo de unos instantes el leve sonido de unos pasos al otro lado. Al instante,oyó descorrerse un cerrojo y el paso quedó expedito. Ante él, aparecía un hombre de mediana edad, grueso y amplias entradas, cubierto con un chaleco gris abotonado, que dejaba al aire las mangas de una camisa blanca y una corbata anudada al cuello.

—Sea bienvenido señor Cormack, don Luis, me acaba de hablar de usted con mucho interés, por lo que me pongo a su entera disposición.

—Le agradezco su gentileza. Como ya le habrá indicado el señor Trastorres, es de vital necesidad para mí, poder tener acceso a la entrada a unas galerías subterráneas, que al parecer, parten del recinto donde se sitúan las columnas del antiguo templo, justo a espaldas de este edificio.

—Ya, me lo ha explicado con suma claridad mi buen amigo y como comprenderá no es algo habitual, pues está totalmente prohibido autorizar el acceso a esos lugares, por el riesgo que representa para los que quisieran recorrer esas peligrosas galerías, que no se sabe muy bien a donde conducen, pues si bien a veces se han iniciado prospecciones, se han tenido que interrumpir al poco, por falta fundamentalmente de presupuesto y ante la complejidad que ofrecen.

—¿Y siendo así como es que usted me puede facilitar esa entrada?

—Pase por favor y se lo explicaré.

Entraron en una sala, iluminada por una lámpara de forja y en su centro aparecía una recia mesa de madera tallada, tipo de las que aquí se conocen como San Antonio, con un ánfora de cobre sobre ella, a cuyos lados se situaban por dos sillones de cuero cuarteados, flanqueados por varias sillas similares. Adosadas a las blancas paredes encaladas, unos relieves en madera de las cabezas de unos guerreros. El hombre hizo un ademán al recién llegado, invitándole a tomar asiento.

—Quisiera aclararle que don Luis, al que conozco desde hace muchos años, es una persona que goza de todo mi respeto y absoluta confianza y me consta que si me pide algo de semejante importancia, debe ser a todas luces, porque lo considera absolutamente necesario. Como podrá suponer las entradas a los recintos subterráneos están totalmente vedadas al público y solo de modo excepcional, se otorgan autorizaciones para casos muy puntuales, que deben contar imprescindiblemente, con permisos municipales, del Patrimonio Histórico y un sinfín de estamentos, en función de lo que se desee estudiar.

Daniel seguía con atención las palabras de aquél sujeto que le hablaba, esperando alguna conclusión. En tanto, el que parecía ser dueño de la casa, observaba con atención al recién llegado. Diríase que ambos extraían sus propias deducciones, uno de su silencio y otro, a medida que hablaba.

—Bueno, creo entender como profesional que es usted también, que el hecho de tener que saltarse todos los requisitos requeridos, obedece a una causa sumamente urgente, que al contar con el aval de don Luis, debe quedar exclusivamente entre nosotros. Supongo que es usted un experto en Historia, así como también investigador, diríamos, que con cierta práctica policial, ¿no estoy en lo cierto?

—Podríamos decir que en parte sí, ¿pero eso quiere decir que también es experto en Bellas Artes?

—No, señor Cormack, yo soy comisario de policía, pero vivo en esta casa desde donde se puede acceder a esos sótanos que quiere visitar y debido precisamente a mi profesión soy como un guardador de esta zona, que en alguna ocasión, se ha visto asaltada por maleantes que intentaron extraer objetos de cierto valor. Aunque no se lo preguntaré, usted precisamente no está interesado en ese tipo de obras ni estudios.

Se hizo un breve silencio, mientras Daniel sopesaba las palabras que con aparente sinceridad, le había manifestado su interlocutor.

—Debo confesarle que no son los restos arqueológicos ni otros objetos de arte los que ahora me llevan a recorrer esas galerías, aunque tampoco puedo por el momento facilitarle más información.

—No se preocupe, ya le digo que basta que don Luis me haya formulado esta petición de forma tan urgente, para que, bajo mi responsabilidad, le facilite ese acceso sin inquirir nada más. Ahora bien, debo manifestarle que yo solo me he adentrado unos pocos metros por su interior, pero tengo entendido que existen bifurcaciones que pueden hacerle perder el sentido de la orientación y que le resulte muy laborioso, cuando no casi imposible, dar de nuevo con la entrada.

—En este caso, si no regresase por este mismo lugar, no debe preocuparse, pues probablemente haya dado con otra salida.

—Me consta que las debe haber, pero en todo caso, le aconsejo que tenga mucho cuidado, no sabemos lo que se puede encontrar.

—Descuide, señor Rodríguez, ante todo le agradezco infinito su colaboración y sus consejos, Tenga por seguro que le informaré de mi regreso y algún día confío, le pueda relatar la verdadera

índole de esta investigación, que como profesional, no dude le haré con sumo gusto.

—Bien, pues entonces, acompáñeme, si como veo ya viene provisto de ropa adecuada.

Efectivamente la vestimenta que Daniel llevaba, podía considerarse la más apta para una incursión de esa índole, a través del subsuelo de la Ciudad, por unos caminos desconocidos. Salieron de la estancia y bajaron por una pequeña escalera. Al final, se encontraron con una puerta de gruesa chapa, que el policía abrió con rapidez. Desde allí se divisaba la impresionante altura de las tres columnas con una perspectiva distinta, así como los basamentos de los grandes pilares, ocultos parcialmente por el agua, salpicada de una espesa verdina

Siguieron avanzando por el estrecho corredor que discurría a lo largo del muro hasta llegar a otra escalinata de ladrillo, protegida con una cancela de barrotes de hierro en la que destacaba una enorme cerradura que el comisario abrió con una llave metálica de grandes dimensiones. Cuando ésta quedó expedita, el policía invitó a pasar al agente, que hubo de agacharse para traspasar el dintel.

—Creo que deberá hacer acopio de algunos pertrechos para poder recorrer el pasadizo, señor Cormack. Vea que hay colgado diverso material, que usaban los equipos de investigación que trataron de levantar la planimetría del lugar, como linternas especiales, cordajes con ganchos de seguridad, etc. Tal vez le convenga llevar algo de ello.

—Le agradezco la sugerencia y le ruego indique a don Luis que me he puesto en camino y trataré de informarle lo antes posible. Le doy las gracias de nuevo don Albano y no dude que le llamaré al número que me ha dado, si no regreso por este mismo acceso.

Cargó al hombro una madeja, en la que se engarzaban una serie de mosquetones y encendió una de las dos linternas y una pequeña brújula que cogió, para desaparecer a continuación, tragado por la oscuridad, tratando de seguir en dirección preferentemente hacia el Sur con una ligera deriva al hacia el Este. Enfocó el haz de luz de su lámpara las paredes y techo, comprobando que estaban compuestos de hiladas de ladrillos, en tanto que el suelo aparecía con grandes placas de pizarra, cubiertas de suciedad y colocadas de forma irregular. La anchura en principio no permitía extender del todo los brazos, en tanto que la altura era algo inferior a los dos metros. Recorrió unas decenas de pasos hasta alcanzar una zona en la que terminaban los ladrillos y el hueco se hacía sensiblemente inferior, mientras iniciaba un descenso algo pronunciado. En el pavimento se adivinaban lo que parecían los restos de unos escalones desgastados. Al fondo, una oquedad casi circular hacía pensar que quien continuase por ese punto, debería optar por reptar si quería proseguir. Miró su brújula y consideró que sería más conveniente tomar por la abertura que aparecía a la izquierda, que pese a su estrechez, le permitiría avanzar de pie aunque algo inclinado. De pronto, se detuvo al descubrir una acusada depresión del suelo, cuyo nivel continuaba como unos dos metros bajo donde ahora se encontraba. Agarrándose con las manos, dejó caer todo el peso del cuerpo, notó cómo las punteras de sus zapatos parecían tocar una superficie plana, aparentemente firme. Con suavidad, tanteó el piso a su alrededor, verificando su consistencia .Encendió de nuevo la linterna, comprobando que se hallaba en medio de una cavidad más ancha de lo que imaginaba, donde se distribuían varios huecos a diferentes alturas, similares al que había utilizado para descender. Tanto era así, que creyó oportuno marcar con una señal, el orificio por el que había discurrido, por si le servía de referencia para el caso de tener que regresar por el mismo camino.

Tras descansar unos instantes, creyó oportuno continuar en la misma dirección indicada y ante él, distinguiendo una protuberancia que ocultaba otra galería tapada con una serie de piedras que parecían haberse colocado con el fin de tratar que pasara desapercibida a quien osase aventurarse

por aquellos lugares. La depresión del túnel continuaba en sentido descendente, calculando que desde que comenzara su aventura, debería haber bajado entre quince y veinte metros de profundidad. En cuanto a la distancia en línea recta, le resultaba más difícil su estimación, debido a los hasta entonces suaves recodos y a las depresiones del propio terreno.

Decidió seguir, pese al gran esfuerzo que le producía avanzar por el cada vez más tortuoso espacio, donde el penetrante olor a humedad, le dificultaba la respiración, creyó por un momento que el sendero tocaba a su fin y que se vería obligado a volver atrás sobre sus pasos, aunque prácticamente comprobó que no podía ni girarse, dado lo angosto de la cavidad hasta la que había logrado acceder. Con el rayo de luz de la linterna recorrió con minuciosidad la estrecha abertura situada frente a él, descubriendo una delgada quebraja de piedras de tipo calizo. Sujetó con fuerza la arista de la roca más saliente, constatando con sorpresa que ésta se movía con facilidad, dejando ver unos esquistos, que se desprendieron igualmente sin apenas esfuerzo. Casi en posición horizontal, acabó de retirarlos, lo que le permitió contemplar un espacio, semejante a una cueva, cuya altura y anchura hubiesen permitido el paso a varias personas. Calibró el recinto, iluminándolo en todas direcciones, hasta comprobar que solo contaba con otra salida, situada al lado opuesto a donde se encontraba. Tan absorto iba analizando su descubrimiento que no notó, el siniestro crujido que se produjo bajo sus pies y que le hizo saltar hacia atrás de forma súbita. Bajó el haz de luz y ante él, se apreciaban una serie de huesos y cráneos que parecían observar desde sus vacías órbitas al recién llegado.

Tras este hallazgo, trató de extremar la precaución para evitar nuevas sorpresas, preguntándose qué significado tendría aquella lúgubre cámara y de quiénes serían aquéllos restos, situados a los pies de esa especie de piletas de barro. Daniel no podía adivinar que desde su entrada por las ruinas del templo, había alcanzado lo que era conocido por la tradición, como el Horno de las Brujas, donde antiguos personajes diabólicos celebraban ritos demoníacos y prácticas de magia, que la mayoría de las veces terminaban con la vida de aquéllos desgraciados que osaban desafiar y adentrarse en esos tétricos lugares, para expiar sus culpas o como objeto de simples venganzas personales. La sorpresa de Daniel Cormack, fue en aumento al descubrir unas placas de mármol, escritas en latín que hacían deducir lo pretérito de aquel lugar, pese a estar prácticamente borradas por el tiempo y por la suciedad adherida. Tal vez aquel espacio —pensó— hubiese estado destinado a albergar unas termas romanas, si bien con el paso del tiempo, debió cambiar de uso para dedicarse a aquella especie de aquelarres que mostraban los despojos de los esqueletos allí esparcidos, muchos de cuyos cráneos ofrecían señales de haber sido torturados hasta morir.

Comprobó que habían pasado nada menos que unas cuatro horas desde que iniciase su andadura. En ese momento, notó la sequedad de su garganta y decidió echar un trago de agua de la botella que había guardado en su mochila a falta de otros víveres. Se preguntó si estaría ya próximo a alcanzar su objetivo y si el camino elegido le conduciría a otra posible entrada por la que penetrar en alguno de los Nueve Círculos. Imaginaba que aún le quedaría un tiempo para tratar de acceder a su meta y más aún, localizar la situación de la bomba que escondían los terroristas.

Se puso en pie, sacudiéndose algo del polvo acumulado mientras la intensidad de su linterna comenzaba a disminuir, por lo que decidió apagarla y sustituirla por la otra que traía en prevención. Tras verificar la aguja de su brújula determinó que convendría seguir por el lado opuesto al que había entrado. La abertura por la que penetró ofrecía una arcada de ladrillo, similar a la que descubriera para alcanzar aquél recinto. El túnel era algo más espacioso que los

anteriormente recorridos, lo que en principio le animó a continuar en su avance con una cierta mayor velocidad. Al cabo del unos metros, el piso se hacía más y más estrecho cada vez. Cuando de repente su pie derecho no encontró el pavimento bajo él, perdió el equilibrio y pese a su rápido movimiento reflejo, no pudo evitar caer hacia el costado, chocando violentamente su hombro contra el muro de piedra, en tanto que su cuerpo se desplomaba por una especie de fosa inundada por una rápida corriente de agua que le arrastraba irremisiblemente en su descenso. Trató en todo momento de aferrarse a algún saliente, pero tuvo que dejarse llevar por la escorrentía, cada vez más intensa y caudalosa. El líquido le llegaba a la garganta, dificultándole la respiración, pese a lo cual trataba de mantenerse a flote, llenando sus pulmones de aire. Durante unos largos instantes, que se les hicieron eternos, siguió corriente abajo, pensando en su destino final.

De repente, todo cesó y sintió la sensación que su cuerpo flotaba en el espacio, segundos después, notó el impacto contra el agua, en lo que parecía era una catarata por la que había caído. Aturdido, intentó nadar, sacando la cabeza a flote y dando unas potentes brazadas que le alejasen del torrente de agua que continuaba cayendo con violencia. Al alcanzar una zona donde aquella especie de cisterna de grandes dimensiones remansaba el caudal, comprobó que casi instintivamente, su mano no había soltado la linterna, dada la oscuridad absoluta que reinaba a su alrededor. Trató de asirse a una de las sinuosidades que ofrecía la piedra, mientras encendía la lámpara, enfocando el haz de luz hacia arriba y la vista que apareció ante sus ojos le resultó sobrecogedora: una enorme bóveda se perdía en las alturas, en tanto que de una pared lateral, brotaba como por ensalmo una atronadora corriente torrencial de helado líquido, que caía formando una cascada y se precipitaba en esa especie de laguna subterránea de forma circular en la que trataba de no hundirse**.** Recorrió las paredes sin encontrar nada que le sirviera siquiera como asidero para poder sacar el cuerpo a flote, por lo que, aspiró fuertemente unas profundas bocanadas de aire y se zambulló, descendiendo unos metros, para encender la linterna y dirigirla a su alrededor. Subió a la superficie, pero al menos ya sabía hacia donde se dirigía la hipotética salida del agua. Aspiró una nueva bocanada y se hundió con presteza en el sentido en el que creía haber descubierto que seguía la hipotética vía de agua. Nadó con desesperación y se introdujo por la oquedad por la que la propia corriente le arrastraba, a sabiendas que si aquel hueco no llegaba a un lugar abierto, no tendría fuerzas para poder regresar. Creyó que en pocos segundos los pulmones le iban a estallar cuando, de pronto, la corriente se convirtió en una nueva torrentera, que salía a superficie, permitiéndole un espacio en el que tomar oxígeno.

Trató de buscar una grieta o un saliente al que aferrarse, logrando que su mano se agarrara a una piedra que sobresalía y que afortunadamente no chocó contra su cabeza. Eso le dio tiempo para observar el reflejo de una leve y verdosa claridad, tal vez debida a alguna fluorescencia, que daba a aquel lugar un aspecto tétrico pero a la vez grandioso. Bajo una bóveda de más de cincuenta metros de altura, aún mucho mayor que la anterior, la corriente de agua que le había trasportado, seguía su descenso imparable, en lo que parecía una inmensa cueva. Estimó que él se encontraba a mitad de una de sus laderas y asomándose con precaución advirtió que el impetuoso caudal discurría hasta un gran lago al que otra corriente de agua situada en el otro frontal, aportaba igualmente un reguero de espumoso líquido.

Ahora, su experiencia en la escalada debería ponerla a prueba. Procuró fijar un mosquetón en la quebraja que aparecía junto a la roca a la que había podido asirse, para así, ensartar la cuerda, por uno de los ganchos y tras realizar la maniobra completa, aseguró la fijación y comenzó a deslizarse con lentitud, por la pared situada junto a la cascada de agua. Entonces comenzó a

analizar qué serían aquellos saltos de agua que se unían en un solo cauce. Recordó que la Ciudad de Sevilla era en un principio una población eminentemente lacustre y que se asentaba sobre el lecho de diversos ríos y pequeños lagos y afluentes. Lo cierto era que aquella sorprendente y grandiosa visión no debía ser conocida, dado que no tenía referencia alguna en libros de texto o de la Historia de Sevilla y se sentía como un explorador que descubre por vez primera un lugar ignoto.

Tras admirar el soberbio espectáculo que se ofrecía ante sus ojos, consideró que debía centrarse en su cometido, pese a la bajísima temperatura y la humedad que calaba sus huesos, debido a sus ropas empapadas y el apetito que comenzaba ya a hacer mella en su estómago. Comprobó que el Sur coincidía con el cauce que seguía la corriente subterránea que se formaba con la unión de las dos torrenteras y trató de calcular su progresión desde que comenzara su aventura, así como la profundidad a la que podía encontrarse. Si sus referencias eran correctas, podría estar como a un kilómetro escaso de su punto de partida y a un nivel que rondaría los casi cien metros de profundidad. El estrecho sendero, cambió súbitamente de rumbo, dirigiéndose hacia el Este y alejándose de la corriente del río, que se perdía de nuevo en la oscuridad de una enorme caverna, por lo que optó por tomar la dirección más factible hacia el Este. De pronto ante él, aparecieron unas gigantescas arcadas de ladrillo, perfectamente alineadas y simétricas, discurriendo en sus cuatro lados hacia un determinado punto y que se iban elevando de altura a medida que avanzaba. En ellas se distinguían losas de mármol e inscripciones de la más diversa índole. Las había romanas, visigodas, otras escritas en hebreo, lo que daba una idea del conglomerado de civilizaciones y culturas que allí se conjuntaban, que parecían ser el preludio de algo que sin duda, seguiría a continuación.

Al llegar a un amplísimo ábside en el que parecían converger todas las demás, enfocó la linterna hacia la parte superior y lo que contemplaron sus ojos, lo llenó de admiración, además de estupor. Sobre él, aparecía el vértice de una enorme pirámide invertida, que daba la apariencia de flotar en el aire, cuyos cuatro lados se sustentaban en una prodigiosa obra de ingeniería de arcadas que de forma escalonada, iban discurriendo en sentido ascendente. Constató que en uno de los laterales se apreciaba una escalinata, como una gran escalera de caracol, que parecía llevar hacia las bóvedas superiores.

En aquel momento Daniel, se preguntó cómo esa inmensa construcción había podido pasar ignorada y desapercibida a tan gran profundidad. Pese a la premura del tiempo, al hambre y la sed que le acuciaban de forma insistente, además del intenso frío, decidió encaminarse hacia donde apuntaba esa especie de remate a modo de cúspide pero en sentido descendente. En la perpendicular del mismo, en el pavimento inferior, situado varios metros por debajo, aparecía una gran losa circular, orlada con una cenefa formada con el número 55, repetido en su derredor. Acercó la luz y pudo descubrir con sorpresa que estaba escrita en caracteres árabes, en la que distinguía en su centro, como una especie de constelación de estrellas y la leyenda que, con dificultad, pudo descifrar, cuyo contenido decía:

ESTE PUNTO, QUE NACE DESDE LO MÁS PROFUNDO DE LA TIERRA, MARCA EL COMIENZO QUE SUSTENTA EL LUGAR DONDE SE CANTA LA DEVOCIÓN Y MAGNIFICENCIA DEL SER SUPREMO: AL-LÂH, DEL QUE TODO PROVIENE.

Daniel releyó con detenimiento el texto del epitafio una y otra vez, que a modo de friso, rodeaba la piedra redonda. Miró hacia arriba, observando la puntiaguda terminación de la pirámide, dirigido al corazón de la lápida, cuyas cuatro caras estaban señaladas, empezando por la cara Este, con los números 1, 2, 4, 8 y sintió un escalofrío. Aquella inmensa mole,

aparentemente flotando en el aire, sostenida por ese cúmulo de recias arcadas, soportaba de forma casi milagrosa, la pirámide que era la piedra filosofal sobre la que se asentaba en su base superior, el alminar de la primitiva mezquita de Sevilla, que ahora se conoce con el nombre de La Giralda y los cuatro número representaban la premonición de la Reconquista de la Metrópolis por las huestes del Rey Fernando III.

CAPITULO XXIX:
ATRACCIÓN

Cuando Daniel Cormack, tras mirar su reloj, se percató del tiempo transcurrido supuso que en la superficie ya debía ser noche cerrada. Procuró reordenar el cúmulo de sensaciones y de sus propios pensamientos, tratando de sustraerse a la belleza del magnificente y casi irreal desafío arquitectónico que parecía flotar ante sus ojos. Ello le llevó a pensar como conclusión, que si estos eran los singulares cimientos de la torre aledaña a la Catedral, toda la trama profunda de los Nueve Círculos debía estar muy próxima, aunque no supiese con exactitud en qué cota o nivel se situaría frente al lugar en el que ahora se encontraba. Analizó el trazado que había recorrido desde que se introdujese en la primera galería y la posible trayectoria que había seguido, de forma involuntaria en su última etapa, por mor de los saltos de agua y la caída libre, a través de la corriente impetuosa que le llevó a bastantes metros de profundidad, hasta dar con la confluencia de los dos ríos subterráneos. Si no recordaba mal, tenía una cierta idea sobre la existencia del cauce de un antiguo afluente, que discurría por la llamada Alameda de Hércules, en dirección a la antaño conocida por calle de los Tres Conventos, hasta llegar a desembocar finalmente en el Guadalquivir. Ello le llevaba a pensar que su trazado bajo tierra, debía estar próximo a la Iglesia que se levantaba adosada a los mismos muros catedralicios por el lado de poniente. Por tanto el eje para localizar el acceso al secreto mejor guardado del Rey Felipe, debería descubrir una entrada entre el sitio en el que se unen las dos torrenteras, por donde saliera del lago y el lugar en el que ahora se encontraba, cuya derrota le había obligado a caminar en dirección Este.

Sintió un profundo escalofrío, pues sus ropas, por la humedad del lugar permanecían empapadas y no acababan de secarse, comprobando la piel arrugada de los dedos de sus manos, dando signos evidentes de que comenzaba a sentir que le faltaba el aliento, después del terrible esfuerzo realizado para salvar el cúmulo de dificultades que debió superar.

Era consciente que debía sobreponerse y a toda costa, localizar una abertura en ese dédalo de pasadizos que discurrían por las entrañas de la tierra, que al fin, le permitieran acceder a esa ciudad oculta bajo los sótanos de la Catedral. Todo era pura deducción, pues se le hacía muy difícil admitir que una obra tan colosal, sólo tuviese entrada por los sótanos del templo, máxime cuando sus constructores debían haber previsto varias vías de escape o de entrada ante situaciones extremas. Pero todo eso no pasaba de ser una mera suposición, con la que justificar esos razonamientos teóricos, entre otras cosas porque no tenía otra posibilidad a la que aferrarse. Se sentó junto a la enorme piedra circular y con el pañuelo exprimido, trató de absorber en la medida de lo posible, los restos de líquido del interior de sus zapatos de suelas de goma, enfundándoselos de nuevo. No había conseguido gran cosa, pero la sensación al ponerse en pie y dar unos pasos fue algo menos molesta. Hizo lo propio con los objetos de la bolsa que llevaba al hombro y decidió que era momento de continuar su búsqueda antes que las fuerzas le abandonasen definitivamente.

Dirigió una postrera mirada a aquella portentosa obra, que durante tantos siglos, llevaba oculta y suspendida, casi ingrávida, sobre el encaje de sus arcos. Se preguntó si alguna vez tendría ocasión con mejores medios y tiempo suficiente, de poder admirarla en toda su extensión, pero una vez más, lo alejó de su mente, dado que en estos momentos, no era esa su prioridad inmediata.

Retrocedió sobre sus pasos comprobando con la brújula, que tomaba en dirección Oeste,

escudriñando con suma atención toda señal o posible indicio. Así, avanzando metro a metro, en una de las sinuosidades que ofrecía el oscuro corredor, reparó en algo que a su ida le había pasado desapercibido: dos fustes de columnas, casi ocultos por una espesa capa de verdín acumulado a su alrededor, que parecían conformar el dintel de una entrada, si bien, entre ellas no había resquicio alguno de hueco o entrante del terreno que invitase a pensar que allí había un posible acceso. Pese a ello, con los dedos, rascó la tierra húmeda que cubría el estrecho paramento que había entre ambas, dejando al descubierto una losa de la que intentó desprender los residuos de suciedad. Con lentitud, fue dejando al aire su contorno que alcanzaba unos sesenta centímetros de lado por otros tantos de ancho, pero lo que llamó su atención fue la inscripción que aparecía en el centro y que finalmente pudo leer: *MILITUM + SIGILLUM.* ¿Qué podrían significar esas dos palabras, en un lugar tan remoto?

De repente, cayó en la cuenta que esa leyenda cambiaba el signo de toda la investigación en aquel laberíntico lugar. Si no recordaba mal sus conocimientos de la lengua latina, esa frase era la utilizada por los caballeros de la Orden del Temple ¿Pero qué significaban allí en un sitio tan oculto y enterrado como en el que se encontraba, a muchos metros bajo la Ciudad? Ambas palabras no ofrecían dudas sobre su traducción moderna bien al italiano o al propio castellano, pero por sí solas carecían de sentido. Debía haber algo más. Limpió más profundamente los trazos de la escritura y el signo central, al frotarlo con la yema de los dedos, experimentó un giro de 45º, poniéndose en forma de equis. ¿Qué era aquello? Evidentemente el aspa, no tenía la misma connotación que el signo más y ahora sí encajaban las dos palabras unidas por esa *X*, pues ésta se utilizaba para representar la abreviatura de *Xristi*. De este modo, la traducción y el mensaje si eran comprensibles: Los caballeros de la Orden, lo traducirían al francés como «*sceau*», mientras que al castellano su transcripción sería «*EL SELLO DE LOS CABALLEROS DE CRISTO*»

Y si esta lápida pretendía servir de sello o enmascarar algo, cabía la posibilidad que su fin fuese ocultar la entrada a algún arcano al que se pretendía proteger. La frente de Daniel se cubrió de gotas de sudor, tratando de buscar soluciones al enigma ante el que se encontraba. Sobre todo, ¿qué representaban esas palabras y uno de los signos más característicos de los caballeros templarios, al lado mismo de unos cimientos construidos por los árabes, en una época casi coetánea a los primeros antecedentes del nacimiento de la Orden del Temple en Europa y previo a las Cruzadas?

A él le constaba que, según los datos que conocía tanto del año de fundación de la Orden, en 1119, como el de inicio de la construcción de la torre por los almohades, en 1184, había transcurrido más de medio siglo. Por tanto, ¿cabía la posibilidad que los caballeros del Temple hubiesen conocido aquél lugar, aún antes de haberse comenzado a edificar la torre almohade? ¿Cómo y por qué se habían infiltrado en una ciudad musulmana para, supuestamente, labrar aquél endiablado laberinto en lo más oculto de sus profundidades? ¿Y si era así, quería decir que los famosos Nueve Círculos que mandase construir el Rey Felipe II, se establecieron en unas galerías ya preexistentes? Lo cierto era que el misterio se le antojaba apasionante, si no fuera porque todo aquel inmenso acertijo y mucho más, podían quedar reducidos a la nada, si los miembros del ISIS lograban su propósito.

Por ello, dedujo que si quería llegar al fondo del enigma, debería encontrar el modo de retirar la gruesa lápida de piedra y averiguar qué se ocultaba tras ella. Decidió utilizar los mosquetones de la cuerda, para retirar la compacta capa de tierra que la rodeaba, sin que apareciese signo alguno de cómo estaba sujeta entre las dos columnas. En ese momento, la linterna comenzó a dar signos

de agotamiento y pensó con preocupación que si finalmente se sumía entre tinieblas, le sería imposible salir de aquel fatídico laberinto donde quedaría enterrado para siempre. Con vehemencia, volvió a recorrer con sus dedos la superficie de la losa, observando que al tocar de nuevo la X, volvía a girarse. Le dio varias vueltas, introduciendo los pulgares en las hendiduras del símbolo y notó cómo se desprendía de la parte baja, una gran cantidad de tierra. Con resolución, metió las manos por la hendidura y tiró con todas sus fuerzas, comprobando que el grueso pedrusco se le venía encima, teniendo que dar un violento salto hacia atrás, para que no le aplastase las piernas.

Repuesto de la impresión, introdujo su cuerpo por la profunda cavidad que se ofrecía ante él y para sorpresa suya, lo que pudo contemplar era una galería recta, de paredes secas, que se perdía en la oscuridad, pero de la que emanaba un frío glacial. A uno de sus lados, tres cruces diferentes: La de San Andrés envuelta en un marco ochavado. La Tau[57], sobre la que se elevaba la silueta de una imagen. Y la tercera, patriarcal. De sobra conocía que en el mundo en el que se desenvolvían los caballeros templarios, existía un código secreto para entenderse entre ellos, sin que nadie pudiese intuir qué trataban, ni sus propios sirvientes, ni incluso otros caballeros de la Orden de rango inferior. Para ello usaban la Cruz paté en color rojo, terminada en puntas, con el remate ochavado que la rodeaba y que contenía todo un alfabeto indescifrable, conocida como la Cruz de las Ocho Beatitudes. En cuanto a la segunda Cruz, en forma de Tau,con una imagen sobre ella, era el resultado de la adoración secreta que profesaban a las vírgenes negras, como fuentes de la sabiduría, cuyos orígenes se remontaban a la llegada de los primitivos caballeros de la Orden, procedentes de Jerusalén, a la isla de Philae en el rio Nilo, donde admiraron el refinamiento cultural que profesaban de modo residual al cabo de los siglos, un pequeño núcleo de egipcios que se perpetuaban en el culto a la diosa Isis y que ellos transformaron en realidad a otra devoción dedicada a la figura de la Magdalena, pese a que eludían manifestarlo públicamente, para evitar reacciones contrarias dentro del seno de la jerarquía eclesiástica que entonces ejercía su influencia en Europa. Por último, observó con detenimiento la última cruz patriarcal, pero si bien sabía de su utilización por el Temple, no lograba determinar el sentido de su presencia en aquel lugar.

Continuó observando cómo en las recias paredes de piedra, aparecían grabadas con una serie de leyendas, sorprendentemente legibles y en buen estado de conservación. La primera de ellas justo a la entrada, que le permitió desvelar con claridad meridiana, quiénes habían labrado aquel recinto, o al menos los autores de aquellas frases y símbolos crucíferos:

«*Tu honor es tu vida, que nadie te lo dispute*». Para a continuación, otro texto mucho más explícito: «*Un templario debe vencer o morir*».

Daniel no daba crédito a la serie de evidencias que paso a paso, se iban mostrando ante sus ojos y que, pese a ser hombre experimentado en desentrañar misterios, esta sucesión de descubrimientos, parecían querer sobrepasar su capacidad de comprensión. Adelantó unas decenas de metros, constatando, que cada vez, la intensidad de la luz que portaba era menor. Al alcanzar una especie de ensanche, pudo comprobar que las frases, milagrosamente nítidas, seguían motejando las paredes, llamándole poderosamente la atención la que tenía situada frente a sí:

«*En la profundidad, se derramó tanta sangre, que los cadáveres de nuestros enemigos flotaron en ella*»

Términos que parecían indicar el cruento enfrentamiento que debió acontecer quizás en ese

abismo o tal vez en otro lugar cercano. Al dar unos pasos más hacia adelante, descubrió otra leyenda reveladora:

«*El fuego no se deja impresionar por la cantidad de leña que tiene que quemar. Puedes usarlo sin tasa*»

El contenido de esta nueva máxima, le hizo mirar con atención el suelo a su alrededor. Ante sus ojos aparecieron apiladas una enorme cantidad de teas y distinguió junto a ellas, pedernal y útiles para encenderlas. Rápidamente trató de prender una, lo que logró al cabo de un tiempo de frotar intensamente la piedra. La luz cegadora de la antorcha iluminó el recinto, cuando el último aliento de luz desaparecía en la linterna, lo que hizo que Daniel lanzara un suspiro de alivio, al comprobar que al menos por el momento, no quedaba inerme en medio de las tinieblas. Elevó con su brazo el grueso hachón encendido para alcanzar una mejor percepción del entorno y bajo la cúpula, descubrió la que pudiera ser la frase más definitoria de la intención de los ocupantes que siglos atrás transitaron por aquel submundo desconocido:

«*Caballeros enviados de Dios, proteged estos caminos, como lo hiciera Hugo de Payens en Jerusalem*»

Estas palabras hicieron recapacitar a Daniel, sobre todo el cúmulo de datos de los que había ido teniendo conocimiento desde hacía varios días. Sabía que, según le manifestara Luis Trastorres, el Rey Felipe II mandó construir una especie de ciudad subterránea bajo los sótanos del propio templo mayor, basándose en la leyenda de Dante y los Nueve Círculos, pero ¿y si en realidad, esos nueve círculos ya estaban construidos y lo que realmente hizo fue adecuarlos para el fin al que quería destinarlos, aplicando el nombre de los Nueve Círculos en honor y memoria de los nueve caballeros que fundaron la Orden del Temple, comandados por Hugo de Payens? Las consignas grabadas, parecían corroborar esta posibilidad y que fueron realmente los templarios los que, al menos, adaptaron a sus fines, aquella intrincada red de galerías, muchas de las cuales podrían ser preexistentes y otra, tal vez, que fueran construidas por ellos mismos. Aspiró una profunda bocanada de aire y llegó a la conclusión, que al fin debía estar muy cerca del lugar donde se escondían los tesoros acopiados por los Nueve Duques.

Apareció ante él un postiguillo de hierro sobre el que rezaba «*Llévanos a la Gloria*». que daba a entender lo que podría significar una entrada a otro espacio de aquel inframundo desconocido. Buscó un soporte donde puso la antorcha y dejó en el suelo las otras dos que había cogido como reserva. Golpeó con fuerza, utilizando los mosquetones y lo que descubrió en su interior, no pudo por menos que sobrecogerle, pese a tener casi agotada su capacidad de asombro:

Una vasta sala circular, cuyas paredes de piedra estaban grabadas con las figuras de Lucifer y el propio dios Júpiter, con las cabezas hacia abajo, como señalando el infierno del que parecían emerger y en el que penaban sus culpas. Pero lo que llamaba poderosamente la atención era el suelo con un entramado de piedras alineadas que permitían ver bajo él, lo que parecía un inmenso lago de agua cubierta por una fina capa de hielo. En el centro, el brocal de un pozo de gran tamaño que se elevaba como una columna, hacia la bóveda superior y por abajo se perdía en lo profundo. La circunferencia del recinto, estaba dividida en cuatro partes semejantes entre sí, en cuyas pilastras de separación aparecían sucesivamente, como si de un reloj se tratase, en el primer cuarto (0 a 3) la Caina, con una efigie que representaba a Caín, matando a su hermano Abel. El segundo cuarto (3 a 6) la Antenora, en alusión a Antenor, el mayor traidor de Troya que permitió que fuese arrasada por los griegos. En el tercer cuarto (6 a 9) se distinguía la Tolomea, dedicada al rey egipcio Tolomeo. Y el último cuarto (9 a 12) la Judeca, como referencia a la infame traición de Judas Iscariote.

Entre unos y otros cuartos en la superficie pétrea, se apilaban numerosos objetos de arte que llamaron poderosamente la atención de Daniel. Se acercó al borde de piedra de la gran cisterna central, donde con caracteres en castellano del Renacimiento, figuraba la inscripción «*Noveno Círculo*» y a continuación, un escudo de armas y el nombre del linaje de quien lo ostentaba: «*Ducado de Casas Frías*». Admiró cuanta riqueza aparecía apilada en medio de ese inmensa circunferencia, pese a que muchos de ellos, yacían esparcidos con claros signos de deterioro por el paso del tiempo y las duras condiciones climatológicas, pese a estar parcialmente protegidos por gruesas telas que sin duda debieron formar parte de la arboladura de algún viejo galeón.

Si algo tenía claro es que al fin, había localizado la ubicación de los Nueve Círculos y que debía intentar acceder a la planta que le mostraran el Canónigo y el Archivero, en el que se situaba el salón principal del recinto, donde se reunían los Nueve Duques con el Rey. Recordaba las explicaciones de su peculiar nuevo amigo, quién le había informado ampliamente, que se trataba de una recreación del infierno, inspirada en lo descrito en la Divina Comedia, por tanto, era cuestión de descubrir en cada uno de los círculos, las señales que los singularizaban, según la trama que Dante describía en su obra.

Calibró que la extensión de agua debía corresponder al nivel más bajo de todos y de ahí que la gélida capa del fondo de esa especie de lago, era la causa de ese frío que reinaba en todo aquel inmenso recinto. Hizo un esfuerzo, tratando de recordar cuáles eran los nombres y señas de los círculos que se situaban inmediatamente encima, pero el cansancio extremo que padecía y dolor que experimentaba, le impedían siquiera razonar de manera acorde. Decidió buscar un paso a la siguiente planta, por lo que creyó que sería mejor buscar la escalera de subida, si la había, en la zona cercana al gran pozo central. Introdujo la tea por el interior del hueco, moviéndola de izquierda a derecha, descubriendo que en la pared situada inmediatamente justo al lado donde él se encontraba, aparecían unos salientes a modo de escalones, que se prolongaban, siguiendo el anillo del pozo hacia la que sería la planta superior. Miró hacia abajo, donde sólo se observaba la tétrica negrura que impedía ver el final.

Con suma precaución recostó su espalda contra el muro de piedra de la cisterna, tanteando con sus pies, la solidez de los bloques que sobresalían tratando de buscar un asidero por pequeño que fuese, pero no había resquicio alguno, mientras sujetaba con fuerza la antorcha. Lentamente, fue ascendiendo más de veinte peldaños, hasta localizar una salida practicada en la misma pared, que parecía ser el acceso al nivel superior. Lanzó la tea por el hueco y se agarró con ambas manos a los bordes calizos de areniscas, tomando impulso para llevar su cuerpo a la exigua abertura, momento en el que sintió que la huella en la que apoyaba sus pies cedía, cayendo al abismo. Puso en máxima tensión los músculos de sus brazos que sostenían todo el peso de su cuerpo en el vacío y finalmente logró caer sobre el pavimento pétreo en el que la cabeza de la antorcha, seguía ardiendo. Reparó, que pese al tamaño y solidez del paramento desprendido, no oyó sonido alguno que le permitiera calcular la profundidad a la que había llegado, lo que le hizo sentir un ligero cosquilleo en la nuca, al pensar la suerte que hubiese corrido si llega a ser él y no el sillar, el que se hubiese precipitado por esa sima.

Se incorporó, tomando de nuevo la antorcha, mientras procuraba acelerar su avance en la medida de lo posible. Al llegar a la sexta fosa, superadas las cinco anteriores, se detuvo bruscamente, al ver que su interior no contenía enseres similares a los que se atesoraban en las cinco anteriores, sino que por el contrario, aparecía una prominencia compuesta por una enorme cantidad de esqueletos hacinados. En ese momento cayó en la cuenta del significado del octavo círculo, que describía la existencia de diez cavidades y que la sexta era una especie de trampa.

Sin duda allí estaban depositados los cadáveres de muchos de los que construyeron ese prodigioso laberinto, como tal vez, los de posibles asaltantes que en algún momento, pudieron introducirse en ese averno, movidos por la codicia.

Prendió una nueva antorcha y ante él divisó una pasarela de gruesas vigas de madera, desconfió de su apariencia y las fue tanteando con sus pies, hasta comprobar que tendrían la solidez suficiente que le permitiera aguantar el peso de su cuerpo. Al otro lado, observó otras cuatro enormes pozas restantes, donde, aparecía un lienzo de piedra en que se dibujaban unas palabras: «*Octavo círculo*» y bajo él, un escudo de armas y el título, Casa Ducal de Díez de Batalla.

Atravesó el pontón de acceso, llevando consigo otras dos antorchas, además de la que sostenía encendida en su mano. Ahora sí recordaba perfectamente la narración del séptimo círculo que a su vez se dividía en tres giros. Por lo que suponía que al estar haciendo el camino a la inversa, de abajo hacia arriba, debía estar en el tercero de ellos. Pudo comprobar que, a medida que ascendía, la temperatura se hacía más templada, por lo que pese a conservar la humedad de sus ropas, era menor la impresión de frialdad que sintiera en el círculo inferior. Los dos giros restantes no supusieron gran problema, si bien el denominador común eran los cuadros y piezas de valor que hallaba por todas partes. Al .poco, llegó hasta un muro semiderruido que parecía sellar la subida. Ante él, una piedra cuadrada señalaba lo que Daniel ya presupusiera: «*Séptimo círculo*» y completando la información,otro escudo de armas de la «*Casa de Tres Lances*».

Daba la impresión que a medida que se ascendía, el rango nobiliario de las casas ducales iba en aumento, así como el tamaño de los respectivos niveles, pero eso no dejaba de ser una mera impresión que dedujo Cormack, que no obstante, se preguntaba cómo podría superar la barrera que aparecía ante él, con el aquel muro semiderruido. Repasó en su mente una vez más la obra de Dante, recordando que en ella se describía ese lienzo de pared caído, como rememoración de un terremoto que se produjo con la muerte de Jesús. Distinguió una oquedad que suponía le abriría un nuevo camino al exterior, por lo que, pese a sentir como su cuerpo se comprimía entre las aristas puntiagudas de la quebraja, arrancándole jirones de piel a la altura del pecho, se fue deslizando penosamente. Tensó los músculos y dio un impulso definitivo a aquella horrible sensación de claustrofobia al faltarle incluso, el aire de los pulmones. Cuando al fin pudo superar el tortuoso y agobiante pasadizo, se dejó caer en el suelo sin resuello y totalmente exhausto.

Transcurrieron lentos varios minutos, al cabo de los cuáles, notó que recuperaba algunas fuerzas y su respiración se hacía más acompasada. Comprendió que si los obstáculos para llegar arriba seguían apareciendo con el mismo grado de .dificultad que los que había tenido que superar, quizás no podría contarlo. Por las señales que observaba, imaginó que el lugar donde ahora se encontraba, debía ser la parte más baja del sexto círculo y que para alcanzar al menos la gran sala, debería superar como mínimo, otros tres. Con resolución, emprendió de nuevo la marcha, siendo consciente que aún se encontraba muy lejos de su meta. Dedujo que dada la relativa facilidad con la que respiraba, forzosamente tendrían que existir conductos de ventilación, que dotaban a aquellas profundidades del aire necesario. Calibró que, a lo mejor, podría intentar localizar una de esas chimeneas que le llevase directamente hacia la superficie. Memorizó la descripción del sexto círculo, que se situaba en el interior de unos muros ideales de la ciudad de Dite, homónimo de Plutón y vigilado por las tres Furias, diosas de la venganza, Megera, Alecto y Tisífone. Por ello, si este círculo reproducía con cierta fidelidad el mensaje, como lo reflejaba el resto del inmenso complejo, algo de esa leyenda con sus consiguientes trampas debía plasmarse en el espacio real que a priori, se vería obligado a atravesar.

Buscó nuevas teas que, como en las plantas precedentes, encontró en las paredes de aquella

especie de antesala en la que se encontraba, tras lo que se dedicó a verificar de donde podía venir esa leve corriente de aire que notaba de forma intermitente. Así, en uno de los muros que describía una curva, delante de él, advirtió que la llama oscilaba con una mayor intensidad y pudo comprobar que seguía de nuevo hacia el Sur. Elevó la vista y a una cierta altura, descubrió algo semejante a una linterna de grandes dimensiones y trazado circular. Observó de nuevo el resplandor de la tea, comprobando que se movía con fuerza en sentido contrario a la misma, por lo que decidió introducirla en el hueco, asomando la cabeza. La oscuridad reinaba en toda aquella especie de tubo cilíndrico, al menos hasta donde su vista alcanzaba y que parecía seguir una dirección oblicua ascendente, casi vertical, por lo que bien podría ser esa especie de chimenea, una de las que facilitase la ventilación y si seguía una trayectoria prácticamente perpendicular, tal vez podría llevarle hasta la superficie.

Revisó de nuevo el profundo agujero y dado el diámetro de la chimenea por la que tendría que ascender, entendió que lo mejor sería deshacerse de la mochila que portaba, pues en este tipo de escaladas, recordaba que era requisito indispensable no llevar nada a la espalda, por si requería presionarla a modo de freno, en la pared vertical. Decidió quedarse únicamente con la cuerda, los clavos y los mosquetones. Estudió el modo de transportar también las antorchas, pero ello le dificultaría seriamente la sujeción, así que decidió jugárselo todo a una carta, encendiendo a la vez varias de ellas, apilándolas en el enlosado bajo el hueco, lo que le permitiría contar con la luz suficiente para ver por donde trepar Y sin pensarlo más, de un ágil salto, se asió a las primeras lajas, haciendo palanca con los pies, lo que le permitió buscar nuevos agarres con las manos. Poco a poco, continuó progresando en la escalada, sosteniéndose alternativamente con los brazos y piernas, empujando con fuerza y procurando siempre contar con tres puntos en los que sostenerse, para no precipitarse al vacío, si uno de ellos fallaba. Con cada movimiento de avance, comprobaba cómo se alejaba el resplandor de las teas situadas en la base y paulatinamente se hacia la oscuridad .Ello le llevó a recordar sus prácticas de alpinismo, en su Irlanda natal en los años de juventud, en las Montañas Wicklow y sobre todo sus primeras experiencias en el Condado de Kerry, en las MacGillycuddy’s Reecks. Trató de recuperar un poco de aire y fuerzas, evocando en su memoria algo agradable, rememorando las imágenes de su adolescencia, cuando acompañando a su padre, hizo su primera ascensión por una pequeña chimenea en el Cnoc Breack[58]. Después, cómo pocos años más tarde, se ufanó ante él, de haber ido con un grupo de amigos a coronar nada menos que el Corrán Tuathail[59], lo que le costó una seria reprimenda, suavizada por mediación de su madre.

Dirigió una desesperada mirada hacia arriba y el punto de claridad que descubrió, le animó a continuar, sin detenerse más en ahondar en sus recuerdos y reinició la subida con la reserva de fuerzas encendida a tope. Los músculos de sus fuertes brazos, se tensaban de forma rítmica, como las piernas, en las que intensos calambres le indicaban que no duraría mucho más. Algo más arriba, encontró otras lascas que sobresalían de esa especie de cisterna por la que había ascendido y casi sin darse cuenta, se encontró aferrado como si de un náufrago se tratara, a una reja que taponaba la salida de aquel conducto por el que con tanto esfuerzo había podido trepar. La agarró con sus manos, tratando de desplazarla a un lado, pero no se movió. Por un instante le pasó por la mente que de nada había valido el esfuerzo de subir esos casi cien metros, que calculó tendría la chimenea, si ahora no podía salir a la superficie.

Miró la creciente claridad que aparecía al otro lado de su encierro, para, tras retirar con los dedos el manto de hojarascas que se acumulaban sobre él, entrever lo que se asemejaba a un

jardín cubierto de plantas, pese a deducir por su posición, que la reja se encontraba a ras de suelo, lo que le impedía una visión más amplia del lugar al que había llegado. Constató el escaso tiempo que podría resistir asido de aquella manera, por lo que con presteza, pasó la cuerda por uno de los barrotes y se fabricó una especie de arnés para sujetar su cuerpo en el vacío. ¡Cuánto echaba de menos en aquél momento su friend[60] para sostenerse! Pero al menos ya no tenía que aguantar su peso con brazos y piernas, sino que la cuerda, bien tensa, cumplía esa misión. Así, balanceándose, extrajo del bolsillo uno de los dos clavos, introduciéndolo por el aro del candado, haciendo palanca con la mano, pero sus intentos fueron vanos y no cedió. A la desesperada, pasó uno de los mosquetones que sujetaban la cuerda y aunque era una idea descabellada, se dejaría caer con todo el peso de su cuerpo al vacío, lo que podría hacer saltar el cierre, si bien se arriesgaba con esta maniobra suicida, a precipitarse al abismo por el profundo conducto, sin posibilidad alguna de asirse a alguna roca o saliente. Trató de coordinar sus movimientos al máximo, a sabiendas que sólo dispondría de una oportunidad, haciendo oscilar su cuerpo e impulsándose con ambas piernas contra la pared, para soltarse del punto de apoyo en la cruceta de barrotes y quedar únicamente sujeto por el mosquetón trabado al candado. Se oyó un chasquido y el aro del oxidado cierre saltó violentamente. Con desesperación, abrió sus brazos y piernas, procurando encontrar el más leve resquicio al que asirse, para no verse engullido por la oscura sima que, como la boca de un enorme ofidio, se abría bajo él. Al quedar en esa postura tan precaria, volvió a escalar con dificultad el par de metros que se había desplomado en el vacío, empujando con fuerza el registro de hierro, que afortunadamente, se deslizó hacia un lado. Cuando sacó la cabeza por el orificio, comprobó que estaba en una especie de arriate frondoso y oculto en el rincón más lejano de lo que parecía un bello patio plantado de rosales y que la luz del sol comenzaba a brillar sobre su cabeza. Se exigió un último impulso y quedó tendido en tierra, respirando con intensidad, totalmente exánime, pero al fin, había alcanzado la superficie.

Transcurrieron unos largos minutos, y al consultar su reloj, vió con sorpresa que eran casi las nueve de la mañana. Eso quería decir que su aventura bajo tierra, por todo aquel dédalo de pasadizos del subsuelo de Sevilla, había durado casi veinte horas. Se maldijo a sí mismo, por no llevar algunos víveres, salvo la botella de agua. Pero eso ya no tenía arreglo y lo cierto era que se encontraba desfallecido, más por el tremendo esfuerzo realizado, que por la falta de comida.

Se preguntó qué lugar sería aquél, donde el perfume de los rosales embargaba el ambiente con su penetrante aroma. Trató de erguirse, ayudándose del codo, para sentarse en el suelo, dirigiendo una atenta mirada a su alrededor. Veía ahora con más detalle, las inmensas arcadas de ladrillo encaladas, llamándole poderosamente la atención que nadie hubiese acudido ante su presencia en aquel lugar. Tras incorporarse, avanzó vacilante unos pasos, teniendo la precaución de volver a encajar el registro de hierro sobre la boca de la chimenea, que aparentaba ser un simple conducto de aireación. El cercano tañido de una campana se dejaba oír en esos momentos, por lo que dedujo que debía estar próximo a un lugar sagrado. ¿Pero cuál? La verdad era que no adivinaba dónde podía estar, pese a entender que aquel paraje no pertenecía a la Catedral.

Despacio, se encaminó hacia una galería frontera, que aparecía donde terminaba el hermoso jardín y que ofrecía un conjunto de esbeltos arcos, sustentados por columnas de mármol. Al dirigir la mirada hacia el recodo que describía esa especie de cenobio porticado, aparecía ante sus ojos, otro patio aún de más bella traza que el anterior. En él, una serie de ancianos sentados en recios bancos de madera, a los que los rayos de sol, daban un aspecto áureo y casi irreal,

charlaban en voz alta. Al observar su llegada, interrumpieron bruscamente su conversación, mirándole con atención de forma inquisitiva, no exenta de curiosidad, pese a lo cual, no abrieron la boca. Daniel se creyó en la obligación de dirigirles un saludo:

—Buenos días, señores —recalcó con un acento marcadamente británico—, confío que disfruten de esta agradable mañana. Debo decirles que por un momento me he extraviado en este sinfín de galerías. ¿Podrían indicarme la salida, si son tan amables?

El silencio acompañó a la pregunta del Cormack, quién por un momento, se quedó indeciso esperando una respuesta y la reacción de aquella media docena de octogenarios. Al cabo de unos segundos, uno de los hombres, cubierto con una boina, levantó lentamente su brazo, sin añadir comentario alguno, señalando con su vacilante dedo índice, en dirección al fondo de la misma galería, donde aparecía un gran portalón de madera.

—¡Ah! Muy agradecido, confío que disfruten de su conversación. Que tengan un buen día —apostilló Daniel con el mismo tono de extranjero despistado y pasos inseguros.

Abrió la aldaba que lo cerraba, encontrándose un amplio zaguán donde un hombre de mediana edad, estaba sentado tras un pequeño mostrador en el que aparecían unos talonarios de tiques y folletos de propaganda del lugar.

—Good morning —le espetó al sujeto, como la cosa más natural del mundo, y sin esperar respuesta alguna, salió a la calle, intentado dar la mayor apariencia posible de normalidad.

El sujeto de las entradas, sin duda más preparado para recibir a los de fuera, no atinó a balbucir palabra alguna, pues cuando lo intentó, ya Daniel se había perdido calle abajo. Sólo entonces, al elevar la vista hacia el lugar de donde provenía, comprendió que se encontraba ante la Iglesia del Convento de los Desvalidos. Y que la chimenea de ventilación que tan penosamente había localizado para no atravesar el resto de esas profundidades, estaba situada en plenas Atarazanas de Sevilla. Sintió un inmenso alivio al constatar que se encontraba muy próximo al apartamento de Julia y que allí podría reponer algo de fuerzas y tomar algún bocado, antes de intentar llegar hasta su hospedaje. Cuando Julia abrió la puerta, encontró ante ella la figura de un hombre cubierto de suciedad, al que casi no reconoció.

—¿Pero, eres tú Daniel? —le preguntó con voz llena de incredulidad, tomándole del brazo para hacerlo pasar.

—Sí, aunque te cueste creerlo, podría decirse que vengo de ultratumba.

—¡Dios mío, qué aspecto traes! —añadió ella, aún con la sorpresa reflejada en el rostro— Dime por favor qué te ha ocurrido y acomódate en el sofá, te prepararé un tentempié y puedes utilizar el baño para darte una buena ducha caliente. Eso te reanimará.

Bebió con ansia unos profundos sorbos de agua y tras ingerir con apetito un sándwich, entró en el cuarto de baño, despojándose de sus ropas que dejo en el suelo. Abrió la ducha y dejó que el agua corriera abundante por su espalda y por todo su cuerpo. Tomó un bote de gel, impregnado del perfume que reconocía en Julia y poco a poco notó cómo un profundo sopor iba invadiendo su cuerpo. Se secó con una blanca toalla que anudó a su cintura y descalzo, salió del baño, en tanto Julia, le esperaba en el salón, anhelante por conocer cuál había sido la suerte que corriera su compañero y amigo. Se sentó a su lado y Daniel comenzó su relato, si bien tenía la convicción que no debería hablar nada del hallazgo de los Nueve Círculos. No había pronunciado las primeras frases, cuando su voz se fue apagando, mientras su cabeza se deslizaba lentamente del respaldo del sofá hasta reclinarse en el hombro de ella, quedándose profundamente dormido.

Al abrir los ojos, miró a su alrededor, comprobando que estaba en el espacioso lecho de Julia, mientras la luz de la luna empezaba a inundar con sus blancos rayos la estancia. Se giró sobre sí

mismo, para admirar la vista que se ofrecía ante él: los esbeltos pináculos góticos de la Catedral, bañados por el reflejo argénteo, destacaban sobre el retazo del azul marino intenso del cielo como si de una bella postal se tratase. Recorrió con la mirada la estancia, percibiendo el suave aroma que desprendía, la blanca sábana que le tapaba, bajo la que conservaba la toalla en la que se envolviera al salir del baño, esbozando una sonrisa sin saber muy bien por qué. Miró el reloj digital de la mesilla, que marcaba las once de la noche. Eso le hizo pensar que había debido dormir durante varias horas, notando cómo su cuerpo había recuperado su vitalidad palpándose las pronunciadas rozaduras que tenía en el pecho y brazos, causadas por las cortantes aristas de piedra que había tenido que superar.

Incorporándose, trató de averiguar dónde se encontraba Julia. Llegó al salón y si soberbia le había parecido la Catedral bañada por la luna, ahora contemplaba la silueta de Julia, vestida con un ajustado traje negro, desabrochado a la espalda que realzaba su figura y la cabeza tocada por una preciosa mantilla de encaje, destacándose su silueta sobre el amplio ventanal en el que se dibujaba la imponente fachada de la Seo, envuelta en ese halo de luz blanquecina. Se detuvo, admirando aquella bellísima figura que trataba de colocarse el primoroso velo salpicado de arabescos, sobre la peina carey que lucía en su cabeza, en tanto que su rubia cabellera servía de sugestivo contraste. Julia giró su rostro, al sentir a Daniel, que bien parecía una figura petrificada, que la miraba en silencio.

—Hola Daniel, ¿has descansado?, ¿cómo te encuentras?, ¿qué dirías que estoy haciendo? María Amparo me ha traído este traje de mantilla para que me lo probara para acompañarla a lo que aquí llaman la visita a los Sagrarios el Jueves Santo y que como se celebran en la Catedral, nos vendrá bien como tapadera para nuestra misión. Intento saber cómo colocármela, pero resulta endiabladamente difícil. ¿Me quieres ayudar?

Daniel avanzó lentamente con su torso desnudo, situándose detrás de la joven, levantó con ambas manos el delicado encaje, depositándolo despacio sobre la peina. Era consciente que pocas veces se había sentido tan cerca de Julia en un lugar tan especial como aquél, con la hermosa vista que se ofrecía a través de la cristalera del salón y que parecía envolverles. Percibió su aroma e intuitivamente reclinó su rostro hasta acercarse a la nuca de ella. Sus manos, al retirarse de la blonda, rozaron levemente con el dorso la espalda de la joven, sintiendo al instante, el calor de su cuerpo. Julia se volvió lentamente, consciente por su instinto de mujer, de lo que en aquel momento experimentaba el hombre que estaba tras de sí. Lo miró a los ojos y con lentitud, pasó sus brazos por la cintura de él, abrazándolo. La distancia que había entre ambos, se fue poco a poco desvaneciendo hasta notar el calor de sus cuerpos y los crecientes latidos de sus corazones. El vestido de ella, resbaló de sus hombros, dejándolos al descubierto, mientras sus dedos acariciaban con suavidad aquel torso musculoso y se detenían con ternura casi, en los labios de la herida que le infirieran en Erbil.

No habían pronunciado palabra alguna, pero sus respiraciones se iban más y más agitando. Daniel, inclinó su rostro, aproximándolo al de ella, quien con los labios entreabiertos, esperaba los suyos, en una atracción irresistible, que ninguna fuerza de la naturaleza parecía poder detener. Fue un primer beso casi candoroso, para repetirse cada vez más intensamente, a medida que su abrazo fundía sus cuerpos como si de uno solo se tratase. El vestido de ella fue cayendo irremisiblemente, dejando ver su dorada piel, apenas oculta por el delicado dibujo del velo que la acariciaba. Sin apenas darse cuenta, ambos habían ido acercándose hacia el dormitorio, donde todavía el lecho guardaba el calor de Daniel en su sueño anterior. Él, la fue dejando deslizarse con suavidad sobre las blancas sábanas, mientras ella aprovechó ese instante, para descalzarse

los zapatos de alto tacón que se había probado. El joven por su parte, retiró el ligero manto negro de tul bordado y apoyó su codo al lado del costado de Julia, cuando ella aflojo con delicadeza no exenta de cierto ímpetu, la toalla que aún llevada anudada el joven a la cintura. La palpitación de sus sienes hacia bombear la sangre con fuerza y los latidos que experimentaba se dejaban sentir sobre el delicado vientre de la joven que cerró los ojos, mientras la cúspide de sus senos, como enhiestos centinelas, recorrían el pecho del hombre, que los notaba como el más dulce de los arados. Ella llegó al éxtasis del gozo cuando, dejándose besar, sintió dentro de su cuerpo el calor irrefrenable del que sabía era y sería su amor para siempre, mientras que con sus estilizadas piernas abrazaba con fruición las de él, en un intento de perpetuar el placer que experimentaba.

Fueron largos y férvidos escarceos de entrega los que compartieron, teniendo como único testigo la luna, que bañaba sus cuerpos y teñía de plata las sábanas en las que daban rienda suelta a su gozo. Cuando la blanca luz, comenzó a dar paso a la oscuridad, ocultando su níveo reflejo de la estancia, Julia y Daniel se recostaron en el acolchado cabecero de la cama que les sirviera de tálamo, abrazados, reclinando ella la cabeza sobre el aún palpitante tórax de él. Poco a poco el sentido de la realidad hacía pensar a cada uno, hasta donde habían llegado y las secuelas de aquel dulce encuentro. Ninguno se arrepentía de lo experimentado, pero los dos comenzaban a ser conscientes de la naturaleza de ese impulso irrefrenable que habían vivido tan intensamente y sus posibles consecuencias.

Ante el silencio de Daniel, Julia susurró en voz baja:

—Gracias por todo lo que me has hecho experimentar y gozar de unas sensaciones hasta ahora desconocidas. He vivido en estos instantes como, los más felices de mi vida y los momentos más intensos y dichosos. Jamás, te puedo asegurar, podré sentir nada semejante como no sea contigo. ¿Te quedarás aquí toda esta noche?

Un largo silencio tuvo como respuesta a esa anhelante pregunta. Daniel se debatía en un mar de confusiones y casi remordimientos, pues no en balde pensaba que había faltado a su moral y olvidado durante unas horas la misión encomendada, lo que le hacía sentirse culpable, pese a haber descubierto ese infinito mundo del amor junto al ser que adoraba. Pero el peso de la responsabilidad, le hacía experimentar un cierto remordimiento gritándole en su interior que no debía traicionar a las personas que confiaron en él y sobre todo el peligro que corrían tantos seres inocentes, si no lograba impedir la masacre. Tras esas consideraciones, miró directamente a los ojos a la mujer que se acurrucaba junto a su cuerpo.

—Julia, en toda mi vida nadie me ha hecho disfrutar de un éxtasis como éste. Eres lo más importante que me ha acaecido en toda mi existencia, pero ambos sabemos las terribles circunstancias a las que debemos hacer frente. Este encuentro no ha de hacernos olvidar nuestro cometido y muy a pesar nuestro, tenemos que poner todo nuestro empeño en salvar a esa multitud de vidas inocentes como hay en juego.

Julia, sintió como si un sutil y delgado velo cayese de pronto y les devolviera a la cruda realidad. Ella era consciente por su parte de las mismas inquietudes, si bien las sentía todavía lejanas, pues aún su cuerpo vibraba con el mismo ardor que tan solo unos minutos antes había percibido en lo más profundo de su ser. La evidencia del durísimo momento que afrontaban se había abierto paso de una manera desgarradora y no pudo evitar que una lágrima resbalase por su rostro.

—Tienes razón como siempre Daniel, pero deseaba alargar este momento único, por algo que siempre he soñado desde mi juventud, que experimentaría en mi corazón cuando encontrara al hombre al que amar —se incorporó del lecho, cubriéndose con una bata casi avergonzada.

—Julia, te prometo que si entre los dos somos capaces de superar todo esto, podremos plantearnos cual será nuestro futuro, pese a las incógnitas que ahora se abren en este difícil camino. No sabemos qué nos depararán los acontecimientos —terminó con un eco de ternura en sus palabras.

—Está claro que los dos somos profesionales y vivimos unas circunstancias en extremo cruciales. Ah, no te lo había dicho, durante tu sueño, te he lavado toda tu ropa y limpiado el calzado, para que al menos puedas ir decente a tu alojamiento —añadió con un cierto deje de tristeza en su voz.

—Nunca podré agradecerte todo lo que has hecho por mí. Ni jamás en toda mi vida, podré olvidar este día, Julia. Te quiero con toda el alma, pero creo que ahora nos debemos a nuestra misión.

Una vez vestido, salió del dormitorio, dirigiéndose a Julia, quién de pie, tenía la mirada fija en la oscuridad del ventanal. Ya la Luna, mudo testigo de aquel encuentro, se había ocultado. Daniel puso con suavidad sus manos en los hombros de ella, que experimentó un ligero escalofrío. Acercó su cara, besando sus labios con ardor contenido, para añadir a modo de despedida:

—Adiós Julia, creo que debo marcharme. Mañana continuaremos en contacto para estudiar, qué debemos hacer. Ayer recorrí todos los sótanos de la Catedral y no pude localizar rastro alguno del grupo terrorista ni de la bomba. Tenemos que seguir investigando sin dejar ningún cabo suelto por débil que pudiese parecer.

—De acuerdo Daniel, como tú digas.

Sus manos se soltaron y el joven salió del piso, en tanto que ella, quedaba de pie inmóvil. Después, se fue lentamente hacia el dormitorio y se arrojó de bruces en la cama, sin poder contener el llanto.

57 Tau letra del alfabeto griego.
58 El pico más bajo de las montañas de Killarney en el condado de Kerry (Irlanda). 425 m. de altitud.
59 El pico más alto de esa cordillera, que alcanza los 1.038 m. de altura.
60 Mecanismo de expansión por levas para escaladores.

CAPITULO XXX:
LUNES SANTO

Las pisadas de Daniel Cormack, resonaron en la oscura plaza circular al abandonar la casa de Julia. Al frente, la muralla, era testigo mudo de su presencia, sin que nada más enturbiara aquel silencio. De pronto, unas finas gotas de lluvia comenzaron a salpicar el empedrado, que brilló por el reflejo de las farolas. Por un momento, estuvo tentado de volver a coger un paraguas de la casa de ella. Pero al instante desechó este pensamiento. Experimentaba aún atónito lo vivido con la mujer que desde que la viera por primera vez se había sentido profundamente atraído. Debía admitir que no tenía bagaje alguno en el que siempre había considerado difícil juego de las relaciones con el otro sexo. Reconocía que había sido educado y formado para un solo fin: que era su dedicación como agente en uno de los Servicios de Inteligencia más selectivos y exigentes del mundo, sus estudios universitarios, en cuyos años estuvo entregado exclusivamente a labores docentes y a las arduas tareas que debe aprender y afrontar un miembro del Seseiv. Ahora todo era distinto y reconocía que se había dejado llevar por un impulso que le dominó desde que contempló a Julia en aquel sugestivo escenario casi irreal. Sus instintos le impelían a reafirmar el amor que sentía por ella, pero su mente le hacía reflexionar si el sucumbir a la pasión, no era en el fondo un signo de debilidad que le arrastraba en el momento menos oportuno para dejarse llevar por los sentimientos. Lo cierto era que estaba hecho un mar de confusiones y sensaciones encontradas.

Sin darse cuenta, aceleró su marcha, sin prestar atención a la lluvia que comenzaba de nuevo a empapar sus ropas. Pensó que lo mejor sería llegar a la Hospedería y darse una buena ducha de agua fría que le aclarase las ideas y al mismo tiempo, le permitiese ordenar los pasos inmediatos a seguir, pues bien sabía que iba contra reloj y eso le causaba una profunda desazón, además de una cierta sensación de remordimiento. Estuvo tentado de telefonear a Monseñor Molinelli, pero conociendo su fino olfato, no dudaba que intuiría algo de lo ocurrido nada más abriese la boca. Otra posibilidad pasaba por recurrir a quien en dos ocasiones se había ofrecido a colaborar con él: Samuel Bloch. El solo hecho de pensarlo le repelía, pero reconocía que ese hombre tenía los medios y equipo necesarios para localizar algo de semejante importancia que él, pese a sus denodados intentos, no había sido capaz de encontrar aún por sí solo.

Estas elucubraciones pugnaban por prevalecer en su mente, tratando de ocultar la compleja relación que le había llevado a romper un celibato de años, pese a ser consciente que no había comprometido voto de castidad de iure, aunque sí tácitamente de facto. Todo eso había saltado por los aires y hecho añicos su pasada trayectoria, pese a lo cual, quería pensar que esa espontánea entrega de pasión y cariño, tal vez debiera ser objeto de cierta comprensión y perdón. Al llegar a la puerta de la Hospedería, se dirigió rápidamente a su habitación. El agua helada le aclaró algo las ideas y tras bajar a desayunar, salió de nuevo a la calle, donde ya la claridad hacía acto de presencia y la lluvia dejaba paso a unos tenues rayos de sol. Sopesó que ante todo, debía comunicar su hallazgo al Archivero, con el que había establecido tan buena sintonía, por lo que se citaron de nuevo en el mismo discreto bar que la ocasión anterior. Después del relato en el que con cierto sentido de rubor, omitió su encuentro posterior con Julia O’Neill, creyó obligado aclararle:

—Don Luis, tengo la casi completa certeza que los artífices del atentado han logrado colocar su nefasta carga en un lugar cercano cuando no muy próximo a la Catedral. Sin embargo, después de recorrer los círculos inferiores del laberinto, le puedo asegurar que esa zona está limpia de

intrusos. Si como por otra parte en los sótanos del templo tampoco aparecen indicios de su presencia, sólo cabe pensar que haya otra entrada proveniente de la Universidad.

—Tal vez sea así y hayamos pasado por alto lo que usted ha mencionado y nos hemos centrado exclusivamente en el perímetro interior y no verificásemos suficientemente los alrededores. Si como me indicó la vez pasada, debieron entrar por el cauce del río, hacia uno de los afluentes soterrados, forzosamente tendría que haber una vía de comunicación. ¿Dice usted que el rastro se pierde en la nueva red del metro? Esas obras sin duda, han cercenado los posibles pasadizos que pudieran existir en la zona. Si lo ve oportuno, le aconsejaría que me acompañase y estudiásemos los planos antiguos con los que cuenta el archivo diocesano

—De acuerdo, por el momento no tenemos otra idea mejor y en todo caso, sería conveniente agotar esa vía.

Al llegar al Arzobispado, entraron en una amplia sala, donde el Archivero empujó la alta escalera de madera, que corría sobre una barra metálica y la colocó ante una de éstas, en cuya parte superior, sobresalían numerosos rollos de pergaminos anudados con cintas descoloridas. Bajó unos cuantos y los comenzó a extender en una de las mesas. Finalmente, comentó:.

—Aquí está. Este croquis reproduce la zona comprendida desde la Catedral hasta los Reales Alcázares y la antigua Fábrica de Tabacos.

Los dos se inclinaron escrutando minuciosamente los firmes trazados en tinta que se dibujaban y en los que se distinguían los contornos de esos monumentos.

—Como ve Daniel, este plano data del siglo XVIII y debe ser coetáneo a la fecha de construcción de la Real Fábrica. Observe estas tres líneas que pasan bajo esa otra irregular que representa el pequeño afluente llamado Tagarete y que a su vez, comunican las respectivas edificaciones. Ahora bien, si colocásemos superpuesto, un plano de la red de metro, observará que el trazado cercena dos de esos conductos. Como se aprecia, las vías del suburbano han destruido ese tramo, pero la prolongación del túnel primitivo ha de estar localizable forzosamente a esa misma distancia, en dirección hacia el conjunto monumental. Si es así Daniel, debería verificarlo lo antes posible.

—Exploraré de nuevo la entrada por la Universidad y trataré de ubicar sobre el terreno, el lugar por el que continúa ese pasadizo.

Se despidieron, saliendo por separado del Arzobispado, encaminándose Daniel hacia el recinto universitario. Tras entrevistarse brevemente con la Secretaria del Profesor, e inquirirle novedades sobre Al Sabawi, se dirigió a la planta baja, para intentar localizar de nuevo, el lugar por el que había accedido con Julia desde el cauce oculto del río. En ese momento, notó la vibración de su teléfono, viendo que quién lo hacía era su jefe, Armando Molinelli, con el que hasta entonces había eludido comunicarse.

—Buenos días Monseñor, ¿qué tal está?

—Querido amigo, supongo que tendrá novedades que contarme. Por mi parte también debo transmitirle algunos descubrimientos que hemos podido realizar con la información de las tablillas que me remitiera. ¿Podemos hablar sin problema?

—Sí, ahora mismo estoy tratando de acceder a la red de metro para localizar una posible comunicación con la zona donde se concentran los monumentos más importantes, pues hay indicios que invitan a pensar que es en ese lugar por donde han introducido la bomba. En cuanto a mi inspección por la otra vía de acceso fue más penosa de lo previsto y duró varias horas con diversos hallazgos, sobre todo en la zona más profunda. Pero creo que ahora no sería el momento de hablar de ello.

—Bien, bien, ya me contará con más detalle, quiero decirle que el profesor Athaulpi, ha descifrado el contenido de las copias que remitiese de las dos tablillas y su consiguiente interpretación, a todas luces tendenciosa, que han traducido al árabe. Debo confesarle una cosa: las miras están puestas en Sevilla, bajo la encriptación 1,2,4,8, a semejanza del año de la Reconquista de la Ciudad, pero su significado se hace coincidir con una etapa posterior de casi siete siglos, es decir prácticamente al momento actual. Es un tema muy complicado, pero ya podemos afirmar que ahora existe una razón de ser para el ataque en esa Ciudad y la fecha de su ejecución. Todas las piezas comienzan a encajar.

—Lo cierto es que entonces esa leyenda da pie a una justificación de la masacre que pretenden estos asesinos.

—Efectivamente, por eso no he tenido inconveniente en dejar salir parte de nuestros datos a los contactos que la Agencia americana tiene infiltrados en nuestro entorno, para que les llegue la noticia de la gravedad del asunto. Estoy seguro que ellos ya lo saben y deduzco que habrán extendido esta información a sus homónimos israelíes, puesto que hemos detectado movimientos en uno de sus grupos, aquí en el Vaticano. ¿cómo va en su colaboración con la agente americana?

La pregunta tan directa, dejó a Cormack hasta cierto punto descolocado. No obstante, su voz resultó de lo más convencional posible.

—Hasta ahora creo que estamos desarrollando una labor coordinada y hemos logrado avances, gracias a su equipo de agentes, aunque debo confesarle que aún no hemos podido localizar la ubicación final del objetivo. Esta nueva vía es la que estoy precisamente tratando de investigar.

—De acuerdo Daniel, le remitiré por correo encriptado la información que poseemos y tal vez eso le pueda ayudar a desentrañar algunas incógnitas. Salude a la agente O’Neill en mi nombre y manténgame informado.

—Sí señor, así lo haré.

Colgaron al mismo tiempo y a Cormack no le pasó desapercibido en absoluto, la nueva alusión a Julia. Ante el cariz de la conversación, decidió seguir por aquel pasillo sólo, sin recurrir a Julia ni a los otros agentes, alumbrándose con la pequeña linterna que llevaba en su equipo básico de herramientas que consideraba esenciales. Al iluminar el suelo, vio dibujadas unas marcas sobre el polvo depositado y la tierra, de lo que bien podrían ser huellas de un pequeño vehículo con una especie de discos de rodadura. Al instante pensó que si la bomba que introdujeron los miembros del comando, tenía unas dimensiones y peso considerables, tal vez hubiesen precisado contar con un soporte con ruedas para su transporte. Y si era así, bastaría seguir las marcas hasta el lugar donde la hubiesen podido poner a buen recaudo de miradas indiscretas.

Al llegar a la puerta de hierro que daba acceso al túnel del metro, comprobó cómo allí se perdían en el suelo de cemento. Decidió continuar en dirección hacia el Suroeste, al tiempo que se planteaba que si en algún momento circulaba un convoy, lo tendría difícil para poder refugiarse, dado lo angosto del trazado. Buscó con ahínco cualquier indicio que le llevara a una posible salida. En ese momento el crepitar a cierta distancia de un tren le hizo ver la necesidad de apartarse de las vías con urgencia, dirigiendo rápidamente el haz de luz en sentido circular y observar afortunadamente otra puerta metálica hacia la que saltó con agilidad, introduciéndose en su interior, en el momento en que los vagones pasaron velozmente a muy poca distancia. Pasado el susto, escudriñó el interior del pequeño habitáculo y le llamó la atención los residuos de tierra que aparecían en la parte inferior, sobre una pared de ladrillos colocados de forma desigual. Los tocó con la mano, comprobando la evidencia de que eran recientes. Apreció cómo su parte

superior no estaba del todo tapiada, por lo que introdujo sus manos, haciendo palanca con las piernas y las hiladas de ladrillos cayeron con cierta facilidad. Después, iluminó el interior y pudo ver el negro orificio de un antiguo pasadizo de gruesos sillares, que se prolongaba casi en línea recta. Enfocó el desgastado suelo, descubriendo con una cierta sensación de alivio, que las huellas de ruedas aparecían de nuevo bajo sus pies.

Con extrema precaución, fue siguiendo el camino que con tanto esfuerzo había recorrido el grupo guerrillero de Jalil, hasta llegar al recodo que parecía cerrarles el paso. Calibró que no habrían podido salvarlo, pero al observar a su alrededor, descubrió la reja apoyada sobre el muro, y la pendiente oscura que se apreciaba a continuación. Al ver las marcas, dedujo que sin duda se podrían haber deslizado por aquel lugar, por lo que, al ser la pendiente aunque acusada, no del todo vertical, intentaría bajar sustentándose en las rugosidades del empedrado de esa especie de conducto de aire acondicionado. Por un momento, no pudo dejar de pensar que iba a salir a traje por día, pues el desgaste y suciedad que ofrecían sus ropas eran ya más que evidentes.

Después de varios metros de descenso, notó cómo, la caída del suelo comenzaba a suavizarse. De pronto, en medio de aquella oscuridad, oyó un sonido de voces, que pese a hacerlo en voz baja, eran perfectamente audibles. Sin duda por el idioma en el que conversaban, debían ser árabes. Prestó atención, deslizándose sin hacer el más mínimo ruido hacia el lugar de donde provenían, hasta alcanzar una especie de celosía entreabierta, detrás de la cual aparecían centelleantes, los reflejos de unas antorchas. Previamente, había apagado su linterna para no delatar su presencia. Al cabo de unos instantes,distinguió perfectamente lo que decían aquellos individuos que debían estar al otro lado de esa especie de ojo de buey que cerraba el conducto de piedra. Con infinito cuidado, fue asomando el rostro para atisbar el lugar donde se hallaban, quedándose sin aliento al descubrir la visión que se ofrecía: Ante él, aparecían una serie de sillones de madera con escudos nobiliarios que remataban sus altos respaldos. Sentados, tres sujetos cambiaban impresiones con aparente tranquilidad, sobre la hora en la que debían hacer estallar el artefacto. Encima de la recia mesa de madera situada en el centro del gran salón, la silueta grisácea, de lo que semejaba un obús de aproximadamente metro y medio de longitud, mostrando su siniestra panza, con una escotilla de cristal en la parte superior hacia un extremo y en su lado opuesto, una especie de hélice, lo que delataba que podía tratarse de un arma destinada a ser propulsada a través del agua. Si aquella visión era cierta, acababa de descubrir al fin la bomba con la que esos viles desalmados pensaban arrasar la Ciudad. Pero más importante aún si cabe, fue descubrir cómo uno de los guerrilleros, quien parecía dirigir el grupo, estaba sentado en el mismísimo sillón del Rey Felipe con los pies apoyados en el borde del gran tablero que presidía la que era la sala principal del trono de los Nueve Círculos, en el tercer nivel bajo los sótanos de la Catedral. Justo en el mismo lugar en el que estuviera días atrás, con los guardadores del secreto legado de los tesoros ocultos en el laberinto de esa ciudad sumergida en las entrañas más desconocidas de la Catedral de Sevilla.

Se retiró reptando hacia la galería de ventilación, por la que el grupo habría accedido con toda probabilidad, poniéndose a resguardo, pero tratando al mismo tiempo de oír el hilo de la charla que mantenían los tres individuos.

—Según las instrucciones que nos ha comunicado Al Sabawi —decía el que parecía llevar el mando, balanceando sus piernas en el sillón real— el día de la ira lo deberemos descargar el próximo viernes, a las cuatro de la madrugada, porque en base a los detalles que posee, es el momento álgido de las celebraciones cristianas. Por tanto, continuaremos aquí, pasando lo más desapercibidos y ocultos posible durante las próximas fechas, puesto que contamos con víveres

suficientes para una semana.

—¿Qué hay del ruso? parece inquieto y como si quisiera establecer contacto con Gada —respondió otro de los sujetos.

—No tenéis que preocuparos, ese asunto lo manejo yo directamente. Él seguirá incomunicado durante todo este tiempo y lo vigilaremos pues nos es fundamental para el manejo de la bomba, cuando llegue el momento.

Con lo que había escuchado Daniel se había podido hacer una composición bastante aproximada de los planes del comando. Miró su reloj, comprobando que era media tarde. Atacar él solo a todo el grupo, aunque contase el factor sorpresa, se le antojaba una quimera, puesto que había observado el tipo de armas de las que disponían los guerrilleros y además desconocía cuántos más habría apostados en los alrededores de esas profundidades. Por lo pronto le ofrecía un cierto respiro, comprobar que aún era lunes y que faltaban por tanto casi cuatro días para que detonaran el artefacto, salvo que se sintieran en peligro, lo que provocaría que entonces trataran de activarlo sobre la marcha. Sopesó las distintas opciones que tenía para neutralizarlos, lo que consideraba en sí, el problema prioritario, aunque al mismo tiempo, también se planteaba si cabía la posibilidad de mantener el secreto de los Nueve Duques a salvo, cosa que si entraban los miembros de la Agencia en esos sótanos, sin duda descubrirían y entonces todo habría terminado para aquella singular aventura de siglos, que a buen seguro, desataría incalculables consecuencias internacionales. Por ello, si era factible, tenía que impedir que los agentes americanos, llegasen a intuir lo que se atesoraba en aquellas profundidades. Y para lograr todo eso, únicamente contaba con apenas **cien horas** y tan solo con la cobertura de los buenos consejos de dos personas como don Ulpiano, el Canónigo, o de la inteligencia de Luis Trastorres, quiénes pese a todo, resultaban harto ineficaces.

Ahora mismo lo que procedía era tratar de fotografiar el arma, para facilitar su identificación y así averiguar el posible modo de desactivarla, cosa que sin duda podría estudiar el equipo de Julia O'Neill, con los recursos de su Agencia. Después, conseguir salir sin despertar la más mínima sospecha sobre su presencia en aquel lugar e impedir a toda costa que sus dos nuevos colaboradores, intentaran por su cuenta acceder a los Nueve Círculos, pues con toda seguridad perderían la vida y posibilitarían que se precipitase el momento del atentado. Debía empero, explicarles la situación, aún a costa de arriesgar que trascendiera la revelación de su secreto.

Una vez que con su micro cámara captara varias instantáneas del proyectil, decidió que, pese a los peligros que entrañase, debería regresar a la superficie por el lugar por el que accediera desde la Catedral en compañía de sus mentores, Así, optó por tomar por el camino más alejado del lugar donde se situaban los terroristas, avanzando como una sombra, por si descubría la presencia de otros componentes de la célula terrorista. Al iniciar el rodeo del gran salón, de pronto, se detuvo en una confluencia entre dos túneles, divisando a un hombre tendido en el suelo presa de lo que parecían unas convulsiones. A su lado, otras dos sombras,cubiertas las cabezas, inclinadas sobre él, trataban de poner un paño húmedo en su frente. Miró con más detenimiento, apreciando que por su complexión, una de esas siluetas bien podría tratarse de una mujer. Tal vez, sería la tal Gada a la que habían hecho referencia los tres que descubriera en primer lugar. Por tanto, ya llevaba identificadas seis personas, como integrantes del comando, si bien, por la conversación que había logrado captar, debía haber al menos otro, que sería el técnico ruso y si no se fiaban de él, a buen seguro, debía estar custodiado o vigilado como mínimo, por otro miembro más de la facción. Luego llegó a la conclusión, que el grupo asaltante lo integrarían al menos ocho personas, aunque uno, el que yacía tendido en el suelo, no parecía

estar en condiciones de tomar parte activa en una operación de ataque ni defensa. Y respecto al técnico ruso, si en realidad lo tenían vigilado, bien podría ser porque desconfiaran de él. Quiso pensar, que casi con seguridad, que el grupo no se hubiera percatado afortunadamente, de las riquezas que se escondían a su alrededor.

Rehízo el camino recorrido días atrás, memorizando todos los lugares con el mayor detalle y subiendo finalmente las dos plantas de sótano donde se situaban los túmulos. Al llegar de nuevo a la capilla de la Catedral, no pudo por menos, que admirar la estampa novedosa para él que se ofrecía ante sus ojos: dos largas filas de silentes nazarenos, cubiertos con capirotes morados y altos cirios encendidos ocupaban prácticamente todo el interior de las naves del impresionante conjunto, dotándolo de una luz especial, en tanto que a su derecha, hacía su aparición un soberbio paso de reflejos broncíneos, con la Imagen del Señor, vestido de blanco, rodeado de un grupo de Apóstoles, uno de los cuáles, trataba de besar su mejilla. Tras ellos, un olivo cimbreante, dotaba a la escena de una atmósfera única, en tanto que todo el conjunto quedaba envuelto en una densa nube de incienso, mientras que fuera, se percibían solemnes, los acordes de la Marcha Real española. No pudo por menos que esbozar una sonrisa, pensando que ni en la misma Roma había tenido ocasión de admirar una visión semejante.

Vuelto a la realidad, reparó en la suciedad y desgarros que ofrecía su traje, por lo que trató de pasar lo más desapercibido posible, deslizándose por las zonas de mayor sombra, en busca de una salida. Era Lunes Santo y no había caído en la cuenta que desde el día anterior, Domingo de Ramos, las Cofradías, rendían culto en la Catedral para cumplir sus Estaciones de Penitencia. Este razonamiento le hizo meditar sobre las palabras oídas a los tres árabes: el ataque lo consumarían en la Madrugada del Viernes Santo, en pleno tránsito de las Hermandades más populares de la Ciudad.

Emprendió camino a su hospedaje tratando de buscar los lugares más discretos, para ir a cambiarse, y pasar lo más inadvertido posible, pero no pudo evitar la mirada de algunos curiosos y sobre todo curiosas, que al observar la suciedad de aquel apuesto sujeto, reflejaban en sus rostros un gesto de incredulidad, ante su aspecto con la ropa ajada y maltrecha, en un día tan hermoso como aquél.

Después de una ducha reparadora, que le recordó la del día anterior y las causas que la motivaron, estimó que pese a que ya comenzaba a anochecer, debía tomar contacto sin dilación alguna con el Archivero y con don Ulpiano, para darles cuenta de los últimos acontecimientos. De nuevo pensó en Julia y en que tenía que hablar con ella, sin terminar de explicarse el motivo de no haberlo aún. Telefoneó a Luis Trastorres, al que dio cuenta de forma somera, de todo lo acontecido y la localización de los terroristas, nada menos que en salón del trono situado en las profundidades bajo los sótanos catedralicios. Percibía cómo tras unos instantes, la voz de aquél hombre singular, se quebraba y se tornaba vacilante, como pidiéndole consejo.

—¿Cree verdaderamente que es tan desesperada nuestra situación?

—Por desgracia, sí. Debemos informar a don Ulpiano de estas nuevas contingencias que he descubierto —añadió Cormack.

—Casi con seguridad hoy desempeña su labor en la Catedral por su condición de Canónigo, recibiendo a las cofradías del día. Debo agradecerle infinito su interés y su esfuerzo para con todos nosotros. Que Dios le bendiga —finalizó el Archivero con voz quebrada.

Al regresar a las calles, el bullicio era aún mayor si cabe que a primeras horas de la tarde. Pudo admirar una vez más el rigor y compostura de los penitentes, frente al clamor de voces y ruidos que provocaba el público que se agolpaba en las aceras. Por un momento se sustrajo de la

singular visión de las andas que aparecían a continuación y trató de dirigirse a la Catedral para hablar con el Canónigo. En los aledaños del templo, donde la masa humana era aún mayor, intentó cruzar, pero un sujeto uniformado se lo impidió pese a indicarle que debía ver al Vicario Sáenz de Taboada. No obstante, el vigilante le repetía con insistencia, la imposibilidad de entrar. Ya desesperaba de conseguirlo cuando apareció uno de los miembros del servicio de seguridad del control de entrada del Arzobispado, al que reconoció y que al ver la escena, dedujo qué pasaba y se dirigió a la gente del Seseiv.

—¿Por quién pregunta usted?

—Trato de llegar a la Catedral donde debo hablar urgentemente con don Ulpiano —respondió con cierto tono de impaciencia Cormack.

—Bien, Antonio, déjalo pasar que es de la casa. — respondió el guarda, con aire de suficiencia, a quien delante de la valla, le cortaba el acceso.

Bastaron esas palabras para que le retiraran la valla y Daniel pudo comprobar, hasta qué punto era verdaderamente imprescindible contar en Sevilla con alguien que facilitase las cosas y que no siempre tenía que ser un personaje influyente.

Tras un escueto gracias pasó al interior y pudo contemplar el transitar de otra Hermandad, cuyos nazarenos lucían túnicas blancas, pero no se detuvo y en la misma entrada, se encaminó hacia dos sujetos, vestidos severamente con sendos ternos azul marino, que parecían estar al tanto del discurrir de los desfiles procesionales, con una serie de cuadrantes y horarios esparcidos sobre una pequeña mesa. Estos, le informaron que el Canónigo posiblemente se encontraba en la puerta opuesta, esperando la llegada del «paso» de la Virgen del Consuelo. Al llegar al lugar indicado, entre un grupo de penitentes, destacaba la figura de don Ulpiano, portando una vara en la Presidencia que antecedía un paso que mecía rítmicamente un palio que parecía de malla dorada. Observó la sotana del Sacerdote con botonadura roja, ceñida con un fajín púrpura y cubierto los hombros con un manteo, que le prestaban un aire solemne.

El Vicario, al atisbar la alta silueta de Cormack, coligió que algo grave debía suceder, por lo que dirigiéndose al nazareno que se situaba a su derecha, le habló en voz baja, haciéndole entrega de la repujada vara dorada que portaba. Cuando estuvo a su altura, le hizo un gesto, invitándole a que le siguiera rápidamente. Llegaron bajo la pequeña puerta que ya conocía en la que se situaban las dependencias que solían usar los Canónigos. Pasaron a una de las salas, donde invitó a sentarse al agente, mientras se despojaba del mateo.

—Dígame Daniel ¿qué le trae por aquí, un día y a una hora en la que discurren las cofradías por nuestro templo para realizar sus estaciones penitenciales?. Doy por supuesto que paso algo grave.

—Cierto, don Ulpiano. Estoy aquí para confirmarle de un hallazgo que puede poner en serio peligro la vida y la integridad de toda la Ciudad. Ante las evidencias existentes, ya no podemos guardar secretos que no conducirían a nada. Por ese motivo me he reunido con Don Luis, quién ha visto oportuno igualmente que le informase con urgencia.

El rostro del sacerdote reflejaba su enorme preocupación, tras escuchar las palabras de Daniel Cormack. Al terminar, el agente quiso recalcar la diatriba en la que se encontraban para intentar compatibilizar la necesidad ineludible de neutralizar el peligro existente y tratar al mismo tiempo, en la medida de lo posible, de salvaguardar el secreto de los Nueve Círculos. Los labios del Canónigo se apretaron, dibujando una delgada línea que mostraba su honda inquietud ante el dilema que se cernía sobre ellos. Finalmente intervino:

—Amigo Daniel, creo que a lo largo de nuestra historia de siglos, jamás nos hemos encontrado

ante una disyuntiva semejante y que conste que han sido muchas por las que hemos tenido que superar, tales como la ocupación francesa, guerras civiles, etc. Pero ante unas circunstancias como las que me relata, creo honestamente, que hay que tratar de salvaguardar sobre todo, las vidas de inocentes que puedan estar en peligro, sin pensar en las consecuencias, por muy terribles que sean, del hecho que pueda salir a la luz nuestro secreto mejor guardado —guardó unos segundos de silencio, como asumiendo el cúmulo de adversos vaticinios que acarrearía semejante revelación, pero prosiguió—. Ahora mismo lo esencial sería poder neutralizar esa horrible amenaza que me expone. ¿Podría decirme de qué medios dispone usted para ello? ¿Cuenta con la ayuda de otros agentes, del Servicio Secreto, o de la policía?

—Sí, efectivamente, siguiendo instrucciones de mi Jefe, Monseñor Molinelli, trabajo de mutuo acuerdo con la Agencia de Inteligencia americana, que ha destacado un grupo de agentes a Sevilla.

—¿Tal vez están comandados por una… digamos responsable?

El rostro de Daniel se contrajo sin poder evitar un gesto de asombro. Ya era la segunda persona en poco tiempo que aludía a Julia O'Neill.

—Amigo mío —prosiguió el Canónigo—. Sevilla es una ciudad grande, pero en el fondo, no lo suficiente, al menos en lo que a la guarda de secretos se refiere. Lo cierto es que algo sé de esos, digámosle, espías internacionales, cuya responsable al parecer es una joven agente integrados en el Directorio de Inteligencia de los Estados Unidos

—Le debo confesar que me siento asombrado de la manera en que se pueden llegar a saber tantas cosas en esta ciudad. Qué difícil ha debido resultar mantener el secreto escondido bajo la Catedral y además durante tan largo tiempo. Pero debo aclararle que no sólo los americanos están al tanto de este asunto. Además, hay otros servicios especiales que siguen la pista del comando terrorista que ha colocado su bomba bajo el suelo que ahora pisamos —añadió Cormack con un tono mucho más profesional y rotundo—. Ahora lo que verdaderamente importa es tratar de averiguar la fórmula que nos lleve a anular a los terroristas que se ocultan en estos mismos sótanos.

—Señor Cormack, quiero expresarle una vez más, mi profundo reconocimiento y gratitud por el ímprobo trabajo que viene realizando en estas últimas semanas por nuestra Archidiócesis. Estoy seguro que cuantas indagaciones y contactos mantiene, están encaminados a conseguir el objetivo que se ha propuesto. Por ello no debe causarle el más mínimo asomo de molestia, que por una mera circunstancia, haya podido conocer de modo fortuito, con qué personas se haya reunido en un momento determinado, porque estoy seguro que todo ha sido en aras de lograr un resultado positivo para su delicada misión.

El tono del Canónigo había cambiado radicalmente al observar cierta sensación de tensión por parte de su contertulio, quién al comprobar el aire conciliador que su oponente quería transmitir, igualmente suavizó su tono de voz.

—Quisiera agradecerle sus consejos y sus confidencias Ahora debo proseguir mi trabajo, por lo que me pondré en contacto con la señorita O'Neill, responsable del equipo de la CIA y tratar de coordinar nuestros futuros movimientos. Tenga en cuenta que apenas nos quedan —y miró su reloj haciendo rápidamente el cálculo mental— menos de **ochenta horas**, para que estos desalmados traten de hacernos volar por los aires.

—Que el Señor le guíe y permita los mejores frutos en su delicada misión —finalizó Monseñor Sáenz de Taboada, haciendo aún más suave aún el eco de voz, al mismo tiempo que le acompañaba hasta la puerta— y sepa disculpar si alguna de mis palabras le hayan podido

molestar.

Cuando salió de nuevo a las naves del templo, Daniel no pudo evitar un resoplido pues a veces resultaba difícil de entender los entresijos de los sevillanos, que a buen seguro no necesitaban de servicios de espionaje, pues todos tenían algo de ello en sí mismos. Se encaminó hacia la puerta situada tras el singular mausoleo de Cristóbal Colón, obra del insigne arquitecto y pintor, Arturo Mélida, cuyos cuatro infantes representados, portan una majestuosa arca con los restos del descubridor del Nuevo Continente y que igualmente custodiaban otro de los innumerables secretos del mayor templo gótico de la cristiandad.

Al poder por fin, zafarse en parte, de la inmensa riada de gentes que fluía por los alrededores, se convenció que era ya momento de hablar con Julia sin más dilación. Forzosamente tenía que hacerla partícipe de los últimos hallazgos, de cuya existencia ya había dado cuenta a los dos últimos guardadores del misterio que aún quedaban vivos. Después, quizás, no excluía localizar a Bloch porque era conocedor de la eficacia con la que se mueven sus agentes, lo cual en estos momentos, debía a la fuerza de ser bien acogida.

Cuando la puerta del apartamento de Julia se abrió, le sorprendió ver al agente Robert Kittel, quien en tono cordial, le saludó:

—Hola Daniel, bienvenido. Nos coges trabajando.

—Buenas noches. Veo que estáis todos, por lo que supongo que algo importante tendréis entre manos.

Se acercó a Julia, dándole un fugaz beso en la mejilla, mientras ésta le miraba profundamente a los ojos, como queriendo descubrir lo que pasaba por la mente de Daniel. No obstante, con estudiada frialdad ella, le invitó a sentarse junto a los otros miembros del equipo.

Tenemos noticias de nuestra Central que nos corroboran la intención del ISIS de descargar en Sevilla, un golpe ciertamente demoledor como nunca hasta ahora lo habían realizado —resumió Julia.

—Ya, pero eso ya lo teníamos asumido, puesto que seguimos incluso el rastro de la bomba y vuestros detectores descubrieron la gran cantidad de radiación que se apreciaba en el barco, así como la masacre que cometieron, asesinando a toda la tripulación. —Por supuesto, pero ahora sabemos las causas, gracias a la interpretación que se ha obtenido del significado de las tablillas cuyas copias analizamos. ISIS quiere rememorar el aniversario de la toma de Sevilla por el Rey Fernando III en 1248, vengando esa ocupación con un golpe mortal contra esta misma población, con el fin de demostrar el poder e impunidad casi absolutos con los que cuentan, para atacar cualquier rincón del planeta. Y además ahora, exhibiendo un arma termo nuclear.

—En ese caso creo que la información que he conseguido nos podrá ser de gran utilidad a todos —intervino Daniel, extrayendo de su bolsillo la pequeña cámara con la que había fotografiado el proyectil en la sala del trono, pero sin desvelar qué lugar era aquél.

—¿Cómo, acaso ya sabes dónde se oculta la bomba? —manifestó Julia sin poder reprimir un gesto de sorpresa, poniéndose de pie.

—Sí, y además dispongo de información fidedigna que nos revela el día e incluso la hora en el que piensan deflagrarla.

—Desde luego te ha cundido mucho el tiempo, desde que nos vimos la última vez —apostilló Julia con un cierto deje de sutil amargura, que para el resto de sus compañeros, lo único que daba a entender, era cierta encendida admiración hacia la eficaz labor de Cormack.

Daniel la contempló, aislándose del resto de los presentes, pero de tal forma, que en modo alguno se apreciara la riada de sentimientos que afloraban en su interior, cuando lo que hubiese

deseado ardientemente en realidad, era sustraerse de todo y estrecharla entre sus brazos. Afortunadamente, la única que se dio cuenta de esta sensación fue la propia Julia, quien enseguida creyó oportuno continuar:

—¿Nos puedes dar los detalles del lugar y la fecha, Daniel?

—Por supuesto. La bomba la he podido finalmente localizar en los sótanos de la Catedral. En un lugar ciertamente de difícil acceso y oculto que debieron alcanzar sin duda, utilizando algún pasadizo desde la Universidad. No me preguntéis por donde, pero el caso es que están bajo el mismísimo templo. En cuanto al día y la hora de la voladura, pretenden provocarla, el próximo Viernes Santo a las 4,00 horas de la madrugada. Julia, si tienes un escáner podríamos imprimir las fotos para que en vuestra Central nos aclaren el tipo de bomba y su posible sistema para anular su ignición cuando accedamos a ella.

—Fantástico Daniel, lo que has conseguido nos facilitará enormemente nuestro trabajo. —dijo la agente con cierto deje de admiración.

—He podido averiguar —prosiguió Cormack— que el comando lo integran como mínimo ocho individuos, de los cuales, uno es con seguridad una mujer, además de que otro de ellos al parecer, se encuentra muy enfermo.

—¿Enfermo? ¿Sabes qué síntomas presenta? —interrumpió Kittel.

—Por lo que pude ver, naturalmente a cierta distancia, experimentaba una serie de estertores y vómitos. Debía tener posiblemente mucha fiebre, dado que lo trataban de cubrir con sus propias prendas de abrigo.

—Eso concuerda con lo que descubrimos en el Runde: La contaminación que detectamos en la bodega del barco. Con seguridad ese tipo está sometido a un proceso irreversible, debido a la radiación —añadió Kittel.

—Lamento decirte que el resto del grupo aparentemente, no ofrecía signos evidentes, de padecer unas secuelas semejantes.

—En ese caso — intervino Julia—habrá que preparar un plan de ataque.

—No va a ser tarea fácil, pues he podido comprobar que cuentan con armas ligeras, tipo AK-47 y posiblemente, otras que ocultaban a la vista. En sus conversaciones, pude oírles decir que entre ellos hay un ruso, ajeno al comando, que posiblemente sea el técnico encargado de activarla.

—Por lo que indicas, quedan **setenta y siete horas** para la detonación. Tenemos tiempo de trazar un plan con las debidas garantías, aunque somos cuatro, además de ti —intervino Nick Gallagher, otro de los agentes que hasta el momento había guardado silencio.

—Pese a todo, considero que para asegurar el resultado, no somos suficientes, aun contando con el factor sorpresa —intervino Daniel— Pero tengo entendido que disponéis de más refuerzos. Al menos así me lo insinuó un tipo que se presentó como miembro de la Agencia.

—¿Si? —inquirió Julia extrañada— Debes saber que aquí no estamos más que nosotros. Pero me resulta chocante. ¿Te dio algún dato más?

—No, tan solo que se llamaba Smith. Claro que supongo que será un alias.

—¿Tal vez… —añadió Julia. con mayor énfasis— Richard Smith?

—Cierto, su nombre dijo que era Richard.

La tez de Julia se tornó pálida, pues de forma atropellada acudieron a su mente, todas las experiencias vividas con aquel hombre cuyo seudónimo era Richard Smith, aunque finalmente a ella le confesara su auténtica identidad, como Richard Bartolomew Aldridge. Tal vez la única persona por la que verdaderamente se había sentido atraída hacia un tiempo, en su etapa de aprendizaje en la Agencia Central de Inteligencia. ¿Cómo ocultar a sus compañeros el sin fin de

emociones que se acumulaban en su interior? Pero, ¿qué había motivado la llegada del que fuera su mentor y más que amigo, hasta allí? ¿Cuál era la razón de su venida a Sevilla? Y sobre todo, ¿por qué no había contactado con ella? Empezaba a ser consciente de pronto, que en un mismo lugar, se concitaban los dos hombres a los que había querido, aunque su entrega sin condiciones a Daniel, tan solo escasas horas antes, aún no lo había superarlo por el sin fin de sentimientos que la agitaron en su apasionado encuentro.

Del grupo, el único que notó la desazón que había invadido a Julia O'Neill fue el propio Cormack, pese a no saber la causa de aquel súbito y sutil cambio de ánimo de su compañera. ¿Quién sería ese individuo cuya primera ojeada le causara esa mala impresión? Se prometió que tendría que averiguarlo tan pronto como se lo permitieran los acontecimientos. Pero, creyó oportuno echarle un cable para salir del atolladero.

—Sea como sea, debemos tratar de concentrar todos nuestros esfuerzos en establecer un plan de ataque con el que logremos acabar con este comando de una vez por todas. Dado mi conocimiento del terreno, me ofrezco para ser yo quien lo intente. Si fracasara, siempre podréis intervenir vosotros directamente.

—Esa opción —respondió Julia— es muy arriesgada, sobre todo para tu propia seguridad, pero tal vez lleves razón, por el hecho que una sola persona puede acercarse al objetivo con más garantías de impunidad, que si establecemos un frente abierto cuyas consecuencias serían del todo imprevisibles. Sin duda, dentro de unas horas, tendremos respuesta al tipo y características de la bomba, para ver el modo de desactivarla.

—Es nuestra obligación. Hasta mañana Julia, os deseo buenas noches.

CAPITULO XXXI:
VORÁGINE

Monseñor Molinelli, pese a lo avanzado de la hora, escuchó en el silencio del anochecer, las solemnes campanadas del reloj del Vaticano, mientras seguía trabajando en su despacho, en el que desde hacía rato, estaban el Cardenal di Colombelli, el Subprefecto von Argenbourg y el Profesor Athaulpi. Estos dos últimos exponían una serie de teorías sobre el atentado que se fraguaba en Siviglia, tratando de plantar diversas fórmulas con el fin de encontrar la mejor manera de intentar neutralizarlo. El purpurado por su parte, guardaba un prudente silencio, escuchando con atención los pareceres de sus contertulios. Por último, fue el Prefecto, quien con su habitual sentido de la concreción, resumió las claves del problema de forma clara y concisa:

—Señor Cardenal, señores, quiero entender que todos somos conscientes de la situación en la que nos encontramos y la necesidad de arbitrar soluciones a la preocupante amenaza que se cierne sobre toda una Ciudad y en particular, si el explosivo que la puede destruir se encuentra escondido en los sótanos de su propia Catedral. Si como dice el Subprefecto, habría que poner sobre aviso a la policía española y al ejército de ese país, del que sabemos dispone de un destacamento de intervención inmediata, ello, sin duda, alertaría a los terroristas que cuentan a priori, con la ventaja del lugar en el que se han atrincherado y con toda seguridad, sus posibles ojeadores estarán al acecho de cualquier movimiento extraño que se produzca en las cercanías de donde están escondidos sus compinches. Si por el contrario, debemos hacer caso a lo que comenta el Profesor y proceder a enviar a otros miembros del Seseiv, a las alturas que estamos, no hay tiempo material para que adquieran la suficiente información imprescindible de primera mano e incluso, sobre el propio escenario del campo de operaciones donde deberían actuar, por lo que mucho me temo, que estarían igualmente abocados al fracaso. Por último, desconozco Eminencia, cuál sería su posición al respecto, pero creo mi deber exponer la mía, si su Benevolencia me lo permite. Debo decir que tengo plena seguridad en el hombre que está al frente de esta misión, como también del equipo de agentes americanos con los que trabaja. Estoy seguro que sí ha sido capaz de localizar tanto al comando terrorista, como la ubicación exacta donde se encuentra la propia bomba, deberíamos confiar una vez más en su instinto y sus recursos para culminar la misión encomendada.

El Cardenal se removió en su asiento, mirando con atención a los tres y creyó llegado el momento de expresar lo que pensaba al respecto, siempre con la máxima prudencia que requería un asunto de esta índole.

—Distinguidos amigos, todos somos plenamente sabedores de la terrible situación por la que atraviesa una parte de nuestra Iglesia, concretamente en esa Ciudad española. Alguna experiencia tenemos de amenazas que el mismo Vaticano ha sufrido y que gracias a Dios, hemos podido superar pese a nuestros limitados recursos. Yo debo seguir teniendo depositadas todas mis esperanzas en el Altísimo que ha querido poner en nuestras manos a ese grupo de personas que, a no dudarlo, están dando de sí, todo lo que pueden y acaso más, para impedir que esa plaga asesina, cumpla sus malvados propósitos. Por tanto, creo que debo dar la razón a Monseñor Molinelli, pese al enorme riesgo que corremos y respetar su fino olfato e intuición en este tipo de contingencias, que por demás, dado su tremendo alcance es totalmente nuevo para todos, incluso para los muy experimentados servicios secretos de las grandes potencias.

—Deben tener la seguridad —añadió el responsable del Seseiv—que estamos en permanente contacto con Daniel Cormack y que cualquier novedad que se produzca, estaremos puntualmente

al tanto de ella. Además contamos con la información indirecta que el Subprefecto, pueda recabar de nuestros aliados americanos. ¿No es cierto Frederick?

El policía emitió un sonido gutural, atusándose el bigote, que podría considerarse una afirmación, aunque no le eran del todo ajenas las segundas intenciones que encerraban las palabras de Molinelli.

—Bien, señores —terminó el Cardenal— en ese caso, creo que por hoy nada más podemos hacer. Le ruego amigo mío, que me mantenga puntualmente al tanto de cualquier contingencia por mínima que ésta sea. Buenas noches y que el Señor les bendiga a todos.

* * *

La imprecación de Cyrus Donovan restalló, con especial violencia, en toda el área de trabajo de su sección, como si la sacudiese un látigo:

—¿Pero me queréis decir —lanzó con voz de trueno— cómo un simple agente del Servicio Secreto del Vaticano, ha podido localizar la bomba y a los terroristas, antes que nosotros?

—Señor —respondió con toda clase de precauciones, Bill Jones, pues de sobra conocía las explosiones de mal genio que su jefe tenía cuando los asuntos no rodaban lo bien que él deseaba — todos nuestros hombres y en especial Julia O'Neill han trabajado con la mayor eficacia, lo que ocurre es que el agente italiano, ha contado con el conocimiento del terreno y los permisos necesarios para adentrarse en unos lugares hasta cierto punto, vedados para nosotros, al mismo tiempo que nos ha servido de enlace para no poner en peligro a nuestro propio equipo.

—Bill, el agente que tú dices del Vaticano no es de Italia, sino de Irlanda, algo bueno tenía que tener y además lo ha demostrado. Ahora lo que debemos hacer es contactar con Aldridge y ponerle en antecedentes. Deberá seguir el plan previsto en todo caso, permaneciendo como cobertura externa y no implicarse con el grupo que hace el trabajo de campo. Su intervención será siempre complementaria, pese a que el peligro es de grado uno. Pero para el caso, lo mismo darían cuatro que ocho agentes y siempre podrá ser más eficaz su entrada en acción cuando nadie lo espere, si pintan bastos. Ahora tendré que informar al Director que este asunto huele muy mal y estamos a remolque de los acontecimientos. Quiero hablar con Julia O'Neill ahora mismo.

—De acuerdo Jefe, tenga en cuenta que en España es ahora madrugada.

—Me importa un rábano, Bill. No podemos estar con estúpidos horarios comerciales como si esto fuese un supermercado.

Transcurridos unos segundos, que a Donovan se le hicieron interminables, al otro lado, escuchó la voz de la agente O'Neill.

—Buenas noches Cyrus, supongo que querrás información de primera mano de cómo va todo.

—Exacto Julia y ojalá que, por una vez, pueda ofrecer algo sólido que comunicar a los componentes del Directorio Permanente de Crisis.

—He convocado una reunión con todos los de nuestro comando, al que se ha incorporado Daniel Cormack. Hemos quedado en establecer un plan de actuación de forma inmediata, pues como sabes, nos quedan ahora mismo **setenta y dos horas**, para el momento en el que tienen previsto provocar la explosión. A propósito, ¿tenemos ya alguna referencia del tipo de arma y de su sistema de deflagración?

—Están en ello. Al parecer se trata de un sistema bastante anticuado y además en desuso por parte de las fuerzas navales rusas. Estamos estudiando su sistema de ignición y el proceso para

su detonación, para así poderos facilitar el modo de anularlo cuando llegue el momento.

—También quería comentarte que Daniel nos ha propuesto un plan que entiendo es muy arriesgado para él, pero que, a la vista de cómo se encuentra parapetado el grupo guerrillero, tal vez sea el más eficaz.

—Julia, ¿pero ese hombre reúne las condiciones necesarias como agente para un caso tan extremo como este? Yo creo que en el Vaticano las acciones de intervención directa no deben ser muy arriesgadas precisamente. Supongo que trabajarán con otro tipo de parámetros.

—Te equivocas y sin duda tendrías que recordar que él solo sacó de Erbil al Obispo y a los demás sacerdotes, en medio del fuego enemigo, perseguidos por medio Irak.

—Vaya, veo que sigues siendo una fan de tu flamante amigo irlandés.

—Cyrus deja de divagar —respondió con cierto enojo la joven, pese a reconocer que sí era verdad, pero no debía darle pistas a su Jefe, quien por otra parte, la astucia y el instinto innato, eran uno de sus rasgos fundamentales para que no se le escapase casi nada a su alrededor.

Donovan, reconoció que no adelantaría gran cosa por ese camino, por lo que debía centrarse en el tema que les preocupaba.

—Ok, Julia, ¿pero no verías más conveniente trazar un plan de ataque y acabar con esos tipos frontalmente, anulando su capacidad de reacción?

—Eso sería un error, hay que conocer la complejidad del terreno en el que debemos movemos, nada menos que en el interior de una catedral y además está el paso de las cofradías en estas fechas.

—¿El paso de qué? — exclamó el Jefe del Departamento— ¿Pero qué demonios afectan esas… cofradías a nuestra misión?

—Tú no conoces las peculiaridades que encierra esta ciudad, Cyrus. Aquí la Semana Santa reviste una trascendencia que impregna la vida de todo un pueblo que vive esta festividad religiosa de manera muy especial.

—Pero ante una situación como esta, se podrán cancelar, ¿no?

—Estás muy equivocado, sería suicida ni siquiera intentarlo. Por eso Daniel que conoce estas connotaciones mejor que nosotros, estima que es más oportuno que sea un hombre solo el que trate de impedir la activación del arma, en tanto que el resto del equipo, apostado en el propio recinto de la Catedral, procuraríamos cortar la salida a los componentes del grupo.

—No entiendo nada, ¿Eso quiere decir que sugieres que dejemos en manos de tu amigo toda la responsabilidad de acabar nada menos, con el riesgo que hagan estallar una bomba atómica en una ciudad de setecientos mil habitantes y además en medio de una celebración religiosa? Te prometo Julia que por una vez me alegro de no estar ahí.

—Creo que debes confiar en nosotros. A propósito, —cortó Julia cambiando radicalmente de tema— ¿Richard Aldridge sigue en Moscú? —La voz de Julia, mostraba bien a las claras la estudiada frialdad de su pregunta.

—No sé a qué viene eso ahora, ¿para qué quieres saberlo?

—Porque ha llegado a mis oídos que se encuentra en Sevilla y la verdad es que me choca qué pueda estar haciendo aquí —el tono de voz con el que inquiría a su Jefe, se había ido paulatinamente haciendo más áspero.

—Sí, es cierto que hemos decidido enviaros una cobertura, pero con órdenes de no intervenir salvo caso extremo. Sabes bien que es el procedimiento a seguir en este tipo de situaciones. ¿Pero a través de quién has logrado averiguarlo?

—Pues por una información que nos ha facilitado el propio Daniel Cormack.

—¿Pero ese hombre tiene poderes omnímodos? ¿Cómo es posible que lo haya localizado?

—Eso lo ignoro —se excusó Julia para no descubrir más detalles—, pero lo que me choca en extremo es que sea él precisamente, a quien hayas encomendado estas tareas de cobertura.

—Son cosas del Departamento y no es el momento de tratarlo ahora. Pero ya que lo sabes, creo que puedes confiar plenamente en su experiencia. Los hombres que lo acompañan, son de lo mejor que hemos podido tirar dada la premura en la que nos movemos.

—Ya, pero estoy segura que, como te pasa a ti, ignoran las peculiaridades del caso y de la propia ciudad, en la que no es fácil integrarse y más en un escenario como el que nos toca desenvolvernos.

—Por supuesto, pero por lo que veo, intuyo que tú te has aclimatado perfectamente.

—Pues sí, algo hay de eso y pienso que me va muy bien, sobre todo porque nos sirve de ayuda, ante lo que nos jugamos.

—De acuerdo Julia. Veo que recuerdas una de las máximas de nuestro Departamento. Confío plenamente en tu sagacidad, pero recuerda que no podemos fracasar. Es muchísimo lo que arriesgamos.

—Buenas noches Cyrus, gracias a pesar de todo, por tu confianza.

Cuando Julia comprobó que se había cortado la comunicación, no pudo evitar un hondo suspiro, pues era consciente que se había comprometido en un plan de ataque, de acuerdo con la idea de Daniel, que si salía mal, acarrearía dantescas consecuencias. Sí, verdaderamente, se había identificado con el modo de ser del pueblo de Sevilla, con su filosofía de vida, sus ancestrales tradiciones y la alegría espontánea de sus gentes, pese a que en el fondo reconocía, que el sevillano era serio por antonomasia, donde el sentido de la fatalidad a veces desgarraba sus sentimientos en lo más profundo de su alma. Así lo experimentaba ella en su interior, después de aquella noche de amor con un hombre con el que, en el fondo, sólo había convivido en una casi efímera relación como agentes especiales, provenientes de dos mundos tan distintos como Norteamérica y un estado tan minúsculo y singular como el Vaticano. Decidió que debería dormir un poco, antes de enfrentarse al sin fin de acontecimientos que descargarían en tan solo unas pocas horas sobre ellos y sobre toda esta bella Ciudad a la que había empezado a querer, además de admirar, en lo más hondo de su corazón.

* * *

Daniel emprendió camino a casa de Julia O’Neill, para establecer definitivamente los últimos pormenores del plan de ataque que debían seguir: Miró la hora, comprobando que apenas eran las ocho y media de la mañana. Calculó una vez más el tiempo que les quedaba, apenas **sesenta y siete horas** y no pudo evitar una sensación de escalofrío en la luminosa mañana que bañaba con su luz el blanco caserío que se abría ante sus ojos. Era martes y pronto cayó en la cuenta que no era una fecha más, sino Martes Santo, día en el que con seguridad volverían a procesionar varias cofradías por toda la Ciudad.

Tocó el interfono, oyéndose el chasquido de la cancela de la calle. Al poco, notó cómo se abría la puerta del apartamento, dejando ver la figura de Julia, vestida con un pantalón y blusa nada ostentosos, con el pelo recogido en una sencilla cola informal, pero que pese a todo, el conjunto no restaba un ápice de belleza a la joven, quién al ver a Daniel, dibujó una sonrisa, acercando su cara a la de él, y percibiendo fugazmente el calor de sus labios.

—Hola, aún no han llegado mis compañeros, pero estarán a punto de hacerlo. ¿Te apetece un té, un café?

—Gracias, acabo de tomarlo. Julia, yo…

El timbre de la puerta interrumpió lo que Daniel con vehemencia, pretendía expresar. La joven se acercó al interfono, pulsándolo, tras dirigir una mirada a Daniel de cierto desencanto.

—Ya están aquí mis compañeros.

—Hola Julia, Daniel, buenos días —dijo Robert Kittel, al cabo de un momento y soltando su pesado saco en el suelo junto al sofá— hemos recogido el material que consideramos necesario para la operación.

—Buenos días Robert, Ted, Nick —respondió Daniel a los que estrechó la mano, después que éstos saludaran a Julia y dejaran igualmente sus fardos junto al de su compañero.

—Creo que podemos empezar —añadió Julia—. Esta noche he hablado con Cyrus sobre la logística a seguir y ha estado de acuerdo con la propuesta que ayer plantease Daniel, para acceder en solitario hasta el lugar en el que se encuentra nuestro objetivo. Mientras, le serviremos de cobertura, desde la planta menos uno.

—Es cierto Julia, considero que vuestra intervención se debe circunscribir a la planta -1, en los puntos por los que estos tipos pudieran intentar la huida. Tened en cuenta que a esa hora estarán pasando cofradías por el interior de la Catedral y podría producirse una carnicería si nos viésemos obligados a repeler su ataque en las mismas naves del templo.

—¿Ello supondría que tendríamos que acceder a esos subterráneos para desde allí intentar abatirlos? —pregunto Julia.

—Exacto, por eso deberéis conocer la orografía del terreno y los diferentes conductos que se esconden en ese lugar y si antes no estáis familiarizados con él, sin duda podría costaros la vida.

—¿Me estás diciendo que hay posibles encerronas en un lugar como ése?

—Sí. Existen algunas, llamémosles trampas, que no son de ahora, sino que fueron preparadas en siglos pasados. Se diseñaron para evitar saqueos en su interior, por lo que además, probablemente haya algún pasadizo oculto que pudiera desembocar bajo esos muros —Daniel, ex profeso, no quería ser más explícito, pero se veía en la necesidad de ponerles en antecedentes, si algo salía mal y se veían obligados a descender a los planos inferiores, si él fracasaba, con lo que se pondrían al descubierto irremisiblemente, los secretos que escondían.

Su voz sonaba convincente, pese a que no era toda la verdad ni mucho menos, lo que estaba exponiendo, pero trataba en la medida de lo posible, que sus acompañantes no intuyeran algún indicio que les permitiese sospechar lo que se ocultaba en aquellas profundidades. Pero al mismo tiempo, procuraba ser lo más objetivo posible para no poner en peligro el éxito de la operación, ni las vidas de sus compañeros, en particular la de Julia.

—En ese caso, tendríamos que montar una defensa escalonada, digamos por tramos, entre la entrada al segundo sótano y el primero, ¿no es así, Daniel? —propuso Julia, haciéndose una idea de cómo deberían ocupar sus puestos los demás compañeros.

—Entiendo que sí, pero soy consciente de lo exiguo de nuestros medios.

—No creas —terció Kittel—. Si conseguimos que nos establezcas una buenas posiciones, estoy seguro que estaremos en franca ventaja. —Pudiera ser, pero ten en cuenta Robert, que son al menos ocho y bien armados. No será tarea fácil, dada las sinuosidades y recovecos del lugar y pese a contar con el factor sorpresa inicial.

—Tal vez lo que ahora sería necesario es conocer de primera mano el terreno en el que nos debemos mover —añadió Gallagher, que al igual que su compañero Brown, no habían perdido

un ápice de la conversación.

—Hay otro factor más, que creo debéis conocer —aclaró Julia, dándole un aire más enfático a sus palabras—. No os he terminado de contar mi conversación con Donovan. La Agencia ha considerado conveniente que no afrontemos en solitario esta empresa y han destacado a otro equipo, con Richard Aldridge al frente, al que Daniel ha tenido ocasión de conocer como Richard Smith.

—¡Demonios! ¿Es que acaso no se fían de nosotros?—farfulló Kittel.

—No es tanto eso, como el hecho en sí, de la tremenda responsabilidad del objetivo que nos han encargado, si fracasásemos. Como sabéis de sobra, ellos estarán al margen como grupo de cobertura y sólo intervendrían si nosotros fallamos.

—Claro, pero ¿cómo desde el exterior, pueden calibrar que la situación es así de acuciante, si no conocen ni nuestros planes ni los vericuetos en los que nos vamos a mover? —terció Cormack, al que sólo la idea de tener cerca a aquel individuo que se había dirigido a él, le causaba un enojo o tal vez algo más, que no acertaba del todo a adivinar.

—En eso llevas razón, pero es la norma y no podemos saltárnosla, Daniel —justificó Julia, aunque en el fondo le daba toda la razón a su compañero.

—Lo cierto es que nos quedan **sesenta y cuatro horas**, para que ataquen y debemos en todo caso, ponernos en marcha —intervino Brown, pese a ser el que menos había intervenido en el debate.

Todos intuitivamente miraron sus relojes y efectivamente vieron que Ted había manifestado lo que era más que obvio: El tiempo corría insensible, en su contra.

* * *

Las aguas del lago Habbaniyah, reflejaban el resplandor de la luna, que mostraba su redondez plateada, sobre un oscuro cielo azul, salpicado de estrellas. La noche era calma y sin apenas brisa, pese a que aún el aire caliente, abrasaba el rostro del hombre que cubierto con su turbante, a pie firme sobre un montículo, dirigía su mirada hacia la serpenteante carretera que lo bordeaba por el lado norte. A su espalda, los restos del antiguo cementerio de Almsheehd, daban quietud a aquel paraje tétrico pero sereno a la vez.

A lo lejos por el este, su aguda vista le permitió divisar en la lejanía, un vehículo pese a la distancia que le separaba, pero era algo a lo que estaba acostumbrado a ejercitar desde hacía años, cuando formaba parte del ejército de Sadam y ahora, como miembro de la Shura. Se volvió hacia un pequeño cobertizo, junto a los restos de la tapia del camposanto y decidió esperar pacientemente. Al cabo de unos minutos, el sonido de un motor le puso sobre aviso que su visitante acababa de llegar. Se hizo el silencio de nuevo y al salir de la semiderruida estancia, se encontró que la nube de polvo casi ocultaba el reflejo del cielo.

—As-salâmu ‘Alaykum —saludó al recién llegado.

—Wa-‘Alaykumu s-Salâmu —le respondió éste.

—¿Qué tal ha ido el viaje?

—Peligroso, cada vez peor, puesto que los yanquis nos están machacando con su aviación. Menos mal que estamos lo suficientemente dispersos para que no nos infrinjan pérdidas considerables. Golpean sin ton ni son y vaya desperdicio de armamento el que derrochan. No nos ocurriría igual a nosotros en el caso de que fuese a la inversa.

—¿Quiénes faltan por venir? —intervino el primer sujeto.

—Un miembro del Consejo de Seguridad, más otro consejero de la Sharia.

—A propósito, ¿habéis podido cubrir las últimas bajas en el Consejo militar?

—Ha sido muy complicado encontrar elementos eficaces y fieles a la causa. Los bombardeos, están haciendo estragos y dificultan en gran medida, la llegada de ingresos provenientes del petróleo. Parece que a los turcos les están apretando las clavijas sus aliados occidentales y se muestran muy reticentes a adquirir nuestra mercancía, salvo que tiremos su cotización.

—También será una excusa para ir con los precios a la baja.

—Puede ser, pero te digo que las cosas se nos están poniendo muy difíciles.

—Ya, confío que con el éxito de la operación que tenemos en marcha, eso les haga recapacitar y retroceder.

Se levantaron y salieron de nuevo al otero desde la que se divisaba la solitaria carretera. Por el Este, desde Ramadi, otro automóvil, dejaba ver el centelleo de sus faros encendidos. Esperaron un tiempo y cuando el tercer vehículo se acercó y se hubo detenido, se bajaron dos hombres con similares atuendos y pobladas barbas. Los cuatro se saludaron y pasaron al pequeño chamizo, oculto a miradas extrañas y en la soledad de la noche. Uno de los recién llegados, el que pertenecía a la Sharia, excusó la presencia del Wali de la provincia, debido a la falta de seguridad que padecía, pese al interés que despertaba el asunto y los posibles réditos que ofrecería para la causa.

—¿Qué nos puedes indicar sobre el encargo de Jalil ben Assuan y Al-Sabawi? —inquirió el consejero de la Sharia.

—Desde nuestra última reunión en Hafar Al-Batin, tanto mis otros dos compañeros que fueron atacados en las afueras de Raqqa, como yo, diseñamos el dispositivo para que el comando de Jalil pudiese contar con los medios adecuados, para montar la operación que ya conocéis, así como con la cobertura complementaria de la que dispuso Omar para introducirse en Sevilla y contactar con los enlaces de los que disponemos en la zona. También he podido confirmar las noticias recibidas, sobre que han logrado el arma necesaria, así como esconderla en la propia Ciudad, sin mayores dificultades, aunque para ello, han tenido que eliminar a la tripulación del barco que les condujo con el fin de evitar filtraciones.

—¿Cuándo piensan llevar a cabo el ataque? —inquirió de nuevo el clérigo.

—Según el plan que ha trazado Al-Sabawi, será el viernes, es decir, si los cálculos no me fallan, dentro de unas **sesenta horas**.

—Magnífico, —terció quién ostentaba la representación del Consejo de Seguridad— nuestra respuesta les dejará sin argumentos para que se olviden de una vez por todas, que están ganando la guerra. Demostraremos que podemos golpearles en cualquier lugar del mundo y además contando con un arma atómica. Te felicito por la idea que tuviste.

—No ha sido fácil lograrlo ni mucho menos. Los rusos en el último momento nos dieron el cambiazo al tipo de arma que habíamos exigido y al final nos entregaron otra mucho más antigua y difícil de transportar. Gracias a la habilidad de Jalil, al que no en balde se conoce como Zaâbin y sus hombres, han podido llevarlo a buen término.

—¿De qué potencia estamos hablando? —intervino el cuarto hombre que hasta entonces no había abierto la boca.

—Por los datos que tenemos, alcanza un megatón, suficiente para destruir un área de unos quinientos metros a la redonda y una zona mucho mayor alrededor del cráter que provoque.

—Como nos dijiste, lo de las Torres Gemelas, será una anécdota al lado de esto —sentenció el

Consejero de la Sharia.

—Hay un problema —intervino el sujeto que había llegado en primer lugar—Al parecer a nuestros hombres les sigue de cerca un miembro del Servicio Secreto, que hemos podido averiguar pertenece a la Guardia del Vaticano o algo así. Intentamos eliminarlo, desde uno de nuestros centros en Sevilla, pero es astuto y escurridizo, por lo que al final, logró escapar a la celada que le tendimos. Además, al parecer se hizo con una copia de las tablillas que guardaba Omar y eso les ha dado pistas a sus mandos.

—¿No estará relacionado con el que logro sacar de Erbil a su Obispo y otros sacerdotes cristianos? —añadió, con voz en tono reflexivo, el individuo más bajito que ostentaba el rango de consejero de seguridad.

—Es bastante remota esa posibilidad, pero no descartable. Según tengo entendido aquél logró escapar, pese a quedar malherido. Sería cuestión de hacer las indagaciones precisas. Si es así, debe ser un tipo peligroso.

—Lo importante es que dentro de las horas que habéis señalado, la ciudad de Sevilla, sea un mero recuerdo en la historia y quede borrada del mapa para siempre—, máxime cuando ahora celebran sus fiestas religiosas.

—Confío que en un par de días podamos obtener este triunfo —dijo a modo de sentencia el responsable de la Shura— ahora debemos guardar el máximo sigilo y evitar a las tropas yanquis y sus traidores aliados.

La despedida fue breve y los cuatro hombres, retomaron sus vehículos todo terreno, partiendo rápidamente en direcciones opuestas: A Ramadi, el que saliera en segundo lugar, en tanto que el ocupado por el Consejero religioso y el de Seguridad, lo hacían en dirección opuesta, hacia Al-Fallujah. Por último, quién les diera la bienvenida, dirigió una postrera mirada hacia el lago, Extrajo del bolsillo de su túnica una pequeña grabadora, a la que pulsó el botón de stop, guardándola de nuevo. Después, se subió a su Rover, tomando el sendero polvoriento que rodeaba el cementerio para buscar la ruta de Kerbala hacia el Sur.

* * *

Robert Kittel, abrió su enorme bolsa de cuero, en donde se dejaban ver unas fundas rectilíneas de diversos colores, en cuyo interior, al abrirlas, descubrían una serie de armas de negros y grisáceos matices satinados. El que más se repetía era el fusil de asalto M-16, uno de los cuáles tomó el agente, que con un movimiento rápido y mecánico cargó, produciendo un frío chasquido, apuntando en dirección al techo. Acto seguido, se lo ofreció a Daniel. Éste al sopesarlo en sus manos, se lo devolvió al americano.

—Prefiero mis propias armas, más reducidas y con menos potencia de fuego tal vez, pero para mí más fáciles de transportar y versátiles —diciendo esto, mostró una H&K USP Compact de fabricación alemana, de 9 mm Parabellum.

—¿Con eso pretendes enfrentarte al comando? —inquirió Julia.

—Bueno, además cuento con la clásica Glock 17, de 3ª generación, de Smith & Wesson, anclada al tobillo izquierdo.

—No creo que sea suficiente Daniel. Ellos cuentan con los AK—47.

—No lo tendrán tan fácil, te lo aseguro. Además mi objetivo es neutralizar la bomba y no puedo ir con armas de gran calibre,

Mientras, tanto Gallagher como Brown, habían ofrecido a Julia uno de los fusiles. Ésta, al igual que Cormack, lo rechazó con un ligero movimiento de sus manos.

—Se vería raro que si como tapadera, llegado el caso que no hayamos resuelto el problema antes del jueves, debo usar el traje de mantilla para estar en el interior de la Catedral sin despertar sospechas y apareciera llevando un fusil de asalto. ¿No creéis? Prefiero llevar un arma corta,

—¿De qué dices que te vas a vestir Julia? —intervino Brown, mostrando su desconocimiento en esta materia— y que no acababa de comprender la estrategia que pretendía seguir su jefa.

—Gracias por tus consejos, pero ahora lo que debemos estudiar es el campo de operaciones y dónde nos apostaremos.¿Tienes planos Daniel?

—No, pero os los detallaré mediante croquis.

Se acercaron a la mesa y Daniel comenzó con trazo firme, a delimitar las líneas del contorno de la Catedral, con los tres lugares de acceso a los sótanos, al menos los que él conocía, así como la distribución de las largas filas de sepulcros, lápidas y demás lugares de enterramientos. Por último, señaló el punto que conectaban ambas plantas, a través de la escalera de caracol.

—Si todo sale con arreglo al plan previsto, una vez logre desactivar la bomba, trataré de empujar a los miembros del comando hacia la salida del primer nivel. En ese lugar, deberéis apostaros al menos dos de vosotros. En tanto que el tercero es conveniente que cubra otro de los accesos, por si alguno de ellos conociese ese punto de salida.

—La verdad es que no creo que resulte muy difícil neutralizarlos, habida cuenta que han de salir forzosamente por alguno de esos portillos —comentó Kittel, sopesando con detenimiento el esquema.

—En teoría sí, pero existen muchos factores y posibles lugares desconocidos cuya ubicación pudiera sorprendernos. Por mi parte son los que conozco y los que casi con completa seguridad, ellos utilizarán.

—Sin embargo yo no estoy del todo de acuerdo Daniel —intervino Julia dejando caer una sombra de duda. Se hizo el silencio, mirando los cuatro a la agente— Muy sencillo: ¿Si todos esos caminos ofrecen unas angosturas semejantes, por dónde demonios han introducido los terroristas su famosa bomba?

La pregunta dejaba patente muy a las claras, que necesariamente, debía haber otro lugar oculto por el que el grupo de guerrilleros había accedido y que además tendría que tener unas dimensiones suficientes para transportar semejante artilugio. A esta reflexión de Julia, tan sólo Daniel tenía la respuesta, pero si desvelaba lo que sabía, pondría en peligro todo el secreto de los Nueve Duques. Por ello, reaccionó con rapidez:

—Tienes razón Julia, la bomba presenta unas dimensiones de un metro y medio de longitud y sobre unos sesenta centímetros de diámetro. Todo ello aproximado. Si tenemos en cuenta la altura y la envergadura de una persona, bien podrían haberla colocado en sentido vertical y trasladarla mediante un soporte de ruedas, que ahora que lo mencionas, recuerdo que vi algo parecido bajo ella. Por supuesto eso requeriría un esfuerzo de varios hombres, pero como os dije, son al menos ocho.

El razonamiento no pareció convencer del todo a la agente, si bien debía reconocer que tenía cierta lógica, pero quiso dejar patentes sus dudas:

—Quizás pueda ser como dices, pero ello no nos debe hacer descartar que hayan logrado encontrar otra vía de acceso, por la cual, lo mismo que han llegado, podrían intentar escapar o bien rodearnos.

—Evidentemente es así. No conozco todos los entresijos de esos dos sótanos, cuyas

dimensiones alcanzan prácticamente todo el perímetro de la Catedral. Puede haber otros o incluso, se me ocurre, una galería de ventilación, ya que sobre todo en la planta inferior el hedor a humedad es casi insoportable —con esta nueva hipótesis quería dejar zanjada la cuestión para no seguir ahondando en otras posibilidades que llevasen a los americanos a querer seguir investigando por otras vías.

—De acuerdo —continuó Julia O'Neill, quien sin más dilación, expuso su plan de ataque—. Tanto Nick como Ted deberéis tomar posiciones ante la salida por la escalera de caracol, abriéndoos en un ángulo de noventa grados, buscando las protecciones adecuadas, para poder dirigir el fuego cruzado en caso necesario, sobre los que salgan En cuanto a ti, Robert, te tocará improvisar algo, sirviéndoles de cobertura a ellos, al mismo tiempo que observando cualquier movimiento extraño que pudiera detectarse, proveniente de otros lugares de ese nivel. Mantendréis las luces apagadas en todo momento y utilizaréis las gafas de visión nocturna, puesto que es de suponer que esos tipos no contarán con esta clase de herramientas, lo que también nos dará cierta ventaja.

—Veo que has pensado en todo, Julia —intervino Cormack— pero para vuestra información, he de deciros que cuentan con un sinfín de antorchas allí almacenadas y no les será difícil mantener iluminada la zona.

—Trabajaremos con esa posibilidad, pero nosotros debemos resguardarnos en los puntos oscuros para evitar que nos localicen. En cuanto a ti ¿has pensado la estrategia que vas a seguir?

—Sí —intervino Daniel, dando a sus palabras un tono de seguridad, que realmente no tenía—, conozco perfectamente donde se esconden y los lugares por los que puedo llegar hasta ellos sin ser descubierto. Trataré de alejarlos del artefacto y empujarlos hacia donde vosotros los esperaréis. Cuando se vean entre dos fuegos, intentaré que no retrocedan, al mismo tiempo he de evitar, que rearmen el sistema de ignición de la bomba.

—Sigo pensando que es muy arriesgado y corres un serio peligro —insistió Julia, que en modo alguno quería que Daniel afrontase solo aquél riesgo— debería ir contigo alguno de nosotros…

—Julia, ya lo hemos discutido y es lo mejor. Si no lo logro, siempre podréis entrar vosotros y acabar con ellos en el mismo lugar donde esconden el artefacto. Sobre todo porque si mermáis en número, os será más difícil neutralizarlos.

—Ten por seguro que a la más mínima, lo haremos. Yo por mi parte cubriré todo el recinto del templo, para evitar que si alguno escapa, provoque una masacre entre el público y los cortejos de nazarenos que desfilen.

—Sólo tendrás que estar atenta a esos penitentes, en el caso que nos veamos obligados a operar en la madrugada del viernes. Esa noche no hay público alguno en el interior, lo cual sería una ventaja.

—Ya, pero nosotros deberemos desplegarnos y atacar con antelación suficiente y no agotar el tiempo, por si algo sale mal.

—Por supuesto, pero lo prioritario será conseguir el acceso al primer nivel del subsuelo, cosa que dependerá de algunos miembros del Cabildo y debo encontrar el medio de lograr su autorización, máxime en unos días como éstos. No creáis que será fácil en absoluto, sin despertar demasiadas sospechas. Tened en cuenta que ellos están totalmente ajenos a la amenaza que se encierra bajo sus pies.

—Pues algo creíble tendrás que discurrir para lograrlo, porque el tiempo corre en nuestra contra.

Era ya mediodía pasado y a ninguno se le había ocurrido pensar en comer algo. Hacía algún

tiempo que habían sonado las campanadas de las cuatro de la tarde y todos advirtieron que, si el plan de los terroristas se llevaba a cabo, quedaban alrededor de **cincuenta y nueve horas** para que se desencadenase la hecatombe.

Daniel fue el primero en tomar la iniciativa, levantándose del asiento y dirigiéndose a Julia:

—Debo ponerme en contacto de inmediato, con los responsables de la vigilancia de la Catedral, para conseguir un permiso que os permita tener acceso a su interior. Se me ocurre que podríais convertiros en un equipo de TV. que quiere filmar algunas escenas de las cofradías por dentro del templo, aunque deduzco que no es tarea fácil. En caso de no lograrlo, tendré que recurrir a un Canónigo conocido mío, para ver qué puede hacer con el Deán y si éste finalmente está dispuesto a acceder.

—Procura acelerarlo. Como mucho podremos esperar a esta misma tarde —respondió Julia con preocupación.

—Estoy de acuerdo, pero se trata de no despertar sospechas y sembrar la alarma, pues eso provocaría la intervención de la Policía española y el riesgo evidente que ello desencadenase la inmediata respuesta por parte de los terroristas. Hay que intentar pasar desapercibidos.

—Por favor, esperamos tus noticias —terminó la agente con vehemencia.

Al salir a la galería porticada, lo primero que escuchó Daniel, fue el sonido de una banda de música que se intuía aún lejana. Debía estar ya próxima la venida de la primera de las Cofradía a la Catedral, puesto que era alrededor de las seis cuando suelen llegar las que abren los cortejos cada día, hasta la Seo.

Se dirigió a la inmensa puerta, que sólo tenía entreabierto uno de los postiguillos. Ante él, uno de los guardas de seguridad, le trató de impedir la entrada, pero esta vez con determinación, Cormack no se detuvo y pretextó que el Canónigo Sáenz de Taboada le esperaba. Fue tal la resolución que dio a sus palabras, que el sujeto uniformado, se apartó, dejándole paso franco, sin decir nada.

Una vez en el interior, pudo apreciar cómo unas pequeñas tribunas, se iban ocupando con fieles, en general de avanzada edad, que accedían por otra puerta lateral, con sus correspondientes invitaciones. Se encaminó hacia el lugar donde están los despachos de los Canónigos, llamando a la puerta con decisión. Alguien desde el interior, le autorizó a pasar. La gran sala, ofrecía un aspecto similar al de la vez anterior, con varios sacerdotes sentados. Preguntó por don Ulpiano, pero el que se encontraba más próximo, le aclaró que esta tarde no tenía que asistir a las Hermandades, dado que por la mañana había acompañado al Señor Obispo en la Misa Crismal.

—Le agradezco infinito su información, pero ¿podría decirme con quién debería hablar para solicitarle autorización para que un equipo de la T.V. americana, pueda grabar hoy unas imágenes de las procesiones?

—Oh, eso es muy complicado y se requiere hacerlo con mucha antelación. Dada la hora, sería de todo punto imposible lograr su acceso.

—Ya —se atrevió a insistir Cormack— lo que ocurre es que están recién llegados de Norteamérica y no han tenido tiempo material de cumplimentar ese formalismo y por la importancia de la cadena en la que emiten, ¿sería factible tal vez, hacer alguna pequeña excepción?

—Lo veo muy difícil señor, pero podría intentarlo si apareciese el propio Deán o el mismo Delegado de Liturgia. Sinceramente no creo que lo consiga —finalizó como dando por terminada la conversación.

—Le agradezco su valiosa información y procuraré dirigirme a esas dignidades para ver qué puedan hacer.

Al regresar al interior del recinto catedralicio, contempló un reguero de nazarenos con capirotes de terciopelo con un bello tono rojo, luciendo sus airosas capas en color crema, que se movían cadenciosamente, en tanto que, como una sierpe escarlata, ocupaban toda la nave lateral. Veía con impaciencia que eran más de las seis y aún no había logrado absolutamente nada. Decidió recurrir una vez más a su buen amigo el Archivero, que como hombre versado en la dinámica y los entresijos eclesiásticos, sin duda le podría orientar. Marcó el número en repetidas ocasiones, pero nadie respondió. Su grado de desesperación iba en aumento, cuando al fondo percibió la silueta inconfundible del Obispo, quién acompañado por su secretario, se encaminaba despacio, hacia la entrada del templo para recibir al primer «paso». Se echó a un lado y de pronto le vino a la mente que la única persona que podría allanarle el camino, ante la ausencia de sus dos enlaces, sería el mismísimo Monseñor Molinelli en persona.

Se resguardó en una de las capillas laterales, para no ser observado y tras comprobar que nadie le miraba, marcó la línea directa de su Jefe. Instantes después éste descolgaba, reconociendo la procedencia de la llamada:

—Daniel, ¿qué ocurre? ¿Han logrado al fin desactivar el explosivo?

—No Monseñor, aún no. Le llamo porque es de todo punto necesario que el grupo de agentes norteamericanos con el que estoy colaborando, pueda acceder a la Catedral y no tengo posibilidad alguna de conectar ni con don Ulpiano ni con don Luis Trastorres y el tiempo se nos acaba.

—¿Tan complicada está la situación? ¿Qué podría hacer yo desde aquí?

—Ante mí está el Señor Obispo y necesitaría una excusa para que el grupo entre y se pueda desplegar en los sótanos, puesto que es allí donde se esconde el comando del ISIS. Y nos quedan algo más de **cincuenta y cinco horas** tan solo, para que hagan explotar la bomba.

—Únicamente se me ocurre que le facilite el teléfono y hablaré directamente con él. Recuerdo que es un hombre dialogante y sin duda, pese a no desvelarle nada en principio, tal vez pueda conseguir que lo atienda.

Daniel, se acercó a la Presidencia, donde el consabido remolino de nazarenos se situaba en derredor del Pastor y sin más protocolo, aprovechando su estatura y algún que otro codo, se abrió paso,dirigiéndose directamente al Prelado:

—Monseñor, tengo una llamada del Vaticano, de alguien que quiere hablarle.

El Obispo, miró con cierta incredulidad a Cormack, sin entender del todo bien lo que le acababa de decir aquel joven, que había surgido de improviso, pero habiendo oído, como creyó escuchar, la palabra «Vaticano» le llamó poderosamente la atención, máxime cuando la rumorología del Consistorio podía tener buenas nuevas en cualquier momento dado.

—¿Qué me dice usted? ¿Una llamada de Roma, en estos momentos?

—Sí, Excelencia y es muy urgente, de Monseñor Molinelli.

—¿Don Armando Molinelli?

—Efectivamente, señor. Le ruega que lo atienda.

El Obispo, pese a ser unos centímetros más bajo que Cormack, aprovechó su complexión para hacer un breve gesto a quién presidía el «paso» y se apartó a un lado, secundado por su secretario, en tanto que los miembros de la presidencia, se miraban unos a otros sin acabar de comprender lo que estaba pasando, pero ante la voz del capataz al «paso», se vieron obligados a continuar.

La conversación que tuvieran ambas dignidades, no fue escuchada ni por Daniel ni por el Secretario, pero lo cierto es que cuando terminó de hablar, el Obispo hizo un gesto a Cormack, para que se acercase, cediéndole el teléfono.

—Dígame Monseñor.

—Ya está todo arreglado, su llamado equipo de televisión puede acceder con toda libertad a la Catedral.

—¿Puedo…?

—¿Preguntar cómo lo he conseguido, acaso? Pues diciendo una parte de la verdad, pues con falsedades no se lograría nada. Le he transmitido que es un equipo de vigilancia porque ha llegado a nuestros oídos que pudiera producirse un altercado y esos hombres están cualificados para neutralizarlo y evitar que la cosa vaya a mayores. Le he recordado los incidentes acaecidos en el año 2000, que trascendieron a los más apartados rincones del planeta y eso ha servido perfectamente. Lo que sí le recomiendo es que esperen a que finalicen de pasar las hermandades por dentro de la Catedral. Por mi parte, localizaré a don Ulpiano para que se pase por ahí y cuide que no haya más obstáculos. Buenas noches, al menos aquí y mucha suerte. Hablaremos de nuevo mañana, salvo que se produzca alguna novedad urgente de la que debe informarme.

—Buenas tardes Monseñor y agradecido una vez más.

Al colgar, su Excelencia parecía esperar alguna aclaración a lo que le comentase Molinelli, pero el agente, enlazó perfectamente con lo que de forma tan rápida como eficaz había urdido su Jefe.

—Señor, soy un agente destacado en Sevilla, de los Servicios Secretos del Vaticano y estoy aquí porque nos ha llegado la noticia de un intento de desestabilización que se pretende llevar a cabo en estos días de Semana Santa, para dañar la imagen de la Iglesia. Nuestro objetivo es impedirlo de forma discreta, razón por la cual no podemos alertar a la Policía española, para evitar que cunda el pánico y la alarma social.

—Perfectamente entendido, señor…

—Cormack, Daniel Cormack

—Tendrá vía libre, una vez finalicen sus estaciones penitenciales las cofradías del día. Supongo que contamos con tiempo más que suficiente, ¿no es cierto?

Daniel, sopesó el urgir la entrada de los agentes o retrasarla unas pocas horas y prefirió lo segundo, para no alarmar en demasía al Obispo.

—Sí, supongo que podremos esperar ese tiempo y así lo haré llegar a los del servicio especial que me acompañan en esta tarea.

—En ese caso, que Dios le bendiga y cualquier cosa que precise, a través de mi secretario, él se encargará que le sea allanado el camino y no tenga problema alguno en su labor, al menos por nuestra parte.

—Infinitamente agradecido, Monseñor. Tenga la seguridad que procuraré tenerle al corriente a través de él, de cuanto acontezca.

Daniel, le hizo una reverencia al Obispo, quien a renglón seguido, se dirigió hacia la presidencia del «paso» de la Virgen que ya hacía su entrada, mecida a los acordes solemnes de una marcha procesional.

—Señor Cormack —intervino el menudo ayudante—, cuando deba entrar o salir de la Catedral, diríjase al guarda-jefe. Se llama José Luis, pero todo el mundo lo conoce por Pepe y él le facilitará cuanto necesite, ya le he dado instrucciones.

Daniel, sopesó volver a casa de Julia, puesto que hasta que no finalizase en tránsito de

hermandades, nada podrían hacer. Cruzó la calle, no sin cierta dificultad, pero sin poder evitar una sonrisa, pese a la extrema gravedad de la situación: Al final, todo lo resolvería un sujeto, llamado Pepe, que a partir de ahora se convertiría en el talismán que abriese todas las puertas del templo, mientras que antes él, todo un agente del SESEIV, no había casi ni podido entrar en el recinto. Decididamente las cosas en Sevilla ocurren de una forma singular, puesto que cuando pudiesen entrar en la Catedral, el futuro de esa obra colosal, estaría a tan solo **cincuenta y dos horas** de ser un mero recuerdo, bajo una montaña de escombros, si no se producía un auténtico milagro.

CAPITULO XXXII:
EL FINAL

La mano de Jalil ben Assuan, tocó la fría tapa de cristal, tras la que se distinguían los dos discos metálicos que debían funcionar de manera sincronizada, debajo aparecían distintas conexiones, unidas por cables de diferentes colores y en la parte superior de la ventanilla, sendos relojes digitales con caracteres rusos. Un golpe de tos, sacudió su cuerpo, notando cómo su boca se volvía agria ante el reflujo ácido que le subía del estómago. Escupió a un lado una espesa balsa blanquecina, que al mirarla, enseguida comprendió que era similar a la que había tenido ocasión de ver en la boca de Zayed, cuando cayese casi inconsciente en el Runde. Ese síntoma le hizo presagiar que nada bueno le deparaba el destino, pero sonrió para sus adentros, pues dentro de unas horas, él y toda una gran parte de la ciudad bajo la que se escondían, volarían por los aires en millones de pedazos. Visto así, ¿qué más daba como se pudiera encontrar? No obstante, sopesó que si llegaba a un estado de postración similar al que ahora atravesaba su compañero, difícilmente podría ejecutar su bien premeditado y mortífero plan con las suficientes garantías. Por tanto debía asegurarse que todo estuviese preparado para evitar el más mínimo fallo.

Consultó su reloj, comprobando que eran las siete y diez de la tarde, aunque en la oscuridad permanente en la que estaban inmersos desde hacía varios días, tan solo alumbrados por el reflejo de las antorchas impregnadas en resina, se perdía la noción si eran de la mañana o de la tarde. Mentalmente hizo un cálculo de cuánto faltaba para detonar la ojiva: **cincuenta y siete horas.** Por ello, consideró oportuno que era llegado el momento de ordenar al ruso que debía iniciar el proceso, poniendo en marcha el sistema de deflagración para que no pudiese ser interrumpido, pasara lo que pasase.

Con dificultad se incorporó, notando un ligero mareo que le hacía sentir cierta sensación de vértigo en su cabeza, que trató de superar, evitando que si algún compañero lo veía, pudiese advertir el más mínimo síntoma de desfallecimiento. Hizo un esfuerzo y con paso decidido, se encaminó por la galería, en uno de cuyos nichos había ordenado que se confinara a Vorobiov. Al llegar, vio al científico recostado en el suelo que parecía estar dormitando, con la cabeza reclinada sobre la pared, en tanto que Omar, igualmente sentado, vigilaba la entrada con su fusil de asalto entre las manos. Al oír llegar a su jefe, se incorporó,respondiendo a la muda pregunta con un escueto:

—Sin novedad.

—Bien, despiértalo y que nos acompañe.

Los tres en silencio, se dirigieron a la cámara principal. Al llegar, Jalil hizo un ademán al ruso para que se aproximase al grisáceo cilindro de acero.

—Creo que ha llegado la hora de armar nuestro mensaje a los infieles para iniciar el proceso definitivo.

—¡Cómo!, ¿aquí? ¿pero, en dónde nos encontramos? —respondió alarmado Rustam.

—Eso no hace al caso. Es el momento elegido y será ahora cuando debes poner en funcionamiento el sistema de ignición.

—Antes quisiera saber qué es este sótano y dónde estamos. Lo último que sé, es que viajamos por un río hasta una ciudad y allí nos desviamos por una conducción subterránea, por lo que debemos estar en algún lugar bajo esa población. Si detonamos la bomba aquí, seguro que morirían infinidad de personas.

—El acuerdo fue que tú te encargarías de preparar la explosión cuando se te dijese, para lo cual

has cobrado la cantidad que pediste.

—Ya, pero si doy comienzo a la cuenta atrás moriremos todos —casi gritó Vorobiov con desesperación.

—No, de lo que se trata es de poner en marcha el mecanismo, para que nos dé tiempo a escapar —la voz de Jalil, sonaba falsamente hueca, por lo que el ruso no quedó en absoluto convencido.

—Eso sería relativo y además, ¿qué objeto tiene acabar con la vida de miles de seres inocentes?

—No es asunto tuyo, basta que cumplas el acuerdo y hagas tu trabajo. Así es que empieza de una vez por todas —la voz de Jalil, había adquirido un tono amenazante, que no admitía réplica alguna, por las inquietantes y funestas consecuencias que parecían encerrar sus palabras.

En el rostro de Vorobiov comenzaron a dejarse entrever las gotas de sudor, perlando su frente, pese a que el ambiente húmedo e irrespirable que soportaban, no era la causa de ese cambio. Lentamente se acercó al proyectil, tocando con los dedos la carcasa exterior, en la que había trabajado durante la travesía, volviéndose empero con un resto de decisión al guerrillero.

—¿A qué hora dices que se debe producir la detonación?

—A las 4,00 del viernes próximo —añadió concisamente el árabe.

—En ese caso, nada podemos hacer por el momento —respondió Rustam, denotando cierto alivio en su afirmación.

—¿Qué quieres decir? ¿A qué viene eso ahora?

—Muy sencillo. El mecanismo del obús, sólo abarca un techo máximo de cuarenta y ocho horas y tú me dices, que aún faltan **cincuenta y seis horas**.

—¿Estás seguro? —inquirió con voz cortante el jefe guerrillero, acercando su rostro al del ruso — Si tratas de engañarme, pagarás las consecuencias.

Rustam, instintivamente dio un paso atrás, pero su voz no vaciló:

—Puedes estar seguro. Si eres capaz de leer mi idioma como lo hablas, compruébalo en esos relojes, cuya medición abarca hasta el límite de cuarenta y ocho horas. Por tanto, es materialmente imposible poner el sistema en marcha antes del plazo marcado. Como debes saber, se trata de un antiguo artefacto de la Marina, que para su lanzamiento, no precisaba una cobertura de tiempo más prolongada.

Sus palabras denotaban seguridad, pues decía la verdad y de este modo pensaba que podía ganar algunas horas más para tratar de encontrar una salida. Jalil, se acercó a la ventanilla acristalada, analizando con detenimiento cuanto le había expuesto el Ingeniero, lanzando finalmente un resoplido que parecía corroborar, muy a su pesar, lo que el ruso había manifestado.

—De acuerdo, en este caso, esperaremos. Pero dentro de ocho horas sin más excusas, lo pondrás en funcionamiento —finalizó, dando media vuelta y dirigiéndose hacia el lugar donde estaba Zayed, para añadir en árabe, volviendo el rostro hacia Omar— Volved a vuestro lugar y dentro del tiempo convenido os quiero de nuevo aquí. Cuida que éste no intente lo más mínimo y sobre todo que no se vea con Gada.

* * *

El tiempo pasaba exasperantemente lento, en tanto que los cuatro hombres y Julia O’Neill, se recostaban en los sillones y el sofá del apartamento de ésta. Esperaban pacientemente las indicaciones de Daniel para poder entrar, por fin, al interior de la Catedral provistos de todo su equipamiento y acceder hasta la zona bajo tierra, desconocida para los agentes americanos pero

de la que tenían una cierta noción, gracias al croquis que Cormack les había detallado. Sonó el timbre del teléfono, cogiendo Julia su celular. Al otro extremo, escuchó la voz risueña de María Amparo que preguntaba a su amiga:

—¿Qué tal, Julia? No sé nada de ti desde hace un siglo y ni siquiera me has dicho qué tal te queda el traje y la mantilla que te dejé.

La agente, tuvo que hacer un esfuerzo para responder sin dejar entrever los nervios y la tensión que suponía la espera a la que estaban sometidos, pero obviamente, esas circunstancias habían pasado completamente inadvertidas para la seductora ganadera, ajena a todo aquel marasmo.

—Debes perdonarme María Amparo —respondió Julia tratando de imprimir a su voz el tono más convincente—. He tenido mil cosas en la cabeza con mucho trabajo y se me ha echado el tiempo encima, pero debo decirte que me lo probé —en ese instante, dirigió una furtiva mirada a Daniel—, y creo que me queda a la medida.

—Estupendo, en ese caso te lo pondrás pasado mañana, para ir a los Oficios. Verás que es una ceremonia muy solemne. Además va a venir con nosotras mi amiga Luisa Fernanda, a la que ya conoces. También si puede, a primera hora nos acompañará Ángel, nuestro sempiterno médico, si bien se tendrá que marchar pronto, puesto que, en la Madrugada sale de nazareno en su Hermandad. A propósito, ¿por qué no avisas a tu apuesto acompañante irlandés para que se una a nosotros? Al fin y al cabo él también es católico y tal vez le agrade participar en este tipo de ceremonias.

—Te lo agradezco, voy a hacer todo lo posible por acompañaros, ya que los oficios son en la Catedral como me dijiste, ¿no es cierto? En cuanto a Daniel, no sé si podrá venir ese día.

—Anda ya ¿Cómo no va poder hacerlo si es festivo? Y además si tú se lo pides, seguro que va a decirte que sí. Ya sabes que me he dado cuenta que no le eres en absoluto indiferente.

Al oír estas palabras, Julia, apretó el auricular contra su oído, pues no quería en modo alguno, que la voz de su amiga fuese audible para sus compañeros.

—De acuerdo. Si te parece hablamos el mismo jueves y quedaremos según la hora, en algún lugar cerca de aquí.

—Pues sí. Ponte guapa que seguro que la mantilla te sentará estupendamente.

Al cortarse la llamada, sus compañeros la miraban con cierto aire de interrogación, pues de lo poco que habían podido escuchar, no habían entendido nada de la conversación. Por lo que Julia, se limitó a aclararles:

—Se trata de la amiga que me servirá de tapadera para justificar el acceso a la Catedral, sin llamar demasiado la atención el Jueves Santo, llegado el caso y como último recurso, si antes no somos capaces de acabar con esos tipos. De todos modos espero neutralizarlos esta misma noche.

Desde la terraza del apartamento contemplaron el tráfago de cortejos que acompañaban distintas andas en las que se alternaban las imágenes de Cristo con otras de la Virgen, rematadas éstas por gráciles palios cimbreándose al compás de las interpretaciones musicales que las acompañaban. Con todo, el lento desfilar de las distintas cofradías, hacía que la impaciencia fuese en aumento, pero eran conocedores por la información de Cormack, sobre las indicaciones recibidas del Obispo, para que el grupo pudiera entrar en la Catedral, una vez finalizase su recorrido la última de las Hermandades de este día. Julia, consultó un programa de mano, donde aparecía que eso sería sobre las doce de la noche en tanto que la salida desde el interior de la Catedral, tendría lugar sobre la una de la madrugada. Una vez más Daniel hizo el cálculo del tiempo que restaría cuando pudiesen finalmente tomar posiciones, lo cual únicamente les dejaba un margen máximo de **cincuenta y una horas**.

—Además de las armas os tendréis que aprovisionar de una pequeña reserva de alimentos y agua —comentó Julia, que no quería dejar nada al azar ni a improvisaciones de última hora.

—Está previsto y los tenemos preparados junto con las otras bolsas. Con el stock que llevamos tenemos más que suficiente para un par de días —apostilló Kittel, mostrando los pequeños petates de envoltura negra.

—¿Y tú, Daniel, con qué cuentas para afrontar lo que se nos viene encima?

—Prefiero la libertad de movimientos y que nada me la dificulte. No creo que esta situación se alargue muchas horas. Y de todos modos antes de salir, tomaré algo. Allí abajo estaremos en contacto, aunque casi no hay cobertura de radio ni teléfono, bajo esa mole de piedra.

Cuando el sonido de las cornetas y tambores, dejó de hacerse audible, Daniel se asomó a la terraza, comprobando que aún desfilaba una última procesión, totalmente en silencio, con hábitos negros, ceñidos con anchos cinturones de esparto. Decidió que era hora de bajar y ponerse en contacto con el enlace que le había indicado el secretario del Obispo, pese a que no era conveniente que éste sospechase lo más mínimo sobre las intenciones que tenían de penetrar en los subterráneos. Por tanto, le pretextarían que iban a dejar el equipo para grabar al día siguiente.

Al aproximarse a la Avenida en la que se situaban las tribunas, Daniel pudo observar que éstas ya comenzaban a despoblarse de público, por lo que les sería más fácil llegar hasta la puerta de acceso. Julia seguía a Daniel, en tanto que los otros tres cerraban el compacto grupo, portando sus respectivas impedimentas. Se situaron a ambos lados del enorme dintel, donde varios miembros del servicio de seguridad, impedían que se pudiese acceder al interior, salvo el cuerpo de nazarenos. Al acercarse al espléndido «paso» con sus detalles metálicos en plata y severos bordados en oro, pudieron advertir el bellísimo rostro de una Dolorosa con la mirada anhelante, dirigida hacia el cielo. Julia sin poderlo evitar, le recordó tiempos de su infancia, allá en su colegio de Boston. Y le pidió con fervor que les protegiese en su difícil empresa. Tan solo se oía el acompasado eco de las pisadas de los hombres que con un esfuerzo singular, portaban las andas de forma tan cadenciosa, atendiendo la voz grave del capataz, quien con el rostro serio y vestido rigurosamente de negro, con cierta dificultad, doblaba sus rodillas ante el faldón para hacer la *levantá*. Todo ello quedaba envuelto por las humeantes columnas de incienso que lo precedían, mientras un delicado aroma a azucenas envolvía todo el silente conjunto, que poco a poco fue atravesando el dintel, hasta acceder al interior de las naves, donde en la muda oscuridad del recinto, se hacía más patente el *racheo* de las pisadas de sus porteadores sobre el mármol y de los que tan sólo se divisaban sus negras alpargatas, bajo el terciopelo que los cubrían. Detrás, un pequeño cortejo de acólitos con velas blancas, daban escolta a un sacerdote recubierto con una pesada capa pluvial y un cirio encendido en su mano derecha.

Daniel creyó llegado el momento de hacer una indicación a sus compañeros para que se situasen tras él, apareciendo en ese mismo instante el *capiller*, que con voz autoritaria, indicó a los guardas que dejasen pasar al grupo. Al poco, entre las distintas personas que se agolpaban tras la comitiva, apareció la figura del Canónigo, don Ulpiano quién hizo una seña a Daniel para que lo siguiera.

Con rapidez los seis se encaminaron en pos del sacerdote, en dirección a la inmensa entrada contigua, principal acceso a la Catedral y que se encontraba cerrada y sin nadie a su alrededor, no sin antes darle éste las gracias al sacristán por haberlos conducido hasta allí.

Gracias Pepe, yo me encargo de enseñarles el lugar en el que deben situarse mañana para filmar.

Mientras, todos los servidores, el preste, sus acompañantes, las personas que cuidaban del

«paso» y los propios nazarenos que lo precedían, se habían ido alejando como envueltos en un halo de misticismo, en dirección al Altar Mayor, otros dos ayudantes procedieron a correr los enormes cerrojos de los portalones por donde instantes antes, había entrado la comitiva.

Daniel saludó al Presbítero, respondiéndole éste, que había recibido la llamada del Obispo para que personalmente comprobase que se habían cumplido sus instrucciones.

—Ciertamente ha debido ser usted muy convincente Daniel, para haber conseguido persuadir a nuestro Prelado sobre la necesidad de facilitar el acceso a su grupo.

—Sí, he tenido que exponerle la existencia de un posible riesgo de algaradas que podrían afectar el buen desarrollo de las cofradías durante la Semana Santa y que estamos aquí para tratar de prevenir cualquier contingencia. Mis compañeros se apostarían en el primer sótano, en tanto que por mi parte trataría de conseguir que el grupo que se oculta en el interior, se dirija hasta ellos para proceder a neutralizarlos.

La mirada del canónigo, dejó bien a las claras que comprendía perfectamente la intención de Cormack, de no descubrir ni al propio Obispo ni mucho menos a los norteamericanos, la existencia de los niveles inferiores y se limitó a decir:

—¿Esta joven que les acompaña, no correrá peligro?

—Disculpe, debo presentarle a la coordinadora del grupo, la señorita Julia O'Neill. Efectivamente, todos vamos a arrostrar un riesgo, pero al fin y al cabo es nuestro trabajo y nuestra responsabilidad. De todos modos, ella actuará de cobertura en la propia Catedral, por lo que le ruego advierta al personal que le permita absoluta libertad de movimientos.

—Por supuesto, no habrá problema alguno, traigo aquí precisamente unas acreditaciones para que nadie les moleste a la hora de entrar o salir o moverse por el interior del templo. Es un honor conocerla —añadió dirigiéndose a Julia— y saber que usted velará, junto con sus compañeros para que nada malo ocurra.

—Le agradezco su confianza —respondió ésta— pero como ha podido apreciar, es sumamente delicada la tarea que tenemos que afrontar.

—Estoy seguro que con la ayuda de Dios, todo saldrá bien. ¿Señor Cormack estará usted en el primer sótano? —inquirió don Ulpiano, dando a sus palabras un tono de inocente desconocimiento.

—No, yo avanzaré hasta el segundo, para atraer a los que allí se esconden y tratar de rodearlos cuando suban al primero, donde estarán apostados mis compañeros.

—¡Ah! De acuerdo, pero si cree que pueden sufrir alguna contingencia imprevista, ¿ve oportuno que se avise a nuestra Policía, para que intenten ayudarles en la medida de lo posible?

—Eso sería en caso extremo y si nosotros no logramos anularnos. Pero deberá procurar en todo caso, que actúen exclusivamente en el interior del recinto y no en las dos plantas inferiores.

—Comprendido. En todo momento estaré a la espera de sus indicaciones.

Ni Daniel ni tampoco Julia creyeron oportuno alertar al Presbítero que además de ellos, había otro grupo independiente de agentes americanos que estaría por fuera rodeando el perímetro exterior, si las cosas pintaban mal. Miraron a su alrededor y comprobaron que las pocas personas que ya quedaban en el recinto, se encontraban en el extremo opuesto, en dirección hacia la salida.

—Creo que ya conoce el camino para llevar a sus compañeros —intervino don Ulpiano, ante el disimulado portillo existente en el interior de la pequeña capilla. Les dejo a Vdes. y les deseo toda clase de venturas. Rezaré en todo momento por el éxito de su misión. Señores, señorita, que Dios les acompañe —al momento,se perdió de vista entre las enormes columnas.

Sin perder un instante, bajaron el primer tramo de la escalera de caracol, haciendo Daniel una

señal a los cuatro.

—No sabemos a qué distancia podrán estar y no es prudente que encendamos las luces del interior, por lo que será conveniente que os coloquéis las gafas de visión nocturna y preparéis vuestras armas. Yo me ayudaré con mi pequeña linterna y tú Julia, debes recordar el lugar por el que hemos entrado para que cuando hagamos la batida de esta planta, puedas regresar a la superficie sin dificultad.

—De acuerdo, Daniel, en eso no habrá problema alguno. Para la comunicación interior, recordad nuestras identificaciones habituales. Yo seré Alpha. En cuanto ti Daniel, si te parece, te identificaremos como Echo.

—Me parece bien, siempre que logremos tener cobertura. De todos modos dejadme uno de vuestros transmisores por si pudiese conectar. Disponemos de **cincuenta horas y veintiún minutos**. El tiempo vuela en nuestra contra —las palabras de Cormack no dejaban de ser una reflexión en alta voz, que no obstante, era compartida por todos el grupo—. Debemos bajar ya hasta el primer sótano.

Al llegar al nivel señalado, Daniel creyó conveniente explicar todo el entramado de sepulcros que se extendía ante ellos, dado que apreciarlos en su conjunto era imposible por la oscuridad reinante y ante el hecho de no querer encender las luces, para no alertar al enemigo. Ya antes lo había bosquejado en los gráficos, pero ahora en la realidad y en medio de aquellas tinieblas, se hacía necesario establecer un posicionamiento más riguroso.

—Si observáis esta línea de enterramientos, guardan una disposición norte a sur. Es decir, si continuaseis esas calles paralelas entre sí, iríais al Este, hacia la otra salida que se encuentra bajo el Altar Mayor. En sentido noreste y aproximadamente a la misma altura, hay otra vía de acceso que no he visto, pero de la que tengo constancia de su existencia.

—¿Y en otros lugares no hay más entradas? —intervino Julia con cierta extrañeza.

—Por lo que sé, en toda ese ala, no me consta que las haya. Pero estoy de acuerdo contigo que quién construyó esta inmensa mole, debió prever alguna otra, además de las tres que conozco. Toda esa superficie representa casi el cincuenta por ciento del total de los aproximadamente 24.000 metros cuadrados que ocupa tan solo la edificación principal, más también los anexos, el patio de la antigua mezquita, la torre, las galerías adyacentes, biblioteca y la propia Iglesia parroquial adosada con sus dependencias, despachos, zonas de archivos, etc.

—En principio, nos limitaremos a verificar si han destacado algunos hombres por la zona de las salidas, para después rastrear por el resto —ordenó Julia, dejando claro el plan a seguir—. Nos separaremos y caminaremos escalonados entre las filas de túmulos hasta el extremo Norte. Desde allí, trazaremos una trayectoria hacia el Oeste y volveremos al lugar en el que ahora nos encontramos. Una vez aquí, revisaremos también la parte Este, para alcanzar la zona central. De este modo no creo que dejemos espacio alguno por cubrir.

—Yo bajaré directamente al segundo nivel —argumentó Daniel—, e intentaré comprobar si se han desplazado de lugar en el que se escondían o bien siguen custodiando la bomba. Como se el rumbo que seguiréis, me será fácil dar con vosotros. Os haré una señal con mi linterna para evitar confusiones y eso será indicativo que no me han localizado.

—A propósito, preguntó Julia —¿dónde se encuentra esa conexión con la planta inferior?

—Está oculta tras uno de los grandes pilares que sustentan la fábrica del edificio. Hay que penetrar en el interior de una de las columnas que está ahuecada para dar paso a otra escalera de caracol, similar a la que hemos usado anteriormente. Pero desconozco si existen otras posibles

comunicaciones entre ambas. Yo diría que es casi seguro que sí. Los maestros alarifes que edificaron esta maravilla, no dejarían al albur que se pudiese quedar inutilizada la única salida y preverían otras alternativas.

Al decir estas palabras, Daniel evocaba las imágenes vividas en las profundas simas que tuvo ocasión de explorar. Las cataratas de agua que desembocaban en aquel lago inmenso; los pasadizos que conducían bajo la enorme torre con su etérea y prodigiosa pirámide invertida y tantos lugares desconocidos, impregnados de misterio. Y la casualidad que le llevó a dar finalmente, con el siniestro Noveno Círculo, en cuyas galerías se plasmaban los testimonios de los caballeros templarios que casi un milenio antes, recorrieron esos asombrosos lugares, dejando la huella indeleble de su presencia, a través de centurias.

Ahora, eran hombres de otra época, dotados de modernas armas y medios, los que hollarían lo que podría calificarse como la antesala del gran misterio. Y ojalá que no llegaran a tan siquiera sospechar la existencia de aquel submundo único y maravilloso, guardado con rigor durante el paso de los siglos, por el ejemplar silencio de unos caballeros que lo concibieron para acatar los deseos de su Rey.La motivación que impelía a Daniel en esos momentos, era solidaria heredera de aquellos hombres singulares, lo que le hacía sentir sobre sí, el peso de la responsabilidad de saberse acreedor al compromiso jurado de preservar de todo peligro aquél inmenso legado.

La voz de Julia le devolvió a la realidad:

—Daniel, ¿has visto el grabado que se aprecia en el pilar por el que hemos accedido?

—No, no he tenido ocasión de apreciar nada. ¿Qué señala?

—Parece indicar una maldición: «*A todo el que osare penetrar aqueste lugar Dios les faga pagar su latrocinio. Maestre Ximon, XXII setiembre anno MDII»*

—Por lo que conozco de la historia de la Catedral —le respondió Daniel— ese Maestre Simón, era el encargado de comprobar el estado de las obras de fábrica, cometido del que se ocupó a lo largo de más de siete años, siendo sustituido por otros Maestres que culminaron el cierre del cimborrio, que al poco tiempo se vino abajo, debido a su enorme peso, por lo que tuvo que ser reconstruido, tarea que se prolongó durante varios años. Posiblemente esta sea la premonición que dejara escrita Simón, en contra sus sucesores y que tan caro les costó.

—Este presagio bien podría ir también dirigido contra nosotros —la voz de Julia tan solo era un susurro.

—Confiemos que vaya mejor contra los que quieren destruir esta portentosa obra —respondió Cormack, intentando darle ánimos.

—Son las tres y treinta y aún estamos como al comienzo —farfulló Kittel, sin duda molesto con el descubrimiento que su Jefa había advertido, por el mal presagio que suponía.

—Tienes razón Robert. Pongámonos manos a la obra sin más dilación, faltan **cuarenta y ocho horas y media** y no podemos retrasarnos más.

* * *

Cuando Jalil comprobó su reloj, tan sólo faltaban diez minutos para las cuatro horas. En ese momento, hicieron su aparición Vorobiov y Omar quién empujaba con cierta violencia a su prisionero, que renuente, parecía no querer avanzar. El rostro del ruso reflejaba su desesperación, pues durante todo ese tiempo no había tenido posibilidad alguna de zafarse ni un segundo, de la vigilancia del guerrillero que no le había quitado ojo de encima.

—Creo que ha llegado el momento de armar la ojiva, con el fin de contar con margen suficiente para escapar —anunció el Jefe del comando, al que más que nunca cuadraba en ese momento su apelativo de Zaâbin, mirando escrutadoramente a Rustam— ¿Qué dices, vas a comenzar ya o no?

El técnico hizo acopio del poco valor que le quedaba, respirando entrecortadamente, pues era consciente de lo que se jugaba.

—No, no pienso contribuir a semejante matanza —dijo con voz apenas audible.

—¿Cómo? ¿Acaso te niegas a obedecer mis órdenes? —el rugido de Jalil retumbó en toda la estancia, dejando perder su eco por las galerías que la rodeaban, al tiempo que se oía el chasquido de su Kalashnikof al montarlo— ¿Acaso sabes a lo que te expones?

—Sí, lo sé —arguyó Rustam tratando de imbuir a sus palabras un tono de resolución que no tenía en absoluto—. Pero, si me niego y pretendes matarme, nunca podréis iniciar el proceso de ignición ni la cuenta atrás.

—Maldito, yo te haré entrar en razón —se volvió hacia Omar tajante—. Que vengan todos, ¡ahora!

—¿También Zayed? —se atrevió a decir el sicario.

—¡No, a ese déjale morir en paz!

Al cabo de unos minutos, que para Rustam se hicieron eternos, fueron apareciendo los miembros del comando, incluida la mujer y los dos nuevos incorporados. Todos miraban la escena, alumbrada por las antorchas, con cierto temor a lo que pudiera suceder. Jalil, fue conciso y directamente al grano:

—Nuestro camarada ruso —recalcó con ironía, señalándolo con su mano— se niega a que culminemos nuestro trabajo y se atreve a amenazarnos con dejar sin detonar la bomba, después del sinfín de situaciones que hemos debido de superar para alcanzar nuestro objetivo. ¿Qué os parece?

El silencio era sepulcral y nadie osaba mover ni un solo músculo. Fue la joven la que hizo un gesto de dar un paso adelante, pero se contuvo y no abrió la boca.

—Hombre, Gada, ¿pretendes decirnos algo? ¿Qué opinas de la actitud de tu amigo? —inquirió Jalil, preso de rabia al observar su movimiento.

Ella lo miró, pero siguió sin pronunciar palabra alguna.

—Bien, creo que tendremos que tomar alguna medida al respecto. Tú, mujer, acércate —ordenó el jefe del grupo, señalándola con el dedo.

La figura envuelta en su negro atavío se aproximó despacio a Jalil, quien en un veloz movimiento, la cogió por la cintura, situándose a su espalda. Dejó resbalar al suelo su fusil y con rapidez extrajo de su funda la pistola que llevaba al cinto. En una fracción de segundo, introdujo violentamente el cañón del arma en la boca de ella, que no pudo evitar que el punto de mira, le desgarrase la comisura del labio del que empezó a brotar un hilo de sangre.

—Bueno, amigo Rustam, ¿quieres ver morir a tu amiga? Te aseguro que sé hacerlo despacio y para que sufra lo más posible ante tus ojos —mientras decía estas palabras, movía el extremo de la pistola con rudeza, en el interior de la boca de ella, que se retorcía de dolor, sin lanzar ni un gemido.

—¡Basta! No le hagas más daño… accederé a lo que me pides… pero por favor, déjala —la voz de Vorobiov, sonaba casi plañidera y abatida al sentirse derrotado sin condiciones, al ver peligrar la vida de la que había sido su asidero y esperanza para escapar de aquel infierno.

Jalil, sacó lentamente el arma de la boca ensangrentada de ella y empujó a la muchacha con

brusquedad contra el suelo, donde quedó acurrucada y sin atreverse a mover, mientras él con parsimonia, limpiaba la pistola en sus ropas.

—Ya puedes empezar y no quiero más dilaciones —la voz de Jalil sonó rabiosamente triunfante.

Rustam, aún convulso por la escena vivida, se fue acercando a la enorme mesa donde el siniestro proyectil aparecía sobre el soporte de ruedas. En el suelo, a su lado, comprobó que estaba la bolsa, que contenía todas las herramientas necesarias para armarla. La abrió lentamente y comenzó a sacar una serie de lo que parecían destornilladores con cabezales con un extraño diseño, para abrir la carcasa de cristal blindado, una libreta donde se enumeraban los códigos, más una especie de reloj con varios cables y conexiones, cuyas terminales colocó en el interior del cuadro, una vez retirada la tapa. Éste se iluminó simultáneamente al igual que los registros situados sobre los dos círculos metálicos, que iniciaron un rápido movimiento giratorio sobre sí mismos, mientras los contadores digitales de la parte superior empezaban a parpadear hasta fijar en paralelo, unas frecuencias de tiempo coincidentes entre sí. Entonces, pulsó de nuevo el medidor que había extraído de la bolsa, hasta dejarlo perfectamente coordinado con los dos lectores, introduciéndolo en el pequeño receptáculo. Por último, realizó una serie de cálculos que constató con las anotaciones de su libreta, comprobando con exactitud, que los dos relojes sobre las esferas metálicas, marcaban la misma hora de forma sincronizada.

Toda la operación le había consumido casi una hora de tiempo, por lo que, cuando las dos esferas marcasen las cuarenta y siete horas, las finas agujas de iones, percutirían en las cápsulas que contenían los siete kilogramos de plutonio, más las otras dos pequeñas, con las que contaban este tipo de bombas a modo experimental, de deuterio y tritio, que desarrollarían una potencia de un kilotón, equivalentes a mil toneladas de TNT. En el momento que ambos relojes llegasen a cero, es decir las cuatro horas de la madrugada del viernes siguiente, todo habría terminado, aunque no así las funestas consecuencias de la radiación, que abarcarían un radio mucho más amplio que la propia Ciudad en sí, además de decenas de años de contaminación en muchos kilómetros a la redonda.

Rustam Vorobiov, se retiró lentamente del proyectil, al que había dejado nuevamente inserta la carcasa de cristal blindado. Su frente dejaba ver los surcos de gotas de sudor, mientras su mirada perdida, acertaba a cruzarse con la de Gada, que yacía aún inmóvil sobre el pavimento, con la boca ensangrentada, pese al velo con el que intentaba contener la hemorragia. Después observó a Jalil, cuyos ojos escrutadores, no apartaban la vista de él.

—¿Has terminado? ¿Está ya lista definitivamente? Espero por tu bien, que no haya fallo alguno.

—No, no lo habrá, puedes estar seguro, dentro de exactamente de esas **cuarenta y siete horas**, que marcan los medidores, todo este lugar en un radio de más de quinientos metros, se habrá volatilizado y no habrá medio ni persona alguna que lo pueda impedir.

—Ah, perfecto —exclamó el guerrillero con satisfacción.

—Yo he cumplido, así es que espero que tú hagas lo mismo ¿Podemos marcharnos? —añadió el ruso con escaso convencimiento, señalando a la mujer.

—¿Te refieres a Gada y a ti?

—Sí.

—Eso se lo deberás en todo caso preguntar a ella. ¿No te parece? —y añadió volviéndose hacia la joven— ¿Tú que piensas, mujer?

Ésta se puso en pie con cierta dificultad, cogiendo el AK-47 de Jalil que estaba todavía en el

suelo. Despacio, se encaminó hacia su jefe.

—Gada, aprovechemos la ocasión para escapar. Esto será un infierno en poco tiempo y todo desaparecerá —imploró Rustam con vehemencia.

Ella terminó con lentitud, de limpiarse los labios de un resto de sangre que pugnaba por deslizarse desde el interior de su boca. Amartilló el arma y mirando a Jalil, se volvió hacia Vorobiov, enfilando el arma con lentitud y apretando el gatillo, hasta descargar una ráfaga que dio de lleno en el pecho del ruso, quién por el impacto recibido, retrocedió unos pasos trastabillando, con la mirada atónita, doblando lentamente las rodillas que tocaron el suelo, para caer pesadamente de bruces como un fardo inerte.

Gada entregó el fusil a su jefe, sin decir palabra, con la mirada fija en él, quien complacido, soltó una risotada, en tanto lanzaba una violenta patada al cuerpo de aquel desgraciado, que quedó boca arriba, con la mirada perdida en la dovela central que remataba las nerviaciones góticas del gran salón.

—Este estúpido infiel, pensaba que iba a ganar con su palabrería a una leal devota del Islam.

Los demás habían guardado durante la escena, un mutismo absoluto, pese a sentir un cosquilleo interior, cuando crepitó la andanada de proyectiles que fueron a alojarse en el cuerpo del desdichado científico.

—Eso le pasará a todos cuantos osen dudar de nuestra firme convicción en lograr el éxito en la tarea que tenemos encomendada —sentenció Jalil con determinación—. De todos modos, tal vez Gada, no deberías haber provocado tanto ruido, una daga en el cuello hubiese causado el mismo efecto, pero habría sido más silenciosa.

La mujer con indiferencia, le hizo un ligero encogimiento de hombros, como dando a entender que ya no tenía remedio.

* * *

El seco zumbido de aquella ráfaga, no pasó desapercibido a Daniel, que en ese espacio de tiempo, había tenido ocasión de penetrar a través de la segunda planta, para intentar comprobar la posición del grupo guerrillero, en tanto el resto de los agentes americanos, rastreaba el primer nivel, sin encontrar señal alguna de los terroristas. Decidió ascender de nuevo y localizar a sus socios para advertirles que algo había debido ocurrir que hubiese motivado esos disparos.

Recorrió diversas calles que alineaban las tumbas, sabedor de que el conjunto de la fábrica de la Catedral se componía nada menos que de sesenta y ocho enormes bóvedas, lo que hacía tarea interminable el tratar de examinarlas todas, con los mil recovecos que ofrecían. Al fin, cuando creyó distinguirlos, lanzó una serie de destellos con su linterna para advertirles de su presencia. Julia, en tanto, algo apartada del lugar en el que estaban sus hombres, se acercó hacia ellos, mostrando su teléfono:

—Percibo una señal que por su identificación, proviene de la Agencia. Creo que debo volver a un lugar donde pueda conectarme.

—Dadas las circunstancias, tal vez sea mejor regresar todos sobre nuestros pasos y analizar la estrategia a seguir, si como parece existe una alerta entre los guerrilleros —sugirió Daniel— habrá que preparar el ataque en mejores condiciones. Todavía disponemos de tiempo y es necesario evitar el más mínimo error.

—De acuerdo, pese a lo que ello supone de riesgo, disponemos aún de unas horas y deberemos

regresar, una vez conocida con cierto detalle, toda esta planta —manifestó Julia O'Neill—. Quiero saber ante todo qué tienen que decirnos desde Langley. De todos modos estableceremos un retén de vigilancia aquí. Tú, Gallagher, te quedarás y nos darás cuenta de cualquier novedad que se produzca.

Al salir, observaron la soledad que reinaba en el interior de la Catedral, donde tan solo uno de los vigilantes estaba sentado junto a la puerta por la que accedían las cofradías. Le enseñaron sus credenciales, excusándose por lo anómalo de la hora, pero éste al ver el escrito, no hizo pregunta alguna, limitándose a descorrer el grueso cerrojo del postiguillo de la entrada.

En el exterior, la amplia avenida desierta, mostraba su pavimento mojado por el riego de un camión cisterna, lo que permitía contemplar el reflejo de las luces del amanecer que ya se vislumbraban tímidamente por el horizonte.

Entraron en el apartamento de Julia, que se dirigió a la terraza para llamar a la Central, mientras Daniel se mantuvo a una prudente distancia.

—Julia, buenas noches ¿Dónde os habíais metido?

—Cyrus, hemos iniciado la operación de ataque y estábamos en los sótanos de la Catedral. En ese momento, Daniel ha oído una ráfaga, lo que nos hace suponer que algo o alguien, ha alterado nuestra estrategia, con la que pretendíamos sorprenderlos.

—¿Pero, habéis tenido alguna baja?

—No, no. Iba dirigida contra nosotros. Debe haber alguien más, para que esos tipos hayan disparado. La verdad es que no lo sabemos

—Recuerda que vuestro grupo de apoyo también está fuera y Richard no es sabedor de estas circunstancias, dado que de ser así, nos lo hubiese informado. Tenemos constancia que una célula de la inteligencia israelí también está operando en esa zona desde hace algún tiempo.

—Sí, lo sabemos ya que se han puesto en contacto en un par de ocasiones con Daniel Cormack.

—¿Y se puede saber qué querían?

—Al parecer, colaborar para neutralizar al grupo terrorista.

—Esto es mucho más complejo de lo que parece —interrumpió Donovan a su agente—. Nosotros nos preguntamos por qué ISIS no ataca frontalmente a Israel y sin embargo el Mosad manda a uno de sus equipos para acabar con el comando que ellos han enviado a España.

—Eso escapa a nuestro conocimiento, Cyrus, al menos al mío. Lo cierto es que su ayuda será bienvenida. Ante todo, debemos evitar la amenaza que de no impedirlo, asolará Sevilla en tan solo unas pocas horas.

—Por supuesto, si actúan, que sea a nuestro favor. Pero mi llamada era por otro motivo: hemos localizado por fin, a los vendedores del material que han trasladado hasta ahí. Y además tenemos más datos de la bomba.

—Vaya, menos mal. Casi tenemos que esperar a que la desintegren para averiguarlo —exclamó Julia con cierto tono de cólera en la voz.

—Es verdad, pero no creas que ha sido un paseo. Hemos tenido que identificar a los vendedores, nada menos que en la Península de Kola, lo cual no ha sido tarea fácil. Un grupo nuestro ha procedido a capturarlos y logrado que confesaran qué tipo de arma habían vendido y a quién.

—Ya, lo comprendo —respondió la agente algo más calmada.

—Se trata de un artefacto denominado ADM, del tipo S[61] de un kilotón. Finalmente reconocieron que los compradores eran del ISIS, pero no sabían cuál iba a ser su destino, dado

que lo embarcaron en un buque en plena noche, del que solo pudieron saber que se llamaba Runde. Hasta aquí todo coincide con lo que habéis descubierto. Ahora os toca a vosotros actuar, según tenéis previsto. ¿Me dices que la tienen oculta en los sótanos de la Catedral de Sevilla? ¡Y además con fecha y hora para deflagarla! Te debo confesar que contamos con un agente en Irak, quien nos ha informado sobre el particular y la procedencia de la orden.

—De acuerdo Cyrus, todos esos datos nos confirman lo que ya sabemos y del atentado que pretenden, pero ahora tenemos que lograr por todos los medios, acabar con ese peligro. Aquí son las siete de la mañana y nos quedan por tanto **cuarenta y cinco horas.** Menos de dos días para localizarla y desactivarla definitivamente. A partir de ahora ya no podremos estar al habla, porque nos desplegaremos en esos subterráneos donde no existe cobertura. Tendremos un apagón informativo, que procuraremos restablecer tan pronto nos sea posible.

—Una vez más Julia, os deseo toda la suerte del mundo.

—Gracias, confío que la próxima vez que hablemos os podamos dar buenas noticias, en caso contrario, no habrá más comunicados.

Al colgar, Julia, no pudo evitar dirigir una mirada a Daniel, que siguió toda la conversación, observándola en silencio.

—Creo que será mejor dormir un poco y después, deberemos volver, salvo que Nick, nos envíe antes algún tipo de aviso de peligro. No podemos continuar sin tener algún descanso. Máxime cuando ahora hemos confirmado donde se esconden.

—De acuerdo, Julia, nos quedaremos el tiempo imprescindible, pero has de tener en cuenta el paso de las cofradías y que quizás sea conveniente esperar de nuevo a la noche para seguir nuestro plan de ataque.

* * *

Abdel Mâlik había sido testigo de la ejecución de Vorobiov a manos de su compañera Gada. La verdad es que él mismo se quedó sorprendido y comprendió la pasividad de Jalil cuando ésta tomó el arma hasta situarse a su lado. El jefe demostró estar completamente seguro de la fidelidad de la mujer, pues si hubiese tenido alguna duda, no le habría permitido la posibilidad de que pudiera usarla con otros propósitos. Recordaba cómo había accedido a formar parte del grupo cuando estaba en El Cairo y lo había hecho más por el dinero que le ofrecieron, que por la causa a la que decían defender. A lo largo de las últimas semanas pudo comprobar cómo las gastaba el cabecilla del comando, con la ejecución de toda la marinería del barco que los había trasladado al Norte para recoger la bomba y el cambio que le practicaron al buque para intentar borrar cualquier huella de su etapa anterior y su posible destino.

Hasta aquí todo había estado bien, pero ahora empezaba a sospechar que tal vez Jalil, pretendiese que su misión debía ser la de custodiar la bomba hasta el final, lo que implicaría que todos tendrían que inmolarse con ella. Sólo plantearse esa idea le causaba un gran desasosiego, porque una cosa era luchar por la causa y otra muy distinta, el dejarse la vida tontamente en el empeño. Así es que desde el momento en el que vio ese juicio sumarísimo, decidió que tendría que intentar escapar de aquel agujero como fuese. Sabía que Zayed estaba francamente mal y que posiblemente le quedaría muy poco tiempo de vida. En cuanto a los otros, los dos nuevos, Omar y la misma Gada, ya había tenido la oportunidad de ver su absoluta fidelidad, por lo que no era cuestión de desvelarles sus intenciones, ya que a buen seguro, podría acabar como el ruso.

Rumiando esos funestos pensamientos estaba, cuando la voz de Jalil, le devolvió a la realidad.

—Debemos intentar reposar un poco pero manteniéndonos alerta, por si alguien ha oído los disparos y pretende llegar hasta nosotros. Haremos turnos y mientras, los demás podrán descansar algo. El que haga la vigilancia tiene que situarse al final de la entrada de la galería principal, pues posiblemente, por ahí es el lugar por el que pudieran intentar atacarnos. El orden de las guardias será, el primero, Admeh; el siguiente, Alí: Tú Mâlik harás la tercera guardia y te seguirá Omar. La última la hará Gada y yo estaré para cubriros en caso necesario.

Todos asintieron, pero Mâlik dedujo de esas órdenes, que la verdadera intención de Jalil, era no separarse de la bomba, lo que suponía que todos perderían la vida en pocas horas irremisiblemente. Y a esto no estaba dispuesto. Pensó que lo que tuviese que hacer lo debería intentar en su turno de vigilancia, momento en el que trataría de huir a toda costa.

—Traed a Zayed a esta sala. Aunque no pueda moverse, siempre podrá empuñar un arma si fuera necesario —ordenó el jefe del comando.

El rostro del enfermo ofrecía un cambio radical en su fisonomía, que había adquirido un tono verdoso y la mirada cadavérica, mientras que de tiempo en tiempo, la balsa de espesa saliva blanquecina, aparecía en la comisura de su boca, manchándole su barba rala, además de la camisa ya de por sí empapada y sucia. Jalil le puso entre los dedos un AK-47 con el seguro desbloqueado, dándole instrucciones, que si alguien se acercaba, debería acabar con el intruso a toda costa. Lo colocaron en el suelo, con la espalda apoyada en la pared más próxima y delante un par de sillones tumbados a modo de parapeto.El guerrillero miró nerviosamente su reloj, comprobando que eran algo más de las doce del mediodía, lo que suponía que aún faltaban **cuarenta horas**, para su ver cumplido su objetivo.

* * *

Unas horas más tarde, el grupo de agentes de la CIA, escuchó las indicaciones de Julia, dándoles las instrucciones finales antes de volver a las galerías de la Catedral. Daniel, se desperezó, sacudiéndose el cansancio que le atenazaba, tras asearse someramente y después comer algo. En unos minutos, estuvieron listos con sus petates preparados. El templo a esa hora aparecía de nuevo casi desierto y de nuevo mostraron sus credenciales al vigilante, quién les franqueó el paso sin abrir la boca. Se introdujeron en la Capilla de entrada a los sótanos, tras asegurarse que no eran observados. Localizaron a su compañero, quien al verlos aparecer, les hizo una señal, que no había novedad. Julia le indicó que lo relevarían, mientras los recién llegados se desplegaban de nuevo, buscando las hipotéticas entradas al siguiente sótano. Cormack, por su parte, prosiguió el camino hacia el segundo nivel como estaba previsto, extremando sus precauciones al seguir descendiendo e intentar que nada delatara su presencia. Al alcanzar las cercanías del gran salón, procuró rodearlo como hiciera la vez anterior, subiendo por la galería lateral hasta la celosía que ocultaba el conducto de ventilación. Desde allí, pudo verificar que eran cinco las personas que se veían en su interior. A una de ellas enseguida la identificó como la mujer que descubriese la noche antes, mientras que, tendido en el suelo en un lado, aparecía la silueta de un cuerpo que yacía boca arriba, con una enorme mancha de sangre sobre el pecho. En el rincón opuesto, creyó descubrir una sombra agazapada, detrás de unos sillones volcados. Por su aspecto, dedujo, que se trataba del enfermo que había visto anteriormente.¿Pero, por qué razón lo cambiarían de lugar? No acertaba a adivinar la causa, salvo que pretendiesen desplegarse para defender a toda costa la

posición que tenían y la bomba.

Repasó con detenimiento la escena, tratando de analizar qué papel jugaba cada personaje del grupo. Enseguida identificó al que parecía el jefe del comando, a cuyo lado se distinguía a la mujer. Los otros tres, debían ser miembros del comando. Ahora bien lo que desconocía era si había alguien más que no estuviese a la vista, además del enfermo. Trató de sacar alguna conclusión por las escasas palabras que pronunciaban de vez en cuando, en voz baja. Al menos, pudo deducir que había otro terrorista, cuando el jefe, se dirigió a uno de los que permanecían recostados.

—Alí, ve a relevar a tu compañero de guardia, al final del pasadizo.

Éste se levantó, tomando su arma y sin decir palabra, desapareció por una de las galerías. Al poco, Daniel comprobó cómo un nuevo guerrillero hacía su aparición desde el mismo lugar, dejándose caer en el suelo y tomando unos sorbos de agua que guardaban en unas bolsas junto con restos de alimentos. Esta circunstancia le permitió corroborar que el grupo estaba formado por esos siete individuos. Ahora bien, ¿de quién podría ser el cadáver que sin miramiento alguno, aparecía tirado en el suelo, en un escorzo grotesco y sin que al menos hubiesen tenido la preocupación de cubrirlo?

Daniel con frialdad pese a la tensión, trataba de buscar el modo de atacar a ese grupo, sin que afectase en lo posible la llegada de los demás compañeros, que de hacerlo por la galería vigilada, pondría sobre aviso al resto del comando. Echó una ojeada a su reloj, viendo que eran las tres pasadas, luego faltaban algo más de **veintiuna horas** para que se produjese la temida explosión Y además ¿en qué estado se encontraría la bomba? ¿estaría activada? La verdad es que se debatía en un mar de dudas, de las que en parte, sin saberlo, el propio Jalil, le sacó, ante la pregunta de uno de los componentes de grupo:

—¿Cuándo nos marcharemos de una vez, ya que el explosivo está activado? —inquirió Mâlik a su jefe.

—Por el momento nadie se moverá de aquí, pues cabe la posibilidad que puedan atacarnos para intentar neutralizarlo —respondió éste.

—¿Pero tendremos tiempo de salir? —insistió el que parecía estar más preocupado por escapar de allí.

—Sí, Abdel, tendremos tiempo sobrado —respondió el guerrillero, ya con cierto tono de fastidio en la voz—. Tú limítate a hacer tu guardia, dentro de… — miró su reloj— …de tres horas y ya hablaremos después.

Cormack, que procuraba no perder palabra de la conversación, comprendió que aquel sujeto pretendía huir de allí cuanto antes, lo que denotaba casi con completa seguridad que el obús debía estar activado a estas alturas. Y si era así, lo tendría que haber hecho un especialista, por lo que el cuerpo que yacía en el suelo, con toda probabilidad, sería el del desdichado al que ejecutaron, una vez hubiese puesto en marcha la fatídica cuenta atrás. Poco a poco, las piezas del rompecabezas iban encajando y al menos ya sabía algo más a lo que atenerse. En todo caso, consideró que sería conveniente volver sobre sus pasos e informar a sus compañeros de sus pesquisas. Reptando, salió de la galería del conducto de aire, hasta alcanzar la primera planta del sótano. Allí contó lo que había observado, el número de componentes del grupo y el cadáver que había descubierto acribillado, que posiblemente fuera la causa de la ráfaga que escucharan cuando entraron por primera vez.

—Os puedo decir que la bomba está armada y lista para ser deflagrada. He constatado que hay un sujeto entre ellos, que parece pretender escapar.

—¿Dices que hay un vigilante a la entrada de ese túnel? —intervino Julia.

—Sí, así es, sería suicida, pretender acceder por esa galería, dado que el fuego os alcanzaría, sin posibilidad alguna de escape.

—Luego entonces, debemos seguir el plan previsto y que seas tú el que les obligue a desplazarse hacia nosotros. ¿No es así? —concluyó Julia haciéndose una más exacta composición de la estrategia a seguir.

—Creo que deberíamos observar la reacción del que parece estar más asustado ante la posibilidad de morir —dijo Daniel a modo de sugerencia.

—De acuerdo, pero si no actúa, lo haremos nosotros. No hay margen alguno. Máxime cuando ya sabemos cuántos son y donde se encuentran.

—Así es, volveré a mi escondite y os tendré al tanto. Dadme una hora.

Al llegar de nuevo a su puesto de observación Daniel pudo comprobar que nada había cambiado, salvo una pequeña caja que se dejaba ver en la mesa junto al soporte del explosivo. ¿Qué podría ser aquello? ¿Tal vez un mecanismo para anticipar la detonación? Por más que lo intentó, no lograba identificar cuál sería el fin de aquel pequeño artilugio. Si se trataba de un percutor que provocase el estallido, habría que vigilarlo muy de cerca para evitar que lo hicieran explotar, se dijo Cormack, que también se preguntaba, cómo el comando no había tenido al menos la intención de comprobar adónde conducían aquellas galerías, a parte de su tramo inicial. De ser así no conocerían las piezas artísticas que allí se escondían, o si el jefe de aquellos facinerosos había hecho una batida, tampoco le importaría mucho su existencia, dado que pensaba destruirlo todo.

Oyó la voz del cabecilla, ordenarle al tal Abdel que fuese a relevar a su compañero. Éste se levantó, mientras con ambas manos apretaba su Kalashnikof y se encaminó hacia el túnel en el que estaba su camarada, que al poco, apareció indicando que todo seguía tranquilo.

Mâlik, avanzó en la oscuridad, comprobando que al final había una antorcha encendida. Pensó que no tendría otra oportunidad mejor para escapar y que debería buscar una salida en aquel laberinto como fuese. Según sus cálculos, aún disponía de algo de tiempo para zafarse de la encerrona en la que se ha visto envuelto. Cogió una nueva antorcha y siguió el camino que se abría hacia el extremo de la galería. Al fondo,distinguió lo que parecía una puerta labrada rodeada de piedras. La revisó con detenimiento, comprobando que el grueso portalón estaba abierto. Al atravesarlo, aparecía un espacio amplio y desnudo, en el que sólo se destacaba el suelo arenoso que se extendía ante él. Avanzó con lentitud, apretando el fusil con fuerza en una mano, mientras con la otra se alumbraba con la tea. Al advertir cómo el pavimento cedía de pronto bajo uno de sus pies, soltó ambos objetos, intentado con desesperación dar un paso atrás, doblándose sobre sí mismo y apoyando las dos manos en terreno firme, para con los codos, impulsar su cuerpo en dirección al lugar del que venía. Una vez que con esfuerzo, pudo estabilizarse en la zona que no cedía, centímetro a centímetro, se fue arrastrando, logrando finalmente zafarse de aquel cepo mortal. Después,quedó tendido boca arriba, respirando entrecortadamente, mientras clavaba el palo de la antorcha en la misma arena para evitar que se apagara. Al cabo de unos minutos, se incorporó y lo primero que hizo fue consultar la hora, constatando que faltaban **menos de dieciséis horas** para que todo aquello saltara por los aires.

Se puso en pie, sacudiéndose la tierra que le entrase en las botas y recogió el AK-47 del suelo. Sopesó que si aquello eran pozos de arenas movedizas, a los que tan acostumbrado estaba en su tierra natal, lo mejor sería tantear el suelo con la culata de su arma. Así, se fue deslizando con precaución, mientras comprobaba que la parte más segura era la zona situada junto al muro

lateral. Al alcanzar el final de aquel recinto, elevó la antorcha para otear lo que tenía delante de él, descubriendo una amplia bóveda, bajo la que se apreciaban una serie de círculos Aquello le olió mal y pensó que debería tratarse de otra especie de trampa como de la que, con tanto trabajo, había logrado zafarse. Repitió el mismo procedimiento y pudo descubrir, que de no haber tomado precauciones, se habría precipitado al abismo en uno de aquellos agujeros. Mâlik desconocía que lo que acababa de superar, se conocía como antesala del Infierno. Siguió andando muy despacio y cada vez con más cuidado, pese a que temía que sus propios compañeros apareciesen tras él en cualquier momento, pisándole los talones. Al frente, descubrió una serie de lo que semejaban columnas, que al acercarse vio que en realidad eran unas recias vigas de madera, que se perdían en la altura de las bóvedas. Creyó que podría ser otra ratonera, pero si quería huir de aquel avispero, no tenía otro remedio que intentar alcanzar el otro lado.

Se preguntaba qué destino tendría aquel espacio tan siniestro, a la par que comprobó que había consumido más de dos horas desde que decidiera abandonar la guardia y aún no sabía la forma de escapar de semejante cepo. En ese momento, a unos metros de distancia, apreció ante él, lo que parecía una escalera. Se adelantó hacia ella pensando que lo mejor sería subir, eso sí, tanteando a fondo cada escalón por si encerraban alguna otra trampa. Al llegar arriba, miró a su alrededor, en lo que parecía un cubículo de piedra rectangular de más de un metro de altura. Asomó la cabeza por encima de la pared que le circundaba y un escalofrío recorrió toda su espalda: estaba saliendo de una tumba a la que rodeaban varias hileras de túmulos similares. ¿Dónde estaba? ¿Acaso estaba muerto y no lo sabía?

Pero se consideraba una persona acostumbrada superar situaciones difíciles y además aquello estaba plagado de cruces cristianas y él nunca podría emerger de un cementerio de infieles. Esperó escondido durante unos instantes, observando si alguien o algo se movía a su alrededor y cuando verificó que todo seguía en silencio, decidió, poner pie en tierra, saltando desde el interior de aquel sepulcro. Muy lentamente, extremando las precauciones, recorrió varias filas de la multitud nichos que se extendían ante él y que se perdían en la oscuridad. Al pronto, una nueva y pequeña escalera, parecía conducir a la planta superior. Pensó para sus adentros, que todo lo que fuese ascender sería bueno para poner cuanto antes, tierra de por medio.

Ya no quiso detenerse en exceso, asegurándose de la resistencia de los escalones y cuando alcanzó la siguiente rasante, pudo comprobar que las filas de tumbas se repetían en forma similar a la que acababa de abandonar. Levantó la tea para iluminarse mejor y en ese momento una ráfaga resonó sobre su cabeza, arrancándole de cuajo el mango de la luminaria, que cayó unos metros detrás de él. El instinto de conservación le hizo acurrucarse entre dos de los mausoleos, sacando apenas la cabeza con cuidado, para atisbar de donde procedían los disparos. Pese a la sombra espesa y lóbrega que reinaba, dado que la antorcha al estar sobre el pavimento apenas iluminaba, pudo distinguir una silueta encorvada, que avanzaba hacia él. Cargó su automático y apretó el gatillo, apuntando en dirección a aquella sombra. Desde el fondo, el destello de otra ráfaga, iluminó por un instante la escena, por lo que creyó que lo mejor era descender de nuevo hacia el lugar por el que había venido. Gateó con presteza hacia la escalera como un felino, al tiempo que en la pared oyó cómo se incrustaba un rosario de proyectiles que silbaron por encima de él. Pero ya sus piernas saltaban de dos en dos los escalones, refugiándose al amparo de una de las gruesas columnas que sustentaban las bóvedas inferiores. Dirigió el cañón del arma a la estrecha entrada de la escalera y su AK-47 crepitó con furia durante unos segundos, dejando sus marcas en todo el hueco y si a alguien se le había ocurrido la idea de bajar en ese momento, ya no lo contaría.

El silencio más absoluto siguió al silbido de los proyectiles cuyo eco se había propagado repetidamente por aquellas profundidades. Analizó la situación en la que se veía envuelto, pensando que sin duda quién le atacaba, no debía de ser de su grupo, ya que en todo caso, éstos vendrían por detrás de él. Luego entonces se trataría de otros que les estaban esperando y si era así, estaba claro que se encontraba entre dos fuegos. Además la oscuridad reinaba en todo aquel lugar y no era conveniente moverse. Tan sólo la esfera de su reloj, dejaba ver sus números: Era mediodía y si no lo remediaba, le quedaban unas **catorce horas** para salir de allí a toda costa. Pese a todo, creyó que lo mejor sería seguir agazapado y esperar acontecimientos, al menos un poco de tiempo.

A distancia, metros más abajo, Jalil en la gran sala, paseaba inquieto. Llegada la hora, ordenó a Omar que fuera a sustituir a Mâlik en su turno de vigilancia, aunque el vago ruido de fondo que había escuchado, que no acertaba a identificar, parecía más bien ser preludio de un fatal presentimiento. El guerrillero se encaminó hacia su puesto, engullido en la oscuridad de la galería, pese a la antorcha que portaba, llegando al cabo de unos breves minutos al lugar donde se suponía que montaba guardia su compañero, pero no se veía a nadie. Recorrió con detenimiento los alrededores, presta su arma, pues esa desaparición no auguraba nada bueno. Al no descubrir ni el más mínimo rastro de Abdel, le asaltó la duda de si volver sobre sus pasos para avisar a su jefe o bien seguir buscando por aquellos vericuetos. Tras unos instantes, prefirió regresar para dar la voz de alarma de la inexplicable ausencia de su compañero.

Desde su atalaya, a Daniel también le había extrañado aquel sonido atenuado como si se tratase de la caída de una serie de objetos al estrellarse contra el suelo, pero no pudo apreciar su causa. Eso sí, comprobó la creciente inquietud del terrorista por sus gestos . Observó la marcha del sicario que iba a sustituir en la guardia a su compañero y decidió esperar por si éste traía noticias que aclarasen el origen de aquello. Pasada algo más de media hora, vio aparecer con el rostro desencajado al tal Omar, quién atropelladamente,contó a su jefe que no había localizado a Mâlik en su puesto de observación. Jalil dio un fuerte golpe en la mesa, aumentando su grado de exasperación.

—¿Pero, cómo que no está? —rugió el cabecilla.

—Solo te puedo decir que lo he buscado a fondo y que no hay rastro de él.

—¿Será posible que lo hayan capturado? —espetó Jalil a la cara de su compañero, deteniéndose un momento con si pensara en voz alta— ¿O será más bien que ha huido?

—No… yo no lo creo, Abdel es un hombre fiel a la causa —se atrevió a comentar Omar.

—No podemos descartar ninguna hipótesis —sentenció el jefe—Hay que localizarle como sea. Por tanto tú y Alí saldréis en su busca, en la dirección que haya podido seguir. Gada montará guardia en esa galería de entrada y os servirá de cobertura. Admed y yo protegeremos la ojiva.

Salieron los dos y tras ellos, la mujer que se había limitado a asentir cuando Jalil se refirió a ella.

Daniel, atento a todo cuanto habían hablado, creyó llegado el momento de intervenir, puesto que únicamente quedaban dos hombres custodiando la bomba, más el enfermo parapetado al fondo, que en principio no debía representar mayor peligro. Consultó la hora, comprobando lo deprisa que corrían los dígitos de su reloj. Se planteó el plan de ataque a seguir, considerando que ya no se trataba de empujar al comando hacia la planta superior, sino de neutralizar a aquellos hombres e impedir como fuese, que siguiera la cuenta atrás. Fijó la mirada en el posible detonador que estaba sobre la mesa y dedujo que era prioritario evitar que alguno de los terroristas lo pudieran accionar, a sabiendas que a ellos no les importaría morir en esa horrible

explosión. Decidió esperar unos segundos a que se alejaran del fatídico mando.

Al fin, creyó llegada la ocasión propicia, al dirigirse el jefe hacia la abertura donde daba comienzo el túnel, prestando atención a si oía alguna voz o sonido y a que en ese mismo momento, el otro terrorista se acercaba al lugar donde apilaban las botellas de agua. Sacó su pistola, apuntando con sumo cuidado hacia el detonador, apretó el gatillo y el primer disparo dio de lleno en el pequeño receptáculo negro, desplazándolo hasta el borde de la mesa, cayendo al suelo. Sin dilación enfiló con rapidez su arma y el segundo proyectil, hizo saltar en pedazos la pequeña caja, quedando desperdigadas las piezas de su interior. Los dos guerrilleros, al oír el sonido sobre sus cabezas, tras una fracción de segundo de estupor, se arrojaron al suelo, escondiéndose Jalil en la embocadura del túnel, en tanto el otro rodaba tras uno de los sillones. Daniel se retiró con presteza del ojo de buey, reptando hacia atrás en busca de la otra galería próxima de ventilación. En ese instante, oyó cómo sobre la celosía de bronce caía una lluvia de plomo, proveniente de los dos kalashnikof, disparados al unísono. Consideró prudente esperar unos momentos para no delatar su nueva posición y verificar si sus enemigos cambiaban de lugar. Al menos, el factor sorpresa le había permitido inutilizar el percutor del obús. Rodeó la sala una vez más para comprobar qué dirección tomaran los dos enviados por Jalil como refuerzo de su compañero desaparecido. Con infinito cuidado recorrió el pasadizo lateral, sin dar con ellos. Así es que optó por centrarse en los que custodiaban el proyectil. Retrocedió sobre sus pasos, pasando a la galería superior y con precaución, intentó localizar a los dos sujetos. El que se resguardaba tras los sillones permanecía allí, pero no así su jefe, que parecía haber cambiado de escondite. Pensó que tal vez hubiese seguido los pasos de sus compañeros para pedirles ayuda, pero conociendo su interés por preservar la bomba, dudaba mucho que así fuera.

* * *

Cuando Ted Brown, desde su posición, divisó a través de sus gafas de visión nocturna, aquella silueta que trataba de avanzar sigilosamente, ajustó su mira telescópica hacia ella, pese al escaso ángulo de tiro que le permitía la fila de túmulos que aparecían delante de él. Al divisar el extremo del fusil que aquel individuo portaba, ya no tuvo duda alguna que se trataba de uno de los terroristas, por lo que sin más previo aviso, soltó una ráfaga que fue a estrellarse contra las losas de piedra que se interponían ante su objetivo. Masculló una sarta de improperios, maldiciendo que acababa de tirar por tierra el factor sorpresa. La nube de polvo que se levantó le impedía ver hacia donde se había dirigido aquel sujeto: si había continuado su avance, o si por el contrario, emprendió la retirada al lugar de donde provenía. Renegaba de sí mismo por el fallo de principiante que demostró al tratar de neutralizar a su enemigo y que si trascendiese, haría que sus jefes lo despidieran de modo fulminante, sin más preámbulo. No obstante, comunicó a sus compañeros la posibilidad que uno de los guerrilleros hubiese atravesado la línea de seguridad y que pudiera estar más cerca del acceso que conducía a las naves del templo.

Julia O’Neill decidió que en la horas siguientes, sería ella la que cubriría el recinto y recordó el ofrecimiento de su amiga María Amparo para esa tarde del Jueves Santo. Consideró que la forma más adecuada de pasar desapercibida sería ir en compañía de su amiga. Eso sí, ante cualquier señal de alarma, la haría salir de la Catedral, para impedir que su vida corriese peligro, pese a no poder desvelarle la magnitud del riesgo que se cernía sobre todos.

—Guardad las posiciones en el sótano y tenedme informada de cualquier novedad y sobre todo de lo que os transmita Daniel. No olvidemos que el objetivo preferente es impedir la detonación de la bomba, pero también evitar las consecuencias que se producirían por el terror que provocase una estampida de gentes en los alrededores de la Seo.

—Ok, Alpha, aquí Beta, te tendremos al tanto —respondió Kittel—. Me ocuparé de cubrir a Echo, si nos pide ayuda y de verificar la situación de Delta.

—Ok, Beta, corto y cierro.

* * *

Entre tanto, los dos guerrilleros avanzaban con cierta rapidez, intentando dar con una pista que les indicase cuál era la causa de la desaparición de su camarada Mâlik, sin saber que estaban recorriendo el mismo camino que anteriormente hiciera su propio compañero. Así, llegaron a la zona terriza y contemplaron los vestigios de la arena hundida. Por precaución, enfilaron por uno de los laterales, sin saber que de este modo, se libraban de padecer una muerte segura ante la posibilidad de ser engullidos en esa silenciosa trampa mortal. Al alcanzar el siguiente recinto, observaron ante sí, los círculos de piedra sobre los que debían pasar. Por precaución, fueron pisaron sobre los sillares que circundaban aquella especie de pozas cegadas, pero debido a la rapidez que imprimían a su avance, Alí colocó su pie sobre la superficie de uno de ellos, que inmediatamente cedió, tragándose más de medio cuerpo al instante. Con desesperación, buscó apoyo en unos salientes de piedra que conformaban lo que se asemejaba a una chimenea, en tanto que, soltando su arma, con los dos brazos trataba de agarrarse al borde del pozo. Omar a su lado, estaba tan sorprendido como él, sin acertar a adivinar qué era lo que había provocado ese súbito desprendimiento. Se inclinó hacia su compañero, para tratar de tirar de sus brazos hacia arriba. En ese momento, la piedra que soportaba el peso de sus piernas, cedió y el guerrillero, lanzando un grito de desesperación, desapareció, tragado por la negra boca en la que se convirtiera el círculo de piedra.

Con enorme cautela, Omar se atrevió a asomarse al oscuro embudo, contemplando con horror una profunda sima, al fondo de la cual, gracias a la luz de su antorcha, comprobó cómo discurría una violenta corriente de agua que arrastraba el cuerpo ya sin vida de su camarada. Se echó hacia atrás, tanteando con infinito cuidado las piedras, antes de apoyar el peso de su cuerpo sobre ellas y retrocedió, pensando en volver rápidamente donde estaba el resto de sus compañeros. Con sumo cuidado, siguió las huellas de sus pisadas anteriores. De este modo, al llegar a las proximidades donde Gada montaba guardia, dándole la contraseña para evitar que ésta le disparase, contándole todo lo que había sucedido.

—¿Y Mâlik, has podido dar con él? —inquirió la joven, sin denotar emoción alguna.

—No, y si ha seguido el mismo camino que nosotros, lo más probable es que haya corrido la misma suerte que Alí —respondió su compañero, aún presa del miedo por lo que había acaecido ante sus ojos y pensando que bien podría haberle ocurrido a él—.Este debe ser un lugar infernal y dudo mucho que podamos salir de aquí.

Gada le miró, dando a entender que su final estaba ya escrito para siempre, entre esos pasadizos y que ninguno escaparía vivo de allí.

—Debes volver e informar a Jalil, de lo sucedido —afirmó la mujer—. Yo seguiré aquí de guardia. Pero hazlo con cuidado pues he creído oír disparos provenientes del lugar donde

estábamos.

—Ya, esto por momentos pinta a peor —farfulló el árabe, al que cada vez le gustaba menos el cariz que tomaba la situación.

Retrocedió con toda precaución y al cabo de unos momentos, sintió una mano sobre su boca y la voz de Jalil en su oído.

—Silencio. Tenemos un francotirador encima de nuestras cabezas y debemos tratar de acabar con él.

—¿Qué ha pasado? —respondió en el mismo tono inaudible de voz.

—Alguien ha debido deslizarse por la misma galería por la que nosotros llegamos y nos mantiene bajo su fuego, tratando de impedir que podamos provocar la explosión Ha destrozado el mando y no nos queda otro remedio que esperar que finalice la cuenta atrás a las cuatro de la mañana. Es decir, dentro de **nueve horas.**

—Entonces, ¿qué podemos hacer? —añadió aún más intranquilo el guerrillero.

—Por el momento deberemos proteger nuestra mercancía a toda costa e intentar de encontrar la forma de acabar con ese perro. A propósito, ¿qué ha ocurrido con Mâlik, habéis dado con él?

—No y además Alí ha muerto.

—¿Cómo? ¿Quién os ha atacado?

—No, no ha sido un ataque —contestó Omar, presa de preocupación, detallándole a su jefe, lo ocurrido desde que salieran en su busca.

* * *

Julia O'Neill, llegó a su apartamento, envuelta en sus oscuros presagios, pero a sabiendas que aunque lo que deseaba era estar en el interior de los sótanos para acabar con aquella amenaza, no por menos era consciente que no debía dejar cabo sueltos e impedir que algún terrorista, ante la desesperación de ser descubiertos, intentase una masacre entre los fieles, quiénes sin la más mínima noción de lo que se cernía sobre ellos, pudieran ser víctimas fáciles e inocentes.

Tomó el vestido negro que le prestara su amiga, enfundándoselo con presteza, calzándose a continuación unos zapatos a juego. Desistió de ponerse la mantilla, que le impediría los movimientos, al considerar que lo principal era controlar todo aquel inmenso recinto catedralicio. Al llegar a la cafetería próxima, reparó en su amiga María Amparo, acompañada por una joven amiga, llamada Luisa Fernanda y por Ángel Andrada, su fiel galeno. Las dos mujeres lucían exquisitamente ataviadas con unas blondas que dejaban entrever sus agraciados rostros, y en la cabeza, unas peinas de sutil filigrana, sobre las que caían las mantillas con primoroso gusto y simetría. La verdad era que aparecían espléndidas y a su lado, el apuesto médico, enfundado en un elegante traje azul marino. y sobria corbata en tono índigo. Al verla llegar, la agraciada ganadera se acercó hasta ella.

—¿Pero, como? ¿ no te has puesto la mantilla? Hija si te tiene que sentar estupendamente —añadió con cierto tono de desencanto.

—No he podido al final, pues eso requiere una habilidad que no todo el mundo tiene —se excusó Julia.

—¿Y Daniel, vendrá ahora? —siguió interesándose su amiga.

—Pues me temo que tampoco. Me ha dicho que le ha surgido un problema de última hora y que no cree que pueda estar con nosotros.

—La verdad es que te hubiese sentado muy bien la mantilla, sobre tu melena rubia —intervino Luisa Fernanda.

—En ese caso, —comentó con cierto deje de satisfacción Ángel Andrada— yo estaré encantado de ser vuestro acompañante, al menos durante las primeras horas, pues después, deberé retirarme para vestir mi túnica.

—Eso —exclamó María Amparo— y además que Daniel no está con nosotras, tú te marcharás dentro de un rato. ¿No podrías dejar de salir este año?

—Te consta que eso para un cofrade, sería un pecado de lesa majestad. En la Feria me tendrás a tu entera disposición las veinticuatro horas del día —añadió con un tono de elocuente ambivalencia, que no pasó desapercibido para ninguna de las tres jóvenes y en particular María Amparo, que no pudo evitar un mohín de complicidad.

—Vale, en ese caso te perdonamos y te deseo una buena Estación de Penitencia. Ahora eso sí, debes rezar mucho por nosotras.

—No os quepa la menor duda, que lo haré.

—Sí, por favor te lo pido —añadió Julia con un tono de seriedad en sus palabras, que no pudo evitar el énfasis, impregnado de preocupación, con el que las pronunció— eso te ruego que lo hagas y te encomiendes muy especialmente a tus Titulares ¿Se dice así, verdad?

—Sí, Julia, ten por seguro que así será —contestó el médico, mirándola a los ojos, como si intuyese que algo especialmente grave dejaba traslucir el tono casi de súplica que su amiga había empleado.

—Bueno —añadió María Amparo, con su habitual jovialidad, ajena al matiz de esas palabras— terminemos el café que se nos hace tarde. Podíamos empezar por la Iglesia de los Santos Mártires y terminar en la Catedral ¿Qué os parece?

—Yo preferiría quedarme directamente en la Catedral, por si finalmente llegase Daniel a tiempo —pretextó Julia.

—Si es así, de acuerdo. Nosotros nos acercaremos a la Parroquia y después nos reuniremos contigo —la voz de la joven sonó, como dando a entender que en modo alguno quería que nada impidiese a Julia, reunirse con su agraciado amigo.

—Lamento que no nos acompañes, pero confío en que nos veremos después —apostilló el doctor Andrada, mirando de nuevo fijamente a la norteamericana, tratando de descubrir qué habría querido decir con esa vehemente petición de sus oraciones.

Pero la agente bajo ningún concepto, quería desvelar su secreto, pese a considerar el peligro que todos corrían, si bien ella confiaba ciegamente en Daniel Cormack y en sus recursos para neutralizar aquella terrible amenaza que al fin habían localizado, aunque todavía estuviese fuera de control y también tenía puesta sus esperanzas, como no, en su propio equipo, formado por hombres avezados en superar amenazas que ponían en peligro a diario la vida para defender a muchos seres inermes en cualquier rincón del mundo.

Al llegar Julia a la Catedral, usó el pase firmado por el propio Obispo, que le permitió el acceso a todo el recinto, sin el más mínimo inconveniente. Recorrió las naves interiores, sobre todo junto a los lugares por donde lentamente caminaba el cortejo de blancos nazarenos con escapularios azules, en su mayoría descalzos. Después se dirigió hacia la pequeña capilla, por donde estaba la entrada al nivel inferior y a través de su transmisor pudo contactar con sus compañeros. Éstos le informaron del intercambio de disparos precedente y que con toda probabilidad, el guerrillero había vuelto a su anterior escondite.

—De acuerdo Beta. Si Echo no da señales de vida a las 18,00, avanzaremos sin más dilación.

* * *

Desde su nueva posición, Cormack comprobó que el único terrorista que quedaba en ese momento en el Gran Salón del Trono, era el tal Admeh que se había parapetado en la especie de barricada, formada con varios sillones, en tanto que de su jefe Jalil, no se advertía rastro alguno. Al fondo, también debía estar el guerrillero enfermo, que seguía sin dar señales de vida en todo ese tiempo, lo que hacía suponer que o bien había perdido el conocimiento o carecía de fuerzas suficientes para ni tan siquiera moverse. Daniel decidió que era llegado el momento de dar el siguiente paso. Cambiaría de lugar y trataría de alcanzar la amplia estancia, por uno de los accesos traseros, Desde allí, pudo apreciar de perfil, la figura del árabe atrincherado, casi tumbado en el pavimento, apuntando hacia el hueco de ventilación que antes ocupara, situado en la pared frontal. Un leve chasquido hizo volver la cara del guerrillero que enfiló la dirección de su arma hacia el lugar en el que distinguió con nitidez la figura del agente. El intercambio de disparos fue simultáneo, pero mientras que la ráfaga del terrorista pasó por encima de la cabeza de Cormack, los dos proyectiles que éste lanzó, fueron a incrustarse en el pecho de Admed, que cayó hacia atrás, dejando un rastro de sangre, bajo la inmóvil silueta barbuda de aquel siniestro personaje.

Extrañamente, nadie pareció hacerse eco del tiroteo, por lo que transcurridos unos momentos de tensa espera, Daniel, decidió avanzar hasta la mesa sobre la que se encontraba la bomba. Al ir a tocarla, una ráfaga retumbó en el aire, impactándole a la altura del pecho y en su hombro izquierdo, mientras que al mismo tiempo, en un desesperado intento, trataba de protegerse con el propio obús. Era Jalil que había aparecido de la nada, escondido junto a su compañero Omar, quiénes al escuchar los disparos, se ocultaron en el túnel en el que estaban agazapados y cuando comprobaron la presencia del agente, decidieron pacientemente esperar hasta encontrar el momento propicio para asegurar el blanco. Poco a poco, el cuerpo de Daniel fue deslizándose hasta casi tocar el suelo con ambas rodillas, Omar hizo un gesto de apuntar su arma contra el herido, pero su jefe le empujó con la mano el cañón de su arma hacia arriba.

—No, no dispares, podrías dañar la ojiva. Será mejor rematarle con nuestras dagas —ordenó Jalil.

Los dos, avanzaron sigilosamente, vigilando las entradas por si hacía acto de presencia algún compañero del hombre que estaba penosamente arrodillado tras la gran mesa. Al no descubrir a nadie, sacaron sus dagas, prestas a degollar a su adversario. Omar que iba delante, fue el primero en acercarse, levantando el brazo para dejarlo caer con furia sobre el cuello de su inerme enemigo. En ese momento, el tableteo intenso de un fusil de asalto, dejó un reguero de orificios que fueron tiñendo de ojales púrpuras el cuerpo del asesino, quien, con la mirada pedida y un gesto incrédulo, cayó como un fardo sin pronunciar ni un solo gemido, sin soltar la daga de su mano derecha.

Simultáneamente, en esa fracción de tiempo, Jalil, saltó como una hiena, para volver a ocultarse de nuevo por el mismo túnel del que había salido. En tanto Daniel, al oír aquel estruendo y contemplar el cuerpo de su enemigo tendido e inmóvil sobre el empedrado del pavimento, no acertaba a comprender qué era lo que había ocurrido. Con enorme dificultad se fue incorporando, apoyando el brazo derecho sobre la tapa de la mesa, para a continuación, dejarse caer penosamente, en uno de los asientos. Miró a su alrededor pero no divisó a nadie.

¿Quién podía haberle, al menos de momento, salvado la vida? Cogió con dificultad el pañuelo de su bolsillo, que enseguida se tiñó de sangre y haciendo un esfuerzo por el intenso dolor, trató de taponarse la herida de la parte superior del pecho. Con gran dificultad, se incorporó, acercándose a la cabecera del proyectil, donde se apreciaba la tapa de cristal blindado y dentro, la oscilación sincronizada de dos esferas que se movían al compás de los relojes digitales en los que se señalaban las horas, minutos y segundos que faltaban para la deflagración: 07,01,46. **Siete horas, un minuto y cuarenta y seis segundos**. Con desesperación, debido a su estado, veía que no le quedaba otra opción que intentar interrumpir la fatídica cuenta atrás, si quería contarlo.

Trató de abrir la carcasa con sus manos, pero las sujeciones que se distinguían en los cuatro lados, hacían impensable poder levantarla. Miró angustiado a su alrededor, reparando en ese momento en la bolsa con herramientas que aparecía junto al cadáver del sujeto que podría ser el científico que pusiera en marcha el maléfico artilugio. Con renovados bríos pese a sus heridas, cogió la bolsa con el brazo sano arrastrándola hacia la mesa. Con un impulso, la colocó encima, desparramando todo su contenido sobre la misma. Buscó qué tipo de atornillador era el adecuado y con ahínco, pese a su falta de fuerzas, empezó a desenroscar trabajosamente cada cogida. En ese espacio de tiempo, nadie ni amigo ni enemigo, apareció bajo las bóvedas del inmenso recinto. Mientras se seguía preguntando quién había podido ser su ángel salvador que acabó con la vida del terrorista y por qué no había hecho acto de presencia, como también le resultaba inexplicable la súbita desaparición del jefe guerrillero. En tanto, el tiempo corría y mientras tuviese oportunidad, debía intentar detener aquel maldito mecanismo, pese a ver, cómo de manera implacable, se iba consumiendo el tiempo, reflejado insensible en los dígitos luminosos.

Al cabo de muchos minutos de trabajo, logró finalmente retirar con extremo cuidado la tapa superior. Analizó el interior del habitáculo que formaban los dos círculos que se movían sincronizados al compás de los relojes y pudo vislumbrar una maraña de cables bajo las circunferencias que iban a una especie de caja con orificios de donde salían esos hilos envueltos en fundas de distintos colores. El sudor, además de la pérdida de sangre, empezaban a hacer mella en Daniel que se sentía impotente para desconectar aquel engendro. Por un momento, pensó en localizar a Julia y sus hombres, pero difícilmente ellos añadirían algo nuevo a esa tarea, en tanto que de ese modo quedarían al descubierto los secretos situados bajo aquel dédalo de pasadizos y estancias. Debía intentar algo, pero ¿qué podía hacer, cuando casi ni siquiera tenía fuerzas para mantenerse en pie? Dejó caer su brazo derecho sobre la bomba, inclinado su frente sobre la fría superficie del obús, implorando la ayuda divina, que le permitiera arrojar algo de luz sobre aquella desesperada situación.

* * *

Gada había cubierto su turno de vigilancia con creces y miraba impaciente su reloj, comprobando que nadie aparecía para relevarla. Esperó un tiempo más que prudencial y decidió volver al lugar donde se encontraba su jefe y amante, al menos uno de ellos. Caminó con lentitud, pues aunque creyó oír anteriormente sonidos extraños, el silencio se había adueñado de aquel pasadizo. En ese momento, un aullido atronador inundó con su eco el lugar, rebotando en las bóvedas. Era la voz de Jalil, al que Daniel pudo identificar al instante, al decir:

—¡¡Huye Gada, no dejes que te alcancen y cumple tu destino!!

El agente trató de empuñar su pistola, pero el zumbido de esas palabras, rebotando en las

paredes, hacía que no pudiese determinar con exactitud el lugar de donde procedían. Lo cierto era que se apreciaban relativamente próximas y que la joven árabe debía volver de su guardia al final del pasadizo superior, por lo que su jefe, al descubrir su presencia, quería impedir que cayese bajo las balas de ese desconocido, al que le había resultado imposible eliminar y que además había liquidado a su compañero Omar. Este imprevisto le había llevado a esquivar su fuego y buscar un escondrijo, desde donde podía observar la manipulación que el agente herido trataba de realizar a la desesperada, para desconectar la bomba. Desde allí, veía con satisfacción, su vano intento para interrumpir la cuenta, sabedor que, salvo que el intruso fuese un ingeniero experto en esta materia, nunca podría desactivarla y en todo caso cabría la posibilidad que sin querer, acelerase el proceso. Ahora, en aquél instante, lo que pretendía hacer era que su compañera huyese de aquella encerrona, para que sacrificase fuera, al mayor número de enemigos y que así su muerte en este maldito lugar, no resultase del todo inútil.

La mujer, no se lo planteó dos veces y retrocedió a toda velocidad sobre sus pasos. Había entendido claramente el mensaje de su camarada y sabía perfectamente qué era lo que debía hacer. Recorrió lo más rápido que le permitían sus piernas el camino que ya realizaran sus compinches. Eso sí, guiada por su fino instinto, que le hizo evitar las encerronas como la que había engullido a Alí para siempre. Al llegar al nivel superior, creyó ver agazapada, la sombra del otro miembro del comando con el que igualmente había mantenido una relación esporádica, exclusivamente de sexo. Gracias a su agudeza visual y pese a la casi total falta de luz, descubrió a Mâlik, quién agazapado en el suelo, no osaba mover ni un solo dedo. Se acercó sigilosa, lanzando un leve y casi inaudible silbido. Enseguida, la silueta se irguió, atisbando a la mujer.

—¿Qué haces en este lugar? —le siseó la muchacha al llegar a su lado.

—He avanzado hasta aquí —mintió Mâlik, ocultado la verdadera causa de su posición — porque descubrí que alguien pretendía atacarnos. Hemos intercambiado disparos, pero quien quiera que sea debe estar oculto tras esas tumbas. Espero que haga un movimiento en falso que me permita acabar con él.

—Bien, procuraré rodearlo y le sorprenderemos. Estáte atento a mi señal.

Dichas estas palabras, Gada, se deslizó como una sierpe hacia la siguiente hilera de túmulos, rebasándolos sin que nadie percibiera su volátil silueta. Tras avanzar unas decenas de metros, identificó la figura de un individuo provisto de unas gafas especiales que no perdía ojo del lugar donde presumía que se ocultaba su compañero. Apuntó con cuidado su kalashnikof a la sombra y apretó el gatillo con decisión. El hombre, al recibir la andanada de disparos, rodó por tierra, mientras que de la hilera siguiente de sarcófagos, salía un resplandor de otra ráfaga que le paso muy cerca de la cabeza. En ese momento, Abdel se incorporó en su afán de llegar al lado de su compinche, pero esa fracción de segundo fue suficiente para recibir una segunda tanda de proyectiles que dieron en tierra con su cuerpo agujereado. A la guerrillera le bastó esa fracción de tiempo para apuntar de nuevo su fusil en dirección hacia donde partía el fuego y de nuevo apretó el gatillo con saña. El silencio que se hizo tras el estruendo producido por el fuego cruzado fue absoluto, nada se movía y el penetrante olor a pólvora era lo único que delataba lo ocurrido en tan solo unos segundos.

Gada calculó que sus dos enemigos habían caído, así como su compañero Abdel, quién a pesar de su relación con ella, no despertó el más mínimo sentimiento de afecto, si bien había sido testigo de cómo fuera abatido. Con frialdad, analizó la situación y concluyó que lo mejor sería seguir avanzando hasta lograr salir de aquel lugar. Estaba segura que Jalil se las bastaba solo, para proteger la bomba hasta el último momento. Desafiando la oscuridad, decidió continuar,

tocando con los dedos las aristas de aquellas tumbas para orientarse. Tras unos minutos de lenta progresión, atisbó un leve resplandor, lo que le permitió comprobar la hora. Eran las once y media de la noche, luego para la solución final, tan sólo quedaban **cuatro horas y media**. Si quería rematar su misión, debía actuar con rapidez, pues bien podría anticipar la muerte a muchos infieles si se daba prisa, pero para ello tenía que lograr salir de aquellos sótanos.

Al irse aproximando, percibió unos cánticos a los que prestó atención para tratar de determinar su procedencia. Con sorpresa, identificó aquellas salmodias, que le recordaron por un momento, su niñez, allá en su Siria natal, cuando de pequeña, aquel sacerdote venido de España, les ponía una y otra vez unos salmos con motetes gregorianos. Evocó con detalle las escenas, apretando las mandíbulas con rabia, mientras una lágrima pugnaba por salir de sus ojos, pues esas imágenes le llevaron a rememorar el rapto que padeció a manos de un grupo islámico, las vejaciones a que fue sometida y las continuas violaciones y sodomizaciones de las que fue objeto, además del adoctrinamiento sistemático, para llegar a odiar todo lo que oliese a cristiano, finalizando su aprendizaje cuando recibió la orden de asesinar a aquellos mismos misioneros que la habían educado en su niñez. Ese día, perdió su alma y su sentido de la piedad, convirtiéndose en un instrumento de muerte, entregando su cuerpo como una mercancía, sin sentir placer alguno y experimentando únicamente el goce de ver la debilidad del hombre de turno que le tocaba encima. Excepción a esta regla podía ser Jalil, no tanto por el deleite que le pudiera ofrecer, sino por el afán de matar y de venganza con las que impregnaba todos sus actos. Ella era fiel a la causa que había abrazado cuando fue enrolada, a sabiendas que su destino era una muerte segura, pero que como portadora de la espada de la justicia ciega, sesgaría antes muchas vidas, solamente por el disfrute sórdido de matar.

Al percibir cada vez más cerca aquellos sones cadenciosos, sentía cómo en su alma se debatían olvidadas sensaciones de un perdido candor, frente al odio profundo que le había inundado hasta las mismas entrañas. Sentía que le hervía la sangre y su afán de castigo paradójicamente se hacía más y más implacable. Despacio, inició la subida de ese último tramo de pétreos escalones circulares que la acercaban a una zona cada vez más iluminada, apretando con fuerza su AK-47 y al fin, atisbar una salida que daba a un pequeño espacio que asemejaba una capilla de un templo. Adelantó el cañón de su automático, tratando de descubrir infieles a los que ajusticiar, cuando, en ese momento, recibió un súbito golpe, que le arrancó con violencia, el arma de sus manos, rebotando ésta escaleras abajo, justo por donde acababa de subir. Su reacción vertiginosa, le hizo empujar a la sombra, que tan sorpresivamente, se había colocado ante sí, comprobando con estupor que se trataba de una mujer joven, más alta que ella, con el rubio cabello suelto y un ajustado traje negro que para nada le impedía imprimir a su cuerpo unos movimientos tan felinos como diestros en la lucha. Al sentir que por un instante, aflojaba la presión sobre sus hombros, lanzó su codo contra el rostro de la intrusa, golpeándole con fuerza el pómulo que de inmediato, empezó a sangrar. Durante un instante, se planteó el camino a seguir: si bajaba a tratar de rescatar su fusil, su contrincante le llevaría ventaja, al estar por encima de ella. Miró con toda rapidez a su alrededor y descubrió cómo la escalera continuaba en sentido ascendente. Decidió en milésimas de segundo huir hacia en esa dirección, pensando que si se trataba de una subida sinuosa, difícilmente su agresora, podría ir tan rápido como ella, dada la vestimenta y el calzado de ambas. Emprendió veloz la ascensión, seguida por Julia O’Neill, que trataba de reponerse del aturdimiento que le había causado el impacto del codo de aquella ágil mujer. Al comprobar que se iba quedando rezagada, la agente norteamericana decidió desprenderse de aquellos incómodos zapatos en un rápido movimiento, lo que le permitió al menos, que su enemiga no continuase

ganando terreno entre ambas.

Por momentos, Julia percibía el jadeo que de forma progresiva notaba en la respiración de su oponente. A ella, de algo le servían sus largas horas de aprendizaje y de gimnasio, lo que le facilitaba, aunque de forma imperceptible, ir ganando centímetro a centímetro, la diferencia con su escurridiza adversaria. Cuando ya creía tenerla a tiro, Julia comprobó que habían desembocado en una especie de amplísimas azoteas al aire libre. Aspiró profundamente la fresca brisa de la noche, sin tiempo para reparar en la belleza del entorno, descubriendo a su enemiga a unos veintena de metros delante de ella, sobre una de las ondulaciones que una multitud de cúpulas, dibujaban simétricamente el remate de las nerviaciones góticas de la grandiosa edificación. Estaban sobre las cubiertas con un pavimento enladrillado, donde igualmente la huidiza mujer se había detenido para recuperar algo de aliento. En el suelo, tendida, aparecía una enorme y herrumbrosa cruz de hierro. Gada aspiró con fuerza para que el aire llenase sus pulmones, en tanto las dos se estudiaban como sopesando la estrategia de ataque que debían seguir pues sabían que esta era una lucha sin cuartel, donde sólo una de ellas sobreviviría.

La joven árabe miró a su alrededor, descubriendo el cimborrio que como un encaje pétreo, se elevaba en el centro de todo el conjunto, mientras en un lateral, unos pináculos de piedra, se alzaban al cielo como queriendo clavar sus agudas puntas en él. Esto le hizo creer, que al ser un lugar más resguardado, tendría más posibilidades de encontrar un punto débil en su perseguidora. Saltó hacia allí como una pantera acorralada, maniobra que hizo a Julia avanzar a toda velocidad tratando de cortarle el paso. Las dos, simultáneamente, llegaron a aquel estrecho pasillo sellado a un lado por el inmenso rosetón de cristales emplomados de brillantes colores, mientras por el opuesto aparecía la barandilla de piedra que servía de airoso remate al conjunto. Gada intentó empujar a su rival hacia la enorme vidriera, pues sabía que de conseguirlo, los agudos cristales con suerte, le seccionarían el cuello. La agente, sabedora de las intenciones de su antagonista, practicó una llave de kárate sobre el delgado cuerpo de la terrorista, lanzándola con violencia por encima del rocoso barandal. Al comprobar que perdía el equilibrio y ver proyectado su cuerpo por encima de la hilada que conformaba el pretil a modo de remate, trató desesperadamente, de aferrarse al borde de piedra, pero el sillar al que pretendía agarrarse, cedió a causa del fuerte impulso. Por una fracción de segundo, Gada miró con incredulidad a su enemiga, arañando con sus uñas angustiosamente el canto rugoso para buscar un asidero imposible, en tanto veía como la que creía su propia piedra salvadora, se desprendía de la balaustrada, cayendo sobre su cabeza. Por un instante, al ver a su enemiga en aquella denodada situación, flotando en el vacío, a muchos metros de altura, Julia intentó sostenerla por el brazo, pero ya Gada en un escorzo trágico, se precipitaba, retorciéndose en el aire como un ave a la que de pronto, habían cercenado las alas.

La agente, con lentitud, asomó su cabeza sobre el hueco que había dejado la balconada y pudo ver la silueta vestida de negro de su contrincante, suspendida en la fronda de uno de los naranjos alineados en el patio a muchos metros por debajo de donde ella estaba. Como testigo mudo, la gran torre, cuya filigrana bañada por la luna llena, se elevaba imponente a su lado. Fijó su mirada con atención y pudo divisar cómo una de las recias ramas del árbol, había ensartado el cuerpo de la infeliz de lado a lado, dejando un rastro teñido de rojo sobre las verdes hojas, mientras un sinfín de gotas carmesíes salpicaban a sus nacaradas flores de azahar. Aquella joven agraciada,pese a su crueldad y aparente fragilidad, había dejado de existir. Julia no pudo evitar a la par, que un sentimiento de tristeza, experimentar al mismo tiempo, una sensación de alivio, pues bien había podido sufrir en sí misma, las perversas intenciones con las que pretendía

masacrar a los fieles presentes en el interior de la Catedral y que igualmente, podría haber sido ella, la que yaciera inerte, atravesada sobre la copa de aquel árbol.

* * *

Tiempo atrás, con la llegada de sus amigos y durante la celebración de los Oficios, Julia no había perdido un ápice de cuanto se movía en derredor de sus dos acompañantes, ajenas a la tragedia y cuando el médico decidió que tenía que marcharse, pretextó una excusa para ir con él y manifestar que se encontraba algo indispuesta. Así de paso, podría recorrer otras zonas del recinto que debía vigilar. Continuamente miraba la hora y cuando sonaron cadenciosas las solemnes campanadas de las seis de la tarde, decidió que era el momento de alertar a sus hombres y emprender la búsqueda de Daniel sin más dilación. Con cuidado, para no ser observada, se encaminó a la pequeña capilla junto a la puerta principal y tras cerciorarse que nadie reparaba en ella, penetró en el recinto, bajando con rapidez las sinuosas escaleras, localizando con relativa facilidad a Gallagher y a Brown e inquiriéndoles si tenían alguna última novedad sobre el paradero de Cormack, a lo que ambos respondieron negativamente.

—Hemos de entrar en el segundo sótano para localizarlo y tratar de cubrirle, si está en peligro —ordenó Julia concisamente.

—De acuerdo, tú mandas, pero creo que deberíamos esperar a Kittel.

—Ya le he puesto un mensaje y estará al llegar. Entre los cuatro debemos bastarnos para acabar con el grupo, pese a que nos superen en número.

Al cabo de unos minutos, al fin apareció su compañero.

—Tenemos que bajar al siguiente nivel y ante todo dar con el paradero de Daniel —repitió Julia al recién llegado, con cierta premura pues veía que el tiempo pasaba y no estaba claro que pudieran neutralizar el peligro.

Con extrema minuciosidad, recorrieron todo el espacio inmenso que se les ofrecía ante ellos, pero después de un largo rato, no pudieron localizar pista alguna ni del comando ni del propio Daniel Cormack. ¿Cómo era posible que hubieran desaparecido sin dejar ningún rastro? Con inquietud, la agente indicó a sus tres subordinados que volvieran a revisar palmo a palmo todo el recinto, utilizando sus visores, mientras ella, volvería arriba por si detectaba algo que pudiera arrojar luz sobre ese enigma incomprensible, incluso sonsacando si era preciso, al propio personal de la Catedral. Empero, nadie supo darle la más mínimo indicio sobre lo que se ocultaba bajo ellos, mientras veía con angustia que se encontraba atada de pies y manos e impotente para poder actuar, máxime contra un enemigo invisible y un amigo que parecía que lo había engullido la oscuridad que reinaba en esos lóbregos fondos. Claro está que eso era lo que, en el sentido literal había ocurrido, pues ni ella ni sus hombres descubrieron el mausoleo, bajo cuya tapa de piedra del fondo se abría la entrada al inconmensurable y desconocido espacio en el más profundo subsuelo. Por un momento, estuvo tentada de llamar a su jefe para confesarle su impotencia, pero algo le decía que debía insistir y tratar de llegar al fondo de lo ocurrido. El reloj seguía su implacable marcha, cuando decidió bajar de nuevo para inquirir novedades, a su equipo apostado en el nivel inferior, encontrándose en ese momento, con aquella mujer que empuñaba un arma, que se disponía a entrar en el recinto sagrado con la aviesa intención de masacrar a todo el que se le pusiera por delante.

Tras su cruenta lucha sin cuartel, Julia corroboraba que algo grave debía haber acaecido en

aquellas profundidades, ante el hecho de comprobar que la guerrillera atravesó las líneas establecidas por sus hombres y casi a punto estuvo de conseguir acceder a la superficie. Por ello, con toda la rapidez que le permitía el sinuoso trazado de las escaleras de caracol, descendió desde lo más alto de las cubiertas góticas, hasta alcanzar de nuevo al segundo sótano, al que llegó apenas sin resuello. Empezó la búsqueda de sus compañeros, sobrecogiéndose al descubrir el cuerpo sin vida de su camarada Ted. Tocó su cuello comprobando que estaba frío y sin pulso. Empuñó su arma y siguió casi reptando por la siguiente fila de túmulos, cuando creyó percibir una respiración agitada. Se detuvo, prestando atención. Efectivamente era como si alguien jadease con dificultad, pero no sabía si podría ser amigo o enemigo, aunque debía identificarlo. Asomó con cuidado la cabeza tras una de las lápidas y vio el reflejo de cristales de unas gafas. Sin duda se trataba de otro miembro del equipo, lo que le hizo acercarse con precaución, descubriendo cómo el agente Gallagher, apretaba su pierna ensangrentada, tratando de impedir la hemorragia.

—¿Qué ha pasado, Nick?

—Nos han sorprendido y creo que Ted ha corrido peor suerte, pese a que tengo la certeza que hemos acabado con uno de ellos.

—¿Y Robert?

Salió tras la pista de otro de los atacantes, pero no le he visto regresar.

—Te sacaré de aquí, como sea, no puedes seguir así —diciendo esto, se echó al hombro el brazo de su compañero, intentando incorporarlo.

Con dificultad, fueron hacia la escalera, apoyando el hombre su otra mano en el áspero muro, para intentar aliviar el peso que soportaba Julia. Cuando llegaron a la superficie, descansaron en el suelo, apoyando el hombre su espalda en la pared, mientras ella le practicaba un torniquete por encima de los orificios de bala, para atenuar la hemorragia.

—Llamaré a nuestro equipo de apoyo, ya que como comentó Cyrus, nos deben prestar cobertura.

Con toda rapidez estableció conexión con Donovan exponiéndole sucintamente la situación. Al cabo de unos minutos, apareció la silueta de un hombre fornido, al que enseguida reconoció y por el que había sentido hacía tiempo, una especial inclinación. Le notaba más envejecido y con unas ojeras que antes no tenía. El saludo fue distante y profesional, desviando Richard la mirada que, penetrante, le dirigió la que fuera su alumna.

—Hola Richard, debemos evacuarlo con la máxima discreción y llevarle a un hospital que sea seguro —dijo Julia con frialdad, señalando a su agente.

—Me alegro de verte Julia… después de tanto tiempo —respondió Richard Aldridge, al que ella conociera en principio como Smith.

—No hay tiempo para charlas, tenemos que continuar nuestra misión. Hay otro compañero asesinado abajo, pero no hay tiempo para extraerlo. Debo localizar la situación del agente Cormack con la máxima urgencia.

—De acuerdo —añadió el recién llegado con resolución— se hará como dices. Después, si hay ocasión y no hemos volado por los aires, procederemos a llevárnoslo. En caso contrario, dará todo igual. Nosotros nos encargaremos de vigilar el perímetro exterior, para evitar que no se nos escabullan esas sabandijas.

Julia O’Neill con un sucinto —suerte—dio la espalda al que fuera su instructor, regresando a toda velocidad a las profundidades, de las que empezaba a pensar que tantos secretos guardaban.

Eran casi las dos de la madrugada, lo que hacía que salvo que ocurriese un milagro, el fin de

una gran parte de la Ciudad estaba inexorablemente escrito. Apenas quedaban **dos horas**. Pensó en dar la voz de alarma a sus amigas y ponerlas sobre aviso, pero ello acarrearía una cascada de miedos incontrolados que producirían una huida a la desesperada con una masa de gentes inocentes, llenas de pavor lo que originaría un aluvión de imprevisibles consecuencias. Apretó los dientes con rabia, aferrándose a la idea que aún había tiempo para acabar con aquellos bastardos y estaba dispuesta a morir en el intento. Sí, pero ¿qué hacer?, Por una vez en su vida, se sentía como una fiera enjaulada sin saber bien a donde dirigirse.

* * *

En tanto esa serie de acontecimientos tenían lugar, no muy lejos de allí, Daniel hacía mil cábalas sobre las posibles soluciones para anular la cuenta atrás, pero se sentía incapaz de conseguirlo. Mientras, su encarnizado enemigo, el siniestro Jalil, como una hiena, seguía desde su escondite las maniobras del agente, observando su impotencia para desarmar el artefacto, pese a la situación en la que se encontraba, al haber constatado la existencia de otro enemigo, que como él, sin duda estaba apostado en los alrededores para liquidarle a nada que se moviese y que había sido quién acabara con la vida de su compañero.

Por tanto, consideró que a él le bastaba mantenerse agazapado y simplemente esperar que llegase la hora. No obstante, cuando comprobó lo que el infiel manipulaba en el proyectil, le asaltó la duda de si finalmente, conseguiría desactivarlo y eso no estaba dispuesto a consentirlo bajo ningún concepto, máxime ante el poco tiempo que faltaba para el estallido final. Enfurecido, optó por escrutar los alrededores para comprobar si se vislumbraba la presencia del otro atacante. Cuando creyó cerciorarse que no estaba al menos en la zona más cercana al lugar donde él estaba, decidió que lo mejor sería acercarse hacia aquel empecinado individuo que a toda costa trataba de parar el mecanismo y sencillamente, cortarle el cuello de una vez por todas. Poco a poco salió de su madriguera y se fue arrastrando como una sombra hasta la gran mesa central, comprobando con satisfacción que no había sido descubierto. Con lentitud infinita, como el depredador que era, fue levantando su afilada daga, mirando con fijeza la cabeza de su adversario. En un instante saltó sobre Daniel, que ajeno al peligro, seguía debatiéndose en aquella maraña de cables, relojes y esferas que se movían rítmicamente.

Lo primero y único que sintió Daniel, fue la caída sobre su espalda el pesado fardo del cuerpo vestido de negro, de Jalil al que una potente ráfaga de fusil ametrallador había causado la muerte instantánea, sin percibir de donde venía el fuego que le hizo volar la cabeza en mil pedazos, haciendo saltar sus sesos en todas direcciones, pese a lo cual, no pudo impedir que la daga que sostenía, se clavase en el omoplato del agente del Seseiv.

Daniel, contuvo un grito de dolor y sacando fuerzas de su debilidad, empujó aquel ser casi descabezado, echándolo al suelo y mirando con suma atención a su alrededor, el posible lugar de dónde había provenido esa sarta de proyectiles que le habían salvado una vez más, la vida. Tras breves instantes, una sombra desdibujada pareció adquirir forma, desde el fondo de la galería más alejada. Daniel lo miraba con atención, mientras la oscura silueta se iba agrandando a medida que avanzaba. Su pistola apuntaba hacia aquel recién llegado al que no podía ver la cara, debido a la escasa y oscilante luz que despedían las antorchas. Cuando al final, aquel hombre llegó al salón, soltó un escueto:

—Buenas noches, señor Cormack, ¿qué tal se encuentra? Veo que está herido.

El rostro de Daniel no podía ser más elocuente y mostraba una absoluta sorpresa:

—Pero… ¿qué hace usted aquí Samuel? —inquirió con asombro el agente de SESEIV.

Efectivamente, frente a él, con un fusil automático en la mano aparecía la escueta figura del agente del Mosad, sin que tuviese la más remota idea de cómo había podido llegar hasta allí.

—Es una larga historia señor Cormack y creo que no tenemos mucho tiempo. Solo le diré que sobre estos lugares existe una antigua leyenda de la época de mis ancestros sefardíes que participaron con el Rey Fernando en la Reconquista de Sevilla y al que sirvieron con fidelidad. Siglos después, las cosas cambiaron y tuvieron que partir al destierro. Pero no creo que eso ahora tenga importancia, salvo el fatídico número 1,2,4,8. Además veo que por su aspecto, no es aconsejable que continúe en pie.

Diciendo esto,acercó un sillón para que Daniel pudiese al menos recostarse.

—Tenemos que conseguir interrumpir el mecanismo de este artilugio, pero la verdad es que no doy con el modo de hacerlo —casi gimió Cormack, dirigiéndose al recién llegado.

Al decir estas palabras, miraba por enésima vez las dos frías y aceradas esferas que seguían impasibles, su impersonal movimiento, a la par que las cifras de los dos relojes, marcaban su lento e inexorable descenso. Habían desaparecido los dígitos de las horas y comenzado a marcar tan solo, en minutos y segundos: **cincuenta y nueve minutos, treinta segundos.**

—Amigo mío, debo confesarle que tampoco soy experto en desactivaciones, pero si quiere puede comunicarse a través de este teléfono con su central e intentar buscar quién le pueda orientar.

—Debe decirle que aquí no hay cobertura dado el grosor de estos muros y a la profundidad en la que nos encontramos.

—Ya, lo tenemos previsto y hemos instalado un pequeño amplificador cerca de aquí, en la planta anterior, para que pueda llegar el audio. No se preocupe, ninguno de mis hombres ha descubierto este nivel, ni tienen constancia de su existencia.

Decididamente aquel hombrecillo resultaba digno de admiración, aunque no era el momento de extenderse en agradecimientos y coloquios innecesarios.

—De acuerdo, intentaré conectar con la agente O’Neill para que nos comunique con su Departamento. Allí tal vez, sepan qué hacer.

—Sin duda —respondió Bloch, con un cierto tono de escepticismo—. Los dedos de Daniel teclearon con vehemencia el sofisticado transmisor, marcando la clave que mantenía con su compañera.

—Julia, tengo ante mí a Samuel Bloch, no me preguntes el por qué, pero a través de este teléfono, puedo hablar contigo, pese al lugar en la que nos encontramos.

La voz de Daniel se entrecortaba, debido al esfuerzo que debía realizar por la pérdida de sangre que seguían manando sus heridas, agravadas por el tajo que la daga de Jalil, le había proferido in extremis.

—Debes contactar con tus superiores y que un experto en este tipo de armamento, me haga saber qué es lo que debo hacer.

—De acuerdo, ahora mismo establezco la comunicación, pero para ello, he de hacerlo desde mi apartamento donde tengo la terminal, tardo dos minutos en llegar. Por favor, mantente a la espera.

Nunca Julia pensaba que había corrido tan velozmente. Pasó como una exhalación, por en medio del reguero de nazarenos negros que en ese momento entraban en silencio en la Catedral. Al salir a la avenida, reparó que para entrar en su casa había unas barandas recubiertas de

colgaduras rojas. Sin entretenerse a buscar el pasillo, de un ágil salto, pese a lo ceñido de su falda, la rebasó por encima de la valla. Ante ella, en primera fila, un orondo personaje de cierta edad, y cara redondeada abrió la boca como tragando aire, al ver aquellas largas y estilizadas piernas que fugazmente estuvieron a unos centímetros de su rostro. Sin reparar en este detalle, la joven siguió a toda velocidad hacia el interior del pasaje, subiendo a su casa con la llave que guardaba en su pequeño y disimulado bolsillo junto al teléfono convencional a cuyo otro extremo la esperaba Daniel impaciente. Jadeante, una vez dentro, marcó en su comunicador la clave de su jefe en Langley y puso los dos teléfonos en línea para una conversación a tres.

—Cyrus, al fin hemos dado con la bomba. Necesitamos con la máxima urgencia que un técnico transmita a Daniel las pautas para su desactivación.

—Ok, Julia, esa es una fantástica noticia. Lo traeremos al instante, pero dime, ¿dónde la habéis localizado?

—Ha sido Daniel Cormack, quien ahora se encuentra en los sótanos de la Catedral y trata de interrumpir el sistema de ignición que la activa. Es necesario que tu hombre nos oriente cuanto antes o volaremos todos.

—Ya. Estamos en ello. ¿Puedo hablar directamente con él?

—Sí,—respondió Daniel—estoy a la escucha, en compañía de Samuel Bloch, quien ha sido el que me ha facilitado la comunicación. Es imprescindible actuar ya, pues sólo disponemos de escasos minutos.

—¿Cómo, quiere decir que sabéis con exactitud cuándo va a explosionar?

—Por supuesto, será a las 4,00 hora local. Ahí deben ser ahora las 21,12 horas, por lo que contamos únicamente con **cuarenta y ocho minutos**.

—El especialista que viene, tiene prioridad uno y lo traen escoltado por varios agentes motorizados desde uno de nuestros centros próximos. No creo que tarde más de cinco o seis minutos a lo sumo. —respondió Donovan, plenamente consciente del grado extremo de tensión en el que se encontraban— ¿Cuál es la situación ahí?

—El jefe de los guerrilleros ha sido abatido por Bloch, el agente del Mosad y de los otros, uno lo he podido neutralizar directamente, en tanto que los otros han desaparecido entre el dédalo de pasadizos que componen estos sótanos.

—Yo por mi parte —añadió Julia—, he tenido un encuentro con la mujer que los acompañaba, quien finalmente se ha precipitado al vacío desde las azoteas de la Catedral. Mis compañeros han acabado al parecer con otros dos. El equipo de extracción conoce la situación y debe actuar con rapidez.

—Entonces se puede decir que tenéis controlado a todos los terroristas ¿no? —exclamó Donovan con cierto alivio.

—Diría que sí, pero con el pequeño detalle que la cuenta atrás de la bomba sigue su curso sin que nada la detenga —matizó Daniel, con voz tranquila, pese a lo desesperado del momento.

—Aquí está por fin, el técnico que os ayudará —exclamó Cyrus.

—Por favor, soy Jim McCloskey, ¿pueden indicarme de qué artilugio estamos hablando?

—Ya tenéis esos datos —rugió de nuevo Donovan—¿No os consta?

—Sí señor, pero es fundamental que el agente nos lo corrobore.

Daniel le hizo una somera descripción del proyectil con todas sus características externas esenciales, número de serie y datos que aparecían en la carcasa.

—Está claro, le confirmo que se trata de un arma antigua de la armada rusa —comentó el recién llegado, repasando un grueso manual soviético.

—Ya, pero eso no impide que sus efectos sean igual de devastadores que otro cualquiera —interrumpió Daniel con cierta violencia, pese a que ya la vista se le iba nublando e iba perdiendo incluso la noción.

—De acuerdo, descríbame el cuadro y posición de la carcasa exterior.

Daniel, intentando hacer un esfuerzo supremo de concentración, trató de explicarle con detalle todo cuanto aparecía ante sus ojos: los cables de diferentes tonalidades, las esferas, la pequeña caja negra que conectaba el sistema, etc. Por último añadió con desesperación:

—Nos quedan tan sólo **treinta y un minutos con diez segundos.**

—Procure guardar la calma. Primero, desatornille la tapa de la caja distribuidora donde están los cables. ¿Dispone de herramientas para ello?

—Sí, pero no sé si en mi estado podré hacerlo —volviéndose a Samuel, le instó— ¿puede ayudarme, Samuel?

—Sin duda amigo mío. Esto es en bien de todos.

Se fue acercando, soltando el arma sobre el sillón en el que se sentara Cormack. En ese instante, el afilado cañón de un AK-47, apareció tras la barricada de sillones que aparecía al fondo del gran salón y del que Daniel no se había vuelto a acordar. Sonó un solo disparo, que impactó de lleno en el pecho del pequeño hombrecillo, que se desplomó sobre uno de los sillones, con un gesto de incredulidad, reflejado en el rostro. Daniel se revolvió con rabia, pues cayó en la cuenta que allí se escondía el moribundo, quien al parecer aún había tenido fuerzas para empuñar su arma. Disparó con furia su revolver hasta vaciar el cargador, notando cómo se retorcía en el pavimento definitivamente su cobarde adversario. Con esfuerzo, trató de acercarse al agente del Mosad, que le miraba con la vista perdida y los ojos vidriosos.

—¿Cómo es posible? —balbuceó con un hilo de voz— Me estoy haciendo viejo para estos menesteres y nunca debía haberlo dejado pasar por alto. Le reitero mi promesa que nadie, incluido mi equipo, integrado en el DAP[62] conoce este ignoto lugar y que creo que a todos interesa que siga guardando sus secretos. Puede confiar en mi palabra —añadió con un estertor que hizo temblar su enjuto cuerpo—.Quiero… decirle… que ha sido un placer trabajar en la sombra con usted, desde que el Knêset me dio la orden de seguirle e intentar colaborar con usted…El Meglan[63] que nombré, siempre ha estado presto a colaborar con su misión… Me hubiese gustado descubrir los secretos que guardan estas profundidades...

Las últimas palabras apenas fueron audibles, cuando su cabeza se reclinó sobre el pecho y sus brazos cayeron exánimes a lo largo de su cuerpo. Samuel Bloch, era ya solo una página de la secreta historia del Mosad. Nadie lo recordaría, ni nadie hablaría ya jamás de él, sería una tumba más sin nombre, en las colinas que jalonan las proximidades del Monte de los Olivos en Jerusalén, si es que antes no volaban por los aires en pleno corazón de Sevilla. Con cuidado, Daniel lo dejó caer lentamente en el frío pavimento y trató de sobreponerse al afecto que pese a todo, había llegado a experimentar por aquel enigmático hombrecillo. De pronto cayó en la cuenta de la situación y gritó a través del teléfono:

—Hemos sido atacados y Bloch acaba de morir, al igual que el último de los malditos guerrilleros. Estoy a la espera de vuestras instrucciones.

Durante un segundo, nadie habló al otro extremo de la línea. Fue Julia, la que con ansiedad, finalmente intervino:

—Por favor, indicadnos qué hacer, nos quedan de vida tan solo **veinticuatro minutos y unos pocos segundos.**

—Ya, perdona, estábamos en la tapa de la carcasa —musitó Jim con voz entrecortada—. Procura abrirla lo antes posible.

Daniel cogió otro grupo de atornilladores y empezó febrilmente a probarlos, hasta que finalmente uno se ajustaba a la cabeza de los cierres. Los fue soltando con suma dificultad pues su pulso era cada vez más inestable y la vista se le volvía borrosa por momentos. Cuando hubo acabado, retiró la pequeña tapa negra donde se apreciaban hasta seis cables conectados.

—¿Qué tengo que hacer? —susurró Cormack.

—Ahora debes mirar a qué esferas van cada uno de ellos.

Daniel intentó identificar las conexiones hasta donde desaparecían bajo las esferas metálicas, comprobando que eran cuatro a la primera y dos a la segunda.

—Eso quiere decir que alguien ha trucado los empalmes para hacer más diabólicamente difícil parar el proceso —la voz del técnico dejaba traslucir un tono de preocupación que no pasó desapercibido a ninguno de los que le oían. Debo sugerirte que tendrás que probar las series y observar si los dígitos de los relojes sufren alguna alteración.

—Lo que me estás insinuando es como si me invitaras a jugar a la ruleta rusa, donde si pierdo no hay vuelta atrás —gritó Daniel, aunque en realidad fue un lamento en voz baja y entrecortada lo que se oyó.

—Siento decirte que es así y que no contamos con tiempo para otras vías que nos permitan detener las agujas de iones que son las que provocarán la explosión. Sólo tienes lamentablemente esta única oportunidad.

—Y todo eso en tan sólo los **doce minutos y cuarenta y dos segundos** que disponemos para respirar por última vez. Lo intentaré, no te quepa la menor duda, pero si ya dejas de oírme, sabrás que todo ha acabado.

—Daniel, eres un valiente y estoy seguro que lo puedes lograr con todas tus fuerzas —la voz de Cyrus Donovan, nunca había sonado tan solemne y sincera como en aquella ocasión—. Danos cuenta paso a paso, de todo lo que vayas observando, pero tienes por todos los diablos, que conseguirlo.

Los dedos de Daniel, se introdujeron bajo aquellos globos metálicos que pese a la relativa oscuridad del entorno, brillaban reflejando sus destellos, la numeración de los dos relojes. Tocó el primero de los cables, tanteando con la yema de sus dos dedos, y a continuación tirar con suavidad para ver si se desprendía de su cogida, pero no se movió y tampoco ninguna de las dos numeraciones sufrió alteración alguna. Así, uno tras otro, fue palpando los otros tres restantes de la esfera de la izquierda con idéntico resultado.

—Los cuatro cables de la izquierda se mantienen firmes en sus cogidas —murmuró Daniel, con un hilo de voz—. Ahora iré a los del lado derecho.

El primero que palpó, hizo que la iluminación del reloj situado junto a esa esfera, iniciara un ligero parpadeo. Lo soltó con rapidez y se lo hizo saber a McCloskey.

—Bueno eso quiere decir que el par de la alimentación arranca del circuito primario.

—¿Me lo podrías traducir?

—Perdón Daniel, quiero aclarar que si la corriente que dimana de la esfera de la derecha va conectada al circuito principal, es a todas luces una pequeña trampa y que si logras cortar uno de los cables del circuito secundario, es decir del lado izquierdo, probablemente conseguirías que se interrumpiese la cuenta.

—¿Has dicho «probablemente»? —respondió Daniel, recalcando el vocablo.

—Así es. En nuestras circunstancias y cuando todo apunta que el mecanismo esconde una

trampa, no queda más remedio que intentar dar con el cable que corte la corriente. Debes soltar el que ha parpadeado con uno que elijas de los otros cuatro.

—Eso supone un 75% de posibilidades de error.

—No necesariamente. Tal vez debes intentar ir tocando el cable maestro, que ha parpadeado con cada uno de los secundarios. Es posible que eso pueda darte alguna pista para identificar cuál es el correcto.

—Ya, pero para esa verificación, apenas quedan **siete minutos** escasos.

—Por favor Daniel, te lo imploro, inténtalo con todas tus fuerzas —intervino Julia que hasta ese momento había permanecido en silencio, pero que ya no podía contenerse por más tiempo.

Al oír la voz de Julia con la que tantas sensaciones había experimentado, Daniel, sintió como un hálito parecía renovar sus energías, que le llevaba a probar aquella suerte de lotería en la que se veía abocado sin remedio, porque era plenamente consciente que la vida de ella también dependía de su propio destino. Por una fracción de segundo, pensó en aquel rostro, rozando el suyo y que su suerte dependía de lo que él fuese capaz de lograr, para neutralizar aquel diabólico engendro maléfico. Con renovados bríos, pese a su precario estado, comenzó a tensar los fatídicos cables, tratando de percibir alguna sensación que le llevase a pensar cuál era el que debería cortar. Los minutos pasaban con una velocidad de vértigo y por más que lo intentaba una y otra vez no lograba que ninguno de los cuatro respondiese a la señal que el primario lanzaba.

—No es posible. Ninguno se acopla a la señal —murmuró Daniel, como dando por perdida la partida.

—En ese caso, tan solo resta que te dejes llevar por tu instinto y procedas a cortar el que consideres que es el correcto. Lamento muchísimo solo poder ofrecerte esta opinión como única alternativa, pero dado el tiempo con el que contamos no existe otra —la voz del especialista expresaba todo el pesar de su propia impotencia.

—Esto no puede estar pasando —farfullaba Donovan, paseando inquieto—. Está en juego la suerte de toda una Ciudad y la vida de cientos de miles de personas. ¡¡¡Canallas!!! Ni aunque murieran mil veces pagarían su maldad. ¿Qué se te ocurre Jim? ¡¡¡ Haz algo!!!

—Lamento decirle que hemos llegado hasta donde hemos podido y más, pero no alcanzamos a hacer otra cosa. Ojalá fuese yo quien estuviese allí.

—Por Dios, Jefe les quedan apenas **tres minutos**. —exclamó Bill Jones que ya no sabía dónde poner sus manos sobre el teclado— ¡Sólo ciento ochenta segundos!

Al cabo de un silencio que nadie de los tres que estaban en línea se atrevía a romper, la voz de Daniel se oyó con una sorprendente serenidad.

—Julia, ha sido un auténtico placer trabajar contigo y casi lo habíamos conseguido. Lamento infinito no haber podido salvar tantas vidas humanas, pero a falta de **tan sólo de un minuto y veinte segundos**, me siento incapaz de jugármelo todo al azar. Prefiero tener confianza en Dios y aferrarme a lo que el destino nos tenga reservado. Señor Donovan, le ruego transmita a mi jefe que lo he intentado con todas mis fuerzas. Ojalá sepa perdonarme no haberlo conseguido y le pido que comuniquen a mi madre y a mi hermana que siempre las querré.

—Daniel, haga algo, siquiera le quedará la certeza que lo ha intentado hasta el último instante —suplicó Cyrus sin saber muy bien qué decía.

—No, señor Donovan, no puedo jugar con la vida de tantísimas criaturas como si fuera una partida de póker. Prefiero dejarlo en manos de Dios. Al fin y al cabo son ya únicamente segundos los que nos restan de comunicación. Adiós Julia mi último recuerdo será siempre para ti.

Daniel Cormack, exhausto y ensangrentado, cayó sobre el armazón del proyectil, en tanto miraba el cuerpo sin vida de Samuel Bloch al que siempre agradecería su colaboración, pese a sus desencuentros, pero también su agradecimiento por haber intentado salvarle la vida hasta el último instante. Prefirió llegado el momento final, iniciar una oración mientras contemplaba cómo el segundero avanzaba insensible, hacia el punto cero.

—**Siete, seis, cinco** —cerró los párpados con resignación e imploró al Cielo y a aquélla Virgen del Subterráneo, cuya advocación tanto llamara su atención, entre la multitud de nombres marianos que su amigo Ángel le había desvelado que se dan en Sevilla y con la que desde el principio, se identificó en sus momentos de extrema dificultad y riesgo que padeció en su travesía por aquellos profundos e ignotos lugares. A Ella le imploró que hiciese un milagro y salvase a toda esa multitud de inocentes que ajenos, participaban en las solemnes y singulares celebraciones en su honor y en el de su Hijo, metros más arriba— **cuatro, tres, dos, uno...**

El silencio que siguió fue absoluto. Daniel al cabo de unos instantes, abrió los ojos mirando con incredulidad los marcadores digitales, preguntándose si se trataba de un mero retraso y que enseguida desaparecerían. Pero no, pudo comprobar que los dos relojes se habían detenido al unísono y el sistema permanecía mudo. El joven, por un momento, pensó si ya se habría producido todo y sin embargo él conservaba la imagen del instante anterior como si el tiempo se hubiese paralizado, pero comprobó que la realidad no era esa. Remiró las esferas de la fatídica cuenta atrás, descubriendo cómo el reloj de la derecha, el llamado primario, marcaba las 4,00,00. Mientras que el de la izquierda y con sorpresa, pudo constatar que existía un segundo de diferencia, pues señalaba las 3,59,59. ¿Qué quería decir aquello?

En ese momento, sonó la voz de Julia.

—¿Daniel, nos hemos salvado? ¿Qué ha pasado?

—Los marcadores sincronizados, al parecer, guardan un segundo de diferencia, por lo que la ignición no se ha producido. No me preguntes por qué, pues no tengo la más mínima idea —jadeó con voz apenas audible.

—¡Daniel, lo ha logrado y no sé cómo demonios lo ha conseguido! —la voz de Donovan, atronaba el gran salón a través del pequeño micro, en tanto que Bill, presa de los nervios, saltaba con su gruesa humanidad, alzando los brazos al aire, sin ser consciente de lo ridícula que podría resultar su explosión de júbilo a los ojos de un ajeno.

—Tal vez su técnico pueda aclarar algo —respondió Daniel, llevándose la mano al pecho, mientras sin fuerzas, resbalaba de nuevo al suelo.

—Quiero pensar y se trata de una mera hipótesis, que quien pusiera en marcha la cuenta atrás, verdaderamente quería evitar que se produjese esa catástrofe. Sólo un experto podría lograr algo así, desincronizando los dos mecanismos para que no percutieran simultáneamente sobre la masa de iones. Quién lo haya hecho es un verdadero conocedor del sistema, para lograr que, aparentemente la cuenta siguiera su curso y no se percibiera nadie del desfase — Jim McCloskey se detuvo durante unos momentos, para, a continuación, revelar lo que sus deducciones le hacían suponer—. Ahora debo confesarle señor Cormack —aquí volvió a recuperar el tratamiento que había obviado en los minutos anteriores—, que si hubiese cortado algún cable, automáticamente hubiese anulado el desfase y la bomba habría estallado indefectiblemente. Debo felicitarle por su intuición pues gracias a su firme convicción, ha salvado a toda esa ciudad.

Desde el suelo, Daniel, oía esas palabras cada vez de modo más confuso, dada la pérdida de conciencia que le invadía. Por un momento se imaginó como el héroe de tantas películas, donde el protagonista, en el último suspiro, corta el cable adecuado. Pero él no se sentía nada parecido a

esos personajes de ficción, salvo su confianza en Dios y en aquella bella Imagen Dolorosa que parecía velar por esos ignorados subterráneos, sintiéndose incapaz de reunir las fuerzas suficientes para salir por sus propios medios del lugar donde se encontraba. Volvió la mirada al cuerpo inmóvil del ruso, que a todas luces era el científico que había armado el terrible artilugio y sin saberlo a ciencia cierta, le agradeció su astucia para burlar a sus enemigos y al mismo tiempo evitar un cataclismo de semejante magnitud. La mirada del eslavo, perdida hacia lo más alto de la bóveda, reflejaba toda la incredulidad por la inesperada y mortal respuesta de la que hasta ese instante, había creído su amada a la que pretendía salvar. A su lado, contempló el cadáver del israelí, que a su modo, de tanta ayuda le había sido, incluso en su postrer momento, hasta dejarse la propia vida. Casi sin quererlo, rememoró cuán importantes y trascendentales habían sido los momentos que había vivido ese gran Salón del Trono, no sólo a lo largo de su historia de siglos, sino en estas últimas y frenéticas horas. Esos pensamientos fueron interrumpidos por las palabras de Julia, resonando impacientes:

—Es preciso que salgas de ahí y vengas a casa para poder curarte. O dime como encontrarte e iré por ti —suplicaba la joven.

Daniel, recobró algo la conciencia y sabía que a toda costa debía abandonar aquel lugar para impedir que nadie entrase y descubriese el secreto que guardaba y que casi tan milagrosamente había podido preservarse oculto e ignoto. De este modo, podría inventar una excusa y decir que estaban en algún lugar desconocido, pero siempre dentro del segundo nivel. Sacó el último aliento de sus malheridos pulmones, dirigiendo una mirada postrera a aquel lugar y a los cuerpos que inmóviles, parecían contemplarle: Samuel Bloch, aquel ruso salvador y desconocido, el terrorista al que llamaban Jalil, el otro sicario cuyo nombre ignoraba y el último agazapado al fondo de la singular estancia real, que pese a estar moribundo, cercenara la vida del que había sido indirectamente su protector desde que estuviera en la lejana Erbil. Penosamente, se fue arrastrando por la galería de entrada, que se le hizo eterna, rebasando los dos espacios siguientes, hasta llegar al gran sepulcro que servía de entrada, mientras un reguero de gotas de sangre quedaba tras de sí. Una vez alcanzó el interior de la fosa, desesperaba de reunir las fuerzas suficientes para superar la altura de sus paredes. En ese momento, por encima de su cabeza, apareció un rostro que al momento le resultó familiar.

—Buenas noches, señor Cormack. Veo que está malherido. No se preocupe, le ayudaré a salir.

—¿Es usted? ¿qué está haciendo aquí? ¿cómo ha dado con este lugar? —exclamó Daniel Cormack en el colmo del asombro mirando aquel redondeado rostro con gafas de concha.

—La historia es un poco larga y se la explicaré con gusto más adelante. Ahora creo que dado su estado, lo prioritario es llevarlo a algún hospital —respondió Albano Rodríguez, el Comisario de policía que facilitase la entrada a Daniel en los sótanos junto al templo romano—. Tan solo le diré para su tranquilidad que soy, en cierto modo, el continuador de don Emilio García de Benavente, en ese pequeño grupo heredero de los Nueves Duques. Por tanto no debe recelar de mi presencia en estos lugares. Recibí aviso de don Ulpiano, sabedor de la amenaza que se cernía sobre nuestra ciudad y me instó, tras mi juramento de silencio, a que tratase de ayudarle en la medida de lo posible.

—Es usted como un ángel caído del cielo. Se lo agradezco y sólo le ruego que me ayude alcanzar la entrada de la Catedral.

—En su estado no sé si será capaz de dar un paso más, pero cumpliré sus indicaciones y ya hablaremos más adelante sobre todo lo acaecido.

—Ya le dije que algún día deberíamos hacerlo.

Pese a la diferencia de estatura, y complexión, el Comisario cogió a Daniel, echando su brazo sano sobre su hombro y tratando que avanzara de la mejor manera posible, La subida de las dos escaleras fue particularmente penosa, mientras la cara del joven agente se tornaba más y más lívida y los ojos se volvían vidriosos, con un rictus de muerte impreso en sus pómulos. Nada parecido a aquél joven vigoroso y atlético de horas antes. Cuando al fin llegaron al interior de la Catedral, ante ellos, ajenos a la tragedia que podía haberse desencadenado, las largas filas de negros penitentes, habían dado paso a otro reguero de nazarenos de túnicas y airosas capas de merino con morados antifaces. En medio de ese bullicio, los dos hombres trataron de pasar más desapercibidos si cabe y al llegar ante el arco de la puerta de entrada, Daniel le dio las gracias a su salvador y le instó que dado su cargo y nueva responsabilidad como continuador del gran arcano, debía tratar de hacer desaparecer cualquier vestigio de todo lo acaecido en aquellos lugares. Particularmente le rogó que el cadáver de Samuel Bloch fuese entregado a sus hombres y repatriado a Israel en el más completo sigilo. Así como ver la forma de hacer desaparecer el artefacto que había estado a punto de borrar del mapa a la ciudad de Sevilla.

—Además —añadió—según tengo entendido, es necesario que ordene la retirada también del cuerpo de la terrorista que debe estar suspendido en las frondas de unos árboles en el antiguo patio de abluciones, salvo que ya lo haya realizado el equipo de extracción americano.

—No se preocupe señor Cormack, que me pongo a la tarea inmediatamente. ¿Podrá llegar solo?

—Debo intentarlo don Albano. Infinitas gracias por todo.

Daniel avanzó penosamente, agarrándose a las sillas totalmente ocupadas de público, mientras un sujeto regordete, sentado en la primera fila, lo miraba con curiosidad y asombro al reparar en sus heridas. Cuando al fin, llegó al portal de Julia, sosteniéndose a duras penas en el quicio de la puerta del ascensor, llamó y tuvo un último reflejo de tocar el pulsador de la planta donde vivía la agente norteamericana, cayendo sin conocimiento a continuación en la cabina.

Julia, al ver que nadie llegaba al piso, aún enfundada en su negro vestido, salió al rellano, percibiendo la luz del elevador. Abrió la puerta, encontrándose a Daniel, hecho un ovillo, sin sentido en el suelo, mientras la sangre le seguía brotando, cada vez con menos intensidad del pecho y espalda. Lo agarró con todas sus fuerzas, llevándole hasta el lecho, en el que le parecía mentira haber vivido una situación tan distinta pocas horas antes con aquel mismo hombre, entonces pletórico de vida y ahora moribundo en sus brazos.

Las lágrimas brotaron de sus ojos incontenibles, sin saber qué hacer ni a quién dirigirse, agradeciéndole a su amado infinitamente, la gesta que había permitido salvar nada menos que a toda una ciudad y sus inocentes habitantes.

61 Atomic Demolition Munition, de clase pequeña, equivalente a un kilotón. Ya reseñado en otro capítulo anterior.
62 Departamento de Acción Política, donde al jefe se le conoce como katsas.
63 Nombre que reciben los llamados comandos profundos al servicio del FDI.

CAPITULO XXXIII:
TAL VEZ

Aquel hombre de mediana estatura, tez morena, espesa barba y abundante cabellera negra ensortijada, se había detenido delante de la recepción del hotel Al-Yaraf, esperando pacientemente, mientras la empleada, tecleaba con rapidez la emisión de varias facturas de distintas habitaciones, cotejando los datos con las tarjetas de crédito que se extendían en el mostrador, ante la impaciencia de los huéspedes que pretendían abandonar lo antes posible el establecimiento.

Durante esos minutos, el visitante se dedicó a echar una mirada observadora a la amplísima galería, coronada por una curva cristalera de medio punto, que airosamente remataba el conjunto; en tanto que el pavimento, adornado con distintos tonos de mármoles, estaban salpicados por unas profusas jardineras con plantas y unas fuentes en las que el sonido de los surtidores de agua, producía una agradable sensación, que no era compartida en absoluto por los que aguardaban impacientes, que les devolvieran sus tarjetas y poder así embarcar sus equipajes en los vehículos que les llevarían a sus destinos.

Por el contrario, aquel sujeto tan sólo portaba un pequeño maletín de viaje y que en ningún momento dejaba de estar en contacto con su pierna. Al cabo de unos minutos, cuando ya el colorista grupo de extranjeros había salido, el hombre se acercó al mostrador, poniendo su pasaporte y su Gold American Express encima de la pulida superficie de mármol rosado.

—¿Señor… Özgür? —titubeó la chica al pronunciarlo, añadiendo seguidamente en inglés— Veo que viene usted de Turquía, sea bienvenido a nuestro hotel. Como sabrá estos días de fiestas en Sevilla, nos tienen prácticamente cubierta la ocupación, por lo que hizo bien en hacernos la reserva con tiempo. ¿Desea una habitación sencilla, no?

—Sí, así hice lo hice constar con el depósito —respondió el sujeto en el mismo idioma, con un acento marcadamente árabe.

—En ese caso, aquí tiene la tarjeta de su estancia y nuestra selección de menús. ¿Desea que le pidamos taxi a alguna hora para ir a la Ciudad?

—Prefiero quedarme en el hotel y descansar, pues sé que en Sevilla celebran sus fiestas religiosas y supongo que habrá mucho ajetreo.

En las cuarenta y ocho horas siguientes, apenas salió de su alojamiento, salvo, por la noche para examinar con detenimiento las amplias terrazas y jardines que se extendían ante la fachada posterior del inmenso edificio. A lo lejos, en el horizonte, se divisaba toda la metrópolis andaluza, iluminada por infinitas farolas que dotaban al conjunto de un áurea dorada. En su centro, destacando como un ascua de luz, se erguía esbelta, su Catedral y la veleta que ingrávida, remataba su singular torre aledaña. Él mientras, con unos prismáticos, observaba con sumo detalle, todo el conjunto y la línea que delimitaba el casco histórico de la gran urbe a cuyo alrededor se extendían las autovías de circunvalación, donde centenares de luces fugaces, daban cuenta del denso tráfico rodado que las colapsaba. Tomó diversas notas y fotografías desde distintos ángulos, encerrándose de nuevo en su aposento.

En la madrugada del jueves, bajó a cenar en el último turno, encontrando el amplio comedor casi desértico. Comprobó que ya eran casi las doce y el personal del comedor iniciaba la retirada del servicio. Se levantó y tras recoger de la habitación,su pequeño equipaje, se dirigió a los

jardines, puso el maletín en un lugar apartado de la vista de intrusos, sacando a continuación los prismáticos y una diminuta grabadora de video, además del móvil. Fue dejando pasar las horas con lentitud y a las tres cuarenta y cinco, tras comprobar que nadie le observaba, montó sobre el pretil la cámara de filmación, orientada hacia la Catedral, en tanto que con el móvil apuntaba en la misma dirección. Sus ojos, impacientes, no separaban la vista del reloj, que lentamente iba desgranando el tiempo de espera, acercándose inexorablemente a las cuatro. Cuando el segundero entró en el último minuto, sus dedos no podían contener la tensión que le invadía, mientras apretaba el botón de encendido para grabar, a la par que disparaba fotos una y otra vez. Sin embargo, el resplandor de las luces y los bulliciosos sonidos que tenuemente llegaban desde la Urbe, no sufrieron la más mínima alteración, provocando un gesto, primero de asombro y de rabia incontrolada después. Nada había alterado aquella estampa serena de Sevilla, ajena a las escenas que aquel sujeto pretendía filmar. Arrojó con rabia la cámara al suelo, que restalló en varios pedazos, guardando el móvil en el bolsillo. Eran ya las cuatro y media pasadas, cuando con furiosa desesperación, decidió encaminarse a la recepción y pedir la cuenta con tono vehemente.

—¿Se marcha a estas horas señor? ¿Ha ocurrido algo? —inquirió el recepcionista con un cierto tono de preocupación—

—¡¡No!! Simplemente debo marcharme y basta. Pídame un taxi.

—Enseguida señor. Tenga su cuenta y le deseo que tenga un buen viaje —finalizó el conserje, mostrando un aire de fría profesionalidad en su voz, al escuchar el acento malhumorado de aquel desagradable huésped.

—Ya en el taxi, dijo al conductor que le llevase al aeropuerto, mientras él del doble fondo del maletín sacó otro pasaporte, de entre los que allí escondía, a nombre de Omar Al-Sabawi y un pasaje de avión a Bruselas. Ese vuelo, lo había reservado, ante la posibilidad remota de que se torciesen los acontecimientos. Verificó la hora de embarque, que era a las seis de la mañana, comprobando que iba con tiempo más que suficiente. Allí le entregarían un nuevo visado para regresar a Oriente Medio. Por un momento, pensó cuál sería su suerte ante la Shura, a la que debería rendir cuentas de su estrepitoso fracaso, a la par que de la pérdida de la enorme cantidad de dinero invertido y principalmente, del destino que corriera el equipo al que con tanta escrupulosidad y cuidado habían encargado acometer la mayor acción terrorista de la historia reciente.

* * *

Mientras, a unos kilómetros, en el centro de la Capital, Julia, presa de la desesperación no pudo evitar romper a llorar mitad de dolor y mitad de rabia al contemplar impotente, a Daniel Cormack, cuyo cuerpo malherido, yacía tendido sobre su lecho, inerte y prácticamente sin pulso, con un rictus cadavérico, escapándosele la vida a borbotones. De repente, recuperó su serenidad, diciéndose a sí misma, que no se podía dejar sustraer por los acontecimientos por muy dolorosos que éstos fueran para ella. Había sido preparada para salvar grandes contingencias e imprevistos de toda índole y debía guardar la calma, ya que el nerviosismo no la conduciría a nada.

Repasó in mente quiénes podrían estar en situación de prestarle ayuda para impedir que muriera en sus brazos el hombre al que amaba y de pronto, le vino a la memoria su amigo médico, el inseparable compañero de María Amparo, Ángel Andrada. Recordó que esa misma

tarde él se había despedido para participar en la procesión de su Hermandad, de la que ahora no sabría decir que nombre tenía, aunque sí, que vestía de negro, según le comentara y que se trataba de las denominadas «serias» de Sevilla. Si, ¿pero cuál? ¿o es que acaso no son todas serias? Su mente bullía en un mar de confusiones, cuando de repente, evocó el nombre de aquel Cristo: Si, sin duda era el del Gólgota. Cogió el programa de mano para ver por dónde iría ahora mismo en su recorrido, comprobando que era la Cofradía que a esas mismas horas debía estar a punto de entrar en la Catedral. Puso un paño húmedo sobre la frente de Daniel y varios apósitos en las heridas y tal y como estaba vestida, se lanzó escaleras abajo para tratar de localizar a su tabla salvadora, en medio de aquel bosque de penitentes. Si algo tenía claro, era su memoria fotográfica para identificar las manos de las personas y creía posible reconocer cómo eran las del amigo de María Amparo. Se trataba nada menos, que de comprobarlas todas, una a una, aunque ella no tenía plena conciencia en esos momentos, de los centenares de nazarenos que suelen participan y la enorme dificultad que conllevaría.

Salió del pasaje a la misma Avenida, por donde rendían Estación las Hermandades en el Templo Mayor, repleta de gentes que admiraban en aquel momento, cómo un bellísimo paso de palio, entre aplausos, hacía su entrada a los solemnes sones de la Marcha Real española. Tras la banda de música, aparecía como una sombra, la severa y silente Cruz de Guía que seguía a continuación, precedida por cuatro espigados nazarenos de negras vestiduras. Viendo el corte de aquellos elegantes penitentes, enfundados en sus túnicas de ruán, a Julia no le cabía duda que era, con toda seguridad, la cofradía de su amigo. Avanzó por el estrecho pasillo que llegaba hasta las primeras filas de sillas, deslizándose entre las numerosas personas que se agolpaban en tan angosto espacio. Al llegar con dificultad a la primera fila, vio cómo le cerraban el paso las vallas recubiertas de pana roja que ya conocía. Sin pensarlo dos veces, decidió salvarlas al igual que hiciera la vez anterior, de un ágil salto, pese a lo inapropiado de su ropa y lo ajustado de su vestido. Pasó al otro lado con facilidad, en tanto que generosamente dejaba al descubierto sus bellas y bien torneadas piernas, detalle que no quedó en modo alguno desapercibido para el sujeto regordete que ocupaba la primera silla junto al pasillo, quien de nuevo tragó saliva, aspirando con fuerza una profunda bocanada de aire, mientras que apretaba instintivamente entre sus dedos el vaso de plástico con café que estaba tomando y que vació íntegro en la pernera del pantalón, sin apenas darse cuenta, hasta que sintió cómo se achicharraba.

Julia, ajena a la escena, se situó en medio de la fila, visualizando con extrema atención, todas y cada una de las manos que sostenían los ocres palermos, cuyas gotas de cera, empezaron a caer sobre los hombros de la hermosa joven, sin que por eso le prestara la menor atención. Prosiguió avanzando vehemente, en sentido contrario a la marcha del cortejo, sin dejar de observarlas todas y cada una, ya portasen cirios, varas ó insignias. Las filas parecían interminables, cuando de pronto, las solemnes andas con la impresionante Imagen del Cristo del Gólgota, se fue acercando con su silente andar pausado y majestuoso, a cuyo frente, dos enlutados personajes con gruesas gafas con montura de concha, daban las órdenes oportunas a los costaleros, lo que le obligó a echarse a un lado, pegada literalmente al vallado que delimitaba el espacio entre el público y la misma procesión.

Al momento, pudo comprobar con desaliento, que detrás del «paso», seguían otras largas hileras de cruces, tras las que aparecía otro reguero de cirios, éstos en color blanco. Por lo que desde el primer nazareno, empezó de nuevo a escrutar las formas de aquellos dedos que sostenían tanto las cruces como los esbeltos hachones de cera o las repujadas varas, mientras las gotas de cera, inmisericordes, seguían cayendo sobre ella, alguna con la osadía de quemarle el

comienzo de aquel agraciado busto, a través de la abertura del escote, a lo que la angustiada joven, pese a la intensa quemazón que sentía, no prestaba la más mínima atención. A lo lejos, vio venir el destellante paso de la Virgen como un ascua de luz, que iluminaba el entorno. Julia sentía que le iba inundando la angustia, al comprobar cómo iban desfilando aquellas oscuras sombras, insensibles a su presencia, mientras sus ojos seguían fijos en el rosario de manos, de las que apenas quedaba una docena de parejas antes de que llegaran las refulgentes andas. Con parsimonia, fueron rebasándola uno a uno, los que aún restaban por pasar, cuando de pronto, detuvo la mirada en el nazareno que ocupaba la cuarta pareja delante de los que conformaban la Presidencia. La diestra extendida sobre el pecho, apoyada sobre el antifaz, mientras que, con la izquierda asía el cirio chorreante de cera. Aquéllas sin duda, eran las de Ángel. Se acercó vehemente, situándose ante el nazareno que sin embargo no desvió la mirada, fija en la silueta del hermano que le precedía. La joven sólo acertó a decir casi en un tenue gemido:

—¡¡Ángel, por Dios, Daniel se muere!!

El nazareno continuó impertérrito su pausado caminar, sin que pareciera haber escuchado las apremiantes palabras de la joven. Ella entonces le agarró del brazo, insistiéndole con toda su alma:

—¡¡Te lo ruego, no dejes que muera. Tú eres el único que puedes salvarle ….¡!Estoy segura que Dios sabrá perdonarte que, como médico, no termines tu Estación, pero es su vida... — susurró en un postrer y angustioso gemido.

Las últimas palabras, parecieron hacer efecto en aquella silenciosa silueta, que apartó la mirada y a través de los ojos del antifaz, la dirigió hacia quien le hablaba de manera tan apremiante. Bajó el cirio del cuadril y con rapidez se dirigió al diputado del tramo, extendiendo el brazo y dándole el cirio aún encendido, sin pronunciar palabra. El celador, en un movimiento reflejo, lo cogió pese a no saber exactamente qué estaba ocurriendo, reparando en la presencia en medio de la fila, de aquella joven de cabello rubio, rociada de gotas de cera, que estaba al lado de nazareno. No acertó a decir nada, pero pudo observar cómo ambos se alejaban presurosamente, por medio del cortejo, en dirección hacia la Catedral.

Al llegar frente a la puerta de entrada, divisaron las vallas, que Julia volvió a saltar con presteza y al igual que minutos antes, hizo abrir los ojos a su ya habitual admirador con su pantalón manchado, al que dejó también boquiabierto, al comprobar que detrás de la mujer, aparecía la figura de un negro nazareno que hacía lo propio, perdiéndose los dos por el pasaje. Al alcanzar éste, Ángel no tuvo más remedio que despojarse del capirote, pues su altura le impedía transitar por aquella galería cuya bóveda era relativamente baja. Subieron al piso sin pronunciar palabra durante toda esa fración de tiempo que se les hizo eterna. Allí, la escena que el joven médico descubrió, era el cuerpo de su amigo, tendido sobre la cama, que ya aparecía manchada de sangre, perdida la mirada en el techo y sin que apenas se apreciasen signos de respiración. Rápidamente, el recién llegado se despojó de la túnica, que quedó hecha un ovillo en el suelo junto al cinturón de esparto. Con sumo cuidado, fue retirando al herido la ropa que le empapaba el torso y pidió a Julia una jarra con agua y unas toallas. Las humedeció y con precaución, fue limpiando la zona ensagrentada, comprobando los dos orificios de bala en el pecho y hombro, así como el tajo profundo que ofrecía en la espalda y que tal vez pudiera afectar al pulmón Como profesional, sabía que no era cuestión de hablar, sino de actuar aunque por el cuadro que presentaba, no pensaba que hubiese posibilidad alguna de salvar su vida.

—No creo que podamos hacer nada, Julia. Daniel está prácticamente desangrado, aparte de la gravedad de las tres heridas que presenta. Y aquí no cuento con material para intentar prestarle

los primeros auxilios….

Se detuvo, al ver los ojos de la joven, enrasados en lágrimas, que se derrumbó arrodillada en la gruesa alfombra situada sobre el parqué, apoyando el brazo sobre la pierna del herido en un gesto de ternura.

—Debes intentar hacer algo, lo que sea. Tú eres Jefe de Servicio en tu Hospital de Triana. Podrías llamar para que te traigan cuanto necesites… ¿no? — gimió ella, en tono de súplica.

Ángel, por un momento, pareció sopesar las palabras de su amiga, acercándose al ventanal de la terraza, contemplando la multitud que se arremolinaba abajo.

—De acuerdo, lo veo difícil, pero lo intentaremos. Déjame tu teléfono.

Marcó con rapidez y cuando escuchó la respuesta, habló con tono decidido:

—Soy el Doctor Andrada. Necesito con la máxima urgencia una ambulancia que venga a la calle del Arco... Sí, ya sé que están pasando las Cofradías, pero es imprescindible que se lo comuniquen a la Policía y a los Servicios Municipales de Seguridad. La vida de una persona depende de ello. ¡La quiero aquí en menos de diez minutos!.

El tiempo de espera se hizo eterna para los dos, mientras, el médico trataba de impedir que las heridas sangrasen más de lo imprescindible, para evitar el colapso definitivo. Al cabo de un tiempo, el sonido de una sirena se hizo cada vez más audible, en tanto que los agudos sones de la banda de música, vestida totalmente de blanco, que en esos momentos pasaba, servían de contrapunto e inundaban la calle con sus penetrantes solos de corneta, El galeno se puso en contacto con los camilleros, quiénes con enorme dificultad, se abrieron paso entre la multitud, pudiendo finalmente llegar hasta el piso. Una vez en la camilla, los dos se situaron junto al herido, subiendo todos a la ambulancia, que partió rauda en medio de las quejas de una parte del público Al cabo de unos minutos entraron en el hospital, donde ya un equipo médico al completo, les esperaba.

—¿Qué quirófano habéis preparado? —inquirió escueto Anglada.

—El suyo, doctor, hemos puesto a punto todo el material estéril necesario, a la vista de lo que nos ha comunicado sobre la índole de las heridas.

—¡Vayan preparando bolsas para transfusiones, rápido! —ordenó— Julia, deberás esperar fuera. Este tipo de operaciones no se sabe cuánto tiempo tardan por las complicaciones que puedan surgir. Al menos he podido averiguar en su documentación que consta que su grupo sanguíneo es A+.

La joven apenas asintió con la cabeza y se sentó en un banco, en tanto que, hasta ese momento, no había reparado en el rosario de gotas de cera rociaba su cabeza, ropa, hombros y a través del escote. Decidió ir a uno de los baños para intentar quitárselas en la medida de lo posible, cosa que consiguió a medias, si bien algunas de ellas, al caer incandescentes, le habían quemado la suave piel que dejaba al aire la generosa abertura de su ajustado vestido. Pero nada de eso parecía importarle mientras no cesaba de mirar su reloj. Eran ya casi las siete de la mañana y la enorme tensión vivida empezaba a hacerle mella, por lo que, apenas sin darse cuenta, recostó la cabeza sobre el brazo del asiento, y no pudo impedir entornar sus párpados, pareciéndole mentira que sólo hubiesen transcurrido tres horas desde el momento fatídico señalado para la deflagración y que aún estuviesen vivos. Era ya entrada la mañana, cuando Ángel tocó ligeramente su hombro, volviendo instantáneamente a la realidad.

—¿Qué ha pasado?, ¿cómo está Daniel? —saltó la joven, poniéndose rápidamente en pie.

—No me lo explico —respondió el cirujano, aún con la frente perlada de sudor—. Este hombre parece que tiene siete vidas. Aunque es bien seguro que una de ellas al menos, la ha gastado hoy.

Casi he perdido la cuenta de las bolsas que ha sido necesario trasfundirle. Es increíble, pero ha resistido las operaciones aunque su estado es todavía de extrema gravedad. Debemos esperar al menos setenta y dos horas para ver su evolución, pero afortunadamente, es ya de por sí, un paso importante que haya podido soportar, gracias a su gran fortaleza, esta fase crítica. Ahora, debe permanecer como es lógico en UCI y no es posible visitarlo. He dispuesto un equipo especial para que en todo momento vayan siguiendo su evolución y me tengan al tanto.

Julia, sin poder contenerse abrazó a su amigo, apretándose contra su cuerpo, besándole con profundo agradecimiento, mientras sólo acertaba a balbucir un escueto gracias.

Al mismo tiempo que sentía esa débil esperanza, pensaba que aquel hombre al que se había entregado, había sido capaz de salvar a toda una ciudad del mayor desastre que pudiera imaginarse, aunque eso quedaría en el más profundo de los anonimatos y salvo a muy contados mandos del Servicio Secreto, jamás trascendería a la opinión pública.

—Lo mejor será que regreses a casa y trates de descansar. Ten, quiero que tomes estas pastillas que te ayudarán a relajarte y a dormir unas horas.

—De acuerdo Ángel, te pediría que guardases cierta cautela y discrección sobre lo ocurrido… y que aceptes este pequeño recuerdo como muestra de mi agradecimiento —al decir estas palabras, se quitó una delgada cadena de oro con un pequeño crucifijo que llevaba a su cuello para asistir a los Oficios y que inexplicablemente había salido indemne tras la lucha a muerte que había mantenido con la guerrillera.

—No debes preocuparte Julia, esto entra en el más estricto secreto profesional. Lo único que tendré que buscar —añadió con una sonrisa— será justificar el hecho de por qué me he salido de la Cofradía en compañía de una joven tan guapa como tú y que encima me hace entrega de este precioso recuerdo, que puedes tener por seguro que guardaré con todo cariño.

—Ya, añadió ella —devolviéndole con una sonrisa el tierno gesto—, pero debes añadir que eso sueles hacerlo todos los años y cada vez con una chica distinta.

—No me lo consentiría María Amparo, seguro. Ahora tomaremos un taxi y te dejo en tu casa y así aprovecho para recoger mi túnica. Esta tarde volveré para ver cómo ha evolucionado Daniel y te informaré.

Los días siguientes mantuvieron en vilo el anhelo de Julia para conocer la suerte que corriera Daniel Cormack, quién por momentos, parecía que se apagaba y otras que volvía a renacer como si de un Ave Fénix se tratara. Las largas horas entre cada informe que recibía del doctor Andrada, las empleó a fondo en verificar que todo, particularmente en la Catedral, había vuelto a su estado normal. Contactó telefonicamente con Richard Aldridge, quien le dio cuenta que, por escasos minutos, su equipo de limpieza había logrado retirar el cuerpo de la terrorista ensartado en aquel naranjo, cuando ya casi llegaban los primeros nazarenos a los servicios allí instalados. Las palabras del que fuera su mentor, sonaron a despedida, por lo que no quiso entrar en detalles sobre la forma en la que lograron acceder a aquel patio.

Más tarde, se reunió con Robert Kittel, quién finalmente, había sido el que se sumase al equipo de extracción para facilitarles el acceso a la zona donde se encontraba el cadáver de la guerrillera. En su compañía, llevaron a cabo los trámites de expatriación del cuerpo de su compañero Brown, así como el ingreso de Gallagher en el hospital americano de la base conjunta situada en una población cercana, desde donde una vez atendido, igualmente lo embarcarían a Estados Unidos. Cuando hubo terminado todo el procedimiento que el estricto sistema de la Agencia le obligaba, Cyrus Donovan le telefoneó.

—Julia, te felicito por el resultado de la misión, sinceramente me parece todavía imposible que

todo saliera bien, pese a la lamentable pérdida de Ted. Debo suponer por tu informe, que el comando pereció al completo aunque no así sus agentes externos de apoyo. Sobre esa línea, tenemos disponible una red de seguimiento en Oriente Próximo. También hemos transmitido las gracias por vía diplomática al gobierno de Israel por su colaboración indirecta y lamentando la muerte del responsable de su meglan[64]. Como es habitual en ellos, apenas han dado muestras de hacerse eco de lo ocurrido, pero debemos agradecer al tal Bloch que impidiese que asesinaran a nuestro amigo irlandés, el agente del SESEIV. Creo que una gesta semejante, bien merece un reconocimiento personal, por lo que me desplazaré a Sevilla, aunque como te consta, no habrá distinciones ni medallas de por medio.

—Gracias Cyrus, nos hemos limitado a cumplir con nuestro deber. En cuanto a Daniel Cormack todavía persiste la gravedad y no creo que esté aún en condiciones de recibir visitas.

—Comprendo, tampoco puedo ir de manera inmediata. Tú puedes quedarte en Sevilla unos días y considéralo parte de tus vacaciones.

—¿Me las vas a descontar? —añadió Julia con una sonrisa.

—Por supuesto, ya sabes que no hay tiempo que perder ni aquí regalamos nada —finalizó el jefe Donovan en el mismo tono—. Ah, aprovecharé mi viaje a Europa para entrevistarme con el jefe de los Servicios Secretos del Vaticano. Creo que tenemos muchas cosas de las que hablar sobre todo lo acaecido y también de los flecos que han quedado sueltos. Por ejemplo, qué ha sido de los cuerpos de los terroristas a los que no hemos podido localizar ni tener acceso para su comprobación y más importante aún, dónde ha ido a parar el proyectil una vez desactivado.

—Me parece muy bien. En ese caso te esperaré en Sevilla hasta que me avises. Y gracias de nuevo a ti por la cobertura que nos has prestado —finalizó la agente, sin querer hacer alusión alguna sobre lo que ella misma consideraba extrañas e inexplicables desapariciones de todo el grupo de guerrilleros y la bomba en sí.

No obstante, al colgar, Julia se replanteó de nuevo, quién o quiénes se habrían encargado de limpiar los sótanos, pues salvo sus hombres, el resto de los terroristas debían permanecer en aquellas profundidades, si bien nada sabía al respecto y el hermetismo que observara no le permitió averiguar gran cosa, por lo que pensó que llegado el momento, ya tendría ocasión de aclararlo con Daniel.

Al cabo de un par de semanas, celebraba Sevilla su Feria de Abril, por lo que María Amparo, ajena a todo aquellos acontecimientos se empeñó en invitarla a los toros, dado que una de las corridas era de su propia ganadería. Ella, no obstante, puso mil excusas para declinar acudir a festejo alguno, so pretexto que tanto su trabajo como por atender a Daniel, quien había padecido las secuelas de un asalto a manos de una banda de contrabandistas de objetos de arte, ocupaban todo su tiempo. Era la mentira piadosa que habían acordado tanto Ángel como ella, para justificar el ingreso en el hospital de su amigo, al que la ganadera visitó sin apreciar la verdadera índole de las heridas que padecía.

Pasadas esas fechas, el doctor Anglada creyó conveniente, a la vista de la mejoría experimentada, trasladarlo a un nuevo hospital a las afueras de la ciudad, concretamente a un pueblecito cercano en la cornisa del Aljarafe, San Pablo, a la orilla misma del río, desde cuyas amplias y soleadas terrazas se divisaba Sevilla con unas vistas únicas. El aire de aquel nuevo centro y los ratos que en su cama pasaba en esas espléndidas balconadas propiciaron que el joven irlandés experimentase una favorable evolución, a medida que iba recobrando las fuerzas y sus heridas cicatrizaban. Ello hizo que le anunciaran la visita de don Luis Trastorres, quien de forma

permanente, siempre había estado interesándose por su estado de salud. Aquel día, aparecieron a media mañana, don Ulpiano Sáenz de Taboada, el propio bibliotecario y un tercer acompañante que enseguida Daniel reconoció: Se trataba de Albano Rodríguez, el comisario, que le sirviese de ayuda para poder salir de los sótanos de la Catedral. Daniel se incorporó algo en su cama, estrechando la mano a los tres.

—Nos alegramos infinito que ya se encuentre mejor amigo Daniel —apuntó don Ulpiano, ocupando uno de los asientos junto al lecho.

—Me sumo a lo que dice don Ulpiano, señor Cormack —apostilló Luis Trastorres—. Debemos aclararle que nos acompaña don Albano a quién ya conoce y que tuvo un papel importante al poder prestarle auxilio.

—Por supuesto —contestó Daniel dirigiéndole una mirada de agradecimiento—. Sin su ayuda nunca hubiese podido contarlo.

—Para su tranquilidad —añadió el Canónigo—, el señor Rodríguez ocupa plaza como nuevo integrante de nuestro pequeño grupo, continuador de los Nueve Duques, tras la triste pérdida de don Emilio. Por tanto es conocedor de nuestras claves y guarda celoso juramento de silencio.

—Me alegro por ustedes, pues es una carga demasiado pesada para sólo dos personas —intervino Daniel.

—Para tres en este caso, dado que usted también es partícipe y guardián del mismo legado. Afortunadamente gracias a su astucia y buen hacer no solo impidió el fatal desenlace que nos acechaba, sino que también consiguió que nadie descubriese nuestro inigualable arcano de siglos.

—Hasta cierto punto eso no es del todo correcto, puesto que el jefe del meglan israelí, conocía una entrada que yo mismo ignoraba. Pero puedo asegurarles y no dudo en absoluto de su palabra, que sólo él llegó a saber de su existencia y al haber muerto, su secreto se ha ido con él.

—Debo indicarle —intervino el comisario— que el cadáver del señor Bloch ha sido entregado, con la colaboración de los norteamericanos, a los Servicios Secretos israelíes, en la más estricta confidencialidad y trasladado a su país en un avión de su propia fuerza aérea.

—La verdad es que nunca podré olvidar su ayuda y el apoyo logístico que prestó en momentos cruciales, pese a desconocer en principio sus verdaderas intenciones. Pero tal vez les queden por averiguar más claves de ese enigma tan complejo como maravilloso que encierran esas bóvedas escondidas en las profundidades y todos los espacios ocultos bajo esas simas. Por mi parte debo confesarles que la experiencia que viví y los lugares que tuve ocasión de descubrir en ese submundo casi inabarcable, jamás podré olvidarlos.

—Algún día, nos vendría muy bien conocerlos de su mano —las palabras de Luis Trastorres dejaban traslucir su interés por descifrar esa parte esencial de aquella ciudad soterrada, que él mismo desconocía.

—Lo haré con sumo gusto. Tampoco quiero ser yo el único conocedor de al menos una parte de esos recónditos espacios que guardan tantas interrogantes y tan misteriosas claves ocultas.

La llegada de la enfermera interrumpió la conversación, cuando ésta dijo:

—Deberán disculparnos, pero es hora de que el señor Cormack reciba la medicación que tiene prescrita y al mismo tiempo debe descansar.

—Sin duda, gracias por su amabilidad señorita —respondió don Ulpiano—. Ah, se me olvidaba comentarle que próximamente recibirá la visita de nuestro Obispo, quién personalmente desea expresarle su agradecimiento por haber evitado posibles desórdenes en la pasada Semana Santa —las últimas palabras del Canónigo, reflejaban una cierta sonrisa cómplice, pues bien sabía que su Prelado estaba totalmente ajeno tanto a la amenaza real padecida como al propio

secreto de la Catedral.

—Bien, señor Cormack —apostilló finalmente el comisario en voz baja que sólo escuchara Daniel—, para su tranquilidad debo decirle que los cadáveres de los terroristas han sido retirados por mí personalmente y hechos desaparecer en los pozos de lo que usted conoce como antesala del Infierno. Lo mismo que sus armas y todos sus enseres. En cuanto a la bomba, ante la imposibilidad de trasladarla de sitio, la he dejado en el mismo lugar, convenientemente protegida. Más adelante, retiraré la carga radioactiva y se la entregaremos a los americanos para su destrucción. En cuanto al resto del proyectil, estoy seguro, que el tiempo y la humedad harán que quede definitivamente obsoleta. De este modo, el gran salón ha recuperado su fisonomía como si nada hubiese ocurrido, salvo los impactos de balas que horadaron la piedra. Pero eso, los años también se encargarán de borrarlos o al menos de disimularlos.

—Gracias señor Rodríguez, era algo que me preocupaba, por no dejar testimonios de lo ocurrido. También sé que el equipo de apoyo americano, retiró el cuerpo de la terrorista del que pudo zafarse la señorita O'Neill.

—Cierto, igualmente vital fue su decidida actuación e incluso determinante, en lograr que usted salvara la vida. Deberá agradecérselo siempre. Buenos días, señor Cormack, le deseo que continúe su mejoría.

En los días siguientes, su médico y amigo, Ángel Andrada, le permitió que diera algunos pasos por el corredor. Una noche, tras la cena, volvió a sentirse mal, notando cómo le subía de nuevo la fiebre. No era la primera vez y aún recordaba las extrañas pesadillas que le arrastraban a un cúmulo de lugares y personas totalmente desconocidos para él, en las largas noches de somnolencia y letargo que sufrió los días posteriores a su operación. Se había encontrado en medio de una feroz lucha en una fortaleza perdida en medio de Judea, que al poco, era pasto de las llamas, entre un mar de cadáveres. Otras veces, se veía envuelto en una lucha sin cuartel, con una mesnada de hombres de armas del Temple y un grupo de sarracenos, mientras el caballero que los dirigía, lograba sacar de una especie de cueva, un cofre, cuyo contenido no podía descubrir. Por un momento pensó que en su estado febril, estaba seguro que rememoraría imágenes de un pasado desconocido. Cuando entró la enfermera,comprobó el abundante sudor que bañaba su cuerpo, empapando su pijama. Le facilitó unos calmantes, para tratar de atenuar la fiebre, que le había subido sin una causa aparente que lo justificara, pues la evolución de las heridas no indicaban complicación alguna. Realmente resultaba inexplicable y así lo hizo constar en el informe para que el doctor Andrada estudiase sus posibles causas. Se dijo que no le perdería de vista aquella noche ante lo extraño de aquellos síntomas. Tras un tiempo de observación, decidió que era el momento de llamar al médico, para que le diagnosticase algo más eficaz que le cortase ese intenso cuadro febril. Mientras, Daniel se veía sumergido en un mar profundo, donde dos guerreros, pugnaban por unas tablillas de barro.

—Ahora mismo iré para allá, tardaré una media hora —fue la respuesta del doctor Andrada a la llamada de la auxiliar.

Al llegar, pudo comprobar el estado de laxitud que ofrecía su amigo y paciente. Decidió que era necesario practicarle un escáner, aunque sus constantes vitales parecían normales. Entonces, ¿a qué era debido todo aquello? Se preguntaba . Finalmente llegó a la conclusión que no quedaba otro remedio que esperar y observar sus posibles cambios en un estado que se mantuvo durante varios días, mientras. Julia, pasaba horas a su lado, cogiendo su mano pero sin obtener respuesta alguna ni a sus propios estímulos de voz, por lo que llegó a pensar que era tal vez, llegado el momento de avisar a su familia, pues ese largo silencio, con seguridad que les tendría

preocupados. Decidió que sería más directo llamar a su superior, Monseñor Molinelli, quién a buen seguro, dispondría de su dirección. Quien respondió a su llamada fue el secretario, que se identificó como Ángelo Ferrara,

—Le pongo enseguida, con Monseñor Molinelli, señorita O'Neill.

—Buenos días, soy Armando Molinelli. ¿Me puede decir cómo sigue el señor Cormack? Llevo los últimos días intentando hablar con él, pero solo he tenido alguna referencia a través de uno de nuestros enlaces en Sevilla.

—Sin duda entonces conocerá todo lo acaecido con la desactivación de la bomba y del modo en que Daniel... bueno el señor Cormack, lo pudo realizar de forma tan eficaz, como diría que casi milagrosa. Ante la gravedad de las heridas que sufrió, fue necesario operarle y ahora ha padecido una recaída inexplicable que le mantiene postrado.

—Cierto, cierto, afortunadamente sé que finalmente la terrible contingencia pudo ser evitada, in extremis, pues hemos hablado también con alguien relacionado con la Agencia de Inteligencia de su país, que someramente nos ha puesto al tanto. De no haber sido así, las noticias habrían trágicamente inundado las páginas de la prensa y la T.V. a nivel mundial.

—La verdad es que ha estado muy cerca de no poder contarlo.

—Dios mío. ¿Tan preocupante es?

—La verdad es que no saben a qué achacarlo. Estaría tentada de proponer su evacuación, pero creo que dada la solvencia profesional de quiénes le atienden, sean los doctores de aquí, quiénes dictaminen al respecto.

—Ya, es lógico, como también veo lo es su interés por su restablecimiento.

Julia, acostumbrada por su trabajo a saber escuchar e interpretar conversaciones y sobre todo sus matices, no creyó que esas palabras fueran pronunciadas al albur, pero prefirió pasarlo por alto y respondió:

—Pensaba que si no sería prudente avisar a su familia, que debe estar preocupada tal vez, ante la falta de noticias.

—Desde luego, pero me consta que por su actividad, él ha guardado largos espacios de silencio y tal vez no les cause extrañeza. Quizás será mejor que yo me desplace a esa Ciudad y decidir lo más oportuno.

—Como prefiera Monseñor. Estaremos aquí esperándole. Mi jefe creo que también quiere venir por lo que será el momento de tomar una decisión.

—Debo reiterarle mi más profundo agradecimiento a su trabajo —añadió Molinelli sin hacerse eco del tono seco de la respuesta de Julia—, pues sin duda ha sido igualmente determinante para que esta misión se haya culminado tan favorablemente. Que el Señor la bendiga.

Cuando colgó, su intuición le produjo una sensación de inquietud y desconsuelo, que no acertaba a explicar. Dirigió una postrera mirada a la inerte sombra de su amado y ya atardecido, salió del hospital para coger su automóvil y dirigirse a su apartamento, sin apenas contener su profundo desaliento.

Aquella noche, la enfermera comprobó con sorpresa que el paciente abría los ojos y la miraba con suma extrañeza, como si fuese un ser de otro planeta.

—¿Dónde estoy? —Atinó a decir Daniel con un hilo de voz.

—Se encuentra en el Hospital de San Pedro y lleva unos días en coma, pero sus constantes son buenas —respondió tratando de calmarle.

—¿Y los demás están aquí?

—¿Se refiere al doctor Andrada?

—Sí, y a la señorita O'Neill.

—Pues ella acaba de marcharse hace unos minutos y el doctor ha quedado en venir mañana a primera hora. Le ruego que esté tranquilo. Yo voy a informar al médico de guardia, mientras no trate de moverse.

—De acuerdo, no se preocupe, apenas tengo fuerzas incluso para hablar.

Al cabo de unos pocos minutos, entró un médico joven, quien al ver que Daniel había recuperado el conocimiento, intentó determinar su grado de conciencia y su capacidad para evocar sus recuerdos más esenciales.

—Bueno… ¿recuerda sus datos, su nombre o su ocupación? —comenzó a decir, al tiempo que dirigía el haz de luz de una pequeña linterna hacia sus pupilas.

—No se preocupe, estoy plenamente consciente. Lo único que desconozco es el tiempo que he estado así postrado.

—Bien, de todos modos la enfermera se quedará con usted por si precisa algo. Le deseo que descanse ahora señor Cormack y le diría que sea bienvenido.

Apenas eran las ocho de la mañana, cuando el doctor Andrada hizo su aparición en la habitación de Daniel, al que saludó, alegrándose de su vuelta a la realidad, pese a lo cual, decidió que era necesario practricarle algunas pruebas. Al terminar y quedar reposando de nuevo en su cama, Daniel no dejó de pensar en las palabras que había dicho antes a su amigo, que no eran ciertas en absoluto. Recordaba muy bien y de qué manera, su experiencia a lo largo de esos cinco días que había permanecido inconsciente, al menos aparentemente, para quiénes le cuidaban. Pero eso era algo cuyo contenido no podía revelarle, pues estaba directamente relacionado con toda la trama en la que se había visto envuelto y sus propios orígenes. Ahora lo tenía claro, pero salvo su Jefe, nadie más debería participar en ese descubrimiento. Y sí, recordaba también perfectamente los labios de Julia sobre los suyos cuando en un tan pueril como desesperado intento quería devolverlo a la vida. Pero ese sería otro de los secretos que jamás confesaría.

Ahora que la situación parecía haberse normalizado, hablaría con Julia para que ésta le diese su opinión de cómo justificar el hecho de estar hospitalizado, durante tantos días por el ataque de unos simples ladrones de objetos de arte. Poco tiempo después Julia se apeaba de su pequeño vehículo, aparcado ante el centro hospitalario en el que destacaba, recortada en el azul cielo, una enorme imagen de piedra en la ladera del montículo. A su alrededor los distintos edificios destinados a las diferentes especialidades y delante de ellos, la gran explanada que se extendía con la vista inigualable de toda la Ciudad. Algo más allá, el Gran Hotel Al-Yaraf, se elevaba sobre la misma ladera donde se hospedara el enigmático Al-Sabawi la fatídica noche del Jueves Santo. La joven entró en el módulo caminando rápidamente en dirección al despacho del doctor Andrada, quien al verla, le hizo un gesto de saludo y ambos se dirigieron a la estancia donde Daniel se encontraba.

—No quise avisarte anoche, dado lo avanzado de la hora, pero esta mañana cuando he examinado a Daniel, he podido comprobar su mejoría y que ha recuperado el conocimiento, al parecer, sin secuelas neuronales.

—No sé como podremos pagarte todo lo que estás haciendo. La verdad es que cuando llegó al apartamento, creí que moriría sin remisión. ¿Tú crees que recuerda algo de lo que le haya podido revivir estos días en esa especie de catalepsia?

—Por ahora es imposible saberlo con exactitud, pero basta ver ahora sus reacciones, que son del todo normales.

Al entrar, los ojos de Daniel se iluminaron al ver sobre todo a Julia, que se acercó a su rostro

para besarlo en la frente.

—¿No recuerdas nada de esos momentos, Daniel? —añadió la joven.

—Por desgracia no —sentía cierto remordimiento, pero no quería desvelar las imágenes que habían vivido como experiencias casi extraterrenales.

—Bueno amigos —intervino el doctor— yo os voy a dejar un rato, pero te ruego Julia que no forcéis mucho la conversación, creo que debe descansar hasta ir recuperando del todo sus sensaciones, además de las fuerzas.

—Descuida que así lo haremos —respondió Julia, haciéndose cargo del interés de su amigo para no causar tensiones a Daniel.

Dos días más tarde, Julia recibió un cable en el que su jefe, Cyrus Donovan, le anunciaba su llegada a Madrid, en dónde enlazaría otro vuelo hasta Sevilla.

—Si quieres, pasaré a recogerte Cyrus.

—No me vendría mal, habida cuenta de las temperaturas que hace por esos lugares, según he visto. ¿Cómo sigue nuestro héroe?

—Muy recuperado afortunadamente. Ya lo verás. Estaré en el aeropuerto pasado mañana a las doce.

Entretanto, en su despacho, el Canónigo Sáenz de Taboada, atendía una llamada que su secretaria le pasó con urgencia.

—Le llaman de Roma, dice que es de parte de Monseñor Molinelli. Es su secretario particular —añadió con voz algo nerviosa su auxiliar.

—Buenos días Monseñor, soy Ulpiano, Delegado del Patrimonio Diocesano de Sevilla, es un honor poder atenderle. ¿Dígame en qué puedo servirle?

—Querido amigo, hace varios días que tenía interés en hablar con usted en relación a nuestro colaborador Daniel Cormack. Tengo entendido que sigue hospitalizado ¿Sabe como se encuentra?

—Sí, ha ido restableciéndose con cierta rapidez, salvo una extraña complicación posterior, que le ha mantenido inconsciente durante varios días. Pero según me informan, ha recuperado el conocimiento.

—Bien, bien, es una buena noticia. Quisiera manifestarle mi intención de girar visita a esa Ciudad para felicitar personalmente a Cormack,

—Cuente con que dispondremos su alojamiento en el mismo Palacio Arzobispal. Daré cuenta de ello al Señor Obispo, si le parece.

—Preferiría pasar algo más desapercibido, si no le importa. Me alojaré en el mismo lugar que ha ocupado nuestro agente. De todos modos, tendré mucho gusto en visitar al Señor Obispo cuando pueda recibirme.

—Descuide que así se hará. Me atrevería a sugerirle que no desvele los verdaderos motivos de los sucesos de la Catedral, dado que como le consta, su secreto le es desconocido.

—Le quedo muy agradecido don Ulpiano. Un fraternal saludo en Cristo.

* * *

Aquél viernes, la mañana amaneció con un cielo totalmente despejado y se intuía que iba a ser un día de calor del que los sevillanos están acostumbrados, pero que para los foráneos, les hace

creer que están en la antesala del mismo infierno. Daniel había experimentado una considerable mejoría, lo que le permitía caminar unos pasos sin ayuda de nadie. Los primeros en aparecer en su habitación fueron Julia O'Neill en compañía de Cyrus Donovan, que llevaba una chaqueta al brazo y en la otra mano, un pañuelo con el que secaba el sudor de su frente, pese a que el aire acondicionado del recinto, permitía que la temperatura resultase benigna, en contraste con el tórrido calor exterior.

—Buenos días Daniel ¿Has descansado bien? —saludó Julia al entrar, dejando paso a su sudoroso Jefe— Te presento a Daniel Cormack, Cyrus, al que ya muy bien conoces por referencias. Daniel, el señor Donovan.

—Es un honor conocerle señor. Julia me ha hablado mucho de usted.

—Creo que en este caso el honor debe ser el mío, para expresarle nuestras más encendidas gracias por todo lo que ha hecho.

—No quiero pecar de modestia, pero si no hubiese sido por la colaboración recibida de su equipo de agentes, el resultado hubiese sido bien distinto.

—Me alegra oír eso, señor Cormack, yo pensaba que la señorita O'Neill, era una buena agente, pero no hasta ese extremo.

Julia sintió como un cierto rubor coloreaba sus mejillas que servían de contrapunto al vestido azul intenso que llevaba.

—Creo que todos hemos hecho lo que debíamos y lo que es de lamentar es la muerte de nuestro compañero Brown —añadió Julia.

—¿Cómo? —exclamó Daniel— ¿Ted ha muerto?

—Sí, es cierto —respondió Julia reparando en que esa noticia se la habían mantenido oculta a Daniel, para evitarle un sobresalto mayor —lamento mucho haberlo dicho de forma tan directa.

—Está claro que en nuestro trabajo, todos sabemos lo que nos jugamos cada día —zanjó Donovan, consciente del aprieto por el que estaba pasando su subordinada—. Además tengo entendido que un miembro del Mosad también falleció en la refriega.

—Efectivamente, señor. Se trataba de Samuel Bloch con el que mantuve varios encuentros, desagradables al principio, pero que no obstante, después me salvó la vida en un par de ocasiones.

—Sí, son buenos elementos estos chicos del Mosad, pero tengo entendido que comandaba una célula de Meglan ¿no?

—Así me lo confesó, instantes antes de morir señor Donovan —aclaró Daniel, que no deseaba profundizar más en esa cuestión.

—Ya, por ello le hemos hecho llegar nuestras condolencias, a la par que nuestro reconocimiento, al Gobierno israelí. Pero bien amigo Daniel, me gustaría que cuando esté operativo, pueda recibirle en nuestras oficinas y nos facilite un informe suyo lo más exhaustivo posible de todo lo acaecido. Sobre todo el destino final de los cadáveres del grupo terrorista y la situación en la que ha quedado la bomba.

—Disculpe, señor, pero para eso debo contar con el pertinente permiso de mi superior.

—Claro, claro, por supuesto, pero tengo entendido que su Jefe Monseñor Molinelli está al llegar. Así es que podremos charlar al respecto.

Se hizo un silencio en el que ninguno de los presentes sabía muy bien qué decir, cuando apareció una enfermera, que se dirigió a Julia, por ser a la que más conocía, anunciándole la llegada de unos señores que querían saludar al paciente.

Al salir Julia, al fondo de la galería, se dibujaban dos figuras vestidas de negro. El que estaba

más adelantado, era un hombre alto, con gruesas gafas, en el que rápidamente distinguió un clériman, destacando sobre la solapa una pequeña cruz de plata. El segundo algo más bajo y más joven, estaba un paso detrás, con un atuendo similar pero sin distintivo alguno, portando una gruesa cartera negra en la mano.

—Señor, buenos días, mi nombre es Julia O'Neill y supongo que usted es Monseñor Molinelli, ¿verdad? —saludó extendiendo su mano.

—Señorita, le presentó a mi secretario Ángelo Ferrara. Acabamos de llegar de Roma y teníamos intención de saludar al señor Cormack.

Julia sintió como si la hubiesen radiografiado los ojos penetrantes de aquel hombre singular. A pesar de ello, con tono profesional, respondió

—Está en la habitación nº 101, al final de este pasillo, donde por cierto se encuentra mi jefe, el señor Donovan, responsable del Área de Seguridad de la Agencia Central de Inteligencia.

—Ya, la muy afamada CIA, tan conocida por sus arriesgadas empresas. Sabía de su venida y deseaba tener ocasión de hablar con su superior.

Mientras hablaban, habían llegado a la altura de la puerta en la que aparecía el número 101. Entraron y Julia procedió a las presentaciones, tras las cuáles, Monseñor Molinelli se acercó al lecho donde reposaba Daniel, haciéndole la señal de la cruz en su frente, mientras ponía su otra mano en el hombro en el que no tenía los vendajes, como un gesto de espontáneo afecto.

Sin saber bien el por qué, Julia captó que el ambiente parecía cargado de una cierta tirantez, sin duda por la importancia evidente que ostentaban los dos máximos responsables de unos Organismos tan distintos, pero con unas connotaciones de fondo que les hacían aproximarse y que no obstante su alto grado, se veían en un lugar tan inadecuado como aquél, para mantener un primer contacto, además compartido con las personas que allí se encontraban: el propio enfermo, Daniel Cormack; ella misma, que desde el principio experimentaba una cierta sensación de tensión, el Secretario Ferrara, quién desde un primer momento se había situado discretamente en el lado más distante de la estancia, lo que por otra parte, dadas las dimensiones del recinto, tampoco le permitía apartarse en demasía. Sin embargo, por encima de todos, destacaba aún sin hacer nada que lo denotase, la marcada personalidad de los dos personajes centrales. Fue Molinelli, el que primero quiso romper esa inercia,

—Señor Donovan, quiero expresarle mi más profunda gratitud por su inestimable aportación que han permitido controlar esta fatídica situación, contribuyendo con tanta eficacia a neutralizar un problema tan terrible como el que amenazaba a esta ciudad y a nuestra Iglesia en particular.

—Nuestro deber es velar por la seguridad en muchas partes del mundo y ante un caso como este, no podíamos actuar de otro modo, dado que España es nuestro aliado y en modo alguno era conveniente permitir que el flanco sur de Europa sufriese una desestabilización del tal calibre.

—Claro, evidentemente en ustedes ha primado la situación geoestratégica y los intereses, sin duda loables, de impedir que un atentado tan brutal, hiciese tambalear al propio gobierno español. ¿no es así?

—Por supuesto —añadió Donovan— con cierta duda sobre el doble significado que se pudiera colegir de estas palabras, pues observaba la altura intelectual del Prelado, quién parecía dominar la situación.

—Nosotros, además de esas premisas, señor Donovan, dado lo limitado de medios, procuramos salvaguardar ante todo, la vida de tantos seres inocentes, además de, llegado el caso, proteger un patrimonio, histórico y artístico, amén de un acervo cultural de enorme magnitud. ¿Y qué tiempo de convalecencia le queda aquí amigo mío? —inquirió don Armando, dando un giro total a la

conversación, al tiempo que posibilitaba que hablase su subordinado.

—No lo sé con exactitud, Monseñor, pues tras la pérdida de conciencia que he padecido durante estos últimos días, los médicos han extremado las pruebas hasta constatar que no haya secuelas neurológicas.

—Comprendo, pero por su aspecto, se diría que afortunadamente, no ha de permanecer mucho tiempo en este centro y podrá normalizarse al fin, la vida de todos ustedes, retornando a sus lugares habituales de trabajo.

Las palabras del Prefecto, cayeron en los oídos de Julia como un auténtico jarro de agua fría. De un plumazo, parecía que dejaba listo para sentencia este asunto y que no quedaba otra alternativa que el regreso irremisible de cada uno a sus países de origen. Julia dirigió una mirada a Daniel, quien aunque había captado el significado de esa afirmación, no atinó a hacer otra cosa que bajar los ojos.

Durante unos largos minutos la conversación se prolongó por distintos derroteros, para de nuevo, ser Molinelli el que tomase la iniciativa.

—Creo que todos debemos congratularnos por el venturoso éxito de esta operación, pero la salud de este providencial servidor, precisa de descanso, por lo que por nuestra parte, volveremos a la Ciudad. No obstante, me gustaría que charláramos más detenidamente cuando se encuentre más repuesto. Nosotros —dijo señalando a su secretario— aún permaneceremos aquí unos días para resolver diversos asuntos relacionados con la Archidiócesis.

—Monseñor —intervino Daniel— antes de llegar usted el señor Donovan me estaba proponiendo que visitara Langley para facilitar una serie de aclaraciones concernientes a todos los aspectos de la operación.

—Eso creo que sería muy provechoso, pero no cabe duda que su cometido ha sido y es puramente eclesial y no se deben mezclar asuntos de tan diferente naturaleza. Sin duda la señorita O'Neill podrá rendirle cuenta con todo lujo de detalles, máxime cuando han estado en estrecho contacto a lo largo de todo el proceso de esta investigación —su tono daba a entender que dentro de la máxima cordialidad y suavidad en sus expresiones, no dejaba el más mínimo resquicio a tal posibilidad.

Estrechó la mano de Donovan, quien en los últimos minutos no había abierto la boca. Dio un afectuoso abrazo a Daniel, con el deseo de su pronto restablecimiento y dejó para el final a Julia, a la que dio la mano, reteniéndola entre las suyas durante unos instantes.

—Señorita O'Neill, permítame que la llame por su nombre, Julia. Le agradezco infinito toda su colaboración y esfuerzo en este gran servicio que han prestado, que sin duda ha contado con la ayuda de Dios. Confío que cuando regrese a su país, su familia sepa asimilar el enorme regalo que ha prestado a la Humanidad toda y del que le estaremos eternamente agradecidos desde ese viejo e histórico rincón del mundo, que es Roma y también de forma muy especial, desde esta bella ciudad de Sevilla.

Una vez más Julia no supo a ciencia cierta cuáles eran las ocultas intenciones que este benevolente reconocimiento dejaba entrever, pero creyó necesario corresponder correctamente a ese generoso comentario.

—Mi gratitud por sus amables palabras, Monseñor, que acepto en nombre de toda nuestra Organización y en nombre del equipo que ha trabajado para salvar esta grave crisis, uno de cuyos integrantes desgraciadamente, se ha dejado la vida en el empeño. Pero no debemos olvidar que la tarea de más responsabilidad ha recaído en su agente, el señor Cormack y creo que es a él, a quien debe atribuirle cuánto ha hecho por todos.

—Por supuesto, por supuesto, no le quepa la menor duda que, aunque este tipo de gestas y entrega han de contar necesariamente con la mayor discreción, tendrá el reconocimiento expreso de las más altas instancias vaticanas. Pero creo que ya es hora de marcharnos, le deseo toda la suerte del mundo Julia.

Al salir, Ángelo Ferrara, que se había mantenido en todo momento en un discreto segundo plano, se acercó a la cama de Daniel, estrechando su mano y añadiendo brevemente en voz baja.

—Señor Cormack, todos nuestros colaboradores me han encargado que le transmita su profunda admiración por lo que ha logrado y sobre todo, por lo que tenemos entendido, ha conseguido impedir. Esperan verle pronto por Roma...

No habían rebasado aún el dintel de la puerta los dos sacerdotes, cuando el Jefe de la Inteligencia Vaticana se volvió hacia su homónimo americano:

—Por cierto señor Donovan, creo que sería muy interesante que compartiésemos puntos de vista de todo lo acaecido, pero entre nosotros. ¿Qué tal si comemos juntos?

El rostro del responsable de la Agencia, expresó un cierto asombro ante la sorpresiva propuesta, pero la verdad era que a todas luces la consideraba sumamente interesante.

—Acepto encantado —fue su contestación—. En ese caso le acompaño, pero antes, permítame que me despida de su agente —añadió seguidamente—. Bien amigo Daniel, confío en que pronto pueda recuperar su actividad normal y llegado el caso, no olvide el ofrecimiento que le he formulado, del que hablaré ahora con Monseñor Molinelli con más detalle. Estoy seguro que estará bien atendido y cuente con la compañía de la señorita O'Neill, antes de que vuelva de nuevo a su trabajo, tal vez, en un futuro, pudiéramos contar con su vaiosa experiencia en nuestra Central, donde sería muy bien acogido —añadió con cierto deje de complicidad.

Al quedar a solas, Julia y Daniel, se miraron sin hacer comentario alguno, como sopesando el calado de la conversación mantenida por sus jefes respectivos y el alcance y la trascendencia que supondrían para ellos las conclusiones a las que llegarían en el transcurso de la entrevista que ambos mantendrían y las consecuencias que iban a reportarles sin duda. Lo que sí resultaba evidente, era que lo de menos sería a buen seguro, el menú que eligieran. Ell rostro de Daniel, aparecía fatigado por la tensión vivida, por lo que se recostó en la almohada, sin apenas fuerzas para hablar. Julia, al verlo y adivinando el motivo de esa postración, decidió que debía dejarlo afrontar a solas sus pensamientos.

* * *

Pasó raudo el fin de semana y la mejoría gracias a la naturaleza del herido, era más patente. Cada día sentía cómo iba recuperando sus fuerzas.

En esas fechas, recibió las visitas de nuevo de Luis Trastorres, del Comisario y la de don Ulpiano, anunciándole este último la próxima venida del Obispo en persona, al Hospital. A todos los atendió, pero en su mente, no dejaba de atormentarle el dilema tremendo al que se veía abocado y que en definitiva era nada menos que elegir entre Julia para comenzar una nueva vida o por el contrario, continuar su actual camino en la dura coyuntura de enfrentarse a los enemigos de la Iglesia, desde una faceta que no era precisamente la del amor y el diálogo, sino la lucha despiadada y sin cuartel contra aquéllos que habían jurado destruirla. Esta opción era a la que había entregado los últimos años de su vida y si no su voto de castidad, sí al menos, el de la

propia coherencia con los postulados que hasta ahora, había jurado defender.

Por su parte Julia, sabedora del mar de confusiones en el que se veía sumido aquél hombre al que había amado como a nadie, procuraba cada vez hacerse menos visible, ante el que había sido primero su compañero, amigo y finalmente amante de una sola noche. Para ocupar su tiempo, prefería quedarse en su apartamento, cuya soledad a veces llegaba a escocerle. Sabía que cada día que pasaba, era quizás, uno menos para confiar en un final feliz al lado de aquél ser singular, pero entendía que era una decisión que correspondía a su compañero que como buen irlandés, tenía su rasgo principal en la melancolía innata, a parte de su carácter siempre positivo y alegre en el devenir de su vida. Todo ello unido al sin fin de calamidades y trágicas experiencias, bagaje éste, que sin duda, pasa factura en el alma de cualquier persona y Daniel Cormack no era un ente insensible al dolor ni a las miserias humanas con las que había debido convivir tan intensamente en multitud de ocasiones, pese a su juventud.

Aquel atardecer Daniel Cormack, libre por fin de las vías que le ataban, se sintió con fuerzas para caminar por la extensa explanada que le resultase ya tan familiar. El intenso calor había remitido algo y soplaba una ligera y agradable brisa desde el río. Las sensaciones que experimentaba en lo más profundo de su corazón le hacían aflorar una serie de contradicciones que pese a lo intenso de su vida, en el terreno en el que ahora se movía, se consideraba un verdadero neófito. En definitiva se trataba de averiguar cuál de sus sentimientos debía preponderar: el deber o el amor. No pudo reprimir un estremecimiento, al tiempo que volvía la cabeza. Al hacerlo, descubrió la presencia de su mentor, don Armando Molinelli, que se encaminaba directamente hacia donde él estaba.

—Buenas tardes querido Daniel, no sabe la alegría que me causa, verle al fin levantado — fueron las palabras que, afectuosamente, a modo de saludo, le dirigió el máximo responsable del SESEIV.

—Monseñor, qué sorpresa verle por aquí. La verdad es que me encuentro mucho más recuperado y confío en poder recibir el alta lo antes posible.

—Esa es una muy buena noticia sin duda. ¿Le parece que nos sentemos? No creo que le convenga aún permanecer mucho tiempo de pie.

Los dos caminaron despacio acomodándose en uno los blancos asientos que se alineaban bajo la frondosa hilera de árboles. Por unos momentos reinó el silencio, pues Daniel no sabía muy bien qué había llevado a su Jefe a visitarle, de forma tan inopinada, máxime sin la compañía de su Secretario. Fue finalmente, Molinelli quién decidió hacer un comentario

—El pasado día que le visité, a continuación como recordará, tuve la oportunidad de charlar extensamente con el señor Donovan, que no se ha recatado lo más mínimo en mostrar su gran interés en sumarle a su División de Agentes. Sin duda es un hombre de mundo, que tiene las ideas muy claras. Por supuesto le agradecí que hubiese destacado a uno de sus equipos especiales para darle cobertura en su misión.

—Lo cierto es que de no haber sido por ellos, difícilmente hubiese podido solo, neutralizar a todo el grupo terrorista.

—Por supuesto, era ésta una tarea que requería la colaboración de otros servicios de inteligencia y además, se consiguió salvaguardar el gran enigma de la Catedral. ¿Qué opina sobre ese singular y misterioso tesoro?

—Cuando me fue revelada su existencia, la verdad es que no daba crédito a que pudiese existir algo ni siquiera parecido y sobre todo tan celosamente custodiado a lo largo de siglos. Es una empresa de dimensiones colosales que requiere una fidelidad y entrega diría que grandiosas y

gracias a unos hombres que debían tener una madera especial para ser capaces de llevarla a efecto y guardar su secreto con absoluta lealtad.

—Veo que siente una gran fascinación por ellos.

—Sin duda son dignos de admiración. Pero debo decirle que aún hay más: bajo esos Nueve Círculos se extiende un misterio todavía más extraño y desconocido, que tuve ocasión de descubrir sólo en parte. Hay pruebas inequívocas de la presencia, siglos atrás, de los Caballeros Templarios, por esos recónditos lugares. Así como algo singularmente único y colosal, como es la prodigiosa sustentación de la gran torre, que aparece como si estuviese suspendida en el aire, sostenida por una enorme pirámide invertida que le sirve de base, soportada a su vez por un conjunto de recias arcadas. Ese submundo desconocido, con sus vertiginosas corrientes de agua, sus cascadas y lagos subterráneos, forman por sí mismos, toda una ciudad sumergida. La verdad es que nunca he visto ni creo que veré jamás algo que ni siquiera se le asemeje.

—¿Qué me dice de las tablillas? —terció el Prelado, cambiando radicalmente de asunto.

—Pues… —se hizo esperar un segundo la respuesta de Cormack— la verdad es que de las que logré las copias, no he podido localizar los originales en manos de los guerrilleros, pese a que les estuve observando, mientras preparábamos el plan de ataque y con posterioridad, debido a mis heridas, no conseguí descubrir nada al respecto. Lo que si puedo decirle es que sin saber bien cómo, he revivido una historia y unas imágenes de las que jamás había tenido ni la más ligera noción.

—Sí, me consta que estuvo sumido como en una especie de coma, lo que no sabía era que hubiese tenido visión alguna en su estado.

—No lo he revelado absolutamente a nadie, hasta este momento.

—¿Y podría repetírmelo Daniel? —preguntó el Prefecto con interés.

—Creo que, someramente al menos, podré hacerlo. Al principio, aparecía como en una ciudadela fortificada donde un hombre se afanaba en labrar unas tablillas en las que trataba de grabar un mensaje, que le transmitiese un discípulo de Jesús.

—¿Matías tal vez?

—¡Sí!, ¿cómo lo sabe? —exclamó Daniel con asombro.

—No importa eso ahora, por favor continúe.

—Esa manifestación consistía en una especie de leyenda que se extendería a lo largo de muchos siglos posteriores, donde se producirían unos ciclos de influencia en el tiempo, cada setecientos años. Después, pude contemplar cómo la fortaleza fue incendiada y perecieron todos sus habitantes hebreos a manos de las legiones romanas.

—¿Pudo apreciar de cuantas tablillas se trataba?

—Eran cinco, lo que me indica que si en las grutas vaticanas hay tres y contamos con la traducción de otras dos, la leyenda está completa.

—Puede ser. ¿Y que pudo ver después?

—La huida en una nave a Grecia de una pareja de jóvenes, que durante generaciones guardaron el secreto, para después,siglos más tarde, volver de nuevo a Judea. Allí fueron escondidas, y finalmente rescatarlas unos caballeros templarios. A raíz de ahí mis recuerdos son confusos, pues se mezclan como si hubiese estado en pleno fragor de una batalla que se libraba en medio del mar. Lo que sí vi con claridad era que ese legado se escindía y una parte quedaba en manos de un soldado de la flota cristiana y las otras eran retenidas por otro de la flota turca.

—Ya, eso es lo que da origen a la leyenda posterior. Pero por favor, siga.

—Las tablillas que quedaron en manos del caballero cristiano, pasaron a Sevilla, donde

estuvieron durante un tiempo, emprendiendo viaje a Roma, mientras que las otras tres sufrieron diversos avatares hasta llegar a manos de unos muyahidines que las guardaron en una mezquita chií, de donde fueron arrebatadas por los sunníes tras derribarla. Debo decir que me reconocí en el sueño, cuando rescaté la tercera tablilla.

—Interesante Daniel, muy interesante. ¿Me dice que no lo ha comentado con nadie? ¿Incluida la señorita Julia O'Neill?

La pregunta iba con toda intención y parecía llegado el momento de abordar ese otro aspecto pendiente en la conversación.

—Puede estar seguro Monseñor, nadie más conoce ni esta confidencia, ni por supuesto el secreto de los Nueve Círculos, aunque hubo un momento en el que estuve a punto de pedirle su ayuda.

—Ahora me preocupa la situación del explosivo, pese a su desactivación. ¿Qué opina de ello?

—Por lo que me ha comunicado Albano Rodríguez, la ha dejado en el mismo lugar, dado que un hombre solo no podría transportarla. Entiendo que se debería extraer la carga nuclear para su traslado a un cementerio de residuos atómicos, por razones de seguridad, pero debo asumir que ello no resulta factible para los guardadores del secreto de la Catedral.

—Tiene razón. Ese asunto deberé estudiarlo con detenimiento, para, sin despertar sospechas, contar con la colaboración de nuestros amigos americanos y extraerla del lugar donde se encuentra, sin que descubran el resto de lo que se esconde en ese lugar.

Tras unos segundos en los que Molinelli parecía meditar sobre el asunto, añadió:

—Sí, verdaderamente se puede hablar de un muy buen trabajo, gracias a la cobertura que ha ofrecido el equipo comandado por la señorita O'Neill. En cuanto al conocimiento que Bloch tenía de la existencia de esas plantas ocultas bajo los sótanos, tal vez se deba a las tradiciones de los antiguos judíos sefardíes que fueron expulsados de España y que, de algún modo, él tuvo acceso a ese secreto, pues quizás algún antepasado suyo, labrara parte de esos túneles. Ahora me interesaría saber lo que piensa sobre la situación presente y cuáles son sus planes de futuro, si es que los tiene.

—Cierto, señor, algo de eso comentó en los breves momentos que pudimos hablar antes de sufrir el ataque que le costó la vida. En cuanto a su segunda pregunta, lo experimentado estas pasadas semanas han dejado una profunda huella en mí, no sólo en mi naturaleza física como anímica. He de confesarle que estoy en un mar de dudas, que a nadie salvo a usted sería capaz de confesar. Y estoy seguro que no hace falta que le diga las razones de esa incertidumbre.

—Lo sé y las conozco desde hace tiempo, pese a que no me haya hablado de ello directamente. Dios nos dio la facultad de decidir el camino que queramos elegir, no sólo entre el bien y el mal, sino en todas las determinaciones que debemos afrontar en nuestras vidas. Únicamente quiero decirle que sea cual sea el camino que decida seguir con plena libertad y responsabilidad, siempre contará con mi apoyo y mi comprensión. Creo que ha sido muy ilustrativa esta charla, que quedará exclusivamente entre los dos. Mañana vuelvo a Roma y allí esperaré su decisión final, que le pido medite con tranquilidad de espíritu.

—Tenga por seguro que así lo haré, Monseñor. Y mi agradecimiento más profundo y reconocimiento a su magnánimas palabras de aliento.

—Hijo mío, le pido a Dios, Nuestro Señor, que le acompañe siempre.

Fueron sus últimas palabras antes de ponerse en pie y darle la bendición. Daniel se incorporó igualmente, sintiéndose más aliviado, puesto que pese a no haber mencionado nada de forma expresa, ni entrar en detalles escabrosos, difíciles de explicar, ya lo habían hablado todo sin

necesidad de ahondar más. El joven agente, siendo consciente de ese gesto de generosidad y tolerancia de su superior, le respondió con tono de gratitud:

—Gracias Monseñor, siempre le estaré infinitamente agradecido por todo lo que he aprendido de usted como mi maestro. Debo confesarle que me siento en paz después de sus palabras y de haber obtenido su perdón.

—El perdón es Dios quien lo otorga y nosotros tan sólo somos meros instrumentos suyos. Adiós, hijo mío.

Daniel Cormack, vio alejarse su enjuta silueta por la amplia galería que ya solo aparecía iluminada mortecinamente, reflejando su oscura y alargada sombra sobre las blancas paredes, hasta finalmente desaparecer. Permaneció largo rato en pie inmóvil, pese a su cansancio y estado de zozobra que le invadía, con un único pensamiento: El Creador le da la suprema libertad al Hombre, su Criatura para que elija el camino a seguir. Y la máxima de los caballeros templarios:

«Non nobis Domine, non nobis, sed Nomini Tuo da Gloriam»

Al día siguiente, cuando Ángel Andrada llegó a su habitación, Daniel estaba ya vestido de calle, lo que sorprendió a su amigo.

—¿Qué haces Daniel? ¿A dónde piensas ir?

—Debo marcharme y te ruego me firmes el alta.

—Pero todavía no estás en condiciones de recuperar tu vida normal.

—Ya, pero he de irme con urgencia y ahora pasaré por mi alojamiento a recoger el resto de mis cosas.

—De acuerdo, si ese es tu deseo… ¿Y Julia… lo sabe?

—No, aún no he hablado con ella.—contestó con voz apagada Daniel—. Te quiero agradecer que me hayas salvado la vida Ángel, pues bien sé que te lo debo a ti, por tu esfuerzo y tu constancia. Nunca podré olvidarlo.

Al decir estas palabras, abrazó a su amigo, quién todavía, sin acertar a comprender qué era lo que pasaba realmente, sentía que perdía a un ser singular a la par que envuelto en cierto halo de misterio. Lentamente, Daniel enfiló la salida, acompañado por el médico, hasta la parada de taxis cercana. Allí se despidieron de nuevo, contemplando Ángel Andrada cómo en unos instantes, desaparecía el vehículo. Despacio retornó al hospital, pensando qué circunstancias habrían obligado a aquel hombre tan especial a tomar esa decisión, a la par que se planteaba qué diría a su amiga María Amparo y sobre todo, cuál sería la reacción de Julia.

Al llegar Daniel a la Residencia, pidió que le preparasen su cuenta. Una vez en su cuarto, se echó en la cama fatigado, marcando despacio, el número de Julia.

—Buenos días Julia, soy Daniel.

—¿Qué ocurre te encuentras peor?

—No, no es eso, le he pedido el alta a Ángel y estoy ahora mismo en la Hospedería donde me alojo.

—Pero aún no te encuentras bien ¿por qué has hecho eso? —la voz de Julia sonaba preocupada, llena de oscuros presagios.

—Debo regresar a Irlanda y ordenar mis ideas. Sabes de sobra lo que mi corazón siente, pero no quisiera arrastrarte a algo de lo que después te tuvieras que arrepentir el resto de tu vida. Creo que debemos volver a nuestros mundos y comprobar que estos sentimientos no son fruto de un día y de unas circunstancias tan extremas y difíciles como las que nos han tocado vivir.

Al otro lado de la línea, sólo se oía el silencio, sin percibirse el más mínimo sonido, aunque imperceptiblemente, los ojos de Julia, empezaban a nublarse por un mar de lágrimas que procuró

que no la delataran. Al cabo de unos instantes eternos, en los que él tampoco acertaba a articular palabra, sonó con tono aparentemente reposado la voz de Julia:

—Si lo crees así, será lo mejor y debo respetarlo. Yo también te tendré presente en mi corazón y creo que volveré a casa, tomándome un tiempo en mi trabajo, pese a la insistencia de Cyrus de ascenderme para ponerme al mando de una división en Francia. Pero eso ahora no tiene importancia alguna. Nuestros cometidos nos hacen tener que aceptar las cosas de una manera diferente al resto de las personas, sobre todo después de ver en qué sórdidos mundos debemos estar inmersos, donde la vida vale bien poco o nada. Así es como me siento en estos momentos. Ahora lo que haré es regresar a Boston a mi hogar y reencontrarme con mis padres y mis hermanos. Confío que tú hagas lo mismo si regresas a Irlanda. Tal vez en alguna ocasión más adelante, podamos coincidir en un lugar de este mundo nuestro… Adiós Daniel, te recordaré siempre.

Al colgar, Julia dejó resbalar el teléfono al suelo, mientras se dejaba caer en la cama sin poder ya contener el llanto y sin terminar de explicarse cómo había podido tener la serenidad suficiente para hablar así. Hundida y con la sensación de tener roto el corazón, permaneció durante un largo tiempo, incorporándose al cabo, secándose con un gesto firme las lágrimas y pensando en llamar a su amiga María Amparo para despedirse y devolverle la llave del apartamento. Pensó en reservar el primer vuelo a Madrid para desde allí, tomar el directo a Boston. Al fin y al cabo era una agente de la CIA y debía estar preparada para cualquier contingencia, al menos así la habían enseñado aunque por dentro, sintiera cómo su alma se le hacía añicos.

Esa radiante mañana, en la terminal del aeropuerto, dos vuelos partían casi a la misma hora: el directo a Dublín estaba anunciado para las 10,35 h., en tanto que el de Madrid, para enlazar con Boston, lo haría a las 11,00 h. En salas contiguas pero sin posibilidad de verse, dos viajeros, encerrados en sus pensamientos y ajenos a cuanto acontecía a su alrededor, aguardaban para embarcar. Cuando por megafonía anunciaron la salida, cada uno, mecánicamente, ocupó su asiento, contemplando por el cristal, con la mirada perdida, el aparato situado en el hangar contiguo. Por un momento Daniel Cormack, creyó intuir reflejado en una de las ventanillas del Boeing allí situado, el rostro de una mujer con el reflejo de su dorada cabellera. En tanto que Julia O’Neill quiso adivinar que aquel perfil que se reflejaba en una del Airbus contiguo, era el del ser al que había amado hasta el extremo. Quizás serían sus respectivos pensamientos, los que le habían hecho imaginarlo y si así era, tal vez fuese ésta la última vez que se vieran.

Cuando el vuelo de Air Lingus —*Aer Loingeas*, para quien seguía amando el gaélico— tomó altura, una rubia azafata con uniforme verde, se acercó a la fila de asientos que ocupaba Daniel Cormack, ofreciendo bebidas a los pasajeros. Él denegó con la cabeza, mientras la observaba alejándose por el pasillo, con un ligero contoneo de caderas, sostenidas por unas esbeltas piernas que le recordaron una escena parecida a su llegada a Roma, meses atrás. Cuántas cosas habían sucedido desde aquel día. Cerró los ojos, imaginando los rostros de su madre y su hermana, a los que desde hacía tanto tiempo no había tenido ocasión de ver, para evocarlos en medio de aquellos paisajes verdes, salpicados de suaves colinas de su Limerick natal. Ahora, en la quietud y el sonido acompasado de los motores, que poco a poco lo iban introduciendo en un mar de grises nubes, rememoraba la visión de aquel sopor profundo en el que se había visto envuelto durante su convalecencia y cómo le venían a la mente, quizás por vez primera de modo radicalmente distinto, esa serie de enigmas que representaban los diferentes significados de aquellos números que ahora fatídicamente, surgían de la nada:

1, 2, 4, 8.

64 Comando profundo israelí.

BIBLIOGRAFÍA

Aer Lingus fleet details. *Airfleets*

Armada española.—*La batalla de Lepanto*.

Armamentos de Rusia.—*Sputnik Mundo*

ArqueHistoria: Rodas

Blázquez Martínez, José María.—*Masada: fortalerza de Herodes y holocausto celote*.

Cean Bermudes, Juan Agustín.—*La Catedral de Sevilla*.

Dante Alighieri.—*La Divina Comedia*

Enciclopedia.—*Zapadnaya Litsa*.

Enciclopedia Libre Universal en Español. *La batalla de Lepanto*.

Gestoso y Pérez, José.—*Sevilla Monumental y Artística*.

González Moreno, Joaquín.—*Las Cuevas del Jabón*

Hijos de J. Espasa, Editores.—*Enciclopedia Universal Ilustrada*.

Internet, *Hoteles de Erbil, Irak*

Lamy, Michel.—*Historia de los Templarios*

Lonely Planet.—*Guía de viajes a Boston*

López, Santiago.—*Historia y Tragedia de los Templarios*

Matute y Gaviria, Justino.—*Anales Eclesiásticos y Seculares de la M.N. y M.L. Ciudad de Sevilla*

Medina—Anaya, Manuel.—*La CIA, su historia y su papel en el mundo de hoy*

Morales Padrón, Francisco.—*Historia de Sevilla*

Ros Carballar, Carlos.—*Los fantasmas de la Catedral de Sevilla*.

Sergunin, Alexander.—*4 Mitos sobre la presencia militar rusa en el Ártico.*

Velázquez y Sánchez, José.—*Memoria del Archivo Municipal de Sevilla*.